

M IQUEL DE P ALOL



XXXXXXXXXX

ÍGUR NEBLÍ

Lectulandia

En las postrimerías de este siglo iba siendo necesario un libro, con lucidez y exactitud de relojero, construyera un mundo ficticio desde el que desvelar las trampas y los secretos del nuestro. Lo ha escrito Miquel Palol con Igur Nebli, héroe caballeresco, a la vez atávico y posmoderno, con el que el lector sentirá la claustrofobia de un mundo que pronto reconocerá como suyo, descubrirá las oscuras estrategias del Estado bajo las intrigas de La Muta, y reconocerá el hermético y vertiginoso Laberinto de Gorhgró participando en una siniestra alegoría del Poder y de sus inextricables instrumentos de manipulación de la información, de presión del individuo, de despersonalización y de angustia. Para quienes siempre pensaron que la literatura es un juego con la literatura, para quienes no se conforman con la lectura de la historia y quieren tomar parte de ella y para quienes gustan de los libros que jamás se acaban con su última página, Igur Nebli resultara una lectura extremadamente gratificante. La calidad indiscutible que llevó al éxito a El Jardín de los Siete Crepúsculos alcanza con Igur Nebli una envidiable madurez.

Lectulandia

Miquel de Palol

Ígur Neblí

ePUB v1.0

hermes 10 04.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Ígur Nebli*
Miquel de Palol, 1994.
Traducción: Paulina Fariza

Editor original: hermes 10 (v1.0)
ePub base v2.0

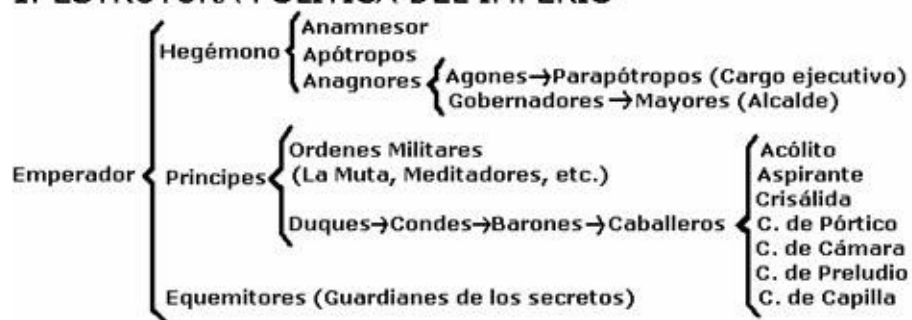
Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

Annotation

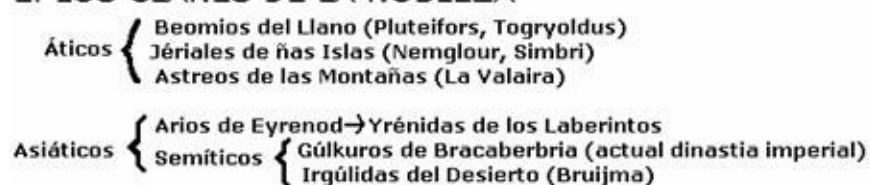


Organización

1. ESTRUCTURA POLITICA DEL IMPERIO



2. LOS CLANES DE LA NOBLEZA



I

—¡A mi escudo, la crisálida azul Sari Milana! —gritó con la entonación ascendente ritual el Juez del Combate, con un gesto que señalaba y a su vez invitaba al silencio a los espectadores—. ¡Y a mi lanza, la crisálida amarilla Ígur Neblí!

Los dos jóvenes tocados con medias máscaras de los tonos indicados, oval la amarilla y en triángulo invertido la azul, tal como había adjudicado el sorteo, ejecutaron los saludos rituales y se orientaron como les había correspondido. La tarde brillantísima de finales de enero helaba la elevada plataforma, y el sol bajo, a la derecha del Juez, deslumbraba las miradas a ras, en especial la del contendiente amarillo.

—Hoy la vida tendrá un único determinio —prosiguió el Juez—. Un solo asalto, y la ofensiva para la crisálida azul.

Ígur Neblí se concentró en los ojos medio ocultos de su rival y en su propia respiración. Miró a Poniente, pensando en la adversidad acuariana. Con las armas del perdedor tradicional, las del cangrejo, le correspondía combatir contra aquellas de donde por esa misma ley procede el vencedor. Recordar que Sari gozaba de toda la ventaja, armas y orientación, le infundió una extraña seguridad; no era el alivio de poderse amparar en la adversidad del azar en caso de perder, sino, posiblemente al no tener la obligación de ganar por no poseer las armas de la victoria, la plácida confianza de que tenía ganado el Combate.

—Que sea lo que será —dijo el Juez.

Ígur y Sari se pusieron en guardia; Sari, con el tridente y la red, Ígur con el escudo redondo y el gladium. Desde el primer momento, Ígur forzó la naturaleza de su posición, que exigía la quietud de la tierra, para intentar exiliar al adversario, que, representante del agua, necesitaba más que nada la firmeza de su postura para mantener la cohesión, y que, como es natural, procuró no moverse. Sari era más alto y corpulento que Ígur y, teniendo la envergadura de armas y de luz a su favor, su fortuna se basaba en la espera. Ígur ejecutó los primeros movimientos, que no desplazaron a Sari, a quien correspondía la ofensiva. ¡Ay, los años de aprendizaje, ay, ya era hora! ¡Cuidado con la vanidad! ¡Cuidado con la reflexión a destiempo!

Sari arrojó la red negra, que planeó sobre Ígur como un pájaro monstruoso. El amarillo se parapetó de un salto tras su escudo, y se lanzó a por la espada; la red fustigó furiosamente a su izquierda el suelo de parquet radial, e Ígur se apartó de un salto hacia atrás en el momento justo en que el tridente de madera tronaba con fuerza en el sitio que su cuerpo había ocupado un cuarto de segundo antes.

—¡Final! —gritaron al unísono los espectadores, puestos en pie de un solo impulso.

Ígur estaba acorralado en el ángulo Nordeste de la plataforma, con el sol

completamente de cara; el tridente de Sari le apuntaba directamente al cuello, y la tensión superaba el ahogo consecuente. El tridente se disparó como una cobra, pero el escudo de Ígur fue más rápido que el sobresalto del público, y el arma emblemática se desvió con un chasquido seco hacia la izquierda del agresor. Sari era un adversario terriblemente hábil, porque si hubiera dado fuerza a su ataque en lugar de velocidad, Ígur habría podido aprovechar el impulso para desequilibrarlo y vencerlo por el flanco, pero tuvo que limitarse a saltar a un lado para evitar el remolino de la red por debajo.

—¡Hélice y cruz! —gritó el público, aludiendo a una figura de ataque y defensa especialmente espectacular.

A causa del último movimiento, Ígur ocupaba el ángulo Sudeste, con ventaja, además de por orientación, por tener a Sari en el lado Este y no en el centro, y cuando Sari quiso recuperarla con un salto lateral, Ígur se desplazó en paralelo, y se encontraron enfrentados en el lado Sur. Puesto que el azul ya había empleado la ofensiva que le correspondía, Ígur podía atacar, y descargó una estocada en vertical descendente que Sari defendió en regresión; se podía oír el gladium dallar el aire como el silbido de una serpiente; Ígur ejecutó dos remolinos y un giro, y en el retroceso condujo a Sari hasta el centro de la parte Norte, y de allí, con un giro de tres cuartos otra vez en regresión, de nuevo hasta el ángulo Noroeste. Ígur gozaba de la iniciativa, pero un acuariano acorralado es la más peligrosa de las armas, y se tensó el silencio de los espectadores; Sari lanzó la red en forma de látigo, pero Ígur la esquivó por el lado Oeste; entonces el azul avanzó con el tridente en ataque, y de nuevo Ígur lo frenó con el espadín, pero el arma del otro tenía ventaja, y el amarillo tuvo que retroceder hasta el ángulo Sudoeste, hasta que el impulso del adversario le obligó a dar tres cuartos de giro para no tocar la finísima banda de seda que delimitaba el terreno de combate; lo que envió a Sari de nuevo al rincón, pero esta vez el giro había dejado a Ígur a contrapié, que era lo que el azul esperaba.

—¡Final! —gritó el público otra vez.

El azul arrojó la red como un látigo a las piernas del amarillo, que dio un salto prodigioso que situó sus pies a la altura de la cabeza del agresor; en una segunda pasada circular, Sari lanzó la red a media altura, y entonces, rápido como un rayo, Ígur se agachó a la vez que retrocedía un paso hacia el centro del cuadrilátero. La tercera voladura de la red ya no le pilló desprevenido y se distanció lo justo para interponer el escudo al extremo del entramado, lo imprescindible para que el arma defensiva se enredase solamente, y así los adversarios quedaron trabados; ése era el paso intermedio de la figura «hélice y cruz», en principio con ventaja para el acuariano, que con sus defensas anuladas tiene por encima del cangrejo la superioridad del arma; Sari lo aprovechó lanzando el tridente contra Neblí, pero tener el sol en los ojos armó al amarillo de la abstracción necesaria que da la ira, ajeno a

público y pensamientos, opuso a una de las horcaduras el gladium, y aprovechó el impulso del adversario para dejarse caer de espaldas en el suelo, y poniéndole los pies en el centro de gravedad del cuerpo rodó hacia atrás y arrastró a Sari de cabeza por encima de él; pero Sari era agilísimo, y al ver que no podía evitar la defensa, favoreció el empujón infligido hasta caer de pie; Ígur también acabó de rodar hasta recuperar la vertical, pero puesto que la maniobra los había situado espalda contra espalda, la ventaja entonces era para la fuerza, la precisión, la agilidad y el equilibrio, y ahí fue donde el amarillo aprovechó su décima de segundo: cuando ya se incorporaba, en el último impulso, se fue volviendo hacia la izquierda; las armas se habían destrabado, pero no así el escudo y la red, que, por efecto de las vueltas de los contendientes, habían formado una maraña que aumentaba la tensión, y cuando Sari aún tenía que fijar los pies en el suelo, Ígur, con los suyos asentados bien firmes, le asestaba un formidable golpe en el hombro izquierdo con el codo del mismo lado, que, desequilibrándolo, le obligaba a volverse hacia su derecha mientras que Ígur lo hacía hacia su izquierda; los adversarios quedaron enfrentados cuerpo a cuerpo, pero la media vuelta había enredado a Sari en su red, y tenía ambas manos aprisionadas; Ígur le dio un golpe frontal a la vez que soltaba el escudo, y el azul cayó de espaldas sin tan siquiera poder parar el golpe. Rápido como el rayo, el amarillo le puso una rodilla en el pecho y la punta de su espada de madera en el cuello.

—¡Crisálida amarilla Caballero de Pórtico! —gritaron, en pie, los alumnos, acólitos y aspirantes que formaban el público. El asalto había durado dos minutos y diez segundos.

El Juez se levantó y juntó las manos con las palmas hacia adelante; después dejó caer la derecha y, extendiendo la izquierda, señaló al vencedor, que de inmediato retiró el arma de la emblemática situación, y ayudó al adversario a levantarse y a desenredarse de los útiles que lo apresaban. El pabellón de Cruiaña, localidad donde había transcurrido casi toda su vida, le pareció más bonito que nunca, y a la vez despojado de cualquier veneno. Los contrincantes ejecutaron los saludos rituales, y se quitaron las medias máscaras. Ígur Neblí se inclinó ante el Juez.

—Crisálida amarilla Ígur Neblí —dijo el viejo—, has ganado el Juicio de Acceso. En el plazo de tres días te presentarás a tu Magisterpraedi, que te hará entrega del título y te indicará tu destino. —Lo miró sin reflejar emoción alguna—. Puedes retirarte.

Ígur y Sari, amigos y compañeros de estudios, bajaron juntos del estrado. Por la escalerilla del lado Sur sólo cabía uno; a pesar de que faltaba la investidura, uno ya era un Caballero de Pórtico, y Sari, a quien esperaba una segunda oportunidad al año siguiente, le cedió el paso. Habría sido un insulto que Ígur hubiera renunciado a su privilegio, y, con una incomodidad que le resultó inexplicable, lo ejerció. Cuando se retiraba a sus aposentos recordaba las veces que había imaginado ese momento, cómo

había previsto grabar en el recuerdo, en una hora tan significativa, haciéndose la composición de que era por última vez, las altiplanicies de Cruiaña, de horizontes dilatados y cielos intensos y puros, donde todo parecía distante y pequeño a la vez; pero el camino se le hizo corto, y había llegado al final sin el detenimiento de la contemplación para evocar. Su recuerdo sería tan sólo de un deseo, porque la vida iba más deprisa que el pensamiento.

La visión de la realidad recordada desde las calinas del mito, anticipación en tanto que deseo, se hacía presente una y otra vez en los preludios insomnes de las noches de Ígur, dibujada en el placentero vértigo del inicio de una invención: Ésta es la historia del Caballero de Capilla Ígur Neblí, en los Atlas del Imperio de la Última Revolución llamado la Gloria del Laberinto, Ígur el Cretense en los Escolios del Dogma de Haleb, venerado Ygour Nieplh en las Runaciones Édicas de las Lunas Pastoras de Anatolia, el Caballero de la Ápia Doble, Ghooyri Nyephli en los Apócrifos del Laberinto, Eygor Ennehí, finalmente, en las Crónicas de los Planetas Troyanos, El Que no duerme. El Que no se representa a sí mismo.

Tres días después de ganar el Combate de Acceso, a la hora señalada, Ígur Neblí se presentó en el despacho del Magisterpraedi de Cruiaña Jan Omolpus, y como paso previo a la ceremonia de investidura, fue recibido en audiencia privada. Formaba parte de la visita prescrita al superior, pero, de no haber sido así, era capítulo obligado de cortesía hacia el antiguo maestro.

—Dos minutos y diez segundos —dijo sin inflexiones el dignatario, un hombre de edad indefinida, pero con la suficiente para poder ser el padre de Ígur.

—No me correspondía la ofensiva.

El Magisterpraedi hizo un ademán de impaciencia.

—Te arriesgabas a llegar a los tres minutos sin cerrar el ocho.

—No podía romper la orientación; descalificarse significa perder el año siguiente, siempre me lo habéis recalcado.

Se observaron con calma. Aquél también era un momento perdido.

—Continúo creyendo que una estancia previa en Eraji o en Aleña te resultaría muy provechosa.

—Estoy como siempre a vuestra disposición —dijo Ígur en el tono más neutro, y fijó la mirada en un punto inmaterial ante la faz del dignatario. Dejaron pasar los instantes; era como aguantar la respiración, para ambos más difícil cada vez, pero con el tiempo jugando a favor del más fuerte. Y el más fuerte era el más joven.

—De acuerdo —dijo el Magisterpraedi—, es prerrogativa del Caballero elegir su destino. Como puedes ver, no tenía dudas: te he asignado al Secretario del Equemitor Noldera, que ya está sobre aviso de tu llegada; aquí tienes una carta para él.

Ígur la cogió con una inclinación, y resistió el impulso de mirar el nombre.

—Daré lo mejor de mí para dejar mis orígenes en buen lugar.

—No hace falta que te recuerde que Gorhgró no es Cruiaña, y que a partir de ahora te enfrentarás a adversarios a los que aun con el beneficio del sorteo no vencerás como a Sari Milana; si no me equivoco ahora tienes ventiún años... si no cometes equivocaciones, en un año puedes llegar a Caballero de Cámara, y a los veinticuatro puedes ser Caballero de Preludio; y de ahí a Caballero de Capilla ya es cuestión de suerte y de política...

—Como muy bien decís, es cuestión de suerte y de política; pero si a la suerte y a la política se le añade la dedicación y la voluntad, espero ser Caballero de Capilla sin necesidad de categorías intermedias, y antes de un año.

El Magisterpraedi rió por primera vez en la entrevista, en parte para ahorrarse el tener que responder a la impertinencia del discípulo; él no sólo había tenido que acogerse a las categorías intermedias, sino que había visto cómo los mejores perdían cuatro Combates de Juicio de Acceso antes de llegar a la Capilla, el grado más elevado de los Caballeros.

—Conformarse no es bueno —dijo, nostálgico—, pero quererlo todo demasiado aprisa expone a peligros imprevistos.

—Quería pedirnos una cosa más —dijo Ígur, y el dignatario levantó las cejas—; me gustaría librarme de la advocación. —Ígur se vio obligado a explicarse—, el Cangrejo no ha sido nunca de mi devoción: el depósito de los muertos, los dos asnos que comen en el pesebre... la coraza, el retroceso... no deja de ser un emblema de transición, un trópico perdido.

—Tienes derecho a tomar la defensa de tu adversario si lo deseas, las reglas lo permiten; pero un Caballero de Pórtico no puede cambiar la obligación emblemática.

—Lo sé, pero no quiero estar atrapado por la defensa, y vos sois el único que puede levantarme la obligación.

Omolpus miró con atención al joven que tenía delante, y se le ocurrió que no tenía un físico tan imponente como para que se le abrieran las puertas con su sola presencia: no demasiado alto, más bien delgado, la agilidad y la fuerza más intuitivas que evidentes, de facciones agraciadas pero con unos ojos demasiado melancólicos para triunfar tanto en los salones como en las plataformas de Combate o en las alcobas, iba a necesitar todas las ocasiones posibles para demostrar quién era.

—No puedo librarte del amarillo, pero sí, si es lo que quieres, de sus obligaciones. Serás un amarillo abierto, es decir, que tu amarillo será independiente de Cáncer y tan sólo te obligará al emblema en tu próximo Combate Canónico —a Ígur se le iluminó la cara, y el Magisterpraedi levantó un brazo—; pero no olvides que a partir de ahora, y para siempre, será un amarillo con marco y horizontes negros.

Abandonaron el despacho para ir a la sala del ceremonial, él delante del Magisterpraedi, como es tradición, y ambos precedidos por seis maceros. Ígur tuvo tiempo de mirar el nombre y la dirección del papel que el maestro le había dado: Peer

Ifact, Secretario de Gabinete de la Equemitía de Recursos Primordiales. Una vez en la sala, Ígur ocupó el sitio que le había sido asignado, siguiendo los requisitos de orientación y distancia que correspondían a su emblema, su color y a la época del año, y el Magisterpraedi formuló a los auxiliares en voz baja las indicaciones pertinentes sobre el escudo y el color que había acordado con el nuevo Caballero de Pórtico. A continuación, sin que ninguna de las operaciones precedentes fuera acompañada por manifestaciones por parte de la asistencia, formada por los condiscípulos y los amigos de Ígur, ni por la presidencia, que ocupaban delegados del Gobernador de la provincia de Cruiaña y del Mayor de la ciudad, el Magisterpraedi pronunció un pequeño discurso para la ocasión.

—Decimos hoy adiós a Ígur Neblí, nuestro bienamado hijo, que ha destacado por su prudente habilidad, bondad de juicio y piadoso equilibrio de aspiraciones, y lo destinamos como Caballero de Pórtico al servicio del Equemitía de Gorhgró que inspira nuestros designios. Con nosotros, Ígur, has aprendido historia, el manejo de las armas, las disciplinas del cuerpo y el control del espíritu; eso te servirá para que en Gorhgró te enseñen economía, política y geometría, para poder completar así la perfecta oblicuidad de tu mundo interior; porque es preciso que la luz incida tamizada o lateral para que la naturaleza de los objetos sea perceptible; es la adecuada combinación de luz y tiniebla lo que proporciona la mirada y la comprensión de las cosas, y todo desequilibrio admite ciertos márgenes. Pero, como tú bien sabes, de igual forma que una luz demasiado débil dificulta el acceso a los detalles o a una sutileza, el exceso de luz, si bien en sentido contrario, produce el mismo efecto sobre el contraste de donde se ha de extraer todo conocimiento. Llevada la vía al extremo, la totalidad iluminadora equivale a la oscuridad.

Omolpus hizo una pausa. Como la fiesta era en su honor, Ígur aplacó los pensamientos despectivos que le producían aquel tipo de discursos; y aunque no logró salvar las distancias, al menos supo no indignarse como le pasaba cuando el destinatario era otro. El Magisterpraedi procedió al ritual del nombramiento.

—Ígur Neblí —dijo, mientras ponía en sus manos el sello que los auxiliares acababan de confeccionar siguiendo sus instrucciones—, a partir de ahora eres Caballero de Pórtico en la advocación provisional de Cáncer, que te será sustituida por la que corresponda a tu próximo Combate Canónico, y te confiero con carácter definitivo el amarillo con marco y horizonte negros.

Acabada la ceremonia, hubo una celebración con la presencia de amigos y condiscípulos, y todos quisieron ver (puesto que tocar no estaba permitido) el sello del nuevo Caballero, reducto de las antiguas toserás Oybirias, en el caso de Ígur un rectángulo de 5 X 8,09 centímetros, amarillo puro brillante, con el contorno negro y en medio, en vertical, la figura de un hacha doble negra también.

Al día siguiente, Ígur Neblí preparó todo para el viaje, y al otro se fue a Gorhgró,

la capital del Imperio.

En aquellos tiempos, el mundo superviviente había llegado al extremo de la desconfiguración nacional, y el advenimiento del Imperio Universal, acogido trescientos años atrás como la superación de las fobias y las filias étnicas presuntamente ejercidas como un primitivismo estéril, no había conseguido resolver los enfrentamientos de cariz religioso o regional para, tal y como era el objetivo de los humanistas que lo propugnaban, dedicar urgentemente los esfuerzos de la humanidad a resolver los dos grandes problemas indefectibles que la amenazaban, no las guerras, sino el hambre, y no la aniquilación del mundo por la vía nuclear sino por la destrucción medioambiental; pero tanto los enfrentamientos xenófobos como la degradación de la naturaleza habían continuado bajo ritmos y parámetros diferentes: en lo que se refiere al segundo, el mundo habitable se había reducido a un residuo rodeado de terrenos, inhóspito por diferentes causas de las cuales se hablará más adelante, y en lo que se refiere al primero, el proceso del gobierno único mundial había obligado a divisiones del poder en vertical en lugar de horizontalmente, es decir, en parcelaciones departamentales en lugar de naciones, dentro de las cuales lo que específicamente es el poder político (la administración pública, el mantenimiento del orden y la hacienda) se fragmentó asimismo en un nuevo grano de delegaciones y subdelegaciones de control, fruto del antiguo concepto viciado de soberanía, y entonces las ciudades adquirieron un relieve inesperado. El viejo ideal panhumanista del Imperio Mundial acabó colapsado en un espejismo en cuyo nombre se justificaban las arbitrariedades históricas habituales de los muchos sobre los pocos y, en el caso contrario, de los fuertes sobre los débiles. Esa dialéctica parecía que podría romperse, al principio, en las llamadas villas, pequeñas aglomeraciones rurales en cierta forma independizadas del Imperio, que afrontaban los servicios como algo propio y no como instrumento de extorsión; pero en la época de Ígur Neblí la vida en las villas tampoco era idílica: los problemas internos acababan en terribles baños de sangre que no contenía autoridad superior alguna, y que se resolvían con el exterminio de una, o de todas menos una, de las facciones en litigio; a menudo los problemas de seguridad frente a la rapiña de las bandas nómadas, formadas sobre todo por desertores de la antigua Guardia Imperial, obligaba a cerrar las villas, o a ponerlas bajo la protección de mercenarios que acababan ellos mismos el expolio, y sus habitantes pasaban a engrosar las filas de indigentes de Perighart, Eraji y Gorhgró.

Había llegado un momento en el que en las ciudades solamente vivían los ambiciosos, los pobres y los locos. La proximidad física, y sobre todo emocional, del Imperio había llevado a que, lejos de cualquier vestigio de conciencia cívica, y más lejos aún de cualquier romanticismo democrático, nadie viera el Imperio como un conjunto de instituciones al servicio del ciudadano o, como en momentos ya más

lejanos y del dominio de la leyenda, de mayor exaltación colectiva, pertenecientes al ciudadano, sino como el enemigo a batir. El grueso de la población de las grandes ciudades lo formaban los desvalidos acogidos en asilos, seguidos de los funcionarios, los rufianes y los rentistas.

Cuando Ígur Neblí llegó a Gorhgró, la capital del Imperio era el paradigma de la concentración urbana terminal, pero aún conservaba cierta extraña vitalidad, la del enfermo en pleno delirio, febril y enardecido por una medicación brutal, que la convertía en terriblemente atractiva para un joven llegado de la montaña. La ciudad tenía una configuración anular en torno a un peñón rocoso, perforado por varias obras de ingeniería, de un diámetro medio de cuarenta kilómetros, y el conjunto de uno de setenta y cinco. Gorhgró ocupaba la cuenca de una montaña, además de parte de la montaña y parte de la planicie que se extendía a sus pies, y la cruzaba un meandro del río Sarca, que en esa zona, caudaloso como era, a causa de la configuración accidentada del terreno, cruzaba en forma de rápidos y cascadas por entre las cuales quedaban residuos de tierra ocupados a su vez por edificaciones, y con una proliferación desigual de puentes, cavidades y plataformas. El centro de Gorhgró, si se le puede llamar centro al círculo que rodeaba la roca central, vulgarmente llamada la Falera, lo ocupaba principalmente un núcleo comercial y los edificios públicos; en la zona intermedia estaban los palacios de los próceres, y el núcleo exterior era un densísimo cinturón dormitorio, sitiado sin transición por la zona suburbial, ajena ya a cualquier garantía civil. La configuración de Gorhgró, condicionada por la naturaleza abrupta y montañosa del terreno, y por los inviernos duros y profusos en nieves, contrastaba poderosamente con la de la antigua capital, Bracaberbría, diez veces más extensa, pero mucho menos compacta. Gorhgró, cuando Ígur Neblí llegó, era el centro de la administración, y también el centro del Juego y del vicio; pero, sobre todo, era la ciudad del Último Laberinto.

El helicóptero de Ígur aterrizó en el aeropuerto Nordeste de Gorhgró, al pie de la montaña, en la planicie donde el Sarca inicia los rápidos, y desde donde la ciudad resulta invisible; allí tomó el transporte hacia el centro, bordeando el río, no navegable para el transporte de pasajeros, pero que a Ígur le habría encantado poder bajar con kayak o con canoa de remos. La entrada a la capital era abrupta y desagradable, porque lo que se ofrecía a la vista durante los primeros cinco minutos era tan feo y segado de perspectivas que no desprendía augurio sensual alguno. En la estación central Ígur cambió de transporte, y se fue directamente a las señas que el Magisterpraedi Omolpus le había proporcionado.

La Equemitía de Recursos Primordiales, un majestuoso edificio de quince plantas y fachada de simetría severa, ocupaba el paño principal de una plaza, o para ser más exactos del ensanchamiento elipsoidal de una avenida escarpada que conectaba el río por el extremo Sur, con la Falera en el extremo Norte, que desde allí, a casi un

kilómetro de distancia, ofrecía una visión vagamente amenazadora del pórtico colosal de entrada de una de las galerías de la roca; Ígur contempló las ventanas y los balcones a poniente, de una monótona severidad solamente mitigada por la delicadeza de las proporciones, decepcionado por el contraste de la monumentalidad con la suciedad de la piedra, y entró intentando evitar preconcebir ideas, sensaciones o resultados. Una gran imagen de Harpócrates pensando, apoyado en la mesa, presidía el vestíbulo al fondo. La burocracia de entrada, acostumbrado como estaba a la sencillez de Cruiaña, tal vez porque allí todos le conocían, primero lo impacientó, y acabó por inquietarlo. Los cuatro guardias de la entrada le cachearon con aparatos eléctricos y, tras pedirle todos sus documentos, le obligaron a dejar los paquetes en la portería. El encargado del registro de entrada de personal, adonde sólo llegaban los que la guardia previa había asegurado que no representaban ningún peligro concreto, fue mucho más meticuloso. Con sus papeles en la mano, el empleado le obligó a repetir uno por uno sus datos (entre ellos, cifras de registro de veinte dígitos) mientras él los repasaba con la mirada. Después le hizo pasar un control de huellas digitales y de identificaciones de voz y fondo de ojo. No contento con ello, lo condujo a una salita donde, a través de una ventanilla protegida con cristal anti-impacto, otro empleado lo interrogó.

—¿Vos sois el Caballero de Pórtico Ígur Neblí, de Cruiaña?

—Soy yo —respondió, ya bastante molesto.

—¿Para qué queréis ver al señor Secretario?

—Asuntos personales.

—Lo siento, pero eso no es una respuesta. Este es un centro de la Administración, aquí no hay asuntos personales.

—No puedo decir nada más. Llevo una carta para él, y en ella se explica todo.

—Entregadme la carta.

—Imposible. Es una cuestión de principios. Por más que aquí no haya asuntos personales, imagino que no habrán olvidado que si las cartas tienen un remitente y un destinatario, no será para que vayan a caer en manos de un portador desconocido.

Ígur maldijo la hora en que había dejado sus bártulos (y con ellos, las armas) en la portería. Para tranquilizarse se repetía a sí mismo que un exabrupto allí equivalía a un suicidio, y que no le quedaba más remedio que someterse al trámite, pero eso aún le enfurecía más. El empleado se levantó bruscamente y desapareció dejando a Ígur solo en la incerteza, y además sin poder salir de allí, más de un cuarto de hora, en el que tuvo tiempo de pensar hasta qué punto era víctima de la indiferencia, de la falta de personal o de eficiencia, o de una estrategia calculada y establecida que utilizan los estamentos oficiales para poner a prueba a sus posibles colaboradores. Ya se sabe, los dos pilares de la política son la dilación y la pompa, y para llegar a ser víctima de la segunda se ha de haber sido víctima consumada de la primera. Finalmente llegó un

tercer funcionario, que por las ínfulas a Ígur le pareció de rango superior a los anteriores, y le pidió, en un tono ya algo más ceremonioso, que le acompañase.

Pasaron por varios pasillos, hasta llegar a un ascensor que emitía un ronquido grave y dulce.

—Poned vuestro sello en la señal luminosa —le indicó, y cuando Ígur lo hubo hecho, el ascensor los dejó en la penúltima planta de una torre de más de treinta, que Ígur no había apreciado desde la calle por estar algo apartada de la fachada.

Allí, un Ayuda de cámara les condujo a una antesala, donde Ígur y el funcionario esperaron unos minutos más. Finalmente, el Ayuda de cámara condujo a ambos a una amplia sala con aberturas a tres vientos, desde donde se divisaba parte de la ciudad, otras torres lejanas, muchas de ellas de más altura, y hasta montañas exteriores que se elevaban a cientos de kilómetros; pero lo que dominaba la visión, al Norte, era el macizo rocoso de la Falera, donde eran claramente visibles, Ígur no pudo evitar fijarse en ello con cierto estremecimiento, las enigmáticas estructuras ciclópeas del Laberinto. En el centro de la sala se hallaba un escritorio y un hombre de unos cincuenta años, de formas delicadas y aspecto frágil y distinguido, les indicó que se sentaran. Ígur y el funcionario acompañante se aposentaron en asientos idénticos, y el que Ígur identificó como Ayuda de cámara se quedó de pie a un lado tras el personaje sentado. Al no haber más preguntas ni requerimientos, Ígur interpretó que estaba ante el Secretario del Gabinete, Peer Ifact. El dignatario, tal y como establecía el protocolo, inició el diálogo.

—Me complace de todo corazón recibirlos, Caballero Neblí, y os doy la bienvenida. El Magisterpraedi Omolpus ya hace tiempo que nos anunció vuestra llegada.

El Secretario había hablado con la amable frialdad de quien quiere dejar bien sentado que no se tomará la molestia de introducir variaciones en las normas; pasados diez segundos de silencio, Ígur supo que había llegado su turno.

—El Magisterpraedi Omolpus me encarga que os reitere la más alta estima que le merecéis, y que me acoja a vuestra bondad para lo que tengáis a bien disponer.

Ifact extendió la mano, Ígur se incorporó levemente para entregarle la carta. El dignatario la abrió y echó una ojeada, insuficiente, pensó el otro, pero por la cara que ponía parecía como si ya conociera el contenido.

—Según parece sois un joven muy impetuoso. ¿Por qué habéis rehusado ver mundo? ¿Creéis que Gorhgró tiene más que ofrecer que un viaje al mar del Sol Poniente, o a la Oybiria Inferior?

La repentina confianza desconcertó a Ígur, y le hizo temer ser reprendido si se acogía a ella; pero si era una prueba de valor no podía errar el primer envite, y se decidió.

—No se trata de lo que pueda ver o aprender —dijo—, sino de los progresos

concretos de mi carrera; y es por eso que creo que mi sitio está en Gorhgró.

El Secretario enarco las cejas; el gesto podía significarlo todo, pero Ígur lo interpretó como de sorpresa y de burla. Se adentraba en terreno resbaladizo, y constató una vez más que el protocolo es un compromiso entre el privilegio de un superior y la protección de un inferior.

—Oh —dijo Ifact con lentitud—. ¿Y cuáles son esos progresos concretos en vuestra carrera?

—Quiero ser Caballero de Capilla antes de dos años, y después... —interrumpió la frase.

—¿Y después qué? Supongo que después querréis entrar en el Laberinto —dijo el Secretario, y dirigió una media sonrisa al funcionario y al Ayuda de cámara, que correspondieron al gesto con tal prontitud que a Ígur le pareció de un servilismo indigno.

—Pues, la verdad... —dudó; la entrada del Último Laberinto era el mayor desafío que existía entonces en todo el Imperio.

—¿No queréis entrar en el Laberinto? —dijo el Secretario, con falsa dureza—. Qué extraño. Todo el mundo quiere entrar en el Laberinto...

El dignatario y el Ayuda de cámara mantenían una discreta sonrisita, que Ígur les habría borrado a bofetadas con un placer de dioses.

—Con Laberinto o sin él. Señor, me remito a vuestra generosidad y a la confianza del Magisterpraedi Omolpus que me ha permitido acceder a ella para todo aquello en lo que pueda servirlos.

El Secretario Ifact apretó algunos botones de la consola del escritorio, escribió una línea, y, con una repentina seriedad, habló sin levantar la vista del papel.

—Quedáis asignado al servicio de esta Secretaría, libre de oficialidad regular, y disponible para cualquier misión especial que, a cambio de mi favor, os sea encomendada oportunamente. —El Ayuda de cámara avanzó hacia Ígur, e Ifact prosiguió en el mismo tono—: Entregadle vuestro sello.

Ígur no se movió. Eso era contrario a la primera ley de los Caballeros.

—Excusadme, señor... —murmuró; Ifact levantó la vista, y esbozó un gesto benevolente.

—Es para grabar en él los códigos de entrada —sonrió—; a no ser que prefiráis tener que pasar todo el formulario cada vez que vayáis a un edificio del Imperio —cambió el tono—: también es para abriros una cuenta y poder ingresar vuestro sueldo. Ígur le entregó el sello al Ayuda de cámara, que lo aplicó a la pantalla horizontal de una mesa auxiliar, y después de pulsar teclas durante un minuto, se lo devolvió con una sonrisita casi imperceptible.

Ígur se lo guardó con una náusea inexplicable, sin querer siquiera saber el sueldo que se le asignaba. Si no quería acabar con su carrera en Gorhgró y en el Imperio en

aquel preciso instante, no tenía más remedio que actuar tal y como lo estaba haciendo, pero un resquemor agridulce le decía que no debía haber dejado su sello en manos de aquel individuo. A saber qué habrá grabado, pensó, o, lo que es aún peor, qué habrá extraído. Ifact entregó unos papeles al Ayuda de cámara, que rodeó la mesa, escogió uno, y se lo dio al Funcionario.

—Haced venir al Caballero Mongrius —le dijo, y el otro se levantó y se fue. El Ayuda de cámara retomó su posición.

—Ahora oídme bien —dijo el Secretario, tras un largo silencio—. Como os he dicho, estáis libre de obligaciones regulares, lo cual no significa que me desentienda de vuestras actividades. Aparte de los servicios que se os encomendarán en su momento, os asigno a la custodia secundaria de un Caballero de Preludio, que responderá de vos ante mí, y estará encargado de ponerlos al corriente de los usos que corresponden a un Caballero del Imperio. —En ese momento regresó el funcionario, acompañado de un joven unos cuatro años mayor que Ígur, y vestido, como él, al estilo deportivo militar—. Entrad —dijo Ifact, y se dirigió al joven—: Mista, ¿has leído las instrucciones?

—Acabo de hacerlo. Señor —respondió el recién llegado; era un hombre fuerte, más alto y fornido que Ígur, rubio y de cara ancha.

—Muy bien, entonces no hace falta que te diga nada. Ígur Neblí, Caballero de Pórtico; Mista Mongrius, Caballero de Preludio —los presentó, y después de que se saludaran, se dirigió a Ígur—: el Caballero Mongrius será, como os he dicho, vuestro guía, y como responsable de vos ante mí, os hago saber que le debéis obediencia —torció la boca como si quisiera sonreír—, aunque deseo que la cortesía y la amistad que rige a los Caballeros, cualquiera que sea su grado, haga que nunca tengáis menester de plantearos situación alguna en términos jerárquicos.

Ninguno de los dos sonrió, y Mongrius, el más antiguo, se vio obligado a liberar la tensión.

—Seguro que no, Señor.

—De acuerdo, entonces. Podéis marcharos —dijo Ifact sin levantarse.

Ígur sabía que su próximo contacto con el Secretario sería en cumplimiento de una orden recibida, y que en cierto modo su iniciativa sólo se podría negociar con Mongrius. Ambos se despidieron con una reverencia, y acompañados del funcionario abandonaron la planta, y después, ya solos, tras recoger los bártulos de Ígur, el edificio.

Mongrius se ocupó del alojamiento de Ígur, y una vez ya acomodado en una residencia, más bien un dormitorio amplio, cerca del tramo del río que va de Sur a Norte, y a la izquierda de la corriente, buscó un sitio para comer, y después se ofreció a acompañarlo a dar una vuelta por el Anillo Interior de la ciudad, gentileza que Ígur aceptó con mucho gusto.

Al final de la noche, cuando la nebulosa del sueño y la lenta y continuada acumulación de las horas los llevó a recalar en una elevada terraza orientada al Sur desde donde se veía saltar el Sarca de camino caprichoso, Ígur y Mongrius habían decidido primar la comodidad de la conveniencia sobre el orgullo reticente y, sin abandonarlo como reserva, cada cual sintiéndose vencedor de un enfrentamiento no declarado, y, más convencidos de los sentimientos positivos ajenos que de los propios, se habían hecho amigos. El uno había exhibido su superioridad proporcionando información y recomendaciones, advertencias y reticencias donde el neófito podría tropezar, y el otro había exhibido su sutil predisposición y capacidad para captar aquello que no le era dicho, y para no caer en las trampas, y ambos habían echado en falta un observador imparcial que les admirase. En realidad, más que los problemas con los Astreos o la Muta, la cuestión de la Hegemonía, las luchas de los Príncipes o la Tutoría del Emperador, lo que más le interesaba a Ígur era una oportunidad para convertirse en Caballero de Capilla sin tener que pasar por los trámites canónicos de Caballero de Cámara y Caballero de Preludio (algo que sólo excepcionalmente se había concedido, pero que contaba con suficientes antecedentes como para no ser imposible), y planteó abiertamente la cuestión. Mongrius lo miró sin saber si decantarse hacia el afecto o hacia la compasión.

—Si quieres un Combate de Acceso a Caballero de Cámara, no hay problema. Hay, si no recuerdo mal, cerca de mil quinientos Caballeros de Pórtico en el Imperio, de los cuales unos cincuenta tienen el Juicio programado en un plazo de menos de tres meses, y hay unos doscientos más en lista de espera. Si te inscribes enseguida, se te puede convocar para el Combate en menos de medio año, con un poco de suerte...

—¿Y el Acceso directo a Caballero de Capilla?

Mongrius se decidió al cien por cien por la compasión.

—¿Sabes cómo funciona el protocolo de Acceso a la Capilla?

—No —dijo Ígur tranquilamente.

—No funciona por sorteo, sino por escalafón. El número Uno contra el Dos, el Tres contra el Cuatro, y así sucesivamente, con la particularidad de que el escalafón es impropio, lo que significa independiente de la carrera del Caballero de Preludio, y a partir del final de la lista uno se inscribe, sabiendo ya con quién ha de combatir si le ha tocado número par, y jugando al imprevisto si le ha tocado impar.

—No hay problema. Mañana mismo daré los pasos pertinentes para inscribirme.

—¿Antes no te gustaría saber a cuántos tienes delante en la lista?

—¿A cuántos? —se impacientó Ígur.

—A uno —dijo Mongrius con un aire misterioso que pretendía ser solemne y provocador a la vez.

—¿Y cuál es el problema? Si no hay más que uno, nada impedirá que el Combate se celebre sin dilación.

—Yo de ti me preguntaría cómo es que solamente hay uno —se rió—. Se trata de Kuvinur Lamborga que, como debes saber, es el espadachín más célebre del Imperio. Hace tres años que tiene los atributos de Caballero de Capilla, pero no puede formalizar el cargo al no encontrar a nadie dispuesto a ser el Número Dos y combatir con él. Ya sabes qué pasa con un Aspirante a la Capilla derrotado; aunque no existen leyes que establezcan ninguna norma, la tradición señala que su vida de honor se ha acabado, y que la única salida digna que le queda es la meditación y la ascética. En fin, la cuestión hace tiempo que tiene paralizada la renovación de la Capilla, pero no te preocupes, se está estudiando una bula de excepción, de la que ya hay antecedentes, para que Lamborga tome posesión sin Combate, y después tendrás una ocasión más asequible antes de tres meses... si consigues inscribirte entre los veinte primeros de los cincuenta que esperan a que Lamborga desaparezca para probar suerte.

Ígur fijó la mirada en el resplandor de las estrellas. El fondo de la ciudad parecía un trueno en reposo, y el momento era tan pausado que tenía cualidades de imagen de espejo.

—No dispongo de tres meses. Mañana mismo me inscribiré para combatir contra Lamborga.

Mongrius no daba crédito a lo que oía.

—No sabes lo que dices. Lamborga ha sido campeón mundial en todas las modalidades de lucha y de esgrima, tiene el tercer grado de la orden de los Meditadores, y dicen que nunca ha sido vencido.

—¿No le ha vencido ni Maraís Vega? ¿Ni Arktofilax? —dijo Ígur sin inmutarse.

—Sabes de sobra que no se han enfrentado nunca.

—De todas formas —insistió Ígur—, estoy decidido a combatir con Lamborga. Necesitaré un padrino de inscripción; ¿me harías ese favor?

Mongrius estaba escandalizado por lo que él consideraba una ligereza temeraria de un jovencito bárbaro recién llegado de la altiplanicie. La soberbia ganada con sudor en la capital le impulsaba imperiosamente a rehusar un ridículo del que en cierto modo le harían responsable, y que podría llegar a manchar el prestigio de las instituciones; y podían incluso darle una lección de humildad y ponerlo en su sitio por una larga temporada, pero recapacitó; él era uno de los más de cincuenta Caballeros de Preludio que esperaban el Acceso del Número Uno a la Capilla para optar a un Combate, y fuera cual fuese el resultado del enfrentamiento entre Lamborga y Neblí, desbloquearía la situación.

—¿Por qué no? —dijo.

II

El Laberinto de Gorchgró era el Último del Tercer Anillo que aún faltaba por conquistar. El Primer Anillo constaba de trece Laberintos, y el Segundo, de doce; la memoria de todos ellos era ya tan lejana, que ni su enumeración reviste interés; además, de algunos se había perdido incluso su localización, o pertenecían al fondo indistinguible de ciudades desaparecidas; el Tercer y Último Anillo constaba de cuatro Laberintos (el quinto de los inicialmente previstos nunca llegó a construirse); los tres anteriores, por orden de conquista, estaban en Perighart, Eraji y Bracaberbría; a los dos primeros hacía setenta y cincuenta años respectivamente que se había entrado, y ya quedaban pocos que pudieran recordar las vicisitudes; al de Bracaberbría, en cambio, tan sólo hacía veinte, y estaba fresco en la memoria de buena parte de la población del Imperio.

La tradición del Tercer Anillo, establecida setecientos años atrás, cuando bajo la dinastía de los Yrénidas se construyeron los cuatro Laberintos, determinaba que el Guía y Jefe de la Expedición de Entrada (o de Conquista, como se llamó más modernamente) debía proceder de la expedición al anterior Laberinto; los acontecimientos habían cargado tal uso de un carácter maléfico. La conquista de los dos últimos había culminado con la muerte enigmática de sus Jefes, nunca explicada de manera convincente por sus supervivientes, erigidos más tarde en Jefes de la expedición siguiente, y a su vez accidentados fatalmente dentro del Laberinto doblegar el cual era su principal responsabilidad. El único hombre aún con vida que había entrado en un Laberinto era el Magisterpraedi Teke Hydene, más conocido por el título advocativo que por trofeo consiguió en las salas de Bracaberbría: Arktofilax; él había vencido en el Laberinto de la ciudad del perpetuo oro poniente, bajo las órdenes del mítico Ajstor Beiorn, vencedor de Eraji; Beiorn y tres componentes más de la Entrada habían muerto dentro del Laberinto, y de los tres restantes, dos habían salido en un estado de obnubilación irrecuperable, y el tercero, Arktofilax, con el más incomprensible desinterés por los honores y la beligerancia pública que suscitaba; después de un periodo de inadaptación y excentricidades, había acabado por retirarse a una antigua posesión familiar, renunciando al ducado que el Emperador le concedía, acogido tan sólo a la orden de los Magisterpraedi (distinción nobiliaria canónica que se otorga a los Caballeros de Capilla que se retiran tras una brillante trayectoria de servicio), y al abrigo de un círculo reducido de amigos que lo cuidaban y lo protegían de la indiscreción y la voracidad pública. Arktofilax se había convertido en mito inaccesible, y el mero anuncio de su retorno era en política un tópico que nunca había dejado de actuar como revulsivo social de primera magnitud, a causa de la renovación que operaba en el misterio del interior de los Laberintos: ¿Qué se tenía que destruir para consumir la Entrada? ¿Qué destruía al destructor? ¿A qué causas

obedecía el implacable silencio del superviviente? El secreto de la doma del Laberinto era el poder que lo situaba por encima de los demás, y, vistos los resultados, era también su desgracia; ni él ni Beiorn habían pasado a la historia como felices vencedores, sino más bien como almas truncadas por una experiencia que de alguna forma, incomprensible para la comunidad, parecía ser terminal.

Las condiciones indispensables para ser aceptado como aspirante a entrar en el Laberinto eran, en el orden de requisitos objetivos, tres: el estudio y el conocimiento completo del Laberinto de Bracaberbría, la autorización y el apoyo del Imperio, y, si no era posible la dirección, sí al menos la colaboración de Arktofilax. Gorhgró era pieza codiciada de un ejército de arribistas, cazadores de fortuna y nobles en diversos grados y naturalezas de ruina que asediaban a los Caballeros de Capilla con las más variadas y exóticas proposiciones económicas y políticas. Muchos habían probado suerte, y la mayor parte habían llegado a un punto aceptable en el primer requisito (por otra parte, de valoración incierta: no había nadie que examinase a los aspirantes, y aunque así hubiera sido, el alcance de una cierta serie de conocimientos es siempre relativo, y aún más en el marco de la selva de discrepancias en que se movían los expertos en la materia); pocos habían superado el segundo: la burocracia del Imperio era celosa de sus prerrogativas, y los privilegios costaban demasiado caros para quien no dispusiera de una gran fortuna con que apagar las tensiones que comporta su otorgamiento; de los pocos que superaron ese segundo obstáculo, ni uno solo pudo llegar más allá del tercero: Arktofilax, asqueado de todo, había acabado por cambiar de residencia y convertirse en ilocalizable; pero antes de eso, se había negado en redondo a recibir visitas relacionadas con el asunto. Aun así, el Imperio había concedido dispensas y, finalmente, dos expediciones se habían adentrado en el Laberinto de Gorhgró, la primera hacía doce años, y siete la segunda; jamás se supo nada de los que entraron, y la leyenda de los horrores que contenía el interior de la Falera se asentaba ahora sobre una base concreta: ¿Cómo habían muerto los expedicionarios? ¿Atrapados por un insoluble problema geométrico o topológico? ¿Aniquilados por un mal desconocido? En esta situación, y consolidada la fama del Laberinto como el desafío más peligroso del Imperio, y, en consecuencia, como el más alto manantial de prestigio, a pesar de saber que su problema principal sería encontrar y convencer a Arktofilax, Ígur Neblí se concentró en su decisión de conquistarlo.

Pero Condición previa indisociable a la de Entrador era el Acceso a la Capilla, por lo que Ígur se ocupó de ello sin dilaciones.

La misma tarde de la inscripción de Ígur al Combate contra Lamborga, y veinticuatro horas escasas después de haberse entrevistado por primera vez, el Secretario de la Equemitía de Recursos Primordiales convocó a Ígur y Mongrius a su despacho a una reunión a puerta cerrada, sin la presencia habitual del Ayuda de

cámara.

—Vuestro comportamiento de esta mañana —dijo Ifact con acritud extrema— es por ambas partes injustificable. Si bien se explica en el caso del Caballero Neblí, que desconoce las vicisitudes de Gorhgró, en el vuestro, Caballero Mongrius, espero que me expliquéis las razones que os han guiado, y en verdad deseo que no sean tan oscuras como imagino como para que, si lo son, tengáis el valor de decirme la verdad.

—Señor —dijo el aludido con un aplomo que revelaba la gravedad de la situación —, no ignoro la evidencia de los beneficios que, a medio plazo (aunque por otra parte, bastante problemáticos), la actuación del Caballero Neblí proyecta sobre mi humilde persona, pero os juro que en ningún momento ni por mis votos ni por mi honor habría permitido que ello fuera un factor, ya no determinante, sino tan sólo en juego. Si he consentido en ser padrino de inscripción del Caballero Neblí, ha sido porque la firme resolución de un Caballero sobre sus actos no merece la ignorancia ni la displicencia, y porque la probabilidad de que el Caballero Neblí derrote al Caballero Lamborga, que reconozco que no es esplendorosa, justifica, en caso de producirse, la esperanza del goce de asistir a la eclosión del que sería un personaje excepcional entre la flor y nata de la Capilla Imperial.

El Secretario se quedó mirándolo fijamente, y después enarcó las cejas.

—Es a vosotros mismos a quienes deberéis rendir cuentas a partir de ahora —dijo, y se levantó de la silla; Ígur y Mongrius hicieron lo mismo rápidamente—; en todo caso, lo hecho, hecho está. Ahora quisiera saber el terreno que pisamos.

Cruzaron la estancia. Ígur pensó en la primera vez que había estado allí, reprodujo sensaciones y corrigió recuerdos. Ifact abrió una cómoda de donde asomó, proyectada por un mecanismo, una panoplia con armas de madera. Extrajo dos espadas que reproducían con exactitud las de los Caballeros de Capilla, utilizadas en el Combate de Acceso, y entregó una a cada uno.

—Señor, el protocolo... —dijo Mongrius en voz muy baja.

La inesperada confrontación le complacía aún menos que a Ígur. El Secretario le interrumpió.

—Se trata de un ejercicio informal, olvidaos de mi presencia y regios tan sólo por las reglas intrínsecas; no hay prioridades ceremoniales, os saludáis y al ataque —miró a Ígur—; comprended, joven, que necesito saber ante qué debo estar prevenido.

Los improvisados contrincantes se colocaron las medias máscaras (ambas verdes con ribetes anaranjados, como corresponde al entrenamiento), se saludaron y se pusieron en guardia.

Una décima de segundo después de que las dos hojas de caña se hubieran rozado tan suavemente como repliega una mariposa sus alas al posarse, Mongrius lanzó su primera estocada. La situación le humillaba y quería acabar cuanto antes. Ígur la

frenó en seco y con un rapidísimo molinete arrancó el arma de manos del antagonista quien, indiferente a la espada que, apartada por los aires por la de Ígur, volaba hacia atrás, asestó un golpe rapidísimo con el pie izquierdo al flanco derecho de Ígur, éste curvó el cuerpo para dejar pasar la extremidad del contrario, y darle un empujón con la mano izquierda que le obligase a continuar el movimiento, a la vez que le pegaba una fuerte patada en horizontal en el otro tobillo, con lo que Mongrius perdió el equilibrio y cayó de espaldas en el preciso instante en que su espada caía frente a él a seis metros de distancia. Rápido como una centella, Ígur le saltó encima, y con su propio impulso lo inmovilizó con las rodillas al tiempo que le ponía en el cuello la espada ficticia. El Combate había durado exactamente cinco segundos.

—Es suficiente —dijo Ifact con una neutralidad que no conseguía desmentir la sorpresa de sus ojos.

Ígur dio la mano a Mongrius para ayudarlo a levantarse.

—¿Estás bien? —le dijo; a pesar de haber amortiguado con el brazo la caída, la cabeza del Caballero de Preludio había golpeado sonoramente el suelo.

—Sí, gracias —y se hizo un silencio tenso.

Ígur se inquietó. No es que esperara felicitaciones entusiastas, pero le chocó que lo mirasen con recelo uno, el otro con frialdad clínica, como el que evalúa un factor técnico. Ifact y Mongrius volvieron a sentarse e, ignorando la presencia de Ígur, se miraron con preocupación.

—¿Crees que es capaz de vencerle? —dijo Ifact.

—No lo sé —mintió el otro, invocando todos los recursos de un Caballero para resistir el dolor sin ponerse en evidencia pasándose la mano por la nuca o por los riñones.

—Nuestro prestigio quedará menos comprometido que si se tratara de otro cualquiera; de hecho aún no le conoce nadie y, por lo tanto, no se le relaciona con nosotros. Pero —se detuvo— ¿y si vence?

—Si vence el beneficio es nuestro —dijo Mongrius, y el Secretario le miró con inquietud; era evidente que el Caballero de Preludio estaba completamente absorto por la reciente derrota, y en pésimas condiciones para meditar sobre las consecuencias de una hipotética victoria de Ígur Neblí sobre Lamborga.

—Una humillación pública de esas dimensiones al campeón de los Meditadores debilitaría aún más la posición del Agon, y daría ocasión a La Muta de volver al ataque, como cuando se recortaron los presupuestos de las Órdenes Militares. Tanto da, aunque La Muta no intente nada, Bruijma hará el mismo razonamiento que nosotros, y tendrá una oportunidad inmejorable de segar la hierba bajo los pies de Malduin y sumar puntos para presentarse como alternativa.

—Quizá nos convenga —dijo Mongrius sin entusiasmo.

—Claro que sí, pero ahora no. Imagínate en qué lugar quedaríamos si Nemglour

desaparece con la reforma a medio realizar.

—Mientras no peligre Ixtehatzi, no pelagra la resolución de la reforma.

—Pero si cae Nemglour, Ixtehatzi va detrás. ¿No has oído las últimas declaraciones de los Astreos?

Ígur situó rápidamente los nombres. El príncipe Nemglour era el Epónimo de la Conquista del Laberinto de Bracaberbría (título que en la práctica equivalía al protector y prestador de los emblemas, y que proporcionaba, después de la Entrada, una serie de privilegios de orden protocolario y de rango), Malduin era el Agon de los Meditadores, y Bruijma, otro miembro de la nobleza, cuya categoría y atributos tenía peor situados que Nemglour, que, con más de setenta años, era un personaje de trayectoria reconocida y brillante, y su acceso directo al Emperador no era ningún secreto. Finalmente, Ixtehatzi era el Hegémono, el Jefe del Gobierno Imperial. La conversación desvelaba que, sin querer, Ígur acababa de desatar fuerzas de un alcance incalculable, y que pasara lo que pasara podía salir mal parado. En caso de derrota su muerte estaría asegurada, porque aun suponiendo que Lamborga le perdonara la vida, los de la Equemitía nunca le perdonarían haberlos comprometido en perjuicio.

—Igual —intervino Ígur— un buen resultado en el Combate de Acceso abre nuevas perspectivas.

Los dos se miraron un instante.

—Si sabéis qué significa Equemitor, también sabréis que lo que menos nos conviene son iniciativas propias y propaganda —le dijo el Secretario abruptamente—; y, puesto que la indiscreción ya ha sido cometida, espero que seáis consciente del alcance que una derrota tendría para vos, ya que no podéis serlo del que una victoria tendría para el Imperio.

—Lo soy, Señor, y confiad en que no os defraudaré.

Ifact lo miró de arriba abajo, y apartó la cara en dirección a la puerta.

—Podéis retiraros.

La estructura del poder del Imperio era formalmente tan sencilla como complicada resultaba debido al enturbiamiento y el conflicto entre áreas de competencia. Cuando Ígur Neblí llegó a Gorhgró, el gobierno estaba en manos del Hegémono Alexandre Ixtehatzi, quien entonces contaba setenta años y que había sido el brazo derecho del difunto Emperador Anderaias III durante más de veinticinco. El Hegémono era responsable de todo el aparato administrativo, excluida la nobleza, que controlaba la economía y el comercio, tradicionalmente autónomos del Estado, y sujetos a las leyes de la libre competencia y a las inherentes a sus peripecias sustanciales. El Príncipe Nemglour era el más influyente y poderoso, el que dictaba por tanto las leyes de mercado, y tras él seguían, por orden de importancia, los Príncipes Togryoldus, Bruijma y Simbri, el primero coetáneo de Nemglour, y más jóvenes los otros dos. El gobierno del Hegémono se dividía en Apótropos y

Anágnores, de jerarquía similar (y a menudo fuente de conflictos), y competencias unos más cercanas al ámbito militar y otros al doctrinario; la máxima autoridad ideológica del Imperio, sin atribuciones ejecutivas, era el Anamnesor; todos regían departamentos subdivididos, y los responsables de las subdivisiones eran los Agonos, si bien ciertos Agonos no dependían de ningún Apótropro ni de ningún Anágnor; aparte de las siete Apotropías y las diez Anagnorías, había tres Equemitías: la de Compensaciones Generales, la de Conservación de Funciones, y la de Recursos Primordiales, a la que había sido asignado Ígur Neblí. Las Equemitías se caracterizaban por depender, en teoría, directamente del Emperador y, en consecuencia, por no estar sometidas a la nobleza ni al Hegémono; su función primitiva, la vigilancia de los Secretos del Imperio, les había impelido al cabo de los años a convertirse en un contrapoder, con límites nebulosos respecto a sus competencias, a menudo objeto de acusaciones de espionaje, de conspiraciones y contrapolítica; en el momento presente, el Emperador Lutaris XII tenía doce años y lo era desde hacía dos, al morir su padre Anderaias III, y su intervención en la vida pública estaba fuertemente filtrada por los intereses de nobles y clanes del gobierno, entre los que jugaban un papel destacado la Orden de los Meditadores, los Caballeros de Capilla (originalmente, su Guardia personal), los Astreos y La Muta, estos dos últimos declarados ilegales en parte. Los únicos cargos directamente electivos eran los referentes al gobierno de las ciudades, a cuya cabeza se situaba el Consejo Municipal o Mayoría, presidido por el Mayor, que, de todas formas, ni políticamente quedaban al margen del poder del Hegémono ni económicamente se sustraían al control de los Príncipes.

En esa relación de fuerzas, estrechamente pactada y con escaso margen para la aleatoriedad, los Caballeros de Capilla jugaban en cierta manera un papel de prestigio público, reducida a protocolo formal su naturaleza originaria de Guardia de élite del Emperador (que en ese momento no estaba protegido por un cuerpo armado, sino por un sofisticado sistema celular), diseminados en diferentes disciplinas, la más turbia de las cuales era la de los Fonóctonos, aristocracia secreta de los asesinos, ejecutores refinados de los designios ocultos de la alta nobleza y de los altos cargos del gobierno. La inscripción de Neblí como contrincante del más prestigioso de los aspirantes a Caballero de Capilla introdujo un factor de desorden en ese equilibrio, y a pesar de que en principio se procuró que los medios de comunicación no le dedicasen más espacio del que la prudencia aconsejaba, no hubo manera de evitar que la noticia se expandiera entre los estamentos implicados y convirtiera al horas antes desconocido Caballero Neblí en objeto de curiosidad, ironías y deleite especulativo.

Veintinueve días después de la entrevista entre Ifact, Mongrius y Neblí, los dos últimos eran convocados para el sorteo y el Combate de Acceso a la Capilla; a las cuatro de la tarde se personaron en la Apotropía de la Capilla, un conjunto de

estancias arquitectónicamente falto de entidad exterior propia, inserto en el conjunto de palacios del Comercio y las Artes, situados casi en forma de fortaleza urbana en pleno corazón del Anillo interior de Gorhgró, al Sudoeste de la Falera, en la parte más escarpada de la ladera de la montaña.

Cumplimentados los requisitos de entrada, Ígur y su padrino de inscripción fueron conducidos a una salita donde les esperaba el Jefe de Protocolo de la Capilla, un hombre de unos cuarenta años, altísimo y con una extraña voz atiplada.

—En nombre de la Capilla y del Serenísimo Apótopo, permitidme que os dé la bienvenida a estas estancias —ambos correspondieron con una inclinación—, si estáis dispuestos, procederemos a la ceremonia previa del sorteo.

—Estamos a vuestra disposición —dijo Mongrius.

El Jefe de Protocolo llamó a su ayudante y abandonó la estancia en dirección a otra interior; las puertas quedaron abiertas, y el ayudante se colocó en el umbral, en espera de alguna nueva indicación; un minuto más tarde la recibió e hizo un gesto a Mongrius y a Ígur.

—Por favor —dijo, el brazo izquierdo extendido, y los condujo, él delante y ellos a su lado y detrás, por un pasillo hacia un salón de grandes dimensiones, con la iluminación concentrada en una mesa central, tras la cual se encontraba un hombre vestido de blanco flanqueado por dos Asistentes; al tiempo que entraban el Ayudante de Protocolo seguido de Ígur y Mongrius, por una puerta opuesta lo hacía otro funcionario seguido de dos Caballeros más; eran Lamborga y su padrino; los seis llegaron a la vez frente a la mesa del hombre vestido de blanco, que no era otro que el Juez del Combate.

—Caballeros Lamborga y Neblí, estáis hoy ante nosotros para someteros al juicio de nuestras tradiciones, cuyas condiciones habéis aceptado libremente. A continuación procederé al sorteo de las orientaciones y defensas que os regirán, puesto que los colores y los emblemas os pertenecen ya —miró los papeles que tenía delante y rectificó—: en el caso del Caballero Neblí, procederemos a adjudicarle la advocación definitiva, ya que su emblema es provisional.

A una indicación suya los Asistentes colocaron sobre la mesa una construcción mecánica parecida a una esfera armilar, y él la manipuló para introducir la restricción de ambos emblemas y la advocación de Lamborga, y al terminar invitó a Ígur a ponerla en funcionamiento. El aparato consistía en nueve anillos de metal concéntricos, cada uno de un color, unidos axialmente, cada cual con el anterior y el posterior, mediante finísimas varillas, y provistos de un sistema de contrapesos de alta precisión que permitía introducir ciertas condiciones; cada círculo de los tres interiores tenía una pesa, dos los tres siguientes, tres los dos de a continuación, y cinco el exterior; el artefacto se presentaba en una de las dos posibles posiciones más ordenadas (la otra la formaban todos los círculos en el mismo plano), con cada una de

las pesas en proyección radial a los vértices de un hipotético dodecaedro circunscrito; cuando Ígur lo puso en movimiento de un suave golpe donde su respiración de Caballero le indicó, el mecanismo efectuó sin emitir el más leve sonido de roce una serie de giros componiendo figuras sorprendentes y caprichosas para quien no conociera las reglas que lo regían, a velocidades diferentes, de repentinas quietudes a inesperados y rapidísimos giros encadenados, hasta que se paró en seco en una posición; la base formaba un círculo dividido en porciones regulares graduadas, y la pesa colgada de los anillos que quedó más próxima fue tomada como indicador de la solución a la primera recuesta planteada. El auxiliar se acercó sin tocarlo, y miró al Juez, quien con un gesto de cabeza asintió.

—Diez horas y ocho minutos. Es el León.

Acto seguido, el Juez impulsó el mecanismo tras otra manipulación previa; acabado el movimiento leyó las posiciones de los dos saquitos que habían quedado más próximos de la base.

—Esta es la posición definitiva: Norte, lila y ofensiva para el Caballero de Preludio Kuvinur Lamborga, que se advoca a Libra. Sur, amarillo marcado y horizontalizado en negro para el Caballero de Pórtico Ígur Neblí, que se advoca al León. Si no existe razón terminante que lo impida, convoco el Juicio de Acceso para dentro de quince minutos.

Hubo cierta agitación entre los presentes. La espera no beneficia a los nervios ni a la concentración, pero ir más deprisa de lo esperado produce un vértigo difícil de controlar. Era el tiempo justo de prepararse, Ígur y Mongrius, siempre precedidos por el Ayudante de Protocolo que tenían asignado, fueron a una habitación donde había toda clase de armas, así como un guardarropa completo. El funcionario les anunció que para cualquier cosa que necesitasen estaría en la antecámara y dos minutos antes de la hora les avisaría, y les dejó solos.

—¿No consideras la posibilidad de perder? —dijo Mongrius cuando el Ayudante cerró la puerta; la tranquilidad de su protegido le desbordaba, y tanto le molestaba no entenderlo como imaginarse a sí mismo en tal contingencia.

Ígur continuó preparando lo que debía llevar para el Combate; las espadas, esa vez iguales para ambos contrincantes, eran de acero y titanio, y tan duras y afiladas que el más leve contacto con el contrario se resolvería en una terrible herida; Ígur sabía que en terreno de defensa, Lamborga contaba con una gran ventaja sobre él, porque Libra disponía de las pinzas del Escorpión, mientras que el León tenía la piel del animal (reducida modernamente a una pelta blanda de dimensión media, y ciertamente de piel de león); las pinzas del Escorpión (seguramente ganadas por Lamborga, junto a la advocación, en alguno de sus anteriores combates canónicos), dos garfios de hierro en los extremos de una Y de fresno reforzada con nervaduras de acero, eran un arma más terrible que la espada.

—Si creyera que voy a morir no me habría dado tanta prisa, ¿no crees? —dijo sonriendo.

Mongrius observó aquellas facciones, que reflejaban cierto aire melancólico y a la vez proclive a la atrocidad; no podía olvidar la humillación que había sufrido en la Equemitía, y sus sentimientos se debatían entre una noble (y también guiada por una lógica elemental de la estrategia) esperanza en el triunfo, y un irreconocido deseo secreto de ver al intruso implorante y vencido; pero los celos son una de las peores lacras del Caballero, y Mongrius procuró desterrar los malos pensamientos.

—Te deseo un triunfo incuestionable y rápido —le dijo de todo corazón.

Ígur le respondió con una inclinación de agradecimiento, y el Ayudante de Protocolo les anunció que quedaba un minuto para el Combate.

La Sala de Juicios de la Apotropía de la Capilla era una pieza rectangular, de veintiuno por un poco menos de treinta y cuatro metros, un extremo ocupado por las sillas del público, y el otro por la Plataforma cuadrada de Combate, sobre la cual se cernía una cúpula dorada que se proyectaba en toda la amplitud del espacio, y de donde provenía la iluminación que, insuficiente, era reforzada por un cincho de antorchas colgadas a media altura de las paredes. La asistencia la formaban unas quince o veinte personas, todas ellas Caballeros de Capilla, a quienes Ígur, consciente de ser el blanco de la curiosidad, resistió la tentación de mirar detenidamente por temor a que la frialdad de sus ojos pudiera arredrarle. Desde un estrado opuesto a los espectadores, presidía el acto el Secretario de la Capilla (el Apótropro estaba ausente de Gorhgró), con la presencia destacada de Dimitri Malduin, el Agon de los Meditadores (superior del aspirante Lamborga), cuya presencia había sido objeto de una larga controversia protocolaria, ya que un Agon ostenta mayor categoría que un Secretario de Apotropía, pero las reglas de la Capilla establecen un rango en que se salta sin fisuras del Emperador al Apótropro, del Apótropro al Secretario, del Secretario a los Caballeros de Capilla, y de ahí a las jerarquías habituales; al final la cuestión se había resuelto con una altura compartida de la cátedra, con el Secretario en el centro y el Agon a su derecha; completaba la presidencia, al otro lado del Secretario, y en representación de la opción de Ígur, Peer Ifact, su protector. Uno de los laterales de la estancia estaba ocupado, en toda la amplitud de la zona de la plataforma, por un gran espejo de una sola pieza.

Cuando los competidores hubieron entrado en el recinto acompañados por los Ayudantes de Protocolo, el Juez ocupó su sitio en el lateral frente al espejo, y tras una señal del Secretario de la Capilla y con la concurrencia en perfecto silencio, se les dirigió con solemnidad.

—Hoy es un día de alegría, como los son todos aquellos en que nuestra Capilla se ve aumentada con un nuevo Caballero —miró a ambos intensamente; Ígur se esforzó en ver la cara del Agon, el personaje de más alta jerarquía que había visto jamás, pero

el contraluz de las antorchas se lo impedía—; que ningún pensamiento más que la pureza de vuestra victoria haga mella en vuestro espíritu, porque estáis aquí para ganar, y a pesar de que la vida, efectivamente, obrará que uno gane y otro pierda, la propia vida decidirá más tarde si el que hoy gane habrá perdido, y si habrá ganado el que pierda, tanto si conserva la vida como si nó —hizo una pausa y bajó el tono—; en todo triunfo hay la tumba de una esperanza; las fobias nacen de derrotas, las filias de moratorias. —Hizo una nueva pausa, y alzó el brazo izquierdo en dirección a la plataforma—: Tomo Poniente para mí, y me dirijo al Este; a mi escudo el Caballero lila Kuvinur Lamborga, a mi lanza el Caballero amarillo con marco y horizonte negros Ígur Neblí. Tomad vuestras posiciones. —Cuando se hubieron situado, el Juez prosiguió—: La vida tendrá hoy tres determinios, y la ofensiva corresponde al Caballero lila; el vencedor dispondrá de todas las prerrogativas. —Esperó a que los contrincantes se preparasen para el primer asalto y, una vez tocados con las medias máscaras, última fase del ritual, pronunció la fórmula exclusiva de la Capilla para abrir el Combate—: ¡Que ya empiece a ser lo que tiene que ser!

Ígur adoptó la posición de defensa, y Lamborga se mantuvo en perfecta inmovilidad. Ígur lo observó con detenimiento; era bastante más alto que él, y una cabellera larga y rubia le asomaba bajo la máscara trapezoidal de color lila ribeteada en oro; aquello no era un ejercicio de prueba en un despacho de la Equemitía, ni tan siquiera un Combate de Acceso a Caballero de Pórtico con armas ficticias; allí estaba en juego la totalidad de su futuro. Ígur recordó las indicaciones de sus maestros sobre los peligros de la excesiva complacencia en la contemplación del adversario, en la absorción y la descarga de fuerzas que puede devenir de la fascinación del riesgo, de los vaivenes emocionales que provoca.

Los extremos de las espadas se tocaban sin presión, Ígur comenzó a inquietarse. Los segundos pasaban, y Lamborga no se movía; si el primer asalto transcurría sin figura ni resolución, el segundo determinio no sería de tres minutos, sino de dos, y el tercero de uno; Ígur adivinó que su rival esperaba un Combate corto y había optado por menospreciar la figura en favor de la resolución. Ígur esperaba el gong del primer minuto, momento a partir del cual el lila perdería la ofensiva si no la había ejercido, pensando que entonces sería su momento de atacar; pero tres segundos antes del término, Lamborga atestó una estocada fulgurante en el cuello de Ígur, quien, totalmente sorprendido, la atajó con la espada y echándose hacia atrás, ni una defensa ni otra fueron lo bastante contundentes y el arma del contrario ensartó la máscara y se la llevó clavada; del impulso, los contrincantes dieron un giro de ciento ochenta grados y quedaron enfrentados con las posiciones intercambiadas.

—¡Deteneos! —gritó el Juez; la regla establecía que no se podía combatir desenmascarado, y señaló la espada del lila.

Lamborga libró la máscara de Ígur del extremo del arma, con lentitud calculada, y

se la alargó con el brazo extendido; ambas espadas apuntaban al suelo; la mejilla de Ígur presentaba un corte finísimo, en donde se dibujaba un hilo de sangre; el amarillo recuperó su máscara y se cubrió, sin que mediara palabra entre ellos.

—Retomad posiciones —indicó el Juez—; prosigue el Combate a partir del inicio del segundo minuto del primer determinio; se mantienen las prerrogativas y la ofensiva queda abierta; ¡que continúe siendo lo que tiene que ser!

Los rivales volvieron a ponerse en guardia, y cuando Lamborga repitió su inmovilidad, Ígur hizo un esfuerzo por ordenar sus ideas; la ofensiva era ahora libre, y trató de imaginar los procesos mentales de su rival: ¿Imaginar que el adversario no le creería capaz de volver a esperar un minuto, y esperarlo? ¿Imaginar que él se haría esa misma reflexión, y atacar en una fase intermedia? ¿O bien esperar el ataque, confiando en que un Caballero poco experimentado no osaría repetir una estrategia de defensa que había estado a punto de costarle tan cara? A los cuarenta segundos, el lila movió lentamente los garfios, y cuando Ígur tenía ya preparada la piel de león, le esperaba en la segunda planta, y le ofrecía un punto voluntario, sin mudar por ello a posturas diagonales. Ambos sabían que el Combate no radicaba en la mano derecha, y en un contacto exterior de las espadas, Lamborga forzó dicho contacto para obligar a su adversario a volverse, y en ese momento le lanzó los garfios de revés con todas sus fuerzas; Ígur no tenía tiempo de darse la vuelta, ni podía agacharse si no quería quedar a merced de la espada del rival, así es que, consciente de la desventaja, opuso la pelta también de revés, y armas y defensas se trabaron un instante para soltarse, con imprevisibles consecuencias, de un tirón; Ígur sintió el extremo de los garfios en el antebrazo, y se felicitó de que la piel de león fuera más tupida de lo que parecía; pero al destrabarse, la defensa del lila se la arrebató, Ígur quedó tan sólo con la espada en la mano. Por suerte, los garfios no eran un arma de demasiada utilidad con una piel de león ensartada, y cuando Lamborga inclinó su espada al suelo, el amarillo, transitoriamente aliviado, hizo lo mismo.

—Detened el tiempo —indicó el Juez, y esperó a que el lila desenredara de los garfios el escudo de Ígur, y aún con más parsimonia que cuando la máscara, se lo alargase. Ígur intentó entrever los ojos semiocultos del enemigo, y, más que si los hubiera visto, recibió su amenaza: «La primera vez la máscara, la segunda el escudo... la tercera no podré devolvértelo, porque será tu corazón». El Juez prosiguió —: Queda un minuto y dieciséis segundos para el final del primer determinio; se mantienen las prerrogativas y abierta la ofensiva. Que continúe siendo lo que tiene que ser.

Se pusieron en guardia, y al medio segundo Ígur optó por el ataque; sujetó la piel por un extremo, y la levantó al vuelo por encima de su cabeza, al tiempo que preparaba el ataque con la espada; Lamborga pasó el arma bajando la punta y levantando la guarnición, procurando no tocar la contraria ni impedirle el

movimiento, para intentar descompensarla y obligar a Ígur a recomponer la posición; de esta forma Lamborga retrocedió hasta la banda Norte; allí el amarillo le asestó una estocada que el lila paró sin dificultades; Ígur quedó desconcertado, Lamborga contraatacó, y cuando Ígur se vio obligado a retroceder, comprendió que el adversario había optado por la estrategia de la cruz, una de las seis figuras canónicas que sirven para puntuar; y eso le infundió ánimos: señal de que el Campeón había desistido de infligirle un final repentino; decidió aceptar el juego, recelando inmediatamente de la distensión estratégica a la que le podía conducir. Alcanzó retrocediendo la banda Sur, y allí optó por esperar. Si Lamborga quería la cruz, ahora le correspondía retroceder, y no podía hacerlo si él no atacaba. El lila le lanzó una estocada de distracción, que Ígur paró sin mayor problema, y de inmediato le lanzó los garfios al hombro; el movimiento instintivo del amarillo de levantar la pelta no detuvo el golpe, pero al menos logró interponer la piel del león entre el acero y su cuerpo; aun así sintió las púas clavándosele como agujas en el omóplato; tuvo que ceder al tirón para no ahondar la herida, y con las espadas cruzadas, Lamborga se echó hacia atrás con las piernas encogidas y los pies sobre el estómago de Ígur, quien tensado por el dolor se hallaba a merced de su rival y tuvo que dejarse llevar; esperaba ser proyectado hacia atrás y atacado lateralmente (las recuperaciones rápidas eran su especialidad), y se preparó para el giro; pero el lila no abandonó la presa, sino que completó la voltereta, y cuando los dos estuvieron de nuevo en pie y enfrentados en el centro de la plataforma, giró noventa grados hacia el escudo y repitió la operación hasta el lado Oeste; Ígur sentía el acero hincado en su espalda, y no podía intentar nada con la espada porque destrabarla de la del adversario hubiera sido un suicidio; Lamborga le dalló las piernas de una patada, y el amarillo tuvo que saltar, contingencia que el lila aprovechó para llevarlo en volandas hacia el escudo y repetir una vez más la voltereta atrás en dirección al centro, esta vez en figura doble, para cruzar toda la plataforma y llegar al lado Este, con lo cual la cruz quedaba completada. De nuevo los dos en pie, Lamborga se apoyó al límite y atrajo a Ígur con los garfios, a la vez que forzaba la posición de la espada contra la del contrario. Ígur se sentía atenazado por la agudeza del dolor y por la impotencia; notó que la fuerza del brazo del lila, impedido él de emplearse a fondo, le ganaba inexorablemente terreno, y se vio perdido. Clavó sus ojos en la mirada fría que latía tras el trapecio invertido de la semimáscara. En aquel momento sonó el gong.

—Fin del primer determinio —anunció el Juez, y Lamborga desensartó los garfios de un tirón—. Determinio ganado por el Caballero lila, que conserva la ofensiva. Dos minutos de descanso.

Los luchadores bajaron de la plataforma. Lamborga se movía y caminaba con la rotundidad del que no duda en absoluto de la victoria, Ígur se apresuró a desaparecer de la palestra. En los bancos del lado Sur le esperaba Mongrius, conmovido por la

generosidad de su alma afligida por la desgracia del amigo.

—Déjame verte la espalda —le dijo; Ígur se quitó la máscara.

—No es nada —dijo en voz muy baja.

—Es sólo el dolor —dijo Mongrius pasándole un desinfectante coagulador—; no hay ni nervios ni músculos afectados, puedes continuar sin problemas.

Ígur movió el brazo y el hombro para comprobarlo, y al hacerlo se concentró y se preguntó las causas del mal camino que tomaba el Combate definitivo de su vida. Se le aparecieron de repente las suavísimas colinas de Cruiaña en el pensamiento, las miniaturas colosales de las nubes que el sol iluminaba en el flanco, y recordó cómo la contemplación de su propio futuro había pasado siempre por una consideración exacta de la postura del de los demás, sin dramatizar el deseo propio ni obligar emocionalmente carencia alguna; entonces comprendió que ése había sido su error, dejarse llevar por los sentimientos del momento, que no por el miedo al adversario; abrumado pasionalmente por la hora irrepetible, le había cedido la iniciativa, había permitido que en la práctica el rival encarnara impropriamente el instante. Sonrió por el descubrimiento... ¡pero si el instante era suyo! ¿Cómo había podido dejarse confundir? Meditó un momento: la ofensiva volvía a ser otra vez de Lamborga; se trataba simplemente de practicar el movimiento de defensa-iniciativa que siempre le había dado tan buenos resultados.

—Ya está —dijo, y Mongrius, creyendo que era impaciencia referida a la herida, se la tapó y le ayudó a vestirse.

—Tomad las posiciones —dijo el Juez, y cuando ya lo habían hecho, continuó—: Segundo determinio de la vida, y ofensiva para el Caballero lila. Que continúe siendo lo que tiene que ser.

Ígur y Lamborga se pusieron en guardia. El lila evolucionaba con autoridad, pero Ígur ya estaba tranquilo, y tan sólo una controlada impaciencia por la alegría le espesaba la sangre. Lamborga repitió la estrategia de la inmovilidad que tan buenos resultados le había dado en el primer asalto para crispar los nervios del contrario, y no le pasó desapercibida la leve sonrisa de Ígur. La máscara oval amarilla sonreía, y en ese momento desapareció para él el escenario; el Combate, el Agon y los Secretarios, la Capilla, la monstruosidad de Gorhgró, todo se fundía en el fondo de un pozo que no era sino el extremo minúsculo del microscopio de su propia furia, y se sintió acariciado por las imágenes de Mongrius, Milana, Virdilis, Piren, y todos sus apreciados vencidos que le hacían una señal de complicidad y confianza desde el remolino de los recuerdos, a la espera de la llegada del nuevo socio que Ígur les enviaría dentro de muy poco. Lamborga lanzó una rápida estocada, menos potente que la anterior, Ígur desvió el golpe hacia el exterior con una firmeza formidable al tiempo que le arrojaba a la cara la piel de león, desprendiéndose de ella. La maniobra desconcertó al lila, sorprendido además a contrapié y sin defensa, dos décimas de

segundo que el amarillo aprovechó para lanzarle a su interior una estocada en horizontal que le dio en pleno codo derecho; Lamborga saltó hacia atrás, pero Ígur le persiguió con resolución hasta la parte Norte, y donde se impuso la evidencia: la derecha del lila no había soltado la espada, pero la herida se la había inutilizado; una segunda estocada le atravesó el hombro izquierdo a la altura de la clavícula y, entonces sí, la mano dejó caer la Y garfiada. La silenciosa concurrencia, formada por personajes educados en el más riguroso autocontrol, se estremeció. Lamborga se encogió y cayó al suelo en decúbito supino. Ígur le puso la punta de la espada en el cuello.

—El Combate de Juicio ha acabado —anunció el Juez, y Mongrius se levantó sin pensarlo dos veces.

—Con todos los respetos, Señor —dijo—, el vencedor dispone de todas las prerrogativas.

El Agon de los Meditadores se levantó de un salto. Parecía que iba a hablar, y sus ojos en dirección a la plataforma reflejaban una viva inquietud, pero el Secretario de la Capilla se levantó también, y las fuerzas quedaron en un repentino equilibrio de fuertes tensiones. Era evidente que ninguno esperaba el desenlace. La cúpula dorada reapareció a los ojos de Ígur, y la dimensión del instante le heló la sangre. La vida del vencido le pertenecía, y sin modificar su postura dirigió la mirada a la presidencia; el Secretario de la Equemitía se levantó también, pero más lentamente y, separándose de los demás, se sujetó a la barandilla; los dignatarios miraban la espada que señalaba al vencido, el vencedor miraba a Mongrius y a los dignatarios, Mongrius miraba al Juez, y el Juez y el vencido tenían la mirada perdida.

—La vida ha acabado el determinio —dijo el Juez con voz opaca—; que el vencedor disponga de su prerrogativa.

La cara del Agon Malduin se crispó; abrió la boca, tomó aire para hablar, adelantó la mano derecha, pero no dijo nada; y su actitud resultó más determinante que si hubiera pronunciado un discurso. Ígur se sobresaltó como si fuera él el amenazado y no al revés. Había que decidirse, y rápido; si consentía en conceder la vida al hombre que tenía a sus pies, tendría en él para siempre una bomba de relojería a su lado, y si no consentía se pondría en contra del Agon de los Meditadores, que de todas formas tampoco le perdonaría nunca aquella humillación pública, y lo que era seguro era que el gesto engrandecería su figura, pero no a los ojos de ninguno de los presentes. Lo peor de matar a Lamborga sería la reacción en la Equemitía: ¿Lo recibirían como a un héroe? ¿Lo defenestrarían por haber interferido en intereses que desconocía? Más valía no intentarlo. Se hizo esperar para que quedara claro quién era el centro de atención, y cuál el valor de su respuesta. Se serenó, miró al Juez, una cara sin expresión; miró a Malduin, un apoplético latente en quien más valía no pensar en el futuro; el Secretario de la Capilla, sorprendido pero con más curiosidad que

preocupación, y claramente más interesado en la situación en concreto que en el desenlace; el Secretario Ifact, reprimiendo una sonrisa de admiración, los Caballeros de Capilla, una banda de asesinos de ojos purísimos, y Mongrius, la respiración contenida en ruego. Miró finalmente a Lamborga, y retiró la espada.

—Que este buen Caballero viva de acuerdo a su determinio —dijo, y se quitó la máscara.

—Un momento —gritó el Agon de los Meditadores, y el Secretario de la Capilla lo miró airadamente; consciente de la transgresión, el dignatario dulcificó el tono—; el Caballero Lamborga nos es muy querido, y nos es imprescindible para la congregación; me permito solicitar al noble Caballero de Capilla Ígur Neblí que le otorgue la dispensa sin la cual nunca más podría optar al Acceso.

El Secretario de la Capilla parecía echar fuego por los ojos; el Agon lo miró y bajó la vista. Mongrius, aliviado, dirigió a Ígur una sonrisa de aquiescencia; el vencedor se sentía halagado, pero no sabía qué hacer. Miró al Secretario Ifact, que le dirigió una sonrisa burlona con las cejas levantadas, gesto que Ígur interpretó como una invitación a la concesión más amablemente sugerida que inexorablemente forzada, y sin consecuencias negativas si declinaba.

—Concedido —dijo, y tras una pausa rubricadora autocomplaciente bajó de la plataforma al tiempo que subían dos empleados a ocuparse de Lamborga, y uno más a limpiar la sangre del parquet.

La concurrencia parecía conmovida, y, disipada la tensión adicional de los últimos momentos, los dignatarios bajaron del estrado; el Agon se fue precipitadamente con su escolta, Ifact se quedó en segundo término, y el Secretario de la Capilla se dirigió al vencedor, flanqueado por el Juez.

—Bienvenido a la Capilla del Emperador —le dijo con una sonrisa más afectuosa que solemne; a Ígur le sorprendieron la precipitación y la falta de protocolo; entre tanto se llevaban al herido. Los asistentes se acercaron, y Mongrius se perdió de vista.

—Es el mayor honor de mi vida —dijo Ígur, aturdido.

III

Los Caballeros se aproximaron a Ígur, sin duda, pensó, movidos por la curiosidad; por primera vez se atrevió a mirarlos fijamente. Uno de ellos, vestido de negro de pies a cabeza, parecía ejercer cierta preeminencia. Los demás le abrieron paso.

—En ausencia del Apótropro de la Capilla —anunció el Secretario—, el Decano Maráis Vega os conferirá mañana los atributos que acabáis de ganar.

Ígur miró con temor y complacencia al hombre enlutado, de apenas cincuenta años, de pelo muy corto y entrecano, que se le acercaba. Así pues aquél era el legendario flagelo de los Perseguidores y los Fonóctonos, el Guardián del Resplandor Imperial, uno de los tres que jamás había sido vencido en Combate de entre los aún vivos.

—Bienvenido a la Capilla en nombre de todos los Fidai —le dijo, y sus ojos bondadosos y transparentes le helaron inexplicablemente—, y que tu servicio se mantenga siempre tan eficaz como hoy lo ha sido sobre tu deseo.

Lo abrazó, Ígur sintió que se le aflojaban las piernas. El Caballero se hizo a un lado, y los demás felicitaron a Ígur con un breve abrazo, en un orden que no parecía casual. El nuevo Caballero de Capilla intentó retener las facciones, la mayoría de rasgos raciales diferenciados, con una cierta predominancia de los arios de Eyrenod y de los semíticos de la Oybiria Inferior. La mayor parte aparentaban entre treinta y cuarenta años, y había unos tres o cuatro algo más jóvenes; pero ninguno tanto como Ígur.

—Excepto tres que están fuera de Gorhgró —le hizo saber Vega, que había permanecido a su lado—, todos los Fidai en activo han querido estar presentes en tu Combate.

Ígur se volvió a contemplar al mito viviente, conmovido por la encantadora familiaridad que le dispensaba, y también por el sonido de aquella palabra mágica, Fidai, el nombre utilizado por los Caballeros de Capilla para referirse a sí mismos, y que nadie más, ni tan siquiera el Apótropro tiene derecho a utilizar, salvo el propio Emperador. Se le ocurrió que acababa de adquirir ese derecho, y se extrañó de que el tiempo hubiera pasado tan deprisa. Y ahora era su momento... La obsesión de saborear el triunfo a menudo lo priva, porque el triunfo conlleva un desconcierto y una confusión inexplicables. Ígur buscó a Mongrius con la mirada, y lo vio solo, cerca de la salida.

—Estáis convocados mañana a las siete de la tarde en la Capilla del Emperador —anunció el Secretario, y los asistentes iniciaron un movimiento hacia la salida.

—Imagino —dijo Vega plácidamente— que querrás estar con tus amigos —con un gesto le impidió cualquier excusa—; tendremos más horas de las que imaginas

para charlar. —Y se retiró.

Ígur y Mongrius se dirigieron juntos a la salida del edificio, y en la puerta les esperaba el Secretario Ifact con un transporte. De allí fueron en silencio hasta la Equemitía. Ígur no acababa de saber qué comportamiento se esperaba de él, y de reojo miraba a sus taciturnos compañeros de viaje. Ifact parecía absorto en pensamientos inaplazables, y Mongrius le dedicaba una discreta sonrisa cada vez que se notaba observado. Al final del camino relajó los nervios y pudo sentir el dolor de las heridas de garfio en su espalda.

Una vez en su despacho, el Secretario se dirigió a Ígur Neblí.

—Puedo anticiparte la complacencia del poder de esta Equemitía por tu victoria —sonrió—; no contábamos con un Caballero de Capilla en este momento. Esta misma noche informaré al Equemitor, que seguramente querrá conocerte; convendría que estuvieras dispuesto. —Dejó una pausa para el asentimiento de Ígur—. El primer día te dije que quedabas exento del servicio regular, y disponible para misiones especiales; huelga decir que, si bien sustancialmente eso no va a variar, la naturaleza y las dimensiones de la contingencia no son las mismas. Para empezar, tu sueldo ha de adecuarse a tu nueva categoría; se te asignan sesenta mil créditos al año, si estás de acuerdo. —Ígur asintió antes de que Ifact acabase la frase, pensando que seguro que podría conseguir más si quisiera, y de inmediato se sintió como un imbécil, porque el conformismo se podía asimilar a la falta de ambición o de autoestima, a la cobardía o, si la cantidad estaba por debajo de lo exigible, a un imperdonable desconocimiento de los baremos de la Administración; el Secretario prosiguió—: Por otra parte, a ninguno de los dos se os debe escapar que las relaciones entre vosotros se han visto alteradas en el aspecto jerárquico; aun así, si me permitís una opinión, creo que, atendiendo a la circunstancia de la falta de experiencia del Caballero Neblí en las cuestiones de Estado, sería interesante encontrar una fórmula transitoria para que el Caballero Mongrius te guiara por donde a ti...

—Excusadme, Señor —intervino Mongrius aprovechando una pausa insinuatoramente dilatada de Ifact—, no nos engañemos acerca de la situación; el Caballero Neblí está hoy jerárquicamente por encima de mí, pero eso es así en el espíritu de los Caballeros desde el día en que en esta misma sala demostró ser mejor luchador que yo; por lo tanto, estoy a su servicio, así como lo estoy al vuestro, para todas las indicaciones que en el terreno que él juzgue conveniente yo pueda proporcionarle, y sin la menor ambigüedad ni vacilación en lo que respecta a las prerrogativas.

Ígur se sentía violento por Mongrius y complacido por el Secretario, que de repente le inspiraba un profundo desprecio. Ifact los miró.

—La actitud de los Caballeros es siempre generosa —dijo sin inflexiones de voz—; Caballero Neblí, convendrá que estéis preparado, puesto que se avecinan cambios

sustanciales en el Imperio y muy pronto necesitaremos de vuestros servicios. —Ígur se inclinó—, ¿conocéis los usos de la resolución de un Juicio de Capilla cuando el vencido ha sobrevivido?

Puesto que Ígur negara con un gesto, Ifact con la mirada invitó a Mongrius a explicárselo.

—Es costumbre —dijo el Caballero de Preludio— que el nuevo Caballero de Capilla que ha dejado al contrincante vencido con vida y en posesión de una segunda prerrogativa, lo acoja bajo su padrinazgo y se ocupe personalmente del progreso de tal prerrogativa.

—Y si está herido, que le visite y le ayude en la recuperación —añadió el Secretario.

—Naturalmente —dijo Ígur—, iré mañana mismo.

Ifact miró los relojes.

—El hospital de los Caballeros está siempre abierto, y seguro que Lamborga no ha permitido inductores al sueño. Seguro que lo encontraréis despierto.

—¿Queréis decir que vaya ahora mismo? —se sorprendió Ígur.

—Sería conveniente —dijo Mongrius—; si quieres te acompaño y te espero en el vestíbulo.

El Secretario se levantó.

—Y después podéis ir a cumplir con la celebración ritual del nuevo Caballero de Capilla —añadió Ifact, ya en el umbral de la puerta, y él y Mongrius se sonrieron brevemente.

—Se refiere —le aclaró Mongrius— a ir a visitar a Madame Conti.

Al anunciarle la visita de Ígur Neblí, Kuvinur Lamborga mandó a todos sus acompañantes de habitación en el hospital que se retiraran, para entrevistarse sin testigos con el vencedor, que se encontró ante un hombre con el torso vendado, que le dirigía una mirada inquisitiva, en nada perdida ni para la dignidad ni para la tristeza.

—He venido —dijo Ígur— a cumplir con la tradición, pero quiero que sepas que la consideración de tus cualidades me habría guiado aquí exactamente igual sin que me obligase uso consagrado alguno.

—Te lo agradezco de corazón —dijo Lamborga—, aunque no debes ignorar que la frase que acabas de pronunciar también pertenece a la obligación de las costumbres —se rió, Ígur percibió sus facciones armoniosas y agradables—; la Capilla juzga a sus aspirantes, y no te guardo rencor; para demostrártelo, estoy dispuesto a corresponder a la generosidad que me has dispensado en toda ocasión guiándote por los intrincados pasadizos del Imperio, por donde, si no me equivoco, no vas demasiado bien orientado.

Ígur se inclinó en señal de agradecimiento, pero las últimas palabras le habían molestado.

—¿Qué te hace suponer que no voy bien orientado por los pasadizos del Imperio? Lamborga se movió sin reflejar ningún gesto de dolor.

—Quizá sí vas; y en ese caso admiro tu valor. Pocos hubieran hecho como tú con todas las cuantificaciones en contra.

—¿Las cuantificaciones? ¿De qué estás hablando?

Lamborga lo miró incrédulo.

—¿No te notificaron los porcentajes de posibilidades que te otorgaban en el Combate los Cuantificadores? —se detuvo—; quizá el Cuantificador de la Equemitía se rija por otros parámetros —y le dirigió a Ígur una mirada de desconfianza—; quizá no te lo dijeran para que no te arrepintieras...

—¿Y se puede saber qué me otorgaban las cuantificaciones? —preguntó Ígur, ya recuperado de la sorpresa inicial; Lamborga le contestó en tono de excusa.

—Comprende que, viniendo de una provincia periférica y sin ningún Combate importante como antecedente...

—¿Cuál era el porcentaje? —preguntó Ígur secamente, imaginándose el baile de informes sobre su persona en manos de los Meditadores.

—Tenías un noventa y ocho por ciento de posibilidades de ser derrotado.

Lamborga calló, y se desató de una tensión extraña. Ígur empezó a preocuparse.

—¿Qué más decía el Cuantificador?

—Ya debes saber que después de lo de hoy tu cabeza no vale ni cinco —el zumbido del acondicionador ambiental parecía de repente más maligno.

—¿Y si te llego a matar?

—Hubiera dado lo mismo —rió—; tú y yo combatíamos, pero sólo éramos armas guiadas por otros. De hecho, que el Equemitor te haya autorizado el Combate, significa que cualquier resultado posible era de su conveniencia.

—¿Y cómo hubiera podido impedírmelo? —dijo Ígur con insolencia; en la mirada de Lamborga se reflejaba una sorpresa mal disimulada, y acabó echándose a reír.

—Empiezo a creer que es verdad que bajas de las montañas. —Y puesto que Ígur le aguantaba la mirada con gravedad, se explicó—: La única salida que tienes es adquirir compromisos, y deprisa.

—Creía que ya lo había hecho. Soy Caballero de Capilla.

—Los Caballeros de Capilla también sangran cuando los hieren. Debes tener algún otro objetivo.

—Entrar en el Laberinto.

Lamborga puso cara de haber esperado esa respuesta.

—Todo el mundo quiere entrar en el Laberinto, pero nadie ha sabido construir las condiciones externas objetivas para poder conseguirlo. Antes de entrar en el Laberinto hay que modificar el mundo, y el mundo está tan bien montado que no cambia si no es por una equivocación; o bien por el error extendido y continuado de

muchos, o bien por el error fulgurante y notorio de uno.

—De tus observaciones anteriores cabe concluir que la decisión de combatir por la Capilla ha sido una grave equivocación; quizá haya comenzado a operar el cambio necesario. Parece ser que los que han intentado entrar en el Laberinto han actuado por lo general con absoluto respeto por el orden, y no lo han conseguido; como fue el caso, por ejemplo, de Maraís Vega, que cuando más avanzadas llevaba las negociaciones lo atrapó el tiempo y se encontró imposibilitado a causa del nombramiento del Decanato de la Capilla. La determinación del Imperio, como tan bien indican los Cuantificadores que yo desconocía, apuntaba a que tú serías el próximo Fidai —Ígur se recreó con crudeza en la palabra—, pero he sido yo, y perdona la franqueza, no sé por error de quién, y aunque pienses que he sido inconsciente de mis actos, y que no sabía gracias a cuál de ellos conseguiría mi propósito, ahora mismo no me arrepiento en absoluto de haber llegado donde estoy, ni, por lo tanto, lamento procedimiento alguno.

Lamborga lo miró de arriba abajo, entre admirado y resentido. Desde el fondo del pasillo les llegaba una especie de eco de campanas cristalinas.

—Eres listo, Ígur Neblí, y sin duda un luchador habilísimo. Tienes corazón, pero no sé si suficiente. He dicho que te ayudaré, y lo voy a hacer; para empezar, y con urgencia, necesitas un protector para sobrevivir.

—El Secretario Ifact es mi superior.

Lamborga se echó a reír abiertamente.

—Ifact ya tiene bastante con preocuparse de sí mismo. A Ifact se lo cargarían sin miramientos si cometiera la improbable tontería de interponerse entre tú y los demás.

—¿Y el Equemitor Noldera? —dijo Ígur resistiendo la tentación de preguntarle a quién se refería cuando hablaba de los demás.

—En primer lugar no creo que se quiera comprometer protegiéndote, por lo menos de momento; y, si quieres entrar en el Laberinto, no te conviene aliarte con un Equemitor —Ígur tampoco sabía por qué, pero para no tenerse que volver a oír que bajaba de las montañas prefirió no preguntar—; yo creo que deberías intentarlo con los Príncipes, en lugar de la Administración.

—¿Nemglour?

—Demasiado alto, y, además, tiene las horas contadas. Déjame pensar. El personaje clave ahora es el Príncipe Togryoldus, que por otra parte es inaccesible; hay que buscar a alguien próximo a él, quizá fuera posible acercarse al Príncipe Bruijma —Lamborga cambió el tono de voz—; bueno, eso es lo de menos, ya pensaremos más adelante cuál es el Epónimo más indicado; de todas formas, tanto para entrar en el Laberinto como para sobrevivir, hay que ser un cabrón, ¿tú lo eres? —Ígur se encogió de hombros, y Lamborga prosiguió—; si no lo eres, aún te convendrá más tener a tu servicio al cabrón más feroz.

—¿Te refieres a un Fonóctono?

Lamborga se rió. La liturgia de silencios y olores perversos del hospital se imponía en el contrapeso de las intenciones.

—Los Fonóctonos sólo se ponen al servicio de los Príncipes, del Hegémono y de los Apótropos; aun así, es como tener una bomba bajo la cama. Más bien pienso en algún Caballero de capa caída. El resentimiento da muy buenos resultados en ciertas disciplinas.

Ígur temió que se estuviera refiriendo a sí mismo, pero no se atrevió a decirlo por temor a equivocarse y ofenderlo.

—¿Y en el aspecto técnico? —preguntó.

—En el aspecto técnico, las principales dificultades serán de orden burocrático; en ese sentido matarías dos pájaros de un tiro si encontraras al protector adecuado —de repente tuvo una ocurrencia—: el Príncipe Togryoldus podría ser el Epónimo de la expedición —lo pensó mejor y no insistió en la idea, dejando a Ígur inquieto sin saber qué le rondaba por la cabeza—; otro problema será conseguir el concurso de Arktofilax.

—Las dos expediciones anteriores se emprendieron sin Arktofilax —recordó Ígur.

—Precisamente, y hoy en día la opinión más aceptada es que fracasaron por eso. Además, después de que la segunda Entrada no volviera, el Hegémono dictó un decreto prohibiendo el intento sin el concurso del Entrador del Laberinto anterior, siempre y cuando aún estuviera vivo.

—Que yo sepa no ha muerto.

—Hace más de cinco años que no se sabe dónde está. Creo recordar que el último que ha hablado con él ha sido Maraís Vega, que, como sabes, es su discípulo predilecto. Pero no creo que Vega esté dispuesto a proporcionar información.

—Lo intentaré —dijo Ígur, y Lamborga esbozó un gesto de incertidumbre—; necesitaré asesoramiento técnico.

—En eso no tendrás problemas; el único problema con que te encontrarás será con el de decidirte por una tendencia teórica o por otra —sonrió—, y no sólo se contraponen, sino que ya puedes imaginar la opinión que tienen los unos de los otros.

—¿A quién me recomiendas?

—El Agon de la Biblioteca debe saber muchas cosas, pero no sé si en la práctica puede dar buenos consejos... Malduin te recomendaría al Secretario del Príncipe Nemglour, y tu Equemitor te dirá que vayas a ver a la Cabeza Profética.

—¿Y tú que dices?

—Yo digo que hables con todos, pero que te confíes a uno solo, el que mejor puede guiarte a excepción del propio Arktofilax: el exconsultor del Anamnesor, el geómetra Kim Debrel.

Al salir de la entrevista, Mongrius hizo discretos intentos de indagación, pero Ígur

le respondió con evasivas.

—No te fíes demasiado de Lamborga —dijo al ver que no sacaba nada en claro.

—¿Y ahora adonde vamos? —dijo Ígur; después de un día tan agitado y productivo, no le desagradaba nada la perspectiva de divertirse.

—Directamente al Palacio de Madame Conti. Ya está avisada, y tiene muchas ganas de conocerte. —Y le sonrió, permitiendo que Ígur se imaginase mil y un vericuetos y reticencias de una conversación contractual en torno a él.

El Palacio Conti, magníficamente iluminado toda la noche, destacaba por su inconfundible forma cuadrada provista de torres en los ángulos y una cúpula en el centro, situado sobre una de las islas rocosas que forma el Sarca al dividir su curso en muchos brazos en el tramo que hacia el Sur se aleja de la Falera; la isla en cuestión, bautizada en honor de la señora del Palacio Isla de Ixtar, era la más baja de todas las del entorno, más escarpadas y de alturas similares entre ellas, pero, curiosamente, eso y la piedra y el mármol claros de su construcción en medio de oscuros berrocales le confería un contraste especial, parecido al de una joya resplandeciente insertada en medio de la naturaleza salvaje, que acentuaba la radialidad de sus siete puentes arcados que confluían en ella, notable incluso el más insignificante, por donde se accedía en sentido descendente desde los desfiladeros, por encima de los rápidos más turbulentos del río.

Nevaba y soplaban un viento helado cuando Ígur y Mongrius cruzaron el llamado Puente de los Cocineros, que escarpadamente se encaraba al Palacio en ataque posterior por la fachada Nordeste (en contraposición al Puente de los Príncipes, que mostraba en terreno llano la perspectiva de la fachada noble, la Sudoeste), sin duda, pensó Ígur, en un intento por parte de su amigo de exhibir la familiaridad que le unía a la casa, aunque él, amante de las primeras emociones perdurables, hubiera preferido una entrada más solemne. A pesar de todo, la vitalidad y el lujo del lugar le impresionaron; el acceso tenía una suma de provisionalidad apresurada y brillantez mundana y sensual que congració a Ígur con los días pasados hasta entonces en Gorhgró, más bien áridos y tensos. Una camarera jovencísima, mestiza y casi un palmo más alta que Mongrius, los recibió con una amabilidad exquisita y sutilmente insinuante, y los acompañó a través de un pasillo de luces rosas y espejos hasta un salón grandioso de planta octogonal, sin ninguna abertura al exterior, en cuyo centro se identificaba sin dificultad la cúpula apreciable desde fuera; a Ígur le sorprendió la facilidad con que habían llegado al centro de la edificación. En el salón, donde a pesar de la elevada temperatura no había ni humo ni bochorno, habría unas veinte personas de los dos sexos, algunas de pie y otras sentadas, repartidas en amplios divanes dispuestos en filas enfrentadas o concéntricas. La parte superior estaba rodeada por una galería elevada con arcos y barandilla en maderas preciosas mientras que el centro, bajo la cúpula, tres peldaños más bajo, se veía lleno de grandes cojines

de colores con bordados, distribuidos a capricho. Cuando entraron se hizo el silencio, y una mujer de algo más de cuarenta años, alta y espectacularmente peinada y vestida de rojo, se adelantó.

—Madame Isabel Conti —dijo Mongrius con una solemnidad que más que traicionar sugería complicidades pasadas y expectativas juguetonas—, me distingue la satisfacción de presentaros al Caballero de Capilla Ígur Neblí, de Cruiaña, que hoy ha ganado su honor.

Ígur besó la mano de aquella mujer imponente (aunque no tan alta como parecía desde lejos) que le sonreía entre soñadora y socarrona. Todo, en ella, los grandes ojos verdes, la boca grande y perfecta, el escote generoso, las joyas y los aires de reina, era tan brillante, que costaba mirarla a los ojos y mantener la compostura y la cabeza en su lugar.

—Caballero Neblí —dijo con voz potente y gran autoridad—, hemos tenido noticia de la alta proeza de esta tarde, y vuestra presencia significa un honor para esta casa, que podéis considerar vuestra —pronunció lentamente el posesivo— desde ahora mismo.

Ígur echó una rápida ojeada a la estancia. El conjunto de hombres y mujeres parecía un modelo calculado para ilustrar la antigua relación de causa y efecto entre desnudez y atractivo, agitadora de intereses estéticos, desde la sutil transparencia de una parte de la ropa hasta la desnudez completa, enjoyada o maquillada, o el vestido zoomórfico que oculta la cara y el cuerpo a excepción de un miembro significativamente elegido; y los hombres que no formaban parte del activo del Palacio, y que Ígur dudaba entre considerar clientes o invitados, exhibían la insolencia del que ejerce el placer desde la dominación. La iluminación era contrastada entre puntos fríos y fondos cálidos, discontinua y, salvo en el centro, la decoración era una mezcla inhabitual de enredaderas con flores tropicales y damascos, pinturas y esculturas que representaban, algunas con gran realismo y detalle, las más desmesuradas fantasías obscenas, dotadas de una calidad formal que las hacía definitivamente eficaces.

—El honor es mío, Madame —dijo Ígur, y ella miró a la concurrencia con expresión radiante.

—Bien, puesto que ya nos hemos honrado todos, por lo menos de palabra, podemos prescindir del protocolo —alguien rió, y cuando Ígur quiso buscar a Mongrius, había desaparecido—; sentémonos aquí, encantador Caballero, y contadme vuestras impresiones del Combate.

—¿De qué Combate, Madame? —preguntó, intentando no dejarse llevar por emoción alguna; la mirada de ella era transparente como la de una jovencita, y el surco que formaban sus senos era tan profundo que se hubiera podido esconder una mano en su interior; echó la cabeza a un lado y hacia atrás, levantando las cejas.

—Oh, excusadme, me olvidaba de que los que entran en la Capilla no deben vulgarizar los sentimientos. ¿Os gusta la ciudad? ¿Habéis hecho amistades? ¿Cuántas amantes tenéis? ¿O preferís los hombres? ¿No? —Soltó una magnífica carcajada—... Excusadme otra vez, era una broma. Venid —se levantó y le llevó de la mano—, tanta ropa os debe molestar, ¿no preferís aligeraros? Ya veo que habéis dejado las armas en casa —cada vez hablaba más deprisa, y le hizo un guiño—; ¿no os las habréis dejado todas? Espero que no. —Y soltó una carcajada juguetona.

—Señora, veo que no tengo más remedio que ponerme en vuestras manos y someterme a vuestra sabiduría.

—Ígur —dijo ella, ya en voz más baja para que los demás no la oyeran—, puesto que los sentimientos atienden más al futuro que al pasado, y yo sé que nos espera uno muy bueno, deseo que a partir de ahora no olvides que me llamo Isabel. —Lo sentó entre un grupo de cuatro, y se los presentó—: Ismena y el gestor Dilmau; Rilunda y el dermatógrafo Serránila.

Ismena y Rilunda representaban la una, una cara, los pechos eran los ojos y el sexo la boca, y la otra un pájaro nocturno en pleno vuelo. Ígur tuvo que hacer un esfuerzo para que no le traicionara la fijación de la mirada.

—Así pues —dijo Serránila, un obeso de rasgos arios—, ¿qué tal os va el enamoramiento dentro de la Capilla?

Y soltó una fuerte carcajada.

—No seáis grosero —dijo Madame Conti, y se dirigió a Ígur—: No le des mayor importancia; es lugar común que la comunión de la Capilla, que no la confabulación, culmina en el amor, y la declinación homosexual del Fidai completa en cierta manera su poder.

Ígur la miró fríamente; quizá al cabo de los años toleraría una transgresión así, pero no entonces. Madame Conti se dio cuenta y se rió; él iba a replicar, pero temió excederse.

—¿Cómo me debiera ir? —le respondió al tal Serránila—; ¿qué respuesta os decepcionaría más?

—No lo sé —dijo el dermatógrafo—; ¿tenéis costumbre de responder de acuerdo a lo que imagináis que espera el interlocutor?

—En un caso como éste, quizá —dijo Ígur, mirando a la Conti; tal vez se había salvado del ridículo de desconocer que una cortesana tan encumbrada como aquella tenía la prerrogativa de pronunciar la palabra Fidai, si es que eso era así—; si os digo que no lo llevo de ningún modo, ¿quedaré incompleto a vuestros ojos?

—Seguramente —dijo el otro, mirando a las mujeres.

—En ese caso —dijo Ígur, pensando en la forma de salvar la delicia mundana y a la vez su idilio circunstancial, comprensible por otra parte, con el acceso a la Capilla —, tendré que soportar mi heterosexualidad como una carga. —Y miró con ferocidad

a la morena Rilunda, que asistía indiferente al debate.

—No exageremos —dijo Madame Conti—; pensar en los placeres como en un problema es la más absurda de las debilidades. —Se levantó y se llevó a Ígur del brazo—. Comprende, amigo mío —le dijo cuando nadie los oía—, que es difícil encontrar a alguien tan respetuoso con las normas como tú y no tentar la magnitud de su fe —rió—; ¡aquí no existe la ley! Puedes denunciar a quien quieras, a mí, por ejemplo, tú mismo puedes castigarme —se metieron por un pasillo—, pero nadie te secundará, puedes apostar lo que quieras. —Ígur quería decir que las leyes no eran códigos causales por cumplimentar, sino principios que cada cual lleva dentro y que conjuran mutuamente un sentido a la vida, cuando ella le señaló una puerta custodiada por dos Guardias uniformados—. ¿Quién dirías que está en esta habitación? —se rió—; más vale que no digas nada. ¿Qué crees que tienes que hacer? —se detuvo—; ¿qué quieres? —Lo miró a los ojos con un dominio tan incuestionable, que Ígur se sintió absorbido por ella. Su experiencia se limitaba a las compañeras y primas de Cruiaña, y allí pisaba inseguridades; Madame Conti lo convertía en transparente con sus ojos, y lo atraía con suavidad.

—Lo quiero todo —dijo Ígur, y ella le dio un beso en los labios, y se sorprendió a sí mismo degustándolo no como una perversidad más o menos absurda, porque no era ésa la idea que tenía de la situación, sino como una constatación lógica.

—Siéntate aquí —le dijo Madame Conti, introduciéndolo en una estancia solitaria; la pared de enfrente era un cristal, espejo opaco por la otra cara, y en la habitación de al lado había una joven bellísima sentada ante un piano, que por el efecto reflectante no podía verles. Ígur se sentó en una poltrona reclinada, y Madame Conti apagó la luz y se fue.

No estaba demasiado claro si aquella mujer sabía que la observaban, pero en cualquier caso sí que parecía considerar la posibilidad, o así le gustaba creerlo a Ígur viendo la dudosa casualidad de ciertas miradas al espejo. Tenía detrás unas cortinas de un azul turquesa quemado, y llevaba una túnica amarilla larga hasta los pies con unos cortes laterales que permitían verle hasta las rodillas, y el torso ceñido, hasta el cuello y los codos. Era muy morena, llevaba el pelo recogido, y hasta sentada se la podía adivinar alta y soberbiamente proporcionada; la notable envergadura se apreciaba por su espléndida estructura ósea, y una fuerza y una agilidad naturales y cultivadas tanto en partes iguales como en generosa medida. El perfil de sus grandes ojos tenía la caída triste y a la vez risueña de los clowns. Cuando Ígur llegó, fraseaba ejercicios inidentificables, y después, poco a poco, comenzó a fijar momentos precisos de un pasaje a otro, presa y señora de la melancolía que sólo conocen los espíritus cultivados que no han necesitado de la precaución de reservar un reducto para el sentimiento salvaje, porque los propios movimientos y proximidades y lejanías de la vida se los han obsequiado para rodearlo de las preciadas delicias de la

memoria, del deseo y de la belleza, y así la melodía se tornaba ahora continua, ahora maravillosamente dubitativa ante la provocación de la expectativa del auditor, que la veía entonces plenamente satisfecha, luego incluso superada por una solución sorprendente, insólita y sobrecogedora, más encendida y veloz, porque poco a poco el canto del piano de una canción interior se transformaba en himno. Ígur se sintió transportado a los atardeceres de profundidad azul de los finales de estación con los Solve-Coagula de Sirinaraia, y fue presa de las debilidades del enardecimiento, el pulso acelerado por la excitación y el vértigo de las lágrimas, y grabó en su recuerdo para siempre la expresión triste y cruel de aquella mujer que parecía vivir tan en propia carne, tan íntimamente en conjunción la respiración del piano con su pasión evocada como un delfín con la ola o el águila con las corrientes del aire.

Finalmente se descorrieron las cortinas, y un hombre se acercó a la pianista sin hacer ruido; ella no se volvió, pero, consciente de la presencia, introdujo nuevas discontinuidades en la melodía, que se volvió más brusca, y por momentos también más desamparada. Ígur notó de pronto cómo la música conducía un hilo de aproximación, cómo era cebo y acta efímera del contorno entre dos espíritus tan casualmente unidos como dos contrincantes en una guerra, y sus ojos de inesperado escopófilo, fluctuantes entre el placer y el dolor de los vaivenes transferidos y el enfrentamiento con su propia inmovilidad, descendían de los ojos de la pianista, ciegos a su existencia, a las manos que, primero una y luego otra, se levantaban del teclado, y planeaban más abajo mientras que la fragmentada música adquiría las dudas y los silencios de una respiración, y hablaba y suspiraba, y guiaba la inclinación de ambos como guiaba la mirada de Ígur, y como parecía que la mirada la guiase hasta que, enmudecida del todo, ofreció al espectador el instante de retirarse.

Al hacerlo, le sorprendió la presencia de Madame Conti detrás de él (¿cuánto tiempo llevaba ahí?, pensó; quizá había fingido irse y no se había movido), que le sonrió con gravedad y ternura.

—Quiero presentarte a una amiga —le dijo.

—Quiero conocerla a ella. —Ígur señaló hacia atrás sin darse la vuelta.

—Esta noche no podrá ser —rió—, quizá mañana. ¿Te ha gustado Fei? Ten cuidado, la llaman la Reina de los Dos Corazones.

—¿Por qué? ¿Tiene fama de traidora?

—Al contrario; tiene fama de que cuando está acompañada, tiene en propiedad mucho más que su propio sentimiento.

—De acuerdo, entonces, hasta mañana.

—¿Cómo? ¿Ya te vas? ¿No esperas a tu amigo? No lo esperas. Si me dejas tu sello, le introduciré un código para que puedas entrar siempre que quieras, a cualquier hora.

—Gracias, pero ya lo hicieron en la Equemitía.

Madame Conti se echó a reír.

—Los códigos de la Administración no sirven aquí. —Lo tomó por la cintura y bajó la voz—. ¿Me permites?

Si los de la Equemitía habían podido regrabarlo, no veía impedimento para que también lo hiciera Madame Conti. Su sello no contenía información reservada pero, en cambio, sí que se le podía introducir.

—De acuerdo, pero te acompaño —dijo.

Madame Conti hizo un gesto de resignación burlona, y cruzaron las estancias hasta llegar a una sala de tratamiento de códigos. Allí Ígur sacó el sello.

—¡Amarillo! —dijo Madame al verlo—. ¡El color de los amantes y las putas!

Ígur se desabrochó la chaqueta azul para mostrarle el chaleco amarillo.

—También es el color de la esperanza cumplida.

Una vez grabada la clave de entrada al Palacio Conti, quiso marcharse.

—¿Qué hay que decirle al Caballero Mongrius? —dijo Madame, burlándose.

—No hay que decirle nada. ¿Fei, se llama? Mañana volveré.

Ella lo acompañó por un camino diferente, sin necesidad de encontrarse a ninguno de los presentes, e Ígur se retiró.

La entrada noble de la Apotropía de la Capilla del Emperador era un corredor porticado, con los retratos de los principales y más rememorados representantes de las grandes dinastías, acabado en el llamado Preludio de la Rueda, propiamente el vestíbulo de Acceso, que no podían sobrepasar quienes no fueran Caballeros de Capilla o el propio Emperador. Ígur Neblí fue ceremoniosamente acompañado por el pasillo por Mongrius, su padrino de inscripción, por el Jefe de Protocolo de la Capilla, que les precedía, y por dos Gastadores que les escoltaban. El Preludio de la Rueda era un círculo de un poco menos de trece metros de diámetro y, regularmente alineados a un metro de separación del muro, ocupando una marca del pavimento dispuesta para ese fin, aguardaba la totalidad de la Capilla, excluidos los Magisterpraedi y los que habían obtenido dignidades superiores, formada por veintidós caballeros en total, sin contar al Decano, al Secretario y al Apótropro, que estaba ausente, ni, supuso Ígur, a los tres que, según le había dicho Vega el día anterior, no estaban en Gorhgró. El pasillo incidía en el vestíbulo de forma no perpendicular, por lo que el eje no coincidía con el centro del círculo sino que se desplazaba ligeramente a la derecha, visto desde el acceso; siguiendo el mismo sentido, tal como se entraba a la izquierda, y a un poco más de noventa grados del punto central de la entrada, había una gran puerta de mármol verde y negro, que sobresalía por dimensiones y énfasis formal de entre las demás aberturas del Preludio de la Rueda, nueve en conjunto. La comitiva se detuvo en el centro, y a una indicación del Jefe de Protocolo esperaron la llegada del Secretario de la Capilla y del Decano, que entraron por la puerta de enfrente a la del pasillo. El Secretario se dirigió

a todos.

—Acabados los determinios de la vida, hoy entraremos en los de la muerte, que significa en los de cada cual. Ígur Neblí, sé bienvenido a la Capilla y que se retiren los que no han ganado la carga del mérito y del derecho de entrar.

El Jefe de Protocolo le indicó a Mongrius el pasillo por donde habían entrado, y, precedidos por los Gastadores, salieron los cuatro (Mongrius y el Jefe a su lado) del Preludio de la Rueda. El Secretario cerró la puerta del pasillo y, dejando a Ígur en el centro del vestíbulo a la derecha de Vega, procedió a abrir la enigmática gran puerta verde oscuro; por la resonancia del ruido de apertura, Ígur supo que el espacio al que conducía era grande y desnudo; por la corriente de aire supo también que hacía frío y, entre eso y un cierto olor a cerrado, que no se transitaba por él habitualmente. El Secretario entró, y accionó un mecanismo de agujas térmicas que encendió miles de velas, y el espacio se iluminó de repente. Ígur contuvo la respiración.

—La Capilla del Emperador —dijo Vega.

Ígur y el Decano permanecieron inmóviles, y los Caballeros entraron en dos filas, según el orden de alienación en el Preludio de la Rueda, la mitad por un lado y la otra mitad por otro, siguiendo el camino del círculo interior de pavimento y cruzando la puerta de dos en dos, de manera que los dos primeros, que estaban más próximos a la gran puerta, la atravesaron juntos delante, y los dos últimos, que estaban uno al lado del otro al principio y se habían separado diametralmente al recorrer cada cual su semicírculo, se volvieron a juntar al final para entrar a la vez en la Capilla. Como el ceremonial fue tan lento, y la entrada tenía el aire litúrgico de una procesión, el pensamiento de Ígur vagó por los caprichos más inconvenientes, algunos incluso jocosos, por ejemplo qué pasaría si el número de Caballeros de Capilla fuera impar, o, si alguno de los Caballeros va demasiado despacio y deja un vacío entre él y el anterior, su correspondiente simétrico tendría que estar al tanto y hacer lo mismo para no entrar descompasados.

Una vez dentro, aposentados de forma que Ígur y Vega no podían ver, el Secretario hizo una señal, y Vega tomó la mano izquierda de Ígur con su mano derecha, la del neófito con la palma hacia abajo, y la suya de lado, como se coge a una dama, y así, y no bordeando el perímetro del Preludio de la Rueda como los Caballeros, sino directamente por la diagonal, entraron en la Capilla, un espacio perfectamente cúbico, de algo menos de treinta y cuatro metros de arista (lo que, por la altura, excesiva según la costumbre, le confería un ambiente excepcionalmente sombrío y abrupto) sin la menor decoración ni moldura, ni, en definitiva, nada que rompiera la definición geométrica del espacio, llevada la austeridad al extremo de inexistencia de ventanas, suplidas en lo referente a iluminación por palmatorias situadas, para culminar la adusta frialdad del conjunto, a veintiún metros de altura, y sin pantalla ni difusor alguno que mitigase la agudeza metálica sobre el mármol

negrísimo de que estaban íntegramente contruidos suelo, techo y cuatro paredes, con una única excepción: un gran cristal, de una sola pieza, situado en el centro de la cara de la derecha, y que no llamó la atención de Ígur al principio pero que después, al fijarse en él impaciente por el tedio del larguísimo ritual, se dio cuenta de que no era sino un mirador sobre la Sala de Juicios, donde se había librado su Combate de Acceso el día anterior, el gran espejo que ocupaba uno de los laterales de la Plataforma, cuya naturaleza tenía por misión ocultar al observador situado en la Capilla, que disponía de sillas con brazos para el espectáculo.

El ritual del Acceso a la Capilla, una vez cerrada la puerta, disponía que a continuación se sentaran todos los Caballeros en círculo y, situados el conferidor (en ese caso, el Decano) y el neófito en el centro, uno al lado del otro, y el Secretario aparte, proceder a una larga meditación, sin ninguno de los tradicionales soportes de la liturgia (homilías, incienso, música, invocaciones), eliminados por considerarlos poco serios y nada adecuados al carácter autodisciplinar y rigurosamente consciencial de la Capilla. La meditación era libre y no tenía por qué ser trascendente ni dramática siempre que fuera interior, es decir, inmóvil y silenciosa. Ígur comenzó por observar de reojo el mobiliario, que se limitaba a las sillas que ocupaban los Caballeros, y que debían haber sido calculadas antes, porque no sobraba ninguna, y a un enorme sitial de madera, negra como todo lo que estaba a la vista, asimismo carente de decoración pero con un baldaquín rematado por una estrella metálica, en concreto un icosadodecaedro, también llamado dodecaedro abciso elevado, que Ígur dedujo que debía de corresponder, aunque fuera de forma emblemática, al sitio del Emperador, porque presidía inequívocamente la estancia en el centro de la pared contraria a la del mirador; aparte de eso, nada más; ni una mesa, ni una abertura de ventilación ni de calefacción (al cabo de un rato, en pleno mes de febrero, hacía un frío terrible). Más tarde, Ígur miró al techo, y pensó que si no fuera por el espejo, los muebles y la puerta (la única abertura), sólo las velas y la gravedad distinguirían las seis caras de aquel cubo perfecto, una de las cuales coincidía exactamente con la lateral de la Sala de Juicios, donde fijó su atención Ígur a continuación. El cristal espejado (igual al de la salita de Madame Conti, recordó) tenía por objeto ver sin ser visto, pero todos los presentes en la Capilla en aquel momento habían estado en la Sala de Juicios durante el Combate. ¿Quién había utilizado entonces el mirador? ¿Alguno de los tres Caballeros pretendidamente ausentes? ¿El Apótrofo, que también había comunicado su ausencia? Ígur se sobresaltó. ¿O el propio Emperador? Aunque tuviera doce años... ¿dónde estaba el Emperador?, ¿dónde vivía?

En ese momento, atraída de una manera incomprensiblemente irrefrenable, la mirada de Ígur se posó sobre la de Maráis Vega, situado a un metro y medio escaso de él, que le miraba con una sonrisa apenas esbozada, y que a Ígur le produjo el efecto desasosegante de que participaba de sus pensamientos, y le hizo comprender

que aún quedaban adversarios que no podría vencer ni con las armas de Caballero. Vega levantó la mano y el Secretario se le acercó; en el momento en que entró en el círculo de los Caballeros sentados, los veintidós se levantaron como una sola persona.

—Lo que es, es —dijo el Secretario, mirando al Decano.

Vega posó la mano izquierda sobre el hombro derecho de Ígur.

—Te confiero el Derecho de la Capilla. Que tu justicia infunda paz y felicidad — le dijo, dando un paso hacia atrás.

—¡Viva el Emperador! —dijo el Secretario, levantando levemente la voz.

—¡Viva! —dijeron todos los demás con una entonación solemne pero no más alta que la de una conversación normal, lo que le confirió un efecto insólitamente grave.

De uno en uno, y en un orden que Ígur reconoció como el mismo que el de las felicitaciones del día anterior, los Caballeros lo abrazaron y salieron de la Capilla; al final quedaron Vega, el Secretario y él; el Decano le invitó a salir, y el Secretario se quedó el último para apagar las luces y cerrar la puerta. Ígur se sentía decepcionado en parte. ¿De manera que eso es todo?, pensó, ¿ya está? ¿Aquí no quieren mi sello? El alivio de abandonar la sobrecogedora estancia le hizo notar con más fuerza aún su durísima severidad, si bien ni el Preludio de la Rueda ni el pasillo anterior eran espacios precisamente confortables, y el objetivo que perseguía la estancia en el hexaedro del Emperador.

En la entrada noble de la Apotropía le esperaba Mongrius, y Vega y el Secretario se despidieron de ellos; Ígur y el Caballero de Preludio salieron en busca de algún transporte.

—¿Dónde vive el Emperador? —preguntó Ígur, ya de camino a la zona residencial.

Mongrius esperaba algún comentario sobre el acto que no había podido presenciar, o en todo caso que Ígur indagara sobre su desaparición la noche anterior en casa de Madame Conti.

—Tradicionalmente, la residencia del Emperador está en Bracaberbría, pero desde que Anderaias III la abandonó, que yo sepa el Palacio de Gorhgró no lo ocupa el Emperador, sino el Anamnesor. ¿Dónde vive el Emperador? Se dice que no tiene sitio fijo.

Ígur sonrió, y mandó parar el transporte. Mongrius, extrañado, no se atrevió a pedirle explicaciones.

—Adiós, amigo. Cuando necesites padrino para entrar en la Capilla, cuenta conmigo. —Y cambió de vehículo, esta vez en dirección al Palacio Conti.

No se trataba de entregarse a hacer el amor con desesperadas, pero un no sé qué parecido excitó a Ígur cuando, habiendo parado de nevar, y, noche negra y todo helado, brillante y nebuloso, cruzó el Puente de los Cocineros siguiendo el camino que el día anterior Mongrius le había enseñado, para entrar en el blanco cuadrado del

Palacio Conti, rodeado de aguas turbulentas y éstas de áridas escarpaduras negras de pliegues llagados de nieve. Comprobó que su sello podía abrir la discreta puerta del falso pasillo de servicio, donde, como si le estuviera esperando (y quizá, gracias a algún mecanismo oculto, así era), lo recibió una camarera, distinta a la del día anterior pero no menos agraciada y solícita, que lo acompañó hasta la Sala central.

Allí la situación también había cambiado. En el centro, sobre una plataforma de metro y medio de altura, iluminado por focos, tenía lugar un espectáculo, y el público lo formaban más de trescientas personas, aquí bullicio, allá silencio concentrado, en ese rincón agonizantes de ponzoñas, en ese otro, complicados enlaces sollozantes de tres, cuatro, cinco o seis. Madame Conti, vestida de negro y más ceñida y escotada que el día anterior, generosas evidencias al ataque, presidía la reunión desde un grupo de hombres en círculo que, ignorando la representación, estaban sólo pendientes de ella, y cuando vio llegar a Ígur, le salió al encuentro.

—¡Gloria a los héroes de hoy, príncipes de mañana! —dijo, Ígur le correspondió con una inclinación—; me alegra que además de ser un vencedor, sepáis cumplir vuestra palabra dada al placer —hizo una señal de cruce de dedos a la camarera, y cogió a Ígur del brazo—; hoy no te presentaré a nadie, porque aquí no hay nadie digno de ti.

—He venido... —dijo Ígur, pero ella lo interrumpió.

—Ya sé por qué has venido, y acabo de dar instrucciones para que seas complacido —Ígur echó una ojeada al espectáculo, consistente en dos mujeres idénticas, como mínimo gemelas univitelinas, o posiblemente clonadas, haciendo piruetas y revolcándose al uso de la culminación sexual, con guantes de piel de serpiente hasta el codo, medias de lo mismo por encima de las rodillas y un cinturón de cadenas doradas por toda vestimenta—; ¿te gustan las gemelas dadóforas? —le dijo bajito Madame Conti—. Aún te hubieran gustado más las siamesas semisuicidas: la roja ríe, la blanca llora... lo malo es que el número es único, irrepetible... un día dimos las gemelas dadóforas, en combinación con la Apotropía de Juegos; pero mira por dónde, aquí tengo algo mejor para ti.

—Madame —se inclinó Ígur, y en ese momento la camarera compareció en compañía de la mujer más bella que el joven Caballero había visto en su vida, y en quien, tras un primer momento de desconcierto, pudo reconocer a Fei, la pianista del día anterior, sonriendo abiertamente, la cabellera un negrísimo huracán desatado, maquillada con más dureza y vestida íntegramente de cuero negro, aunque decir íntegramente supondría una falta que no podría perdonar imaginación alguna, porque Fei, de forma parecida a las gemelas pornógrafas, llevaba guantes negros hasta los codos y botas hasta por encima de las rodillas, y su cuerpo, de caderas para arriba y de pecho para abajo, ambos comprendidos, se ceñía con un cuero estrecho que dejaba libres, sin embargo, los costados hasta el final de las costillas, la espalda hasta el final

de la columna y el escote hasta el centro del vientre. Nadie dijo nada, y Fei, tan diferente de la dama lánguida del día anterior, se mantuvo a la vista de Ígur, más bajo que ella, sonriente él añorado de una máscara, ella de forma radiante.

—Fei, la Reina de los Dos Corazones —presentó Madame Conti—, Ígur Neblí, Caballero de Capilla; amigos, la casa es vuestra—. Y la camarera y ella se retiraron.

Ígur se recreó en la contemplación de aquella mujer, tan distinta de las que se veían por Gorhgró, virilizadas por el alcohol, el tabaco, la alimentación despiadada y el peso de las responsabilidades; Fei le pareció mucho más bella que el primer día, y a la vez le causó una impresión extraña, racionalmente injustificable, de algo un poco sucio en el sentido de malsano, una de aquellas impresiones que con el trato desaparecen y que cuando, recordándolas, se quiere reproducir su efecto, es del todo imposible. Ígur y Fei buscaron una mesa vacía en la galería superior y pidieron bebida para consumirla en la más olvidable de las conversaciones. Cuando las facciones tienen una fuerte personalidad, hay veces que distraen del silencio de las objeciones que la contemplación del objeto perfecto infunde a la consideración del placer, precisamente en el mismo aspecto, pero en sentidos diferentes, en que unos rasgos correctos pero insípidos refieren a un cuerpo proporcionado a pesar de que no le den ningún resplandor propio que aporte nada nuevo a los estímulos conocidos o reconocidos, como en el caso de Fei, pues, asimilable al primero de los dos, que hacía que, habiéndose alejado Ígur de las afluencias convencionales de la pasión por los dos dientes centrales en posición caprichosa, o la nariz quizá demasiado pronunciada, o las cejas, negras y poderosas, y los labios en digresión juguetona, la parte central del superior formando una M pronunciada, y las comisuras rampantes, porque de alguna manera habían apartado los circunloquios del deseo de su habitual causalidad, el descubrimiento de un cuerpo extraordinario advenía con el fulgor de una sorpresa o, aún mejor, de un repentino recuerdo o de un voluptuoso reconocimiento que, aplicados en un lugar de hecho, no en circunstancia, inhabitual, multiplicaban la excitación, y todo, recíprocamente reforzado por la memoria de las delicias y por el vértigo de las inauguraciones, absorbía el efecto hacia un irresistible estallido sensorial.

—Me han contado que tu adversario tenía unos garfios terribles, que hubieran destruido a cualquiera que no hubiera sido tú —le dijo ella, y tenía una voz de contralto tan aterciopelada y opalina que Ígur resolvió cualquier duda posible—; ¿ya te han curado las heridas? —Y se rió.

—Esperaba que me las curases tú; ¿no hay un sitio un poco más confortable que éste?

La rotundidad de los pechos y las caderas se componen tanto de su propia esencia como de la ligereza de la cintura, y Fei era un prodigio tanto de una cosa como de la otra.

—Naturalmente —dijo, y se levantó.

Ígur la siguió, y se impregnó de la esbelta elegancia de sus movimientos, de las piernas tan largas que a los hombres, hasta a los más altos que ella, los hacía parecer a todos bajos, excepto a aquellos inequívocamente gigantescos. Ígur temía que le llevara a la habitación del piano, pero Fei le condujo por pasillos y más pasillos, de donde hubiera resultado muy complicado salir sin guía, pensó él, con algún paso exterior desde donde se apreciaba, como hecho a propósito, que la línea del cielo, alta y accidentada por enclavarse el Palacio entre montañas tanto más altas, descendía abruptamente en cuatro puntos estratégicos para ofrecer el horizonte más bajo, como si se tratara de la línea del mar, hasta llegar a una habitación de techo bajo y decoración cálida y sensual, en ninguna manera groseramente explícita, con un ventanal cercano al suelo que, sorprendentemente, ofrecía la visión de un minúsculo jardín exterior con plantas tropicales (¿dónde estaba el río?, pensó Ígur; ¿y los puentes?, ¿y las islas rocosas?). Allí Fei prendió incienso y velas, se quitó las botas y los guantes y el cinturón de anillas de oro, y volteando el pelo invitó a Ígur a tumbarse entre los cojines del suelo, que todo el suelo era de punta a punta un gran cojín, y descalzó a Ígur y le quitó la ropa para pasar sus dedos incomparables por las benignas heridas de la espalda, en un ritual más de complacencia y de comprobación de un trofeo que de curación, que, cerrados los desgarros en firmes costras de sangre, no tenía más sentido que la mutua proyección humorística. Fei se movía como una felina, y todo en ella era felino, hasta la cara, que desde sus grandes ojos amarronados tenía mucho de promesa de abrazo de pantera, e Ígur supo que por primera vez desde que estaba en Gorhgró le había llegado una ocasión para abandonarse, para reír y llorar si llegaba el momento, tanto como quisiera, para no pensar en nada ni mirar atrás.

—Me gustaría quedarme a vivir aquí —dijo con absoluta, con conmovida sinceridad.

Ella irguió la cabeza sacudiéndola suavemente a uno y otro lado para quitarse el pelo de la cara sin apartar las manos de la espalda de Ígur, y rió.

—Pues quédate, en ningún otro sitio serás mejor recibido.

No enciendas fuegos que no estés dispuesto a apagar, pensó él, y una vez más se maldijo por no poder, por no saber respirar la totalidad de los momentos de placer, ya fueran de triunfo o de anhelo, y dejó que pasara el rato para que las palabras se evaporasen. Ella, con la discreta sabiduría que tanto se agradece en estos casos, liberó la presión de los falsos compromisos, de la mentira emocional que somete el porvenir inmediato a lo agridulce, y el fuego que se había encendido fue más fácil de apagar. Ígur dio media vuelta, y no precisó hablar para comprobar el acuerdo sobre todo aquello que se daba por supuesto. La prisa ya no pertenecía a la voluntad, y se acabaron de quitar las prendas de ropa que más les estorbaban. Fei se dejó sólo los

brazaletes —llevaba en los brazos, las muñecas y los tobillos—, el tercero, y último, el finísimo cinturón de oro, los collares y los pendientes —pendientes llevaba en las orejas, los pezones y los labios del sexo—, por aquello del sonido que se mezcla con la luz y el movimiento, y de repente todo se transformó en reconocimiento, y la incertidumbre retrocedió en el placer; ella quiso empezar besando a Ígur en los labios, después escondió la cara en su cuello y le tomó el sexo entre los pechos y se lo sorbió con detenimiento, después se le puso encima, y al final, ella debajo, la cabeza hacia los lados y hacia atrás, los brazos extendidos a ratos cruzados bajo la cabeza, él apoyándose en los puños, de repente levantándose del cuerpo, aplastándolo después y abrazándola por la nuca, la mano derecha de él tirando del antebrazo derecho, la izquierda del antebrazo izquierdo, abrazándola con los codos hasta casi incorporarse, sin obstáculos ni prisas, directo hasta el fondo de la exaltación del desconocimiento feliz; algo más tarde, la mirada de Ígur se despertó en un interrogante, y ella respondió con el silencio abandonado. Pero el espíritu furtivo estaba todavía en el deseo de Ígur, desgraciadamente afectado por el recuerdo del día anterior, y, aún en el aliento como un eco de las sacudidas finales, no pudo contenerse de preguntar.

—El Caballero ha cruzado demasiados desiertos descalzo para llegar hasta ti.

Ella abrió los ojos y lo miró dispuesta a la complicidad.

—La vida puede tener muchos determinios esta noche.

Ígur se dejó caer a un lado, y se echaron a reír. Las posibilidades de desenlace de los muchos determinios de la vida no debían ser, aquella noche, demasiado diferentes unos de otros.

IV

La residencia del geómetra Kim Debrel, ex consultor del Anamnesor Imperial, era una torre redonda que se alzaba en la cima de una colina rodeada de edificaciones similares, en la parte más oriental del anillo exterior de la ciudad, junto a una profunda escarpadura que acababa en el Sarca, y con una formidable vista del roquedal de la Falera, que, a treinta kilómetros justo hacia el Oeste, se recortaba a la derecha del poniente en invierno, a la izquierda en verano, y lo ocultaba en las estaciones intermedias. Se entraba a través de un jardín que debía haber costado grandes esfuerzos salvar de la malignidad atmosférica de Gorhgró. Un estudiante, posiblemente más joven incluso que Ígur, salió a recibirlo, y se presentó a sí mismo como Silamo Aumdi, discípulo y ayudante de Debrel, y ambos subieron en un estrecho ascensor exterior las cuatro plantas hasta el último piso de la torre, y allí, a través de una pequeña recámara orientada al Noreste y rodeada por un balcón exterior, entraron al salón casi perfectamente circular que ocupaba toda la planta, a excepción de la aludida peculiaridad del acceso. El sol desmayado de febrero la iluminaba a ras, y tres personas más, un hombre y dos mujeres, esperaban de pie la entrada de Ígur y su acompañante.

Kim Debrel se adelantó el primero. Tendría unos setenta años que no aparentaba (aun así era mayor de lo que Ígur se había imaginado), el pelo cano y la mirada franca.

—Sé bienvenido, Caballero Neblí, y aunque imagino que ya no debe producirte efecto alguno después de las muchas veces que lo habrás tenido que oír, permíteme que en nombre de todos y en el mío propio te felicite por tu brillante acceso a la Capilla —se volvió hacia la mayor de las mujeres, una rubia de pelo corto y de unos cuarenta años, alta y delgada y de miembros y facciones grandes y agradables—: mi esposa, Guipria y su hermana Sadó. —Y le presentó a una joven de apenas diecisiete años, límpida y bellísima, que no debía de ser hermana de la otra, porque apenas se parecían, sino hermanastra, supuso Ígur acertadamente.

Se sentaron en círculo cerca de los ventanales de poniente, y Sadó sirvió infusiones de varias clases, licores y aguardientes de Eyrenod, y ofreció pastas, frutos secos de Breia y chocolate negro de Sunabani.

—Es un honor y una satisfacción estar entre vosotros. Lamborga me ha hablado largamente de vuestra hospitalidad, y no exageraba.

Debrel sonrió.

—Cuando Lamborga me anunció desde el hospital tu visita, ya imaginé que un Caballero de Capilla que ha logrado tan brillante ascenso no podía albergar más objetivo que el Laberinto.

Sonrieron. Ígur se sentía minuciosamente observado, pero el clima era tan

distendido y agradable que, lejos de estimular su alarma, y aún menos su suspicacia, suponía un elemento de verdadero aprecio, halagador incluso, y no tardó mucho en sentirse como entre conocidos de toda la vida. Le pidieron detalles del Combate de la Capilla y, al evocar la tarde de hacía dos días, se dio cuenta de que habían pasado tantas cosas que le parecía que habían transcurrido dos meses. Poco a poco pudo apreciar la espléndida versatilidad mundana de Guipria, la inteligente discreción y la sincera amabilidad de Aumdi, y la astucia de Debrel, que en un principio se mantuvo en segundo plano para que, tal y como se confirmó, la conversación con los demás elevara la temperatura de la franqueza y la confianza, y apreció seguramente tanto como todo lo demás la extraordinaria belleza de Sadó, que quizás no fuera espectacular ni deslumbrante a primera vista, como la de Fei, pero que con un mínimo de atención resultaba deliciosamente equilibrada y reforzada, ésta sí, por correctísimas facciones y un cuerpo tan delicadamente proporcionado que lo que reclamaba la atención era que ningún rasgo destacaba por alguna característica estridente.

—Pero el Caballero debe de estar impaciente —dijo Guipria después de tres cuartos de hora de digresiones—, porque ha venido hasta aquí para que le hables del Laberinto.

Sin permitir que Ígur protestara, Debrel aparentó caer en la cuenta.

—Desde luego —dijo, y Guipria y Sadó se levantaron—, vamos a ver, por dónde empezamos... Supongo que con los de la Equemitía aún no has hablado; no, claro que no, en todo caso con Lamborga, pero no demasiado a fondo. Veamos: las condiciones imprescindibles para entrar en el Laberinto son tres: información técnica, concurso de un Príncipe Epónimo y concurso del Entrador superviviente. Para la primera condición, puedes contar conmigo; de todo el ejército de buitres que rondan el Laberinto, no hay ninguno que me merezca la más mínima confianza.

—Pero a mí no me conoces —desconfió Ígur, y Debrel y Silamo se echaron a reír.

—Precisamente, por no conocerte es por lo que te considero la única posibilidad —y después, ya con la habitual compostura—: dejémonos de bromas, de momento; tendremos que acceder a las cintas de emisión perpetua de la Puerta del Laberinto; eso no será problema, tengo los contactos necesarios; a partir de ahí, nos aguardan horas de estudio —a Ígur le sorprendió que el asunto no estuviera ya exhaustivamente estudiado, pero no se atrevió a interrumpir—; vamos al segundo aspecto, el Príncipe Epónimo; vivimos un momento delicado: Nemglour ha tenido durante años una extraordinaria autoridad, pero ahora es un anciano y le siegan la hierba bajo los pies; Togryoldus aún es más viejo, pero entre ambos reúnen aún la mayor parte de Crédito Imperial, Nemglour controla la banca y Togryoldus el comercio y los transportes, y Bruijma y Simbri no parecen estar preparados para tomar el relevo.

—Pues busquemos la Eponimia del Príncipe Nemglour —dijo Ígur, y Debrel se

rió.

—Nemglour es inaccesible; sólo se relaciona con el Hegémono y con los demás Príncipes, y no con todos. Además, está enfermo; se rumorea que hace ya tiempo que las decisiones del Principado emanan de sus colaboradores; ya te lo he dicho, tanto él como Togryoldus son ya demasiado viejos —parecía arrepentirse de sus opiniones anteriores—; creo que es cuestión de pensar en los jóvenes... y hay que tener buen criterio. Fíjate, Nemglour, el Epónimo de Bracaberbría, desplazó del poder al Príncipe Pluteifors, el Epónimo de Eraji, donde triunfó Beior para hallar más tarde, como todos sabéis, la muerte en Bracaberbría, y no se puede aplicar en este caso el tópico de que el enfrentamiento entre los más cualificados lleva a emerger como solución de compromiso al mediocre, porque Nemglour, que entonces ya tenía sesenta años, era sin duda el más brillante de los Príncipes; y ahí reside el aspecto más apasionante de la causalidad imperial: el Epónimo de la expedición que triunfe en Gorhgró (si es que alguna vez hay alguna) tiene que ser cuidadosamente elegido, porque será el siguiente Príncipe entre los Príncipes; y ésa es la gran cuestión: ¿Lo será en tanto que Epónimo del Laberinto, o se abrirá el Laberinto al Príncipe escogido?

Guipria, que llegaba en ese momento, esbozó una sonrisa al oír las últimas frases, y se dirigió a Ígur.

—No le hagas caso, a veces se complace hablando como el campesino más supersticioso de Virtic.

—Hay que afinar bien en la elección —prosiguió Debrel como si no la hubiera oído—; ¿Simbri o Bruijma? No tenemos que decidirlo ahora mismo, pero tampoco tenemos todo el tiempo del mundo para pensarlo. Pasemos a la tercera condición: el concurso de Arktofilax. Eso es lo que de verdad marcará la diferencia con las otras opciones al Laberinto, porque nadie sabe dónde está.

—¿Cómo se sabe si está vivo, si nadie sabe dónde está? —dijo Ígur, y Debrel le dirigió una mirada penetrante.

—He dicho nadie, no he dicho que yo no lo sepa.

Ígur quería preguntárselo directamente, pero Debrel impuso un silencio contemplativo, y se abstuvo por temor a una negativa; de repente sintió la molesta impresión de estar siendo sometido a prueba.

—Y si tú sabes dónde está, ¿por qué los anteriores aspirantes a la Entrada no han venido a tu encuentro?

Se hizo un silencio de tensión de significado, y fue Guipria quien respondió.

—El que te proporcionó la dirección de Kim, o te quiere mal o tiene una confianza ilimitada en tus fuerzas y te desea lo mejor.

—Tú no conoces la mentalidad de un Aspirante a la Capilla derrotado —la interrumpió Debrel, mientras Ígur sopesaba cuál de los dos sentimientos debía haber

albergado Lamborga—; viven en el espíritu de los Juegos, y tanto les mueve la esperanza de verte destruido como el orgullo de no poder ser acusado, ni por sí mismos, de resentimiento o de bajeza; Ígur ha entrado en la rueda, la jugada la ha comenzado él y ahora vuelve a ser su turno; el otro ha apostado a todos los caballos: si a ti te va bien, eres el amigo que ha triunfado, si no, un enemigo menos, y en cualquier caso eres el animal de carga que va abriendo camino; es la misma operación mental, por lo que has contado, de Mongrius, y después del Equemitor, aunque el Secretario quisiera aparentar algo distinto, cuando te permitió el Combate.

—Lamborga dice que necesito un protector si quiero sobrevivir —dijo Ígur.

—Tú y cualquiera que salga del fango informe. El Imperio no tolera términos medios significados; o no eres nadie, con lo cual no hay problema, o de tu piel dependen veinticuatro más, y entonces ya habrá quien te proteja. Lo que no puedes hacer es quedarte en medio.

Ígur inició una pendiente de reflexión vertiginosa: carácter, intereses... Cómo es que un hombre como Debrel no ha llegado más lejos en política, cuáles son los profundos obstáculos secretos de cada uno, los pequeños granos de arena que han varado engranajes poderosos, los azares terribles que han activado mecanismos imprevistos, donde, como solución, lo único seguro y constante es el encumbramiento no de los mejores, sino de los mediocres, de los lameculos y de los que no ponen reparos al trabajo sucio.

—Ya que vamos a ser socios en el Laberinto —dijo—, creo que debieras explicarte mejor.

—¿Quieres saber por qué los anteriores aspirantes no me han venido a consultar? —dijo Debrel—. Porque soy un personaje maldito —hizo una pausa—; doblemente maldito porque tengo una información sin la cual la Entrada no es posible, y saben que ni con torturas ni con la bioquímica me la podrán arrancar.

—¿No? ¿Por qué?

—Kim ya fue torturado después de Bracaberbría —dijo Guipria con gravedad.

Se hizo un silencio respetuoso, y Debrel esbozó un gesto de no querer hablar de eso.

—Quizá —dij—. Ígur lleve razón, debiéramos contarle las cosas con más detenimiento. —Se acomodó en el sofá—. Cuando se preparaba la expedición de Ajstor Beiorn a Bracaberbría (para ser precisos, se preparaban unas cuantas, igual que ahora, pero, puesto que sólo una triunfó, nos ceñiremos a ella), yo era el Primer Consultor del Anamnesor Imperial —Ígur apuntó un gesto interrogante y Debrel sonrió—; después te explicaré la función del Anamnesor. Hay que tener presente que entonces, a pesar de que los signos de colapso y decadencia eran ya visibles en todas partes, Bracaberbría era la capital indiscutible del Imperio, incluida la residencia del Emperador y la partición física del territorio urbano, el más extenso de cuantos han

existido jamás en el mundo, entre los Clanes más poderosos. Cuando Arktofilax salió del Laberinto y explicó los entresijos, aunque no todos, y, ciertamente, nada de lo que ocurrió allá dentro, y que, reducida una expedición de seis personas a un único superviviente, es aún uno de los grandes misterios de los últimos tiempos, se produjo una euforia iluminista dirigida al último Laberinto inexpugnado, el de Gorhgró, y se propuso una inmediata expedición: el Anamnesor fue uno de sus promotores principales, y todos olvidaron las inercias que modulan los movimientos del Imperio y los malos efectos secundarios que se derivan de forzarlos; el primero en ser consciente, o por lo menos eso parece en vista de su actitud, fue el propio Arktofilax, que eludió los honores y las propuestas políticas y económicas y acabó huyendo de la vida pública, pero los demás estaban metidos en una rueda de intereses múltiples que es la que, en realidad, prefiguró el mundo tal y como es hoy. El Emperador tenía algo menos de veinte años, y en los siete u ocho siguientes sufrió las muertes extrañas y mal explicadas de dos primogénitos, y se acentuaron las rivalidades dinásticas, en especial frente a los Clanes Áticos, el más poderoso de los cuales, los Astreos, estaba radicalmente en contra de una expedición inmediata al Laberinto de Gorhgró, que por aquel entonces era una ciudad mitad militar mitad museo de piedra, y que, en realidad, era su plaza fuerte —Ígur situó mentalmente todo lo que había oído acerca de los Astreos—, y alguien, a saber con qué fundamento objetivo, a saber con qué fondo de verdad, los acusó de formar parte de una conspiración contra el Emperador y su descendencia. Los Príncipes Astreos, y subsidiariamente los nobles, los políticos y los Caballeros, fueron obligados a hacer un juramento solemne al Emperador; algunos lo hicieron, otros se declararon en rebeldía y se refugiaron en sus fortalezas secretas, y los tres Príncipes principales, sin tan siquiera considerar la posibilidad del deshonor de una huida, se negaron a una ceremonia, en mi opinión con toda la razón, no tan sólo innecesaria sino gravemente ofensiva, porque postrarse por un perdón significa aceptar un juicio, y con él la posibilidad de culpa, que si no existe no tiene otro sentido que el de una mascarada que no hace más que debilitar la autoridad de un Clan y ponerlo en ridículo. Los tres Príncipes fueron ejecutados, y por ello los Astreos que no viven en rebeldía, y a los que, a pesar de que nunca han sido obligados a renovar explícitamente aquel nefasto juramento, se observa y fiscaliza de manera especial, visten de negro de pies a cabeza, si bien alguna opinión autorizada sostiene que el luto no se debe a la muerte injusta de sus Príncipes lo que, en realidad, siendo la consecuencia protocolaria de un determinado ejercicio, y en absoluto indigno por cierto de su nobleza ante el Emperador, no sería nunca motivo de la carga prolongada y siempre enojosa de un luto institucional, sino la vergüenza por aquellos que sí se doblegaron ante la amenaza y tuvieron que degustar y hacer degustar el lodo de la humillación y la transigencia. —Ígur sonrió, y Debrel levantó la cabeza—. Es tal como imaginas, Maraís Vega es un Astreo, y cuando sus Príncipes consideraron

que ya había llegado la hora dedicó su vida a entrar en Gorhgró, para así conquistar el Laberinto del feudo mismo de su Clan, y poder de alguna manera proclamar el honor mancillado y restablecer una consideración histórica que seguramente no se debía haber perdido jamás. En el extremo opuesto, el Anamnesor Carolus Jarfrak acabó por exponer públicamente sus ideas a favor de la Entrada al Último Laberinto, en el que él veía el mal necesario que significaría el final de los tiempos de atavismos y supersticiones, y muy en contra, creo yo, de sus iniciales intenciones, se reunió en torno a él un grupo de seguidores que fanatizaron su pensamiento y acabaron por radicalizarlo en el aspecto que él había querido combatir más especialmente, el de la sanguinaria de la confrontación, el visceralismo de las tendencias y su imposición violenta. Luché para sacarle del error, no ya desde el punto de vista de los principios, o la moral o como lo queráis llamar, sino tan sólo pensando en los problemas prácticos. Nos enfrentamos, y cuando lo destituyeron del cargo de Anamnesor me acusó de haber conspirado para su caída. ¡Mala suerte! Cuando lo declararon en rebeldía y dictaron orden de captura para él y sus principales colaboradores, la Guardia y el Agon de la Prisión, no sabían, o no querían saber, que ya hacía tiempo que nos habíamos separado, que él me consideraba su enemigo, y pasé una larga temporada en la Prisión de la que preferiría no hablar, no sólo porque el principal esfuerzo de mi vida desde que salí haya sido olvidar, porque, aunque no lo he conseguido en el sentido literal, sí he logrado despersonalizar la cuestión, sino sobre todo por no amargar este agradable encuentro —dio un sorbo a su infusión y prosiguió—; la cuestión es que después de la Prisión, tan sólo cinco años más tarde, me encontré con un Imperio muy diferente: el orden público había desaparecido, y no sólo como concepto, la policía se había disuelto, y el control estaba en manos de Guardias privadas de los Príncipes y las instituciones; la ciudadanía era una clase social en desbandada, y proliferaban las asociaciones de defensa; Jarfrak había organizado una orden militar secreta, conocida con el nombre de La Muta, que vivía y actuaba en clandestinidad en la misma Bracaberbría (un núcleo urbano poderoso, y cuanto más podrido mejor, es el único escondrijo posible de una organización oculta que carezca de los grandes recursos, por ejemplo, de los Astreos), y el Emperador había conseguido conservar con vida a un heredero, después de haber sufrido la muerte misteriosa de otro, de la que, entonces, fue acusada La Muta, y que había servido para torturar y ejecutar a un montón de infelices. El coste de la operación fue muy alto: no sólo los Astreos y La Muta tuvieron que ocultarse para esquivar a la justicia, sino que el propio Emperador, horrorizado por su seguridad personal y la de su familia, no tenía residencia conocida, y era alto secreto dónde se alojaba, si era en un sitio fijo o se desplazaba continuamente. —Debrel se rió de la expresión de Ígur—. No te preocupes, ya te diré después dónde creo yo que vive el Emperador. Pues bien, entre la decadencia de los Palacios y la zona Imperial, la conquista del

Laberinto, el colapso demográfico y la invasión del peral espinoso, Bracaberbría —se precipitó en picado a la decadencia (no me extiende más porque cuando vayas ya lo comprobarás), y tanto el gobierno como los Príncipes optaron por Gorhgró, que experimentó una repentina y en mi opinión nada beneficiosa revitalización. Respecto a la situación política, Nemglour e Ixtehatzi, que ya era el Hegémono antes de la conquista del Laberinto, se pusieron de acuerdo, cada cual desde su campo de influencia, para obstaculizar el camino a los aspirantes al de Gorhgró, por cierto con la colaboración involuntaria de Arktofilax, que está mejor escondido que el Emperador, los Astreos y La Muta juntos; los que destacaban en las gestiones, topaban de repente con un problema burocrático insoluble. Maraís Vega, cuando ya había fijado fecha de Entrada, fue nombrado Decano de la Capilla, y el Agon del Laberinto, sin duda obedeciendo consignas superiores, no le concedió la dispensa que prescribe la ley; además en ese caso, como te he dicho, se mezclaba el problema que habría supuesto para el gobierno y para el propio Emperador tener que ver el sello de un Astreo en el emblema del Último Laberinto. Finalmente entraron dos expediciones, y ninguna ha salido, como es bien sabido; lo cierto es que el Laberinto se ha convertido en una cuestión de fondo, con periódicos resurgimientos de interés, y ahora el verdadero campo de batalla, del que la conquista de la Falera es subsidiaria, y no a la inversa, mientras nadie haga algo para que vuelvan a cambiar los intereses —Ígur sonrió, y Debrel prosiguió tras una mirada de inteligencia a las mujeres—, es la reforma institucional de Ixtehatzi, y el alcance real de la amenaza que unos y otros representan, a saber cuál es y de cuántas maneras se puede cuantificar; vivimos en un sistema entrópico que tiende a eliminar los extremos, pero el propio carácter de tal eliminación, y fíjate que no hablo de concepto, sino de carácter, lo hace insuficiente ante tensiones tan fuertes como las que provocan los Astreos y La Muta, que, aunque en teoría con objetivos opuestos, no pueden contraponerse porque unos son un Clan, y por tanto una etnia que, por más que sus acusaciones y su furia fundamentalista les impulse a fiscalizar al propio Emperador, difícilmente podrán ser aniquilados, por lo menos a corto plazo, y La Muta es una ideología, con una base interclasista de programa y un pensamiento concreto y estructurado de manera racional, a pesar de la actitud lamentable de muchos de ellos, de tan nefastas consecuencias; y lo cierto es que no deja de ser irónico que, estando tan alejados los Astreos y La Muta, incluso en lo que propugnan como modelo histórico y político, adversarios como serían a muerte en una situación de normalidad abierta, sus acciones se dirijan a un efecto común, y las acciones de unos contra el enemigo repercutan en los otros en forma de beneficio. Ixtehatzi siente ahora la necesidad de dar forma a la radicalización del sistema, y topa por un lado con los que se oponen impropriamente a ella, es decir, que atacan la reforma para atacarlo a él, quizá aquejados de una absurda irresponsabilidad histórica, porque si los haces

razonar te das cuenta de que son capaces de reconocer que la reforma es necesaria y de que si' no la propugnase Ixtehatzi la abonarían, pero parece ser que prioritario al bien común es la cabeza del rival, y no hay más. —Debrel había acelerado la dicción, Ígur acabó por reírse de las últimas frases, que parecían querer ser una broma que distendiese el discurso—. Pero es que no es sólo La Muta quien empuja al Imperio, en este caso al Gobierno, a una radicalización institucional: los Meditadores, a los que tú, por cierto, acabas de dar una envidiable lección de humildad que no te perdonarán, son una orden militar poderosísima, tan poderosa que viven a un paso de la ilegalización, con lo cual ya serían dos —Ígur sonrió; las mujeres se habían vuelto a sentar en silencio—; el momento es delicado, porque el Emperador es un niño, como también lo era su padre al principio de su Imperio, pero ahora la estructura imperial se encuentra debilitada y no permite una regencia indiscutible como la que ejerció entonces Pluteifors hasta que, a los quince años de Anderaias III, Ixtehatzi tomara el poder, como Apótropro de la Capilla primero y como Hegémono después.

—Creo que me hago cargo —dijo Ígur, tras una pausa prolongada de Debrel—. La Entrada del Laberinto es la caja de Pandora del desorden social y la reestructuración del poder, y pondría en marcha posibilidades inimaginables, como cuando sucedió en Bracaberbría para beneficio de Nemglour, y ahora favorecería su caída a manos del Epónimo de Gorhgró.

—¿Entiendes ahora la conmoción que hubo en la Equemitía cuando desafiaste a Lamborga? Nemglour y los Meditadores son el único soporte sólido de la reforma de Ixtehatzi, y en el extremo de los que se oponen, y con la tolerancia tácita de todos ellos, se encuentran La Muta y los Astreos —miró a Ígur y sonrió—; por cierto, ¿te ha gustado la Capilla? Es la obra culminante de los Astreos, el paradigma de su estética y su espíritu, y también un símbolo de su permanencia.

Ígur se sorprendió. ¿Cómo lo sabe?, pensó, ¿ha estado? Ayer Madame Conti nombró a los Fidai, ahora esto; ¿para quién están hechas las normas? No se atrevió a preguntar por temor a que Debrel también le dijera que bajaba de las montañas.

—Háblame más de los Astreos.

—Como todos sabéis —dijo Debrel—, los macizos de la Oybiria Superior, desde Perighart hacia arriba hasta los pasos de Sunabani y Marlú, dividen los clanes entre Áticos y Asiáticos...

—Retórica, salvación del mundo —rió Guipria—, ¿qué haríamos sin ti?

—Áticos son los Jéiales de las Islas, los Beomios del Llano, señores del Gran Lago, y los Astreos de las Montañas, Príncipes del Gran Arturo, constructores de Gorhgró; los Asiáticos se dividen en Arios de Eyrenod, más concretamente los Yrénidas de la dinastía Imperial que construyó el Tercer Anillo de Laberintos, y Semíticos, entre los que dominan los Irgúlidas del Desierto, y sobre todo los Gúlkuros de Bracaberbría, a los que pertenece la dinastía del actual Emperador; con

la peculiaridad de que, por necesidades políticas de reunificación, su abuelo, el gran Makalinam V, debido a razones que ahora sería demasiado largo explicar, se vio obligado a emparentarse con un Clan Ático, y escogió para ello a una Princesa del por aquel entonces más poderoso (que aún lo es ahora), los Astreos, por lo que el Jefe actual del Clan rebelde, el Príncipe de la Valaira, es tío-primo de Lutaris XII. Anderaias III contrajo un matrimonio endogámico con una Gulkuriana, pero el peso específico de los Astreos no deja de ser importante, porque dominan tanto el mundo legal del Imperio como el de la subversión.

—Y no falta quien dice —intervino Guipria— que la situación les conviene desde cualquier punto de vista, y que no hay una facción fiel al Emperador y otra en rebeldía a causa de un desacuerdo entre ellos, sino todo lo contrario, que todo responde a un estudiado reparto de papeles y de riesgos, con una escrupulosa proporcionalidad de los beneficios, y un objetivo y un pensamiento comunes dentro de la tradición.

—¿Eso lo dicen los simpatizantes o los enemigos? —preguntó Debrel, y rieron; el ex consultor se levantó y se acercó al ventanal—; se acaba el invierno —dijo, mirando el sol que se ponía justo a la izquierda de la Falera, la parte derecha del astro ya mordida por la abrupta silueta del roquedal.

Se levantaron todos, y Guipria les mostró la mesa puesta en el centro de la estancia, con pequeñas luces de transición.

—Hay una cena variada y ligera —dijo, y en las momentáneas miradas casuales que suceden a la indicación del sitio, Ígur y Sadó se quedaron uno frente a otro el tiempo suficiente para darse cuenta de las corrientes subterráneas y los colores cambiantes de su aparente indiferencia, y demasiado poco para poder recrearse; ella, alta para ser mujer, más bien bajo él para un hombre, mantuvieron los ojos un segundo al mismo nivel, imagen casi inexistente de tan aguda, materia íntegra del futuro recuerdo falseado; después se sentaron Debrel, a su derecha Guipria, a la izquierda Ígur, a su izquierda Sadó, y entre ellos y Guipria, Silamo; a Ígur le pareció una distribución muy peculiar, pero una vez más se abstuvo de hacer comentarios.

Sirvieron vino y pequeñas porciones de los diversos platos.

—Me pregunto —dijo Ígür— si el equilibrio de los Clanes puede ser determinante a la hora de escoger un Epónimo.

—Lo es —rió Silamo— en la medida en que tú puedes escoger al Epónimo.

—Silamo —dijo Debrel— se refiere a la conveniencia de que te acostumbres a no referirte a la elección de un Epónimo, porque el Protocolo dicta que el Epónimo, como jefe de la Expedición (aunque no participe físicamente), es quien escoge a los demás, y así te escogerá a ti —rió y le señaló con el dedo—; y cuando tú lo elijas se lo comunicarás agradeciéndole la deferencia de que te hace objeto al haberte escogido.

—Y ahora uno de La Muta —dijo Guipria— te diría que, realmente, será él quien te habrá escogido.

Silamo soltó una carcajada, Ígur se sintió excluido.

—Dejemos los juegos, de momento. Respecto a tu pregunta... —prosiguió Debrel—, veamos, Pluteifors y Togryoldus son Beomios; Simbri es un Jéial, y Bruijma es un Irgúlida, el único Asiático entre los más cualificados. Si consideramos que Nemglour es, a pesar de su parentesco con lo Gúlkuros, un Jéial, parece ser que por afinidad Simbri es el más idóneo; pero eso mismo representa un inconveniente, si consideramos las leyes del péndulo. Además, Simbri ya gestiona una Expedición en este momento. —Ígur pensó que no tenía de qué sorprenderse, porque siempre hay una iniciativa u otra para entrar en el Laberinto—. Creo que deberíamos dirigirnos a Bruijma, es el más conveniente.

Ígur no estaba lo bastante imbuido de la historia Imperial como para sentirse afectado por tener que asumir la idea de un Príncipe Epónimo u otro, y aceptó la posibilidad de Bruijma como habría aceptado la de Simbri, incluso, tomada la primera decisión, se produjo una relajación, que aprovecharon para dispensarse las cortesías propias de la convivencia, las sonrisas y las miradas ligeras. Ígur se dejó llevar por la serena maravilla de Sadó, un poco petulante en ocasiones, quizá abrupta entre fragilidades y susceptible como correspondía a su recién estrenada juventud, los grandes ojos gris-verdosos con reflejos de miel, el pelo castaño con algún que otro dorado entremezclándose, recogido atrás con una imperfección encantadora, la nariz fina, pero de un perfil algo encorvado y de punta redonda, los pómulos poderosos y la boca bien trazada, y aún, deliciosamente, entre el rictus inseguro de la criatura y la retención de la hembra que ya ha sido halagada y se vigila para no mostrar los que ella considera puntos flacos, alejada de los tóxicos biológicos pero, por la intuición del observador, vertiginosamente proclive a los sombreados del espíritu. En conjunto, para la naciente turbación de Ígur, esa cosa única, materia tanto de la ironía como de la pasión, vanidad cuestionada y anticipada añoranza, tan difícil de explicar como fácil de entender.

—Hacía tiempo que no me sentía tan feliz —dijo Ígur, más conmovido de lo que demostró, e inmediatamente menos de lo que las caras halagadas de las anfitrionas le indicó que lo encontraban.

—Considérate en tu casa —dijo Debrel, mirándolo con atención.

Después de la cena, ya noche cerrada y con todas las luces de la sala redonda encendidas, en un rincón más próximo a los libros y resguardado de las intemperies astrales, Debrel hablaba del pasado, de lugares lejanos donde años atrás había vivido, de peripecias y viajes, y oyéndolo, presa de nostalgia ajena, Ígur se imaginaba todas las escenas situadas en lugares idénticos a aquella sala, y a Debrel mismo, aunque fuera cuarenta años atrás, con el mismo aspecto que tenía en ese momento. De todo lo

que el geómetra había explicado, lo más nuevo para Ígur había sido la referencia a los orígenes de La Muta, especialmente interesante atendiendo la vinculación personal del ex consultor con el asunto, y, sin acabar de atreverse a expresar todo lo que había oído decir de Jarfrak, Ígur intentó averiguar qué quedaba de la relación entre él y Debrel, si estaba tan acabada como Debrel aseguraba para, en caso contrario, situar el grado de confianza que él mismo le merecía al anfitrión; y puesto que sus requerimientos se desleían en ambiguos circunloquios, acabó por apostar fuerte.

—He oído decir que Jarfrak en realidad no era más que un bárbaro egocéntrico y megalómano que organizó La Muta porque de continuar mucho más en la Anamnesia le hubiera caído un proceso de inmediato. También me han dicho que ha querido vender el mito de una motivación ideológica donde no había más que el instinto asesino de un analfabeto.

Debrel se echó a reír.

—Menos mal que se han acabado los tiempos de la policía —se detuvo—; o quizá no, porque ahora todos somos un poco la policía, y en lugar de gendarmes hay Fonóctonos. Creo que merezco que me trates así, y voy a empezar por excusarme de lo que debes haber interpretado como una falta de confianza; no lo es, y te quiero demostrar que es a ti mismo a quien has de reprochar el hasta ahora escaso resultado de la conversación; a mí, tan sólo me puedes acusar de haberte imaginado dialécticamente más terrible de lo que eres, y si he respondido como lo he hecho, ha sido porque no entendía claramente qué me pedías. No tengo ningún inconveniente en responderte: la lejanía que he manifestado en la relación con La Muta es la real: como dirían los relativistas eclécticos, el tiempo es la verdadera distancia hacia ti mismo; respecto a Jarfrak, es cierto que la imagen pública que se ha extendido de él en casi el cien por cien del Imperio es la de un viejo de aspecto excéntrico y aterrador, un fanático intratable, salvaje y enloquecido, un criminal primario y convulsivo. ¡Qué se le va a hacer! Donde no llega la eficacia propagandística del adversario, en este caso, el Imperio entero, completan la labor la cobardía, la desidia y la ignorancia de los individuos. El Carolus Jarfrak que yo conocí era un hombre encantador, de apariencia joven y alegre, de una cultura y un refinamiento extraordinarios y un atractivo fuera de lo común, y, precisamente, si algo se le podía reprochar era su frivolidad a la hora de utilizar sus encantos naturales y cultivados para seducir a quien fuera menester y convertirse en el centro de las reuniones; ahora escúchate a ti mismo y dime hasta qué punto has hablado por hablar o influido en alguna medida por la opinión que te rodea. —Ígur sonrió—. ¿Te sorprende que Jarfrak sea como te digo? ¿Por qué, si es imposible que ignores que los hombres tenemos tendencia natural a suponer que cualquier postura contraria a la propia es producto de la visceralidad, la irreflexión y la incultura, y nos resistimos a admitirla para evitar el esfuerzo de cuestionarnos?

—Entonces —dijo Ígur, honestamente interesado—. ¿La Muta no es propiamente una banda, sino una escuela de pensamiento?

—Sin duda; en el origen de La Muta existe la discusión sobre el conocimiento del motor divino de los particulares, lo que afirma el dogma de la dinastía Imperial Gúlkur a través del nominalismo extremo del Anágnor de la Cabeza Profética, al que Jarfrak se opone en favor de una dialéctica epistemológica basada en los grados de abstracción, pero no en el sentido en que, proviniendo del tomismo, se ha propugnado posteriormente, sino a través del neoplatónico de la jerarquización de los géneros y las especies a partir del ser necesario.

Ígur fue asaltado por la duda razonable de estar ante uno de los jefes de La Muta.

—¿Cuáles son las funciones del Anamnesor? —preguntó.

—Las leyes de consumo del Imperio han llevado a una acumulación que plantea la necesidad, de la que se tomó conciencia por primera vez hace treinta años, de una función social dedicada a la evacuación de residuos históricos, función cada vez más encaminada a una acción preventiva anticipada a la putrefacción de los elementos culturales, con intención selectiva; a ver si me explico, imaginemos una relación entre alimentar y eliminar similar a la que para el cuerpo suponen comer y beber, y defecar y orinar: para la retención histórica, el primer término es aprender, y el segundo es olvidar; la paradoja, y quizá la tragedia, por los riesgos que comporta la inevitable presencia de errores, arbitrariedades y acciones producto de causas espurias, es que el Anamnesor era en origen el gran recordador, el preservador de la memoria, pero la propia mecánica de su función ha acabado por convertirlo en el gran precipitador de hechos al olvido, una especie de carnicero y a la vez barrendero histórico, un despiezador de las partes escogidas, que ha de lograr que se olvide adecuadamente en función de lo que interesa conservar, porque si deja que las cosas sigan su curso al arbitrio de la mecánica colectiva, existe riesgo elevado, la historia así lo ha demostrado, de que lo esencial se pierda una y otra vez, cada consecución más débil, más ineficiente y efímera que la anterior. Su función se extiende a la disciplina individual, que desconoces porque tan sólo se ha implantado en las ciudades, donde la agresión informativa es tal que la única esperanza de no volverse loco es olvidar correctamente, lo que requiere un aprendizaje, y que además forma parte de la higiene escolar: sentir la caída inexorable y la tranquila frialdad acuática de la barrera del olvido...

Ígur pensó en la influencia del Anamnesor en los archivos, las universidades, las empresas, las oficinas de la Administración.

—Me imagino que las relaciones entre el Anamnesor y las Equemitías no deben ser demasiado buenas.

Debrel esbozó un gesto ambiguo.

—No son precisamente peores que con los Apótropos que han de seguir sus

directrices; no olvides que el Anamnesor no tiene poder ejecutivo, es un legislador de principios. Por cierto —sonrió con malicia—, ¿ya sabes cuál es la función principal de la Equemitía de Recursos Primordiales? —Ígur dijo que no—. No voy a decir lo mismo que ha dicho Guipria sobre el que te ha enviado a nosotros, porque me imagino que quien te haya metido en la Equemitía te conoce lo suficiente como para apostar por tu capacidad —sonrió ante la cara de inquietud de Ígur—, que por lo que te conozco te puedo asegurar que no ha de ser motivo de preocupación. Recursos Primordiales se ocupa de la financiación y la cobertura, entendiendo el eufemismo como protección, de las investigaciones sobre ingeniería genética y mecánica neuronal.

—Si no estoy mal informado, la manipulación del cerebro a partir del cuarenta por ciento está prohibida por la convención de Breia.

—Es cierto. Y para eso sirve la Equemitía, para promoverla al margen de la legalidad pública vigente. El Equemitor es el terrible guardián del secreto, ante quien el acólito debe responder de su silencio —enarcó las cejas—; naturalmente, a ti empezaran por encargarte trabajos a los que no sabrás encontrar relación alguna, y te recomiendo que no hagas preguntas comprometedoras.

—Me gustaría saber si el Equemitor tiene noticia de mi existencia —dijo Ígur, pensando en el concepto de legalidad pública: ¿Desde cuándo la Administración tiene necesidad de establecer una privada?

Debrel le miró fijamente.

—Hasta que se te ocurrió combatir con Lamborga, te puedo asegurar que tu llegada a Gorhgró era un secreto guardado con una discreción modélica —todos se echaron a reír—; a partir del anuncio del Juicio, todos los Cuantificadores andaban como locos con tu biografía —Debrel y Silamo se miraron con una sonrisa, y Guipria le dedicó a Ígur un simpático gesto de resignación—; de la tuya, la de tu padre y la de tu maestro Omolpus, que para la mayoría no es más que un oscuro Magisterprasdi retirado en las montañas. Comprende que nadie quería sorpresas, y nadie sabía quién te enviaba.

—No me envía nadie —dijo Ígur—, y no respondo ante nada más que mi deseo.

—Eso está bien, y no dejes de decirlo mientras puedas —dijo Debrel—. Ahora debiéramos organizar el calendario de los pasos necesarios para el Laberinto. En primer lugar, tienes que ir a ver a la Cabeza Profética —Ígur sonrió pensando en Lamborga—; una vez allí pregunta por el Maestro de Ceremonias de mi parte; no te molestes en pensar en el Anágnor, sólo está para los Príncipes. Después solicitarás entrevista con el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma; intentaremos que sea nuestro Epónimo. A continuación te convendría una visita a la Apotropía General de Juegos del Imperio (recuerda bien el nombre, porque hay muchas Subapotropías locales, y ninguna de ellas tiene la información de la General);

allí buscas al Consultor Gemitetros, que es amigo mío desde hace años; puedes contarle con toda confianza tus intenciones, él ya sabrá qué aspectos de los Juegos te conviene saber para enfrentarte a los mecanismos del Laberinto; una vez tengamos todo eso resuelto, tú y Silamo iréis a visitar el Laberinto de Bracaberbría.

—Lo que queda de él —dijo Silamo, y él y Debrel se rieron; Ígur creyó conveniente una vez más no preguntar por Arktofilax.

—Mientras tanto —Debrel sacó de una repisa un libro viejo y grueso como un diccionario—, aquí tienes la Ley del Laberinto; no te digo que la estudies —se echaron a reír todos otra vez—, pero a medida que vayas conociendo aspectos nuevos conviene que los consultes aquí para repasarlos, familiarizarte y ampliarlos; también conviene que me vengas a ver con regularidad, por ejemplo una vez cada tres días. El Laberinto —aclaró viendo la cara de curiosidad de Ígur— requiere un entrenamiento; además, si voy a ser el responsable técnico, necesito saber de tus progresos, y tú que te resuelva dudas. —Se había hecho tarde, Ígur daba por terminada la visita—. ¿Tienes alguna pregunta?

—¿Dónde está el Emperador?

Hubo una fugaz triangulación de miradas entre Debrel, Guipria y Silamo.

—En la fortaleza de Silnarad —dijo Debrel sin vacilación. Silnarad era una palacio que en otros tiempos y con armas convencionales tenía fama de inexpugnable, y que era inexpugnable entonces gracias a un sistema de radiaciones celulares extremadamente costoso, situado en la cima de una formación rocosa a nivel del mar en el centro de la bahía del mismo nombre, cerrada por la isla de Brinia y por las poblaciones de Aleña y Eraji, que no eran sino las concentraciones más personalizadas de la extensión urbana que ocupaba el litoral. En parte dormitorio de los servicios del Palacio del Emperador (en teoría habitat para la excelencia de la nobleza Ática) y en parte reducto de ocio estival de la Beomia—; hace veinte años que Hydene y Beiorn entraron en el Laberinto de Bracaberbría; cinco años después, el Emperador abandonó la ciudad, y los Príncipes y el Hegémono se instalaron en Gorhgró; pero él nunca quiso vivir allí; se han comprobado estancias cortas en Ferina, en la Isla del Lago de Beomia y, no es tan seguro, en Turudia; en cada sitio los problemas de seguridad eran peores; dicen que las salidas de esas localidades coinciden con las sucesivas muertes de los primogénitos. Parece ser que hace tan sólo once años, cuando ya había nacido el actual Emperador, que Anderaías III se aposentó en Silnarad, de donde no se ha movido más, y donde murió hace dos años, en circunstancias tan sospechosas como sus herederos.

—Dicen que sufrió un coma diabético —dijo Silamo.

—Un coma diabético después de tres días de orgía ininterrumpida tiene el valor de una puñalada —dijo Guipria—. ¿Dónde estaba la Guardia personal? ¿Qué hacía el Apótropro de la Capilla?

—La cuestión más interesante —prosiguió Debrel— es quién tiene acceso al Emperador. Por derecho institucional, el Hegémono, el Príncipe de los Príncipes, por lo tanto Nemglour, que es como decir nadie, y el Apótropro de la Capilla.

—El problema —dijo Guipria— no es quién más tiene acceso al Emperador, sino quién dictamina quién más tiene acceso al Emperador.

—Y lo único que tiene interés para nosotros —concluyó Debrel— es de quién te puedes fiar cuando te dice que sabe quién decide quién tiene acceso al Emperador.

—Lo cierto es —dijo Guipria— que Nemglour está demasiado viejo, el Hegémono es demasiado poderoso y está demasiado ocupado para divagar con un niño de doce años, y el Apótropro de la Capilla está demasiado ocupado negociando, por no decir conspirando, con La Muta y los Meditadores. ¿Quién rodea al Emperador? ¿El Anamnesor? ¿El Equemitor Caradrini? ¿Los institutores? En ese caso, ¿designados por quién?

Ígur detestaba la especulación como juego. Un discretísimo bostezo de Sadó le indicó el fin de la velada.

—Nunca os podré pagar tanta amabilidad y gentileza —dijo—; mañana iré a ver a la Cabeza Profética, y os comunicaré enseguida el resultado.

—Te esperaremos con impaciencia —dijo Debrel poniéndose en pie, y Silamo se encargó de acompañar a Ígur a la salida.

La Cabeza de Turudia era la única superviviente de una cadena de Cabezas Proféticas que se remontaba a las edades míticas, muchas de ellas, como Iokanaán o Bran, más tarde santificadas, y otras, como Holofernes, Onésilo, Orfeo, Carolus —no Jarfrak—, Sorel, María Antonieta y Boecio, por diferentes motivos incorporadas a la memoria colectiva, algunas incluso al cielo. La última serie de Cabezas Proféticas había sido de una especial riqueza y continuada proliferación, pero la mayoría se habían destruido o perdido durante la revuelta que, cien años atrás, había culminado con la sustitución de los Yrénidas por los Gúlkuros como dinastía imperial. La Cabeza de Turudia, que por razones de seguridad (aunque se decía que existían otros intereses) se guardaba en Gorhgró, era, según querían y defendían con argumentos y documentos sus guardianes, de uno de los tres Hegémonos Oybirios que conspiraron contra el Emperador Yrénida en la última década del siglo II del Imperio, cien años antes de la citada caída de la dinastía, en concreto la de Frima Kumayaski, ejecutado en el 197 en la fortaleza de Taidra, y, formando parte del botín de guerra del Archiduque Narolus, llevado después ante el Gobernador de Turudia como muestra de agradecimiento por su decisiva intervención contra los rebeldes. El sucesor del Gobernador se la obsequió a su sobrino, entonces delegado del Hegémono Imperial, que fue quien, ante la proliferación de consultantes, decidió transportarla a la plaza militar de Gorhgró, en aquella época sin duda la más fuerte del Imperio. Grabada en la memoria popular en forma de leyenda quedaba la historia de la Cabeza de su

hermano mayor, y Caudillo de la revuelta, el filósofo Peirgij. Durante los años de la confrontación, Peirgij Kumayaski había demostrado ser el más hábil estratega orientador y ejecutor práctico de las correcciones ópticas de la acción, y una vez sofocada la revuelta y castigado de acuerdo a las leyes, demostró, como ya se había predicho, que sus cualidades trascendían a la insignificante circunstancia de la vida, y hasta al horror que en lo astral deja para siempre una muerte prolongada y cruel. Su cabeza, cortada ejemplarmente en el Pórtico de la Plaza de Homenajes del Palacio de la Isla del Lago de Beomia después de largamente sometido el cuerpo al flagelo, hierro candente, amputaciones y desollamiento, quedó expuesta a la entrada de la población, que a su vez era la puerta Norte de la Plaza de Homenajes, colgada del gran escudo de piedra y bronce que corona el pórtico central, y una vez vacía la testa de humores y sustancias por efecto del paso del tiempo, sin intervención humana alguna se instaló en ella un enjambre de abejas, que construyó su colmena y así, de forma natural y, para expresarlo de acuerdo a la ortodoxia auspicial, espontánea y fruto de una necesidad, se estableció un oráculo a la entrada de la ciudad, inspirado en las visiones del peregrino Coplis, que había descubierto las virtudes, dicen, gracias a una apreciación casual. Y toda una ciencia augural germinó en torno a las abejas: la regularidad y frecuencia del vuelo, el dibujo que trazaban y la dirección, los cruces y la hora exacta del día, o la circunstancia, hasta la ausencia de movimiento en una ocasión significativa, si entraban o salían por el agujero de la boca o por los ojos, o si sucedía por el cuello o las orejas, o si era por el ojo o la oreja derecha o la izquierda, o si salían por uno y retornaban por el otro. Con la frecuencia que decretaban los apicultores jurados, la miel y los panales se retiraban con gran ceremonia, el día y hora escogidos siguiendo el dictamen del propio oráculo, y la miel se destinaba a untar el cuerpo de tres doncellas que a continuación se ofrecían al placer de los siete primeros forasteros, ya fueran hombres o mujeres, que llegasen a la ciudad, durante siete días consecutivos, aunque esta última parte muy pronto degeneraría en orgías privadas de los sacerdotes del oráculo, los Príncipes y los comerciantes más poderosos, quizá, según argumentaron sin rubor algunos de ellos, porque cada vez era más difícil encontrar doncellas, aunque fuesen de doce años, ni la miel era siempre suficiente para untar la superficie necesaria y, una vez dispensada una parte del ceremonial, ya daba igual, hasta que un día, justo al año de morir Coplis el peregrino, atormentado por los escrúpulos y la cobardía, las abejas salieron todas por la boca y se dividieron en dos bandadas, una se fue hacia Levante y la otra hacia Poniente, y las de Levante volaron lejos y no volvieron, y las de Poniente trazaron tres círculos en sentido horario y plano vertical y volvieron a la Cabeza entrando por el ojo izquierdo y, según las crónicas, a causa del peso del contenido, o, como en tiempos posteriores de mayor luminosidad racional se ha querido hacer prevalecer, por la corrupción natural o por negligencia en el cuidado de las abejas, la materia orgánica no resistió

más, y a la mañana siguiente encontraron la cabeza desprendida y destrozada en el suelo, en el umbral de la Puerta, la miel derramada y unas pocas abejas en desorden. Al cabo de tres días la Isla del Lago de Beomia fue asediada por la Guardia del Gobernador de Sunabani, y en veinte días vencida, los habitantes pasados por las armas o descuartizados, y las casas incendiadas y reducidas a escombros.

Con ese precedente, y perdidos el cuerpo y la cabeza del tercero de los rebeldes, el Hegémono cismático Aretario, en el transcurso de una peste que redujo a la nada la victoria militar y comercial del sector radical de los Yrénidas, es comprensible que a partir del renacimiento tecnológico del siglo III, la Cabeza de Frima se guardara en la cámara central de un gran edificio destinado expresa y exclusivamente para ese fin, dotado de una vigilancia y protección tan rigurosas y eficaces como las del Palacio del Hegémono, empezando por la elección del sitio, la zona Norte del anillo urbano más próximo a la Falera (considerado el sector seguro por antonomasia) y acabando en las defensas con armas semiconvencionales, preparadas para repeler un ataque con artillería pesada. Una vez pasados los controles, que exigían al consultante, entre otras cosas, una pureza social que maculaba una simple infracción de tráfico, la parte de la entrada del edificio estaba dedicada a documentación oracular, con bibliofilmoteca y consultorio electrónico, salas de espera, de acceso y de expendedoría de resultados; un ala aparte del edificio, con otra entrada, se destinaba a alojamientos de invitados y consultores ilustres, entre los cuales, con acceso único, se erigía un palacete cerrado para el Emperador. Finalmente, y ya pasada la consulta, estaba el pago en cajeros cibernéticos, y la salida. En el centro del edificio estaba el gran salón hexagonal de la Cabeza de Frima, rodeado por tres corredores concéntricos separados por vidrieras blindadas y accesibles desde escaleras subterráneas, el exterior destinado al público en general, y los otros dos para el uso de consultantes dispuestos a pagar más por ver la Cabeza más de cerca; tan sólo a visitantes ilustres les estaba permitida la entrada al interior del recinto propiamente dicho. Allí, la Cabeza se conservaba en el interior de una campana blindada, transparente y sensible a impresiones externas gracias a un estudiado sistema autocorrector que permitía la comunicación y a la vez un perfecto aislamiento, aire esterilizado y ciertas precisas condiciones de composición química del aire, presión, temperatura, grado de humedad, nivel y densidad lumínicas y sonoras, ausencia de vibraciones y radiaciones, factores todos ellos que, además, para no interferir en el proceso de captación que comportaba el fenómeno augural, se tenían que someter a las sutiles correcciones que un equipo de expertos ajustaba con la ayuda de un supercuantificador conectado a todos los bancos de datos sobre el asunto y a un circuito de sensores que detectaba hasta la más remota fluctuación de las ondas y las radiaciones del cerebro del consultante (de ahí el interés que comportaba una visita bienintencionada a la Cabeza Profética, y los peligros de una consulta con finalidades

equivocas), atenciones que no se interrumpían en ningún momento respecto a la Cabeza, ni aun fuera del horario público (cuatro equipos humanos se relevaban en el cometido), por si la Cabeza iniciaba una predicción por iniciativa propia, cosa poco frecuente pero que cuando se producía afectaba a asuntos de importancia capital para el Imperio. En el exterior del Palacio, y mantenidos a una cierta distancia por la Guardia, de quien, sin embargo, se decía que recibían comisión, porque aplicando la ley con rigor hubieran tenido que detenerlos, había proliferado una multitud de puestos de venta de imágenes, postales y recordatorios de la Cabeza Profética (falsificadas o fraudulentamente obtenidas, porque en el salón de consulta no estaban permitidas las fotografías ni las grabaciones de ningún tipo, a excepción de las de los propios aparatos de los sacerdotes programadores oraculares), camisetas, llaveros, libros y películas, otros donde se encuadernaban en piel los resultados del oráculo, se pasaban de la cinta a la impresión o al revés, y hasta puestos de bebidas y bocadillos, a precios abusivos en relación a la ínfima calidad, para hacer más llevadera la cola, que a menudo llegaba a durar días enteros para el público ordinario, que no para los consultantes distinguidos, que como ya se ha dicho tenían entrada y trato aparte y directo.

Ígur Neblí entró en Información a media tarde, la hora que le habían aconsejado como la más adecuada, y topó con el implacable oficialismo del funcionario del Cuantificador.

—¿Caballero de Capilla? —dijo, consultando la pantalla—. Lo máximo que os puedo ofrecer es el acceso al segundo pasillo a mitad de precio, o bien al primero con una rebaja del treinta y cinco por ciento.

La idea de Debrel no era la de que realizara una consulta, sino la de conocer el funcionamiento de la institución.

—Quisiera hablar con el Maestro de Ceremonias.

—No está —dijo el funcionario; Ígur se impacientó.

—Pues quiero una audiencia lo antes posible.

—El miércoles de la semana que viene, no, el de la siguiente —dijo el funcionario después de una inacabable consulta al Cuantificador; Ígur asintió, y cuando ya se iba el funcionario lo detuvo con un gesto—; son doscientos créditos.

—¿Por qué doscientos créditos? No quiero hacer ninguna consulta.

—Lo siento, son doscientos créditos si queréis una entrevista.

Ígur pagó con el sello, y se largó maldiciendo el negocio de la incultura.

Una hora después, al apearse del transporte que le había devuelto al otro lado de la Falera, cerca de la Equemitía, notó que le seguían. Se volvió un par de veces, y tres individuos vestidos de gris de arriba abajo se le aproximaban cada vez más. Ya había oscurecido, y al detenerse en una esquina se le echaron encima con espadas hipodérmicas. Fonóctonos, supo Ígur con gran susto; sacó el arma y allí mismo

derribó a dos. El tercero le hizo volar la pistola láser por los aires, y se vio obligado a esgrimir la espada; mientras tanto Ígur oyó el leve pitido del transmisor del atacante, y el pánico le dio fuerzas: patada, y un tajo en el cuello; el Fonóctono se desplomó como una piedra, la sangre le manaba a borbotones entre unos dedos que inútilmente se aferraban a la garganta. Demasiado tarde, de la otra punta de la calle llegaban tres más, disparando armas láser, prohibidas en Gorhgró, aunque no para los Fonóctonos, quienes de todas formas no existían oficialmente. Inútil buscar su arma; la única posibilidad, huir. Con la espada en la mano, Ígur regresó a la parada y se subió en marcha al transporte. Mala suerte, dos de los Fonóctonos habían llegado a tiempo, y se habían encaramado por el exterior; más disparos, Ígur protegido por la cabina, gritos de la gente, algunos saltan en marcha, otros se amontonan a cubierto, el pánico se apodera del conductor; Ígur le ordena no parar. Los Fonóctonos continúan disparando, hieren a pasajeros, matan a tres. Ígur rueda por el suelo hasta el lateral y los sorprende: uno cae y las ruedas del transporte lo destrozan, el otro queda colgado de la antena del estabilizador. Mala suerte, del bolsillo le cuelga el transmisor, Ígur distingue el puntual intermitente rojo, pronto se le echarán más asesinos encima; el transporte cruza uno de los puentes sobre el Sarca, demasiado arriesgado saltar, lo hace cuando el vehículo ya rueda por tierra firme, Ígur como un felino, siete u ocho volteretas por el suelo y, de pie de un nuevo salto, al acecho. No deben estar muy lejos, corre por una avenida desierta que desemboca en otro puente; está de suerte, a doscientos metros se distingue el Palacio Conti. Le parece oír otra vez a alguien por detrás. Tres siluetas lejanas en el extremo de la calle. Ígur corre por el puente hasta la Puerta de los Cocineros y la abre con el sello. La deliciosa camarera del primer día la cierra tras él.

—¡Caballero Neblí, vaya prisas! —exclama con una risa contagiosa; Ígur no resiste la tentación de un abrazo de refugio y recuperación—. ¿Queréis ver a la Reina de los Dos Corazones?

Ígur asintió, y ella lo llevó a una salita, donde poco después entró Fei con la alegría de la sorpresa complacida en la cara. Iba totalmente desmaquillada, con ropa de estar por casa, y el pelo recogido en un moño. Tenía el aire reposado y tranquilo de quien da por terminada una jornada no especialmente movida.

—Ven conmigo, querido —dijo, tomando por la cintura a Ígur, y lo llevó a la habitación, la del pequeño jardín que Ígur ya conocía, la apartada maravilla del paraíso remoto que reduce los tormentos y las paradojas al ridículo. Se tumbaron en la cama y lentamente se quitaron la ropa.

—Mi Liebrequita a los pies del Cazador —dijo Ígur dulcificando la caricia—, el gran Perro te va a comer.

—¿Por qué no se come la Palomita que está más abajo? —rió ella, respondiendo con el pie en el hombro de él; después se incorporó—; mi Delfín se dormirá entre el

Águila y el Cisne. —Y apretó a Ígur entre la mano izquierda y la rodilla contraria.

—Me defenderé con la Flecha y el Caballito —dijo él con un gesto envolvente de las demás extremidades.

—¿No lo quiere cabalgar Arión?... La Saeta, la Red, el Lazo, el Fuego...

—Con remo feliz más allá de las Ceraunias, y acogido en las aguas tranquilas de Oricos...

—Y más allá del Reloj, tan sólo el Fénix...

Únicos remansos del tiempo, los del olvido en el placer, como esos que pasaban un espeso muro entre el presente y el pasado, por más amenazador y reciente que fuera, las horas de Ígur en los brazos de Fei no dejaban las sospechas tan en suspenso como él deseaba. Después de la contemplación y el repaso de la memoria, del paisaje transcurrido del espíritu y del cuerpo, las facciones de Fei, grandes y agradables, hechas para el placer (todo, en ella, era contundente y poderoso, pensó Ígur, era una de esas mujeres con las que puedes hacer el amor empleándote a fondo, sin miedo a dañarlas), eran pura quietud sin preguntas, pero a la vez tan expresivas que resultaba difícil mirarse en ellas sin estremecerse.

—Me gustaría haberte conocido de pequeña —murmuró Ígur.

—¡Oh, de pequeña era muy fea!

La contrarréplica era innecesaria, Ígur se abandonó otra vez al olvido de todo; la idea de los Fonóctonos buscándolo por calles heladas lo sumía en la satisfacción del mentiroso más impune, y qué mejor triunfo que el cuerpo de Fei para acogerla.

V

A la mañana siguiente, Ígur tuvo mejor suerte. El Consultor de la Apotropía General de Juegos del Imperio resultó ser un hombretón afable y bien dispuesto, con más pinta de mecánico o pastelero que de alto cargo de la Administración, y recibió al Caballero de Capilla sin más dilación que la debida a la localización de su persona en el intrincado circuito de despachos. Tras las presentaciones y las cortesías de ritual, Ígur le explicó a Gemitetros sus propósitos, de acuerdo con las indicaciones de Debrel. De entrada, el Consultor se mostró, siguiendo con su gentileza, más proclive a las preguntas que a las respuestas.

—¿Entonces formas equipo con Debrel? —dijo—; el Agon de los Meditadores estará contento.

Ígur no sabía si era una pregunta, una invitación o una provocación, y creyó más prudente no entrar en detalles sobre el Agon de los Meditadores, en quien parecía radicar el centro de gravedad de tantas cosas.

—Así pues, ¿éstos son los locales de la Apotropía?

Gemitetros se encogió de hombros; si aquel joven no quería sacarle partido a la situación, cuando tenía contra las cuerdas a uno de los dignatarios mejor situados del Imperio, allá él.

—La Apotropía no tiene locales propios, salvo la gran sala de máquinas tragaperras que hay en el sótano de este edificio (aunque se entra por otra calle); aquí ejercemos de agencia de contratación y promoción; los propietarios de las salas son los nobles, generalmente de grado medio: Barones y Vizcondes, rara vez Príncipes o Duques, y los clientes son los actores y los apostantes.

—Quisiera hacerme una idea general de las distintas clases de Juegos.

—No hay problema —dijo el Consultor; lo condujo a un despacho y lo invitó a sentarse ante unas pantallas donde, accionando el control, aparecieron diversas imágenes que fue comentando, esquemas al principio, después filmaciones de escenas reales—; existen dos modalidades básicas de Juego: aquellas en las que el jugador es tan sólo espectador, sin más participación en el espectáculo que su entretenimiento propiamente dicho, o, en todo caso, con el aliciente de una apuesta, y aquellas en las que el jugador participa directamente, arriesgando una parte importante de su patrimonio o de su físico, hasta los casos extremos en los que se juegan la propia vida, pasando por un sinnúmero de variedades mixtas, que a partir de una base diferencial se pueden inventar a medida que el Juego progresa creando o recreando su propias reglas, que quedan después archivadas en los Anales de la Apotropía; generalmente el punto de partida son los modelos clásicos en que se aplican los principios del Juego de Inducción. Por ejemplo: hay dos jugadores, A y B, A se juega cinco mil créditos, B se juega la vida; si gana A, mata a B, y si gana B,

obtiene los cinco mil créditos. Pero, por ejemplo, sin modificar la apuesta inicial, se puede introducir la modalidad total, que consiste en acordar que quien gane lo gane todo, el dinero y la vida del otro jugador, y observa que puesto que ello no modifica el desenlace de la modalidad anterior en caso de ganar A, la modalidad total obliga a penalizar el procedimiento de tirada en contra de B, que de la otra forma jugaría con ventaja; existe también la modalidad de propiedad, en la que el que gana puede perdonarle la vida al perdedor si el resultado se lo ha concedido, pero con ciertas prerrogativas, entre las que hay también un amplio abanico de variantes: derecho a una parte de la herencia, vida en propiedad al estilo del código de honor de los duelos entre Caballeros (¡o de los esclavos!), prerrogativas que el perdedor tiene la oportunidad de eximir al cabo de un tiempo comprando su vida, si el otro se la quiere vender, y si no quiere, podría dar lugar a un pleito, o bien volviéndosela a jugar en condiciones muy inferiores, solución poco recomendable ya que en caso de un nuevo resultado desfavorable, además de la vida, las pérdidas patrimoniales serían absolutamente desastrosas.

—Si se trata de salvar el patrimonio, siempre queda el recurso de una incapacitación o de un suicidio.

El Consultor lo miró como si hubiera sido ofendido en su más íntima sensibilidad estética.

—Ningún jugador con honor sería capaz de traicionar el principio de la suma cero en un compromiso a dos. Existen mejores procedimientos para librarse de una transacción terminal.

—¿Ah, sí? —dijo Ígur, ligeramente provocado—. ¿Cuáles?

—Por ejemplo, volver a jugar contra sí mismo, con pérdida tapada.

—¿Qué ganador aceptaría un trato así? Tiene poco que ganar.

—La Apotropía ofrece para esos casos estímulos adicionales —Gemitros se echó a reír—, siempre en beneficio del espectáculo —se tomó un respiro—. Un Juego que tiene mucho éxito entre los que sufren graves problemas económicos es el de la Gran Hipoteca: se trata de vender la vida a plazo fijo, por ejemplo de un año; la cantidad se cobra en el momento, y al año se da la vida a cambio (como variante, se ofrece a precio más bajo un sorteo adicional de salvación, cuantificado supongamos en una posibilidad entre tres); en el noventa y nueve por ciento de los casos, el jugador se fuga antes del plazo, sobre todo si las cosas le han ido mejor, y entonces es perseguido por un cuerpo especial de cobradores que tiene como misión liquidarlo, con el aliciente de que si al cabo de dos meses de vencido el terminio el perseguidor o perseguidores no han cumplido su cometido se considera que ha habido incompetencia, o se ha producido alianza fraudulenta, y se envía a otros para matarlos a todos, jugador y cobradores, o bien, como variante, tan sólo al primer perseguidor; otra variante establece ya en principio el derecho de fuga del jugador, y una

subvariante somete a sorteo el número de perseguidores (con el cero incluido, en la modalidad más barata) y nuevas subvariantes, la fecha de caducidad del Juego, o ciertas limitaciones de tiempo y espacio, por ejemplo que el perdedor sólo puede ser liquidado en sábado, o fuera del término municipal de Gorhgró; esos parámetros, o bien otros, pueden ser del conocimiento del jugador, o pueden serlo tan sólo algunos de ellos, y en unos casos los jugadores sabrán que existen parámetros secretos y en otros no lo sabrán, incluso hay modalidades en las que los jugadores contratan la posibilidad, con la cuantificación y las correcciones del coste de la jugada correspondientes, de la existencia de normas que ellos ignoran.

—Muy interesante —dijo Ígur.

—La modalidad reina es la que se llama Fonotontina —prosiguió el Consultor—, que consiste en un contrato entre un mínimo de diez interesados, con gran riqueza de variantes a partir de la básica, que reúne a un grupo, con una fecha de salida y todos contra todos, y, en las partidas más selectas, sin más premio que la emoción del Juego y la gloria de haber sobrevivido; se puede introducir el problema adicional de la búsqueda de la lista, o del orden y la disposición de las muertes, o del descubrimiento de las fechas indicadas, a través de un proceso lógico, o de una leyenda en la que cada participante representa a un personaje, o en un poema representa una metáfora o un grado de abstracción, o bien a través de un recorrido por lugares o con terceras personas, o ligado a la evolución de un hecho concreto o de un grupo de personajes reales, por ejemplo los miembros de una familia de Príncipes, o los Agonos dependientes de una determinada Apotropía —Ígur escuchaba con atención: ésos debían de ser los aspectos más próximos al Laberinto—; lo que en principio parece asegurar una muerte violenta a plazo fijo es en realidad un seguro de vida, porque los nombres de los participantes, con el código de identificación correspondiente, quedan registrados en el Archivo General de la Apotropía de Juegos del Imperio, con la expresa prohibición de participar en cualquier otro Juego de Azar, si bien suele darse el caso de jugadores compulsivos que pierden la vida ilegalmente en apuestas privadas con anterioridad a la fecha del inicio de la Fonotontina.

—Ah —dijo Ígur—, ¿existe el Juego ilegal?

—No, no es ésa la cuestión. El Juego privado no está prohibido. En realidad muchos Juegos que comienzan gestionados por la Apotropía desembocan más tarde en soluciones particulares, nuestro único interés por las cuales es el de registrarlas para el enriquecimiento de nuestros recursos, porque muchas te dejarían asombrado por la imaginación, el valor o la generosidad que llegan a desplegar. Pero como resulta imposible, en un Juego, establecer dónde empieza y dónde termina la intervención de la Apotropía, que, como te explicaré después, domina casi todo el movimiento social del Imperio, el objetivo no estriba tanto en dar carta de naturaleza oficial sino en la socialización de garantías, el compromiso institucional de que

cualquiera tenga su oportunidad, si está dispuesto a jugársela en serio.

—¿Y ese compromiso también se rige por reglas de Juego?

Gemitetos se echó a reír.

—Excelente sentido del humor. Caballero. —Se quedó en silencio—. ¿Qué estaba diciendo antes del inciso?

—Hablabais de los jugadores que ilegalmente...

—¡Ah, sí! Quería contarte el célebre caso Rufinus, que ya debes conocer, en el que uno de los participantes en una Fonotontina con un montante económico considerable sobornó a un funcionario para participar en un póquer a muerte, en el que perdió la vida; la familia del difunto elevó una reclamación a las instituciones, y ante la posibilidad de que la judicatura, o la propia Apotropía, anulase la Fonotontina o dictase un arbitrio mistificador del Juego, el resto de los participantes instituyó un acuerdo privado para avanzar el plazo, y de los trece iniciales (en realidad los doce, por la desaparición del causante del contratiempo), en tres días no quedaban más que dos, que, bien escondidos en sitios seguros, desplegaron el uno contra el otro ejércitos de mercenarios que acabaron por matarse entre ellos en el centro de la ciudad, hasta alcanzar tal punto de escándalo publicitario y escarnio del buen orden de la institución que ocasionó que la Apotropía, presionada por el propio Gobernador, se viera obligada a dictar con carácter de urgencia una disposición dividiendo la Fonotontina entre los dos supervivientes; pero cuando los interesados se asomaron a la luz pública, los profesionales contratados y subcontratados para matarlos no habían recibido contraorden de sus clientes respectivos, o quizá éstos ni siquiera habían llegado a saberlo, y, en cualquier caso, como es propio del asesino serio ante cualquier cambio circunstancial no alterar los designios por deducciones propias o por suposiciones infusas de otros que no provengan del propio contratante, ninguno cayó, o no quiso caer, en la cuenta para emprender alguna gestión en ese sentido, que por otra parte habría resultado asimismo inútil, porque las subcontrataciones, práctica corriente entre los mercenarios que dominaban el mercado, eran de hecho incontrolables, así es que los dos ganadores no llegaron, no tan sólo a cobrar lo que les correspondía, sino a circular ni media hora por las calles de Gorhgró. Y, mira lo que son las cosas, al cabo de un año se descubrió que entre los que mataron a los dos últimos participantes hubo pistoleros a sueldo del Imperio, y a pesar de que nunca se ha llegado a probar que hubiesen sido ellos y no otros los que, finalmente, habían logrado el objetivo, fue suficiente para desatar el escándalo, cuyo origen se debía a la ineludible necesidad del Comisario de Juegos Rufinus de tapar ante el General superior un ejercicio deficitario tras el que acechaban los más turbios trasfondos, y más tarde, cuando las exigencias técnicas del proceso permitieron saber quién estaba detrás de la investigación que lo había propiciado, y resultó ser el heredero de uno de los dos últimos supervivientes, se descubrió su conexión con uno de los dos

pistoleros a sueldo del Imperio presuntamente implicados, sin que, de momento, se haya podido establecer de manera concluyente una relación de causa y efecto entre los hechos, de manera que el asunto continúa pendiente de la judicatura, ahora, además, complicado por el problema de los intereses del capital, que por derecho le corresponden a la Apotropía, y que también ha entrado en litigio, con una acusación añadida al Comisario Rufinus de apropiación indebida de una parte, cuando gestionaba la cesión entre el dictamen del Apótrofo y la muerte de los supervivientes.

—¿Y cómo ha acabado?

—El proceso continúa, pero no sabría decirte en qué fase se encuentra, no es de mi competencia. La opinión pública se ha desentendido —dijo Gemitros sin entusiasmo—. Una de las modalidades más variada de Fonotontina —prosiguió ante un cuadro sinóptico— es la que llamamos Cubierta, y se juega entre un mínimo de cincuenta participantes, de los que un ochenta y tres por ciento han sido designados de oficio, sin haberlo solicitado, ya sea por sorteo directo del censo o a través de la relación con un mecanismo previamente sorteado, por ejemplo la adquisición de un billete de viaje, la consulta a un médico o las tres últimas cifras de la cantidad que suman las ganancias anuales; y aun así, entre ellos, tan sólo se informa a un diez por ciento. En la Cubierta Móvil, la mitad de los participantes cambia a lo largo del Juego, siguiendo mecanismos establecidos: el número de letras del nombre, las relaciones de parentesco, etcétera. ¡Cuántos ciudadanos habrán participado sin saberlo!

—¿Y esa modalidad se practica con frecuencia? —preguntó Ígur.

—Es la que más se practica. Un noventa por ciento de las muertes de Gorhgró son producto de ella, a veces las que menos te imaginas: ruinas, enfermedades, peleas de taberna, ejecuciones de delincuentes, accidentes laborales... pero —se rió— es difícil de cuantificar con exactitud, porque también hay muchas equivocaciones.

Ígur pensó que era la forma perfecta de asesinato: fingir que te has confundido en una Fonotontina... Como había tantas, ¿quién lo podría comprobar? En pocos segundos, la argumentación se le disparó: si hay tantas, igual no es necesario ni fingirlo: mata a quien quieras, en un sitio o en otro se encontrarán siempre jugadas de Fonotontina que lo explicará. Enseguida, sin embargo, se creyó de vuelta a la realidad: si eso fuera así, no tendría sentido la existencia de la Apotropía de Juegos. ¿O quizá sí, quizá su principal objetivo fuera mantener la ilusión del orden?

—Me imagino —dijo Ígur— que eso obliga a una estrecha coordinación con el Censo Imperial.

Gemitros abrió los brazos y sonrió.

—¿Para qué, si nosotros elaboramos el único censo fiable del Imperio?

—Me parece —dijo Ígur, fingiendo un convencimiento que no tenía— que una consideración tan escasa a la predisposición del jugador, y por descontado a su

voluntad, no está muy en consonancia con el espíritu de los Juegos.

—Es posible. Para los que piensan como tú, aunque lo cierto es que ésa no es condición que te libere de la posibilidad de convertirte en participante de una Fonotontina Cubierta, existe la que se podría considerar modalidad contraria, la que se llama Fonotontina Imperial, tal vez la más completa y sofisticada, que consiste en la fase final de una estructura reticular de Fonotontinas, cuyo estrato anterior está formado por una serie de Metafonotontinas, cada una de las cuales tiene por objeto no la solución final, sino dilucidar quién participará en la Fonotontina final. Hay un segundo estrato previo de Metametefonotontinas para dilucidar en qué Metafonotontina participas, y así sucesivamente, hasta alcanzar procesos de catorce y dieciséis grados que, como puedes suponer, pueden llegar a durar treinta años. —Le mostró esquemas estéticamente geometrizados con formas circulares, o espirales, con leyes expresadas en ejes de simetría sobre el número de participantes, sobre diversas variables técnicas o sobre el tipo de Fonotontinas previas (Simples, Cubiertas, Móviles, y otras a las que Gemitetros no se había referido)—. La ventaja de esta variante —prosiguió— es el aumento exponencial de las ganancias, siempre en términos de gratificación no material, porque cuanto más alto sea el metagrado, más abundantes son las jugadas negras, es decir, la muerte directa de oficio, pero, en compensación, aquel que alcanza una Fonotontina Imperial proveniente de un mayor número de estratos previos, disfruta de las prerrogativas más ventajosas: optimización de recursos, información, cobertura logística, incluso ayudas directas.

—Realmente, un admirable proceso de depuración.

—Y de integración —dijo Gemitetros con satisfacción—. Es más que una fiel imitación de la vida, ¡es la vida misma: ignorancia y coraje, cálculo y azar en nostalgia de la armonía!

—¿Y las modalidades en las que el jugador tan sólo es espectador?

—Aquí se gestionan tanto las derivaciones del teatro, como del circo, como del deporte. Por ejemplo —le mostró una fotografía—, el baile de las panteras-murciélago: la lucha entre dos mujeres, generalmente desnudas o con correaes, con una maza en cada mano; llevan botas y grilletes de hierro, y un casco metálico fijado al cráneo con cuero... a ver si hay alguno por aquí —se puso a revolver los cajones sin interrumpir su relato—... de características especiales: de la parte frontal superior sobresalen, en forma de antenas curvadas, dos piezas de titanio flexibles y de base rígida, muy afiladas, dirigidas cada una al centro de cada ojo, y distantes dos centímetros de las pupilas; el Juego consiste en intentar acertar con la maza el puente que une los extremos más sobresalientes de las dos piezas, y lograr que se claven en los ojos. El casco lleva una pieza en la frente que limita el recorrido del estilete cuando recibe el golpe, mira, aquí hay uno —dijo, y sacó del armario un artefacto de las características descritas bastante sucio y con las correas de cuero muy

estropeadas; a Ígur le pareció que en los extremos metálicos había restos ennegrecidos de sangre, y no quiso confirmar la apreciación; Gemitetos prosiguió, ayudándose por el movimiento de las piezas—: ¿Lo ves? Cuando le dan un golpe, los estiletes se proyectan hacia abajo de golpe hasta que esta protección hace de tope para que la punta penetre en el ojo lo justo para el vaciado, pero sin que afecte al cerebro, lo que significaría el final del Combate; los dos estiletes se unen mediante este puente travesero (existen otros modelos en los que el mecanismo se resuelve cruzando los estiletes y soldándolos), con objeto de que si se acierta uno, se claven los dos, y evitar así la posibilidad de una combatiente tuerta, lo que atentaría contra el precepto fundamental de la simetría; aquí en el centro hay un muelle de retorno (que se puede quitar si se acuerda así al establecer las normas) para evitar que los estiletes se queden clavados —puso el casco en manos de Ígur, y él lo observó con repugnancia y respeto, y por un instante le asaltó la tentación de probárselo; el Consultor se dio cuenta y se echó a reír—; también se usan en determinados Juegos a dos. —Y prosiguió—: En el Combate se pueden respetar rigurosamente las reglas establecidas o bien puede valer todo: distraer a la adversaria con la maza y hundirle los ojos de un puñetazo o de una patada, o noquearla previamente. El Juego acostumbra acabar con la combatiente cegada muriendo a golpes de maza a merced de la otra; excepcionalmente la ciega tiene la fortuna de acertar a su vez los estiletes del casco de la otra, o se produce una refriega de la que resultan ambas cegadas, y entonces se sucede una segunda parte del Combate prodigiosamente larga y emocionante, guiadas las rivales por los gritos de los espectadores, que dirigen a su preferida (o a aquella por quien han apostado) y procuran confundir a la otra; puesto que el público siempre está dividido, las indicaciones verdaderas son imposibles de distinguir de las falsas que las contradicen, y las dudas de las combatientes sobre atender a un grito o a otro hacen las delicias y la furia del espectáculo. Al final una resulta vencedora, pero como sus posibilidades de actuación en el futuro son más bien escasas, si bien tal remota posibilidad es la que proporciona la querencia de la victoria, tan sólo excepcionalmente se le concederá un indulto que, atendiendo a la ínfima extracción social de las participantes en el baile de las panteras-murciélago (las hay incluso delincuentes condenadas), y a que de igual forma tendrían pocas expectativas en otros terrenos, no tiene más objeto que ensalzar el sentimiento de perdón, de generosidad y el sentido de supervivencia del público, si es que entre ellos hubiera algún alma tierna que necesitara aliviar su contribución a la barbarie, y la combatiente herida es rematada más tarde en el interior de las dependencias, aunque se dan casos en los que, puesto que el sector del público al que el resultado del Combate ha supuesto la pérdida de una cierta cantidad lo solicita, a una indicación del presidente del espectáculo, los arqueros de la Guardia le dan fin en el propio escenario, y confieren a la agonía el ritmo que les es requerido.

Ígur hizo un gesto de escepticismo.

—¿Se dan a menudo esa clase de Juegos de Combate?

—Acabas de proferir una redundancia —sonrió el Consultor, y repasó un calendario—. ¿Tienes acceso al Palacio Triddies? ¿No? ¿Al Palacio Lodeya? ¿Al Palacio Conti? —Ígur dudó si descubrirse o no, pero el otro ya lo había calado—; muy bien, ve al Palacio Conti el sábado de la semana que viene, y verás un buen espectáculo.

—Me pregunto cómo se ha evaluado el coste social de todo esto, y si realmente vale la pena mantenerlo para evitar males mayores.

—¿Lo dices por la función guerrera del hombre? —dijo Gemitetros con ironía, y con un gesto Ígur negó—. Desengáñate, la catarsis laxante nunca movilizaría semejante esfuerzo, porque además las ganancias son más que opinables; el problema es de orden práctico: el bienestar material ha engendrado una clase social ociosa y subvencionada que ha despoblado los oficios más gravosos de la comunidad. Se han acabado los espectáculos directamente dependientes de la especulación con los espíritus, los deportes en los que el riesgo físico no ofrece sólidas garantías de peligro extremo, se ha acabado la ficción; la gente quiere sangre, y la quiere en vivo. En otro orden de cosas, se han acabado también definitivamente, incluso como lujo sentimental, los gremios artesanos, en beneficio de la industria que gestionan los Príncipes, y eso significa que no hay sustrato social con el grado de autosuficiencia necesario para amortiguar el contacto de los sectores extremos. A la vez que toda reclusión ejemplar ha perdido ya el sentido, la solución se ha implantado por la vía de la reforma penal. Como debes saber, la Apotropía de Justicia hace diez años que está totalmente colapsada. Por un lado, la falta de funcionarios propició una forma especial de reinserción de los condenados, en forma de exenciones para trabajos subsidiarios al principio, pero más tarde, cuando el problema se agravó, en puestos de responsabilidad: fiscales, jueces y alcaides. ¡Al fin y al cabo —rió— conocen mejor el sistema ellos que los que han llegado estudiando la carrera! La solución paró el golpe, en principio, y con bastante eficacia, pero pronto, ante la inoperancia total de Protección Civil y paralelamente a la proliferación de bandas armadas de autodefensa, un sector importante de la ciudadanía desarrolló una psicosis social que degeneró en delirio colectivo de evolución paranoica querellante, la subespecie más curiosa, y más en aumento, del cual es la autoinculpadora, y en pocos meses los juzgados se convirtieron en aglomeraciones históricas de acusadores sistemáticos que cuando, finalmente, son expulsados del mostrador, compulsivamente se vuelven a poner a la cola. Ve un día a ver un juzgado, es todo un espectáculo. Viven allí familias enteras.

—¿Y por qué no son más rigurosos a la hora de admitir los trámites?

—Por la misma razón por la que tantas y tantas cosas quedan por resolver. Busca

la relación entre los costes de la solución y el beneficio obtenido, y sabrás de inmediato qué prosperará y qué no. Volviendo a lo que nos ocupa: como no hay juicios, los contenciosos y los delitos se resuelven de oficio desde el Cuantificador, por el procedimiento de la factorialidad; los condenados vulgares, me refiero a los que no son elementos peligrosos que haya que vaciar antes de eliminar, como va no hay sitio donde emplearlos en la Administración, no van a la Cárcel, sino que son ocupados en los trabajos más duros de acuerdo con sus condiciones personales y el grado de condena; así pues peones, barrenderos, ganaderos y guardabosques, ladrones convictos metidos en la prostitución masculina, activistas de la subversión en espectáculos de circo, y los criminales más célebres y brillantes, irrecuperables para la propaganda negativa, consagrados como productivos gladiadores a muerte.

—Ya lo entiendo —dijo Ígur sin demasiado interés por llegar al fondo del asunto—, la Apotropía de Juegos tiene una doble misión, en cierta manera un filtro entre dos necesidades: por una parte ofrecer espectáculos de acuerdo con la demanda social, y por otra canalizar los problemas residuales.

—Más o menos —dijo Gemitetros muy satisfecho—; y fíjate que no estamos tan sólo en contacto con la Apotropía de Justicia, sino con muchas otras: la de Obras Públicas, la de Hacienda... y también con departamentos subsidiarios; por ejemplo, nuestra colaboración con la Gestión Social ha sido decisiva para solucionar el problema de los jubilados —Ígur jugueteaba con el casco de las panteras-murciélago, pero el Consultor, entusiasmado con su propio discurso, continuó indiferente a la expectativa del interlocutor—. Hace unos años, cuando del total de jubilados que pedían pensión se concedía tan sólo al cinco por ciento, el resto se convirtió en una lacra de difícil solución: exasperados, muchos de ellos emprendían atentados contra próceres o bienes públicos, o matanzas colectivas indiscriminadas antes de suicidarse, así es que, por iniciativa del Apótropro, firmamos un convenio con el Agon de Gestión Social que permitiera asimilar los jubilados no pensionistas a los perdedores en ley de fugas (artículo A cuarenta y dos apartado siete) y, por riguroso sorteo mensual, con una posibilidad entre cuatro aproximadamente, al sujeto afectado se le envía un terminador, por lo que pedir una pensión, o bien afiliarse al subsidio social, equivale en la práctica a meterse en un Juego técnicamente asimilable a ciertas modalidades de Fonotontina Cubierta.

—Curioso —dijo Ígur, pensando que eso sí que no guardaba relación con el Laberinto—; ¿y en qué radica la colaboración con la Apotropía de Obras Públicas?

—Intervenimos en la Gestión, cuyo mecanismo original ya debes conocer. — Como Ígur negara, Gemitetros prosiguió con aire doctoral—:

En primer lugar había la planificación del conjunto edificable. Pongamos por ejemplo un palacio: necesidades, presupuestos, condiciones de órdenes diversos, planos. Después, planificación de los trabajos de la obra: personal, plazos, obras

auxiliares, coordinación con industrias subsidiarias, modificaciones provisionales en el entorno, previsión de posibilidades de otras definitivas, dispendios adicionales, margen de modificaciones y de imprevistos aceptable, previsiones políticas. Después, el tercer grado, estudio y planificación de los trabajos de planificación de la obra: elección del equipo que los redacte y los lleve a término, presupuestos, plazos y, lo más importante, estudio y cuantificación de las interacciones posibles entre la planificación del palacio, la planificación de la obra del palacio y la planificación de la planificación de la obra del palacio, y posibles impactos en los presupuestos, en los plazos, etcétera.

—¿Las vicisitudes de la planificación no dificultaban la construcción del palacio? —dijo Ígur.

—El palacio raras veces llegaba a construirse. De cada cien empresas constituidas para construir, tan sólo una culminaba en obra acabada. El problema se producía porque cuando, por las razones que fuera y en cualquier fase de las obras, la realización se paralizaba, los constructores ya se habían cubierto las espaldas para que el déficit no les pillara los dedos, y los excedentes del crédito obtenido les proporcionaban margen suficiente para iniciar una nueva planificación.

—Ya entiendo.

—Hace unos años —prosiguió el Consultor—, la Agonía de Gestión Social halló la manera de compensar las pérdidas del endeudamiento y las sanciones del proceso. Con una exención desgravadora de recuperación de obras interrumpidas, financiaban la operación con bonos de altísimo riesgo que eran papel mojado, y equilibraban la menor deuda con un canon directo de la Agonía, a cambio, en teoría, de un porcentaje de los beneficios; en cierta manera, era una forma de subvención. Pero la gestión solía ser abandonada de nuevo, en el punto de inflexión del óptimo rendimiento de la empresa, y así sucesivamente hasta que el porcentaje de participación de la Agonía de Gestión Social hacía que la recuperación no fuera rentable, y la obra quedaba definitivamente abandonada. Hubo una época de gran pesimismo social; Bracaberbría estaba en plena decadencia después de abierto el Laberinto, y el desconcierto acechaba Gorhgró, un núcleo urbano en busca de un modelo estable de robo institucional: nadie sabía quién pagaba el dinero que, habiéndose perdido, no había sido a expensas del promotor, ni del constructor, ni de la Agonía de Gestión Social, a quien tampoco le convenía destruir el sistema por el desbarajuste laboral que hubiera comportado, y porque, además, también recuperaba la inversión en forma de beneficios en el momento de finiquitarse la gestión. El círculo no parecía tener beneficiarios ni perdedores, sino partes en descubierto o en cobertura sucesivamente intercambiables. Una vez más se tomó conciencia de que la riqueza es un Juego sin relación necesaria con los bienes reales, y Gorhgró se encontró llena de obras de palacios abandonadas.

—Aún he visto unas cuantas. Y entonces, ¿en qué momento interviene la Apotropía?

—Desde el momento en que las empresas, de manera flagrante, no se constituían para construir sino para gestionar planificaciones de obras que ellas mismas se ocupaban, porque así les resultaba más rentable, de que jamás llegasen a realizarse, la Hegemonía nos encargó un proyecto para obligar a que un porcentaje aceptable de obras llegara a buen término, y de este modo surgió la Ruleta Edilicia, de adscripción al principio obligatoria para las constructoras, pero en la actualidad completamente voluntaria; y mira lo que son las cosas, no sólo se acogen a ella la totalidad de los gestores, sino que el ramo de la construcción registra la actividad más fuerte de los últimos cien años. La Ruleta Edilicia es, básicamente, un sorteo, con margen de estrategias, justicia y garantías incluido, que, de acuerdo con los elementos preexistentes y la solvencia de la empresa, a través de un procedimiento sofisticadísimo de compensación continua de interinfluencias de coaliciones, porque, igual que en las Fonotontinas, el modelo no es el Juego diferencial de suma cero, cuantifica los términos del fracaso de la gestión, establece en qué apartado hace fallida y en qué grado, con plazos, subcontrataciones, alcance de desastres, posibles conexiones con diversos tipos de Fonotontinas, etcétera, o, por el contrario, determina la obligación cuantificada de acabar la obra, entonces sí, en el caso extremo con fuertes penalizaciones, que pueden llegar a la incapacitación, en caso de incumplimiento, pero también con fabulosas ganancias si la gestión culmina correctamente.

—Una solución brillante, sin duda —dijo Ígur; en realidad, le parecía la solución de siempre: cuando no puedas encontrar remedio para las cosas, ponles un marco legal—. La Apotropía de Juegos es apasionante como mecanismo lógico. ¿Sería posible obtener una copia de los estatutos?

—¿De qué año? —dijo el Consultor; su cara reflejaba la estupefacción ante una pregunta idiota.

—De los vigentes, naturalmente.

—¿De los vigentes cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? Los Estatutos son tan abstractos y flexibles que no te servirán para nada, y las normas cambian de una semana a otra; y, aún así, las vigentes tienen un carácter dinámico, lo que significa que cada Juego es tal cuando empieza, pero a partir del segundo movimiento genera sus propias normas, así como no hay dos partidas que se acojan a la misma ética para regir el movimiento siguiente.

—En todo caso, digamos que no siempre, o no necesariamente, han de acogerse al reglamento para efectuar la jugada que corresponde, pero normalmente es así, y eso ha sido, y debería ser, creo, suficiente para permitir establecer unas normas, ya no para ser cumplidas perentoriamente, sino para explicar el Juego desde una

perspectiva histórica, tal y como, por ejemplo, tú mismo has hecho hoy ante mí.

La petición era inútil. Gemitetros no quería o no podía desvelar más información de la que se había permitido, y con medias palabras dio a entender a Ígur que se considerase afortunado de haber obtenido un trato de favor gracias a la recomendación de Debrel. Como despedida le ofreció un calendario de Juegos y Espectáculos con un plano detallado de dónde los podía practicar, no solo en Gorhgró, sino también en Eraji, Taidra, Sunabani y Marlú, y le dio una dirección y el Código del Cuantificador para que se pusiera en contacto con él si un día quería participar en un Juego importante, dando por supuesto que el rol concedido a su concurso a todos los efectos se acogería a su prestigio personal y a su rango.

A primera hora de la tarde, y aun a riesgo de no encontrar a nadie, porque no había avisado, Ígur fue a visitar a Debrel, que estaba solo y le pareció encantado con la visita. Ígur se sorprendió a sí mismo decepcionándose al ver que Sadó no estaba, y ante el amable interés del anfitrión le explicó cómo había sido atacado y cómo se había librado, y le preguntó si tenía alguna idea sobre quién podía haber inspirado la agresión. Debrel se rió durante todo el relato, como si se tratara de una situación jocosa o de un chiste, lo que acabó por hacer reír a Ígur también, por sentirse quizá un poco exagerado, demasiado dramático, incluso un poco ridículo, y al final, sin perder la risa, Debrel lo reconvino por sus preguntas.

—O me concedes demasiada importancia, o me tienes en muy mal concepto; ¿no ves que si realmente crees que estoy en condiciones de decirte quién te ha atacado me estás llamando hipócrita? Dímelo tú, quién te ha mandado matar. ¿El Agon de los Meditadores? ¿Los amigos de Lamborga? ¿Los amantes de Fei? —soltó una carcajada—. ¿Crees que te has granjeado demasiados enemigos para el poco tiempo que llevas en Gorhgró?

Ígur le resumió la visita al Consultor Gemitetros, mencionando de paso el aplazamiento de la sesión con la Cabeza Profética, sin exagerar el conflicto ni hacer alusión a los doscientos créditos que le habían sableado, porque no quería dar la impresión de que buscaba que lo compadecieran, y Debrel asintió todo el rato, sin gesto alguno que denotara sorpresa. No hay exceso, no hay defecto, pensó Ígur, si todo está en su sitio, podemos entrar en materia.

—De la Equemitía hace días que no sé nada —concluyó Ígur.

—Mejor así. Lo primero que sepas quizá no te acabe de gustar. —Se levantó y conminó a Ígur a examinar los papeles de encima de la mesa—. Ya es hora de que dejemos la política, que tiene una importancia decisiva pero que no nos hará menos ignorantes de lo que somos; aquí tengo el resultado de mis primeras gestiones en la oficina del Agon del Laberinto; pero antes quiero saber en qué medida será necesario y qué rumbo habrá que darle a tu entrenamiento.

Ígur esbozó un gesto de escepticismo, porque se consideraba en inmejorables

condiciones físicas para afrontar el reto más duro, o en cualquier caso en tan buenas condiciones como aquel que, en el Imperio entero, pudiera aventajarle en ese aspecto, y le parecía que la exhibición realizada ante Lamborga era prueba suficiente, pero Debrel no se refería a las condiciones objetivas del animal, sino, para empezar, a su visión geométrica. Comenzaron por ejercicios sencillos, en los que, a pesar de todo, a Ígur le sorprendió comprobar que la resolución no era tan fácil como parecía; por ejemplo, Debrel le enseñó un grabado con la imagen de un cubo visto casi en escorzo y con las doce aristas dibujadas con igual categoría de línea, y le pidió que, de los dos ángulos que por efecto de la perspectiva quedaban en el interior de la figura, imaginase el volumen, primero como si uno de ellos fuera el más próximo, y después como si lo fuera el otro. Ígur se impacientó por lo que le parecía un inútil juego de niños, pero Debrel le obligó a practicar el cambio mental unas cuantas veces seguidas, a intervalos regulares, a una señal de sus dedos, después más deprisa, después a intervalos irregulares, dejando un rato la imagen fijada en una visión para acabar cambiando muy rápidamente diez o doce veces sin interrupción. Ígur acabó bloqueado. Debrel se echó a reír de buena gana y le advirtió que le convenía practicar, porque de los buenos reflejos geométricos podía depender su vida en el Laberinto. Inmediatamente después propuso otros ejercicios de visión superdimensional, por ejemplo uno de una escalera con un descansillo en cada extremo, que Ígur, con igual secuencia que con el cubo, tuvo que visualizar alternativamente como una escalera en el ángulo de visión normal a punto subir por ella, y después como una escalera vista por debajo, ante la que había que agachar la cabeza para no golpearse. También le propuso problemas en los que intervenía tanto la lógica y el sentido común como los conocimientos elementales de geometría, por ejemplo situarse en el interior del cuerpo estrellado de veinte vértices obtenido prolongando las aristas del icosaedro regular, o del de doce vértices proveniente del dodecaedro, y desde puntos determinados de las aristas, o desde un vértice, dibujar las sucesivas visualizaciones, y problemas donde entraban en juego ideas básicas de la mecánica de los fluidos y la estática, por ejemplo la célebre paradoja que se desprende de considerar el centro de gravedad de un vaso perfectamente cilíndrico, del cual idealmente se supone igual a cero el peso del círculo del fondo, y que, por tanto, coincide con el centro geométrico de la figura tanto con el vaso vacío como con el vaso lleno, pero en cambio, en el proceso de vaciarlo, el centro de gravedad desciende gradualmente hasta un punto determinado a partir del cual de repente asciende hasta ocupar de nuevo el centro del cilindro, y a la inversa en el proceso de llenarlo. Debrel pidió a Ígur que, considerando iguales los pesos específicos del líquido y del cilindro, por procedimientos estrictamente geométricos, calculase el nivel de líquido necesario para que el centro de gravedad fuera el más bajo posible y, a partir de ahí, calcular la fuerza lateral uniforme (por ejemplo, el viento) que se

necesitaría para tumbarlo, imaginando imposible el desplazamiento, ya fuera por un rozamiento infinito o, lo que en la práctica es lo mismo, por la existencia de un tope infinitesimalmente pequeño que le impidiera deslizarse pero no volcar. Entre problema y problema, Debrel proponía cuestiones de lenguaje, de lógica, de estética, de estrategia comercial, algunas de las cuales le parecían ridículas a Ígur, incluso pueriles, pero que le obligaban a cambiar bruscamente de registro mental y a exigirse una explicación inmediata para borrar la sonrisa burlona de los labios del interlocutor, sonrisa que se convirtió en carcajada tras el supuesto cuestionamiento del viejo concepto de democracia a través de la paradoja de la votación: un jurado de cinco miembros ha de pronunciarse entre dos candidatos, y lo hace a favor de uno de ellos por cinco votos a cero pero, para no humillar al que no ha resultado escogido, uno de los miembros propone que en el acta conste como tres a dos, y como no hay acuerdo, alguien propone votar; pero otro del jurado dice que esa segunda votación carece de sentido; imaginad, argumenta, que fuera al revés: el ganador lo ha sido por tres a dos, y los tres que lo han escogido proponen otra votación para que en el acta conste cinco a cero, naturalmente los tres dispuestos a votar a favor.

—Moralmente —dijo Ígur—, repugnaría que ganase la proposición de que en el acta constase tres a dos, porque significaría un cambio de hecho en la preferencia de tres miembros del jurado, al margen de una imposición falseadora sobre el criterio de los otros dos; yo creo que la elección del ganador sería impugnabile, y el que decía que la segunda votación no tenía sentido, tenía razón porque, además, no se puede votar sobre las decisiones de los demás. En cualquier caso —concluyó—, la cuestión queda resuelta si lo miramos desde las categorías lógicas: no puede aplicarse el procedimiento al propio procedimiento.

—¿Ah, no? —sonrió Debrel—. Y, sin embargo, sucede continuamente. ¿O es que no se hacen votaciones previas de procedimiento? ¿Las leyes electorales no se pueden someter a votación, según tú?

—¿Consideras —dijo Ígur— que ése es el tipo de tensión conceptual propio del Laberinto?

Debrel rió abiertamente.

—He querido reproducir una posible secuencia de problemas del interior del Laberinto, que de todas formas es irreproducible, porque la tensión de allá dentro será cien veces mayor que la que yo pueda organizar aquí con juegos de lógica elemental. Bien —se levantó—, seguiremos otro día con problemas más complicados. —Se dirigió hacia la mesa y se puso a revolver un montón de carpetas llenas de papeles, y más papeles aparte, cosidos o enrollados unos, otros con cintas muy largas, y otros doblados en acordeón, y mientras tanto obsequió a Ígur con una extensa disquisición, que él no sabía si situar en la excusa o en la condescendencia, acerca de la necesidad de no perder de vista el fenómeno del Laberinto como conjunto, y de profundizar en

el análisis de los diferentes aspectos de forma gradual, para, de la acumulación de conceptos, salvar la claridad, pero también para no tener que incurrir, en el extremo contrario, en la pérdida de muchos de ellos, porque, recordaba una y otra vez, en cualquier conjunto pluridisciplinar la mente humana no aprecia orden que no provenga de la simplificación y, aun, más allá de la apreciación subjetiva, desde los valores formales cuantificables del propio sistema, no hay verdadero orden sustancialmente separado de tal simplificación, a excepción del que establece un conocimiento lo suficientemente seguro como para que no necesite reforzarse en la diferencia conceptual entre el todo y las partes como método de conocimiento—. Pero eso —concluyó— es privilegio de los sabios... Como su nombre indica —prosiguió una vez había encontrado lo que buscaba—, el primer problema del Laberinto, y puesto que sin haber resuelto éste no hay acceso a ningún otro, es el de la Entrada propiamente dicha. El Laberinto tiene dos puertas: la primera comunica con el Atrio al que tiene acceso el Agon, la Guardia, los dignatarios y el Jefe de Decodificaciones. Esa puerta no tiene código, y está bajo el control del Agon; para preservar las emisiones, la primera puerta está cerrada al público; al fondo del Atrio es donde se encuentra la verdadera puerta, la Puerta propiamente dicha, que tiene el sensor que emite los códigos, y ante la cual está el Rotor donde se tiene que colocar la pieza que la abre.

—Pero, si no lo he entendido mal —dijo Ígur—, la Puerta ya ha sido abierta en dos ocasiones.

—Sí, pero cuando la Puerta se abre, los códigos saltan automáticamente y se regeneran de forma que al cabo de un tiempo (es misión explícita del Agon impedir la repetición de la Entrada antes de que la cinta codificadora haya vuelto a su sitio) se han autorreconstruido no sólo como cifra diferente, sino también con otra gestación, de forma que hay que reiniciar todo el proceso. Naturalmente, los códigos no saltan para regenerarse cuando el Laberinto ha sido totalmente resuelto, sino que entonces emiten un continuo y se inmovilizan; se entiende, por lo tanto, que una vez los códigos empiezan a reconstruirse, la expedición ha fracasado. Un equipo dirigido por el Jefe de Decodificadores explora a perpetuidad la cinta de códigos del Laberinto, los graba y los archiva. La cinta codificadora mueve un disco de veintidós círculos concéntricos que, alrededor de un eje que no contiene ninguna cifra, tiene doce en el primero, dieciocho en el segundo, veinticuatro en el tercero, treinta el cuarto y así hasta llegar a ciento treinta y ocho en el vigésimosegundo. Los círculos giran en ambas direcciones, según las reglas preestablecidas que forman el Código del Laberinto y que fueron fijadas en el momento de la construcción, y cuando veintidós límites entre dos cifras coinciden en línea recta, la serie de cifras de la izquierda de esa ranura (un radio del conjunto del círculo) queda automáticamente grabada en la cinta, accesible cada día al Jefe de los Decodificadores y al personal a quien el Agon

autorice.

—Las posibilidades son incontables —dijo Ígur.

—Imagínatelo, puedes calcularlo cuando te apetezca. El orden de los números en los círculos es el natural: comienzan por el uno y después del nueve el cero y otra vez el uno, y cuando se acaba el círculo, si por ejemplo el primero se acaba con el dos, el siguiente, en este caso el segundo, continúa con el tres, y así sucesivamente, para que, en principio, en ninguno de los círculos un número sea más fácil o más difícil de alinear que cualquier otro.

—Decodificar esa cinta debe de ser un problema de centenares de años.

—De forma sistemática, es absolutamente imposible, porque la producción de una determinada cantidad de números ocupa un periodo de tiempo unas treinta mil veces más breve que el necesario para su cuantificación.

—El trabajo de Jefe de Decodificaciones no debe de ser muy agradecido —intentó ironizar Ígur.

—Su misión —dijo Debrel— no es encontrar la decodificación, sino ordenar los resultados como ahora te explicaré, impedir el acceso a cualquiera y seleccionar cuidadosamente la información que facilita, de acuerdo con las instrucciones del Agon.

El geómetra explicó con detenimiento, y a Ígur le pareció que recreándose en un cierto sentido de la intriga, la visita que había hecho aquella mañana al Jefe de Decodificaciones, un asno integral según su apreciación, y cuánto le había costado obtener las copias de los códigos y la información suplementaria; ganarse su confianza para que le dejase utilizar el Cuantificador de la Agonía acabó por convertirse en un divertimento intelectual. El mecanismo era el siguiente: el Cuantificador elimina aquellos resultados en los que no se observa ninguna ley, ninguna repetición ordenada o rítmica en referencia a un grano mínimo que empíricamente se considera aceptable, o que con la aplicación de los cerca de cinco mil códigos conocidos no produce nada coherente, y conserva aquellos que tienen alguna. Cuando Debrel tuvo los resultados ante sus ojos, le costó no partirse de risa en las barbas del funcionario, porque aquello parecía un muestrario de extravagancias: la lista de nombres de los Gobernadores Generales de Perighart del año 218 al 390, los nombres en italiano de los aparatos de montura de los caballos y de los aperos de labranza, una colección de exorcismos, Debrel no se lo podía creer, en sánscrito, la colección completa de insultos, interjecciones y argot de la obra de Shakespeare, los poemas obscenos, en alemán medievalizante, resultantes de aplicar la primera letra de los días de la semana en los que la cinta emisora ha producido series aprovechables al alfabeto obtenido de poner en correspondencia las fechas de nacimiento de todos los Mayores de la historia de Bracaberbría con los diversos nombres aplicados a todo tipo de excrecencia y defecación humana y animal, y mil

cosas más. El Jefe de Decodificaciones, un tal Crotus, opinaba sin orden ni concierto, pero, le parecía a Debrel, con la burda intención de obtener algo de los comentarios del visitante, que a partir de un cierto momento procuró ser lacónico o bien, cada vez más malintencionadamente, confuso y divagador; poco a poco fue notando que tenía que haber una codificación intermedia de protección, y las soluciones eliminadas de oficio por el Cuantificador homologado tenían que contener el secreto. Afortunadamente no las habían destruido, y las pudo procesar de nuevo con un programa propio.

—Una lección de humildad para el Jefe de Decodificaciones —dijo Ígur.

—Normalmente —explicó el geómetra—, una vez has tomado la difícil decisión adecuada, el paso siguiente suele ser muy sencillo; es lo que llaman el laurel del vencedor —sonrió—. Supuse que la coincidencia de las veintidós separaciones se debía producir en intervalos relacionados de alguna forma con esa cifra, y me pasé casi una hora buscando en el Cuantificador relaciones numéricas referidas al tiempo que me permitieran llegar a una ley del Código. Descubrí que el número total de cifras que contienen los veintidós círculos, que es mil seiscientos cincuenta si la combinatoria no falla, se parece mucho al producto de cien por la cifra resultante de dividir por veintidós trescientos sesenta y cinco coma veinticinco, número promedio de los días del año, como tú sabes, cifra que es dieciséis coma sesenta, y, más concretamente, que coincidía exactamente con la cifra centuplicada resultante de la división entre veintidós por trescientos sesenta y tres, que es dieciséis coma cincuenta. Pero trescientos sesenta y tres es el año promedio menos dos días y cuarto, es decir, cuarenta y ocho horas más seis, por tanto cincuenta y cuatro.

Debrel se rió, lo que hizo saber a Ígur que a partir de ahí había deducido la solución, y que esperaba que él también la dedujera.

—Vamos a ver —dijo, después de alguna vacilación—, si el primer círculo tiene doce números, el segundo dieciocho y el tercero veinticuatro, quiere decir que aumentan de seis en seis, y por lo tanto cincuenta y cuatro corresponde al número de cifras del octavo.

—¡Espléndido! —celebró Debrel—. Observa, por otra parte, que veintidós difiere en dos unidades de veinticuatro, número de las horas del día... esas dos horas que sobraban de las cincuenta y cuatro me llevaron de coronilla un rato más, y decidí dejarlas correr en principio para poder centrarme en aquel maravilloso cincuenta y cuatro que tantas resonancias numéricas me evocaba: cinco y cuatro nueve, cincuenta y cuatro entre nueve igual a seis... Hice las mil y una pruebas posibles, con aquel palurdo respirándome en el cogote, hasta que tuve claro que la única solución posible estaba en los orígenes, y pedí la primera cinta que emanó de los veintidós círculos concéntricos tras el asentamiento posterior a la última Entrada al Laberinto. Probé a hacer corresponder simultáneamente al listado de cifras el alfabeto griego y el

alfabeto latino, desfasándolos cincuenta y cuatro lugares; en el caso del griego, de veinticuatro letras, en la práctica supuso desplazarlo seis cifras, porque los cuarenta y ocho primeros pasos de desfase lo dejaban, como es de elemental evidencia, reducido a cero; la reproducción del cuarenta y ocho más seis me hizo sentir que iba por buen camino, y también lo sentí cuando vi, de forma asimismo inmediata, que no existía desfase en la codificación del alfabeto latino, porque veintisiete (descontadas las letras dobles salvo la W), es justamente la mitad de cincuenta y cuatro. Entonces se trataba de separar la primera cifra que coincidiera numéricamente con el lugar que ocupa en el alfabeto, retomando cíclicamente la correspondencia.

—¿Por qué? —preguntó Ígur.

—Es la Ley del Laberinto —dijo Debrel con una leve entonación de reproche, e Ígur sintió que lo habían pillado.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Saltó en seguida, y del alfabeto griego; fue la **X** en el decimocuarto lugar.

—¿Y entonces? —insistió Ígur, absolutamente resignado a ser tomado por un insolvente.

—Entonces llegaba la verdadera decodificación; establecí la correspondencia de **X** con uno, **O** con dos, **P** con tres, etcétera, y la he aplicado a todo el listado de códigos a partir de aquel día. —Ígur puso cara de circunstancias, y Debrel se rió—. Paciencia, porque puede ser largo. Conseguí que aquel bárbaro me sacara copia de los listados, y los he traído a mi Cuantificador para decodificarlos; he introducido un programa para localizar la más mínima coherencia, pero ahora ya sé por dónde vamos y, suponiendo que no me haya equivocado en nada y vayamos por el buen camino, quiero decir si no he confundido los verdaderos datos con puras coincidencias numéricas sin sentido, puede ser cuestión de días, de semanas incluso. En cualquier caso, tranquilo, no tardaremos en saberlo.

Ígur sentía una mezcla de apasionamiento y escepticismo, y aceptó la invitación de Debrel a tomar un refrigerio informal; no pasó mucho tiempo antes de que llegaran Guipria y Sadó y se unieron a ellos. Después de aquel desierto de aridez y dolor de cabeza, Ígur sintió como un oasis su presencia, en especial, y no le hacía falta preguntarse por qué, la de la más joven; pero la sonrisa un poco tensa de la bella le indicó que, por lo menos de momento, más le valía disimularlo.

El rato siguiente se dedicó a una discusión de fondo sobre política entre Debrel y Guipria, llevando ella el protagonismo y argumentando con gran profusión de razones abstractas, consideraciones laterales y detalles intuitivos, él en un aparente segundo plano, pero quizá, pensó Ígur, no con la distensión de quien no se siente seguro en su tesitura, o con la de quien en realidad no está interesado en la controversia, sino con la benevolente sordina de quien conoce demasiado bien al interlocutor y el tema como para saber dónde y cuándo puede acabar el litigio con

contundencia, y ya lo ha hecho tantas veces, que no le importa no hacerlo de nuevo. Ígur estaba atento a la cuestión, que se centraba en la difícil posición del Agon de los Meditadores (que él mismo había contribuido a agravar), la lucha de los Príncipes por el poder y la dudosa actitud de La Muta, que acababa de cometer un atentado, pero sus ojos seguían a Sadó, que aparecía y desaparecía trayendo y llevándose objetos con una arbitrariedad sospechosa; ¿por qué no se sienta?, pensó Ígur, ¿no es capaz de seguir ni por un minuto la conversación?

—¿Tú qué opinas de todo eso? —le imprecó Guipria, con la clara intención de atraer a Ígur a la confirmación de sus tesis.

—Yo digo que en dos meses caerá el Agon de los Meditadores, y detrás de él el Príncipe Nemglour —aseveró—, y que en el transcurso de este año habrá caído el Hegémono.

La discusión entre Guipria y Debrel continuó por otros derroteros, al margen de la intervención de Ígur, y él se dedicó a la contemplación furtiva de Sadó, con la furtividad que se ampara en la evidencia de la luz y en los movimientos casuales, en la atracción de lo que se mueve y en los propios cambios de postura: coger el vaso, descruzar las piernas, ora una sonrisa, ora un no, muchas gracias; Sadó lo notaba todo (a la fuerza lo tenía que notar, pensó Ígur), y mantenía la distancia del juego, sin dar pie a una aproximación pero sin por ello alejarse. Su actitud seria parecía imperturbable, quizá demasiado imperturbable para no ser la máscara de un jocoso circunloquio interior, quiso creer Ígur; la mirada también era seria, hasta el límite de la serenidad lapidaria, pero alejada de la frialdad, aunque la impecable perfección de sus facciones parecía servirla sin remedio; la frente alta, poderosa, de perfil estaba bien desmarcada de la curva de la nariz, que se unía, ligeramente redondeada, en la bien trazada concavidad del yugo entre los ojos. Resuelta para el deseo la expectativa del cuerpo de forma inmediata con tantas cualidades objetivas de hembra, Ígur se dejaba cautivar lentamente por las del alma, con la tensión constante de sus facciones, que, ahí más que en cualquier otro sitio, los caprichos de la experiencia, al emparejar elementos de orígenes diversos, hacían ver como contradicciones, por ejemplo la armonía de la mirada y la tendencia burlona de las comisuras de los labios, o el perfil perfecto de las cejas y la arruga que se le formaba entre ellas en la base de la frente antes de empezar a hablar. Pero la expectativa del cuerpo respondía a una resolución que era deseo, y el deseo pertenece tanto al alma como cualquier otra contradicción, y así Ígur se perdió en el vientre de la pierna, que difuminaba en dos líneas oscuras los tendones posteriores de la rodilla, dos surcos sutiles a cada lado, y, por debajo, arborecía el tendón que la aguantaba desde el talón, el mismo por donde el Périda fue muerto, Ígur sonrió, entorpecido por la memoria, y continuó buscando puntos débiles, no en los rasgos de Sadó, sino en su propia esperanza de encontrar una imperfección que lo detuviera, que lo descabalgase de una contemplación que pronto lo pondría en

evidencia, y la mirada se posó en los hombros, tan bien proporcionados y alejados de cualquier rigidez, imaginó si tendría el torso lleno y suave, sujeto en un continuo de piel que acogería la luz en un desmayo, si la cavidad del ombligo se extendería hacia arriba en difuminado, como la cola de un cometa, o bien si los pechos en volumen exacto contra el vientre en tensada concavidad destacarían de una caja torácica con algunas costillas tenuamente marcadas en los costados, si serían como el Estado después de la caída del Capitalismo, tan grandes como fuera posible y tan pequeños como fuera inevitable, en la parte inferior unidos al tórax en cuartos de esfera perfectos, sin arruga alguna de la piel, ni tan siquiera el menor desplazamiento que marcara una sola línea horizontal, si tendrían el pezón alto, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, si una aureola un poco más clara, inmediata delatora de escalofríos, si ensanchada y más brillante, y ascendente a cada inspiración.

—¿Quieres un poco más de té? —dijo ella; Ígur se sintió como si acabasen de leerle el pensamiento, pero no le importaba, en realidad lo único que lo frenaba era la falta de tiempo, y también, quizá, la falta de confianza y conocimiento de las reacciones de Debrel, ante quien no quería introducir distorsiones en un momento en que se necesitaba buena armonía.

Así pues se excusó y se levantó, y el geómetra lo acompañó, con la advertencia de que tan pronto hubiera cualquier cambio, se pondrían en contacto.

Aquella noche, en su casa, Ígur recibió aviso de la Equemitía ordenándole que se presentara a la mañana siguiente.

El despacho del Secretario Ifact parecía menor y más anodino a los ojos del Caballero de Capilla, y el funcionario menos poderoso que en otras ocasiones; de alguna manera las sensaciones de Ígur debían entreverse a ojos de un hombre curtido en el trato con espíritus difíciles, porque Ifact habló con firmeza, aunque no sin amabilidad.

—Naturalmente no tienes obligación formal de informarnos acerca de tus movimientos, pero debo recordarte que formas parte de un cierto sector de la Administración, y tu actitud respecto al Laberinto puede estar sujeta a interpretaciones, que en el caso presente no son para ti completamente favorables.

—¿Qué he hecho incorrectamente? —preguntó Ígur en el tono más neutro posible.

—Nada en concreto, nada en concreto —sonrió Ifact—; pero si pensabas visitar a la Cabeza Profética nos tenías que haber informado, lo que habría servido por un lado para no despertar recelos en algunos sectores —recalcó la palabra— de la Equemitía, y por otro lado, para ahorrarte la espera hasta el miércoles, y doscientos créditos.

—No volverá a suceder —se excusó Ígur, procurando un tono agresivo.

—Todo está arreglado; los doscientos créditos han sido reembolsados, y la cita con el Maestro de Ceremonias tendrá lugar mañana por la tarde; ¿hay alguna otra

gestión que desees hacer? —Y, ante la mirada inquisitiva de Ígur—: Ten presente que no conviene que un Caballero de Capilla adscrito a nuestra competencia vaya estrellándose por los mostradores de otras instancias de la Administración.

Ígur pensó que no valía la pena ocultar nada, porque al final todo se acababa sabiendo.

—Con el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma.

Sin la más mínima reacción emocional, Ifact lo anotó.

—Muy bien, lo gestionaremos desde aquí. —Hizo una pausa y la sonrisa burlona desapareció de sus labios—. Pero el objeto de que hayas sido convocado es una misión pública.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Excuso puntualizar que todo lo que se diga a partir de ahora es confidencial —Ígur permaneció impassible, Ifact continuó con lentitud, como si midiera las palabras con delicadeza—; el Agon de los Meditadores fue destituido ayer por la noche, y mañana por la mañana el Apótropro de Ordenes Militares dará posesión al sustituto que ha sido nombrado esta mañana. El cometido consiste en vigilar y, si fuera necesario, controlar a los asistentes que, como es de imaginar, serán todos del alto dignatariado y la nobleza, y llegado el caso habría que proceder con el mayor tacto posible; será una misión compartida: las demás Equemitías y, posiblemente, los agentes del Hegémono y de los Príncipes tendrán a sus hombres con instrucciones parecidas. —El Secretario lo miró inquisidor, como si esperase un gesto de asentimiento, y prosiguió—: Terminado el acto, el Infante Galatrai será discretamente detenido y conducido aquí mismo; por el camino, en un puesto de información, las órdenes serán confirmadas con el sello.

Ígur tenía la impresión de que eso no era todo, que algún recelo, alguna recriminación, se quedaba en el tintero de su superior, pero no era a él a quien correspondía exprimir suspicacias, y se marchó.

La visita a la Equemitía le había hecho pensar en Mongrius, al que hacía días que no veía, y en Lamborga, con quien, además, había contraído formalmente un compromiso moral; fue a verlo al hospital.

—Es una gran satisfacción recibir el honor de tu visita —dijo el herido, que ya estaba levantado y, según dijo, a punto de irse a casa.

—La satisfacción es mía de ver que te encuentras mejor.

Se quedaron sin saber qué decirse; pasada la tensión de la primera entrevista, en la que excusas, perdones, vergüenza y vanidad tras el reciente Combate proporcionaban mucho juego, las expectativas de dos desconocidos eran escasas, dado, además, que no se sabía demasiado bien qué tipo de relación, o incluso quién sabe si de adversidad, les depararía el futuro.

—Ya debes saber que ha caído el Agon de los Meditadores.

—Sí —dijo Ígur; la noticia se había hecho pública, y cuando estaba a punto de hacer un comentario, recordó que la información era confidencial; pero al fin y al cabo, si todo el mundo lo sabe todo, ¿qué importa hablar más o menos? Quizá Lamborga podría contar que él era un lameculos que a la que se le decía algo no se atrevía ni a levantar el dedo para no desobedecer; enfurecido por sus pensamientos, se lanzó—: ¿Qué sabes del que le sustituye? ¿Estás de acuerdo? ¿Crees que mantendrá las directrices del anterior o que el cambio es una maniobra para diluir la Orden?

Lamborga no era hombre que no dijera lo que pensaba.

—¿De qué te estás protegiendo? Sabes muy bien que no puedo contestar a nada de todo eso. No soy más que un herido que se recupera.

—No me cabe la menor duda de que la información te ayuda a recuperarte —dijo Ígur con insolencia; Lamborga se echó a reír.

—Ahora te preguntaría cómo van las gestiones del Laberinto, pero...

—Pero no hace falta porque las conoces perfectamente —le interrumpió; Lamborga le dirigió una sonrisa encantadora.

—Todos estamos en el mismo barco. ¿Qué esperas que haga? ¿Que convierta la cortesía en exhibición? ¿En ignorancia? ¿Qué te provoca que de otra forma te tranquilizaría?

Ígur se sintió ridículo.

—Tienes razón, me he comportado como un adolescente idiota —ambos se echaron a reír—; ya debes saber que últimamente las susceptibilidades, en fin, la tensión que ahora empieza...

Lamborga dejó que las nubes se alejasen.

—El otro día me ofreciste ayuda y protección; ¿mantienes tu generosidad?

—Sin la menor reticencia.

—Pues bien, tras nuestro Combate hubo una gran profusión de inscripciones de Caballeros de Preludio al Acceso a la Capilla, y tengo intención de añadirme tan pronto salga de aquí; claro que el Combate, seguramente, no tendrá lugar hasta dentro de unos meses. ¿Puedo solicitar el honor de tu padrinazgo?

Ígur se sintió conmovido; de inmediato desconfió, pero la vanidad halagada y, finalmente, el dominio que se desprendía de la posibilidad de decir que no, le decidieron (aun así, pensó cuando ya tomaba aire para responder, Lamborga podía muy bien haber previsto sus pensamientos, y podía haber realmente motivo para el recelo).

—El honor será mío, y una gran satisfacción estar presente en tu éxito.

Y se quedó un rato más, evocando sin dificultad recuerdos intrascendentes y descubriendo al azar afinidades curiosas.

A la mañana siguiente, Ígur formaba parte de la densa y perfectamente

jerarquizada asistencia a la toma de posesión de Dan Oibuleus como nuevo Agon de los Meditadores. Cuando llegó a la Apotropía de Órdenes Militares y se acreditó con el sello, nadie en la Guardia ni en la recepción mostró el menor signo de extrañeza ni deseo de realizar mayores comprobaciones, lo que confirmaba las palabras de Ifact sobre la presencia habitual en ese tipo de actos de agentes de los diversos sectores del poder, y le asignaron un sitio en segunda fila, detrás de los aristócratas. Pidió un plano con los nombres de los asistentes y se lo proporcionaron sin reparos.

Presidía la ceremonia en el Gran Salón (que no era tan grande como cabría suponer de tan ampulosa denominación, y a Ígur le pareció más bien estrecho y deslucido) el Apótropro en persona, e Ígur lo miró con atención, porque era la primera vez que tenía relativamente cerca a una alta personalidad de la política; era un hombre de aspecto noble, quizá con algunos kilos de más, y estaba acompañado por otro dignatario, con el que recíprocamente se deparaban grandes deferencias, que fue anunciado al público como el Parapótropro de la Hegemonía, cargo que en la práctica equivale al de un Secretario General, con atribuciones eminentemente ejecutivas y de carácter interno, aunque en esa ocasión, excepcionalmente, desempeñaba funciones de representación. Completaban la palestra el oligarca cesado, Dimitri Malduin, a quien Ígur miró como a un viejo conocido, casi con afecto, y el sustituto Oibuleus, que le sorprendió por su juventud. Buscó con la mirada entre la asistencia, de acuerdo con el plano, y una vez localizado el Infante Galatrai, se dedicó a observar a los demás sin perderlo de vista.

—El Excelentísimo Apótropro de Órdenes Militares —proclamó desde una trona lateral un Maestro de Ceremonias— abrirá el acto.

Se hizo el silencio, y el Apótropro dedicó un cuarto de hora a saludar a la asistencia con fórmulas retóricas, y acabó anunciando la lectura de diversos documentos a cargo del Parapótropro de la Hegemonía; el aludido se puso en pie y leyó:

—Acta de la Secretaría del Jefe de Ocupación, dirigida al hasta ahora Agon de los Meditadores, Dimitri Malduin: Excelentísimo Señor: Por la presente tengo el placer de notificar que nuestro bienamado Lutaris XII, Emperador por el fulgor del Sol y las otras estrellas, y por benevolente declinación suya este Secretario del Jefe de Ocupación, ha dispensado la merced de aceptar su tan gentil solicitud de jubilación anticipada, y se congratula y le honra con la más alta consideración personal, que contemplando la constancia y la abnegación de sus años de servicio nunca encontrará mejor premio que su imborrable reflejo en la memoria personal de los contemporáneos y en la historia de los sucesores, por el ejemplo civil que su actitud magnífica. Y para que conste a un solo efecto y para siempre en cualquier otro, en Gorhgró, a trece de Febrero del 394 —hubo un silencio indolente mientras el dignatario pasaba la hoja—. Acta de nombramiento del Agon de los Meditadores en

la persona de Dan Oibuleus: Yo, el Apótropro de Ordenes Militares, con el concurso conjunto de Su Majestad el Emperador por benevolente declinación en el Secretario del Jefe de Ocupación, y de la Hegemonía por mediación de su Excelentísimo Parapótropro, vengo a investir con la Excelencia de la Agonía de los Meditadores a Dan Oibuleus, para mayor Gloria del Imperio y en la confianza de su servicio. Con todas las firmas, a catorce de Febrero del 394.

De pie, entre olíbanos y un gran silencio, el Apótropro invistió al nuevo Agon, le entregó el sello recuantificado y un pliego de títulos, y se abrazaron con prosopopeya. Acto seguido, Oibuleus abrazó a Malduin (cuyo destino Ígur desconocía), y el Apótropro de Órdenes Militares cedió la palabra al nuevo dignatario.

—Excelentísimo Apótropro, Excelentísimo Parapótropro, nobles y dignatarios, me tenéis ante vosotros como resultado de una difícil elección que ha acongojado mi ánimo en las horas y los días que han precedido a este momento; pero más difícil que la resolución de mis dudas es, ¿quién podría cuestionarlo?, la hora presente que nos toca vivir, y en mí se ha acabado imponiendo el sentido del deber por encima de cualquier fácil y cómoda consideración prioritaria personal. Quienes me conocéis sabéis que siempre he antepuesto la devoción a Su Majestad el Emperador al afán de lucro, la voluntad de servicio a la laxitud del cuerpo y el alma, la exigencia de la comunidad a la actividad bien remunerada, la labor callada y oscura al honor público. ¡Cuánto más sencillo habría resultado para mí continuar viviendo de las rentas, alejado del peso de los problemas y los compromisos!

—¡Qué cinismo! —exclamó un noble situado a poca distancia de Ígur, lo suficientemente alto como para que se volvieran con discreción los de su alrededor, pero no lo bastante como para que lo oyeran desde el estrado—. ¡Después de las multitudes que ha tenido que asesinar para robar el cargo, aún tiene el aplomo de seguir el protocolo!

Ígur pensó que para una asesino no debía de ser problema el participar sacrílegamente en el protocolo; después, recordando las instrucciones, consultó su plano de personal. Se trataba del Infante de Arnael.

—Pero acceder a las justas imploraciones —proseguía el nuevo Agon— es para las horas difíciles, y en la actual no me ha sido posible desoírlas, cuando han llamado a mi puerta con tanta insistencia y terminal premura.

—Cuesta creer que nadie detenga esta farsa —dijo De Arnael, subiendo el tono.

Ígur echó una mirada circular, y topó con los ojos furiosos y perentorios de un Oficial de Guardia situado en un ángulo próximo, pero alejado del alcance de su sector; unos ojos que tenían la fijeza incisiva de una orden.

—Os ruego me excuséis, Infante —dijo Ígur al oído del escandaloso inconformista—, permitidme recordaros la obligación de cortesía de mantener las formas en un acto oficial de toma de posesión.

—Caballero —dijo De Arnael, volviéndose con ostentación y sin bajar la voz—, os dispense del deber que me ampara de ser saludado por vos como un miembro de la aristocracia, sin que tal merced actúe en perjuicio de recordaros que puedo expresar la opinión que me dé la gana. Oibuleus es un ladrón y un criminal y nadie me obligará a tragarme esas falacias.

—Por tanto —proseguía el Agon—, he tomado la decisión de arrinconar la tendencia en mí natural al fervor de la vida retirada y, en contra de las inclinaciones tranquilas de la facilidad, hacer el sacrificio de aceptar este cargo, cuyas ingratas y gravosas responsabilidades infligidas a quien lo detente le serán compensadas, espero y deseo, por la más discreta satisfacción del deber cumplido.

De Arnael resopló ostensiblemente, y de nuevo el Guardia empujó a Ígur con la mirada.

—Infante —dijo Ígur, quizá con más energía de la necesaria, para así aplastar su propia incomodidad—, ante vuestra insistencia, me veo en la obligación de conminaros a que al salir de aquí os pongáis a disposición del Jefe de la Guardia de esta Apotropía, con la advertencia de que si persistís en vuestras manifestaciones me veré comprometido a sacaros fuera yo mismo.

De Arnael se volvió con ojos furiosos, pero Ígur se mantuvo impasible; unas filas más allá se volvió Galatrai, y se miraron largamente. El discurso del dignatario investido finalizó, y el Apótropeo de Ordenes Militares cerró el acto con unas palabras.

—Nuestro querido hijo Dan Oibuleus, a quien deseamos la mayor fortuna y tino, se ha referido a momentos difíciles, y ciertamente lo son, principalmente para nuestras tan queridas, y no lo quiera la providencia, tal vez pronto lloradas instituciones; porque a pocos como a nosotros nos ha sido confiada la carga de penar por la división de los mundos, de soportar y mantener para el progreso una realidad fundamentada en la confrontación. ¿No valdría más, por tanto, enfrentarnos sin más, sin sentir absurdos como obstáculos, victorias como impedimentos ni derrotas como confirmaciones, como el que reprochando un suicidio ajeno por amor a una persona en favor alternativo de un suicidio anímico por amor a una idea, por más absoluto que tal idea contenga, no hubiera sido capaz de reprochar un suicidio en nombre de la vida misma, o como aquel otro que, acusado el primer sabio de barbado delirante y el segundo de anquilosado circunlocuaz, no tiene reparo en copiar a aquel a quien el primero a quien he aludido pretende reducir tan sólo a modelo útil para aprender a expresarse? Podemos detener el sol para ganar una batalla, pero no va bien encaminado el que crea que así se detiene el tiempo. Lejos para siempre de nosotros la prisa y la vanidad de los eversores, y por siempre humildes en el empequeñecimiento que a diario proporciona el abnegado servicio a la comunidad y a la preservación de su último sentido.

Acabado el acto, el Infante De Arnael cayó rápidamente en manos de la Guardia, que lo hizo desaparecer sin que Ígur tuviera ocasión de tener que preocuparse. Pasaron a un saloncito contiguo, mucho más acogedor (también menos espacioso), y allí Ígur se situó para no perder de vista a Galatrai, que, tal vez consciente de una amenaza, centrifugaba miradas con inquietud. Ígur se encontró metido en un círculo de desconocidos (para él casi todos los asistentes lo eran) que discutían las noticias del día con una mezcla fluctuante de frivolidad y pasión; el caso en controversia era un atentado, presuntamente perpetrado por La Muta, contra un transporte del Gobernador de Taidra, que se había saldado con trece muertos entre los sirvientes y veinte más entre la población civil.

—Basta —decía un anciano peligrosamente enrojecido— con aplicar la vieja preceptiva literaria: busca a quién saca partido del crimen: a las organizaciones de seguridad, a los de presupuestos militares.

—Eso es una simplificación trivial —dijo uno a su lado—; de esa forma nunca se encontrará ninguna explicación, y supone además reducir la humanidad ya no a la miseria discernidora, que eso aún supondría una capacidad de aprendizaje, y por lo tanto, de elección, sino al más salvaje analfabetismo moral.

—Hablar de moral cuando se habla de asesinos es un antídoto para el pleonismo —dijo un tercero.

—Sí y no; ciertamente, si la hemos aceptado en las instituciones, no veo por qué no podemos hacerlo en las contra-instituciones. El problema es que no tenemos contra-instituciones creíbles. —Se hizo el silencio para escuchar al pretencioso personaje que hablaba—. No, señores, yo no creo que La Muta sea una organización honesta en el sentido de que sea lo que aparenta ser. Si quieren agitar con coherencia a favor de una causa, ¿qué ganan con matar a ciudadanos anónimos? ¿Por qué no atenían contra los Apótropos? ¿Por qué no apuntan al Príncipe Nemglour?

—¡Cierto! —dijo otro—. ¿Por qué no asesinan al Hegémono?

Se hizo un silencio. Ígur se abandonó a la lógica.

—¿Por qué no al Emperador? —dijo, de repente convertido en centro de gravísimas miradas.

—Caballero —dijo el iniciador del discurso sobreponiéndose a un coro de toses y frases divagadoras—, yo no quería llegar tan lejos. La Muta pretende el contenido del frutero, y tan lleno como sea posible; ¿qué iba a ganar con dinamitarlo?

—Sólo asesinan Emperadores los locos o los que creen que después los nombrarán a ellos —dijo alguien, y todos rieron.

—Quizá sea lo mismo —dijo Ígur, distendido el ambiente.

—Y, sin embargo —decía el hombre enrojecido, respirando con dificultad—, ¿por qué nos está permitido decir este tipo de cosas en público? ¿Por debilidad del poder? ¿Por ambigüedad? No nos engañemos: el gobernante tiránico es el inseguro; es el que

se siente fuerte el que sabe que hay que permitir a ciertos personajes decir ciertas cosas en determinados momentos, que incluso le conviene que las digan, porque no sólo no cuestiona el ejercicio del poder, sino que, por contraste dadas las escasas consecuencias, demuestra la debilidad del adversario y aún los refuerza.

La conversación derivó hacia la moralidad de la Ley Imperial que penaba duramente el pago de los rescates de secuestros de nobles, práctica habitual de La Muta; un dignatario minúsculo ponían en cuestión el célebre emblema moral del Hegémono de que una vida humana es lo más valioso, porque incluso una ley establecía que su valor está por debajo del de un principio político.

—Una vida humana no puede estar por encima de toda consideración desde el momento en que, impidiendo el pago del rescate, se confirma, ¡y se ejecuta!, el precio establecido por los secuestradores por ley y refrendación hegemónica oficial.

Ígur no veía la forma de salir de las viejas historias de facciones: La Muta y los Astreos convienen al gobierno, que mantiene la adversidad hecha a medida; como siempre, pública intransigencia, acuerdos privados.

—¿Y cómo podría ser, si no? —dijo un anciano con pinta de militar retirado—. Nunca ha salido nada bueno de los discursos amenazadores y retrógrados. ¿Queréis una sociedad estable? Dad motivos a la mayoría para que se vuelva conservadora.

—¿Se necesitan motivos para volverse conservador? —dijo Ígur—. De pequeño me advirtieron que es ley de vida.

—Joven Caballero —dijo el hombre rojo—, hay distancias que aproximan.

Entonces Ígur miró hacia donde estaba Galatrai, al que había visto hacía unos segundos, y ya no estaba; seguramente acababa de salir, y, dejando a los interlocutores con la palabra en la boca, se fue a toda prisa; alcanzó al Infante en el pasillo, cuando se alejaba a paso ligero.

—Infante Galatrai —le dijo, una vez a su lado—, quedáis detenido en nombre del Imperio; os ruego que no ofrezcáis resistencia. Tengo orden de conducirlos al puesto de información más próximo.

El noble lo miró con una amargura inconmensurable, e Ígur se sintió disminuido por su ignorancia sobre aquel hombre de mediana edad y aspecto que revelaba distinción, por no saber, y por tanto ser inferior, las esperanzas y los afanosos pasados que como simple instrumento él truncaba. De repente se le ocurrió cómo le hubiera aliviado que aquel hombre se hubiera rebelado, o que hubiese intentado huir, pero no sucedió nada de eso. Con una tristeza que llevó al límite la incomodidad del Caballero, se dejó llevar.

—Como podéis ver —dijo con una sonrisa crispada—, estoy a vuestra disposición.

En silencio salieron a la calle nevada, y se dirigieron hasta el puesto de información; allí Ígur introdujo el sello en la terminal del cuantificador, y en pocos

segundos salió una tarjeta con la respuesta cifrada. Galatrai, presa de gran tensión, se volvió de espaldas, y rutinariamente Ígur leyó:

«Este hombre no debe llegar a ningún otro edificio oficial. Orden de terminarlo inmediatamente».

El texto pilló a Ígur desprevenido, y tuvo que hacer un esfuerzo de autocontrol esperando el momento en que la víctima se diera la vuelta; de todas formas, el Infante parecía estar pendiente incluso de su respiración. Seguramente, desde el principio ya sabía qué le esperaba.

—Salgamos —dijo Ígur, y se adentraron en unos jardines solitarios.

Debía de estar todo calculado, pensó; sabían que me pondría en contacto desde aquí, y tenían previsto este sitio como escenario ideal. Fue enfureciéndose poco a poco, estrellándose mentalmente en la estrechez de no poder exteriorizar ningún sentimiento. ¿Qué querían, comprometerle? ¿No se les había ocurrido nada más macabro que la sangre para tenerlo bien atado? Ígur había matado en combate, pero era diferente. ¿Por quién le habían tomado, por un Fonóctono? Poco a poco se fue calmando. El asunto tenía toda la pinta de un examen. La Equemitía probaba su fidelidad. ¿O a lo mejor su imbecilidad? ¿Cuál sería el precio de la desobediencia?

—No soy tan ingenuo como para imaginarme que estamos aquí para disfrutar del clima —le interrumpió Galatrai, su voz con una modulación perfectamente controlada, tan sólo delatora de sentimientos extremos por su debilidad—. Os ruego que acabemos cuanto antes.

Ígur le miró a los ojos, lo que no había hecho desde que se había enterado de la orden. De repente le pareció odioso, indigno, una rata de alcantarilla. De rebote, también se lo pareció a sí mismo. ¿No existía dignificación posible?

—Pues yo no soy un asesino de hombres indefensos, así es que os ruego que os defendáis. —Y le ofreció un arma.

—Sé perfectamente quién sois, Caballero Neblí, y las posibilidades que tengo de sobrevivir en un Combate contra vos. —Rió con la mirada enturbiada por la desesperación—. ¿Qué queréis, descargaros de culpa? ¿Una justificación os permitirá dormir más a gusto esta noche? ¿Queréis que os diga que es inútil que me dejéis escapar, porque mañana enviarán a otro? ¿Queréis que intente huir, o, mejor aún, que intente mataros? No, Caballero Neblí, os habéis puesto a la cola del poder y tenéis que tragar la mierda y la sangre que os corresponde. Aún tenéis suerte, ¡os podían haber endosado trabajos peores! Pero no esperéis que yo os ayude a pagar la cuota; yo pongo el pellejo, y vuestra parte es a vos a quien le corresponde ponerla.

Galatrai sudaba, a pesar del frío de aquel maldito mediodía. Ígur se impacientó ante aquellos ojos orgullosos que no le dejaban respirar, que le dañaban más que la indignidad de todos los encargos insultantes del Imperio juntos. ¿Qué se había creído aquel desgraciado? ¿No se había enterado de que a él le daba igual cargar con una

culpa, que el único problema era la pura transferencia estética, la traición al propio sueño? De repente se volvió a indignar, se dio cuenta de que era débil, y que todo eran excusas y dilaciones, que si Galatrai se lo hubiese llegado a proponer, él incluso le habría ayudado a huir. Daba lo mismo si Ifact le había elegido la víctima adecuada para ponerlo entre la espada y la pared o si, realmente, toda la especulación pertenecía tan sólo a su delirio y ese hombre desafiante que se agitaba delante suyo era únicamente un criminal a quien sus superiores, que confiaban en él, le habían encargado que enviase donde le correspondía. Sí, debía de ser eso; era extraño que no se hubiera dado cuenta a simple vista de que no era más que un degenerado y un criminal.

—¡Basta de cháchara! —dijo, y de un solo golpe de espada a dos manos le cortó la cabeza en redondo; saltó hacia atrás para no salpicarse y, una vez el cuerpo hubo resuelto su caída y se hubo asentado en la horizontalidad definitiva, lo arrastró lejos de la evidencia del público y extrajo de él las tres pruebas obligadas para demostrar que el trabajo se había cumplido escrupulosamente.

Aquella tarde, después de la visita de rutina a la Equemitía, en donde se le notificó la formalización de la cita con el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma para el sábado por la mañana, Ígur fue a la Anagnoría de la Cabeza Profética. Allí fue recibido de inmediato por el Maestro de Ceremonias, un hombrecillo untuoso, de aire afeminado, que se frotaba las manos sin cesar, que le invitó a pasar por la entrada especial, lejos del público.

—Si hubierais anunciado vuestra visita, Caballero Neblí, no se habría producido el lamentable incidente de los funcionarios de la entrada —Ígur intentó excusarlo, pero el Maestro no se dejó interrumpir—, y yo mismo os habría recibido el primer día. No sé si el motivo del honor que nos dispensa la presencia del más joven Caballero de Capilla, y uno de los más brillantes, es de orden técnico o consultivo, pero en cualquier caso acabo de dar orden de bloquear los accesos a la Cabeza Profética, que está a vuestra disposición por tanto tiempo como os sea preciso.

Le hizo pasar a una salita.

—Estoy en trámites para iniciar una Entrada al Laberinto, y me interesa todo lo que en el orden técnico me pueda ser de utilidad.

El Maestro de Ceremonias lo miró con una sonrisa, mezcla de adulator y máscara de una intensa concentración.

—¿Puedo preguntaros quién es vuestro Príncipe Epónimo?

—Estamos en proceso de negociación —mintió Ígur, vacilando, y el otro levantó las cejas con escepticismo—, muy avanzado.

—¿Quién os asesora en el aspecto técnico? —dijo el Maestro con aires de no merecer la pena continuar la conversación sobre el Laberinto si la respuesta volvía a ser negativa.

—Kim Debrel.

Ígur se sintió de repente examinado, y en falso. Encontró débiles sus aspiraciones, improvisadas o con una base poco seria o fundamentada. El Maestro parecía afectado por la revelación de aquel nombre, pero Ígur no conseguía adivinar si positivamente.

—Mucho me temo —se destapó finalmente el dignatario— que en el aspecto técnico no pueda enseñaros nada que no podáis aprender al menos tan bien al lado de Debrel. Creo que lo más útil —la mirada se le iluminó de repente— es que le hagáis una consulta a la Cabeza.

Ígur se sobresaltó... No tenía ninguna intención de entrar en ese juego bárbaro y atávico, materia de analfabetos y bromistas.

—No creo que tenga un interés en concreto...

—Para vos, la consulta es gratuita —inmediatamente extendió las manos en señal de excusa—; ya sé que no es ésa la cuestión, pero la Apotropía, ¿entendéis?, estaría muy honrada si le aceptaseis una admonición como obsequio. —Y, viendo la cara de Ígur—: ¿Tampoco? Qué se le va a hacer, supongo que por lo menos querréis verla. —Sonrió, y bajando el tono de voz—: Nunca se sabe qué sorpresas puede deparar el interior de un Laberinto...

Ígur accedió (¿qué, si no, había ido a hacer allí?), y el Maestro le hizo pasar por un corredor transparente y con una iluminación violentamente blanca, como la de un hospital; todo, en realidad, tenía en el interior de ese edificio el aire malsano de un hospital sagrado y terminal. La sala de la Cabeza Profética era un volumen de planta hexagonal y altura igual a una quinta parte del diámetro de la circunferencia circunscrita, lo que significaba cinco metros en los ángulos, medida que se reducía a tres en el centro, ocupado por la Cabeza de Turudia encima de un pequeño podio, coincidente con una depresión casetonada del techo que ocupaban los diferentes aparatos de iluminación y acondicionamiento, y de donde colgaba la campana de cristal que protegía el insólito objeto. Ígur y el Maestro entraron por las escaleras del subterráneo (las paredes no tenían aberturas), por un ángulo que correspondía a la nuca de la Cabeza, de forma que la primera visión fue posterior, y, por tanto, no excesivamente brusca. El espacio se rodeaba de los corredores periféricos para el público, vacíos en ese momento. Al lado de la Cabeza de Frima, dos técnicos con batas blancas se ocupaban de vigilar las constantes y las emanaciones proféticas, en apariencia ajenos a los movimientos de los consultantes; los aparatos de acondicionamiento emitían un grave ronquido de fondo, casi inaudible, y se percibía un olor difícil de situar entre los animales, vegetales y minerales, y del todo imposible de describir, pero ante el cual el visitante primerizo pasaba de la intimidación a la inquietud, y acababa en horrorizada renuncia a perseverar en su intento de clasificación; además, cuando se había llegado hasta ahí era inútil hacer nada, porque se estaba totalmente impregnado de él.

A medida que daban la vuelta para situarse de cara, una vertiginosa incertidumbre inundó la voluntad de Ígur Neblí. La Cabeza Profética parecía menor que una cabeza normal, quizá por efecto del aislamiento y la distancia, quizá por la falta de pelo, y la imagen intemporal de la base criminal de las filosofías se impuso por encima de cualquier pensamiento, acompañada de forma creciente por una excitación difícilmente situable en relaciones de causa y efecto. La costumbre y los antecedentes han cargado la decapitación de una agitación sexual irreversible y salvaje, y pocos, ante la belleza sin esperanza de la Gran Cabeza Profética, podían apagar su aceleración. De repente, el recuerdo de Galatrai, el más reciente decapitado, se le impuso con un sobresalto retrospectivo de revelación, y a la sensualidad anterior se sumó la de una naturaleza pujante, la del goteo de la sangre en la nieve virgen, el surco por fusión, de levísimo vapor de origen humoral, la barbarie apestosa de la disolución del alma, de la soledad contemplada desde la más implacable univocidad.

—Dominio de Aidoneo —dijo uno de los Guardianes de bata blanca.

—Como podéis ver, ahora descansa —dijo el Maestro.

Ígur había preferido mirar la estancia durante el trayecto, para reservarse la visión de la Cabeza cuando la tuviera de cara; en ese momento la miró de frente. La Cabeza estaba cortada a la altura de la barbilla, y tenía un sospechoso color rosado, uniforme y opaco. A Ígur le pareció que perfectamente podía ser de plástico; pero, quizá producto del ambiente, algo de horror sagrado habían conseguido que la rodeara. Cuando con más indiferente racionalidad la estaba contemplando, porque aquellas facciones le recordaban a alguien y no conseguía descubrir a quién, la Cabeza abrió los ojos de par en par con violencia. Ígur sintió un vuelco en el pecho y en el estómago.

—Señor —dijo uno de los Guardianes al Maestro—, la cinta graba.

—Fijaos, Caballero —dijo el dignatario.

Los ojos y los labios de la Cabeza se movían con gran lentitud, y emitían un sonido apagado que recordaba malignamente un zumbido de abejas silabeado. Ígur se sentía preso de una parálisis dulce y pegajosa, que empezaba por las rodillas y acababa por el habla. La apoderada racionalidad combatía furiosamente en su interior, pero no sabía contra qué.

—¿Qué es eso? —dijo Ígur, incrédulo y afectado a la vez.

—No hace falta que luchéis —dijo el Maestro con benevolencia—. ¿Dominio de Aidoneo, habéis dicho? —se dirigió a los empleados—: Hacedme una copia cuando esté, y antes limpiadla —y, de nuevo a Ígur—: no tenéis que explicaros nada que os cuestione, Caballero. La profecía es una dimensión moral; no una superstición en el sentido de transferencia de la conciencia ni, por lo tanto, irresponsabilidad del pensamiento, sino mayéutica del estado de cuestión del yo; la Profecía científica llega a donde nunca soñó llegar el psicoanálisis; no es revisión exterior del futuro, sino

estado de cuentas de tu presente. ¿Porque qué es el tiempo, sino intención?

—El tiempo es la muerte —exclamó Ígur.

—Sois un sentimental. Caballero, y exageráis injustamente; el tiempo es la vida, y ahora no me vengáis con que la vida es la muerte. —Miraron a la Cabeza Profética, que cerraba los ojos con una lentitud constante e inhumana que recordaba la puesta de un astro. Eso es lo terrible de la vida, pensó Ígur; creer que es otra cosa, y redescubrir cada día que no hay nada más que lo mismo. Uno de los Guardianes le llevó al Maestro un papel en una bandeja—. Veamos qué tenemos aquí —dijo, y lo leyó; después se lo pasó a Ígur con una cierta ceremonia que no suavizaba una sonrisa amable—: Es para vos, si queréis concedernos el honor de aceptarlo como nuestra contribución a la gesta de la Entrada al Laberinto.

Ígur no podía rehusar, y lo cogió con una inclinación, a la que correspondió el Maestro cuando tuvo libres las manos. Se trataba de un poema, o de cuatro líneas dispuestas como tal:

Más NO EL leopardo cabalgado es regalo,
Que UNo de los Dos, de los Tres con la PROcura,
Que allí do arribéis, divisa para TU presente
AL OSo vencerás, Al BlanCO cuerpo deSNUdo.

La Cabeza parecía perfectamente dormida, pero Ígur creyó adivinar en sus labios la brasa de una burla.

—Pero yo no he preguntado nada —adujo.

—La Cabeza es soberana de sus prerrogativas —dijo el Maestro—, y tan pronto puede no responder a quien le pregunta, como dirigirse a quien cree que no tiene nada por descubrir.

Acompañó a Ígur a la salida, y le despidió con toda suerte de buenos deseos y ofrecimientos, así como una invitación formal a volver.

En su casa aquella tarde, Ígur recibió notificación de Debrel de que la decodificación había dado resultado, y una invitación para el día siguiente a la hora que quisiera. Más tarde, a través del Cuantificador del sello, que tenía obligación de tener conectado cuando estaba en casa, recibió una alerta de disponibilidad de la Equemitía; cuando pidió ampliación de datos, se le dijo lacónicamente que, en caso de abandonar la residencia, mantuviera abierto el sello.

Buscó información en los informativos, y no tuvo que esperar mucho, porque la noticia había puesto en estado de alerta a todo el Imperio: el Príncipe Nemglour acababa de morir, y la lucha por el poder estaba abierta.

VI

A la mañana siguiente, Ígur se presentó en casa de Debrel, y lo encontró en compañía de Silamo, enfrascados en el trabajo; una vez más, faltaban Guipria y Sadó. Ígur empezó por comentar la nueva situación una vez desaparecido el Príncipe Nemglour, pero Debrel parecía más interesado en otros asuntos, y pidió que le relatara los acontecimientos de los dos días anteriores; a Ígur le sorprendió el grave silencio de Debrel al escucharlo, en contraste con la gracia que la vez anterior le había hecho el ataque de los Fonóctonos. Acabó por hacer una alusión casual al poema Profetice, y Debrel y su discípulo levantaron la cabeza como ante un factor vital.

—¿Lo tienes aquí? —preguntó Silamo.

—Por supuesto —dijo Ígur, y se lo mostró; prácticamente se lo arrebataron de las manos; él también lo volvió a leer, sorprendido ante el calibre del interés mostrado y, tal vez por no saber muy bien qué decir, intentó ironizar—. No conocía vuestra afición a las disciplinas oraculares.

Debrel sonrió por primera vez, sin retirar la mirada del papel.

—Una observación que no honra a tu inteligencia, y una actitud que debes corregir con urgencia si quieres conservar la vida. —Silamo rió, y Debrel miró a Ígur fijamente a los ojos—. No, joven Caballero, soy uno de esos podridos numeristas que hay que lograr que se extingan, y no creo en las virtudes proféticas de ese dudoso trozo de gelatina regenerada; pero la disciplina oracular, como tú la llamas, se ejerce en la recepción y la interpretación del fenómeno, por más dudoso que sea el fenómeno intrínsecamente, y el Cuantificador de la Anagnoría de la Cabeza Profética está conectado con la red cuantificadora central del Imperio. Este papel, dependiendo de en qué bando juegue el Anágnor, es o bien un regalo inapreciable, o bien una trampa mortal.

Debrel lo copió a mano antes de devolvérselo, Ígur lo releyó dos o tres veces, sin atreverse a reconocer su más absoluta incompreensión del contenido.

—Naturalmente —intervino Silamo—, ahora no nos dice nada, y seguro que incluso cuando tengamos algún indicio a la luz de otros elementos, se necesitará un desciframiento exhaustivo.

—Guárdalo bien —dijo Debrel—, más adelante nos puede resultar muy útil; ahora ocupémonos de acabar esta decodificación; pero antes, Silamo te explicará qué hemos descubierto hasta ahora.

Y mientras Debrel continuaba trazando en los papeles, el discípulo le mostró otros a Ígur.

—Como puedes ver, la cinta de la segunda decodificación ha llenado mucho material —dijo Silamo—, y el programa no ha localizado más que un punto

coherente, que corresponde una vez más al alfabeto griego; es una frase, quizá un título: Περὶ Ἀρκτοφυλαξ (Peri Arktojulax).

—Para llegar a Arktofilax no se precisaba tanto trabajo —se desilusionó Ígur, pero Silamo lo atajó con un gesto.

—Como dice el Maestro —Ígur supuso que se refería a Debrel—, los Códigos son enrevesados y acostumbran utilizar el autorretorno en donde menos se espera. Es posible que nos remita al Entrador de Bracaberbría, pero fíjate que 'Sobre Arktofilax' no es la única traducción de Περὶ, en todo caso, habría que adentrarse también en el sentido profundo de la palabra traducida. Περὶ o 'sobre', tiene tanto el sentido de 'tratado sobre tal materia o tal concepto', como el digresor, hasta en el aspecto físico, es decir 'Acerca de', o 'Encima de'.

—¿Piensas quizá en el nombre antiguo de la constelación del Boyero?

Debrel y Silamo se miraron, y el discípulo prosiguió.

—No hay que dejar de tenerlo presente pero, aparte de esa opción, hemos considerado que 'sobre' es recurrente, y a su vez indica que hay que dirigirse a la palabra Arktofilax, o a la misma frase 'Sobre Arktofilax'; fíjate que la X se mantiene en el decimocuarto lugar del número de letras del conjunto de la frase; si revisamos los antecedentes, me refiero a la jurisprudencia decodificadora, nos encontraremos con una clara confirmación de la hipótesis. La palabra Arktofilax contiene en sí misma diez letras, y si capiculamos la diferencia o, más sencillo y con igual resultado, numeramos la frase, la letra que ocupa el décimo lugar es la que ocupa el sexto en la palabra, la F. No parece que la coincidencia del 6 y la F, letra bastante resonante y literada, sea casual. El Maestro ha optado por la correspondencia 6 lugares, y en ese caso considerar ya el retorno, es decir, procesar el resultado de los números, no el de los alfabetos, porque el listado de números obtenido puede considerarse el código original decodificado.

—¿Y entonces qué? —dijo Ígur impaciente.

—Ahora sólo hay que descubrir su naturaleza, identificar la referencia. A las ocho de la mañana hemos introducido el listado en el Cuantificador, con los programas adecuados, y esperamos el resultado de un momento a otro.

—El programa —intervino Debrel, apartando la silla de la mesa repasa metódicamente todas las posibilidades: desde fechas históricas hasta pesos específicos de elementos, cuentas bancarias, matrículas de documentos, páginas de diccionarios, etcétera —rió—; no te quiero engañar, si hay suerte lo conseguiremos, pero si no, pueden pasar meses.

—¿Y si hemos equivocado el camino? Quiero decir, y no os lo toméis a mal, ¿estáis seguros de que ese último desfase de seis lugares es el adecuado? —Debrel se encogió de hombros—. ¿En qué sentido lo habéis aplicado?

—En los dos —dijo Silamo sin vacilación—, así no habrá posibilidad de error.

—De acuerdo con el mecanismo —dijo Debrel—, sería lógico el sentido retrógrado, es decir, los números seis lugares atrás de las letras, pero hay veces en que la metacodificación tiene un mecanismo de autodisyuntiva que introduce trampas de ese tipo, como una protección más y, aunque dupliquemos tiempo y esfuerzo, vale la pena no arriesgarse a tener que repetirlo todo.

El Cuantificador emitió un leve timbre intermitente, y en la pantalla apareció un marco rojo también intermitente. Los tres se miraron, y Debrel se adelantó.

—Ha habido suerte —dijo con flema; los otros dos esperaban sus observaciones, y Silamo, más impaciente, se acercó a la pantalla; Ígur se sumó, y no vio más que una nueva colección de números con signos positivos y negativos, ordenados en columnas; Debrel habló con rapidez—. Son coordenadas astrales, en ascensiones rectas y declinaciones —tecleó otro programa—; veamos a qué corresponden; fijaos —dijo de inmediato—, la primera localización está repetida.

El Cuantificador emitió un listado numerado de nombres de estrellas, y Debrel imprimió tres copias.

- 1 — Capela
- 1 — Capela
- 2 — Arcturus
- 3 — Thuban
- 4 — Polar
- 5 — Aldebarán
- 6 — Spica
- 7 — Regulus
- 8 — Algol
- 9 — Castor
- 10 — Acrux
- 11 — Betelgeuse
- 12 — Procyon
- 13 — Canopus
- 14 — Sirius
- 15 — Achernar
- 16 — Rigel
- 17 — Deneb
- 18 — Polideuces
- 19 — Hamal
- 20 — Antares
- 21 — Vindemiatrix
- 22 — Altair
- 23 — Vega

- 24 — Alcyone
- 25 — Mizar
- 26 — Fomalhaut
- 27 — Dubhe.

Silamo se echó las manos a la cabeza.

—Aquí hay más de medio cielo.

—No te pongas nervioso —dijo Debrel— que ése es el primer objetivo de los codificadores. Como no tenemos nada más, hemos de volver atrás.

El geómetra manipuló el Cuantificador, y dispuso las estrellas en círculo, después las hizo corresponder en simetría, la primera con la última, la segunda con la penúltima, y así hasta la decimotercera con la decimocuarta, y les hizo observar cómo las coincidencias indicaban la bondad de la disposición, en especial de la curiosa repetición inicial: Mizar y Arcturus, la osa y su guardián; Spica y Vindemiatrix, las dos agrícolas; Regulus y Antares, los habitantes del Desierto; Algol y Hamal, los dos cráneos (atención, remarcó Debrel, aquí puede entrar la Cabeza Profética); Castor y Polideuces, los didimoi; Acrux y Deneb, las dos cruces; Betelgeuse y Rigel, las dos de Orion; finalmente las cuatro centrales se podían, según Debrel, considerar dentro del célebre misterio del piloto del barco que entra por la desembocadura del río, en compañía de sus dos perros, con Canopus y Sirius, las dos estrellas más brillantes, en el centro de la serie. Contemplaron en silencio los listados, y surgieron nuevas asociaciones, por ejemplo la ubicación en torno a las dos agrícolas de los cuatro emblemas cardinales: Aldebarán, Regulus, Antares y Altair, con la curiosa transposición del ángel en escorpión caído.

—Thuban es una ex polar, y tiene por vecina a la actual —dijo Silamo—, y también a las dos águilas. Vega, la que se precipita, y la que vuela, Altair, están a su lado.

—Excelente observación —dijo Debrel—; y fíjate que lo cierto es que Vega es también una futura polar, así es que si la asociamos a la actual, nos queda libre el enfrentamiento Thuban-Altair: el Águila en vuelo contra el Dragón, por lo tanto, la mirada solar del espíritu sobre el Guardián del Laberinto.

—Cuya naturaleza se desvela a partir de saber con certeza que el Dragón es su Guardián.

—No corramos —dijo Debrel—, pensad que también tenemos a los Perros y al Toro.

—¿Puede tratarse de un Laberinto Total? —dijo Silamo con inquietud.

—Por ser el último, no estaría mal —rió—; desentrañarlo sería la culminación de nuestra carrera, ¿no te parece?

Ígur empezaba a sentirse excluido de la búsqueda y, además, el camino empezaba a parecerle un ciempiés de incontrolable proclividad a ramificarse.

—¿No se os ha ocurrido —dijo— que si hay que ocuparse de todas las posibilidades, en la práctica el Laberinto resulta indescifrable?

—En parte tienes razón —dijo Debrel—, pero no en el concepto; pretender construir un Laberinto indescifrable es por principio imposible, porque no hay camino de pensamiento ideado por una mente que otra no pueda reconstruir; se trata, pues, de idearlo tan complicado, y complicación puede querer decir diversificación de elecciones, que el tiempo de resolución sea tan largo como para quedar excluido del que en una vida se considera esfuerzo y dedicación razonables, considerando que, por la propia naturaleza consecutiva del discurso deductivo, sea imposible repartirlo entre los suficientes investigadores como para reducir sustancialmente la duración, y que tampoco resuelva nada el simple procedimiento de librarlo al Cuantificador, porque la profusión de respuestas alternativas dadas, sin preferencia de selección o con preferencias engañosas, nos devuelva por posibilidades de elección al punto inicial.

—En ese caso, si es sólo una cuestión de tiempo —dijo Ígur—, y el tiempo excede el razonable, ¿cuál es la solución?

—La solución —dijo Debrel— es el conocimiento profundo de la tradición que todo el mundo se afana tanto en destruir.

—Pero si los procesos deductivos están llenos de engaños, ¿qué valor tiene el conocimiento? —preguntó Ígur.

—Eso que tú llamas engaños no son más que las últimas sutilezas de la tradición.

—¿La Ley del Laberinto es un tratado de costumbres? —dijo Ígur, y Debrel, lejos de sentirse provocado, se rió.

—Sí, en cierta forma, si quieres llamarlo así...

Silamo se había apartado de la conversación para continuar especulando sobre los datos, y aprovechó el último silencio para intervenir.

—Maestro, he pensado que la repetición inicial de Capela necesariamente ha de contener una clave esencial.

—Bien pensado, Silamo, estoy totalmente de acuerdo. Veamos, Capela es la alfa de la Auriga, y Aur, emblema de la constelación, se reduce a Au, signo del Oro; la asociación del oro con una serie nos conduce a la serie áurica, confirmada en este caso por la repetición del primer elemento, porque tratándose de elementos, por lo tanto de la correspondencia con los números naturales, habrá que asimilarla a la serie aditiva de Fibonacci; veamos: uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece, veintiuno, treinta y cuatro... no, el treinta y cuatro ya no entra, porque la última estrella es la veintisiete, la veintiocho si contamos la repetición. ¿Qué tenemos?

Silamo marcó las estrellas de la serie.

—Capela dos veces, Arcturus, Thuban, Aldebarán, Algol, Canopus y Vindemiatrix.

—Por lo tanto —prosiguió Debrel—, siete estrellas; veamos, puesto que el

mecanismo áurico ha servido para obtenerlas, repitámoslo en la serie resultante. ¿Qué tenemos? Señala también el ordinal contando el desdoblamiento de Capela, es decir, veintiocho estrellas.

Silamo dispuso las agrupaciones al margen, y también la doble acotación indicada por Debrel.

1-CAPELA	(1,2)	1	1	1,1
2-ARCTURUS	(3)	1	1	2
3-THUBAN	(4)	}2	2	3
4-ALDEBARAN	(6)		3	5
5-ALGOL	(9)	}3	4	8
6-CANOPUS	(14)		5	13
7-VINDEMIATRIX	(22)		6	21

—Es curioso —dijo Silamo—, la numeración correspondiente a veintiocho estrellas, que aumenta en una cifra la anterior, produce coincidencias notables con las cifras que hemos manipulado hasta ahora: el 22 de Vindemiatrix, el 14 de Cano pus, el 9 del Algol, el 6 de Aldebarán; son todas cifras de los pasos anteriores. Veamos, el problema ahora radica en si hay que quedarse con las siete estrellas o aún se tiene que eliminar una más.

—¿Podría ser que el desdoblamiento de Capela fuera un indicativo de eliminación? —preguntó Ígur, y Debrel asintió.

—Y que el desdoblamiento de la X en el lugar decimocuarto fuera la eliminación del 7, que es su mitad. Fijaos que la reaplicación de la serie aditiva a las estrellas seleccionadas nos lleva a un nuevo desdoblamiento del 1, que ya no es Capela solamente, sino también Arcturus.

—Tari sólo es preciso otro indicativo del 6 para eliminar Capela —dijo Silamo—. Además, las eliminaciones del 7 y del 28 están asociadas: $7 \times 4 = 28$, y, por contra, $9 \times 3 = 27$.

—Ya lo tengo —dijo Debrel—, esta juventud, siempre tan lenta de reflejos —rió mirando a Ígur—; volvamos a Arktofilax: tiene diez letras, y la que ocupa el sexto lugar es **F**, emblema del número de oro; si aplicamos la sección áurea a la propia palabra Arktofilax, es decir, 'sobre' Arktofilax, $10/F$, tomando $F=1,618$ obtenemos 6,18 y, por aproximación, el lugar que ocupa la letra. Por lo tanto cerramos el círculo, y se confirma que 6 es el número de estrellas a considerar.

—Muy bien —dijo Ígur—, pero ¿cómo sabemos que hay que eliminar Capela y no Vindemiatrix?

Debrel se rió; Ígur miró a Silamo, y el gesto de su cara le consoló de que sus conocimientos en ese punto no le permitieran compartir el sentido del humor del Maestro.

—'Peri Arktojulax' también quiere decir más allá de Arktofilax, que, no lo olvidemos, es la constelación que contiene a Arcturus, y por lo tanto indica escoger lo

que va después y eliminar lo que hay antes, es decir, Capela.

Ígur se hizo el firme propósito de leer la Ley del Laberinto tan pronto como le fuera posible; los criterios de selección le parecían de una arbitrariedad escandalosa, y no entendía en qué se basaban para decidir si una reiteración o una coincidencia servían para descartar una solución o para darla por válida.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora hay dos cosas que hacer: primero, no perder de vista la serie de las veintisiete iniciales, porque aún pueden ayudar a resolver alguna duda, y segundo, centramos en los seis que hemos encontrado: el Uno, los Dos y los Tres: veamos —dijo a Silamo— qué nos puedes decir.

—Empecemos por los Dos —dijo Silamo—, Thuban y Aldebarán, las alfas de las constelaciones del Dragón y del Toro, emblemas claramente laberínticos, en cierta manera enfrentados y por otra parte complementarios: el Dragón pertenece al Protocolo de Heracles como Guardián de las manzanas de oro, o al de Jasón como Guardián del vellocino de oro; Guardián de oro en cualquier caso. El Toro pertenece al Protocolo de Teseo, y por lo tanto indica claramente su protección del centro del Laberinto, y en cierta manera representa el peligro de la resolución final, así como el Dragón, sin dejar de ser a su vez una gran amenaza, protege la Entrada y es, por lo tanto, un obstáculo más específico. —Debrel asintió con un gesto que no le comprometía a ninguna aprobación clara, y Silamo continuó—: Algol, Canopus y Vindemiatrix me parecen indudables emblemas del fuego, del agua y de la tierra, y los adscribiría, por lo tanto, a los Protocolos de Perseo como Cabeza de la Medusa, del Nilo como piloto del barco de Menelao, y de Afrodita, que no era otra la virgen del Zodíaco, aunque la asociación con las cosechas la haya identificado con Deméter o incluso con Perséfone; un factor a no desestimar es el nombre clásico de la constelación, Astrea, a quien advocan los Astreos como todos sabemos, y donde se podría encontrar una fuente ciertamente inquietante.

—Creo que con los datos de que disponemos es prematuro buscar conexiones de ese tipo —le interrumpió Debrel.

—En cualquier caso, los Tres corresponden a tres estratos diferentes de la resolución del Laberinto —concluyó Silamo.

—No lo entiendo —dijo Ígur—; ¿no habíamos quedado en que los Dos se refieren a la Entrada y a la Resolución? ¿Dónde se sitúan, entonces, los Tres?

Silamo iba a explicarse, pero Debrel le indicó con un gesto que se quería ocupar él mismo.

—Las tres divisiones entre el Uno, los Dos y los Tres responden a estratificaciones conceptuales, o categorías de pensamiento, sobre el Laberinto. Los Dos cumplen claramente una función de puente, y así, el Toro se aplica al nudo del Laberinto, es decir a los Tres, y el Dragón, como animal metafísico, indica la

resolución de la Entrada, ya completamente en el terreno mental de las intenciones, pero a partir de ahí también representa el Laberinto en conjunto, y en concreto se aplica al Uno, que es Arcturus. Atención, porque el verdadero obstáculo del Laberinto es Arcturus: el Único, el Vigilante de la Osa inmóvil, y del concurso de los Dos y de los Tres resultará la manera de vencerlo.

Silamo cogió el poema de la Cabeza Profética.

—El último verso dice: '¡Al oso vencerás, al blanco cuerpo desnudo!'

Debrel se echó a reír.

—Queda mucho por decir, pero me parece que por hoy más vale que lo dejemos. Las seis estrellas proporcionan un abanico incommensurable de claves en lo que respecta al interior del Laberinto, pero os recuerdo que aún no nos han resuelto la Entrada. Creo que ahora lo más importante es avanzar en los pasos siguientes.

—¿Localizar a Arktofilax? —preguntó Ígur.

—Ya me estoy ocupando, y Arktofilax será difícil de encontrar; de momento parece que nadie sabe nada; en cualquier caso, resolveríamos poca cosa teniéndolo aquí, porque él es en esencia un hombre de acción, y la digresión teórica intelectual le pone nervioso —se detuvo y sonrió—; claro que con el tiempo puede haber cambiado. —Se dirigió a Ígur—: ¿Cuándo vas a ver al Secretario de Bruijma?

—El sábado por la mañana.

—Perfecto. Una vez hayáis llegado a un trato, haz que te consiga una autorización para visitar el Atrio del Laberinto; nos la traes, y que vaya Silamo, que conoce los mecanismos y sabe en qué se tiene que fijar para descubrir los adecuados esta vez. Además, a partir de ahora conviene que te concentres en las cuestiones estratégicas y nos dejes las técnicas a nosotros, y así te ahorrarás quebraderos de cabeza conceptuales.

Ígur se levantó resignado a no ver a Sadó. Silamo lo acompañó abajo, y por el camino se le ocurrió que era sospechosa la facilidad no tan sólo con la que resolvían los problemas técnicos, sino sobre todo cómo obtenían facilidades de las instituciones. Se lo comentó a Silamo, pensando en una cosa, y el discípulo del geómetra lo interpretó referido a otra.

—No te engañes —dijo, en el umbral de la puerta—, la suerte ha sido trabajar con el Maestro: él tiene una prioridad de programas que no ha conseguido depurar nadie más, en manos de otro aún estaríamos en la primera decodificación. Pero no te hagas demasiadas ilusiones en cuanto a las facilidades iniciales, ya conoces el refrán: Quien mucho corre, pronto se para.

El sábado por la mañana Ígur hizo dos horas de antesala en el vestíbulo del despacho del Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma. Cuando, finalmente, fue recibido, la excusa que pronunció el Secretario tenía el tono rutinario de la frase hecha sin la menor intención de que el interlocutor se la crea, pero con la

violenta seguridad de que no tendrá más remedio que tragársela. Ígur sintió las mieles de la ira agitando sus intenciones. Pensó que algo así nunca se habrían atrevido a hacérselo a Arktofilax, y estuvo tentado de soltar un exabrupto y desaparecer.

—Vos diréis el motivo de vuestra visita —concluyó el Secretario, un tal Pauli Francis; Ígur optó por atenerse a las formas establecidas, va que eso era lo que parecía exigírsele.

—De acuerdo con la Euménide Equemitía de Recursos Primordiales, y con la benevolencia de la Capilla del Emperador, hemos tenido la osadía de iniciar gestiones para informar y practicar la Entrada a la Falera, y de acuerdo con los usos y la tradición consagrados por la devoción a las más nobles iluminaciones del Imperio, y con todo el respeto, humildad y sumisión, tengo el honor de solicitar a este Excelentísimo Secretario el favor de las diligencias para la bendición eponímica del suyo, que es también el nuestro, Príncipe magnánimo y nobilísimo.

La expresión impenetrable de Francis dio a entender a Ígur que quizás no se había sobrepasado con la retórica, y con cierto espanto se imaginó las consecuencias de un defecto en la apreciación en la que, para recrearse, había imaginado exceso; eso redobló su furia, y se sintió ridículo: la ferocidad disfrazada de sumisión ante una estatua de piedra.

—El momento es difícil y complicado —dijo el Secretario—, y hay que meditar cada paso con atención y detenimiento. ¿Puedo saber de qué asesoría técnica disponéis?

Ígur se asustó. ¿Qué pasa, pensó, tan ocupados estáis conspirando para ocupar el sitio de Nemglour que no os queda ni un hueco para otra decisión?

—El geómetra Debrel tiene la bondad de ocuparse de ello —dijo, en el mismo tono.

Francis continuaba inmutable. Era un hombre de unos sesenta años, frente alta, pelo escaso y canoso, de figura imponente y fisonomía helada.

—Nos os puedo responder en este momento, Caballero —ni te has dignado a aprender mi nombre, pensó Ígur, y si lo has hecho, lo desprecias—; las gestiones son diversas, y no sería conveniente entrar ahora en un conflicto de intereses. Sin embargo, podéis contar con que vuestra petición será atentamente considerada, y que nos pondremos en contacto tan pronto como hayamos llegado a una conclusión; entre tanto, si existe alguna otra cosa que pueda hacer por vos, tendré mucho gusto en complaceros.

—Podrías, y os lo agradecería mucho —dijo Ígur—; necesitaremos una autorización para acceder al Atrio del Laberinto. —El Secretario enarcó las cejas, Ígur, viéndose encima una negativa, reprimió sus ganas de maldecirlo y, sintiéndose liberado de formalismos por tal posibilidad, continuó—. Comprendo que pongáis en reserva la petición de un desconocido, sin perjuicio de vuestros intereses y

compromisos, pero os ruego que os hagáis cargo de que estamos en un momento en que nos es indispensable el estudio del Atrio para progresar en las investigaciones, y si no conseguimos el acceso no podré ofreceros mucho más de lo que dispongo ahora —la mirada de Francis había alcanzado un distanciamiento insultante, e Ígur hizo el último esfuerzo—; si el problema es comprometer el nombre del Príncipe, se puede buscar una solución transactiva; como la persona que entrará no seré yo, se podría encontrar una fórmula al margen de la burocracia.

El Secretario revolvió papeles con su expresión más agria, y consultó el Cuantificador, sin prisas y sin una sola palabra. Ígur inhaló los vapores del poder con más intensidad que nunca desde su llegada a Gorhgró; ni tan siquiera la cátedra vacía de la Capilla del Emperador le había producido semejante ahogo de excesos en juego.

—¿Quién será la persona destinada a observar el Atrio? —preguntó Francis.

—El estudiante Silamo Aumdi, discípulo del geómetra Debrel.

—Muy bien —sentenció el Secretario—, el veintiuno de Marzo a las siete de la mañana dispondrá de veinticinco minutos en el transcurso de una inspección sanitaria de rutina a cargo del Conde Barclí. —Ígur iba a agradecer la deferencia pero Pauli Francis llamó a su secretario y le hizo un gesto con la mano—. Nos mantendremos en contacto. Caballero. Podéis retiraros.

Ígur se levantó brutalizando al máximo la marcialidad, y se fue.

Pasado el mediodía, Ígur se presentó en casa de Debrel, y lo halló en compañía de Guipria y Sadó; Silamo, en cambio, no estaba; fue invitado a tomar infusiones y licores, y desplegó un relato colorista y sin ahorrarse ninguno de los adjetivos que le merecía la actitud del dignatario, que fue coreado con comentarios no menos jocosos de las mujeres y el silencio discreto de Debrel.

—Yo diría que si no se presenta ningún imprevisto, la cosa está hecha —dijo Guipria.

—En donde nos movemos, todo son imprevistos —dijo Debrel, y se dirigió a Ígur, que no había estado pendiente de nadie más que de él—; no ocurre nada que no haya tomado en consideración, no te desanimes; ahora bien, hasta al veintiuno de Marzo falta demasiado tiempo para quedarnos de brazos cruzados. Lo aprovecharemos para que tú y Silamo viajéis a Bracaberbría, a visitar el Laberinto y a establecer algunos contactos. Lo prepararé para que salgáis mañana mismo.

—Que vayan a ver a Ali Erastre —dijo Guipria, y Debrel se impacientó.

—Es en lo primero que había pensado —y, a Ígur—: Erastre fue el técnico de la Entrada a Bracaberbría, esperemos que no se haya hecho tan viejo que haya perdido el norte; intentaré comunicarme con él y veré si os puede alojar —soltó una risa triste—; Bracaberbría es un lugar complicado para quedarse.

Guipria sonrió a Ígur.

—Te gustará Erastre, pero ten cuidado con los argumentos —rió—, ¡es un

determinista tecnológico!

La conversación derivó hacia la situación abierta con la muerte de Nemglour, al que la siempre malintencionada Guipria mostró la convicción de que se había dado un ligero empujón hacia el traspaso, y a las posibilidades de Simbri y Bruijma después de la provisionalidad de Togryoldus, que nadie dudaba de que se acabaría más deprisa de lo conveniente para que los dos más jóvenes limasen diferencias. En cualquier caso, el equilibrio entre Bruijma y Simbri era suficiente para no tener que sufrir en caso de que finalmente fuera Simbri quien se situase en la cumbre.

—Quién sabe, el Laberinto podría inclinar la balanza —dijo Sadó interviniendo por fin, con sus ojos puestos en los de Ígur, y él hizo un esfuerzo por encontrar defectos en la figura y apartarse así de la aceleración emocional que le producía la joven cuñada, que parecía mejor dispuesta que otros días. Se le ocurrió la posibilidad real de ellos dos, y la conversación se esfumó de repente para él; Debrel y Guipria lo debieron de notar, porque intercambiaron miradas irónicas.

Ígur informó de que tenía trabajo con más brusquedad de la necesaria y, desde luego, de la deseable si se pretendía discreto, y se encaminó a la puerta. Le acompañó Debrel, recordándole que no se verían hasta que él y Silamo volviesen de Bracaberbría, y ofreciéndole una muestra de elegancia al limitar el mutis a los buenos deseos, sin aderezarlos, como Ígur temía, con recomendaciones severas y cargantes advertencias seniles.

A continuación, Ígur fue a la Equemitía a hablar con Ifact, y sufrió su segunda sesión del día de escollos administrativos; en este caso estaba obligado a fluctuar entre el compromiso formal y la cortesía de una laxitud difuminada, y su falta de experiencia lo alejaba por igual del valor, entendido como conjunto de recursos formales, necesario para notificar una decisión, y del trámite de solicitar un permiso, porque, en cualquier caso, era imposible pasar dos semanas en Bracaberbría sin notificarlo. Ifact estaba de buen humor y se lo puso fácil, incluso con el alivio de un encargo adicional, que, afortunadamente, no consistía en hacer daño a nadie; tan sólo se trataba de una gestión diplomática que no le pareció difícil. El Secretario de la Equemitía se interesó por los progresos del Laberinto, e Ígur le respondió sin mala gana a todo lo que le preguntó. Después, hacía días que lo esperaba con impaciencia, se dirigió al Palacio Conti, a ver el anunciado espectáculo preparado en colaboración con la Apotropía General de Juegos del Imperio.

Ígur llegó demasiado pronto a casa de Madame Conti y, cuando la camarera habitual, la del primer día, le acompañó al Salón central, lo encontraron perfectamente desierto y, aunque la iluminación era menos de la mitad, sin humo ni público parecía más claro, y le impuso un poco. Se dio cuenta de que lo había ansiado demasiado como para que la felicidad no le escondiese alguna trampa, y que todo, cargado de expectativas, se incubaba latente bajo la frialdad aséptica y silenciosa de

antes del sarao, de catedral antes del Te Deum, de estadio antes del partido, de quirófano antes de la exhibición.

Se sentó en la grada del centro, donde estaba el mismo estrado del día de las gemelas, procurando no desvelar el eco, y apenas un minuto más tarde llegó Madame Conti a saludarlo.

—Querido amigo —le obsequió con su mejor sonrisa—, ahora mismo te mando traer lo que quieras, ¿un aperitivo para empezar?, ¿sí? ¡Espléndido! Tienes un aspecto excelente, qué contenta estoy de verte y de que hayas venido antes, así podremos charlar un rato tú y yo —le cogió del brazo— antes de que empiece el follón —se detuvo y le miró fingiendo una provocación procaz—, ¿vienes a ver a Fei? ¡Ah, ya me lo parecía! Podrás verla después, Fei se está preparando para la representación —le guiñó un ojo—, hoy Fei es la estrella del espectáculo, ¿qué te parece?

Le llevaron un aperitivo, y dejó que la anfitriona prosiguiera el arabesco de su amabilidad, exquisita y empalagosa a la vez. Ígur observó una instalación completa de trapecio volante y, como no había red, a lo largo del recorrido del vuelo del columpio se habían retirado asientos y cojines.

—¿Veremos circo esta noche? —preguntó, y ella se rió.

—Un circo tan especial que te costará olvidarlo. No te preocupes, te guardaré localidad de sangre.

Ígur se sobresaltó pensando en Fei. Localidades de sangre se llaman a aquéllas especialmente cotizadas donde el espectador corre el riesgo de ser salpicado.

—Naturalmente, a tu lado.

—No faltaría más.

Se abstuvo de preguntar por el contenido del espectáculo, imaginando que Madame querría guardar la sorpresa, y se concentró en las características formales de la sala; reparó en que el octógono de la planta no tan sólo no era regular, sino que por las diferencias entre las dimensiones de unos lados y otros, casi podía considerarse un cuadrado con los ángulos recortados; los lados largos, supo, medían veintiséis coma cuarenta y seis metros, y los cortos, once coma cincuenta y seis; la galería del piso superior ocupaba solamente los lados largos, y en los cortos había en uno un tapiz, en el otro un chapado de cerámica, en el otro un fresco y en el cuarto una vidriera, todos del techo al suelo (las entradas estaban en los lados largos) y representando escenas eróticas en ambientes naturales; la distancia interior en perpendicular entre los lados largos era de cuarenta y dos coma ochenta y dos metros, y entre los cortos, de cuarenta y nueve metros justos; dichos lados cortos se unían opuesto con opuesto a todo lo ancho de los once metros y pico por dos franjas de acceso que dejaban cuatro triángulos rectángulos equiláteros residuales, donde propiamente se colocaban las sillas cuando había espectáculo, de dieciocho coma setenta y uno de cateto, y se cruzaban en el centro coincidiendo con la proyección de la cúpula en donde estaba la

depresión de los tres escalones y, ocasionalmente, el entarimado de las representaciones, o el palio, o el baldaquín de las solemnidades; la altura libre interior del salón era de treinta metros coma veintiocho, y en el centro se añadía la cúpula semiesférica, adaptada con pechinas, de once metros coma cincuenta y seis, en cuyos lindares se había colocado la parafernalia de los trapezistas, de donde colgaban dos cuerdas doradas a dos metros del estrado. Ociosamente, para evadirse de la charla de Madame Conti, Ígur se imaginó a Debrel a su lado proponiéndole la forma más rápida de calcular la superficie del salón, si hallar la de uno de los dos cuadrados ideales que formaban los lados paralelos y restarle los cuatro triángulos resultantes de recortar en el lugar oportuno los ángulos a cuarenta y cinco grados para producir los otros cuatro lados, o bien sumando los cuatro triángulos ocupados por las sillas del público, el cuadrado central proyección del espacio de la cúpula y los cuatro rectángulos que la unían con los lados cortos, es decir, un triángulo más un rectángulo, multiplicado por cuatro, más el cuadrado central.

—Mil setecientos metros cuadrados —dijo interrumpiendo a la anfitriona, que quedó un instante desconcertada.

—Espléndido, amigo mío —dijo ella, y lo abrazó por la cintura—, veo que el entrenamiento de los viejos geómetras es eficaz; ¿o es que os interesáis por la arquitectura? La geometría es un culto en desuso, pero en los tiempos en que se construyó este palacio...

Ahora se hace la estrecha, pensó Ígur. Contemplaron los ángulos del salón.

—Geometrías áuricas, ¿no? —dijo pensando en las estructuras de la Capilla; no le había pasado por alto la incongruencia canónica de mezclar temas dinámicos—. Sin embargo, los lados largos pertenecen al cuadrado, es decir, a raíz de dos. Deben ser posteriores al resto.

—No se os escapa nada, amigo mío; efectivamente, lo habéis acertado, la galería con el altillo proviene de un añadido, y entre eso y el resto, aunque se ha redecorado, recargado, malogrado dirían los puristas, a ojos expertos el edificio no puede ocultar su origen.

—Así es que estamos en un palacio Astreo —dijo Ígur.

Madame Conti soltó una carcajada, y le acercó los labios a la oreja, hasta que él se le arrimó esperando palabras en voz baja, y entonces le dio un beso.

—Me parece que tenemos compañía.

Ígur dio media vuelta, y vio a Mongrius.

—Querido Caballero Neblí —dijo, amparándose en un remedo de la untuosidad cortesana—, ¡cuánto tiempo sin vernos!

La situación a tres era lo bastante extraña como para hacer sospechar a Ígur que la presencia de Mongrius no era casual; lo que más probable le pareció es que Madame Conti le hubiera enviado aviso; pasado el primer momento de ambigüedades, la

anfitriona se fue, requerida por los operarios que instalaban la orquesta en el ángulo de uno de los triángulos del público; Ígur aprovechó entonces para indagar acerca de los Príncipes.

—¿Cuánto durará Togryoldus? —preguntó por deferencia.

—Togryoldus no puede ni durar ni dejar de durar, por la sencilla razón de que ya no está; su espectro ha hecho una sopa con la pugna de Bruijma y Simbri —esbozó un gesto de indiferencia—; cuestión de dos días y todo quedará aclarado: el comercio para Bruijma y la tutela del Emperador para Simbri, y veinte años más de aburrimiento.

—¿Y qué pasa con Ixtehatzi?

—Es demasiado fuerte como para que alguien lo pueda tocar. Aunque los Príncipes se juntaran, él solo aún sería más fuerte —se rió—; quizá haya que esperar a que se muera, como Nemglour.

—No sé cuál sería la historia de Gorhgró sin la muerte —dijo Ígur.

Empezaba a llegar gente, y se tomaron otra copa en un reservado para charlar sin estorbos.

—He decidido optar a la Capilla, y desearía que fueses mi padrino —dijo Mongrius después de un silencio.

Ígur lo había esperado, pero el padrinazgo de Lamborga le planteaba un conflicto de intereses. Si resultaban emparejados, no podría acompañarlos a los dos.

—¿Ya sabes que Lamborga vuelve a optar?

—Sí, pero no me preocupa —respondió Mongrius, a dos velas de los motivos de la observación de Ígur—; si tengo que enfrentarme con él, andará bajo de facultades después de combatir contigo, y si espera a encontrarse bien, yo ya estaré en la Capilla.

Ígur sonrió, pensando en las cosas que le podría decir. Pero no dijo nada, y cuando les llevaron más bebida renovaron el brindis por cualquier tópico de la existencia y del futuro y, una vez aclarado que Ígur le haría de padrino de inscripción, continuaron hablando, de cuestiones más ligeras cada vez, hasta que una camarera (esa vez, desconocida de Ígur, y no menos bella que las anteriores) les avisó de que empezaba el espectáculo.

El gran salón brillaba esplendoroso a plena luminaria, y la orquesta, presidida al fondo por un órgano positivo, mezclaba melodías de mobiliario en el ángulo opuesto a donde Madame Conti compartía una cierta presidencia de la celebración con cuatro personajes que, a juzgar por la Guardia que vigilaba los alrededores del espacio, eran fácilmente identificables como altos cargos de la Administración. Ígur y Mongrius fueron invitados a sentarse cerca de Madame Conti, en el ángulo recto del triángulo, en el ámbito, por lo tanto, de la cúpula, localidades ciertamente de sangre, en medio del parloteo de un público proclive a no quedarse estacado al asiento, a hablar a viva

voz y a exteriorizar deseos y pasiones.

—Ígur Neblí, Caballero de Capilla, Mista Mongrius, Caballero de Preludio —presentó Madame Conti, espectacularmente vestida de oro y plumas blancas, y maquillada con reflejos hirientes—, el Duque Constanz, el Barón Boris Uranisor, cuñado del Príncipe Bruijma —recalcó, mirando a Ígur. Se olvidó de los otros, supuso él, porque un Caballero no tiene estatus para serles presentado en público, o porque eran tan importantes que necesitaban del anonimato, o porque lo eran tan poco que no valía la pena.

—Caballero Neblí —dijo el Duque—, permitidme que os felicite por vuestro brillante acceso a la Capilla, del que hemos sido ampliamente informados. ¿Y ahora qué, el Laberinto?

La orquesta atacó el primer Coro de los Jenízaros; la primera voz eran flautines, oboes y teñeras, los bajos violones y un salterio, y había abundante percusión: carracas de diversos tipos y registros, triángulos y campanillas, cineinos, tamburo turco y timbales, y al fondo un pórtico con gongs, de más de dos metros el mayor.

—El Laberinto es para mí la máxima esperanza de demostrar mi amor al Imperio —dijo Ígur mirando al Barón Uranisor, en cuya juventud le pareció percibir buena predisposición y simpatía.

—Muy inteligente, teniendo en cuenta que el Imperio somos todos —respondió el noble con una sonrisa.

—Barón, la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—Llamadme Boris, amigo mío; tengo la impresión de que nos veremos a menudo.

Los olíbanos y las luces de un rosa dorado y frescores acuáticos invadieron el espacio. Un personaje vestido muy chillón en blanco y negro, verde, rojo y amarillo, azul y oro, con la cara completamente cubierta de maquillaje y un peinado alto complicadísimo, subió al estrado con una agilidad sorprendente para su envergadura, y con una reverencia le tendió la mano a Madame Conti; ella se la tomó, a la vez que la orquesta atacaba una versión furiosa de la Marcha Racoczy, con las trompetas naturales y los timbales en áspero delirio perfectamente calculado, y subió con él al estrado; después de tres toques de timbal, se hizo el silencio.

—¡Amigos míos —dijo Madame Conti con voz bien timbrada—, bienvenidos y que la felicidad culmine en todos y para todos! —aplausos—; ahora dejo paso a la representación, que como siempre guiará nuestro Trujamán. —Más aplausos, y la orquesta interpretó con percusión unos pasajes propios de marcha ceremonial, hasta que Madame Conti abandonó el estrado. Cuando bajó la luz general para intensificar la de escena, la orquesta se redujo a un cuarteto de cromemos y un clavicémbalo, en favor del cual el teclista había abandonado el salterio, que tocó una melodía lenta y suave; el Trujamán fraseó una escala ritual con una espléndida y helada voz de

contratenor, y en modo dórico de recitativo comenzó:

—A ti, diosa obedecida por los perros y los pájaros terribles de los cielos, ánima y eco de todo bien y todo mal que, hijos de la necesidad cuyo aliento eres tú misma, vive en toda construcción de los hombres, invoco fuerzas, equilibrio y espíritu diestro para iluminar esta verdadera historia que aquí, para bondad, atención y beneficio de vuestras noblezas, se representa al pie de la letra, savia y sangre como son de la flor cenital de la montaña que sostiene el amor de nuestro divino Emperador y el valor y la constancia de tantos de los presentes y tantos otros de los ausentes que perduran en nuestro recuerdo y en el uso de sus obras, no menos inmortales que las aguas por donde respira la tierra y los azules por donde chillan los aires, y no menos estremecedores, cuando se pierden en la memoria, que aquel aroma irrepetible o el llanto de un niño. Veréis a continuación, paradigma de las divisas y los colores de los elementos, la trágica historia de los Reyes de Sirtes, para quienes el precio de la vanidad superó con creces el latido de los días felices y de la contemplación, en otra edad de nuestros sueños, en otro lugar del tiempo. Aquí tenéis a los personajes: en primer lugar —redoble de timbal, unísono piano sostenido de los cromornos y un foco azulado en la puerta—, ¡el criado Kiretres! —entró corriendo a grandes zancadas un joven con semimáscara neutra clavada con agujas en el cráneo parcialmente afeitado, en quien con un inexplicable latigazo de resquemor Ígur reconoció al partenaire sexual de Fei cuando tocaba el piano la primera vez que la vio, subió al entarimado y de un salto (porque el cabo estaba a más de dos metros de la superficie) se agarró a la cuerda y, sin tocarla con los pies y moviendo el cuerpo al son de la música, trepó en cuatro brazadas a la primera banquina—, el hombre justo que estaba en su sitio y de donde nunca nada lo hubiera hecho salir de no ser por el rebuscar insidioso que el tedio extrae de los más sombríos rincones del alma que ya no sabe qué quiere —el teclista abandonó el clavicémbalo y, para acentuar la expectativa, pulsó en trémolo los registros álgidos del órgano—; ¡a continuación, el Rey Gandiulunas! —trompas y timbales en fanfarria burlesca, en armonía jonia, órgano en disonancia, y entró, al mismo ritmo quizá un poco solemnizado, un personaje vestido de negro con adornos rojos—; ¡salud, oh padre Kronos hoy en tu día, salud! ¡Salud y miseria, relojes y temblor de los recordadores! —y, sólo con el órgano y el timbal in crescendo, el segundo actor trepó por el mismo procedimiento a la banquina correspondiente, enfrentada a la otra—; ¿qué se le puede pedir a la amistad? ¿Qué digo? ¿Qué más se le puede pedir a la amistad que su sola presencia? Veán a dos hombres que lo tenían todo, reyes tanto el uno en su entera existencia como el otro en su dignidad y aceptada condición, y cómo la fortuna de los humores del cuerpo los condujo al enfrentamiento más feroz; ¿por causa de quién? Por quién, sino por ella —de nuevo timbales militares de fondo, pero ahora el salterio, el oboe d'amore y el cromorno soprano por delante en arabesco—, ¡la Reina Aretra! —Y

apareció una figura femenina, con atuendo de acróbata como los demás, pero ella en plata, brillantísima; tras el ceñidor negro, las pulseras negras y la semimáscara negra de halcón, Ígur reconoció a Fei a primera vista, pero antes de haberla podido ver bien o hacerle una señal, ella ya se había encaramado a lo más alto, con mayor agilidad y rapidez que los otros dos aunque pareciera imposible, y compartía la banquina del Rey Gandiulunas.

—¿Aretra o Arietra? —inquirió el Duque Constanz con voz lo bastante fuerte como para que el Trujamán vacilase al oírlo.

—Si llega a decir Araitra o Arictra lo quemamos por Astreo renegado —dijo el Barón Boris riendo.

—¡Vean, señores, a la luz bondadosa de los dioses la vida de los reinos! —continuó el Trujamán, subiendo la tesitura media octava, y en un momento los actores asieron las barras, y primero Kiretres y después Gandiulunas marcaron un piqué-tourné; la música se convirtió en un continuo del órgano recorriendo los tonos entre toques ocasionales de un instrumento, el oboe da caceta o la flauta dulce, en momentos culminantes—. ¡Vean cómo pasa la confianza de un corazón a otro, cómo la vida se mueve entre el sol y la tierra, cómo Aretra vive entre la luz del Rey Gandiulunas y el respeto del sirviente Kiretres! ¡Canta, hija, salta, baila! —y después de que Kiretres se lanzara en corvas en la barra, Fei agarró la suya, con un fuet, recuperó suspensión atrás y ejecutó un doble superior hasta alcanzar las manos del portor, ante la contención del público, grito final y fanfarria; recuperación en pirueta dextrógira en la barra, y allí, de otra mecida, mise-en-ventre, y después de recibir en bandera los aplausos del público, arco triunfal, otra bandera, y a la banquina junto a Gandiulunas, aplausos y fanfarria de reanudación; el Trujamán, en el tono más grave del registro del contratenor—: Pero el Rey no tiene bastante con ser admirado en el respeto, y ansia ser admirado en el absoluto, lo que prende un fuego que nadie sabe cómo apagar —retumbar del órgano, paso al modo mixolidio, cromorno bajo, tuba, contrafagot y contrabajo, toques secos de trompetas naturales y timbales—, ¡atención, vean, señores, la danza de los astros!

Gandiulunas coge fuegos artificiales, los prende y se los coloca en los pies, en los hombros, y en la cabeza a Fei, que se lanza y hace un passage de jarretes, el Rey recupera la barra, y en segundo portor se lanza mientras Fei, sujeta de los pies por Kiretres, cruza el gran salón de punta a punta lanzando estallidos de fuego, que dejan una estela de oro, un rastro de chispas, una y otra vez columpiándose, y Gandiulunas le pasa un pequeño incensario que ella hace oscilar llenando el espacio de un olor renovado.

—¡A él! ¡A él! —gritó el público, enardeciéndose.

Ígur se dio media vuelta.

—Tranquilo, no es lo que parece —le dijo Mongrius, y la música se volvía cada

vez más sincopada.

—¿Qué es, entonces?

—¿No te has dado cuenta? ¿No conoces la historia? Fíjate y lo entenderás.

Mientras tanto, Fei había acabado de lanzar las luces de fuego, había llenado el aire de explosiones, con peligro de tímpanos propios y ajenos, y de medusas de luces de colores y nubes de olíbano y, después de un triple superior con pirueta que fue el delirio del público, Gandiulunas la recuperó de manos y volvieron a la banquina.

—¡Dioses del renacimiento tecnocrático! —prosiguió el Trujamán—, ¿qué es el fuego si no piel?, ¿qué la vanidad, si no sangre?, ¿qué la mirada si no venganza? El Rey ha convertido al sirviente en Príncipe al servirle a la Reina como recompensa de ambos, del Rey como metapremio a ser Rey, del criado por buen contemplador. —Y entonces aparecieron dos auxiliares con dos picas de unos ocho metros de altura con los extremos acabados en estrellas de cinco puntas de unos treinta centímetros, y hoja y punta afiladísimas, y las clavaron en dos agujeros del entarimado, separadas un metro sesenta, es decir, dejando un metro justo entre las puntas enfrentadas, coincidiendo con el recorrido de los trapecistas y en el punto central, donde alcanzaban la máxima velocidad. El público aplaudió enloquecido, y el Trujamán subió una vez más el tono—: ¿Y qué es el Juego, si no peligro? ¡Contra la debilidad de exhibir, el placer de devorar! ¡Contra el vicio de negar, la virtud de arrebatarse! —Y los acróbatas repitieron los pasos anteriores, de nuevo con música sincopada, cada vez con más resonancias de himno, pero esa vez los fuegos artificiales estaban en los extremos de la barra, y el Juego consistía en pasar al ágil de un portor a otro, y a cada impulso del columpio a manos de uno o de otro, ya fueran manos o pies de Fei, le despojaban de una pieza de ropa, y en dos pasadas sólo llevaba cubiertos el pecho y el sexo, además de las zapatillas y la máscara—. Vean qué puede más, si el vértigo del placer o el vértigo del peligro; si el placer del Rey que juega a caer o el horror del criado que juega a vencer. —Y en cada pasada cruzaban a gran velocidad el estrecho espacio comprendido entre los estiletes de las picas.

—¡Mentira! —chilló un espectador de primera fila, en pie de un salto—, esta farsa es intolerable! ¡Los Gúlkuros nunca han robado el Imperio de ninguna exhibición Astrea! ¿Dónde está la Guardia? ¡Viva la memoria del difunto Emperador!

—¡Muy bien —dijo Mongrius a Ígur—, ése lo ha entendido todo!

—Excúseme, mi señor —dijo el Trujamán continuando tan bien con la entonación que parecía que el diálogo estuviera preparado (aunque, al ver la cara que ponía Madame Conti, las sospechas de que lo estuviera realmente se redujeran al mínimo) —, pero ésta no es más que una escenificación en honor de las bellas musas de un antiguo ejemplo moral.

—¡Tanto da el significado —se levantó un segundo espectador—, sean quienes sean los personajes, el fondo moral está pervertido! La vanidad es un error, pero

¿cómo se puede calificar que se responda con la traición?

Los que protestaban se enfrentaron entre sí, pero la mayoría del público atendía al espectáculo, y el griterío los aplacó, porque Fei acababa de ser despojada de la pieza superior, y los pechos más espléndidos del Imperio cruzaban boca arriba o boca abajo como centellas cada pocos segundos casi rozando los afilados aceros.

—¡Verdad perversa! ¡Fuentes de la gravedad! —cantaba el Trujamán, alargando las tónicas al modo de los viejos prosodas; la música, de himno se había convertido en marcha sanguinaria, ya en pleno modo frigio, y las trompetas y los timbales no parecían suficientes para tal anhelo de marcialidad.

—¡A ras! ¡A ras! ¡A ras! —gritaba todo el público, puesto en pie entre el chisporroteo y la exuberancia de los fuegos.

—¡Oh vicio, única pasión auténtica, sin excusa ni reciprocidad, sangre de todos los crímenes! —cantaba el Trujamán—, ¡hasta el final!, ¡hasta el final! —Y las diminutas bragas de Fei fueron arrebatadas y quedaron en manos del criado Kiretres.

—¡Ras! ¡Ras! ¡Más a ras! —rugían como un solo hombre al ritmo de los timbales, el órgano tronando y las trompetas en agudo continuo.

—¿De qué lado caerá la espada? ¿Resplandecerá la justicia en el fondo del vaso apurado de la pasión? ¿Hasta dónde tendrá el Rey que soportar el abuso y penará tanta imprevisión? —Y en ese momento, Kiretres dejó las bragas de Fei clavadas en una de las puntas.

—¿Pero cuál es el papel de Fei? —se atrevió a preguntar Ígur a Mongrius a grito pelado.

—¿No lo ves? ¡Fei es el Imperio en persona!

Trompetería, carracas, címbalos y diquelas.

—¡Sangre! ¡A sangre! ¡A muerte! ¡Más a ras!

—Ved, almas en resonancia con el espíritu de la conservación de todas las aretraciones, como un amor sirve para herir, como el peligro es un arma que el fuerte en pasión puede volver a su favor, cómo así Kiretres ha catado el veneno de la Reina Aretra, y cuando lo ha hecho no puede ser sino Rey o muerto; pero ¿qué vértigo permite que el amor sea medida del acuerdo que otro desea más que del acuerdo que ya pertenece a uno mismo? ¿Cómo se muere por el amor de la Reina más que por el propio desamor, sino por el acero del enemigo, aunque sean sus labios de rosa final lo que lo contiene? —cantaba el Tujamán, y Fei, con movimientos cada vez más espectaculares y convulsos, acariciaba en cada pasada el sexo de los portores, con las manos, con los labios, o bien, con los brazos en cruz, les atrapaba la cara entre los muslos para colgarse hacia atrás.

Después de una figura a tres, al paso de un trapeceista, una de las picas vibró con violencia, y se hizo un repentino silencio: ¿quién la había tocado? Había sido Gandiulunas, que, con el brazo lleno de sangre, volvió a la banquina.

—¿Desde cuándo —protestó otra vez el de antes— la habilidad de los comediantes determina un desenlace? ¿Hasta dónde tendremos que soportar tanta informalidad y tanta burla? ¿Hasta cuándo tendremos que maldecir los beneficios del renacimiento tecnológico?

—¡El premio es un castigo, el castigo es un premio! —cantó el Trujamán al son de un fugado de las cuerdas en pizzicato—, y cada cual canta en la medida de su sueño —timbales—; ¡atención, señores, al último avatar de la Reina Oscura! ¡La gallina pinta de perfil entre las rosas efesias!

Fei culminaba la exhibición; sujeta por las manos al portor Kiretres marcó fuet, recuperó con piernas abiertas y, con gran placer del público, las cerró en el último momento, justo al cruzar las picas armadas, las abrió de nuevo y volvió a la banquina.

—La Reina le dice adiós al Rey que la ha traicionado y se dispone a cambiar de dueño —modo mixolidio, ahora tan sólo el circunloquio de un armonio, y Fei, que bajo el vestido no llevaba sino sutileza de maquillajes metálicos, se restregó contra Gandiulunas, que la llenó de sangre—. ¡Un minuto que será una hora, y aquí no hay red! —lo rodeó como una serpiente, lo besó y volvió a la barra—, ¡jamás habrán visto a ninguna Reina reinando como ésta! ¿Quién dice a ninguna Reina? ¡A ninguna Diosa! ¿Quién dice a ninguna Diosa? ¡A ninguna Mujer!

—¡Epanórtota de mierda! —gritó alguien desde las últimas filas del público—; ¿no tenemos ya bastante retórica con la Administración?

Fei saludó, y a Ígur le parecía poder respirar el latido, la sangre y el sudor; las medias y la semimáscara parecían desnudarla aún más, abierta a las suposiciones la exultante nobleza de tantos olores excitantes. Con la barra en las manos, se encaramó con un pie en cada hombro a Gandiulunas, y de allí se impulsó, marcó fuet y recuperó suspensión atrás; más impulso y concentración, Kiretres la espera en corvas, timbales y tensión, silencio hasta de respiraciones, y cuádruple salto mortal.

—¡Viva la Reina! —gritó el público, mientras ella hacía triple pirueta levógira y volvía a la banquina.

—La Reina en Rosa, la Reina en Cruz —corearon todos un célebre vodevil, meciéndose hacia los lados abrazados en filas de diez o doce, y hasta la orquesta se sumó; en pleno paroxismo, Fei saludó y retomó la barra, en corvas se dejó deslizar hasta quedar colgada por los pies, lo que hizo gritar al público, porque parecía que caía de cabeza, marcó sirena-ballena, después diversos equilibrios con la cabeza en la barra, sin dejar de columpiarse, después puesta en pie y sin manos, y al final colgada por los talones. Ígur imaginó un instante a la concurrencia formada íntegramente por amantes de Fei.

Abajo, en el estrado, se desató el movimiento; un individuo saltó a la palestra y se enfrentó al Trujamán.

—Esto se ha acabado por hoy. Recoged todo ahora mismo.

Madame Conti acudió corriendo, seguida por el Duque y el Barón; a Ígur y a Mongrius les pareció más discreto no ir también, pero para no dejar dudas del partido que tomaban y de cuál era su disponibilidad, se quedaron de pie junto al estrado, con las manos en las empuñaduras de las armas.

—Estamos inmersos en la ortodoxia de la tragedia —dijo Madame Conti al intruso, que resultó ser un funcionario de la Hegemonía.

—De ninguna manera. El argumento se ha tergiversado, y además se les ha escapado de las manos.

—¡Cuidado, que huye! —gritó alguien del público; efectivamente, Gandiulunas se había deslizado por la cuerda y corría hacia la salida.

—¡Detenedlo! —gritó el funcionario, y el actor se encontró encañonado por todos lados.

—¡Muerte a Gandiulunas! —gritó otro espectador saltando a la palestra, y fue rápidamente reducido por la Guardia. Fei y el otro actor continuaban cada cual en su banquina, esperando el desenlace del conflicto, y la Guardia devolvió a Gandiulunas al estrado; la orquesta se detuvo, y hubo unos instantes de desconcierto; el Duque Constanz se puso en pie, y al anunciar el funcionario que se acogía a su decisión, todas las miradas convergieron en él.

—¿Cuál es el determinio? —preguntó, y el Trujamán se le dirigió en voz baja, agachándose desde el estrado.

—Es el Juego; Gandiulunas ha perdido —dijo con una voz grave muy diferente de la de la actuación; Ígur y Mongrius, que se encontraban cerca, pudieron oírlo. Al actor se le apreciaba más edad que en el escenario; las manos arrugadas y con artrosis. Ígur saltó.

—¿Se aviene a morir? ¿Cómo puede ser?

El Duque y el Trujamán lo miraron.

—La Apotropía de Juegos no lo aceptará de otra forma —dijo el actor al noble; el público cada vez gritaba más.

—Adelante pues —dijo el Duque, y se volvió a sentar, haciéndole una señal a la Guardia, que indicó al portor la cuerda de ascenso a la banquina; en ese momento Gandiulunas se rebeló, y un espectador saltó a la palestra para ayudarlo; en pocos segundos fueron reducidos por los hombres armados, y quedaron ambos tumbados en el suelo a la espera de indicaciones.

—¡Un momento! —gritó Ígur, en pie junto al estrado—; este hombre se ha ganado el derecho de vivir.

—¿Qué haces? —le dijo Mongrius—; ¿te has vuelto loco?

—¿Queréis sangre? —prosiguió Neblí, la mano en la empuñadura del arma—, ¡pues venid a por mí!

Todo el mundo había quedado paralizado; Mongrius le tiraba del codo.

—Siéntate ahora mismo, te estás buscando la perdición.

Ígur miró hacia arriba, anhelando la mirada triunfal de Fei, que no se la escatimó desde la perspectiva más arrebatadora, en la banquina, una pierna avanzada de la otra, una mano en la cintura y la otra más alta en la cuerda, y todos sus atributos alineados, en conjunción como dirían los sabios, de entre tanta maravilla la lejanía de la sonrisa tan sólo el astro extremo, el final de la honda.

—¡A mí no existe quién me pierda! ¡Si ha de haber muerte, que haya lucha, no un espectáculo de matadero!

Una furia irracional se apoderó de Ígur; en vista del Juego no paraba de preguntarse por qué había dejado vivir a Lamborga, ni dejaba de compararlo con Galatrai.

—¡Fuera los contramoralistas! —gritó el público—. ¡Contra inventos, final canónico! —Y otros, batiendo palmas a coro—: ¡Ras! ¡A ras! ¡Más a ras! ¡A sangre a ras!

Los inciensos se estratificaban por colores y consistencias en el aire detenido, densas humaredas entorpecían la visión por un sitio, por otro enmascaraban la procedencia de un grito.

—¿Qué es esta montaña de carne? —dijo Ígur, mirando a su alrededor—. ¿Es éste el porvenir del Imperio? ¡Me gustaría ver el más allá para auguraros la eternidad dentro de un cubo de mierda hasta las orejas!

El Duque se puso en pie de nuevo, esta vez con una sonrisa en la que la autoridad brillaba mejor que en las armas.

—Caballero Neblí, por la admiración que os profeso, agradezco profundamente vuestra inesperada y generosa contribución al espectáculo. Ahora os ruego —recalcó la expresión— que permitáis que los determinios continúen su curso, a menos —extendió los brazos y miró a su alrededor acentuando la sonrisa— que no nos queráis poner a todos bajo vuestra advocación.

Ígur vio algunas armas de los Guardias apuntándole lentamente, y pensó en la Capilla, en la Equemitía y en el Laberinto; el honor le llevaba a la muerte, y la única salvación era recurrir a la mala educación, pero cuando todo parecía perdido en su mente, sintió como si alguien con azules pupilas de terrible fulgor acudiera a calmar su furia con la promesa de futuras compensaciones, y se sentó no demasiado satisfecho de sí mismo, sin dejar de dudar del alcance real del peligro de la situación.

—Arriba —indicaron a Gandiulunas, quien, aunque herido, trepó por la cuerda; después, al espectador retenido lo echaron del entarimado sin contemplaciones—: Y tú, lárgate.

—Te ha salvado el ser quien eres —dijo Mongrius a Ígur en voz baja—; en pleno Juego, delante de un Duque...

La música se reanuda con fondo de cromornos y el órgano, gong y redoble de

timbales. Los dos portores en corvas, y el ágil del uno al otro.

—Vean, señores, la culminación del Juego de la Justicia —prosiguió el canto tenebroso de contratenor del Trujamán—; una vez convertido en leña el árbol de la fruta del bien y del mal, el usurpador mata para no ser muerto, y nada más que la imagen de la Reina es su arma: ¡Pantera entre Tigres, Reina de los Dos Corazones, maravilla de los tres mundos, sepulcro de las cuatro esperanzas, cántico de los cinco tormentos, espejo de las seis maceraciones! —Fei se lanzó una vez más, fuet, recuperó suspensión atrás y passage de jarretes en doble superior y medio, y pies a Kiretres, que la esperaba en corvas; Kiretres llevaba dos dagas en el cinto y, en el balanceo, Fei se las quitó y, mientras que una vez más lo acariciaba de pies a cabeza, se las encajó en bayoneta en las tobilleras, sobresaliéndole la hoja un palmo de la planta de los pies; se impulsaron de nuevo, y entonces los sensores de humo y los termostatos pusieron en marcha los extractores más potentes, y un vendaval acompañó el movimiento de los trapecistas con figuras de aire que ellos atravesaban bien rompiéndolas, bien modificándolas, bien complementándolas, turbulencias de colores por allí, velocísimo remolino lanzado a un orificio por allá, con grandioso agitar de polvo, de papeles, de capas y de cabelleras—: ¡Negrura de los espíritus, sangre de la gravedad, rayo sobre el mar enfurecido, estrella del desierto! ¡Escándalo de la verdad!

Esa vez nadie parecía dispuesto a detener la representación del Juego; Fei se soltó de las manos de Kiretres en salto mortal inverso, y cuando Gandiulunas se aproximó para recogerla, ella lo esquivó y con toda limpieza, al son del gong mayor le clavó los cuchillos con los pies, uno en cada plexo, justo bajo el pezón; el propio impulso los llevó a volver así enlazados, hasta que la gravedad y la distensión pendular permitió a Fei recuperar atrás, incorporarse y desasirse, para por fin volver a la banquina entre la ovación del público. Gandiulunas se quedó colgado de la barra, oscilando aún entre aplausos, y provocando con el goteo de su sangre movimientos en el público, para apartarse los elegantes, para salpicarse los supersticiosos, porque una vieja costumbre beomia sostenía que cualquier excrecencia de los perdedores en el Juego inmunizaba durante siete años contra la mala suerte. Los movimientos casi acuáticos del conjunto de la gente podían llegar a hacer creer que todos los que no querían salpicarse estaban en posición de serlo, y los que reclamaban sangre se habían colocado fuera de su alcance.

—Ahora atención —advirtió Mongrius a Ígur—, alguien puede intentar una acción imprevista.

—¿Y tú y yo qué se supone que tenemos que hacer?

—Respecto a la chusma nada, como si se quieren triturar todos; tú y yo hemos de procurar que no se acerquen a Madame Conti y a este par —le señaló discretamente a los de la nobleza—. Si ves a alguien demasiado cerca y no te gusta, no lo pienses dos

veces y córtale el cuello.

La orquesta en pleno, al bajo el clavicémbalo en lugar del órgano, crócalos, címbalos y gong, atacaba un pasacalle solemne.

—Quien todo lo quiere, nada conservará —cantaba el Trujamán—, la grieta entre ambiciones absolutas condena al hurgador impío a morir convertido en ejemplo; el tiempo no es una herencia, y se miente a sí mismo el que confía en una futura jugada. —Hizo una señal a los operarios especializados, y con láser tocaron los extremos de la barra que sostenía el cuerpo inerte de Gandiulunas, que se desprendió y cayó de cabeza, por muy poco casi sobre la gente, que con un furor sacrificial que Ígur encontró repugnante se le echó encima, hasta que la Guardia la apartó sin miramientos, para permitir que se lo llevaran con parihuelas, mientras el Trujamán acababa el recitado—: ¡Mirad el soberbio y el impío a donde puede conducir el anhelo de exhibir una arrogación, mirad cómo termina el que no tiene bastante con tener, el que se alimenta de miradas de ansia, el insaciable de devociones, el delirante de amor adorador! ¡Que por su muerte resuene la música de guerra y las pompas! —Marcha fúnebre y silbidos del público—. ¡Decimos adiós a los inmortales! ¡Marchad todos en paz, la Comedia es finita!

Por la puerta grande hicieron entrar dos enormes cisternas con ruedas, de base redonda de más de dos metros de diámetro y bastante más altas que un hombre, arrastradas de las asas por operarios de negro, máscara y turbante incluidos, y colocaron una debajo de cada banquina; acto seguido, Fei y su partenaire se columpiaron cada uno en su barra, y después se colocaron en corvas.

—Atención —dijo Madame Conti—, vámonos de aquí.

Protegidos por Ígur y Mongrius, y por cuatro Guardias de la escolta, Constanz, Boris, los otros dos nobles y la anfitriona se situaron en la puerta, justo a tiempo de ver cómo, uno tras otro, Fei y el actor que hacía el papel de Kiretres se lanzaban en salto mortal por entre las picas de afilada estrella y caían cada uno dentro de la cisterna contraria, levantando grandes salpicaduras y derramando un líquido rojo espeso que dejó rociado y goteando medio salón y a sus ocupantes, ya precipitados en el paroxismo que los sonidos triunfales de la orquesta subrayaban. Ambos actores salieron de un salto del recipiente y abandonaron el recinto por otra puerta, custodiados por la Guardia que, con las armas en mano, tenía que mantener a raya a la masa aplaudiente que, sobre todo a Fei, no se contentaba con sólo tocarlos.

—¿Qué es? —preguntó Ígur—. ¿Sangre?

Madame Conti se echó a reír.

—En otros tiempos era sangre —abrió mucho los ojos—, de vaca, naturalmente, no te puedes ni imaginar el trabajo que suponía degollar animales y tener en marcha el descoagulante durante la función, pero ahora es agua con aditivos de textura, gusto y color; no es lo mismo, pero qué le vamos a hacer, el público quiere lo de siempre.

Aumentaba el descontrol de chillidos y empujones de la gente que Ígur miraba fascinado, y los que no estaban por los suelos o se encaramaban a cualquier sitio, corrían de acá para allá. De repente se le acercó el hombre que había intentado ayudar a Gandiulunas; Ígur temió una agresión y se puso en guardia, pero con gran sorpresa suya el hombre le besó la mano con un temblor que parecía ajeno al naufragio envolvente.

—Caballero, os quiero dar las gracias por lo que habéis hecho.

—¿De qué habláis? ¿Quién sois?

—Soy Yamini Cuimógino, administrativo de carrera, y el actor que vos y yo hemos intentado salvar era mi hermano.

En ese momento, un vaivén de los más desbocados se les echó encima, y Madame Conti y los nobles desaparecieron por la puerta.

—¿Qué ha hecho vuestro hermano? ¿Por qué han querido matarlo? ¿Había participado en un Juego?

Tuvieron que quitarse de encima a dos mujeres que se empujaban entre aullidos.

—No os lo puedo explicar ahora con detalle; sabed tan sólo que os quedo en deuda de honor y agradecimiento para toda la vida, y os buscaré para regradaros, aunque por más que haga siempre será en ínfima medida.

Otra oleada sin control de frenéticos aullantes se llevó a Cuimógino, y aunque Ígur intentó retenerlo por el brazo, la fuerza de siete u ocho era excesiva; también él hubiera acabado en medio del salón si Mongrius, ancorado en el marco de la puerta, no lo llega a sujetar.

—¿Dónde está la Guardia?

La Guardia, una vez había dejado a los nobles y a la anfitriona en lugar seguro, protegía a los músicos y a sus instrumentos en la otra punta del local.

—Mongrius, ayúdame —gritó Ígur, viendo cómo Cuimógino desaparecía en la maraña de un bosque de brazos y piernas palpitantes y manchadas de rojo.

Pero Mongrius tiró de él hacia adentro antes de que volviera a enfrentarse al mundo, y, cerrada la puerta de golpe, se adentraron en las dependencias privadas, dejando tras de sí el alboroto, menguante con la distancia, del gran salón objeto de un desenfreno y una exacerbación de vorágine como un Caballero de Cruiaña nunca habría sabido imaginar.

—Hace aún más tiempo —explicaba el Duque Constanz—, en los buenos tiempos de verdad quiero decir, los del Hegémono Barx, era en la sangre descoagulada de los enemigos donde aterrizaban salpicando los comediantes después de la función, y el pueblo nunca hubiera visto con buenos ojos que los espectadores distinguidos se escabulleran.

—Afortunadamente vivimos tiempos corruptos —dijo Isabel Conti soltando una carcajada (aunque a ella también la habían manchado), y condujo a los invitados a un

delicioso saloncito surtido de lujosos caprichos y comodidades.

Hacía más de media hora que Constanz, Boris y los otros dos bebían y comían y se habían puesto a disposición de las cortesanas, las ya conocidas de Ígur Ismena y Rilunda y alguna más, cuando Fei no había hecho acto de presencia, y no era que el sonido y la visión de las medias satisfacciones ajenas fueran para Ígur motivo de inquietud, ni que le aburriera la fluctuante conversación de Mongrius o de Madame Conti, sino que la melancolía emergía de su conciencia de añoranza absoluta infligida por la pianista-modelo-acróbata-pornógrafa, de la idea inquebrantable de que tal inquietud, enfermedad y felicidad a la vez, no podría sembrar en su vida más que obstáculos y dispersión, y la idea aún más nítida de que eso no le importaba, que no sabría renunciar a ello ni por la absoluta seguridad del Laberinto.

—¿Cuántas bajas tendrás hoy? —preguntó Mongrius a la anfitriona.

—A ojo, es difícil de precisar. La última vez fueron catorce, y el día de las siamesas cuarenta. Espero que hoy no llegemos a tanto.

Constanz le explicó a Ígur que las entradas y las invitaciones de la Apotropía de Juegos incluyen un antiseguro, una exención total de responsabilidades, para evitar las reclamaciones posteriores de lesionados o herederos de víctimas, terreno en el que, al margen de cuestiones morales sobre el derecho a indemnización de quien debiera saber en dónde se mete, la picaresca había hecho su agosto.

—Cuanto más vasto es el público —concluyó para que le rieran la gracia—, más basto es.

Finalmente llegó Fei, con tres músicos y una cantante que se pusieron en acción enseguida, y, por suerte para Ígur, que ya pensaba cómo se las ingeniaría si aparecía, sin el actor que hacía de Kiretres y, tras las felicitaciones de rigor, en el curso de las cuales desplegó una inolvidable exhibición de simpatía combinada con distancia y de negativa disfrazada de provocación, se sentó con Ígur y le cogió las manos con ternura.

—¡Tenía tantas ganas de estar contigo!

Limpia y arreglada de nuevo, de nuevo maquillada y peinada, con todo el pelo hacia atrás y tan pegado al cráneo como si lo llevara afeitado, le pareció más bella que nunca, y el ir vestida con más elegancia la hacía parecer mayor, más convencional y quizá más austera, pero de una forma que aún resaltaba más todos sus esplendores; ¿o así se lo parecía a Ígur porque ya los conocía? El vestido negro hasta las rodillas, los zapatos altos y el peinado mojado le conferían una severidad un poco intimidadora, en ese momento Ígur sintió una vertiginosa mezcla de felicidad y resquemor.

—Vámonos ahora mismo.

Ella sonrió sin negar, y con un gesto ambiguo se levantó para hablar con Madame Conti, que mantenía un animado diálogo con el Duque Constanz; Ígur no dejaba de

prepararse por si alguno de los nobles reclamaba la compañía de Fei, inquieto por la reacción de ella y por la propia; la música sonaba, y se distinguía la voz de la cantante en melodías procaces que subrayaba con una expresión muy sugerente y pasos de danza en los momentos oportunos; en los divanes, en Boris y en los demás y en las mujeres ya dominaba la desnudez por encima de los vestidos, de la conversación se pasaba al silencio, y del silencio a los suspiros. Mongrius se acercó a Ígur.

—Cuidado con tu relación con Fei. No te conviene que trascienda hasta este punto; con tus aspiraciones...

—¿A qué te refieres? —le increpó Ígur secamente, poco dispuesto a discutir estrategias morales.

—¿No lo sabes? —se miraron a los ojos, pregunta contra pregunta—; ya veo que no —bajó aún más la voz—: Es una Astrea. ¿Lo entiendes ahora? Existen dudas sobre su verdadera filiación, está vigilada desde las instancias más altas.

Ella volvió, y Mongrius le cedió el asiento con una sonrisa que Ígur consideró el sùmmum de la hipocresía. Fei debía de haber oído algo, porque una vez solos soltó una risa susceptible.

—¿Qué te decía Mongrius?

—¡Ya ves! —Ígur se rió—; no hay verdadera tragedia sin el contraste de la comedia.

Fei perdió de golpe la sonrisa. Ígur sintió con ahogo y delectación que la revelación de Mongrius había multiplicado por mil su interés por esa mujer.

—¿Crees que me resulta fácil? Hoy he matado por ti.

—¿Por mí? Quizá tenga que afanarme menos de lo que crees en devolverte el favor —dijo, sin pararse a considerar el significado de la frase de ella, y le tomó la mano de nuevo—; entonces, qué has decidido, ¿vamos?

—Claro que sí. —Y todo en ella era tensión entre rosas oscuras y acentos metálicos, desde los ojos dorados a la voz perfumada.

En la habitación de siempre, Ígur tuvo que repetirse que tenía ante sí mucho más que un cuerpo, por más que ese cuerpo solo ya lo fuera todo, y unas horas después, desde las últimas cimas de la pasión culminada, la contemplaba medio dormida, pensando lo bien que sabía pararle los pies a los que se excedían, y que, realmente, llevaba mucha guerra a sus espaldas, pero no tanta como él se imaginaba. En realidad, comparándola con la que podía llegar a llevar a lo largo de los años, era casi el principio, pero eso Ígur no sabía que lo sabía, y no tenía tiempo de distinguir entre deseo y amor, ni conciencia suficiente de la propia vanidad para ser feliz.

Antes del alba, cuando el olor guiaba todas las ternuras, Ígur quiso conocer sus sentimientos sobre la jornada, suponiéndola ya repuesta de la agitación.

—Quien solamente me ha visto no se ha llevado nada de mí —dijo ella con un

orgullo no demasiado alejado de la broma, e Ígur apartó las sábanas con la mano, más abajo con el pie—; por eso gusto y olfato son sentidos más íntimos que vista y oído, porque en ellos se produce la invasión real, es decir —le hablaba con los labios rozando los suyos—, una modificación química, y por lo tanto una huella perdurable del ser percibido dentro del perceptor. —Y labio entre labios, dulcificaba la explicación, perdido él en el espeso aroma de la sangre.

—¿Y el tacto? —prosiguió Ígur, poniéndose encima.

—El tacto participa de las dos naturalezas, ya sea seco o húmedo —dijo muy bajito, con la dulce ronquera de la horizontalidad.

Media hora después clareaba, Ígur quiso saber qué había detrás del muro del jardín y salió desnudo a subirse encima. El Palacio Conti quedaba tras la habitación, y el pequeño muro, a Levante, era una de las almenas del acantilado sobre el Sarca, negro y turbulento a más de cuarenta metros en caída vertical. Fei salió tras él a ponerle una manta por los hombros.

—Mira —señaló Ígur entre las nubes más bajas justo ante sus ojos y una negrura de tormenta en fase de revelarse—, la Blonda del Pastor.

Ella le besó el cuello y murmuró:

—Mein alies in allem, mein ewiges Gut, wie schön leuchtet der Morgenstern...

VII

Bracaberbría, veinte años después de la conquista y posterior y paulatino declive de su Laberinto, era una región urbana en decadencia y descenso de población, ennegrecida momificación del brillantísimo atrio palatino de otros tiempos en que, capital cosmopolita y liberal, imán de la vida licenciosa cortesana y tolerante, del más extenso solaz, de los placeres, el teatro y la música, la geometría y demás artes que conviven al abrigo del lujo que emana del comercio floreciente y la autocontemplada perduración de un acuerdo general, abandono y desamor la habían transformado; Bracaberbría había sido el gran crisol del renacimiento tecnológico del Siglo III, cuando Jétales, Beomios y Astreos habían hecho de sus parajes áridos campos de batalla, y Gorhgró no era más que una fortaleza espartana sobre un roquedal, brutalizada por las leyes marciales, la censura y la necesaria rigidez de costumbres. En ese sentido, las evoluciones paralelas de las dos urbes eran paradigmáticas, y una advertencia a la vertiginosa hipertrofia de Gorhgró, cinco veces menos extensa y veinticinco veces más densa en tiempos de Ígur Neblí que antes de la caída Bracaberbría. Porque, ¿cómo puede evolucionar un reducto de intransigencia puritana de origen militar como Gorhgró, baluarte fronterizo preso en un asedio permanente, y por tanto sometido a los rigores prolongados de la estricta vigilancia, sino hacia la eliminación, en otro extremo de cosas, de esas férreas costumbres cuaresmales, de esa mística que para sobrevivir tantos años tuvo que inventarse y mantenerse al altísimo precio del sacrificio del diálogo y de la autocontemplación que conduce a la filosofía y al placer? Pertenecen al mito los tiempos de severidad iluminada de Gorhgró, la ciudad más antigua del Imperio según la leyenda, así como los del esplendor de Bracaberbría, en los que cuanto más brillaban los palacios de los Príncipes, más se debilitaba su fuerza dinástica; pero los tiempos eran procelosos, y a la decantación de Gorhgró hacia el dominio comercial y urbano no la acompañaba, como en el caso de la mítica Bracaberbría, la magnificencia estética, moral y espiritual, sino la brutalidad de costumbres, el selvatismo social, la explotación y el desorden, y el único refinamiento era la corrupción, el vicio y el delito, los últimos signos, también, de vitalidad de Bracaberbría, aunque sin la furia y la ebullición de intereses que aún hacían de Gorhgró una ciudad viva, por más que sanguinaria; porque en Gorhgró la inestabilidad era por exceso y acumulación estridente, por colisión de voracidades, y el escondrijo de los delincuentes era el tumulto, la confusión y el camuflaje entre iguales, en tanto que en Bracaberbría se había llegado a ella por desolación y senectud, por ostracismo de los supervivientes, por náuseas retrógradas y racistas, y todo ello había sido el refugio terminal de la última nobleza, de la aristocracia estéril, de los activistas sin esperanza, de los artistas melancólicos y los comerciantes caídos en desgracia, traspasado el límite que aboca a la irreversible cloaca en la que una

sociedad se envilece convertida en el payaso de sí misma. Gorhgró hería, Bracaberbría ponía enfermo.

La expansión urbana ocupaba el Delta y las marismas del Oybiris, canalizado desde el Siglo II gracias a la iniciativa Yrénida que había permitido arrebatarse a Gorhgró la primacía ostentada hasta entonces como cuna del Imperio. La actual ciudad, idéntica en superficie a la del momento de máximo esplendor, pero como un edificio desamueblado y en ruinas, era una vasta organización de avenidas monumentales con palacios a ambos lados, semiinvisibles tras exuberantes terrenos ajardinados, y grandes canales cruzados por amplísimos puentes, en una geografía absolutamente plana en la que los únicos promontorios, insignificantes en relación al conjunto, eran los montones de escombros. En aquellos tiempos, dos de cada tres edificios estaban abandonados y más de la mitad de las ocupaciones eran ilegales, llevadas a cabo por parte de bandas organizadas en diversos grados de indigencia y marginación; la vegetación descontrolada, imparable en ese clima cálido y húmedo, lo engullía todo allí donde la mano del hombre aflojaba su dominio, retornando las intermitencias urbanas a una selva de insectos, zarzas, pájaros y reptiles, ciénagas pestilentes y emanaciones mefíticas, fuente de una suma de enfermedades infecciosas que obligaban al visitante a un extenso programa de vacunas, casi siempre obsoleto a causa de una última epidemia, la más virulenta, aún sin estudiar por las autoridades sanitarias. El conjunto de región urbana, al no existir ningún promontorio próximo lo bastante importante desde donde abarcarlo, era imposible de captar y, una vez en el interior de la ciudad, producía la fascinación inquietante de una extensión sin fin, de perspectivas repetidas, entre las que, cuando el foráneo creía haber descubierto la principal, encontraba enseguida otra que le parecía más imponente o significativa, donde era tan fácil perderse como no salir jamás, de horizontes inacabables que se repetían en la calina; por efecto de las grandes distancias de separación, no había palacio grandioso que uno no encontrara insignificante, y tan sólo parecía romper la implacable regularidad la esbeltez de alguna torre, a la que, si el forastero conseguía subir, tan sólo servía para aumentar el desasosiego al comprobar que desde allí arriba todo era igual, que las visiones de nuevos hitos, quizá más altos, tampoco le mostraban los límites de la ciudad. En el brazo central del Delta parecía más fácilmente identificable el límite de la edificación, por lo menos en importancia y volumen, pero la marisma aún resultaba demasiado extensa para poderse ver el mar abierto, y persistía la impresión de ciénaga inacabable con restos de instalaciones portuarias, entre las que proliferaba una multitud de casas flotantes en las aguas estáticas, la mayoría balsas o barcazas inútiles para la navegación, habitadas por los estratos más bajos de la población, y, entre los escombros, alguna edificación marginal más allá de la última línea de los palacios; justo en ese límite estaban los restos del Gran Laberinto.

La primera impresión del visitante primerizo en Bracaberbría era la decepción no tan sólo por la falta de imagen central de la ciudad y la angustiosa dificultad para orientarse y distinguir las partes, o la impresión de pasar siempre por el mismo sitio, y la duda final de estar dando vueltas realmente, sino porque una vez alcanzado el lugar que, finalmente, los planos o el guía indican que es verdaderamente el núcleo (la distancia máxima entre edificaciones pertenecientes a la ciudad es de más de doscientos ochenta kilómetros), la esperada localización del mayor Laberinto conquistado hasta la fecha se diluía en la constatación de que su estructura formaba parte de la fragmentada estructura de la ciudad, y que sus calles y trampas, una vez conquistado por Arktofilax veinte años atrás, dentro de la tónica crepuscularista general que la huida del Emperador había propiciado, habían sido objeto de todas las modalidades posibles de especulación, desde la puramente urbanística a la más primaria, como pueda ser el derribo de entrepaños enteros de muro para venderlos a trozos como amuleto. El Laberinto, cuadrado (o, para ser precisos, ligeramente trapezoidal), habría podido mantener visible la magnífica estructura exenta o al menos sus límites, y ser aún apreciable en forma y dimensión, al contrario del de Gorhgró, donde nunca sería posible porque el roquedal de la Falera, los desniveles y las edificaciones adosadas lo impedían. Las ocultaciones principales del Laberinto de Bracaberbría habían sido sistemáticamente estropeadas, se habían abierto perspectivas destructivas que desvirtuaban completamente los efectos originales, y por contra se habían obturado las más significativas con nuevas edificaciones, absolutamente detonantes por la falta de comprensión de las preexistencias, por su mal estilo y su dejadez. Veinte años habían bastado para descuartizar a la fiera y repartirla entre el público: una avenida de asfalto cruzaba en diagonal el ángulo Nordeste, desde el centro de la fachada Norte hasta casi el ángulo Sudeste, y en la fachada Sur había obras de derribo de viviendas adosadas (operación bastante inútil, ya que había más de un centenar en el interior), con vistas a vender la imagen de un intento de restauración. El sector estaba lleno de Guardias armados para proteger a los albañiles de la furia de los vecinos afectados, que por las noches atacaban con fuego de artillería y de día tenían instalada una manifestación permanente en la explanada de delante. El único lado que se mantenía medianamente entero era el Oeste, quizá porque coincidía con un exterior especialmente húmedo. La impresión en conjunto, pues, era deplorable. Por cien créditos era posible hacerse una fotografía, y por doscientos una película, rodeado de pavos reales blancos en la Puerta Aurelia, la que comunicaba los recintos tercero y cuarto, la única aceptablemente identificable, y en la salida Oeste, la parte mejor conservada, había una terraza-restaurante resguardada de los dominios del cuervo y del buitre donde servían platos precocinados a precio de restaurante de lujo, y cada noche, de diez a doce, el Ónfalo del Laberinto, donde se dice que murió el Comandante Beiorn (y en

donde se les explica a los turistas que descansa en paz, porque de allí no salió), se iluminaba de colores para representar, en celofán de drama sacro y sonido en play-back, la conquista del Gran Laberinto de Bracaberbría, el más extenso, difícil y peligroso de todos, con la bendición y la admonición del divino Anderaias III, y para la gloria del magnánimo Epónimo el Príncipe Nemglour, que perviva muchos años en nuestra memoria, y los horribles y misteriosos sucesos que allí ocurrieron.

Todo eso vieron Ígur y Silamo en su primer día de estancia, después de instalarse en un alojamiento del centro y contratar los servicios de un guía razonablemente entendido y no demasiado ladrón.

A la mañana siguiente, una vez apalabrada para media tarde la visita a Erastre, Ígur quiso volver a examinar el Laberinto, esa vez él y Silamo solos, si es que eso era posible entre los rebaños de visitantes completamente incapaces de distinguir nada.

Intentaron identificar el aspecto exterior del recinto con el de Gorhgró, aunque la gente, los perros y las palomas hicieran tan difícil imaginar el horror sagrado que durante tantos años lo había regentado, que Ígur llegase a cuestionarse el propósito de conquistar su Laberinto, si el triunfo había de comportar un resultado semejante. Se lo hizo saber a Silamo, y el estudiante se echó a reír.

—Gasta compasión ahora que no importa; cuanta menos te quede para cuando llegue el momento, mejor.

Pronto llegaron a la conclusión de que sobre el terreno no aprenderían nada más acerca del Laberinto de los Pantanos (así se le particularizaba, igual que al de Gorhgró lo llamaban La Falera) que no pudieran saber estudiando los planos que se diseñaron después de la conquista de Arktofilax y, puesto que incluso la idea de presencia de la mítica construcción costaba de evocar tras la evaporación total de peso y sentimiento histórico a que el lugar había sido sometido, decidieron encaminarse al azar a cualquier otra parte.

Vista la dificultad para descubrir las maravillas de los miles de palacios, uno de los principales atractivos de Bracaberbría para el visitante errabundo eran los puentes, tan diferentes de los de Gorhgró, que, por la abrupta travesía del Sarca, tenían algo de fortificación, y a menudo habían sido necesarias grandes audacias de ingeniería para unir vertiginosamente niveles muy diferentes, como en el caso de los de acceso a la Isla de Ixtar, y allí la propia naturaleza del terreno y del río obligaba a construirlos de un solo arco, o con dimensionados irregulares. Gracias a que la única dificultad técnica que planteaban era la distancia a salvar y la firmeza del terreno, y, por lo tanto, no tenían problemas para ser construidos en el más perfecto orden estructural, los puentes de Bracaberbría, vistos en conjunto, eran un formidable recital de estilo y ejercicios formales que ofrecían una continua y agotadora competición de elegancia en la que cada uno superaba al anterior, con inacabables variedades de curvas, perfiles y combinaciones de elementos auxiliares; había una extensa bibliografía

sobre historia, tendencias expresivas, soluciones técnicas y maestros y escuelas de la pónica de Bracaberbría, e Ígur se empapó del catálogo canónico para identificar las épocas y los géneros. Los había de todas clases, desde puras pasarelas metálicas de menos de diez metros (catalogadas con un número y en el índice final en letra pequeña), que unían callejuelas marginales, hasta los más cercanos al mar, propiamente viaductos de unos cuantos kilómetros de largo, más anchos que la más ancha de las avenidas, algunos hasta con torres, cuerpos escalonados y terrazas ajardinadas con árboles de cuarenta metros de altura que, de lejos, parecían matojos insignificantes sobre el lomo de un animal fabuloso; los más antiguos y famosos tenían nombre propio, advocación y una historia más o menos tabulada, recogida en poemas esculpidos en lápidas sobre las puertas de acceso. Contando todos los brazos del Delta y las canalizaciones mayores, había exactamente quince mil ciento cincuenta y un puentes catalogados, de los que eran utilizables tan sólo un treinta y cinco por ciento; el resto estaba en ruinas (de muchos no quedaban más que los pilares o las torrecillas de acceso) o bien eran reutilizados como viviendas, de diversos grados de ilegalidad y tolerancia, siempre más posible ésta en la otra cuando no se ocupaban vías principales o próximas al centro; la guía tenía un asterisco para identificar los practicables y ahorrar trayectos vanos, pero aun así era imposible estar al día de todos los derrumbamientos. Al final de un dilatado recorrido por una avenida que por el otro extremo no parecía tener final, Ígur y Silamo se encontraron ante uno de los catalogados como útiles que había caído hacía una semana; la arcada central había cedido a la altura de uno de los pilares, y el tramo correspondiente, de casi trescientos metros, reposaba aún suspendido del otro pilar, como una serpiente abrevando o un paquebote hundiéndose. Detenidos en aquel canal a más de un kilómetro y medio del paso cortado, y teniendo que retroceder, como mínimo, dos o tres más para poder seguir en esa dirección, Ígur y Silamo recalaron como en un remanso, fascinados por la magnificencia del desastre y en extraña comunión silenciosa. La tarde caía lentamente y la corriente del río, contagiada también por la lentitud de los astros inmensos o inmensamente lejanos, les parecía el más inexorable reloj de su destino, acogida en su luz violeteante igual que el cansancio definitivo del puente la pasión del cazador de un solo tiro.

Se hacía tarde y estaban muy lejos del lugar de la cita con Erastre. Empezaron el camino cambiando a menudo de transporte y recorriendo algún tramo a pie, porque la coordinación vial de Bracaberbría era problemática como consecuencia de la subdivisión municipal propiciada por la situación; la ciudad, al contrario de Gorhgró, que se estructuraba como un densísimo anillo residencial en torno a la Falera y de un centro comercial y administrativo donde prácticamente no dormía nadie, se había asentado como una retícula difusa de densidad residencial irregular con tendencia decreciente a medida que se alejaba del antiguo núcleo condensado a partir del

Laberinto, donde por razones de seguridad y confort se concentraba la residencia, y que, una vez abandonada y perdida la imagen de conjunto, inducía al forastero a transponer su imagen al resto y, por tanto, a perderse en la inmensidad, todo él dilatación y distancia, del Delta, no tanto por la complicación intrínseca geométrica sino por la acumulación agotadora de repeticiones, por la angustia de lo inalcanzable, por el ahogo anticipado de lo indefinido, del desconocimiento del límite y de la terrible presunción del infinito.

Ígur y Silamo encontraron la residencia de Erastre, situada muy al interior, en una isla menor de la parte oriental del Delta, en una zona oscura de acumulación de corrientes en la que era difícil distinguir el terreno sólido del líquido, el transitable del fangoso, invadido todo por películas vegetales en esporádicas ebulliciones, de efluvios de metano y fuegos fatuos, de formaciones hojosas con bulbos excrecentes, que a ojos del espectador desprevenido o demasiado imaginativo parecían ocultar vigilantes monstruosos que cualquier imprudencia podía desvelar, todo ello rodeado de un crepúsculo continuo y bochornoso abrazando mortalmente cualquier diferenciación, sin nada lo bastante fuerte ni lo bastante alto para romper el horizonte, y un curioso crepúsculo de sutilezas verdescentes con malignas cualidades de sumersión en un aire espeso del eco gravísimo y profundo del gong lejano y a la vez presente de la nada. Allí en medio, entre los rumores insondables, sonidos acuosos y aullidos que la indiferencia y el desgaste del pánico querían creer de pájaros, entre la inquietud húmeda, el calor del tiempo suspendido y las neblinas pestilentes que las autoridades sanitarias habían advertido pobladas de malaria, cólera y fiebre amarilla, se ocultaba el viejo Palacio que el Mayor de la ciudad había donado, en premio, al descubridor del secreto del Laberinto de los Pantanos, una estructura de madera alzada para emerger del cieno, y con una pelada y no demasiado segura pasarela de acceso, también de madera y con una sola barandilla.

Un hombre aplastado hasta en la mirada por la habitual indolencia de los criados de amos que ellos consideran vulgares condujo a los visitantes a una sala en la que el anfitrión había congregado expresamente a un grupo de especialistas y acólitos. Ali Erastre era un anciano de expresión severa hasta el temor de los niños, con una enorme testa braquicéfala, feroces ojos hundidos en cuencas moradas y profundas arrugas por toda la cara. Llevaba largo su escaso pelo y caminaba encorvado, y la voz cascada de bajo remataba un cuadro que Ígur encontró siniestro y Silamo familiar.

—En nombre de la Comunidad de la Contemplación Perpetua del Ser Necesario —alerta, pensó Ígur, eso es La Muta—, sed bienvenidos —dijo Erastre—, confío en que nuestro querido hermano Kim Debrel se encuentre bien y los tiempos le sean propicios.

—Kim Debrel se encuentra muy bien —dijo Silamo—, y tenemos el placer de enriquecer nuestro saludo más afectuoso y cargado de buenos deseos con el que él

envía para vos y vuestra noble Comunidad.

Ígur no sabía nada de comunidades, y se inclinó con inquietud.

—¿Qué os ha parecido Bracaberbría? —prosiguió Erastre, sin presentar a los demás, que mantenían una atención respetuosa y callada—; en fin, lo que queda...

—Llegamos directamente al Aeropuerto de los Pantanos, y sólo hemos paseado por las islas mayores y el centro antiguo —explicó Silamo.

—Claro —dijo Erastre—, si hubierais querido salir lo teníais difícil. El peral espinoso ha bloqueado más de un setenta por ciento del perímetro, ¡pero de todas formas tampoco hay adonde ir! —se rió—. Ya sabéis a qué me refiero, supongo. —Ígur no lo sabía, y no quería pasar por alto otro sobreentendido. Erastre lo miró sin curiosidad, y le dio una explicación—: La proliferación del peral espinoso proviene de un experimento botánico propiciado por la Apotropía de Juegos del Imperio, la Apotropía de los tiempos en que el Imperio estaba en el Imperio, es decir, en Bracaberbría. —Se echó a reír y todos los demás se sumaron, como si hubiera tenido una salida muy aguda, salvo Ígur y Silamo, que no llegaron más que a la cortesía de descomponer la neutralidad de la expresión facial—. Se trataba de reproducir el Laberinto recién conquistado, en versión reducida y con elementos vegetales, como si se tratara de un jardín de sorpresas; el problema era que los que no encontraban la salida acababan por estropear las cercas de tuyas o las columnas de boj, y como la Ley del Laberinto prohíbe expresamente reproducir los canónicos con construcciones perdurables, el Departamento de Genética Botánica preparó un peral bulboso que resistiera hachas, artillería ligera, incluso un láser de baja potencia, que es lo máximo que un ciudadano puede llevar al hombro por ahí, y con ese vegetal construyó la reproducción del Laberinto en la costa Este del Oybiris, justo antes del inicio del Delta. Dos años más tarde, hubo un conflicto de atribuciones entre la Comisión de Mantenimiento y el Departamento de Genética, y la Apotropía de Juegos lo resolvió cancelando un setenta por ciento de los presupuestos para seguimiento de la evolución del nuevo individuo, con lo cual el peral sufrió una mutación inesperada, y cuando se quiso reconducirla, se reprodujo el conflicto, esa vez entre la Apotropía de Juegos y la Mayoría de la ciudad de Bracaberbría; el Departamento de Genética Botánica eludió responsabilidades alegando incumplimiento de contrato por el asunto de los presupuestos, y su filial, la Comisión de Mantenimiento, se desentendió por el mismo motivo y porque la Apotropía, según ellos, había impuesto su criterio en cuestiones que no le correspondían; el litigio se alargó meses y meses, y el peral, mutando a espinoso, crecía en progresión geométrica sin que nadie lo detuviera; finalmente se pactó un presupuesto para afrontar el problema, pero por culpa de los aplazamientos se encontraron con que en el momento de aplicarlo estaba totalmente desbordado por el crecimiento, y, con el inconveniente de que la Mayoría de Bracaberbría se negaba a reconocer los arbitrios designados por el Imperio, se tuvo

que renegociar y, finalmente, que imponer un nuevo aumento del presupuesto, que de nuevo resultaba insuficiente a la hora de gastarlo, hasta que se llegó a un punto en que el peral había crecido tanto que el esfuerzo social necesario para eliminarlo superaba el déficit de la ciudad de Bracaberbría; en cualquier caso, el peral crece más deprisa que el tiempo necesario para controlarlo con un esfuerzo razonable. En una palabra: el peral puede destruirse si se quiere, pero no sólo resulta más caro de lo que valen los terrenos correspondientes, sino que hacerlo sería a costa de arruinar cincuenta veces al Imperio. Actualmente, la superficie que ocupa es casi el doble de la de la urbe de Bracaberbría, y ha topado con sus límites naturales: el mar, la selva y el desierto; contra el mar y el desierto no puede hacer nada, a la selva dicen que comienza a ganarle batallas, pero el resultado de la guerra aún está por ver; tiene un cuarto límite natural, sobre el que hay diversas teorías, que es la propia ciudad de Bracaberbría; en el margen Este del río y en la isla central dicen que ya ha cubierto más de doscientas manzanas. Ignoro cuál es el estado de la cuestión ahora, pero si les interesa, el coronel Iazata se lo puede explicar, él dirigió durante un tiempo las milicias autónomas de detención del peral.

El aludido, un hombre grande y sudoroso como todos, de unos sesenta años, dejó escapar un bufido de resignación.

—Era como matar un elefante con un palillo. El peral, no sé si lo han visto alguna vez, mide entre dos y tres metros de altura, dependiendo de las zonas, y tiene una consistencia bulbosa, densa, durísima y ligeramente elástica, capaz de resistir una descarga de dinamita; excreta una resina siliconada que lo hace incombustible, y tan sólo cede ante el láser pesado; otra posibilidad de ataque son las inyecciones de cianuro en la raíz. El láser tiene el inconveniente de ser muy lento, y tan delicado que la tasa de accidentes lo haría adecuado para incluirlo entre los Juegos peligrosos, y el cianuro aún es peor, porque además de peligroso y caro, tiene el problema de que deja al peral muerto in situ, y perfectamente trabado, de manera que hasta que no se ha secado es como si estuviera vivo, y una vez se ha secado se convierte en un objeto de consistencia leñosa, que mantiene las dimensiones y la incombustibilidad de la planta viva, agravado por el añadido de una dureza digna del mejor acero. El caso es que, tanto vivo como muerto, el terreno ocupado por el peral espinoso resulta tan intransitable como si estuviera protegido con el más feroz de los alambres de púas electrificados; lo cierto es que si no fuera por la imposibilidad de control y el peligro que eso supone, sería el elemento de protección convencional perfecto. Hace unos años el Departamento General de Mecánica Genética depuró una nueva especie de oruga, la RQHE-390, que se alimenta en exclusiva del peral; están instaladas todas las existencias, pero, a pesar de que está demostrado que sin la RQHE-390 la situación sería mucho peor, las curvas de crecimiento de las dos poblaciones son claramente divergentes, y la oruga no llegará nunca a conseguir el crecimiento cero

del peral, a partir del que se podría empezar a pensar en la disminución. Es más, la curva de crecimiento de población del peral parece saltar de geométrica a exponencial.

—Pero —objetó Ígu—. Erastre ha dicho que el peral ha encontrado límites naturales; me parece que eso supone una cierta estabilización.

—El peral —prosiguió Iazata— atraviesa en este momento dificultades para extenderse en un ochenta por ciento de sus límites, pero como no puede dejar de crecer, se comporta densificándose y formando oleadas de presión; en la práctica es como una inmensa bomba de relojería, y no hay duda de cómo se comportará, pero sí de qué dirección tomará, si es que no acaba tomándolas todas. En realidad hay lugares en los que la bomba ya ha estallado: la selva retrocede y hay canales de la Isla Central del Delta atravesados por el peral; hay teorías que prevén una mutación en planta acuática, lo que en principio salvaría la presión... pero imaginad en lo que se puede convertir el mar dentro de unos años. Además, se añade un nuevo problema: la oruga es un lepidóptero que se convierte en una especie de polilla de casi tres centímetros de envergadura, que no se alimenta sólo del peral, sino de toda clase de hidratos de carbono, y que, lógicamente, en los límites del peral se convierte a su vez en una plaga, a pesar de que, afortunadamente, es ahí donde vuelve a anidar. —Se pasó la mano por la cabeza—. La última vez que vi el peral, os lo aseguro, no sé qué me impresionó más, si su extensión y la densidad brutal que lo hacía parecer a punto de echársenos encima, sacudiéndose continuamente para desenredarse, o la nube de polillas que casi impedía ver el sol.

—En cualquier caso —intervino una joven muy atractiva, pero con aire de necesitar quince días de reposo absoluto—, se han elaborado estudios de población sobre el peral con resultados curiosos: si consideramos crecimiento cien el del peral en condiciones óptimas y sin la presencia de la oruga, y crecimiento menos cien el del peral asediado por la oruga en inmejorables condiciones de devoración, una gráfica de posiciones intermedias con el consecuente estudio de otros factores de incidencia como pueden ser el terreno, el clima, la naturaleza de los límites o la proximidad o hasta el fracaso de una población de orugas, puede determinar un horizonte de sucesos con una fiabilidad estable, lo que permite relacionarlo con la incidencia de recursos disponibles, entre los que la oruga continúa ocupando el primer lugar; el problema es que las condiciones óptimas de crecimiento de las orugas pasan por la devoración del peral, es decir, que puesto que toda la población de orugas está dedicada a ello, es imposible que aumente, porque no hay en ningún otro lugar, y para llevar orugas a devorar a un sitio determinado hay que sacarlas de otro, con lo que, contando el tiempo que se pierde con la extracción, el transporte y la reaclimatación, además de las que se mueren en el proceso, resulta del todo contraproducente.

—Aún te has olvidado de un factor —la interrumpió Erastre, porque nadie más que él hacía caso del discurso de la joven salvo otro individuo, el más sudoroso de todos, que no paraba de echarle furtivas miradas al escote—: que no se conoce la esperanza de vida del individuo pero, por su evolución celular, existe la sospecha de que puede superar los dos mil años, así es que la política actual es de tratamiento de prioridades, y el orden me parece recordar que comienza por los palacios principales y continúa por la industria, el comercio y las comunicaciones y, finalmente, la residencia social, el río y el desierto —se detuvo un momento, y esbozó un gesto de impaciencia, como si la cuestión fuera un lugar común de las conversaciones y no mereciera la pena extenderse—. El peral espinoso es la causa de muchos problemas, pero también hay quien dice que es la excusa para no solucionarlos, cosa que está por ver que se hiciera de no haberse producido la invasión vegetal: Bracaberbría vive en orfandad comercial, porque el transporte aéreo es antieconómico salvo el de pasajeros, y la única vía para las mercancías pesadas es por Marlú, y a partir de ahí, donde el Sarca es navegable, hasta el puerto; pero por el Sur, entre la selva de Sadelac, la montaña y el peral, estamos prácticamente aislados de las Ovbinas medias, y con Perighart sólo existe relación por aire.

—¿Y el desierto de Irgul? —preguntó Silamo.

—En caso de necesidad se puede cruzar, claro está —dijo la joven de antes, una tal Ivana—; incluso hay rutas turísticas organizadas, pero para el tránsito comercial es inviable.

—Tal vez se debería pensar en la relación que tiene el estado presente de cosas con la evolución de las filosofías del bienestar —dijo Ígur, con ganas de comprometer ideológicamente al anfitrión.

—Desde hace más de trescientos años —dijo Erastre—, la justicia social se ha enterrado, según se nos continúa queriendo hacer creer, por razones prácticas, y sobre los escombros han aparecido formas más o menos selváticas y originales de ética personal, por decirlo de una forma que se entienda, pero con todas las reservas. Parece ser que entre las dos revoluciones, es decir a mediados del Siglo II, Bracaberbría como polis había llegado a construir una sociedad ideal, un mundo perfecto, no guerrero, no cerrado, no coercitivo, y las poblaciones vecinas, ya plenamente, o aún plenamente si se quiere expresar de forma optimista, delictivas y corruptas, ayudaban a mantenerla con un respeto extraño y un orgullo ajeno sobre el que se han construido muchas teorías: el pago de una deuda, expiación, cada cual que piense lo que quiera. Los fundamentalistas sostienen que se trataba de la preservación de un misterio, quizá incluso de amplia dimensión crematística: quien tiene todas las manzanas podridas, ¿qué no hará por conservar la sana? Todo el mundo había predicho que el paraíso estético, ético y espiritual de Bracaberbría se acabaría con una invasión exterior, quizá como última forma de esperanza, pero el gusano se

formó dentro de la propia manzana sana, lo que permitió inferir que tal bondad no había sido más que una apariencia engañosa inventada y mantenida con oscuras finalidades; ¡pero de qué manera se lo habrían creído los que murieron serenos en la edad de oro de Bracaberbría!

—Lo cierto es que los signos de decadencia eran palpables para quien no se empeñara en cerrar los ojos a las evidencias —dijo el coronel Iazata—; cuando en una ciudad grande el puerto entra en quiebra, y el de Bracaberbría lo hizo en favor del de Eyrenodia, es un signo inequívoco, y viendo la experiencia de los dos Laberintos anteriores, que el de Eraji es una ruina arqueológica ajardinada y el de Perighart constituye los cimientos y las plantas bajas de media urbe, se podía haber hecho un esfuerzo para conservarlo.

—Esperemos —dijo Ígur, cada vez menos esperanzado de abandonar la reunión con conclusiones útiles y positivas para su empresa— que eso sirva para que al menos en la Falera no pase lo mismo.

—La Falera —dijo Erastre— tiene la ventaja de asentarse como un sandwich entre dos formaciones rocosas. Pero he oído decir —rió— que hay facciones opuestas en la propia Hegemonía que defienden diferentes proyectos de reutilización del Laberinto.

—¿Ah sí? —dijo Ígur—. ¿Y cómo lo piensan reutilizar?

—Eso significa —dijo Ivana queriendo ser amable— que confían en que lo consigáis.

—No necesariamente nosotros —puntualizó Silamo.

—Pues ya te lo puedes imaginar —respondió a Ígur Erastre—; como Depósito de Reservas del Banco Imperial, que ahora ya no es el Banco Nemglour, o bien como Catedral Magna de la Apotropía de Juegos, como Prisión Terminal, como Granja Central del Departamento de Mecánica Genética.

—¿Cuál es vuestro programa de actuación para la Entrada al Laberinto? —le preguntó Ivana a Silamo.

—No sé si sería peor eso que destruirlo —dijo Ígur.

—¡Esos puritanos Astreos —dijo Erastre—, nunca se sabe qué harán! ¡Son capaces de meter el Mercado General de Abastos en el Laberinto! —Y todo el mundo se echó a reír.

—Estamos a la espera —dijo Silamo— de una Entrada técnica al Atrio; la resolución logística sigue su curso normal.

—Me gustaría poder ayudaros —intervino Iazata.

—¿Creéis que Gorhgró seguirá el camino de Bracaberbría si no se consigue que el Laberinto sobreviva a la Entrada? —preguntó Ígur.

—¡Quién sabe! —dijo Erastre—; en cualquier caso, el cuadro no es halagador: la Entrada inminente, los Astreos, la lucha por la sucesión y, sobre todo, la permanencia

del conflicto, porque, a medida que Nemglour envejecía, el Hegémono le ganaba terreno a los Príncipes, y que ahora se tengan que enfrentar entre ellos no les favorecerá para recuperarlo, y todo eso entre treinta y cinco millones de habitantes. ¡No me extraña que el Emperador no quiera vivir allí! —Hubo risas.

—Debrel —explicó Silamo a Iazata y a Ivana— duda aún sobre qué Protocolo rige nuestro Laberinto; parece seguro, sin embargo, que la Puerta tiene un mecanismo fotosensible.

—En todo caso —dijo Ígur—, nadie discute que nada será lo mismo después del Ultimo Laberinto. En lo que respecta a Gorhgró, aunque el Emperador no viva allí, seguro que algún Jefe de peso tendrá que quedarse, si no cae el potencial humano.

—¿Un mecanismo fotosensible? —dijo Iazata—; ¿artificial o solar?

—Mixto, imaginamos —dijo Silamo—. Tenemos un código estelar como primer paso de decodificaciones.

—Después del Laberinto, dudo que quieran vivir allí ni los Príncipes —dijo Erastre—. Posiblemente el mecanismo fotosensible de la Puerta de Entrada sea el último vestigio de los viejos tiempos, cuya desaparición acabará de impulsarlos a huir; me apostaría cualquier cosa a que si habéis obtenido un código de estrellas, la relación con la Puerta sea la clave de Entrada —rió—. Será decir bellamente adiós a toda una época.

—Tenía entendido —dijo Ígur— que esa época ya está liquidada, y quizá no tan bellamente.

—Así se puede considerar, en efecto, depende de cómo se mire. Los tiempos de las matemáticas como imagen tenían un nombre propio incomparable, las estrellas. Ése era el origen, una función casi física: la necesidad somática de ver el cielo, así como la función clorofílica de las plantas y la función astral del pensador nocturno. Y ése también es el origen de la paranoia colectiva de las ciudades, la carencia urbana del cielo, el olvido de las estrellas —Ígur se rió recordando que Guipria había dicho que Erastre era un determinista tecnológico; si Debrel le había enviado a visitarlo para ampliar el punto de vista del Laberinto, no se podía decir que no había tenido sentido del humor—; ése es —proseguía Erastre— el gran invento de la humanidad: ni la rueda ni el fuego, que con propiedad habría que llamar descubrimientos, sino la analogía como herramienta de conocimiento.

—Analogía que también reproduce su propia historia —dijo Iazata, y se rieron; viendo a Ígur interesado, Erastre se extendió.

—Los observadores, y hay opiniones diferentes acerca de hasta dónde de repente, hasta dónde a través de generaciones, se dan cuenta de la correspondencia temporal entre el clima, los ciclos agrícolas y biológicos en general, y los movimientos de los astros, a partir del recuento de los días, de la utilidad de las estrellas como calendario; en realidad, lo que acabo de decir es una redundancia incorrecta, un anacronismo

lógico, porque la observación de los ciclos astrales es anterior al calendario, y en realidad constituye su raíz conceptual. La apreciación de lo menos mutable a escala humana, las estrellas, es la medida de lo más mutable (el clima y los seres vivos), y establece sobre la realidad una primera jerarquía de categorías. La analogía avanza a partir de una causalidad muy sencilla: sabiendo que cuando en la tierra pasa tal cosa, en el cielo, a tal hora de la noche, hay tales objetos, sabremos que cuando tales objetos, siguiendo su ciclo, se acerquen a esa posición, se repetirán esos sucesos en la tierra. Hay una primera ilusión: que los acontecimientos del cielo determinen los de la tierra, pero eso, claro, desaparece con el empirismo. En cualquier caso, el establecimiento de la relación, suponiendo que no haya sido cosa de muchas generaciones, o incluso siglos, debió ser un momento apasionante.

—Quizá fuera el descubrimiento de un individuo —le interrumpió Ivana.

—Muy sentimental, amiga mía —dijo Erastre—, pero lo dudo. En cambio, sí me atrevería, como mínimo, a especular sobre la posibilidad, y hablo siempre en el terreno colectivo, de que ése sea el proceso consustancial a la construcción del sistema de conocimiento y de comunicación; de hecho, los residuos del origen son aún visibles en nuestra cultura.

—La cuna del lenguaje... —dijo Iazata con poco interés, medio pregunta, medio constatación.

—Y de la filosofía —dijo Erastre—. A partir de ese momento, el conocimiento se bifurca en dos grandes direcciones: una, de orden práctico, cultiva la técnica para establecer con la máxima precisión los movimientos del cielo, y hoy la llamamos astronomía; la otra, de orden supraestructural, intenta explicar la analogía hasta su razón fundamental: ése es el origen de la astrología, pauta, cuando se le añade la necesidad de situar la vida, del sentimiento mítico sagrado, y, ya de forma más distante, con las sistematizaciones formales y de poder, de las religiones en general.

—Si en origen —dijo Iazata—, astronomía y astrología son una sola ciencia, igual que química y alquimia, el proceso que conduce a la división actual no podemos contemplarlo con ojos inocentes, nunca podremos dejar de verlo desde la mediatización del resultado.

Erastre sonrió.

—El distanciamiento entre una cosa y otra lleva a pensar en un pasado de términos identificados, sí, pero es difícil establecer relaciones de dependencia histórica entre disciplinas científicas, artísticas y filosóficas. No deberíamos confundir la evolución de una disciplina, su buen funcionamiento como sistema, con su utilidad y, aún menos, con el grado de verdad que encierra para cada cual. El problema es la conciliación, o, si se quiere, reconciliación de las ramificaciones en una disciplina única que intente explicar el mundo, porque la relación que las distanciaba no pertenece a una causalidad razonablemente abarcable y, por lo tanto,

es difícil de situar fuera del elemento más amplio, quizá las religiones, cuando no se dispone de más acuerdos racionales o lenguajes en común, pero tampoco se la puede tirar por la ventana, porque es lo que ha propiciado la aparición de la ciencia astronómica, es decir, de las matemáticas y la física, por más que en origen fueran subsidiarias de la astrológica, y la poesía, subsidiaria de la cual es la filosofía.

—¿El advenimiento de la ciencia, es decir, el triunfo de la filosofía sobre la poesía, es un movimiento de lógica histórica? —dijo Silamo—; Debrel no lo ve como sustitución, ni como derrota de una cosa por la otra, ni tan sólo como alternativa estratificada en el aspecto de categorías.

—¿Lo ve como las dos caras de una misma moneda, pues? —dijo Ivana.

—Suponiendo que la moneda sólo tenga dos caras —dijo Erastre—. La cuestión continúa siendo cómo ligar los dos grandes bloques de visión del mundo, hayan estado unidos o no en origen, y cómo situar en ellos la experiencia personal. El aprendizaje del recuerdo colectivo, desde luego, no puede lograrse si no es a través del recuerdo individual, que actúa por compensación: acumula en el plato de la balanza del conocimiento y la capacidad de expresar lo que vacía del plato del sentimiento y el deseo. El Anágnor Harsafes sostenía que el conocimiento colectivo sigue un camino parecido, y que en nuestra época estamos aproximadamente a una tercera parte del conjunto, pero ¡quién se atrevería a mantenerlo a ultranza! La sabiduría, eso sí es cierto, se adelanta al envejecimiento y aleja la muerte, a pesar de que hoy ya nadie se hace la ilusión de forzar la realidad con un concepto. ¿Cuál ha terminado por ser el instrumento que mejor se adapta a una visión utilitariamente simplificada del mundo? La cuantificación: estadística, probabilidad, la cuadrícula del mapa en términos identificables como combinaciones cartesianas de otros más elementales, ¡ésa es la verdad en porcentajes! ¿De qué orden se puede esperar vivir, en tales condiciones? Aparte del fracaso al que la operación está condenada como sistema de pensamiento, pensad en los perjuicios en el ecosistema de la felicidad social, vital y espiritual que conlleva el intento.

—Un intento devastador, sin duda —dijo el coronel Iazata, pero parecía que no hubiera escuchado.

—Un intento que conduce, como toda moral, a un sistema encarnador, a una iconografía significativa que en unas épocas eran los dioses, en otras el arte, en otras la glorificación de los avances de la industria; con nosotros son los Juegos. Naturalmente —miró a Ígur y Silamo con soberbia—, aquí no llega la magnificencia de la Apotropía, ni la iniciativa privada se puede permitir los espectáculos de Gorhgró o del Lago de Beomia, y eso significa que los jugadores han de usar la imaginación si no quieren acabar en las naves desiertas y medio en ruinas del antiguo Palacio General.

—Aún funcionan mil salas, y del orden de cien máquinas en cada sala —

puntualizó Iazata—, lo que no significa gran cosa cuando el Palacio había llegado a tener cinco mil salas y trescientas máquinas en cada una.

—¿No creéis que la causa del descenso se debe más a la reforma de los porcentajes? —preguntó Ivana, e Iazata se vio obligado a explicarle el caso a los forasteros.

—La principal modalidad de las tragaperras era la ruleta rusa, basada en la jugada tradicional; el cliente, en la variante punitiva, jugaba con cien créditos a un sexto de posibilidades de muerte frente a cinco sextos de premio de mil créditos; a cada punto de aumento de probabilidades, lo que sería el equivalente de las balas, aumentaba linealmente el importe de la jugada y el premio, es decir, con dos probabilidades de muerte contra cuatro, la jugada valía doscientos créditos y el premio dos mil, hasta que se objetó que en función de la metaposibilidad, los premios debían aumentar en proporción geométrica (incluso había un sector que propugnaba la exponencial), porque la metaposibilidad (en realidad deberíamos llamarla posibilidad real) de morir en el Juego no queda realmente explicitada en la constatación matemática de que cuatro sextos es el doble que dos sextos, sino que en un caso existen verdaderamente más posibilidades de morir que de ganar, y es por eso por lo que se decidió primar geoméricamente los premios, manteniendo el aumento lineal de los costes. Pero resultó que las arcas del Palacio no eran suficientes para hacer frente a los pagos, a pesar de que las máquinas estaban, según se ha demostrado, trucadas, y las probabilidades de muerte eran mayores de las indicadas, ¿recordáis la cantidad de empleados que llegó a tener el servicio permanente de identificación y recogida de cadáveres?

—Desde luego —dijo Erastre—. Y el servicio se colapsaba cada sábado, cuando los recogedores morían en tropel en las máquinas tragaperras... les faltaba tiempo para ir a gastarse el sueldo.

Hubo carcajadas.

—El caso es —prosiguió Iazata— que enseguida empezaron los impagos a ganadores, con el desorden social consecuente: bandas de afectados asaltando las salas y destruyendo las instalaciones, procesos a los empleados por distraer los fondos de las cajas de las máquinas antes de cargarlas, o por embolsárselos una vez registrados, y a partir de entonces el inicio de la decadencia del Juego.

—La discusión de fondo —dijo Erastre— ha beneficiado mucho al Hegémono para arrebatarse poder con el impulso de la famosa reforma institucional: ¿cuánto vale un hombre?, ésa era la cuestión, y la respuesta es la verdadera ideología sobre la que se asienta el Imperio. Distinguimos entre valor activo y valor pasivo. Valor activo: cuánto vale, en términos mercantiles, la persona, en tanto que resultado de la división entre el presupuesto que se dedica a 'a materia humana del Imperio y el número de individuos; así se obtiene una cifra determinada que sin más referencias no clarifica

nada, y que, corregida con el coeficiente comercial pertinente, es lo que tendría que pagar por un hombre un hipotético comprador, en caso de que un hombre fuera explícitamente una mercancía, al margen de que en otros términos no deje de serlo. Valor pasivo: cuánto está dispuesto a gastar el Imperio, siempre como promedio, para evitar la destrucción de un hombre, en la misma medida en la que invierte para salvar un puente, pongamos por caso, una carretera, o lo que sea; en ese caso dependerá del hombre; el promedio del conjunto de la población está ligeramente por encima de uno, pero es gracias al enorme potencial que el Imperio dedica a la preservación de unos cuantos, el Emperador por encima de todos, lo que ocasiona que el resto quede por debajo, y la práctica ha obligado a reconsiderar los términos del cálculo. Hoy en día, finalmente, la cifra concreta de cada cual, por supuesto no accesible para el público en general, se cuantifica a través de una complicada fórmula matemática que, integrando factores esenciales o circunstanciales, por ejemplo edad, bienes producidos, estado de salud y excedentes en la profesión, establece una proporción entre lo que el Imperio pagaría por salvarle la vida y lo que pagaría por eliminarlo. Como el valor negativo de la mayoría es mayor que su potencial social, y, por supuesto, pecuniario, para evitar que los destruyan de oficio no les queda más remedio que el Juego, que de esa forma actúa como impuesto pasivo, no tan sólo desde el punto de vista económico, donde aporta diez veces más activo que los impuestos indirectos y directos, sino sobre todo sobre el excedente de población.

—¿Heroísmo de consumo? —rió Ivana—; ¿convertirte en un héroe por cien créditos y solucionar un mes de vida? Quizá sí sea ésa la trampa con la que el Imperio recupera gastos. Nunca lo hubiera conseguido por decreto.

—De ahí surgió la controversia —dijo Iazata—, porque los baremos del Juego tasaban una vida humana muy por encima de su valor real, y el mercado oficial no lo ha resistido. —A Ígur se le apareció la imagen del mimo vagabundo instalado en el portal de su casa, un hombre ya bastante viejo y maltrecho, que dormía a la intemperie en la más completa indigencia—. De ahí que los verdaderos jugadores tengan que organizar privadamente las timbas valiéndose más de la imaginación que de grandes presupuestos. En otro momento —se dirigió a Ígur y Silamo— ya os contaré alguna.

—El problema práctico con que topa desde hace tiempo la inacabable reforma de Ixtehatzi —dijo Erastre— es la destrucción real del sentimiento de la imagen colectiva, que excede los propósitos del político histórico, y el anhelo retrógrado de la población, que está mucho más lejos en sentido opuesto, y en ese caso el punto medio no sirve. ¿Mantener los Juegos? Imposible tal y como están: potenciarlos o suprimirlos, y ésa es la paradoja, porque tampoco es posible ni una cosa ni otra. ¿Añadir poder al Gran Cuantificador? Muy bien, pero ¿qué pasará cuando estos señores resuelvan el Último Laberinto? ¿Tensar al individuo entre el Cuantificador y

las Demeterinas? Más valdrá cortarse las venas que presenciario y, sin embargo, ya nos han atrapado los tiempos en los que las características del pasado se ven no ya como anacronismos, sino como ambigüedades difíciles de situar. ¿Qué opináis del asunto de las Demeterinas?

—Cuando se tiene el control del mercado no hay más remedio que asumir el enriquecimiento material como una carga de autoridad moral, y actuar en consecuencia —dijo Ígur con solemnidad.

—Eso está bien —dijo Iazata—; ¿y respecto a la propaganda?

—Una buena manera de ridiculizar a los enemigos es reducir a esquemas primarios sus pensamientos, atribuirles visceralidades y crispaciones irresolubles, intenciones dogmatizantes —prosiguió Ígur, con la vaga esperanza de que si detrás de esa reunión estaba La Muta, alguien saltaría, pero no fue así, quizá, pensó, porque estaban demasiado acostumbrados a los Juegos en los que es vital no mostrar las bazas; sólo Erastre sonrió.

—Volviendo a las Demeterinas, ¿sois partidario del control o de la liberalización? —Ígur vaciló—. No hace falta que contestéis, no vayáis a creer que os queremos comprometer. Únicamente quiero que no olvidéis que habéis emprendido un camino en el que no sólo tendréis que bregar con enigmas poéticos o geométricos, sino que también se encuentra imbricado el problema del control de un cierto tipo de recursos en los que, por desgracia, la política tiene un peso muy importante, y no creo que, por sabio que sea Debrel, os resulte posible manteneros al margen. Por cierto —se encogió de hombros—, no entiendo por qué os ha enviado a visitarnos; yo, al menos, no tengo nada que añadir a sus enseñanzas, y me atrevería a decir que en el aspecto técnico no tiene interlocutor en todo el Imperio.

Ígur se reafirmó en la idea de que la visita a Bracaberbría tenía una dimensión política. ¿Había que estar a buenas con La Muta? Debrel podía haber sido más explícito. Miró a Silamo con desconfianza. ¿Colaborador o vigilante? Pero Debrel no parecía el más insondable de todos.

—Debrel es un genio, ciertamente —dijo Ivana, con mirada evocadora.

—¿Un genio? —dijo Erastre—. La idea de genio está reñida con la materia ética que preside la resolución del Laberinto. Se puede hablar de un pianista genial, de un matemático, hasta de un estratega militar o financiero, y casi propiamente de un criminal, y en todos esos casos se revela claramente que la conciencia de la contemplación del genio comporta algo que, siendo susceptible de contraste, y por lo tanto de confrontación, es en esencia no cuantificable, en el sentido en que nadie se referirá nunca a un moralista como genial, dando con ello la población parlante cuenta de hasta qué punto está poco predispuesta a recibir sorpresas en dicha materia. Debrel es un genio de la deducción positivista, pero tendrá que abandonar tal facultad cuando llegue al corazón del Laberinto —miró a Ígur—, y a vos también os

convendrá olvidar que sois un espadachín invencible —miró indefinidamente adelante, como hablando para sí—; no podréis olvidarlo, y después os lamentaréis, cuando ya no habrá tiempo.

Erastre ofreció una cena a sus huéspedes, al final de la cual se retiró a reposar en nombre de los recursos y las prerrogativas de la edad, brindando, sin embargo, a los demás la posibilidad de alargar la tertulia en el salón, gentileza amablemente rehusada por Iazata y por Ivana, que propusieron a Ígur y Silamo que se apuntaran a una fiesta privada en casa de unos amigos; Ígur iba a decir que no, pero Silamo se le adelantó.

—Aceptamos con mucho gusto —dijo.

Iazata e Ivana llevaron a los invitados con el transporte a través de la inacabable y agonizante estepa urbana de Bracaberbría, donde los reductos habitables eran islas en medio de un océano de abandono y miseria, hasta otro Palacio, más lujoso que el de Erastre y, bajo una masa de magnolias con madreSelva, mimosa y heliotropo, casi invisible para el peatón no avisado. Allí se celebraba una orgía ya medio empezada, en ese punto indefinible entre la indecisión indolente de unos, la impaciencia de otros y el afán de organización de la anfitriona, una tal Tálela, que, aunque sin duda más joven, no resistía la comparación con Madame Conti.

—Adelante, mensajeros del Imperio —dijo—, estáis entre amigos.

—Yo no diría tanto —dijo un viejo maquillado—, estáis entre actores.

Taleia les presentó a dos mujeres en una fase también ambigua de embriaguez.

—Destoria y Fornesdipra. —Y señaló a la rubia y a la morena, que a Ígur le recordó a Sadó por el físico, y por los movimientos a una buena amiga de Cruiaña.

Se intercambiaron las cortesías de rigor, y la tal Destoria se puso a contar desafortadamente los problemas que la Mayoría de la ciudad le estaba ocasionando por unos impagos de impuestos.

—¿Es que ahora el Imperio tiene acceso directo a los créditos particulares? —repetía una y otra vez—; que sepan lo que haces, pase, pero que te roben las reservas, ¡por ahí no trago!

—Debes haber transgredido las leyes fundamentales de la convivencia —dijo Iazata con una sonrisa perversa.

—¿Cuáles son? —preguntó ella levantando la cara.

—Te guardarás de proferir mirada de ira alguna que no provenga del cielo —dijo Fornesdipra, poniéndole una mano en el muslo a Ígur—, te guardarás la apoteosis de los labios si no es para impulsar más sangre, te guardarás de enseñar a los niños grandes falos arrebatadamente succionados por opulentas mujeres perdidas ardientes de espasmos, sudores y gemidos, te guardarás la avidez que sólo lleva a la brevedad —Destoria la interrumpió de una carcajada—, no permitirás que el más impotente se quede ni siquiera las migajas...

—¿Queréis que juguemos? —intervino Madame Taleia.

Ígur se separó y dio una vuelta por la sala, un espacio distribuido en tres naves desangeladas, partidas por columnas de hierro que soportaban un techo de madera a unos cuatro metros, perdido en una maraña de madre selvas y plantas tropicales que desprendían olores y humedades sofocantes, mezclados con otros sobre cuyo origen más valía no indagar. Iazata, tal y como había prometido, explicaba las características de un Juego, con la rubia Destoria sobre sus rodillas.

—Es una variante poética del Juego de la Confianza del Lobo: cuatro jugadores en cabinas aisladas tienen la opción blanco o negro: si todos eligen blanco, obtienen cinco mil créditos cada uno; si alguien elige negro, independientemente de lo que hayan elegido los demás, tendrá la obligación de jugar a un sexto de posibilidades de muerte por electrocución contra cinco sextos de una ganancia de mil créditos, y los que hayan elegido blanco serán electrocutados de inmediato. La estadística mostraba un elevado porcentaje de jugadas en las que, por intuición de gato viejo, o a saber por qué, hay quien afirma que por acuerdos fraudulentos, todos los jugadores escogían lo mismo, o blanco o negro, y se resolvió introducir, como quinto jugador, un factor aleatorio de un tercio de posibilidades de negro y dos tercios de blanco, pero entonces los jugadores optaban sistemáticamente por el negro, y se inventó la variante poética, que obliga un poco más a la imaginación: se explica una historia sencilla, normalmente extraída de los antiguos, basada en los grandes sentimientos elementales: triángulo amoroso con alcahueta tendenciosa, dos parejas intercambiadas, hija y padre y tres pretendientes, en fin, cualquier cosa, y por sorteo se le adjudica un personaje a cada jugador; el texto contiene en forma de enigma, y también como conclusión moral, por lo tanto con dos caminos válidos para encontrar la pista, la postura adjudicada a cada personaje, blanco o negro, y el jugador tiene que escoger en un tiempo limitado; de ahí resulta una matriz de posibilidades mucho más rica, basada no tan sólo, como antes, en el contraste entre personajes, sino con posibilidades de re-salvación o re-condena en caso de coincidir cada cual con su color adjudicado; así la elección tenía de entrada cuatro posibilidades: que el jugador al que le había correspondido personaje blanco eligiese blanco o negro, por lo tanto que acertara o fallase, y lo mismo correspondiéndole negro; en caso de acierto en blanco, el personaje se salva, pero se va sin una perra con independencia de lo que hayan conseguido los demás; los personajes negros pueden ser desde uno único hasta todos; el que lo es y lo acierta salvará la vida y obtiene la muerte de todos los que se hayan equivocado; para obtener los cinco mil créditos tendrá que esperar a un error propio y que al menos uno de los demás se haya equivocado (siempre, por supuesto, que ningún negro haya acertado, porque en ese caso moriría en el acto), y entonces tendrá la obligación de jugárselos a muerte a un cincuenta por ciento, y a un diez por ciento si todos los demás han acertado pero ninguno con negro.

—¿Y si todos aciertan? —preguntó Ígur.

—Era difícil que todos acertasen; entonces se repetía el Juego con diez mil créditos de premio a la jugada, pero con una historia mucho más complicada y con la mitad de tiempo para resolverla.

—Demasiado difícil —dijo Madame Taleia—, creo que nunca me metería en algo así.

Iazata rió.

—Los Juegos de ahora son una bagatela comparados con los de la vieja escuela gulkuriana de los Pantanos. Hay que ir a los Palacios de los Duques arruinados de Eyrenodia para encontrar a alguien que aún sea capaz de construir un Metajuego Gnomónico.

—¿Queréis decir basado en proyecciones astrales? —preguntó Ígur.

—Quiero decir regido por un canon dinámico, generalmente la mediana y la extrema razón. Las reglas del Juego también forman parte de ese canon, la combinación de los resultados anteriores confecciona las reglas de cada jugada, hasta un grado de expresión y complejidad inimaginable. Las leyes generadoras de normas y sus relaciones con las jugadas, a través de correspondencias que asimismo establece y modifica el Juego y lo ponen en relación con características intrínsecas modificadoras que el jugador ha de tener presentes en todo momento, se designan las unas como Jefes de Ahrimán, es decir los Planetas, y las otras como Jefes de Ormuz, por lo tanto los Signos del Zodíaco, y responden a codificaciones de series que siguen espirales logarítmicas de diversos órdenes, generalmente relacionadas homotéticamente entre sí, y sujetas al grado de aleatoriedad establecido en las premisas, aunque, como todas las demás leyes, modificable a lo largo del Juego, y en cualquier momento cuantificables las posibilidades, que aumentan en exponencial, con un polinomio no determinista.

—¿Cuál era el objetivo? ¿El placer intelectual? —preguntó Ígur.

—Por encima de todo estaba —dijo Iazata— la idea de obligar al jugador a una cultura, a unos conocimientos de la tradición y a un poder adquisitivo que descartase de entrada a cualquiera que no fuera un Príncipe o un alto dignatario, de Agon para arriba. Y, una vez el Juego en marcha, el efecto de las normas era de una complicación tal en la defensa frente a factores imprevistos y, por lo tanto, en la modificación de estrategias, que hacía casi imposible la estabilidad de relaciones de confianza. La esencia del Juego llevada a las últimas consecuencias.

—¿Te acuerdas del gran jugador de confianza? —le preguntó Ivana a Iazata.

—¡Claro! —dijo el Coronel—. Tenía un no sé qué furioso de femenino. — Destoria le metía mano por los pantalones.

—Imposible —dijo Fornesdipra—, le gustaban las mujeres más que nada.

—He dicho femenino, no homosexual, que es muy diferente. —Y desnudó a

Destoria a tirones, físicamente incómodo por las manipulaciones a que ella le sometía —. Se complacía fingiendo que era una mujer, proyectando en el Juego esa imagen embriagada y desnuda ante los espejos, labios jóvenes y piel enjoyada, luz propia tras ventanas entreabiertas, o en playas de septiembre abrazada a otras mujeres exuberantes y ágiles como ella, multiplicando la sensualidad con un poco de frío y un poco de miedo —y quedaron en primer término los grandes pechos de Destoria, con aros en los pezones—, como en el Juego, precipitándose como la espera del resultado dentro de la cabina con tactos inusuales de pies y brazos, acariciándose hasta desfallecer.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ígur.

—Se llamaba, el pobre —dijo Iazata, sin mirar a la mujer desnuda que tenía en el regazo.

—Tenía demasiada afición a jugar al negro —dijo ella, riendo de una forma que a Ígur le pareció que más que a la conversación, se debía a lo que se dejaba hacer.

Iazata se entusiasmó analizando el contraste entre los gustos del personaje en cuestión y la ausencia de aromas homosexuales en sus inclinaciones, pero cómo de hecho se podía considerar así a partir de la perspectiva de que era una mujer, y, en tanto que inclinada hacia las mujeres, lesbiana.

—Un metahomosexual —dijo Fornesdipra, acercando a Ígur su frondosa orquestación de olores y de incisiones aéreas.

—Se veía mujer más que nada para gustarse como tal —dijo Iazata—, y no le interesaba saber hasta qué punto desde otra perspectiva.

—Su locura —dijo Ivana— buscaba el máximo furor erótico dirigido a la feminidad que pudiese conseguir.

—Las ternuras más erizadas —corroboró Iazata con fruición porque Destoria avanzaba en el recorrido del cuerpo—, las cavidades más cálidas y convulsas de deseo y de belleza.

—El roce y el desmayo más inalcanzable —lo animó ella con la respiración arrastrada—, sin cuidado de extinción, el tránsito continuo entre el rosa y el rojo.

—¡La transformación circunstancial, dirigida —dijo Fornesdipra— y, dentro de su absoluto descontrol, como el Juego, una vez fuera de los límites, controlada!

—Pensarás que la fiera estaba enjaulada —dijo Ivana, gustando de la aproximación de Silamo—, pero la jaula era tan grande y estaba tan bien surtida como para no añorar la selva.

Ciertamente, pensó Ígur, y aún lo era demasiado para ser su fosa, y ya cansado de tanto roce a medias, le clavó la mano en el culo a Fornesdipra, con el dedo central en barrena. Las divisiones del grupo por afinidades le sugerían asociaciones destructivas y, cuando la cortesana se dio la vuelta fingiendo más sorpresa que entusiasmo, la convirtió sin la menor pasión particular en el libro en el que se leía la historia de

aquel lugar, su maravilloso pasado de galerías porticadas, columnatas de oro rosado reflejadas en estanques de contornos de mármol modulados en pálidos lilas carnosos, con vetas como finísimas arterias expresando la terrible palabra olvidada, especies vegetales exóticas y amistosas, pájaros como peces, peces como mariposas, mariposas como pétalos, pétalos como miradas, y en las miradas la señal precisa de aquel instante. Pero la actividad sexual multiplica todo lo que toca: en la juventud, el atractivo y la belleza, pero cuando no la hay, el resquebrajamiento y las más sórdidas repulsiones. Bracaberbría misma, formada por límites, tenía la fascinación inestable de la decadencia que, aún no en plena decrepitud en el sentido en que la diferencia entre lo bella que era en conjunto y a distancia y cuánto entristecía de cerca y lugar por lugar no era todavía demasiado trágica, sabe olvidar el cénit de la vitalidad y el resplandor en lo sazonado y la autocontemplación melancólica en la que se complacen los más perturbadores parajes de mundo, las perspectivas más de ensueño y los escenarios más descorazonadores.

Silamo se ocupaba de Ivana, Iazata había ensartado a Destoria sin moverse de la silla, Ígur arrastró a Fornesdipra por los rincones más oscuros de la estancia, a los cobijos que dejaban libres los montones de cuerpos que no quería reconocer, con jadeos sin voz en los que resonaba la feroz analidad de azufre de la antigua disciplina espintriana, hasta que, en un receso, ella se abandonó, como tantas mujeres entusiasmadas, al parecer de Ígur, con toda su pretendida independencia, a la obsesión de repasar experiencias, de mezclar en ellas al amante que tenía entre las piernas, magnificadas hasta lo absoluto vivencias que a Ígur le parecían tópicas y vulgares y, viendo que él la dejaba hablar, se autocomplació hablándole de otros hombres de su vida y de momentos inolvidables, que Ígur encontró estúpidos algunos y más que superables los demás, hasta que vio a Destoria desocupada, una vez el desarbolado Iazata recalaba en el abrevadero terminal de la mesa del medio, y la llamó para que lo salvara de tanta intimidad moral indeseable. Pero Fornesdipra no estaba dispuesta a perderlo, por lo que Ígur se las tuvo que ver con la voracidad capiculada del doble de agujeros que antes, hasta que los horrores de la revelación del alba dejaron al descubierto las victorias no deseadas, y aun Ivana, que no había tenido bastante con Silamo, reclamó las últimas ganas del Caballero conmovido por el desorden de los sentidos.

Al día siguiente Ígur y Silamo se extenuaron una vez más en cuerpo y alma por la inacabable reiteración geométrica de Bracaberbría, y dos días más tarde concluyeron que aquel lugar no les aportaría más que desgaste y disolución, así es que Ígur cumplió su misión burocrática, que resultó completamente irrelevante, y los días que les quedaban los pasaron en un lento retorno por la ribera del Mar del Sol Poniente, por el Delta del Sarca hasta el puerto de Eyrenodia, desde donde retrocedieron hasta las marismas, y de allí en helicóptero hasta Póntira, y en transportes tradicionales y

justo antes de la entrada del equinoccio, hasta la lanza del Sarca, que remontaron hasta las puertas de Gorhgró, donde llegaron en la más brillante ebullición de la noche, una noche roja bajo el indescriptible cielo blanquecino de cuando no ha soplado la furia norte del Gran Arturo.

Ígur y Silamo se despidieron después de tantos días sin perderse de vista, y cuando el Caballero llegó a su residencia, encontró el pórtico ocupado por media docena de indigentes, como si la memoria inmediata, resistente a abandonarlo, montase guardia en la más directa y eficaz de las proximidades.

VIII

Ígur Neblí se reincorporó a la disciplina de la Equemitía para rendir cuentas de su estancia en Bracaberbría, y fue oído por el Secretario Ifact en presencia del Ayuda de cámara.

—¿Cómo van las gestiones de la Entrada al Laberinto? —le preguntó al final—. ¿Ha habido más problemas burocráticos?

—Gracias a vuestra ayuda, ninguno más. Esperamos la resolución de los problemas técnicos y la respuesta del Secretario del Príncipe Bruijma.

Ifact alargó el silencio hasta el punto de alarmar a Ígur.

—Quizá debieras saber que tienes competencia para conseguir la Eponimia del Príncipe Bruijma. —Ígur ya esperaba algo así, pero desconocía la estrategia consecuente.

—En toda tentativa hay un Caballero de Capilla —dijo—. ¿Podría saber quién es?

—Si tienes intención de desafiarlo, piensa en el código de la Capilla —dijo Ifact—. Es Per Allenair.

Per Allenair era el hijo espiritual de Maraís Vega, y, con algo menos de treinta años, se encontraba en el punto justo entre energía y experiencia; realmente, pensó Ígur, no era un adversario a quien ir a desafiar.

—¿También es Astreo? —preguntó; Ifact vaciló.

—No exactamente. Pero tiene ciertos compromisos adquiridos.

Ígur se imaginó en medio de un Combate. La intuición siempre le había dado buenos resultados. ¿Compromisos? Se decidió a disparar con los ojos vendados.

—¿Se trata de las Demeterinas?

Ifact se volvió lentamente hacia el Ayuda de cámara, y mantuvieron un diálogo de miradas tan sutil que Ígur fue incapaz de distinguir el menor movimiento aparente; tan sólo le pareció apreciar una confirmación de cálculos.

—Que nosotros sepamos —dijo el Secretario—, el mercado por ahora se mantiene estable, y el reasentamiento de los Príncipes no tiene por qué afectarlo de forma inmediata. ¿Existe alguna información en sentido contrario?

La jugada se había puesto en marcha, pero Ígur iba con los ojos más vendados que antes.

—No exactamente. Pero no quisiera que la Entrada se me fuera de las manos por una imprevisión.

El Secretario se dirigió de nuevo al Ayuda de cámara.

—¿Quizá estéis pensando en alguna forma de autocompetencia como solución? —dijo el funcionario.

Ifact lo mandó callar con un gesto y se puso en pie, con una mirada glacial. El Ayuda de cámara hizo una inclinación y salió. El Secretario rodeó la mesa y

acompañó a Ígur a la puerta.

—Sigue adelante —le dijo—, y cualquier dificultad nos la comunicas enseguida —Ígur dudaba de si la indiscreción del Ayuda de cámara había sido real o preparada —, y no dejes de mantenerte en contacto, igual que antes —pero, pensó Ígur, si estaba preparada, ¿con qué intención? ¿Despistarlo? ¿O, al contrario, darle subrepticamente una información que de forma oficial no podía salir del despacho de una Equemitía?—, que los tiempos son procelosos y el mapa del mundo puede cambiar de un día para otro —rió—, sé prudente.

A esa hora Silamo debía de estar en el Atrio del Laberinto, y habían quedado para después en casa de Debrel; Ígur dio una vuelta por los parques del Sudeste, desde donde se dominaba el macizo de la Falera, y después se fue para allá.

Informado por Silamo con meticulosidad, Kim Debrel le ahorró a Ígur el dar explicaciones del viaje a Bracaberbría, y Debrel no acabó de aclararle los motivos de la visita a Erastre. Rió cuando Ígur le repitió los elogios de que había sido objeto, y estaban en plena complacencia dialéctica cuando llegaron Guipria y Sadó.

—Nos han dicho —le dijo a Ígur la mujer del geómetra— que el Señor Caballero de Capilla provocó estragos sentimentales entre las féminas de los Pantanos.

Rieron; Ígur miró a Sadó, vestida de azul marino y más bella que nunca, y ella mantuvo la mirada pero no la sonrisa.

—Las mujeres de Bracaberbría tienen fama de sacarle a los corazones ociosos más de lo que se les tenía pensado dar —dijo con su voz de soprano cálida y sensual —; quizás tengan mucho que enseñarnos.

Sirvieron las bebidas, los canapés y las pastas habituales, y se mantuvieron presentes con intermitencias casuales, dejando que ellos dos continuasen la conversación.

—¿Qué pasa con las Demeterinas? —preguntó Ígur.

—El conjunto de las Demeterinas reproduce dividido en elementos lo que se ha llamado el espectro perceptivo del animal humano, es decir, todas las combinaciones sensoriales y reconstructivas de la realidad que hasta ahora se han descubierto como capacidades del cerebro.

—Eso ya lo sabía —dijo Ígur—; lo que quiero saber es qué papel juegan en el Imperio, y qué incidencia tienen en la Entrada al Laberinto.

—Los límites de las posibilidades del uso de las Demeterinas por parte del gobierno —dijo Debrel— coinciden, y en muchos casos se sobreponen, a los de los más importantes instrumentos corporativos de operación del Imperio, empezando por el Cuantificador Central que, como sabes, controla el Hegémono, si es que es posible que lo controle alguien. El problema empieza cuando el alcance del Cuantificador, aplicado a todas las actividades comerciales, políticas, artísticas, sociales, delictivas, judiciales, etcétera, topa con la mediatización de las Demeterinas, que demasiado a

menudo son obstáculo, disfraz y hasta falseamiento y burla. La Demeterina bien utilizada es un formidable revulsivo social y político, y no acaban ahí sus aplicaciones, porque es a su vez distorsionadora con el Juego y con la Cabeza Profética, y probablemente esté en la base de alguna de las trampas del Laberinto.

—¿Y cuál es el problema en concreto?

—Quién las controla. Tu Equemitía propicia la ingeniería genética y la mecánica neuronal, y es, por lo tanto, uno de los tres estamentos que regulan la producción de Demeterinas, que son en la práctica el factor de enlace entre el seguimiento del individuo y la política de conjunto del Imperio. ¿Te imaginas, en las manos adecuadas, el instrumento de desestabilización que pueden llegar a ser? —Sadó se sentó en la alfombra con las piernas cruzadas, y con la cabeza apoyada en las muñecas escuchaba con una atención que a Ígur se le antojó caprichosa—. La cuestión es que por una parte la industria de investigación y producción de Demeterinas atraviesa periódicamente crisis sectoriales, y por otra que hay algunas que los Príncipes sospechan que parte de sus beneficios se desvían a La Muta. ¿Qué se puede hacer? Partiendo de la base de que el uso continuado de cualquier Demeterina supone un desgaste severo de salud, en especial de las células cerebrales, la prohibición parecía un buen camino, pero llevada a término de manera radical podría suponer el hundimiento definitivo del sector. La solución del Hegémono Barx está considerada un clásico del intervencionismo pasivo: de entre los cinco bloques genéricos de Demeterinas, declaró tres ilegales, y sometió a los otros dos, uno a un control estricto y el otro a un control nominal; de los tres bloques prohibidos persiguió a dos, y al tercero lo puso bajo una tolerancia oficiosa; los resultados fueron brillantes, y se consiguió estabilizar la situación; así, los traficantes y consumidores a gran escala de las dos Demeterinas perseguidas eran sometidos a castigos ejemplares, de gran resonancia pública gracias a que a menudo se pillaba a personajes famosos. Y cada clase social era, de acuerdo con sus inclinaciones y posibilidades colectivas, consumidora de un sector determinado, prohibido o tolerado, y cada cual vivía sensibilizado por una filosofía, desde las más radicalmente abstencionistas hasta las que, por encima de la certeza racional de cualquier ciudadano con sentido común del hecho de que tanto el consumo de la Demeterina prohibida como el de la permitida beneficiaban a las mismas arcas, propugnaban el favorecimiento de la Hegemonía del Imperio con el uso de las legales o, al contrario, su debilitamiento con el uso de las clandestinas. Pertenece a la literatura del tratamiento social de los mitos la casuística sobre los efectos que cualquier control a ultranza ocasiona por un extremo a los prejuizadores, y por el otro la propaganda, honesta o arraigada a los más oscuros designios, de personajes prestigiosos en contra de la prohibición y en loa del aspecto liberador y autoafirmativo de un uso no mediatizado. A través de hombres de paja sacrificables, la mayoría de ellos jugadores, la Hegemonía controlaba el mercado

negro, y cualquier aspecto inédito de la cuestión acababa por revertir a favor del Imperio, desde la fluctuación de los precios, que se regulaba desde las dos (si es que sólo son dos) orillas de la legalidad, hasta el aumento de dotaciones y de poder de los sectores de control de los Cuantificadores, incluidos Guardias especiales y Fonóctonos, aparte de una inmejorable excusa para eliminar a personajes molestos.

—De ahí sale —intervino Guipria— la distinción entre legalidad legítima, legalidad sobrepuesta y transposición legalítica, que es el dominio del asunto. La transposición legalítica se proyecta en un conflicto de actividad ilegal...

—Está bien —la interrumpió Debrel—, todos sabemos de qué va —y prosiguió—: el caso es que, años después, cuando la mitología moral va estaba asentada, un equipo de investigación dependiente de los Astreos declarados en rebeldía descubrió dos nuevas Demeterinas, de efectos espectaculares y precios notablemente competitivos, y el problema excedió de repente el terreno de la pura autocompetencia; la cuestión de si convenía legalizarlas o perseguirlas se discutió no entre ideólogos, ni políticos, ni altos dignatarios, sino entre los expertos del mercado. Las Demeterinas se convirtieron en un formidable instrumento político, pero no a partir de si hacían tambalearse el Imperio a causa de la reconciliación liberadora del individuo, que de eso también se podría hablar, sino a causa de una verdadera competencia económica. Eso sucedió hace diez años, y el Hegémono Ixtehatzi ya no se ha molestado, como tan bien supo hacer Barx, en disfrazar de conveniencia moral o de determinación histórica sus jugadas, que dejaban traslucir descaradamente el cálculo mercantil y la invención de obstáculos.

—Desde siempre la moral ha sido materia negociable y cuantificable, pero nunca como ahora se había hecho de forma tan empírica. La cuestión central —dijo Guipria con una cierta impaciencia— es que ciertas combinaciones de Demeterinas posibilitan formas de percepción y comunicación que escapan a los mecanismos del Cuantificador.

—Dicho de otra forma —concluyó Debrel—, son una herramienta de desestabilización diez veces más fuerte que las bombas de La Muta, por lo que Ixtehatzi no podrá llevar a cabo la reforma si no resuelve ese asunto.

—Y la reforma —dijo Ígur— se dirige sobre todo a reasimilar a los Astreos y a La Muta, que se están fortaleciendo cada vez más con la ayuda del comercio de las Demeterinas, ya lo entiendo; es un pez que se muerde la cola.

—Imagina qué podría romper el círculo —dijo Debrel, y Guipria se anticipó a Ígur.

—La Entrada al Laberinto.

En espera de que volviera Silamo, Debrel retomó el entrenamiento geométrico y topológico de Ígur, y cuando le propuso los mismos problemas que la primera vez, Ígur se sorprendió al salir mucho más airoso, y Debrel le planteó entonces otros

nuevos: proyección de hipercubos en tres dimensiones, intersección entre hiperesfera e hipertetraedro, lo que tenía que producir una figura en tres dimensiones, resolución de gratos en varias dimensiones, de nudos de toros de dos ojos; los problemas no debían ser resueltos a la manera convencional, sino que, un vez planteados, se ofrecían seis soluciones, todas plausibles a primera vista, con un tiempo limitado para escoger la acertada. Ígur mantenía un ritmo que a él le parecía aceptable de un setenta por ciento de aciertos, pero cuando tuvo la debilidad de permitir que se le notara satisfecho, Debrel le hizo saber que un error bastaba para fracasar en el interior del Laberinto, y posiblemente morir, y llamó a Sadó para que se sumase al examen. Era imposible conocer las respuestas, porque cada problema era nuevo, emitido por el Cuantificador a partir de un proceso de aleatoriedad restringida que mezclaba datos del planteamiento asegurándose de no repetir combinación alguna, y ella las acertaba todas con una rapidez tranquila y casi indiferente que sublevó a Ígur.

—Ya jugaba a esto de pequeña —dijo con una sombra de conmisericación que le hizo sentir aún más imbécil.

—Tienes que fijarte más —dijo Debrel sin misericordia.

Para relajar el intelecto, según dijo, Debrel le propuso dibujar un cubo en proyección isométrica, después trazar la diagonal y tomarla por arista de un nuevo cubo que tenía que ser dibujado como el anterior, y así sucesivamente, siempre en la misma dirección y con un vértice común a todos los cubos, de manera que la bondad del dibujo fuera contrastable al comprobar que la arista de cada nuevo cubo fuera superior a la del anterior en la medida resultante de multiplicarla por raíz de tres, lo que generó una inacabable discusión entre Sadó y Debrel, sosteniendo ella que nunca las proporciones de las medidas virtuales de una imagen en perspectiva, sea ésta de la naturaleza que sea, coincidirían con las proporciones absolutas de las medidas (y citaba el caso especialmente perverso del cubo depositado con dos vértices en perpendicular al plano, cuyo perímetro aparente es un hexágono, y cuyas tres diagonales coinciden en medida aparente con el doble de la arista, y la cuarta es un punto), y Debrel defendiendo el caso teórico del cubo con dos caras opuestas en proyección frontal, y las otras cuatro con las aristas a cuarenta y cinco grados aparentes, lo que permitía trazar una diagonal como la hipotenusa de un triángulo rectángulo aparente, pero además coincidente con el real, formado por la diagonal de la cara frontal, que no es sino un cuadrado, y una de las aristas a cuarenta y cinco grados, de medidas relativas a uno y raíz de dos respectivamente, lo que proporciona una medida de raíz de tres, que Sadó rechazaba impetuosa porque jamás las apariencias de una proyección abstracta, por más que por la propia ilusión de su falacia coincidiera con la realidad, podrían servir a una relación proporcional, y sostenerlo era, según ella, una muestra de cinismo por parte de Debrel.

Cuando Ígur ya empezaba a encontrarse a gusto, llegó Silamo y de inmediato fue

requerido a hablar del Atrio del Laberinto.

—Es tal como lo habíamos previsto. El Atrio tiene un planta rectangular de grandes dimensiones, con una puerta en cada extremo; la Puerta del Atrio tiene una Guardia fija, y la Puerta del Laberinto tiene el emblema de la Mayoría de Gorhgró grabado en medio, partido entre las dos hojas: un pentágono estrellado, con las cinco puntas con ojos, y un sexto ojo situado en el vértice superior del pentágono regular interior del pentágono estrellado invertido inscrito en el pentágono regular interior del estrellado en cuestión. Justo delante de la Puerta está el célebre Rotor, una pieza circular de unos dos metros de altura por poco más de metro veinte de diámetro, con dieciséis ranuras horizontales, que me ha parecido que son para introducir discos de cuantificación, cuyas distancias he anotado al milímetro; el Rotor tiene un disco de base que le permite girar, y unas guías verticales con contrapesos que le permiten elevarse hasta una cúpula sin linterna. Pero ojo, no hay que olvidar que estamos en la Falera, y que el peñón mide, según consta en el contrato, exactamente mil setecientos veintiuno coma cuarenta y siete metros de altitud; la guía hacia la cúpula es, por lo tanto, una excavación cilíndrica en la roca de algo más de tres metros veinte de diámetro, así es que al final sólo hay un punto de luz, y si se ve es gracias a que el interior del conducto está pulido como un cañón. —Silamo hizo una pausa y miró a Debrel sonriendo, como si esperase una aquiescencia que no se manifestó—. Entre la Puerta y el Rotor hay un espacio de un poco más de cinco metros veinte, ocupado a sangre por una plataforma móvil que mide el ancho de la Puerta, la misma medida que el agujero de la cúpula. Aparte de eso, nada más, la estancia está desierta y sin ninguna otra abertura.

—¿Cuánto mide el Atrio exactamente? —preguntó Ígur.

—Por lo que vi en las especificaciones del contrato de inspección del Conde Barclí —consultó un papel—, mide algo menos de doscientos once metros, cuatrocientos veintiuno y medio de largo, y poco más de doscientos treinta y cinco y medio de alto interior; todo excavado y pulido en la roca. —Se volvió a Debrel—. ¿Qué te parece? ¿Es como en Bracaberbría?

—Me apostaría lo que fuera —dijo el ex consultor—; y te diré más: seguro que con esas medidas y lo que ya tenemos bastará para descifrar todo el Laberinto. De todas formas, parece que el que las ranuras transversales del cilindro acojan elementos de superposición, y el que se haya instalado una chimenea telescópica tan sólo puede deberse a que el mecanismo de superposición sea lumínico, y que, una vez colocado, se haga ascender el Rotor hasta lo más alto del lucernario; y ésa es la cuestión: ¿mecanismo solar o nocturno? Si es solar, estamos a cero y tenemos que comenzar de nuevo; por puro optimismo, pensaremos en un mecanismo astral, ya que disponemos de veintisiete estrellas, y, aún mejor, de una selección de siete.

—Si no lo he entendido mal —dijo Ígur—, se trata de poner la figura

adecuadamente perforada en la ranura pertinente del Rotor, y, una vez puesta, automáticamente —Debrel y Silamo asintieron—, el Rotor asciende hasta la boca de la cúpula; si el momento, la ranura y la perforación son las correctas, la Puerta se abre, y si no...

Debrel, Silamo, Guipria y Sadó se miraron, y hubo una fluctuación, que marginaba a Ígur, del fatalismo a la ironía y la crueldad. Al final habló Debrel.

—Para que el Rotor ascienda, existen unos mecanismos fotosensibles que lo bloquean si hay cualquier cuerpo extraño en la sala que no esté situado encima de la plataforma; eso se ha hecho para evitar testigos presenciales de la Entrada, y así, hasta los Guardias y el Agon deben salir, y también para que si la tentativa fracasa no haya supervivientes; porque, para evitar intentos frívolos, todos los participantes en la Entrada han de situarse sobre la plataforma, si hay alguno fuera, el mecanismo no se pone en marcha; si algo está equivocado, hay una penalización terrible, que ya os explicaré otro día. Si todo es correcto, asciende y abre la Puerta.

Después de un silencio, Ígur se rió.

—¿A quién se le ocurrió? ¿A los de la Apotropía de Juegos?

Debrel se rió.

—Se trata de ser selectivo. Una vez sabes con qué juegas, cada decisión tiene un valor difícil de trivializar; y eso es tan sólo el principio. Todo el Laberinto está formado por trampas mortales.

—Entonces —dijo Silamo—, se trata de encontrar la selección de estrellas o astros que activen el mecanismo.

—Entiendo que si las estrellas no son las adecuadas, se vaya todo al agua, pero ¿y si está nublado? ¿O está parcialmente nublado, y una de las estrellas está oculta? —preguntó Ígur.

—La luz de la totalidad de las estrellas mantiene la Puerta cerrada, y la interrupción de todas las estrellas también; cuando hay nubes —dijo Silamo—, el mecanismo fotosensible se complementa con un sensor de radiaciones que actúa de la misma manera.

—Hay quien sostiene —dijo Debrel— que a ese tipo de mecanismos ya no se les hace responder a estímulos reales, sino que se superponen a una grabación digital que sustituye el efecto, precisamente para evitar que una nube interfiera en el momento preciso, que pase un pájaro o un helicóptero, lo que, aunque la probabilidad sea del orden de milésimas sobre cien, no deja de ser imposible —rió—; pero yo creo que no es así, que el mecanismo funciona de verdad con los agentes reales exteriores.

—Se trata —dijo Silamo— de descubrir qué abre la Puerta, es decir, cuáles son las estrellas, si es que lo son, en qué posición se encuentran, por lo tanto a qué hora, y en qué disposición se han de situar en el disco para activar el mecanismo; para todo eso necesitamos saber la forma que tiene la matriz de recepción y también en cuál de

las dieciséis ranuras hay que poner el disco para que la proyección llegue correctamente.

—La intuición me dice que vamos por buen camino —dijo Debrel, y se disponía a proseguir cuando el sello de Ígur emitió una señal, y Guipria le ofreció el Cuantificador.

—Habla desde abajo, si quieres —le dijo, pero Ígur recibió el mensaje allí mismo.

—El Jefe de Ceremonias de la Cabeza Profética me hace saber que Frima ha emitido otro augurio para nosotros.

Debrel sonrió.

—Perfecto, justo a tiempo. El primer poema era un indicio. El de ahora seguro que lo aclarará.

—O acabará de volvernos locos —dijo Guipria, y todos se rieron.

—Ve, no los hagas esperar —dijo Debrel a Ígur—, Silamo y yo estudiaremos lo que tenemos; podríamos encontrarnos mañana por la tarde para tener una sesión a fondo.

Sadó acompañó a Ígur hasta la puerta y la abrió, permaneciendo después en una postura perfecta para que él, al salir, la rozara. La rozó, sin querer pensar en la oportunidad de entretenerse ni en la inocencia de los propósitos de la bella cuñada, y se dijeron adiós con una precipitación sospechosa. Por la calle, un pesar ya demasiado localizado perseguía a Ígur, que como sensación de lo inevitable comenzaba a soportar entre los caprichos de la memoria la envenenada presencia de los ojos de Sadó.

En la Anagnoría de la Cabeza Profética, Ígur fue directamente conducido al despacho del Maestro de Ceremonias, que lo recibió con esa amabilidad meliflua que, una vez conocida y más delicadamente apreciada, no dejaba de parecer demasiado fácilmente transformable en dureza despiadada. Ígur acabó de ponerse en contra de aquel individuo, y se complació, durante los saludos, imaginándose descuartizándolo con un hacha.

—Espero que vuestras gestiones para el Laberinto progresen a buen ritmo —dijo el Maestro de Ceremonias finalmente.

—No os quepa ninguna duda.

Ígur se encontraba a disgusto, y procuró que el Maestro fuera al grano.

—Aquí tenéis el mensaje que la Cabeza ha emitido para vos y vuestros propósitos —dijo el dignatario, y le dio un papel.

Ígur leyó:

Yo y el Piloto en la Estrella,
Y los Contrarios se han de alejar,
Enfrentados todos al Guardián:

Coge al que huye de la más Bella.

—¿Esta vez no hay mayúsculas? —preguntó, pensando en el significado de que la estrofa fuera formalmente más sencilla que la anterior.

En cada gesto y en cada entonación daba a entender la consideración que la Cabeza Profética le merecía, y el Maestro de Ceremonias enfrió su cortesía.

—Confío en que aunque no estéis en disposición de apreciar los beneficios de una profecía proporcionada a tiempo, el tiempo y las circunstancias os llevarán a ello.

Ígur se precipitó a hablar sin haber decidido si se las tenía que ver con un reproche más o menos inofensivo, con una advertencia o con una amenaza.

—Me gustaría saber —increpó— qué vendéis exactamente. ¿Creéis en lo que vendéis? Si no os lo creéis, lo que sería la única opción sensata que se me ocurre, ¿cómo podéis dormir sabiendo que os hacéis rico con la sangre de los imbéciles y los desesperados?

El Maestro le sorprendió con una carcajada; pero su mirada se había vuelto durísima.

—¿Desde cuándo os preocupa la sangre de los imbéciles y los desesperados? —cambió de tono—: creo que sois el menos indicado para cuestionar los aspectos morales de mi deontología. ¿Por qué no os preguntáis por la vuestra? ¿Qué mejora del mundo habéis emprendido? ¿A quién darán de comer vuestras aventuras?

Ígur sintió aguas pantanosas bajo sus pies.

—Yo nunca he pretendido iluminar la vida de nadie, nunca he dicho que mi actividad guiará a las conciencias por el buen camino. No necesito gratificarme sintiéndome un hombre bueno, ni dignificarme prestándole un servicio a nadie más que a mí mismo, lo cual no sé, ni me interesa, si me dignifica o no. Tampoco tengo ningún interés en cuestionar vuestro negocio, pero este procedimiento de transmisión de datos insulta mi inteligencia. ¿Por qué no me los envían por correo?

—¿Por qué creéis que no? —dijo el Maestro, ya con dureza declarada—. ¿Porque el Imperio ha de mantener a los dignatarios que no son capaces de trabajar? ¿Porque la sensibilidad de los gobernantes está tan embotada que ya no son capaces de impedir la proliferación de cargos a los cuales la población nunca será capaz de encontrarles utilidad, y que los que los ocupan se mueren de risa porque saben que sólo sirven para llenarles los bolsillos a manos llenas? ¿Para haceros creer que la Administración es un servicio, os parece que no se nos ha ocurrido nada mejor?

Ígur se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, pero dar muestras de debilidad le pareció una incitación al desprecio institucional y una invocación al desprestigio.

—¿Sabéis a qué destinaría yo vuestra Cabeza Profética? —dijo—. A atracción barata de feria.

El Maestro le dirigió una mirada de desprecio.

—¿Imagináis que es la primera vez que oigo algo así? ¿Qué os creéis que estáis haciendo ahora mismo? ¿Probando hasta qué punto sois necesario para entrar en el Laberinto? ¿Jugando a haceros matar por un funcionario resentido? —Sonrió y lo miró fijamente, y de repente a Ígur no le pareció servil y rastrero, sino poderoso y magnífico—. Creedme, concentraos en la resolución del Laberinto, trabajo os queda, y si vuestra actitud general está de acuerdo con la que habéis exhibido aquí, os queda mucho camino por recorrer.

Y dio la entrevista por acabada, dejando a Ígur con la duda de si había valido la pena granjearse un enemigo por una necesidad casi física de lo que entonces le parecían principios y quizá algún otro día encontraría tan sólo gratuito y absurdo.

Ígur hizo una copia del segundo poema profético y lo envió por Cuantificador a la terminal de Debrel, y a media tarde se abandonó al azar de las calles de la parte más antigua de las ciudadelas de Gorhgró, en aquel tiempo reducidas a barrios marginales, como gran parte de Bracaberbría, y también lentamente devoradas por la suciedad y la miseria. Cuando ya era noche cerrada, tuvo un impulso y se fue al Palacio Conti.

Allí, con el afán de que no quedase nada por descubrir, optó por hacer uso de la puerta principal, y se recreó admirando la fachada y adivinando los elementos añadidos de entre las rigurosas proporciones Astreas. Cuando entró se encontró con que, además de que el sello no permitía abrir la puerta grande, también disparaba una alarma que convocó de inmediato a cuatro Guardianes que sin mediar palabra le apuntaron con sus armas. Ígur no tenía motivo de alarma, pero de forma instintiva hizo cálculos sobre sus posibilidades de éxito si optaba por rebelarse.

—El sello, rápido —le imprecó de mala manera el Jefe.

—He venido a ver a Madame Fei —dijo Ígur sin inmutarse.

—¡Silencio! —dijo el Jefe—. He dicho que me des el sello.

Ígur se lo sacó del bolsillo y se lo mostró sin acercárselo.

—Ven a buscarlo —dijo con calma; el Jefe palideció, y el de su lado le habló en voz baja al oído; Ígur sonrió—. Quizá prefieras ir a buscar a Madame Fei.

—¡Silencio! ¡Madame Fei no está!

—Entonces ve a buscar a Madame Conti —dijo Ígur imperiosamente; sabía que controlaba la situación porque ningún Guardián desconocía su sello en Gorhgró, pero las armas continuaban apuntándole. El Jefe hizo un gesto al segundo, éste salió, y volvió a los cinco minutos con la dueña del Palacio, que irrumpió en el vestíbulo con los brazos abiertos y riendo.

—¡Pero hombre, a quién se le ocurre entrar por esta puerta sin avisar! Ven a mis brazos, deliciosa criatura, y vosotros ya os podéis retirar, y otro día fijaos más. ¿No conocéis al Caballero de Capilla más guapo del Imperio? —Los Guardias salieron, y ella tomó a Ígur del brazo y se lo llevó por otra puerta—. Chico, perdona, pero es que

ahora con ese jaleo del Cuantificador que se ha vuelto loco nos llega cada colgado por la puerta grande que como comprenderás, si no has avisado, pero en fin, hablemos de ti, cada día estás mejor, ¿qué tal por Bracaberbría? —le guiñó un ojo, — ya me han dicho que no dejaste escapar ni una—. Y le pasó la otra mano por la entrepierna de una forma tan inesperada que Ígur, instintivamente, echó el culo hacia atrás. —Así me gusta —rieron los dos—, buenos reflejos.

—Tus gorilas me han dicho que Fei no está.

—Fei, Fei, siempre Fei —remedó una entonación celosa—, a ver qué día me vienes a ver a mí —y con la boca muy abierta y expresión jocosamente feroz hizo un movimiento obsceno con la lengua, y después soltó una carcajada—; no te preocupes, claro que está Fei, estos días sólo hablaba de ti, ¡ay, estás hecho un buen castigador! Ven, le daremos una sorpresa. —Ígur temió llevarse él la sorpresa, y Madame Conti se lo debió notar—. ¡Vaya unos héroes, matan a montones y después se cagan al pensar qué se encontrarán en la cama de una mujer! Quizá te imaginas que en esta casa pasa algo que yo no sepa. —Lo acompañó hasta la habitación de Fei y abrió la puerta sin llamar—. ¡Sorpresa, sorpresa!

Ella estaba sentada de espaldas, leyendo un libro con los pies en el pretil de la ventana, y se levantó de un salto.

—¡Si es mi Caballero de Capilla! —Y se echó en brazos de Ígur; llevaba una camiseta y unos pantalones ajustados de estar por casa, iba descalza y con el pelo suelto.

Madame Conti los dejó solos, y ellos se contemplaron de arriba abajo, retardando el estallido del sexo que ya los empujaba a aumentar la urgencia. Fei dispuso platos fríos y bebidas para toda la noche.

—Hoy sí que no me esperabas —dijo Ígur.

—Komm, du schöne Freudenkrone, bleib nicht lange. Deiner wart ich mit Verlangen.

Y, con las manos en la nuca, se dejó subir la camiseta hasta los brazos, y sin soltarse cayeron de rodillas entre almohadones. Habían alcanzado ese punto en el que los amantes conocen tan bien el propio cuerpo como el del otro, y toda la energía que antes alimentaba el deseo en forma de incertidumbre, de pesar o de duda, hasta de miedo al enfrentamiento o al rechazo, ahora era puro deseo autoalimentado en la seguridad de realización.

—Tenía tantas ganas de verte... —dijo él, y, sin salir ni desempalmarse, continuaba moviéndose con lentitud y profundidad, presa de las asociaciones de ideas más extrañas estrellándose en la mirada de ella perdida en círculos, en los movimientos de sus labios enrojecidos a más no poder.

La noche rebosaba de sonidos difíciles de identificar, y los vaivenes de la dedicación de los cuerpos conducían a horas ilocalizables, a situaciones con un

regusto terminal. ¡Y, sin embargo, quedaba aún tanto por decir! Fei se detenía en miradas que dejaban al deseo la enormidad de todas las elocuencias, y aún Ígur no sabía dejar de insistir para que ella le dijera lo que se resistía a decirle, y que a él le parecía una tara en el dominio del placer y de la vida. ¿De qué servía hacerla chillar de emoción pellizcándole intimidades del cuerpo si no podía hacerla gemir de inquietud pellizcándole las intimidades del alma?

—Pero yo te quiero a ti —dijo ella con la risa triunfal de mujer-niña, cuando ya clareaba.

Odiarse en incomplitudes de la entrega sentimental, zarandear presuntas provisionalidades del deseo, tales eran los temores de Ígur cuando se quedaba sin argumentos al contemplar a Fei, al reconocer el mapa del mundo entre su cuerpo, el Imperio entero sobre un trapecio.

—El otro día —dijo Ígur— soñé contigo. Teníamos una conversación en un paraje desconocido. Tú llorabas y me decías «¿por qué no me has avisado, si lo sabías?», y después retrocedíamos a un sitio más conocido, y me decías «avísame rápidamente, todavía estás a tiempo; tú no sabrás de qué, pero yo sí»... Y así desaparecías. —Fei se rió—. He aquí la historia... Te aviso, pero no sé de qué. ¿Lo sabes tú?

—Ven, querido, abrázame.

Ígur sentía esa inestabilidad inconcreta e insistente de cuando uno se olvida de algo y no sabe de qué, y quizá ni sabe que se olvida algo, pero tiene un impedimento animal: el cuerpo le advierte, y la cabeza no sabe cómo hacerle caso.

—¿Sabes de qué te aviso?

—Sí, y me doy por avisada —dijo, e Ígur estaba casi seguro de que ella se lo había tomado como un juego y por condescender lo seguía.

Pero, sin más datos en la mano, tal vez ella lo había interpretado correctamente, y él era el más perdido de los dos. Dentro de un juego temporal subjuntivo, se dio cuenta de que él ya había fallado, de que no había sabido advertirle de lo que debía, y ni tan sólo podía saber a qué se había referido cada suposición recíproca.

—Pronto —dijo Ígur—, cuando todo cambie... Crees que tú y yo...

Fei no dijo nada. Las luces de Gorhgró, empapadas en niebla, se anticipaban al alba y pisaban su inicio. Hacía frío en todas partes, e Ígur se fue a su casa a intentar dormir unas horas.

A media mañana lo despertó el sello, y, al ponerse en contacto, el Secretario de la Equemitía reclamó su presencia. Hacía sol y había amainado el viento, y los indigentes del portal ya no estaban; en cambio, en la plazoleta de enfrente, dos mimos, uno clown y otro agosto, representaban su número con escaso público. Ígur se entretuvo lo justo para comprobar que no valía la pena perder ni un minuto, y se fue a la cita.

En el Palacio de la Equemitía, conducido directamente al despacho de Ifact, le sorprendió encontrar allí a Mongrius. Se saludaron con efusión mediatizada por el silencio del Secretario.

—Deseo que la estancia en Bracaberbría te haya sido provechosa —dijo Mongrius, y puesto que no hizo ningún movimiento para marcharse, Ígur entendió que su presencia guardaba relación directa con el motivo del requerimiento de Ifact.

—Ígur Neblí —dijo el Secretario—, por razones que ahora sería largo de especificar, se ha puesto de manifiesto la conveniencia de que Per Allenair no obtenga la eponimia del Príncipe Bruijma, y aunque la expedición Simbri parece ya bastante avanzada, ha decidido optar por tu candidatura. Me he ocupado en persona de algunas gestiones, y he podido saber que pronto serás citado por su Secretario de Relaciones Exteriores. He querido hablar contigo en persona para que sepas que en cierta medida tus intereses son los nuestros, y no te olvides de que, también en cierta medida, nos representas, y debes actuar en consecuencia. —Ígur sintió cómo renacían en él las dudas y la indignación que le había llevado al exabrupto ante el Maestro de Ceremonias de la Cabeza Profética, y pensó que era un buen momento para empezar a controlarse; Ifact prosiguió—. El Secretario del Príncipe es un hombre de guardadas formas y muy celoso del protocolo, y no conviene darle motivos de inquietud. Por otra parte —le entregó una cásete minúscula—, aquí tienes tus órdenes —Ígur lo miró con recelo—, no te quejarás, a cambio de sueldo y cobertura oficial, no te hacemos trabajar demasiado. —Él y Mongrius se echaron a reír, pero no Ígur—. El mensaje depende aún de dos variantes que hay que introducir en el Cuantificador central a lo largo del día, y no será legible hasta medianoche; pero no hay código de alarma una vez esté a punto, de manera que conviene que no se te olvide.

Ígur se lo guardó, y el Secretario lo despachó entre observaciones intrascendentes. Mongrius lo acompañó a la puerta, y una vez allí se unió a él para buscar transporte.

—¿Tienes presente que eres mi padrino de Acceso a la Capilla? —le dijo, con aire de hablar de una fiesta.

—Claro que sí —dijo Ígur.

—El Combate es el veinticinco de Marzo, exactamente dentro de tres días, a las diez de la mañana.

—Allí estaré.

Mongrius sonrió.

—¿No me deseas suerte?

Ígur lo escrutó.

—Yo no creo en la suerte, y menos en un Combate a muerte entre dos. Pero —dulcificó la expresión— te deseo todo el acierto del mundo.

Mongrius notó que Ígur no deseaba su compañía para ir allí adonde iba, y lo dejó solo.

A media tarde, Ígur fue a casa de Debrel.

Cuando llegó, coincidió en la entrada con Sadó y Silamo, que, de muy buen humor, le hicieron saber que Debrel no tardaría. Sadó llevaba un precioso vestido blanco bordado con motivos geométricos, y el pelo recogido en un moño cruzado que remataba una cola de caballo alta; estaba alegre y comunicativa, e Ígur hizo un esfuerzo por no echar un exceso de leña a ese optimismo. Se instalaron los tres en la sala de arriba, sirvieron bebidas y los habituales caprichos para ir picando, y se abandonaron a la contemplación de la puesta de sol sobre Gorhgró. El día era excepcionalmente claro y benigno, y la Falera se recortaba como una masa troncocónica oscura en medio de las oleadas de edificios, entre las que se dibujaba a la perfección el curso del Sarca, que exhalaban huidizas tonalidades doradas en las que costaba distinguir entre reflejos de sol poniente y transparencias de fachadas porticadas. Cuando ya la Falera lo había ocultado, las formaciones de nubes tenían una magnificencia de formas y colores que obligaban a quien contemplaba a ceder a la ilusión de estar viendo el mundo, o de estarse viendo a sí mismo, y al menos en seis direcciones parecía haber puntos de fuga al infinito del horizonte. Ígur fue presa de una tierna ferocidad, y cuando ya se había precipitado al deseo de tener delante al Príncipe Bruijma, al Anágnor de la Cabeza Profética, al Apótropro de la Capilla y hasta al Hegémono Ixtehatzi para decirles lo que pensaba de su ruindad, la conversación fue aguándole lentamente los caminos de la adrenalina. Pero el dominio de la puesta continuaba, en ese momento con lilas y matices verdosos de negritud, e Ígur cogió la mano de Sadó; sorprendido él mismo por su gesto, inesperado de tan imaginado, se preparó para cualquier reacción, desde el rechazo cortés o crispado hasta una aceptación más o menos calurosa y participativa, y se encontró con la más absoluta de las indiferencias; Sadó ni retiró la mano ni lo animó a persistir, hasta continuó hablando y riendo como si no pasara nada. Eso excitó a Ígur, y hubiera aumentado el volumen del requerimiento si no llega a aparecer Debrel, que enseguida lo preparó todo para ponerse a trabajar con Ígur y Silamo. Sadó, sin embargo, se sumó a la discusión como una observadora atentísima y sonriente, dejando a Ígur turbiamente intrigado con sus procesos mentales.

—Ya lo tenemos todo resuelto —anunció Debrel—; por cierto, el poema que nos enviaste ha sido la confirmación perfecta. Creo —rió— que podrás subirte a la plataforma del Rotor razonablemente tranquilo.

Todos rieron.

—De algo hay que morir —dijo Ígur en voz baja, y estuvo a punto de soltar una carcajada, porque acababa de descubrir que le interesaba más Sadó que el Laberinto, y puestos a elegir en aquel momento la hubiera escogido a ella.

—¿Le has echado un vistazo a la Ley del Laberinto? —le preguntó Debrel, a lo que Ígur reconoció que no—; no importa, de todas formas te aconsejo que lo hagas

antes de la Entrada.

Ígur se comprometió, y todos se dispusieron a escuchar a Debrel.

—Los Laberintos del Tercer Anillo se dividen en sectores, cada uno de los cuales se rige por los conjuntos de leyes de funcionamiento específico, llamados Protocolos. Cada Protocolo tiene su Apótrofo, título que, en este caso, tiene un carácter iconográfico y designa la deidad protectora o advocativa de un determinado elemento o parámetro, y no se debe confundir con las superintendencias tutelares del Gobierno. La localización de los Protocolos constituye, juntamente, y muchas veces consustancialmente, con la apertura de la Puerta, el enigma principal del Laberinto. El modelo clásico, al que correspondía el de Eraji, y también, creo, hay muchas probabilidades por el final de la selección de estrellas en los Tres de que corresponda al de la Falera, consta de tres partes: la primera es un semiretículo con callejones sin salida de entrada única (eso no tiene discusión) y diversas salidas posibles, como mínimo cuatro y como máximo nueve, que conducen a retículos perfectos de una única entrada cada uno, con el problema de que cada uno de los retículos está perfectamente aislado de los otros y que tan sólo uno tiene una salida correcta; el peligro de tomar uno equivocado no está, en principio, en que haya ningún obstáculo concreto, ya que no tienen salida y se comportan de nuevo como callejones sin salida, sino en una pérdida de tiempo y de orientación, y en una dificultad adicional para reencontrar la entrada, que puede comprometer gravemente el éxito de la expedición y hasta la supervivencia. Una vez localizado el retículo adecuado, y resuelta su salida, lo que en principio no ha de suponer ningún problema si se conocen las reglas de los Laberintos canónicos, llega la tercera parte, que geoméricamente constituye un árbol; así como en la primera parte y en la segunda (que, en realidad, con rigor tipológico, podrían asimilarse como una sola, y la distinción no proviene más que de las dimensiones y de la textura ambiental) el enemigo es el tiempo, porque se presta a repetir recorridos y, una vez perdido el camino correcto, a acumular equivocaciones y a alejarse de la resolución, ¿cuál es aquí el verdadero peligro? Que no es posible ninguna equivocación, porque su estructura sin cruces impide las reiteraciones, y también, por lo tanto, las rectificaciones; todos los dilemas son entre izquierda y derecha, y todas las terminaciones acaban en una trampa irreversible excepto una, que es la salida; la clave de la resolución de esa parte acostumbra a presentarse al principio en forma de enigma. ¿Cuál es el gran dilema? Dónde y cómo se proyectan en esas partes los Protocolos que hemos obtenido.

—Quizá —dijo Silamo— sea el momento de recordar los Protocolos detectados.

—Tenemos —dijo Debrel— el Uno, Arcturus, los Dos, Thuban y Aldebarán, y los Tres, Algol, Canopus y Vindemiatrix. Tal y como te dije el otro día, pensábamos que las tres partes del Laberinto correspondían a los Tres Protocolos, y que los Dos eran un Metalaberinto que se aplicarían uno al conjunto y otro al Uno, o al

mecanismo de Entrada, pero ahora ya no lo veo tan claro.

Sadó se echó a reír.

—Creía que lo teníamos todo resuelto.

Debrel la miró con ternura.

—Sólo con los datos, difícilmente podremos ir más lejos; el problema esencial es conocer el grado metalaberíntico de la Falera: qué número de claves previas conducen a los Protocolos finales, y hasta qué punto los propios Protocolos se indican en metaclaves, con lo que podríamos hablar de Metaprotocolos. Hso es lo que primordialmente resolverá la Entrada, por analogía o por el procedimiento que sea, y para eso será decisiva la experiencia de Arktofilax. Antes de pasar a la cuestión de la Entrada propiamente dicha, te recordaré la naturaleza de los Protocolos que pertenecen a este Laberinto —vaciló—, aunque Arktofilax la conoce mejor que nadie.

Entró Guipria, y tras los saludos de rigor, se sumó al grupo.

—Por favor —rió—, aquí soy la menos importante. No os interrumpáis por mí.

Tras las protestas obligadas, Debrel prosiguió.

—Comencemos por los Dos. Thuban es el Alfa del Dragón, estrella polar en tiempos lejanos, y estrella polar en tiempos futuros más lejanos aún. Hasta qué punto, como emblema del eje inmóvil que ha perdido su cualidad intrínseca pero que continúa poseyendo el mecanismo (no olvidemos que la constelación del Dragón contiene el Polo de la eclíptica), gobernará la apertura de la Puerta, ya lo veremos. Respecto a posteriores utilidades, hay que recordar la doble naturaleza apotropaica del Dragón, una dentro del Protocolo de Heracles, ligado por lo tanto a las Hespéridos, y ojo porque puede ser indicativo de algún aspecto crepuscular en la resolución del Laberinto, la hora de Entrada por ejemplo, y otra dentro del Protocolo de Jasón, lo que nos devolvería a Aries, y por lo tanto a Hamal, y de ahí, en simetría de los veintisiete, a Algol, o bien a Frixo y Medea, que no tienen en ese caso relevancia apotropaica, salvo que puedan tenerla en el orden solar. Si me tuviera que pronunciar, me inclinaría por el Protocolo de Heracles; recordad que el Poeta dijo que Tobas es la ciudad criadora del Dragón. Pasemos a Aldebarán, el Toro minoico que representa el centro del Laberinto propiamente dicho. Se acoge al Protocolo de Teseo, pero atención a la dimensión solar, que no es otra que la de Zeus raptor de Europa.

—Entiendo —dijo Guipria— que presentas alternativas sin cuantificación estadística, sometidas más tarde al criterio de la Entrada.

Debrel asintió.

—Pasemos ahora a los Tres, que pueden regir el centro del Laberinto o bien, según criterio de la Entrada como dice ella, los pasos intermedios de las partes: de la primera a la segunda, de la segunda a la tercera, y la salida. Tenemos en primer lugar a Algol, la cabeza del diablo, es decir, la cabeza de la Medusa en manos de Perseo,

que es el Apótrofo de este Protocolo. Tendrás que tener en cuenta, llegado el caso, que es el que rige el Fuego, y que puedes encontrar un enigma relacionado con ondas lumínicas o con algún tipo de explosiones. A continuación está Canopus, que por su posición, tanto como estrella por sí misma, por su significado, como por el lugar central que ocupa en la serie de los Veintisiete y en la de los Tres, merece consideración aparte. Se trata de la gran Suhel, la que atrae a las dos Sirras, Sirra la Llorosa, que no se ha atrevido a cruzar la Vía Láctea, también llamada Procyon, y Sirra la Brillante o Alhabor, la que sí la ha cruzado detrás de Suhel, conocida también como Sotis, o Sirius, la estrella más brillante que vemos. Canopus es el piloto del barco de Menelao, y su historia es ya lo bastante conocida como para ser repetida aquí ahora. Pertenece a un Protocolo dudoso, porque casi nadie le concede a Menelao una naturaleza apotropaica, y aunque la relación de Canopus con el mar es inmediata, yo creo que no basta con adscribirlo sin más al Protocolo de Poseidón o de las Sirenas. En todo caso, prepárate, porque si una parte del Laberinto está dedicada a él, será una resolución hidráulica, probablemente con espejos añadidos y con resolución negativa ligada a la muerte por ahogo. Atención, finalmente, a la curiosa relación que guarda con Capela, la estrella maestra de la serie: aunque Capela es propiamente la cabra que sostiene el auriga, admitiendo la metonimia, se trata de dos pilotos: el del Carro y el del Barco, con toda la carga emblemática que conllevan uno y otro, y que sería inacabable intentar recordar. Finalmente, tenemos a Vindemiatrix, la vendimiadora, y así nos internamos de lleno en el Protocolo de Dioniso; la Vendimiadora es en este caso el Vendimiador, **AmpeloV** el amigo de Dioniso, y eso lo confirma el que Ámpelos sea el nombre de una especie de leopardo sin cola que tiene la característica de que si lo mira una mujer, enferma de repente, y el leopardo es la montura de Dioniso.

—La referencia del poema de la Cabeza Profética está clara, en ese caso —dijo Ígur.

—Después hablaremos del poema —dijo Debrél—; de los dos poemas. Hay que tener presente que ésta es una zona del cielo dedicada a Dioniso, y en general a las deidades clónicas; Vindemiatrix pertenece a la constelación de Virgo, que es en realidad la diosa de las cosechas, ya sea Deméter como, en versiones más corruptas, Perséfone, o incluso, por extensión nutridora. Afrodita, a partir de la cual se convierte en la virgen posterior al clasicismo; la estrella brillante de la constelación es Spica, la espiga, y en dirección opuesta está Arcturus, cuyo papel como emblema geodésico es de sobras conocido; al otro lado está la Corona Boreal, regalo de boda de Dioniso a Ariadna, lo que nos devuelve, por cierto, al Protocolo de Teseo, pero en este caso claramente en oposición. Ahora vamos directamente al problema de la Entrada.

—¿Y el Uno? Me imagino que las posibilidades interpretativas de la Materia de Bretaña lo deben dejar fuera de esta disquisición —dijo Ígur.

—En el Uno quiero pensar con más calma —dijo Debrel.

—Yo, cuanto más lo pienso —dijo Guipria—, más clara veo una referencia directa a Teke Hydene.

Debrel sonrió.

—Sí, quizá nos tendríamos que espabilar para encontrarlo pronto. De momento tengo que reconocer que se me resiste —se interrumpió de nuevo. Ígur contempló a las dos mujeres, sentadas de medio lado, en busca de los rasgos comunes de la sangre, y terminó fijado en Sadó, que se arreglaba el pelo con una mano, y se metía la otra por el cuello del vestido con un gesto en cuyo resultado la inocencia daba alas a una sensualidad imprevisible; ella lo miraba como si fuera realmente inocente, y antes de concentrarse otra vez en el razonamiento de Debrel, Ígur se juró que esa mujer sería suya—. Pensando en la Entrada, una de las cuestiones que me llamaba la atención era que, así como tanto Arcturus y Aldebarán como los Tres tenían la suficiente entidad física como estrellas para no precisar de la energía iconográfica para constituir una base protocolaria sólida, el caso de Thuban era más problemático; dentro de la constelación del Dragón lo único que parecía justificar la elección era su carácter polar, aunque fuera en pasado o en futuro, y eso mismo lo descolocaba; ¿por qué no se había escogido a Eltanín, o bien Pastaban, que son más importantes y, además, pertenecen a la cabeza del Dragón? Que se tratara de la alfa de la constelación no se puede considerar determinante, ya que tampoco lo ha sido en el caso de Algol y de Vindematrix. ¿Se trataba de eludir interferencias con la iconografía de la Cabeza, adjudicada enteramente a Algol? Quería eliminar cualquier duda de orden simbólico, y me centré en el carácter versus-polar de Thuban, que me condujo de nuevo a Vega, y de ahí, por asimilación de Águilas, a Altair. Pero pronto vi que eso no resolvería la Entrada, y abandoné ese camino.

—No acabo de entender —dijo Silamo— la identificación de la estrella Vega como un águila que se precipita. ¿Adonde se precipita, a la cabeza del Cisne?

—No se precipita a ningún sitio, sino desde un sitio —dijo Guipria—. Vega era el águila inmóvil en el Polo Norte del cielo, que sólo movía levemente la cabeza, y su caída no marca ningún final de la Edad de Oro, como tantas veces se ha pretendido, ni la expulsión del paraíso dentro del círculo zodiacal, del que el Águila nunca ha formado parte, ni ha guardado contacto alguno con el Escorpión, constelación de la que está lo bastante distante como para reducir al absurdo cualquier especulación en ese sentido. El Águila ha perdido su inmovilidad polar y se ha lanzado al movimiento, primero lentamente como tortuga, y después, una vez perdida la naturaleza circunpolar, como la Lira de Orfeo (lo que la incluye en vuestro círculo celestial de deidades crónicas, dentro del cual no desmerece Heracles, que está entre la Lira y la Corona Boreal), velocidad orbitadora que continúa en aumento, hasta que llegue al punto de máxima distancia del Polo, a partir del cual El-Nasr-el-Waki,

cumplido su objetivo, retomará el vuelo en sentido contrario, cada vez más lentamente, hasta recuperar la inmovilidad polar de donde salió, del nido si se quiere —Guipria se rió—, y entonces se habrá cerrado la reintegración propugnada por los apocaleptas.

—Es decir, el último fin del mundo —dijo Ígur, y todos rieron.

—Y sin embargo —dijo Debrel—, quizá debiéramos estudiar a fondo el papel de las dos Águilas en la serie.

—Eso ya no tiene interés para nosotros —dijo Guipria con una carcajada—. ¡Todos sabemos dónde está el centro del mundo!

—Ah —dijo Silamo—, pensaba que él se refería al poema —recitó:

De un Iokaán al otro,
Parada por parada,
De cuervo decapitado
A Profeta Geómetra.

Más tarde, Sadó y Guipria prepararon una cena ligera. Y entonces, quizá no tan de repente como quiso imaginar, Ígur reparó en la sabiduría de Debrel, más firme cuanto menos combativa quería parecer; en la incisiva vigilancia a Guipria, que en la mejor ironía quería esconder la pasión y la ternura; en el orgullo irreflexivo y petulante (quizá como el suyo propio) de Silamo y Sadó, y sintió por primera vez en su vida que era prisionero de una dependencia afectiva, que podía manifestarse tanto en anhelos de continuidad como molestarlo con vaivenes de reciprocidad. Sus ojos se clavaron en una arruga del vestido de Sadó, hasta que la insistencia sobre la parte del cuerpo que cubría le hizo desistir.

—¿No terminas el cordero? —dijo Guipria.

Ígur no lo terminaba, y sentía el precario equilibrio que se había propuesto conmovier con la Entrada al Laberinto, y cómo el inicio del vuelco arrastraría poco a poco certezas, escogiéndolas de forma imprevisible y turbadora, y, recreado en el placentísimo vértigo que le proporcionaba la ferocidad de la incertidumbre, deseó imperiosamente no descender nunca de la expectativa de la pasión y de su cumplimiento, y se sintió vorazmente ligado por el afecto a Debrel y a todos los de su entorno, entre los que Sadó era la estrella que culminaba la figura.

—¿Por qué brindamos? —dijo Silamo cuando abría la botella de los postres.

—Por el Laberinto —dijo Ígur, y las copas se enlazaron.

Después de una larga sobremesa, Debrel retomó la cuestión de la Entrada.

—Sobre la naturaleza de Thuban, comprobé en un mapa estelar el conjunto que forman el Uno, los Dos y los Tres, y el significado del Alfa del Dragón respecto a las demás estrellas de la constelación salta a la vista desde el primer momento; es la

única estrella significativa visible desde nuestra latitud simultáneamente a la demás, en especial a Canopus. Sumando eso al mecanismo fotosensible que Silamo ha detectado, quedan pocas dudas respecto del principio sobre el que se rige la Entrada: se trata de una alineación lumínica selectiva de las seis estrellas de que disponemos; dicho sobre el papel, tenemos una figura de base con seis fotosensores dispuestos de un cierto modo, y la jugada consiste en introducir un disco perforado de tal manera que, en el momento adecuado, la luz de las seis estrellas se proyecte a través de las perforaciones sobre los seis fotosensores de la figura base; el problema, en la práctica, no es tan sencillo, porque se trata de saber cuál es la figura base, y a partir de ahí reconstruir las perforaciones que permitan la operación, y situar el disco en la posición adecuada. El problema es que, lógicamente, el Rotor ha de ascender por la linterna excavada en la roca hasta el exterior para recibir la luz de las estrellas, y la operación sólo es posible si todas las personas presentes en el Atrio se sitúan encima de la plataforma entre la Puerta y el Rotor, porque hay un mecanismo de células fototérmicas que la bloquea si hay alguien fuera, con el fin de no tener espectadores, ni tan siquiera la Guardia, y la ceremonia de Entrada se reserva en exclusiva a la expedición; no tan sólo eso, sino que los entradores tienen que permanecer absolutamente inmóviles hasta que el mecanismo abra la Puerta; si hay error, si las perforaciones están mal situadas, si hay tan sólo una de más o de menos, no sólo no se abre, sino que el propio Rotor está dotado en la parte inferior de un haz de láseres que fulmina de inmediato a los ocupantes de la plataforma.

Hubo enormes carcajadas, y Silamo le puso la mano en el hombro a Ígur.

—Más vale que afinéis en vuestras sabias deducciones, no he llegado hasta aquí para ser achicharrado delante de la Puerta —dijo el Caballero.

Debrel continuó.

—Creemos saber cuáles son las seis estrellas, y conocemos su disposición en el firmamento; la gran pregunta es: ¿Cómo están situados los seis puntos fotosensibles que tienen que recibir la luz? Sólo hay una respuesta razonable, si vemos el pentágono estrellado de la Puerta, que tiene seis ojos, uno en cada punta, y el otro en la intersección de las uniones entre los vértices superiores cruzados del pentágono regular interior. Y ahí continúa el problema, porque para trazar los orificios del disco selectivo que interpondremos tenemos que saber antes que nada la medida del pentágono estrellado, después la orientación y finalmente qué estrella corresponde a cada ojo. Para empezar, interpreto que la posición del sexto ojo se ha escogido con la idea de distinguir una de las cinco puntas, porque si no fuera así se habría situado en el centro geométrico de la figura. Por lo tanto, tenemos de entrada un vértice especial, y también, por lo tanto, un eje. Silamo y yo creemos que se trata del eje Norte-Sur, y que en ese sentido está situado el pentágono estrellado en la base. Lo confirma el hecho de que la Puerta de la Falera está situada perfectamente al Norte, por lo tanto

tenemos resuelto el problema de la orientación: la estrella de la Puerta se transporta al Rotor no por abatimiento, sino por giro con desplazamiento. Ahora pensemos en la correspondencia de las estrellas con los ojos, porque no hay duda de que cada sensor debe ser estimulado por el tipo espectral propio de cada estrella, y por su intensidad lumínica aparente.

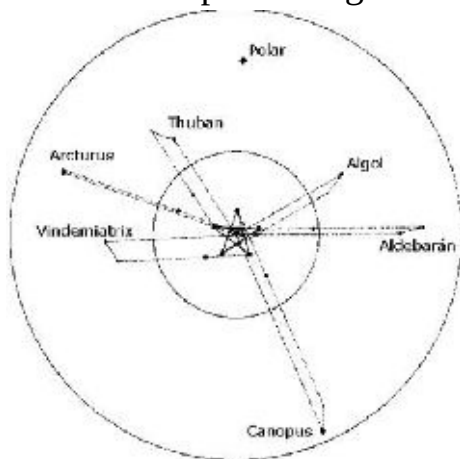
—¿Y si es un día de niebla? —preguntó Sadó.

—El registro no se rige por los valores absolutos, sino por los relativos. Si el día no es claro, será así en todo el cielo, y la relación de luminosidad, pongamos por caso, entre Canopus y Vindemiatrix, se mantendrá; y, como ya he dicho, en el caso de que se interponga una nube delante de una estrella, el sensor actuará por radiaciones. Al principio —Debrel mostró un plano del cielo donde figuraban las seis estrellas, unidas los Tres en triángulo, los Dos por una línea, y Arcturus rodeado de un doble círculo rojo— pensamos en una transposición inmediata: Arcturus en medio, Algol en el vértice superior, bastante verosímil tratándose de la Cabeza, y después, en sentido horario, Aldebarán, Canopus, Vindemiatrix y Thuban; pero el problema es que la lectura orientada del triángulo de los Tres indica inversión, con la punta hacia abajo, y la punta es Canopus.

—No entiendo que eso sea motivo de preocupación y no lo sea, pongamos por caso, cómo se otorga a Arcturus un papel aparte en el razonamiento —dijo Ígur, y Silamo intervino.

—Es la Ley del Laberinto. El Uno pertenece al centro, por definición.

—Obtuvimos estas posiciones —prosiguió Debrel—, y a partir de ellas construimos por proyección los discos con las perforaciones pertinentes —se los mostró—; la cuestión de la medida y las distancias se resolvió en seguida por reducción: sabiendo la medida del Rotor y, por lo tanto, el diámetro de admisión, y la distancia del disco receptor de base, las únicas medidas razonables eran éstas, y la ranura correspondiente al disco de interposición queda también determinada. —Ígur pensó que en realidad todo era lo bastante relativo como para plantarse en la plataforma de Entrada habiendo hecho testamento—. A partir de ahí buscamos una razón definitiva para escoger una solución en vez de otras. —Miró a Silamo y se rió.



—Y no encontramos ninguna —dijo el discípulo, dejando que el geómetra prosiguiera.

—Hasta que no recurrimos a los poemas de la Cabeza Profética —pusieron las copias encima de la mesa—. En el primer verso del segundo, que dice: «Yo y el Piloto en la Estrella», es la Cabeza Profética la que habla y, por extensión, Algol, y el Piloto es Canopus. Fijaos que en la solución correspondiente al giro, las posiciones de Algol y Canopus corresponden a la proyección vertical del Pentágono estrellado de base, por lo tanto se trata de la acertada. Y no es incoherente, porque la centralidad de Canopus dentro de los Tres queda destacada ocupando el ojo superior, con los demás en los vértices inferiores, el Uno en medio de la figura y los Dos en los vértices más separados, confirmado a su vez por el poema, en este caso por el segundo verso «Y los contrarios se han de alejar», aunque yo más bien creo que se trata de la figura de interposición, en la que efectivamente Thuban y Aldebarán corresponden a los dos orificios más separados; el tercer verso remarca la presencia de Arcturus en el centro del Pentágono, desde donde, sin duda, todos se le enfrentan. Respecto al cuarto verso, mucho me temo que carece de proyección en esta parte del Laberinto, y tendrá que obtenerse el significado en el interior.

—Sin perjuicio, me imagino —dijo Guipria—, de que también los tres versos anteriores se proyecten en el interior del Laberinto.

—Efectivamente —dijo Debrel, y se dirigió a Ígur—: dentro del Laberinto no debes obsesionarte por si te han quedado versos o cualquier otro dato por localizar; normalmente se incluyen elementos de camuflaje, que en el momento adecuado hay que saber diferenciar.

—¿Y el primer poema? —preguntó Ígur, pensando en cómo se podría distinguir la belleza entre las estrellas, y si el último verso no se referiría a su vida.

—Es más complicado —dijo Debrel—. Parece estar claro que el Leopardo es cabalgado por Dioniso, y la referencia es Vindemiatrix. Las mayúsculas del primer verso indican Noel, pero también León, y tanto una cosa como otra tienen proyecciones astrales, o por lo menos en el calendario, tanto en un caso como en otro, en el mismo sentido: son signos solares; pero sin otros datos no veo cómo afectan a la solución. —Y aunque se refiera a mi vida, pensó Ígur, ¿quién es la más bella? ¿Fei o Sadó? ¿Y quién es el que huye a quien yo he de coger?—. El segundo verso es especialmente curioso: «Que UNo de los Dos, de los Tres con la PROcura»; parece que, por lo tanto, hay que desestimar la utilidad de Vindemiatrix en beneficio de uno de los Dos, es decir, Thuban o Aldebarán, porque parece claro que los Dos son los Dos, y los Tres son los Tres; pero la procura de los Tres se mantiene —Ígur miró a Sadó, y ella le sonrió—; las mayúsculas de UNo se me escapan, quizá haya que invertir la palabra y obtener NÚ, con lo que, atendiendo al último verso, el poema entra en la autorreferencia. Más enigmáticas son las tres mayúsculas iniciales de la

PROcura, palabra con tantas referencias, y en concreto, yo creo, sobre el poder. Al principio pensamos en Procyon, pero eso cuestionaba la selección final de estrellas, hasta que caímos en la cuenta del nombre griego de Vindemiatrix, Προτρυπητηρ , precursor de la vendimia que más tarde será Almuredín; si hubiera sido Procyon, la C que ocupa el cuarto lugar de 'procura' se habría asimilado a la kappa de Προκυων , y además el hecho de ser tres las mayúsculas confirmaba que el poder de Vindemiatrix, una vez resuelta su discriminación inicial en favor de uno de los Dos, no debe ser olvidado. El tercer verso es el más oscuro de todos, y lo cierto es que Silamo y yo no vemos otra posibilidad que el interior del Laberinto. Tu divisa, Ígur, es el hacha doble, y encontrarás alguna referencia a ella en la parada final dentro de la Falera; pero no hay que olvidar la posibilidad de que ahora la divisa para TU presente sea el propio poema, que procede de la Cabeza Profética, y por lo tanto desentraña el dilema sobre quién es uno de los Dos en favor de Algol. El último verso, en cambio, es tan rico en posibilidades que lo que resulta difícil es escoger. EL OSO es claramente Arctos, aquel a quien vigila Arcturus, pero también es el SOL, el astro rey.

—¿Y cuál es la solución acertada? —preguntó Guipria aburrida.

—¿Quién lo sabe? Una de ellas, más de una... ¡Todas, ninguna! —dijo Debrel—. El final es la parte más curiosa de todas, porque «Al BlanCO cuerpo deSNUdo» es una clara referencia a los versos ψυμνον σπειρειν, τυμνον δεβοωτειν , recogidos por Virgilio: 'nudus ara, sere nudus', donde, por cierto, la alusión es al Bootes, es decir, a la constelación de Arcturus, con una metarreferencia, dentro del mismo verso, al Oso. Pero el pasaje es aún más curioso, y la solución —miró a Silamo y rieron— se nos presentó casi por casualidad. Fijaos que 'Al BlAnCo cuerpo deSNUdo' contiene siete letras mayúsculas; pues bien, si las situamos en un heptágono regular y construimos el estrellado cada cinco vértices —lo ilustró sobre el papel—, obtenemos CANOBUS, que constituye una aproximación aún más fiel a la grafía original Κανωβουσ .

—¿Seguro que Canopus es al que tiene que vencer? —preguntó Guipria—. Porque gramaticalmente la transposición resulta más bien equívoca: «Que allí do arribéis, divisa para TU presente /AL OSO vencerás, CANOBUS».

Con la observación de Guipria en mente, Ígur miró a Sadó; es como el caso de la diagonal del cubo que le discutía a Debrel: falsear el conjunto de la figura para obtener un detalle coincidente con la realidad.

—No, no —dijo Debrel—, creo que Canopus es de alguna forma el propio emblema de Ígur, es él mismo —sonrió con tristeza—. Lo que no sé es hasta qué punto tendrá que vencerse a sí mismo.

Porque en esas operaciones siempre se pierde, supuso Ígur después de un silencio;

la conversación derivó hacia interpretaciones más literarias, y pareciéndole a Ígur que tenían poca relación práctica con la Entrada al Laberinto, desconectó para perderse en pensamientos y observaciones caprichosas. La velada se alargó, Guipria dijo que estaba cansada y se retiró; los demás continuaron hasta más tarde, y ya pasadas las primeras horas, Sadó llevó algo más de cena que apeteció mucho a Ígur, y Debrel y Silamo se excusaron y se levantaron. Como era una noche inhóspita, Debrel ofreció a Silamo y a Ígur quedarse a dormir, y ambos aceptaron, el primero de inmediato, y dejó solos a Ígur y Sadó en el salón del último piso, uno con buen apetito, ella sólo picando de vez en cuando acompañándolo, eso sí, en la bebida. Al principio, a él le pareció que lo más conveniente era irse a dormir cuanto antes, ya que la compañía de ella obedecía más al compromiso de la cortesía que, orgulloso como era Ígur y poco propenso a alimentar ilusiones inútiles, al verdadero deseo de que se quedaran a solas, pero poco a poco se despejaron las distancias, y no hubo más reticencias y ambigüedades que las destinadas a complacer la expectativa.

Los restos de la cena reaparecían al alba sobre la mesa, como ruinas convertidas en memoraciones lejanas, y la luz diferente trocaba cada cosa en una insólita alternativa de sí misma. La ininterrumpida conversación reinaba ahora en las rosadas delicias posteriores, Ígur se levantó a buscar agua.

—¿Quieres alguna otra cosa? —preguntó, y Sadó negó con la cabeza.

Tras beber Sadó, bebió él del mismo vaso, y sintió de repente un vacío terrible, próximo a la náusea, que los esplendores recientes no hacían sino aumentar y enfrenarle a ello. Sentado a poca distancia, se esforzó en volver a su favor dentro de sí el triunfo de ese incomparable cuerpo desnudo, tumbada boca abajo, una pierna estirada y la otra doblada por la rodilla y balanceando el pie, reclinada sobre los codos, con los pechos a intermitencias ocultos entre los gestos de los brazos y las manos; ella era tal como Ígur la había imaginado, placentera tanto en el conjunto como en los detalles, en los que se revelaba la maravillosa textura de cachorro que justo ha acabado de crecer, por ejemplo los pies, o las manos, diferentes de las de Fei, que eran más fuertes y ya con los huesos y las venas ligeramente marcadas, aunque en el caso de Fei el efecto lo acentuaban las largas uñas pintadas de rojo; Ígur recorrió con los ojos la espalda y el flanco suavísimo, con algunas costillas tenuamente marcadas y, por efecto de la postura, la cintura se le veía aún más turbadoramente delgada contra las caderas, iluminadas en media luna, de proporciones insuperables, y acentuando el sutil vértigo que en el amante impaciente despierta la idea de la desnudez recién descubierta. El reposo entre gestos y comentarios menores no lo aligeraba de las sorpresas pasadas, sino que aún aceleraba más su imperiosa necesidad de conciliarlas con todo lo que tan erróneamente había supuesto.

—¿Por qué no vienes a echarte aquí? —dijo ella, bajito y con una voz más grave

de la habitual.

Ígur se arrodilló delante de ella. Le había sorprendido deliciosamente encontrarse a una feladora tan desinhibida, meticulosa y apasionada, una amante tan eficaz y tan pródiga del más expeditivo repertorio de variedades y movimientos. Se miraron con ojos remolones y se entrelazaron de nuevo, alternando posturas para mejor sentir la tensión y la actividad de cada músculo del cuerpo contra otros de absoluto abandono; porque una vez resuelta la urgencia que, enemiga del erotismo, limita a los amantes al sexo, al deseo ya no lo anima más vértigo que la libertad de la autocontemplación, e Ígur se abandonó con todas las morbideces de la calma al deambular de las sensaciones: cómo el rictus de la sensualidad, que tantas veces se parece tanto al de la náusea, instala tantas suposiciones extrañas, cómo la respiración gimiente de Sadó, que más de una vez aquella noche se había resuelto en chillidos, se acompasaba tan perfectamente a la entrada y salida del sexo que parecía mantener con ello una relación directa de causa y efecto, como si la gobernase un mecanismo hidráulico o neumático completamente ajeno a cualquier intervención inteligente, dominio pleno del animal imperturbablemente metódico y arrebatador. Le pareció oír ruido en el piso de abajo, y eso aún aumentó más el sentimiento. Después de correrse, y una vez recuperadas las respiraciones, Ígur fue a por más agua, y de repente, con la súbita claridad mental que emerge de las turbulencias del insomnio, le vino a la memoria la orden de la Equemitía.

—Tengo que usar el Cuantificador —dijo.

—Aquí mismo tienes una terminal —dijo ella—. ¿O prefieres ir abajo?

—No, en absoluto.

Puso en marcha el aparato, introdujo la cásete que Ifact le había dado y el sello, sin el cual el mensaje no le sería entregado, y esperó respuesta. Mientras tanto bebió, le llevó más agua a Sadó y se sentó a su lado. Sonrieron en silencio. Se oía el suave zumbido de la máquina.

—Quizá la terminal emisora todavía duerma —dijo ella, y rieron.

Los hirió el primer rayo de sol. Era un día clarísimo, agresivamente claro. Se miraban a los ojos, y la máquina emitió un silbido intermitente.

—Es extraño —dijo Ígur, y se levantó; ella lo siguió con la mirada sin moverse.

La pantalla del Cuantificador contenía un único mensaje:

«Sólo en presencia del Caballero de Capilla Ígur Neblí. Confirmar».

Ígur miró a Sadó de reojo, y empezó a preocuparse. Apretó el botón de confirmación con el código personal correspondiente. La pantalla cambió de inmediato:

«No habrá emisión en papel. La Orden de la Equemitía de Recursos Primordiales aparecerá una sola vez en pantalla y por espacio de diez segundos. Confirmar».

A Ígur se le aceleró el pulso, y miró a Sadó de nuevo; ella se volvió y se retiró el

pelo con una mano, manteniéndolo apartado de la cara, y le hizo un guiño riéndose. Ígur se sorprendió a sí mismo temblando; el estilo de la comunicación indicaba gravedad, o por lo menos circunstancias extrañas. Apartó los ojos de Sadó, y volvió a la pantalla. No sabía de qué forma, pero estaba seguro de que nada a partir de entonces iba a ser igual. La palabra 'Confirmar' inició una rápida intermitencia, Ígur apretó el botón. La pantalla cambió de nuevo.

«Orden para el Caballero de Capilla Ígur Neblí de terminar de inmediato a Kim Debrel y Guipria Comisca».

El mensaje desapareció efectivamente a los diez segundos, e Ígur, petrificado, continuaba mirando la pantalla vacía.

IX

Ígur se tumbó de nuevo junto a Sadó, profundamente trastornado por el mensaje, procurando que ella no lo notara. Le pareció que de todas formas ya se lo había notado, porque no preguntó nada; en cualquier caso, a él le daba igual. Fingió estar cansado, y disfrutó la tranquilidad a partir del momento en que ella se durmió plácidamente con una mano sobre el sexo y la otra abrazándolo. Ígur oyó más movimiento en el piso de abajo; le pareció que alguien se iba, y continuó inmóvil para no despertar a Sadó. Imposible dormirse, toda su furia estaba dedicada al mensaje de la Equemitía, y cuanto más lo pensaba menos lo comprendía, más abominable le parecía el aspecto que el paso de las horas confería a las cosas. Intentó inútilmente ayudarse contemplando el sueño de su bellísima compañera, pero las tan dulcemente inertes perfecciones conquistadas aún le vaciaban más fuerza de razonamiento.

El sol ya daba en todas partes cuando se oyeron pasos, y Guipria subió al salón. Sadó no se despertó, Ígur tampoco se movió. Guipria se les acercó con una sonrisa bondadosa y quizá burlona que le conmovió.

—Buenos días —dijo muy bajito, pero Sadó se despertó y se incorporó; Ígur se levantó y se vistió, incapaz de mirar a nadie a los ojos; Sadó se arregló el pelo y se levantó.

—Kim y Silamo... —empezó Ígur.

—Han salido —dijo Guipria.

Sadó se puso los pantalones con parsimonia, y se quedó frente a Guipria, que parecía más intrigada que sorprendida por la situación; ¿o tal vez, pensó Ígur, no fuera la situación de los amantes lo que la intrigaba?; ¿qué, entonces? Le sorprendió la falta de prisa de Sadó por vestirse, cómo Guipria la miraba sin disimulo de pies a cabeza, con especial detenimiento en los lugares que el hábito del vestir oculta a los ojos, y a los que el requerimiento sexual dedica especial atención. La joven hermana, que en ese momento iba a calzarse, se detuvo y se irguió con un toque de ostentación casi desafiante, la cabeza alta y una firmeza en la mirada que le hirió sin saber por qué, y Guipria se apartó con placidez.

—Tengo que irme —dijo Ígur.

—¿No quieres desayunar? —dijo Guipria, y Sadó acabó de vestirse.

—Gracias, pero ya es muy tarde.

En ese momento, una señal del sello le sobresaltó; igual querían saber si la orden había sido ejecutada.

—El Cuantificador está aquí —dijo Guipria, y Sadó la interrumpió.

—Ígur ya lo sabe.

La hermana mayor le clavó una mirada fría, e Ígur operó con el sello en la

máquina. Cuando salió el mensaje, Ígur respiró aliviado. Lamborga lo convocaba a la ceremonia de presentación de su acceso a la Capilla; Ígur debía estar presente como Caballero dispensador, y le ofrecían tres fechas para que escogiera; eligió la más próxima, esa misma tarde.

—Nada grave, espero —dijo Guipria.

—Si tienes que irte, no te queremos entretener —dijo Sadó: Ígur intentó decir adiós expeditivamente, pero Sadó lo abrazó por la cintura—, te acompañaré a la puerta.

—Adiós, Guipria —dijo Ígur; sin moverse, ella le sonrió.

Bajando la escalera, Sadó iba jugando y riendo como una niña, y metiéndole mano entre las piernas, pero Ígur no se quitaba de la cabeza la orden recibida; esto no es como con Galatrai, pensó, que siempre se está a tiempo de decir «si no los mato yo ya los matará otro», no es posible ninguna operación autoexculpadora, es inútil evadirse.

—¿Qué pasa, ya no te gusto? —dijo Sadó.

—Me gustas más que nunca —dijo Ígur, completamente sincero.

En la puerta de la calle, ella se le echó al cuello y lo besó apasionadamente con los ojos cerrados. He aquí lo que vale un hombre para la Ley hegemónica antisequestro, he aquí lo que vale un hombre para la Apotropía de Juegos; ahora veremos qué está dispuesto a pagar el serenísimo Equemitor Noldera por un hombre y una mujer.

Por la tarde, turbulentamente torturado no tan sólo por la obligación de cumplir la orden si no quería arruinar su carrera en Gorhgró, y probablemente su vida, sino también por el movimiento de defensa instintivo que intenta podar y reducir toda aparición que devora terreno sentimental sin control, Ígur se presentó en los locales de la Capilla y, conforme a su rango, fue recibido por el Secretario de la Apotropía en persona.

—Sed bienvenido, Caballero Neblí, a ésta vuestra casa —sonrió—. Sé que estáis aquí en representación del Caballero de Preludio Kuvinur Lamborga, pero el adversario que le ha correspondido es un antiguo conocido y amigo vuestro, y me ha rogado tener un encuentro a solas con vos un momento antes de la ceremonia.

—Claro que sí —dijo Ígur, desconcertado—; ¿puedo saber de quién se trata?

—Naturalmente, si me lo exigís os lo diré, pero —el Secretario sonrió—, el Caballero en cuestión me ha dicho que quería sorprenderos.

Ígur se encogió de hombros.

—No tengo inconveniente.

Sin que Ígur tuviera tiempo de pensar quién podía ser, el Secretario lo guió a una salita donde aguardaba de pie un Caballero.

—¡Sari Milana! —exclamó Ígur, y el otro sonrió satisfecho.

—Os dejo —anunció el dignatario con una media sonrisa, y cerró la puerta tras de sí.

—No me esperabas, ¿verdad? —dijo el adversario de Ígur en Cruiaña.

—¡Claro que no! —se admiró Ígur, y después reaccionó—: ¡Cómo puede ser que estés aquí! El Código de los Caballeros exige que pase un año antes de una nueva opción al Combate de Acceso.

—Sí —dijo Milana—, pero hay dispensas especiales; tú lo debes saber muy bien, dentro de pocos minutos otorgarás una.

—¿Cómo lo has conseguido? —insistió Ígur.

—Lo pacté. —La expresión de Ígur se endureció—. Da lo mismo, si tanto te interesa te lo explicaré más tarde. —Cambió el tono por otro aún más malicioso—. ¿Y a ti cómo te va? —Esbozó una sonrisa capciosa—. En Cruiaña todos están muy orgullosos de ti.

—¿Cómo está el Magisterpraedi?

—¿Omolpus? —Milana ladeó la cabeza con un gesto de tristeza más bien indiferente—. El pobre, murió el mes pasado.

—¡El Magisterpraedi, muerto! —exclamó en un susurro Ígur, bajando la mirada; de repente reaccionó—. Un momento, ¿qué relación tiene eso con el hecho de que ahora tú...?

—Despacio, amigo mío —rió Milana—, no está nada bien que un Caballero de Capilla ofenda a un Caballero de rango inferior —lo miró con una sonrisa feroz—, aunque te aseguro que no me importa, incluso estoy dispuesto a no decírselo a nadie.

Ígur pensó en una réplica adecuada, pero estaba demasiado ofuscado; entonces regresó el Secretario.

—Caballeros, si queréis tener la bondad.

Acompañó a Ígur a otra salita donde le esperaba Lamborga, y desde allí el Jefe de Protocolo los condujo al salón ceremonial que Ígur ya conocía; por el camino, Lamborga se dirigió a él en voz baja.

—Me han dicho que conoces a mi adversario.

—No te preocupes —dijo Ígur con furia—, no tienes ni para empezar. En Cruiaña lo vencí con una mano en el bolsillo.

Lamborga lo miró entre incrédulo y agradecido, y poco después entraron al salón Milana y su padrino de inscripción. La inquietud de Ígur aumentó cuando vio que se trataba de Per Allenair.

La ceremonia de sorteo de orientaciones y defensas transcurrió sin más particular, salvo que Ígur, otorgada la dispensa con su presencia y padrinzago, se la pasó toda con la mirada en el suelo, levantándola tan sólo de vez en cuando para mirar la provocativa figura de Milana, y la imponente de Allenair.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lamborga en voz muy baja.

—Perdóname.

Una vez determinadas las posiciones, el Juez concluyó la ceremonia.

—Fijo el Combate para el día diecinueve de Abril.

En el momento de salir, Ígur se creyó obligado a animar a Lamborga.

—¿Seguro que estás totalmente restablecido? —El otro asintió—. Por cierto, no te ha acompañado ninguno de los Meditadores.

Lamborga lo miró sorprendido y entristecido.

—¿No lo sabes? Cuando cayó el Agon Malduin, se acabó mi adscripción a la Orden. El futuro campeón del nuevo Agon Oibuleus es tu amigo Milana.

—¿Mi amigo, has dicho? —dijo Ígur, a punto de explotar de rabia—. Ahora verás.

En ese instante coincidían en la puerta Allenair, Milana, el Secretario de la Capilla, el Jefe de Protocolo y tres funcionarios más. Ígur les abordó imperiosamente.

—Permítanme —dijo, y todos se volvieron en silencio—. Creo que el Caballero Milana tiene que explicarnos la rapidez con la que ha llegado hasta aquí.

—Ahora está fijada la fecha para el Combate, y si no hay una razón criminal, no puede impugnarse —dijo el Jefe de Protocolo.

—Es que creo que puede haber una razón criminal —dijo Ígur levantando la voz.

—¿Cómo os atrevéis? —dijo Allenair, con la mirada encendida, y avanzó un paso.

—No importa —lo detuvo Milana con calma—, no tengo ningún inconveniente en explicarme. Hace unos meses, se nos planteó desde Gorhgró la necesidad de que Neblí acudiese como Caballero de Pórtico, y se me pidió como favor especial, confío en el honor de los presentes para que esto no salga de aquí, que, dentro de la legalidad del Código de los Caballeros, en virtud de la bula veintitrés sacrificase mi historial para permitirle que venciera el primer Combate de Acceso. A cambio, se me prometió un Combate legal de Acceso a la Capilla.

—Mientes, hijo de puta —dijo Ígur, decidido a no callarse nada ni a descontrolarse; hubo diversos movimientos de impulso de unos y contención de otros, e Ígur se sintió imparable—. Te vencí netamente y puedo volver a hacerlo cuando quieras —Milana sonreía desafiante—; en cambio tú, ¿sabes cómo has conseguido llegar al Acceso? ¿Quieres que te lo diga, eh?

—Ígur, salgamos de aquí —Lamborga tiraba de él—, te estás perjudicando.

—Esto es intolerable —dijo Allenair con la voz oscurecida por la ira—. Exijo una explicación inmediatamente.

Pero Ígur se había cegado y, desasiéndose de Lamborga, se acercó a medio metro de Milana.

—¿Quieres que te diga cómo lo has conseguido? Has envenenado al Magisterpraedi Omolpus y le has mamado la polla al nuevo Agon de los

Meditadores.

—No quiero oír ni una palabra más —dijo Allenair—, vamonos ahora mismo.

Un minuto más tarde, sin Milana ni Allenair, el Secretario de la Capilla se dirigió a Ígur con expresión compungida.

—Qué incidente más desgraciado, Caballero Neblí. Comprended que, aunque estamos dispuestos a defenderos hasta donde el Caballero Milana os ha ofendido poniendo en duda la rectitud de vuestro Combate en Cruiaña, no podemos apoyaros en el punto donde habéis introducido en la conversación a la persona del Agon de los Meditadores.

Todo había sido tan precipitado que Ígur sintió de repente como si cayera de un sueño. Miró a Lamborga, y sonrieron.

—Eminente Secretario —dijo Lamborga—, no os preocupéis, la Capilla no resultará perjudicada.

—Hay que buscar una solución enseguida —dijo el Jefe de Protocolo.

—Estamos seguros de que el Caballero Neblí encontrará la mejor —dijo el Secretario, y los acompañó a él y a Lamborga hasta la puerta.

Una vez solos, Ígur y Lamborga no tardaron en reírse de la escena, y cuanto más hablaban y más variantes y posibles desenlaces imaginaban, más gracia les hacía. Lamborga tuvo el delicado detalle de no especular con las represalias que esperaban a Ígur, y, sentados en la terraza de un salón público, se dio cuenta del afecto que le profesaba.

—Te encuentro cambiado —le dijo—. No te ofendas, pero no me pareces el Caballero implacable y controlado que me venció en la Capilla.

Ígur no se quitaba de la cabeza al Magisterpraedi Omolpus, ni a Debrel y a Guipria, ni, presidiendo la confusión, entre unos y otros, más agridulce en el pensamiento que en la vivencia, el despuntar radiante de Sadó. Estuvo a punto de sincerarse con Lamborga, de contárselo todo y pedirle consejo, pero no se atrevió, presa del abatimiento más agudo al percatarse de que las únicas personas con las que tenía verdadera confianza, y a las que podría haber consultado el caso, eran justamente a las que le ordenaban matar.

—Verdaderamente —dijo con vehemencia—, soy impresentable; tú con un Combate de Acceso a la vista, y yo obligándote a contemplar mis desórdenes mentales.

Lamborga protestó desmintiendo, y acabaron hablando de Allenair, probablemente el miembro más poderoso de la Capilla después del Decano, y de las posibilidades de la candidatura de Ígur a la Entrada del Laberinto frente a él. Lamborga creía que la indignación de Allenair ante las palabras de Ígur provenía sobre todo de la posibilidad de verse involucrado con la Orden de los Meditadores.

—En cualquier caso —le quitó importancia—, yo no me preocuparía por Allenair

más de lo razonable —rió—. Considero que ha estado contenido, tiene fama de ser hombre que no está para bromas.

A medida que el golpe se enfriaba, Ígur se dio cuenta de la distorsión que las palabras de Milana había filtrado entre él y Lamborga; nunca se habría atrevido a preguntarle si se había dejado ganar en el combate de Acceso a la Capilla, pero la más remota posibilidad de que lo que había dicho Milana fuera cierto, y hasta la afirmación más salvaje dicha con aplomo suscita una duda, por pequeña que sea, introducía, por regla de tres, una grave incertidumbre en las expectativas de Lamborga de vencer a Milana ante la Capilla. Cuando iban a pedir más bebida, el sello de Ígur avisó de que se pusiera en contacto con el Cuantificador.

—Permíteme —se excusó, y se retiró deseando que no se tratase del asunto de Debrel y Guipria.

Esa vez el mensaje era doble: el Secretario de la Equemitía lo reclamaba con urgencia, y el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma lo citaba para la mañana siguiente; se despidió de Lamborga hasta el día del Combate, y se separaron de buen humor.

—El mundo cada día es más pequeño, y no hay que preocuparse por la porción que no tenemos delante —dijo Lamborga cuando ya se alejaban.

En la Equemitía, cuando Ígur se encontró en el despacho de Ifact y resultó que el Secretario le obsequiaba con una indignada y larguísima perorata sobre las imprevisibles consecuencias de insultar en público al Agon de los Meditadores, respiró poco a poco y sin atreverse a cantar victoria viendo que la orden sobre Debrel y Guipria no se nombraba. Ifact derivó al hecho, según él aún más grave, de que no se trataba tan sólo del resultado objetivo de tal actuación, sin duda nefasto en el asunto del Laberinto, que también dependía de otros, sino que, intrínsecamente, comprometía de manera funesta su prestigio como Caballero, y hasta ponía en peligro tal condición. Pasaban los minutos, Ígur se preguntaba por qué Ifact no le hablaba de Debrel y Guipria, qué estrategia seguía. ¿O es que la orden provenía de otro sitio? ¿Era posible que una decisión de ese tipo escapase al control del Secretario? Ifact cargó las tintas, citando antecedentes poco alentadores, sobre la situación y las perspectivas inmediatas, incluidas posibles represalias de la propia Equemitía. Por fin acabó y se quedó mirando a Ígur fijamente; se hizo un silencio que se podía cortar con un cuchillo.

—Veo que no tienes nada que decir —exclamó Ifact con los ojos muy abiertos.

—Milana me ha dicho que Omolpus está muerto.

—¡A mí qué me importa Omolpus! —explotó el Secretario, y rodeando la mesa señaló a Ígur con el dedo—. No sé si eres un inconsciente o un loco.

—¿Está muerto, entonces? —le interrumpió Ígur, pensando que ya daba igual.

Ifact dejó caer los brazos con abatimiento, y movió la cabeza negando tres veces.

—Caballero Neblí, y no sé si voy a poder dirigirme a ti mucho tiempo de esta manera, eres superior a mis fuerzas. —Recuperó el tono normal de voz—. No sé nada de Omolpus, y a fe que me sorprende lo que dices. Como sabes, un Magisterpaedi no tiene terminal de Cuantificador en su casa, y hay que ponerse en contacto con él a través de la Mayoría. Lo intentaré y ya te diré lo que averigüe.

—Os estaré por siempre agradecido.

El Secretario se sentó irritado y se puso a revolver papeles.

—Te he dicho lo que te tenía que decir, y no añadiré ni una palabra más — protestó sin levantar la vista—. Si tú no solucionas el problema que has creado, lo solucionaremos nosotros.

Y lo despachó sin más.

Por la calle, Ígur se sintió incapaz de averiguar qué pasaba con Debrel y Guipria. Afrontó cómo desobedecer una orden prioritaria, y pensó que tenía que hacer de tripas corazón y tirar adelante cuanto antes mejor. Camino del transporte que lo conducía a casa de Debrel, las piernas se negaban a llevarle, y resolvió que si Ifact no le había dicho nada, quizá valía más dejar la ejecución para el día siguiente, así es que se fue a su casa aliviado por la decisión, como si mañana fuera el día más lejano de su vida.

Cuando llegó a su casa había oscurecido, y soplaba un viento helado que conservaba aún las últimas nieves. En la plazuela de delante vio a los dos mimos encogidos resguardados el uno contra el otro, envueltos en trozos de tela y papeles, con un minúsculo fuego encendido y una botella de vino malo por la mitad. Los miró sin esperar que la contemplación lo iluminase para nada, como no podía haber sido de otra forma, y se entristeció profundamente. Aunque la noche anterior no había pegado ojo, le costó un par de horas poder conciliar el sueño.

Ígur salió temprano a ver al Secretario de Bruijma, y nada más salir del edificio se dio cuenta de que eludía la contemplación de los mimos que yacían a pocos metros, el uno completamente encogido casi sobre el fuego, el augusto intentando desentumecerse.

En la antesala del Secretario Pauli Francis esperó dos horas y media y, por lo tanto, tuvo tiempo de todo, de indignarse, de relajarse, de evocar los coitos con Sadó, de compararla con Fei y resolver que no quería dejar de ver a ninguna de las dos y, sobre todo, de darle doscientas vueltas más a la cuestión principalmente terrible, la de Debrel y Guipria. Cuanto más pensaba, menos entendía ya no el silencio de Ifact, sino la pasividad de la institución ante el flagrante incumplimiento de sus designios. ¿De dónde provenía la orden? Decidió esperar a ver qué pasaba, consciente de hasta qué punto, tratándose de lo que se trataba, podía ser fuente de sorpresas desagradables. Por primera vez pensó seriamente en la posibilidad de desacatar la orden, y eso lo enardeció hasta tal punto que tuvo que controlarse para no empezar a

argumentar y a gesticular solo.

Finalmente el ujier lo condujo al despacho del Secretario Francis.

—Caballero —le dijo sin preámbulos—, os hago saber que el Príncipe Bruijma os concede el honor de hacerse cargo de la Eponimia de la Expedición al Laberinto, que a partir de este momento pasa a llamarse Entrada Bruijma; el resto de las condiciones están en la hoja que os será entregada cuando salgáis. Sólo me queda deciros dos cosas: Primera, que a partir de ahora quedáis relevado de la dependencia prioritaria de la Equemitía de Recursos Primordiales, y que, por lo tanto, cualquier decisión importante que tengáis que tomar, no tan sólo referente al Laberinto, se nos consultará previamente sin excusa. Y segunda, tengo entendido que habéis protagonizado un incidente desde cualquier punto de vista indigno y lamentable, al término del cual habéis ofendido gravemente a Su Excelencia el Agon de los Meditadores. Puesto que el Principado no puede involucrarse, ni tan siquiera de nombre, en cuestiones tabernarias, concertaremos de inmediato un desagravio público con Su Excelencia el Agon, en presencia de todos los asistentes a la ofensa.

—Señor, si me permitís... —empezó Ígur, pero el otro le cortó.

—No repliquéis, Caballero. Es condición indispensable si queréis la Eponimia del Príncipe. Si os negáis, no tan sólo no la obtendréis, sino que dudo mucho que consigáis alguna otra. —Hizo una pausa para comprobar que Ígur se tragaba el silencio—. Para que sea explícito y manifiesto que el Príncipe Bruijma no tiene parte en el asunto, se tramitará el desagravio a través de la Equemitía, y será el último protocolo que cursaréis a través de dicha institución. —Esperó a que Ígur asintiese, y prosiguió—: Pasad al despacho de mi asistente, que introducirá las claves necesarias en vuestro sello y os hará entrega de las condiciones; todo, naturalmente, sujeto al cumplimiento del desagravio, que vigilaremos de cerca.

Lo despidió con un gesto, y el ujier abrió la puerta. En el momento de cruzarla, Ígur se dio media vuelta de repente; Francis, perfectamente inmóvil, lo miraba con una levísima sonrisa irónica.

Listas las diligencias en el despacho del asistente de Francis, Ígur se dirigió directamente a la Equemitía de Recursos Primordiales. Ifact estaba reunido, pero, cosa que sorprendió a Ígur, abandonó la sala para encontrarse con él en el pasillo. Viniendo de escuchar los ecos de la implacable oscuridad anímica de Francis, tratar con Ifact le pareció una maravilla de placidez familiar. En pocas palabras lo puso al corriente, y no le sorprendió ver cómo la cara del Secretario se iluminaba a medida que avanzaba la explicación.

—Lamento que hayas necesitado una razón material para avenirte a hacer lo que tenía que haber nacido de tu conciencia —se debía de encontrar obligado a decir Ifact—, sin embargo, por los caminos que sea, bienvenido al advenimiento del sentido común. Ahora mismo tramitaré el desagravio. —Y, cuando ya se iba, se detuvo—.

Por cierto, permíteme que te felicite de todo corazón. ¡Ahora sí que te debes sentir casi dentro del Laberinto!

Volvió un cuarto de hora más tarde, anunciando en un tono que no conseguía disimular su entusiasmo que nadie había puesto ningún reparo y que todos estarían presentes; se habían puesto de acuerdo para el día siguiente a las seis de la tarde en la Apotropía de Ordenes Militares. Vaya, pensó Ígur, que deprisa va la burocracia cuando les conviene.

—Allí estaré —dijo Ígur—. Debo deciros que el Secretario del Príncipe me ha impuesto como condición que a partir de ahora, protocolariamente, dependa de ellos. Me imagino que eso me desvincula de la Equemitía, por lo menos temporalmente.

—No tiene por qué —dijo Ifact—, siempre podemos arreglarnos. —Se echó a reír viendo la cara de Ígur—. No te preocupes, de cara al Secretario del Príncipe todo se hará de acuerdo con sus condiciones.

—Por cierto, aquí tenéis el pliego que me ha obligado a llevarme —dijo Ígur, jurándose que por nada del mundo perdería un solo minuto leyéndolo; como Ifact lo miraba con expresión interrogante tendente a la desaprobación, Ígur optó por una explicación, si no impecablemente verosímil, sí al menos que no insultase la inteligencia del interlocutor—: Como mi residencia no es segura, creo que vale más que vos mismo lo guardéis.

Ifact se encogió de hombros y lo cogió.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —dijo con ademán de volver a la reunión.

—Querría saber qué habéis descubierto en referencia al Magisterpraedi Omolpus. —La cara del Secretario cambió—. ¿Se ha confirmado su muerte?

—No exactamente —vaciló Ifact.

—¿No exactamente? ¿Qué significa eso?

—Parece ser que el Magisterpraedi ha desaparecido.

Hubo un silencio tenso.

—¿Qué significa que ha desaparecido?

—Lo siento, no se me ha facilitado más información —dijo Ifact. Ígur tomó aire, con la boca tan apretada que le dolían las mandíbulas; el Secretario le leyó el pensamiento—. Comprendo tus sentimientos, pero te advierto que, con más razón antes o después de un acto de desagravio, estás obligado por honor a mantenerte a distancia del Caballero Milana, y cualquier cosa que le pase comportará una investigación exhaustiva de tus actividades y relaciones con terceros.

Ígur respiró hondo.

—Tenéis mi palabra —dijo, maldiciendo interiormente a la humanidad en peso— de que ningún motivo más de preocupación sobre el honor de la Equemitía, ni del Imperio entero, ha de provenir nunca más de mí.

Ifact lo escrutó, sopesando los síntomas de sinceridad de esa mirada sutilmente

desafiante.

—Más te vale —dijo, y volvió a la reunión.

Camino de casa, el sello advirtió a Ígur que tenía que ponerse en contacto con el Cuantificador para recibir un mensaje. Bajó del transporte y lo hizo, y resultó ser Debrel que lo citaba en la torre para ultimar la estrategia del Laberinto. Su primer impulso fue el de ir para allá, pero de una duda pasó a otra, y el dilema que no le dejaba vivir los últimos días se precipitó hundiéndolo en un desasosiego que no hacía más que repetirse que no se podía permitir. Pero la razón es un mal jinete de tantos sentimientos contrapuestos cuando ella misma es uno, y, sintiéndose incapaz de soportar la presencia de Debrel y Guipria combinada con Sadó, Ígur decidió hacer oídos sordos a la convocatoria del geómetra. Sabiendo que no lo podía aplazar demasiadas horas más si no quería que los acontecimientos lo pisotearan, decidió pasar una noche tranquilo; puesto que no podía ir a su casa, porque allí podrían localizarlo tanto los de la Equemitía como el propio Debrel, desconectó el sello y se fue al Palacio Conti.

Ya casi había oscurecido cuando llegó, esa vez por el Puente de los Cocineros y por la puerta de servicio habitual. En las dependencias auxiliares había una agitación especial, técnicos dando indicaciones y empleados trajinando muebles y restos de comida.

—Llegáis en el mejor momento, Caballero Neblí —le dijo la camarera de siempre —, la Reina de los Dos Corazones estará encantada.

—¿Y cómo es eso? —dijo él, viendo que el ajetreo no era de organización sino de desmontaje.

—Hemos tenido un día un poco duro.

Isabel Conti hacía los honores, según dijo la camarera, a los invitados que quedaban, pero Fei ya estaba en su habitación. Allí la encontró Ígur, aún con las botas de cuero negro hasta la rodilla, pero ya desabrochadas, y poniéndose ropa cómoda.

—¿Cómo estás, querido? —dijo ella con la voz rota, pasándole el brazo por el cuello; pero tenía cara de haber llorado. ¿O era el reciente desmaquillaje?

—¿Qué te pasa?

Fei se apartó. No debía de ser tan sólo el desmaquillaje, pensó Ígur, y se le ocurrió que quizá no se hubiera refugiado en el sitio más idóneo para estar tranquilo.

—¿Qué quieres que mande traer para cenar?

Ígur la imaginó de vuelta de una orgía, que debía de haber sido terrible, porque se necesitaba mucho para dejar a Fei en ese estado, cuando de la historia de Kiretres y Gandiulunas había emergido tan fresca. Evocó mentalmente a Sadó, y se sobresaltó recordándose la desaparición de Omolpus y que tenía orden de matar a Debrel y Guipria, pero ni una cosa ni otra acabó de aliviarle la inquietud que le producía Fei en un estado en que no la había visto nunca, y como no quería aumentar la adrenalina

con revelaciones trastornadoras, decidió no preguntar nada.

—Lo mismo me da —dijo—, no tengo mucha hambre.

Ella le señaló el comunicador.

—Tú mismo, pide lo que quieras. Yo voy a darme un baño.

Ígur encargó ensaladas y fruta, zumos vegetales y un vino ligero, y cuando ya se lo habían llevado le pareció que ella tardaba mucho en salir del baño; se oía movimiento y ruidos de cajones y tijeras, finalmente apareció completamente ataviada para dormir.

—¿Qué vino has elegido? —dijo con la mirada baja.

Cenaron charlando de años atrás, con comentarios de situaciones curiosas y actitudes observadas, sin entrar en cuestiones terribles ni hacerse preguntas duramente personales. Sin habérselo propuesto, Ígur se encontró atendiendo a Fei como si él no tuviera el menor conflicto y pudiera cargar con los de los demás, y aunque por un momento maldijo la facilidad de las mujeres, ellas que no hacen más que profesiones de sensibilidad, para convertirse en el centro del mundo sin pararse a considerar si los demás también reclaman audiencia, y al final tuvo que reconocer que tener que confortar era mejor que abandonarse a ser confortado, pero no dejaba de inquietarlo el pensar hasta qué punto, de encontrarse ella en otra circunstancia, se hubiera atrevido a fiarse y confiarle su drama particular. La cama es mal terreno para la confianza: aunque hoy no haya peligro, quién sabe mañana.

—¿No te acabas la macedonia? —preguntó Ígur, y Fei le puso el plato delante.

Se la acabó él, y ella encogió las piernas, se quitó las zapatillas y se sentó sobre los pies. Cuando Ígur terminó, mandaron retirar los platos y se tumbaron en la cama. El se desvistió.

—No te molestes si esta noche... —dijo Fei antes de que la abrazase.

Lo que sea debe de haber sido muy fuerte, pensó Ígur, optando por una renuncia oblicua, que no diera a entender que tanto le daba una cosa como otra, pero que tampoco llevara a suponer que sólo estaba allí para abreviar a la fiera. Miró el perfil de Fei, y lo encontró de una elegancia incomparable; el pecho se elevaba levemente con la respiración pausada, tapado hasta las clavículas por el camisón azul turquesa de mangas largas. La dignidad de la figura conmovió a Ígur, y la abrazó con suavidad, sin avanzar con la mano más allá del hombro. Ella cerró los ojos.

—Buenas noches —le dijo con un beso en la mejilla.

Fei se levantó antes del alba, se vistió sin ruido y se fue sin decirle nada a Ígur, quien, después de que horas antes le hubiera costado conciliar el sueño, la oyó sin desvelarse y protegió su refugio para continuar en la cama hasta las ocho de la mañana. Entonces se vistió y se fue a la Apotropía de la Capilla.

Allí lo recibió el Jefe de Protocolo y lo acompañó hasta la salita en la que se preparaba el Caballero de Preludio. Por el camino, discretamente, el funcionario no le

quitaba ojo; ambos tenían presente la escena de hacía dos días. También la tenía Mongrius, y, una vez solos, fue lo primero que le dijo.

—Si lo que querías era propaganda, te felicito —rieron—; no se habla de otra cosa en Gorhgró.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —dijo Ígur.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—No tengo más remedio que excusarme; una vez me he avenido, me lo han puesto en bandeja, los tengo convocados a todos para esta tarde. Por cierto, ¿tienes alguna idea de cómo tengo que enfocar el discurso?

Mongrius se rió.

—No pierdas ni un minuto pensándolo. El discurso te lo darán hecho.

Ígur se rebeló.

—¡Ah no, de ninguna manera! Pase que me tenga que bajar los pantalones, pero encima al son que me toquen, ni hablar.

Mongrius se encogió de hombros riendo.

—Ya lo verás, antes del encuentro te enviarán al chico de los recados con el texto preparado. Para cambiar sólo una coma, tendrás que negociar, pero no te lo recomiendo; si no os ponéis de acuerdo, la cosa puede ir para largo.

Ígur consideró oportuno cambiar de tema.

—No hace mucho estábamos aquí en la misma circunstancia.

—Sí, pero al revés. Ahora soy yo el que se juega el pellejo.

—Cierto —dijo riendo Ígur—, y aquí me tienes dispuesto a alentarte mejor de lo que tú lo hiciste conmigo.

Comentaron, en tono distendido, la situación del Imperio, la Eponimia de Bruijma al Laberinto, que Mongrius desconocía (en realidad no se había hecho público, y era de suponer que sólo lo supieran aquellos a quienes el Príncipe otorgaba confianza; Ígur se arrepintió de habérselo comentado, y aún más después de que la risita de Mongrius lo pusiera en evidencia), y acabaron especulando sobre las características técnicas y psicológicas del adversario del Combate, con profusión de advertencias y recomendaciones de Ígur, que el interlocutor escuchó con una atención devotísima y, entonces sí, totalmente desprovista de la más leve reticencia humorística.

Un Ayudante de Protocolo les anunció que todo estaba a punto, y se encaminaron los tres a la Sala de Juicios. Allí Ígur contempló la arquitectura sin el aturdimiento previo a la lucha ni la obnubilación propia del triunfo, y ocupó el banco Sur, reservado a Mongrius, en espera del inicio del Combate. Observó que en los bancos del público había menos Caballeros de Capilla que el día de su combate, y con un cierto espíritu de revancha atribuyó el éxito de público del otro Combate a la presencia de Lamborga en lugar de a la de un oscuro recién llegado de provincias. El Juez les hizo una señal a los candidatos, y cuando Mongrius y su rival subieron al

estrado, inició el discurso.

—Caballeros, Dignatarios, Funcionarios y Aspirantes, henos aquí de nuevo en el goce de la expectativa de engrandecer la gloria de la Capilla con un nuevo Caballero —Ígur pensó que ese Juez era más florido que el que lo había arbitrado a él—, en la contemplación de nuestros deseos traspuestos a una materia, ésta, regida por el valor, la compasión y la justicia. —Hizo una pausa—. Que corazón alguno se ensombrezca si se siente rechazado por cualquiera de tales virtudes. —Señaló a los contrincantes —: Desde el Poniente que he tomado veo el Este en mi final, y a mi escudo el Caballero rojo Mista Mongrius, a mi lanza el Caballero verde Andi Ridamant; tomad posiciones. —Una vez realizado, prosiguió—: la vida tendrá hoy tres determinios, con la ofensiva para el Caballero rojo. El vencedor dispondrá de las prerrogativas habituales del Combate, y en la derrota del contrincante se someterá al honor tradicional. —Ígur se sorprendió de la suavización de las normas: quedaba claro que en su Combate le habían concedido todas las prerrogativas al vencedor para que Lamborga lo pudiera enviar al otro barrio sin problemas; eso lo llenó de despecho y de orgullo a la vez; los rivales se colocaron las máscaras y se saludaron—. ¡Que ya empiece a ser lo que tiene que ser!

El Combate comenzó; Ígur no sabía gran cosa de las aptitudes de Mongrius en esgrima, y la verdad, después de la prueba en el despacho de la Equemitía, no lo tenía demasiado bien conceptuado; cuando vio que los contrarios se dedicaban a estudiarse con tantas precauciones que bordeaban ya el ridículo, se hartó y se desentendió, y observó a la concurrencia. Presidía el Secretario de la Capilla (una vez más, el Apótropro estaba ausente), a su derecha había un dignatario que Ígur no conocía, y que supuso próximo al tal Ridamant, y a su izquierda el Secretario Ifact, superior de Mongrius. De vez en cuando echaba un vistazo a la palestra para comprobar que todo continuaba dentro de la tónica del más estricto aburrimiento. Volvió a la presidencia y los encontró tan distraídos que se arrepintió de no haberse fijado en si el día de él y de Lamborga tenían la misma actitud. Cuando se oyó la voz del Juez, Ígur se maravilló de cómo tres minutos resultan diferentes dependiendo de desde dónde haya que soportarlos.

—Fin del primer determinio. Vencedor, el Caballero rojo, que conserva la ofensiva. Dos minutos de descanso.

Mongrius bajó al banco que ocupaba Ígur, se quitó la máscara y se sentó a su lado.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Lo tienes en el bote. Atácale de revés, es por donde tiene peor defensa. Por poco que arriesgues, no necesitarás llegar al tercer determinio.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Sólo tienes que soltarte, y el Combate es tuyo. Ese individuo está

completamente desconcertado, no entiendo cómo ha llegado a Caballero si no es combatiendo con inútiles —dijo Ígur pensando que lo mismo se podría decir de su pusilánime interlocutor.

—Retomad posiciones —indicó el Juez—. Segundo determinio de la vida, ofensiva para el Caballero rojo. Que continúe siendo lo que tiene que ser.

Prosiguieron el Combate, y entonces Ígur se dedicó a contemplar a la concurrencia. Maraís Vega estaba en primera fila, vestido de negro de pies a cabeza como siempre, y a su lado Per Allenair, con quien intercambió una mirada entre indiferente y amenazadora. Retirando la vista tuvo que reconocer que su derrotado adversario en la Eponimia tenía una figura francamente atractiva y, por lo que había podido saber, una habilidad y un talento en absoluto despreciables, y sintió haber sido el instrumento de su fracaso. En otras circunstancias habría sido instructivo y agradable tenerlo por amigo.

—Detened el Combate —indicó el Juez; los rivales se habían entrelazado, y les obligó a separarse—. Retomad el segundo determinio.

Ígur se dio cuenta con una cierta inquietud de que algunos asistentes lo miraban más a él que al Combate. ¿Se habría filtrado algo sobre la Eponimia de Bruijma? ¿O era el recuerdo de Lamborga? ¿Y si fuera cualquier cosa referente a la orden que esquivaba? Resolvió estar más atento al enfrentamiento, pero aun así cualquier asociación de ideas lo llevaba o por un camino o por otro a la cuestión que ya no podía posponer más: Debrel y Guipria. Empezó a impacientarse; el rival de Mongrius había cometido dos errores de principiante que el otro no había sabido aprovechar, y a cada momento veía ocasiones que él habría resuelto en un segundo. Pensó en Omolpus, en la posibilidad de presentarse en Cruiaña para saber qué había pasado, aunque dejar Gorhgró en la presente contingencia podía resultar suicida.

—Fin del segundo determinio —anunció el Juez—. El Caballero rojo conserva la iniciativa. Dos minutos de descanso.

Mongrius fue junto a Ígur y se mantuvo silencioso. Él, en cambio, no pudo aguantarse y lo recriminó.

—No sé por qué lo alargas. Ese individuo es un regalo de la fortuna.

Ya me explicarás la razón que tienes para no despacharlo en un momento.

—Tiene un contraataque muy bueno —se excusó Mongrius—, y lo quiero estudiar.

Ígur resopló.

—No me hagas reír.

Mongrius lo miró fijamente.

—Ya sé que para ti sería muy fácil —dijo, e Ígur se preguntó si no estaría humillando a su amigo—, pero no todos tenemos tus facultades.

—Retomad posiciones —reclamó el Juez—. Ultimo determinio, ofensiva para el

Caballero rojo. Me permito recordar a los Caballeros Aspirantes que ninguno de los dos accederá a la Capilla si no se produce un resultado que rebase la mera realización de ofensivas. Que acabe de ser lo que tiene que ser.

Mongrius se lanzó con más fuerza contra el antagonista, pero Ígur ya había decidido que allí no aprendería nada, y que si Mongrius perdía se lo tendría merecido por indeciso. De repente se le ocurrió que, cualquiera que fuera el sector que había dictado la orden de matar a Debrel, a esas alturas, viendo que no la cumplía, ya debía de haber tomado otra decisión, y quizá Debrel y Guipria habían sido asaltados ya por otro Caballero, o por los Fonóctonos, o estaban a punto de ser asaltados. Se angustió terriblemente imaginando las funestas consecuencias que haber desobedecido podía tener para él, justamente ahora que parecía tan bien encaminada la empresa del Laberinto, y pensó que quizá aún estaba a tiempo.

—El Combate de Juicio se ha acabado —dijo el Juez—, la vida ha resuelto su determinio.

Ígur se sobresaltó, y se levantó como toda la concurrencia. El Caballero verde yacía herido en el suelo, y Mongrius se alzaba ante él con la espada en la mano. En ese caso la prerrogativa de honor contemplaba no rematar al vencido incapaz de levantarse, y, aunque la herida no parecía grave, se lo llevaron dos empleados. Mongrius bajó para abrazarse a Ígur, que lo notó emocionado en exceso, y, encabezados por Vega, los Caballeros de Capilla se acercaron a felicitarlo.

—¿Lo ves? —dijo Ígur, sin haber visto la estocada de la victoria—; si lo hubieras hecho antes, antes habrías dejado de sufrir.

Después del habitual despliegue de cortesías, Ígur se marchó a comer algo antes de la cita en la Apotropía de Órdenes Militares. Estrechó la mano del nuevo Caballero de Capilla en el vestíbulo.

—El ritual de Acceso será mañana por la mañana —dijo Mongrius—, pero no hace falta que vayas, ya sé que estás muy ocupado —rieron—. Quiero que sepas lo mucho que aprecio y agradezco tus consejos y tu compañía. ¿Nos veremos esta noche en casa de Madame Conti? Ya sabes cuáles son las tradiciones.

Aquella noche a Ígur le esperaban emociones más severas.

—Procuraré no faltar —mintió.

Emocionalmente desinteresado por completo de la ceremonia, y con la cabeza en otro sitio, Ígur se presentó en la Apotropía de Órdenes Militares dispuesto a cumplir el trámite de la forma en que dispusieran mientras fuera rápido. Tal y como, buen conocedor de la burocracia, Mongrius había predicho, un funcionario de mediana edad que se presentó como Supervisor de Relaciones Administrativas lo recibió en una antesala, y empezó por hacerle saber que todos los convocados habían llegado ya y que el acto tendría lugar al cabo de media hora.

—Aquí tenéis el texto que os aprenderéis de memoria para declamar a una

indicación mía.

Le presentó una hoja con unas quince líneas impresas, que Ígur devoró en un momento. Era una humillación en toda regla, sólo faltaba que el declamador se declarase idiota de nacimiento.

—No pienso decir ni media palabra de todo esto. —Y se la devolvió; el otro esbozó un gesto de no resultarle imprevista la reacción.

—Naturalmente vos haced lo que queráis, pero debéis haceros cargo de que el Excelentísimo Agon no se dará por satisfecho con cualquier cosa. —Ígur escuchaba impertérrito, y al Supervisor le pareció que había posibilidades de negociar—. Veamos, ¿qué es lo que os parece que no podéis decir de ninguna manera?

Compartieron de medio lado la contemplación del papel que el funcionario sostenía como si se tratase de un objeto precioso.

—¿Este documento es de oficio? Porque no veo por ningún lado nada de lo que dije. ¿Cómo sabrán a quién me refiero?

—Lo único que importa es la frase relativa al Agon —explicó pacientemente el Supervisor; Ígur empezó a señalar párrafos.

—De entrada no puedo cuestionar el hecho de haber dicho lo que he dicho, porque estaré no tan sólo mintiendo, sino afirmando que los presentes son irreales, porque oyeron algo que no he dicho; y si no lo he dicho, ¿qué hacemos aquí? —siguió el texto con un dedo—; tampoco puedo decir que hablé sin querer decir lo que dije, porque a fe mía que no tan sólo quería, sino que aun me quedé muy corto.

El Supervisor movió la cabeza con consternación.

—Así no llegaremos a ningún sitio.

—No puedo decir que me consta la alta nobleza y competencia del Agon, porque no me consta nada de eso —prosiguió Ígur impasible.

—¿Os consta acaso lo contrario? —esbozó una sonrisa irónica—, porque, naturalmente, a no ser que pretendáis instituir el maleficio de la duda, si tenéis pruebas de una afirmación tan peregrina como la que hicisteis, no necesitáis ningún desagravio.

Ígur prosiguió impertérrito.

—Tampoco puedo decir que hablo por propia iniciativa, porque hablo obligado hasta por la última rata de Gorhgró.

—¡No pretenderéis cumplir un desagravio afirmando que habláis obligado! —se impacientó el funcionario—. Oídme, Caballero, sé perfectamente que no os entusiasma la situación, pero quiero que sepáis que ni a mí ni a ninguno de los que esperan en la sala de al lado nos hace ninguna gracia, así es que permitidme sugeriros que lo saldemos de la forma más rápida y sencilla posible.

—Perfecto —dijo Ígur interrumpiendo, porque ya veía venir que le volvería a proponer que leyera el papel—. ¿Tenéis confianza en mi honor de Caballero?

—Claro que sí —protestó el Supervisor con vehemencia, ya que decir lo contrario equivalía a aceptar un duelo a muerte.

—Pues entonces dejadme hacer, y guardad esta delicada composición retórica en vuestros archivos de cortesía.

El funcionario se resignó, y a la hora fijada lo acompañó a una sala en cuyo centro, de pie en perfecto semicírculo, estaban el Secretario Ifact (lo que no sorprendió a Ígur), Milana, Allenair, el Agon de los Meditadores, un Asistente suyo, el Secretario y el Jefe de Protocolo de la Capilla, Lamborga, los tres funcionarios de la Capilla presentes en el incidente y tres individuos más que Ígur imaginó enviados del Secretario del Príncipe Bruijma y de otras instituciones ignotamente implicadas. Al fondo, custodiando las entradas, cuatro Guardias. El Supervisor indicó a Ígur el centro del semicírculo que los auditores formaban, y él ocupó el extremo al lado de Ifact.

—Excelentísimo Agon, Ilustres Secretarios, Caballeros y funcionarios —dijo—, el Caballero de Capilla Ígur Neblí de Cruiaña os dirigirá la palabra.

Ígur dejó que el silencio se mascase un cuarto de minuto.

—Excelencia, Ilustrísimos, Caballeros y demás presentes —dijo, firme y ayudado de una gesticulación pomposa—, estamos aquí reunidos porque anteayer afirmé que el Caballero Milana había mamado la polla del Excelentísimo Agon de los Meditadores, y no puedo decir que no lo dije porque todos pudisteis oírlo, y hacer tal cosa equivaldría a sostener que este acto es una farsa absurda, lo que, al margen de quien con todos mis respetos lo pueda creer, no tengo intención alguna de intentar, y si la tuviera, no me serviría de nada. —Algunos de los presentes palidecieron; otros, Allenair a la cabeza, tenían la mirada más encendida que una antorcha—. Por tanto, asumido el hecho, que sería ridículo negar, de que tal afirmación salió de mi boca, me veo impelido a declarar que el Caballero Milana no ha obtenido el Combate de Acceso a la Capilla gracias a haber mamado la polla de Su Excelencia el Agon de los Meditadores, y digo que lo digo porque lo digo, porque si digo que lo digo porque me han dicho que lo diga, me obligarán a volver a decirlo añadiendo que no lo digo porque me han dicho que lo dijera, y que cuando he dicho que lo decía porque me obligaban a decirlo (igual que si ahora hay alguna sospecha de que saduceamente declaro que digo que el Caballero Milana no ha mamado la polla del Excelentísimo Agon de los Meditadores porque lo digo, lo hago bajo alguna coacción, o desde la necesidad de ser creído, al margen de la verdad o la mentira), mentía tan miserablemente como cuando dije que el Caballero Milana ha mamado la polla del Excelentísimo Agon de los Meditadores. Y, sin embargo, hay que distinguir la naturaleza de las dos hipotéticas mentiras, porque así como no me asiste, es cierto, constancia alguna de que el Caballero Milana le haya mamado la polla a Su Excelencia el Agon de los Meditadores, ¿y cómo podría haberla obtenido? —Ifact, el

Supervisor y el Jefe de Protocolo de la Capilla parecían al borde de un ataque de apoplejía—, tampoco dispongo, ni, tal y como van las cosas, existen elementos para creer que pueda disponer en un plazo razonablemente próximo, de indicio alguno de que no lo haya hecho, y que cuanto más se la mamase, más le ennobleciese, y aunque no le ennobleciese, más se la mamase, por lo que no me queda más remedio que deducir que también tengo que excusarme de una posible mentira en el otro sentido, ésta sí, con toda la inocencia del desconocimiento, y, en la medida en que hablar de hipotético como mentira, como decir si el vaso está medio vacío o medio lleno, es tan impropio como hablar de hipotético como verdad, en modo alguno se me puede hacer responsable; y tampoco querría que ahora se me imputase que contrapongo inocencia del desconocimiento a certeza de cognición, que lo contrapongo a esta mi natural y, a la vista está, reprobable pasión por la hipótesis; por tanto, hechas las salvedades anteriores, no vaya a ser que saturnalmente ahora se me acuse de coacción moral, y no tan sólo reconociendo el derecho que el Caballero Milana tiene de mamarle la polla al Excelentísimo Agon de los Meditadores, y que gloriosamente lo haya hecho, si a ambos, que son libres, les conviene, y a la naturaleza, que es soberana, le place, sino de una vez y para siempre confesando que no tendría inconveniente, ¿por qué debería tenerlo?, de aplaudir, de loar, con absoluta, con esmeraldina transparencia de corazón, una práctica del goce de la vida tan extendida, tan noble y bien documentada en las artes, en la poesía y en la historia, tengo que afirmar, puedo afirmar y, en verdad, afirmo, despojado por completo tanto de reservas y reticencias como de vestimenta y de argumentos me trajeron al mundo, que no lo ha hecho, y lo rubrico con mi más humilde, mi más rotunda, transparente y sincera imploración de misericordiosa benevolencia y ofrecimiento de la más sumisa disposición a cualquier otra clase de satisfacción que pueda hacerseme el obsequio y el honor de exigírseme. Es más, si en cualquier momento...

—Es suficiente. Caballero Neblí —dijo el Supervisor después de un intercambio de miradas con el Asistente del Agon—. Tened la bondad de acompañarme.

Después de una inclinación marcial de cabeza, volvieron a la salita del principio.

—¿Ya está? —dijo Ígur—. ¿Lo he hecho bien? ¿No hace falta nada más? Porque ya puestos, si quieren se la mamo yo a ellos. ¿O quizá preferirían darme por culo?

—Caballero, sois incorregible; vuestro carácter os conducirá a situaciones muy desagradables.

—¿Me puedo ir?

—El Caballero Milana ha solicitado una entrevista con vos.

Ígur sintió el latigazo de la ira.

—Naturalmente, hacedlo pasar —dijo, y sonó como una orden.

Cinco minutos más tarde, el Supervisor los dejó solos en la salita. Ígur clavó sus ojos en los del otro.

—No tengo el poder de un Agon —dijo Milana— para obligarte a rectificar el resto de afirmaciones del otro día, pero quiero que sepas que no lo olvidaré.

—¿Dónde está el Magisterpraedi Omolpus? —dijo Ígur mirándolo fijamente; se aguantaron la mirada hasta que Milana la apartó.

—Nunca has sido demasiado listo, no me costará nada cazarte el día que quiera.

—No creo que ese día puedas elegirlo entre muchos. A la Capilla se accede con espadas, no con cañas, y de ti Lamborga hará picadillo.

—Ya lo veremos. —Y salió.

Después, Ígur se fue a buscar al Supervisor.

—Espero que nos volvamos a ver en circunstancias más distendidas, Caballero Neblí; en cualquier caso, os deseo mucha suerte en el Laberinto —dijo el funcionario, y lo despidió al final de la escalera—. El aspirante Lamborga os espera en el vestíbulo principal.

Los dos Caballeros salieron juntos de la Apotropía de Ordenes Militares, y por la calle se abandonaron a la carcajada. Lamborga le contó que una vez el Supervisor hubo cerrado la puerta, todos estaban pendientes del Agon, y él se había interesado por la vida y cuitas de Ígur, qué hacía y de dónde había salido, y esa reacción había desconcertado a los demás, en especial a Ifact, que había tenido que responder, y a Milana, que no esperaba que un desagravio tan inconveniente fuera aceptado.

—Creí que te iban a matar —reconoció Lamborga—, pero me parece que has salido muy bien librado. —Se detuvieron al pie del transporte antes de separarse—. Quizá demasiado bien, Ígur, ve con mucho cuidado.

—Y tú entrénate a fondo para el Juicio de Acceso. Quiero ver cómo dejas a Milana convertido en una mancha de grasa en el suelo.

—Pero nos veremos antes.

—Claro —dijo Ígur, sin querer saber por qué en el fondo lo dudaba tanto.

Ígur hizo de tripas corazón y se fue a la torre de Debrel. Incluso la calma de las afueras y la placidez del barrio, al que llegaba como siempre alrededor del atardecer, eran amenazas que lo acongojaban. Aminoró el paso al llegar, indeciso como el criminal desapasionado. Le abrió Guipria, y lo hizo pasar con una sonrisa que acabó de debilitarlo.

—Mirad a quién tenemos aquí. ¡Si es nuestro Caballero de Capilla preferido!

Se encontraron en el salón de arriba Debrel, Guipria, Sadó y él. El geómetra lo increpó afectuosamente.

—Cuánto te ha costado venir... ¡justo ahora que todos imaginábamos que te veríamos más a menudo que antes!

La agradable distensión del ambiente a Ígur le pareció montada a propósito.

—Tiene obligaciones muy importantes que le ocupan todo el tiempo, y las disciplinas secundarias quedan en último término —dijo Sadó con desenvoltura. Ígur

la encontró más bella que nunca.

—¿Es que —dijo Debrel— no tienes curiosidad por las novedades?

Lástima que Silamo no esté, él que ha trabajado tanto en esto. Ten —abrió un cajón y sacó un disco metálico, muy ligero y totalmente rígido, con seis perforaciones prácticamente imperceptibles—, el código de interposición que tienes que situar en la tercera ranura del Rotor comenzando por abajo. La flecha —le indicó una línea grabada— ha de señalar al Norte, es decir a la Puerta; de todas formas, supongo que el Rotor tendrá una hendidura para que puedas precisar la orientación, porque para evitar interferencias hemos afinado tanto que cualquier desviación podría mandarlo todo al traste.

A Debrel se le veía ilusionado, e Ígur se imaginó con horror sacando la espada y desatando una carnicería. ¿Y con Sadó, qué haría? Un Fonóctono no dudaría, pero él no se atrevería nunca a hacerle daño. Retrasó el momento, buscó excusas y se puso plazos arbitrarios, y cada vez se veía más incapaz de hacerlo. Guipria se fue a por bebidas.

—¿Alguna precaución para conservar el disco? —preguntó Ígur.

—Ninguna en especial. Si no vas con el propósito deliberado de romperlo, es lo bastante resistente como para ser transportado dentro de una cartera o bien envuelto. —Ígur pensó en la posibilidad de envenenarlos, pero la descartó enseguida—. Un detalle importante es cuándo introducir el disco por la ranura —en ese momento llegó Guipria con las copas y las botellas—, aquí tienes —le dio una pequeña carpeta— un listado con la hora exacta en que debes colocarlo, dependiendo del día en que entres; atención, la fecha límite es el veintiuno de Abril, que será la puesta heliaca de Canopus, y ahí entramos en la otra parte de la cuestión, porque nos quedan exactamente veintisiete días, y falta lo esencial.

—No te preocupes, la Eponimia de Bruijma es una realidad —dijo Ígur, mecánicamente.

—¿Ah sí? ¡Espléndido! Pero yo me refería a Arktofilax. Ahora es urgente, ya no porque si tardamos más de la cuenta tendremos que esperar meses para volver a disponer del cielo adecuado —Ígur casi no lo escuchaba, y los dos se dieron cuenta—, sino porque tenemos competencia. Silamo ha sabido que el Caballero de la Expedición Simbri ya ha salido a buscarlo, y si lo encuentra antes que nosotros, la Entrada será para él.

Ígur sufrió un descalabro emocional. Pensó en Omolpus, que había desaparecido por la codicia de Milana, imaginó cómo podía haber pasado, quizá una escena como aquella. Debrel continuaba exponiendo problemas inmediatos y cómo abordarlos, y Guipria y Sadó no perdían a Ígur de vista. Se le ocurrió si realmente no le habrían ordenado que los matase para ponerlo a prueba. ¿Y si fuera cosa de la Apotropía de Juegos? Se lo tenía que haber preguntado a Ifact, pero ¿y si eso precipitaba las cosas?

—¿Qué te pasa, querido amigo? —le dijo Guipria, acercándosele.

Los ojos de Ígur se clavaron en la cola de Sadó, bastante baja y floja, con tensiones desiguales de los cabellos que sujetaba, y con algunos sueltos a los lados, aparente resultado de una deliciosa negligencia, miró las manos de Debrel, delgadas y arrugadas pero tersas a la vez, ágiles y cambiantes y a la vez cansadas, como de bronce viejo, miró las comisuras de los labios de Guipria, la arruga enérgica que marcaban en los momentos en que ella se sabía la más inteligente, y supo que era precisamente eso, lo que le tenía que ser arrebatado, lo que más quería, lo que él no necesitaba guardar silencio para que no se le notase el nudo que le producía en la garganta, cuando, finalmente, no pudo evitar que le viesen los ojos humedecidos, y supo que nunca había ido allí a matar a nadie, se desconoció con furia del que poco antes dudaba, y, liberado, se abandonó triunfalmente al impulso más fuerte.

—Tenéis que huir ahora mismo —suplicó; los otros se quedaron mirándolo con los ojos como platos—, ¡tenéis que huir y esconderos! Me han ordenado que os mate a los dos, y de eso hace ya tres días, así que el peligro es inminente.

Ígur estaba dispuesto a cualquier reacción. Todos miraban a Debrel, y el geómetra bajó la cabeza con una sonrisa benevolente.

—Así que se trataba de eso, por eso te has escondido estos días... —Lo miró límpidamente, y se volvió hacia Guipria, que le sonreía expectante—. Aún nos han concedido bastante tiempo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Ígur, el cuerpo indeciso de aligerarse de la carga—. ¿Ya contabas con ello?

—Los viejos fantasmas nunca mueren —dijo Guipria.

—Y eso sin movernos de casa —dijo Debrel—; pero esta vez se ha acabado.

—¿Qué queréis decir? —se sobresaltó Ígur—. ¿Qué pensáis hacer?

Debrel se levantó; no había perdido la sonrisa en ningún momento.

—Ahora, escúchame. Es más urgente que nunca que encuentres a Arktofilax, él es tu último obstáculo antes del Laberinto. Quien lo encuentre será el Entrador.

—Un momento —dijo Guipria—, ¿que le pasará a Ígur cuando vean que ha desobedecido la orden?

—No te preocupes —dijo Debrel, confortador como si se dirigiera a adolescentes—, ya cuentan con eso. Ahora está a punto de entrar en el Laberinto, y ellos sólo se preocupan por el Laberinto. El que nos hayan dejado tranquilos hasta ahora significa que tienen mucho interés en allanarle el camino. Ígur —lo miró fijamente—, ándate con mucho cuidado al salir. La orden de matarnos no es tan sólo nuestra condena, porque estamos perdidos de todas formas; también les interesa saber hasta qué punto estás dispuesto a actuar para ellos a ojos cerrados.

—Nunca más —resolvió Ígur, sintiendo que se volvía a conmover.

—La Equemitía te ha favorecido porque tiene un pacto con Bruijma para limitar

el poder de las Órdenes Militares sin exasperarlas, y así mantener a Ixtehatzi hasta que acabe la Reforma, pero cuando Ixtehatzi se debilite y ya no haya ningún Laberinto para canalizar influencias y recursos, si no juegas bien con el poder que tengas en las manos, puedes acabar muy mal.

—Pero ¿y ahora? ¿Qué haréis? —dijo Ígur.

—Veamos —dijo Debrel tranquilamente—, a ti te concederán veinticuatro horas más como mínimo, y a partir de entonces nos enviarán a otro —acarició a Guipria con una mirada cálida y extensa—. Creo que es urgente que nos tomemos unas buenas vacaciones... Pero antes —cambió a un tono práctico— tenemos que resolver algunas cuestiones. Lo que se refiere al Laberinto ya está listo. Tienes el disco, y respecto a Arktofilax, el único contacto que hemos podido establecer es un tal Beremolkas, que vive en Ankmar, en la costa oybiria —Ígur lo anotó mentalmente—; ya sé que no es gran cosa, pero no hemos llegado más lejos. Acerca del Caballero de la Expedición Simbri, Silamo ha sabido que se trata de un tal Meneci, un individuo de unos veinticinco años, y con una habilidad especial para los disfraces. Ve con cuidado, parece ser que es un luchador terrible y sin escrúpulos, y se hizo Caballero de Capilla muy joven y directamente desde el Pórtico, igual que tú. Conviene que salgas mañana mismo, pase lo que pase; servirá, de paso, para que olviden que les has desobedecido, o al menos, si vuelves con Arktofilax, como espero que ocurra, para que en principio no te lo reprochen. Además —rió—, siempre puedes decirles que ahora sólo recibes órdenes del Príncipe Bruijma. Ahora —miró a Guipria— tenemos que pensar en Sadó y Silamo.

—Yo iré con vosotros —dijo Sadó, y el corazón de Ígur se llenó de resonancias contradictorias.

Guipria sonrió con tristeza, y Debrel soltó una carcajada.

—De ninguna manera, querida. Allí adonde vamos no hay cabida para un sol naciente como tú.

—Pues viviré sola. Y entonces no me pienso mover de Gorhgró.

—En Gorhgró, es imposible vivir sola —sentenció Guipria—. No durarías ni una semana.

—Habría que buscar una suite en un Palacio privado de expansión —dijo Debrel—, pero se necesita influencia.

—Yo tengo entrada al Palacio Conti —dijo Ígur sin pensárselo dos veces.

—No sé si es el lugar más adecuado —dijo Guipria, y Debrel se encogió de hombros.

—Por lo que estás pensando, lo es. Es uno de los pocos sitios de todo el Imperio donde la ética y las decisiones dependen de uno mismo, y no hay ningún resquemor ni ninguna necesidad remota, porque todo está al alcance de la mano.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Guipria a Sadó, y la hermana menor asintió.

—Perfecto, entonces. Ígur te acompañará ahora mismo.

Hubo un momento de desconcierto y contemplaciones.

—¡Ahora mismo!

Debrel sonrió.

—No hay que dar más oportunidades de las imprescindibles. A Ígur ya le han enviado Fonóctonos una vez. No sé de dónde procede la orden de matarnos, es decir, sí lo sé, pero no a través de quién, en fin, el caso es que ahora nos tienen a todos juntos, y más vale que no nos quedemos aquí muchas horas más. —Rió viendo la cara de Sadó—. Tampoco es preciso que salgamos corriendo ahora mismo, pero hay que desaparecer esta noche —se dirigió a las mujeres—, tan pronto como tengáis lo imprescindible, comemos algo y nos vamos. Atención —rió—, que ya os conozco. Sadó que coja lo que quiera, pero tú una bolsa y nada más.

—¿Y tú, no te vas a llevar nada? —le dijo Ígur cuando Guipria y Sadó hubieron salido; Debrel abrió los brazos.

—Yo llevo encima todo lo que voy a necesitar.

—¿Y Silamo?

—De Silamo me ocuparé ahora mismo —tecleó el Cuantificador—, aún tengo amigos en la Administración que lo colocarán discretamente algún tiempo, hasta que pase todo esto.

Ígur quería preguntar qué pensaban hacer él y Guipria, pero no se atrevió. Notificó a la Secretaría del Príncipe Bruijma vía Cuantificador que salía de viaje por asuntos del Laberinto, y después se abandonó a la contemplación de la espléndida sala del torreón, el último resplandor del crepúsculo en torno a la Falera que contenía el Laberinto, causa directa de la desgracia de Debrel. Se preguntó qué sería de la casa, y se volvió al macizo lejano fascinado por su atractivo maligno.

—¡Maldito Laberinto! —exclamó—. He sido la causa de tu desgracia.

—En absoluto —dijo Debrel, completamente pausado—. Hace tiempo que no nos quitan ojo, y si no hubiese sido el Laberinto habría sido otra cosa. Además —rió—, ¿quién dice que nos quieran matar en relación con el Laberinto? ¿Por qué tendrían que hacerlo? ¿Por haberte ayudado? En ese caso, ¿no les resultaría más sencillo matarte a ti?

Ígur pensó que él era más difícil de eliminar que un hombre de sesenta años y su mujer.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —dijo con la solicitud más sincera de su vida.

Debrel se tocó la frente.

—¡Y qué más quieres hacer, querido amigo! Perdonar nuestra insensibilidad y nuestro desagradecimiento. Acabas de salvarnos la vida poniéndote tú en peligro, y ni siquiera te hemos dado las gracias.

Guipria y Sadó se reincorporaron y, puesto que nadie tenía hambre, tomaron fruta

y bebida fresca. Se produjeron una serie de silencios, se tejió entre ellos un cruce de miradas que suplicaban y perdonaban todo lo que las palabras no pueden, y las lágrimas y las risas no sofocan. Guipria se levantaba a menudo, a caballo entre la prisa que el momento imponía y la nostalgia de retrasar el abandono definitivo de un dominio de felicidad. Porque, pensó Ígur, si yo que he estado media docena de veces soy presa de un anhelo desasosegado por retener la imagen y las sensaciones de un lugar maravilloso al que nunca podré volver, ¿qué debe estar pasando por la cabeza de los demás? Una mirada fugaz hacia afuera, otra hacia adentro; era ese momento del atardecer en el que ya no hay residuo de sol pero todavía no es de noche, ya no entra luz por las ventanas, pero ni los objetos del exterior han dejado de ser visibles, ni es lo bastante oscuro como para que los cristales se hayan vuelto espejos, sino que, recién encendidas las luces, parecen cuadros en penumbra.

—¿Queréis algo más? —dijo Guipria; nadie dijo nada, y ya no convenía aplazar más el momento; Debrel se levantó.

—Ahora —anunció—, saldremos de aquí separados; Ígur y Sadó primero, y después nosotros.

Cuando los cuatro se pusieron de pie, se desató la tensión.

—¿Cómo podremos vernos? —preguntó Ígur a Debrel, excitado por la risa de dolor de Sadó.

—Por supuesto que a partir de ahora dejaremos de vernos —fluctuó entre el humor y la tristeza—. Ya lo ves, ahora tendrás que espabilarte sin mí; venga, no pongas esa cara, que el mundo aún es pequeño para ti.

—¿Pero volveremos a vernos? —insistió Ígur, bordeando la desesperación, pero también con cierto temor al ridículo.

Guipria no le dijo una sola palabra a Ígur, pero le dio un abrazo tan largo y fuerte que alejó toda frase posible. Debrel y Sadó se miraron inacabablemente, y ella estalló en llanto y se lanzó a los brazos de Guipria.

—¡Te echaré tanto de menos! —dijo Guipria bajito y con los ojos medio cerrados.

—¿Cómo podría congraciarte? —gemió Sadó sin contenerse—. ¡Querría decirte tantas cosas!

—No tengo ninguna desconfianza en cuanto a tus buenos sentimientos —le sujetó con las manos la cara llena de lágrimas y se las besó con ternura—, y quiero que tú tampoco sientas ningún resquemor, ¿me entiendes? Te quiero mucho y no quiero que sufras por nada.

Se miraron los cuatro, y Debrel atajó la imprevisible escalada emocional.

—Ahora marchaos. Y tú —miró a Ígur—, que nada te distraiga de lo que tienes que hacer.

Ígur y Sadó salieron abrazados, él con la bolsa en la otra mano, deteniéndose a menudo para contemplar la torre de Debrel. La última vez vieron cómo, empezando

por los pisos altos, las luces de las ventanas se apagaban, de una en una.

Cuando Ígur entró en el Palacio Conti por la puerta de atrás, en compañía de Sadó, pidió a la camarera que los llevase directamente a ver en privado a Madame Isabel. Una vez los tres solos, después de las presentaciones, Ígur explicó el caso a la dueña del Palacio, y donde esperaba una bienvenida desenfadada y sin reservas le sorprendió una reticencia observadora y reflexiva.

—¿Así que cuñada del geómetra Debrel? —La miró con una aprensión que la sonrisa no conseguía disfrazar—. Claro que puede quedarse de momento, pero más adelante, en fin, ya lo veremos, vamos muy justos de habitaciones —una empleada entró a reclamarla—. ¿Me perdonáis un momento?

Salió. Ígur se excusó con Sadó y alcanzó a Madame Conti en el pasillo.

—Isabel, ¿qué pasa? Tienes uno de los Palacios más grandes de Gorhgró. ¿Desde cuándo no tienes sitio para un favor a un amigo?

—Mi querido inocente Caballero —lo miró con ternura burlona—. Cuanto más te observo más me pregunto si sabes a qué juegas.

Ígur no estaba de humor para reticencias.

—Si no me puedes dar un motivo consistente para negarte, tendré que interpretarlo como una cuestión personal.

—Está bien —rió—, que se quede. Y ahora, si me permites... Esta noche tenemos celebración, pero no sabíamos seguro si podíamos contar contigo.

—¿Ah sí?

Madame Conti ordenó las disposiciones de la estancia de Sadó, y una criada la llevó a la habitación pertinente, menos remota que la de Fei y también menos bonita y confortable y, por supuesto, mucho más pequeña. Ígur quiso estrenarla, y ella no se resistió; ansiosos desahogaron la melancolía en que la separación de Debrel y Guipria les había sumido, y al acabar, dudosamente ganada la serenidad pero no perdida la tristeza, en realidad quizá también más asentada, bajaron al salón central, que Ígur no había vuelto a ver desde el día del trapecio, a la anunciada celebración.

Se trataba, claro está, de la victoria de Mongrius en el Combate de Acceso. Mongrius, con más relaciones que Ígur en Gorhgró, había tenido tiempo y recursos para organizar una fiesta completa, con invitados y sin improvisaciones. Los asientos para los espectadores se había retirado, y todo eran mesas y sillas para cenar, algún sofá, y en el centro un entarimado para una orquesta con predominio de vientos y percusión. Cuando Ígur y Sadó entraban, un coro de adolescentes entonaba entre la sensualidad y la languidez:

Placido é amor, andiamo,

Tutto ci rassicura.

Felice avrem ventura,

Su su, partiamo or or.

En el centro, oficiaban la fiesta Fei, completamente recuperada a juzgar por su aspecto y actividad radiantes, y Mongrius, que recibía el homenaje de los presentes. Junto a Madame Conti estaba el Duque Constanz y el Barón Boris Uranissor, y más apartados, el gestor Dilmau y el dermatógrafo Serránila. Ígur les presentó a Sadó, que para la ocasión se había puesto un vestido amarillo bastante extremado, que contrastaba con el blanco plateado de Fei.

—Querido Caballero Neblí —dijo Constanz—, permitid que sea el primero en daros la enhorabuena.

—¿Por qué, Excelencia? —preguntó Ígur.

—¿Cómo, amigo mío, no habéis visto el Cuantificador? —dijo el Duque—. Se acaba de hacer pública la Eponimia del Príncipe Bruijma a la Entrada al Laberinto, y todos, aquí, sabemos quién está destinado a ser el héroe.

—Como no podría ser de otra forma —dijo Boris riendo—, tratándose de un vigilante tan estricto del tráfico de mamadas de polla.

A esas alturas, a Ígur le daba igual una cosa que otra.

—Barón, si tenéis la boca seca y queréis ponerlos a la cola, no tengo ningún inconveniente.

Hubo una carcajada general.

—No hay nada como un buen aprendizaje de la casuística del Laberinto —dijo Constanz, y recitó:

Cosí s'allenta la castigatizza
quiví ben ratta dall'altro girone,
ma quinci e quindi rade apotropezza!

—¡Vaya, qué bella reunión para comerse el mundo de un bocado! —dijo Madame Conti rodeada de risas—, la nobleza, la hermosura, la juventud y la caballería.

—¿En dónde estoy yo, Sultana? —preguntó Dilmau.

—Tú eres la montura de la caballería —dijo Fei, a su lado.

—Es otra montura la que quiero cabalgar —dijo él, mirándola de pies a cabeza sin ambages—. Reina de las Yeguas ¿te gustaría suicidarte conmigo?

—Sólo con mirarte no hago otra cosa.

Ígur la observó con pesar. Toda ella resplandecía como una jova, y se preguntó cómo era posible que una mujer tan bella, una diosa, se dignase relacionarse con un animal cuya sola presencia la deslucía. Ígur sabía cuántos mecanismos del comportamiento están destinados a apagar las pasiones, y prefería sufrir que matar una pasión. Miró a Sadó, intentando inútilmente recordar cómo la veía y qué pensaba

de ella tan sólo una semana antes, y en cambio sí fue capaz de reproducir hasta qué punto, con Fei, lo que al principio de conocer a una mujer te aparta del arquetipo de la belleza es visto como un defecto, cuando esa mujer te gusta cada vez más te gusta precisamente por esa distancia del arquetipo, hasta que llega un momento en que tal separación se ha fundido completamente, y esos cuerpos que antes le habían correspondido parecen ahora fría materia de contemplación indiferente.

—Deja a este puerco y ven conmigo —le dijo Serránila a Fei—. Tengo tres días preparados hasta la Isla del Lago.

—No tengáis tanta prisa en contraer enfermedades contagiosas —dijo ella, e Ígur quería creer que igualmente y con el mismo tono podía haber dicho lo contrario.

—¿Qué otra aspiración puede tener un obseso sexual de buena familia? —dijo Boris.

La orquesta trinaba un trémolo de pífanos y tamboril, y el coro, con suavidad de alejamiento:

Oggi molto, doman poco,
Ora in térra ed or sul mar.

Ígur y Sadó se apartaron del grupo y se sentaron junto a un espejo. Ella lo miraba fijamente a los ojos embelesada, y él la miró por el espejo; Sadó no apartó los ojos, y, en el espejo, a Ígur le pareció como si ella mirase a otro, y su sonrisa se le antojó tierna y enamorada de veras, mucho más que la de la mirada directa, mucho más excitante y temblorosa.

—Así, se trata de construir un buen engaño —dijo con suavidad.

—¿Qué dices?

Mongrius escanciaba personalmente vinos excepcionales en las copas de cristal, Madame Conti y Fei llevaban la voz cantante, e Ígur pensó que en los brazos de las butacas quedarían marcas de las garras de las aves de rapiña. ¿Un pensamiento para Debrel y Guipria? ¿Dónde debían estar en ese momento?

—Te pasas la vida en esta sala, amigo mío —le decía el Duque Constanz a Dilmau—. ¿Nunca estás con tu mujer?

—¿Qué dices! ¿No sabes que le tengo horror al incesto? —dijo el otro.

—Quien te oyera pensaría que no has tenido madre ni hermanas —dijo Madame Conti.

—Mientras no se le marchen las hijas, no tiene que preocuparse.

Ígur miró a Sadó de reajo, un poco preocupado por el ambiente inaugural de su nueva residencia, pero ella parecía muy entretenida, y se mantenía en un segundo plano discreto sin retraerse de la conversación. Madame Conti la tomó del brazo.

—¿Te parece todo bien? ¿La habitación está a tu gusto?

—Oh sí, señora, todo está perfecto.

—Así me gusta —dijo, complacida—, creo que nos entenderemos. Si te hace falta cualquier cosa, no dejes de decírmelo.

—Entonces, Caballero Neblí, nos veremos a menudo si vais a ser el Campeón del Laberinto —dijo Constanz.

—Así lo espero —dijo él.

El Duque y Boris sonrieron.

—La espera del Caballero... —dijo el Barón, y el otro le hizo una señal.

Fei y Sadó iniciaron una conversación, y cuando Ígur se quiso sumar a ellas, los dos nobles lo entretuvieron con tecnicismos burocráticos, y puesto que ambos eran personajes influyentes, no se atrevió a desairarlos para enterarse de qué podían estar diciéndose ellas. Poco a poco desistió de aumentar el vértigo, decidió no hacer preguntas con posibles respuestas torturadoras. Se repetía una y otra vez que cuando se renuncia a algo en favor de otra cosa, lo único seguro es que se perderá aquello en que se ha cedido, pero nunca que se obtendrá lo que en compensación se pretende, y, aunque muerto de curiosidad y ganas de quedarse, pensó en irse como quien planea un crimen contra sí mismo. En el momento en que la música era más evocadora y Fei y Sadó le parecían más bellas, se levantó consumido de pesar, con la fuerza de un siglo de premeditación a sus espaldas.

—Adiós, queridas amigas y amigos.

—¿Cómo es eso, ahora nos dejas? —protestó Madame Conti.

Sadó intentó retenerlo, y cuando se convenció de que era inútil se levantó y lo acompañó hasta la puerta. De lejos, sentada entre las fieras y sin dejar de sonreír, Fei no le quitó ojo hasta el último instante.

X

Ankmar, a poco más de media hora de vuelo de Gorhgró, era en tiempos de Ígur Neblí una turbulenta población portuaria, con la fachada de mar triturada por la infraestructura de transportes y abastecimientos y la industria pesada, toda ella gris y atronadora, y las calles manchadas a perpetuidad por petroleosas acuosidades que parecían emerger de una profundidad inevitable y maligna.

Ígur llegó a mediodía, con un calor asfixiante que contrastaba violentamente con el aire aún fresco de Gorhgró, y sin perder tiempo se ocupó de localizar al tal Beremolkas, lo que no le resultó difícil, porque la dirección estaba en el índice del Cuantificador. Llegó a las cuatro de la tarde, y encontró la casa rodeada por la Guardia de la Mayoría de la ciudad.

—No se puede pasar —le dijo un Suboficial; Ígur le mostró el sello, y cuando el otro se cuadró le ordenó que fuera a buscar al oficial en jefe; un minuto más tarde tenía delante a un hombre de unos treinta años y aspecto preocupado.

—¿Caballero Neblí? —se presentó—. Teniente Leonid. ¿En qué puedo servirlos?

—Vengo a ver a una persona de este edificio.

—Por supuesto me tenéis a vuestra disposición. Pero, lo lamento, ha habido un homicidio y tengo que acompañaros. ¿Puedo saber a quién venís a ver?

El Teniente se comportaba con amabilidad, e Ígur prefirió no discutir.

—Al señor Beremolkas.

Leonid lo miró con atención.

—Tened la bondad de seguirme.

Lo llevó por un pasillo lleno de Guardias y gente de prensa hasta una habitación interior. Allí, colgado del techo por el cuello, pendía un hombre desnudo con la mitad derecha del cuerpo perfectamente desollada, cráneo y sexo incluidos, y un charco de sangre y excrementos aún fresco en el suelo. Ígur levantó la vista hasta lo que quedaba de las facciones, impresionado por el insoportable hedor y el bochorno y el enrarecimiento del aire.

—¿Beremolkas? —preguntó; el oficial asintió.

—Hace dos horas que ha muerto. Las manchas de semen en la pared —se las señaló—, que el laboratorio me acaba de confirmar como tuyas, y la altura, que corresponde perfectamente a la trayectoria parabólica, indican que lo desollaron nada más colgarlo, cuando aún tenía convulsiones, observad las manchas de sangre en el techo y las paredes. Es un ritual de los traficantes de la Séptima Demeterina de La Muta.

Ígur procuró que la sonrisa naciente no le aflorase a los labios. No tenía duda de que era cosa de Meneci.

—¿Tenéis algún indicio?

Había moscas en abundancia. Ígur se puso de espaldas al ahorcado.

—Lo único mínimamente significativo que nos han dicho los vecinos es que la última visita que ha recibido ha sido la de un viejo jorobado que ha salido a una hora muy aproximada a la del homicidio.

He aquí cómo se ha disfrazado la Expedición Simbri, pensó Ígur.

—Debía ser la primera vez que lo veían, me imagino.

El Oficial lo miró con atención; le propuso salir, e Ígur aceptó inmediatamente.

—Caballero Neblí —dijo, ya al aire libre y alejados de los demás—, las razones de vuestra presencia aquí no son de mi incumbencia, pero tengo la obligación de preguntaros el motivo de vuestra visita a la víctima. Espero que lo comprenderéis.

—Os comprendo perfectamente, y lamento no poder comprenderos ni una palabra más. Las competencias son las competencias.

—Si al menos me pudieseis proporcionar algún indicio. De alguna forma debéis situar lo que ha pasado.

Para Ígur, el problema era saber si el hecho de asesinar a Beremolkas siguiendo el ritual de un sector de La Muta obedecía al simple deseo de hacer recaer las sospechas en otro para, por lo menos, quitarse de encima a la Guardia de la Mayoría, o bien si, verdaderamente y al margen del asunto del Laberinto, o incluso formando parte de él, había alguna cuestión con La Muta y las Demeterinas. Como última posibilidad pensó que acaso el hecho no guardara relación con la Expedición Simbri, lo que tampoco era inaudito, pero añadía el problema de convertir al azar en protagonista de la función. Aun así, la solución le gustó.

—Teniente, éste es un asunto entre la Agonía de los Meditadores y la facción financiero-militar de La Muta. Ese hombre era un enlace que jugaba a tres bandas con otra institución cuyo nombre no estoy autorizado a revelaros. —El otro lo miraba con toda la desconfianza del mundo—. Ahora, a cambio, quisiera que me informaseis acerca de sus actividades públicas.

—Poca cosa. Jefe del Departamento Comercial del Monopolio de Transportes con las Jéiales.

—¿No dependen del Príncipe Simbri?

—Efectivamente, Caballero.

Ígur maldijo el retraso de las gestiones. Meneci le llevaba ventaja, y tal y como Debrel había dicho, no tenía escrúpulos a la hora de jugar sucio; Ígur sabía que después de arrancarle a Beremolkas la información deseada, lo había matado para que la competencia no la obtuviese, y sonrió pensando si Leonid acabaría por descubrirlo. Le agradeció las atenciones y, como a partir de las cinco cerraban las oficinas, buscó un hotel, finalmente un mal menor porque en Ankmar hasta el mejor barrio estaba negro de humo y apestaba a basuras y a verdura podrida, cenó y se fue a dormir.

Al día siguiente, Ígur recordó que tan sólo le quedaban veinticinco días para el

límite de la Entrada al Laberinto, y se fue a la Delegación General de Transportes de las Jéiales. El escudo del Príncipe Simbri le advertía desde el frontispicio del espléndido palacio que ocupaba. En el interior topó con toda clase de impedimentos burocráticos, desde empleados reunidos hasta empleados ausentes, documentos no disponibles y terminales fuera de servicio. Pronto se dio cuenta de la ingenuidad que había cometido al imaginar que en una empresa dependiente de la expedición rival le facilitarían las cosas. Acabó estrellado en la mirada hostil de una Secretaria de enormes gafas; no había duda de que allí todos sabían quién era el Caballero Neblí, y de las instrucciones que habían recibido. Inició la retirada y, en mitad del vestíbulo de salida, un hombrecillo cargado con un gran bulto se le echó encima. Ígur se quedó quieto esperando una excusa.

—En diez minutos en la terraza del paseo —dijo el otro en voz baja, y desapareció muy atropellado.

Ígur salió y, a unos cien metros bajando el paseo, encontró una terraza protegida por cuatro parras raquílicas. Se fue hacia allí pensando en si había sufrido una alucinación auditiva. Esperó más de media hora, totalmente desesperanzado: Debrel invisible, Beremolkas muerto..., tan sólo le quedaba volver a Gorhgró a buscar a Silamo, y averiguar alguna otra conexión para dar con Arktofilax. Ya se iba cuando apareció el hombrecillo.

—Caballero, sólo dispongo de un minuto. Decidme qué necesitáis —dijo, mirando a su alrededor con nerviosismo.

—¿Quién sois? ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre no tiene importancia; como vos, trabajo para el Príncipe Bruijma.

—Necesito el extracto completo de este último año del sello de Beremolkas.

El hombre lo miró con incredulidad.

—Os traeré el de los últimos dos meses, y aun así no sé dónde lo esconderé. ¿Qué más?

—Necesito las causas de su muerte.

—Vos las sabéis mejor que yo. Oficialmente es La Muta, pero ¿quién se lo traga? Lo siento, no puedo concretar más.

—Muy bien; os espero dentro de una hora.

—Mañana a las doce de la mañana en vuestra residencia. Dadme la dirección.

—Dónde duermo no tiene importancia —dijo Ígur—; quedemos en otro sitio.

—A las doce en el Faro Groila.

El hombrecillo desapareció, e Ígur, después de una espera prudencial, se levantó y se pasó el resto de la tarde dando vueltas por el puerto. Hacia el atardecer le pareció que lo seguían, y cambió de hotel.

Al día siguiente vagó hasta la hora convenida, tiempo suficiente para controlar urbanísticamente una población de menos de dos millones de habitantes y descubrir

dónde era la cita, y llegado el momento fue hacia allí; se trataba de un mirador sobre un promontorio que se alargaba mar adentro en farallón, medianamente concurrido por parejas más o menos fogosas, y del faro no quedaba más que ruinas ajardinadas. Buscó con la mirada al hombrecillo y, aunque el sitio era intemperie pura y se dominaba desde muy lejos, no vio de él ni la más remota señal. Pasaban tres minutos de la hora cuando se le acercó muy sonriente una mujer joven y, después de saludarlo de lejos con la mano, sin darle tiempo a preguntar nada se le echó en brazos.

—Ya estoy aquí, querido —dijo en voz alta, y después bajito al oído—: Caballero Neblí, seguidme el juego, nos vigilan.

Lo besó en la boca a tornillo, lo arrastró hasta un trozo de césped y lo hizo tumbarse encima de ella.

—¿Quién sois? ¿Dónde está el hombre de ayer?

Ella se desabrochó el vestido por completo; no llevaba nada debajo.

—Está muerto —dijo—; por suerte las medidas de precaución funcionan, y tuvo tiempo de pasarme el contacto —desabrochó frenéticamente todas las cremalleras que encontró en la ropa de Ígur—. Adelante, folladme.

En frío, Ígur tenía dificultades de erección.

—¿Traéis lo que pedí? —dijo, bregando contra la naturaleza; ella bajó la mirada.

—Creía que un Caballero de Capilla hacía lo que quería con su cuerpo —sonrió—. Lo siento, pero tenemos que ser convincentes, procuraré colaborar —y se prodigó—; los papeles que habéis pedido están cosidos en el interior del vestido; los hemos reducido para que quepan todos, y aún así hemos tenido que hacer una selección.

—¿No se podía hacer una copia magnética? —dijo Ígur.

—¿En qué Cuantificador, Caballero? —Lo miró dando la cuestión por respuesta—. En la hombrera izquierda están las operaciones últimas, y en la derecha las del mes pasado —dijo ella sincopadamente, porque Ígur había comenzado el coito—, y en la parte de abajo están los vencimientos de plazos y las retenciones de Hacienda.

A Ígur se le nubló la vista entre un listado de nombres y números en letra minúscula.

—¿No me podríais indicar algún dato significativo? —dijo copulando con la preocupación de no acabar antes de tener el asunto resuelto.

—Hay dos constantes a las que no hemos sabido encontrar explicación —dijo ella entre gemidos, e Ígur se sorprendió a sí mismo intrigado por si serían auténticos o formarían parte de la farsa—. Una es anónima, localizada en Sirinaraya.

—Vaya —gruñó él, que ya se veía en el otro extremo del Imperio.

—La otra es una mujer de Luiri; se llama Kirka.

—¿Luiri? ¿Dónde está eso? —dijo sin dejar de moverse ni perder de vista las miniaturas listadas.

—Está al lado de Polcarm, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí, hacia el

Sur.

—¿Nada con La Muta? ¿Nada con los Príncipes?

Negó con la cabeza. Ígur la encontraba cada vez más atractiva, y el procedimiento ya no le resultaba tan desagradable.

—Esperad un poco más —dijo ella con mirada lánguida.

—Ya que estoy aquí, empezaré por la tal Kirka de Luiiri.

—Buena idea —dijo ella con los ojos en blanco, ya tocada por la inequívoca sonrisa fúnebre del placer, y después, enronquecida la voz—: más, más, no paréis.

Ígur había conseguido desconectar de las ideas la tan imprescindible excitación sexual, y mantenía la mente tan clara que se sentía capaz de todo.

—Yo estoy como pez en el agua, pero si tanto nos vigilan no sé si hacemos bien en concederles una ocasión tan larga. Claro está que entiendo que no os queráis quedar a medias.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Caballero, sois un bárbaro. No sé qué os habéis creído, pero en esta historia yo me juego la vida. Hacedme el favor de correr ahora mismo.

Pero después se volvió a relajar, e Ígur aprovechó una subida del ritmo respiratorio y de los movimientos de ella que le parecía preorgásmica para rematarlo, y se quedó encima. Cuando recuperaron la respiración, ella abrió los ojos e hizo un movimiento para quitárselo de encima.

—No es que me quiera aprovechar —dijo él—, pero si tenemos que ser convincentes no sé si queda muy bien que ahora salgamos corriendo.

—Como queráis, Caballero.

Se quedaron aún unos minutos, y después ella se vistió, lo besó como al principio y se fue. Ígur la detuvo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Cómo me llamo no tiene importancia. —Y quiso soltarse.

—Al último que me dijo lo mismo ya tanto le da la importancia que pueda tener.

—Me llamo Albaria Darimi. —Y, con una carcajada, se fue ligera.

Realmente, pensó Ígur, como no hay manera de saber si se llama así de verdad, es cierto que no tiene ninguna importancia.

Ígur no encontró transporte para ir a Polcarm hasta el día siguiente por la mañana, y llegó allí en helicóptero en pleno mediodía. Aún hacía más calor que en Ankmar, aunque, por el hecho de ser interior, el ambiente seco lo hacía más soportable; la contrapartida era el polvo que, no se sabía salido de dónde, porque todo era asfalto y cemento, infestaba en vendaval toda la ciudad, de una extensión como la cuarta parte de Ankmar, con casas bajas y casi sin aberturas, y donde todo parecía ser del mismo color blanquecino, calcinado y deslumbrante.

Como para ir a Luiiri no había más que un viaje a la semana, y faltaban aún cuatro

días, recomendaron a Ígur que si tenía prisa alquilase un transporte privado personal, lo que hizo una vez el sol más fuerte había disminuido. Luri era una localidad de cien habitantes, en dirección al interior, con el aspecto inequívoco de un inexorable y prolongado descenso de población; por toda la franja de horizonte de poniente era visible la amenaza del peral espinoso, y toda la desidia y el abandono que parecía soportar cada cosa daba al conjunto un aire terminal que, en sus circunstancias, a Ígur se le antojó impregnado de un cierto vértigo sensual.

Fue a la Mayoría a pedir información y topó con un funcionario de Guardia mal afeitado que cuando oyó el nombre de Kirka esbozó una media sonrisa irónica.

—Caballero —dijo con desdén—, no me parecéis tan desesperado. O es que trabajáis para Información.

—No es asunto vuestro —cortó con severidad—, ni necesito comentarios.

—Como queráis. —Y le anotó una dirección.

En las afueras, en una colina suave entre juncos, se encontraba la casa de la señora Kirka; constaba de un ala principal, una de servicio ocupada por los criados, los almacenes y las cuadras de los caballos. Ígur fue recibido por un sirviente de su misma edad, casi un palmo más alto y de una complexión tortísima.

—¿A quién tengo que anunciar? —preguntó.

—Fidai Neblí, Caballero de la Capilla del Emperador —dijo Ígur con toda gravedad.

El otro se retiró con una levísima sonrisita que molestó a Ígur en la misma pequeña, pero suficiente, medida en que el gesto se había manifestado; dos minutos más tarde reapareció exhibiendo una risa franca y encantadora, y lo introdujo en una sala de amplios ventanales rodeados a capricho por dentro y por fuera de vegetación de todo tipo donde, en el entrepaño de pared central, en una chaise longue, yacía medio apoyada entre almohadones una mujer de edad indefinida bordeando los treinta y cinco, cargada de joyas extremadas, rubia y con los ojos espectacularmente maquillados.

—¿Fidai Neblí? —dijo la dama, y viendo el gesto de Ígur levantó una mano—. No os inquietéis, no habéis caído en una guarida de comadreas, conozco bien los usos y las licencias del Imperio. Sea cual sea la ventura que os trae a mi casa, sed bienvenido. Sentaos aquí, a mi lado. —Le dejó sitio y le dio un repaso de arriba abajo con una mirada que, al parecer de Ígur, por insolente se debía pretender experta—. Vos diréis en qué puedo servirlos.

—Señora —dijo él—, el asunto que me trae hasta aquí es importante y confidencial.

Ella miró riendo al sirviente.

—Él, como los demás, forma parte de mí; no es un criado, sino un socio. Pero si eso va a tranquilizar a nuestro visitante, Oxuneumus, ¿verdad que no te importa?

El tal Oxuneumus, que no había perdido la sonrisa y que tampoco dejó de conservarla después del requerimiento, se inclinó y desapareció de un par de saltos dignos de una estrella de ballet. Ígur contempló a la interlocutora: las facciones, bastante grandes, sobre todo nariz, ojos y boca, acusaban los honores de una vida intensa, pero en el cuerpo, también grande (parecía bastante más alta que él), se apreciaban los beneficios de una vida al aire libre y nada sedentaria. Llevaba el pelo caprichosamente teñido de diferentes colores y rapado en ciertas regiones de la cabeza, en unas corto y de punta, en otras muy largo, trenzado con exuberancia y lleno de joyas y cintas chillonas.

—Señora, puesto que lo ignoro todo de vos y, por lo tanto, es inútil tomar precauciones, ya que no tengo idea de hacia dónde tendría que dirigirlas, os seré franco.

Kirka soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás, y le puso la mano en el brazo.

—Sois divertidísimo. Caballero, creo que me gustaréis.

—Estoy buscando a cierto personaje, y las investigaciones me conducen a vos.

—¡Oh, qué interesante! —dijo ella histriónicamente—. ¿A quién buscáis?

—Al Magisterpraedi Teke Hydene.

Ella se quedó inmóvil tras la amplia sonrisa, de repente convertido en máscara.

—Dejadme adivinar para quién trabajáis —dijo con una entonación como si pronunciara procacidades—: Para la Mayoría de Polcarm. ¿No? Para la de Ankmar. ¿Tampoco? Vaya, entonces el asunto es grave. ¿Para la de Perighart? ¡Tampoco! Veamos si por otro lado... ¡Os envía Matsuikas! —Ígur esbozó un gesto de completa ignorancia—. Tampoco... ¿Habéis hablado con Nostituris? No, imposible. ¿Quizá con Beremolkas?

—Señora, cuando conocí a Beremolkas colgaba de una cuerda, y además de la ropa le habían robado la mitad de la piel.

A ningún observador mínimamente sensible se le podía escapar que la noticia había afectado a Kirka, pero se esforzó por encajarla.

—No sois un vigilante del tráfico de Demeterinas, ¿verdad? —dijo con calma y mesura—. No, además, ésos ya han pasado por aquí. No, dejadme pensar, vos sois un Caballero de Capilla y buscáis al Magisterpraedi por otra razón —se le iluminó la risa con los acentos brillantes de la ferocidad—, ¡lo buscáis para entrar en el Laberinto!

Ígur reflexionó deprisa. Probablemente, Meneci había obtenido de Beremolkas una información lo suficientemente valiosa como para pasar de encontrarse con Kirka; el Caballero de Simbri le debía llevar mucha ventaja. Por otra parte, la información que le podía proporcionar Kirka no debía de ser definitiva, porque si lo fuera, Meneci o cualquier otro a las órdenes de Simbri la habría liquidado. Quizá ella supiera desde el principio quién era él y qué quería; por lo tanto, se trataba de jugar,

pero Ígur se sentía desarmado.

—¿Me podéis ayudar? —preguntó.

Ella lo miró como un niño que mira un caramelo.

—Podría, Caballero, pero no lo haré.

—¿Puedo saber por qué?

—¿Qué haréis una vez hayáis obtenido lo que queréis de mí? Salir de aquí corriendo, ¿no es así? —suspiró y se metió una mano por el escote—. Pues no pienso deciros nada de nada... por lo menos, de momento.

—Señora... —se impacientó Ígur, y ella abrió los ojos.

—¿Pensáis amenazarme. Caballero? ¿Cómo, con tortura? No tendréis tiempo de torturarme demasiado; ya habéis visto a Oxuneumus, ¿no? Pues es el menos fuerte de mis socios. ¿Me queréis amenazar de muerte?

—Sacó un puñal ensamblado en perlas de un estante y se lo ofreció por el mango. —Adelante, matadme, será divertido— rió. —No, Caballero, seréis mi huésped hasta que yo decida.

—¿Y cómo sé que tenéis alguna información?

—¡Oh! No lo sabéis, y yo no os he prometido nada. Si después no sé nada, no quiero que me hagáis ningún reproche. Podéis iros ahora mismo.

Ígur ya se veía volviendo a Gorhgró, sin saber qué había sido de Silamo, y probó a inventar una intuición.

—Vos ganáis. Señora —abrió los brazos sonriente—, estoy a vuestra disposición.

Kirka hizo sonar una campanita, y llegó otro criado, aún más alto y corpulento que el primero, y de la misma edad, éste rubio como el oro y con unas facciones bastante duras, nariz ancha, cráneo rapado y cejas en forma de uve, pero con unos labios carnosos que por su misma expresión brutal conferían al conjunto una sensualidad agresiva.

—Caballero Neblí, os presento a mi socio Kiaik. —El rubio le dirigió una sonrisa que contenía toda la petulancia de la seducción, y la Señora prosiguió—: Kiaik, acompaña a nuestro invitado a la habitación amarilla —miró el sello—, ya que es vuestro color.

Así se hizo, y Kiaik le dijo a Ígur que disponía de media hora para descansar y arreglarse, y que a partir de entonces lo esperaban para cenar.

La mesa estaba magníficamente dispuesta en el centro del salón. Kirka se había vestido, o más bien desnudado, para la ocasión. Prácticamente lo único que llevaba encima eran joyas, y tan sólo medallones sujetos con cadenitas de oro le ocultaban los pezones y el sexo. Ígur se sintió extraño a su lado, pero la curiosidad y la impaciencia eran más fuertes que nada, y se sentó en el sitio asignado dispuesto a todo lo que le echaran. Oxuneumus y Kiaik aparecieron con indumentarias de cuero ceñidas y breves, dejando a la vista brazos y piernas, y acompañados de un tercer individuo,

quizá aún más joven y más fuerte que los otros dos, de raza negra y delicadísimas facciones de adolescente, que le fue presentado a Ígur con el nombre de Mistifal. El conjunto tenía tal aire de morbosidad premeditada y de calma contemplativa que Ígur estuvo a punto de echarse a reír. Se sentaron los cinco a la mesa, y la cena transcurrió entre frases con doble sentido y evocaciones de recuerdos procaces. A la hora del postre, todos más bien borrachos, Ígur mantenía intacta la esperanza de encontrar la rendija de la coraza de Kirka.

La sobremesa, preparada en un momento por Kiaik y Mistifal, ofrecía tantas posibilidades que parecía poco recomendable probarlas todas; pero oyendo a Kiaik, Ígur pensó que lo intentaría.

—Licores de peral espinoso de Polcarm —anunció el joven—; cuidado con el blanco, que me corresponde a mí, tiene más de noventa y dos grados. Para fumar, aquí tenéis extracto de la famosa adormidera dorada de Sunabani. Y aquí —señaló una cajita esmaltada azul, de forma troncopiramidal— os presento a la estrella de la cena: ¡Las tres variantes de la Séptima Demeterina! —Abrió la caja y extrajo tres cápsulas de colores y medidas diferentes—. El invitado apreciará la novedad del ofrecimiento...

—¿No tienen denominación de origen? —preguntó Ígur con el vasito helado de licor de peral espinoso en la mano.

Kirka soltó una carcajada.

—¡Encended la pipa! —ordenó, Kiaik la encendió y cada uno le ofreció una de las terminaciones del narguile sostenido por un trípode de oro ricamente trabajado.

—Y ahora —dijo Kirka— es el momento de la elección —y ella misma le ofreció a Ígur la cajita de las Demeterinas—. ¿La Jacintina, la Milénica o la Rúbea?

—La Rúbea —dijo Ígur, y se tragó la más pequeña, de un rojo vivo.

Los demás se miraron sonrientes. Ígur esperó el efecto, pero pasaba el rato y no notaba nada; cada cual se había tomado una, y nadie parecía afectado más que por el alcohol y la adormidera. Ni media hora después de haberse tomado la droga, Ígur se sorprendió al ver clarear y salir el sol a una velocidad terrible; después, la luz se quedó fija. Miró a los demás, todos estaban pendientes de él y se rieron.

—Ahora es el momento —dijo Kirka—. Aquí es costumbre acabar la velada con una pequeña justa entre el invitado y quien él elija.

Ígur se sentía en plena digestión.

—¿Ahora, después de cenar?

—¿Qué pasa, es que acaso no hacéis otros ejercicios después de cenar? Decid un nombre, Caballero.

—Kirka —dijo él.

—Eso será más tarde, no os preocupéis —dijo ella con desprecio—, y además quiero advertiros que aquí no me llamo Kirka, sino Selima —los demás asintieron

sonriendo—, así es que no lo olvidéis.

—Yo os llamaré Kirka —dijo Ígur.

—Venga, escoged.

—Escojo al más grande, al más rápido, al más fuerte —dijo él.

—Eso no es una respuesta, pero en fin... —dijo ella, y miró al negro—. Mistifal, es tu turno.

—¿Puedo saber por qué tengo que luchar? ¿Por vos? —dijo Ígur.

—En absoluto, amigo mío, lucharéis por vos. ¿Os parece suficiente motivo?

—¿Puedo escoger las armas? —dijo él sonriendo, mientras el negro se desnudaba de cintura para arriba y se descalzaba.

—Ni hablar. Caballero. Escogeríais la espada, y yo de ninguna manera permitiría que un socio se suicidase contra un Fidai. No quiero sangre en mi casa, de forma que lucharéis sin armas.

Ígur se encogió de hombros, y se quitó las piezas de ropa pertinentes hasta quedarse solo con los pantalones. Mistifal y él se colocaron en el centro de la estancia, en cuyo pavimento había un círculo de una madera más oscura de unos cuatro metros de diámetro.

—El vencedor será el que expulse al otro del círculo —dijo Oxuneumus—; si caen los dos, será jugada nula.

—Iniciativa al negro —dijo Kirka, señalando el color de los pantalones, en este caso los de Ígur—, primera defensa al rojo.

Se saludaron, con el cuerpo inclinado, los brazos separados, las manos abiertas y las piernas ligeramente flexionadas. Ígur se sentía entumecido de tanto comer, beber y fumar, y lanzó un ataque de puño con intención de acabar pronto; Mistifal le cogió un brazo y una pierna con la otra mano y, aprovechando su propio impulso, le dio una vuelta por los aires y lo tiró por encima de su cabeza al suelo, fuera del círculo, con una furia tal que Ígur tuvo la sensación de que no le había dejado ni una costilla entera; pero aún le quedaron fuerzas, desde el suelo, para no soltar el brazo de Mistifal, y del mismo impulso tirar y, con una zancadilla, arrastrarlo de cabeza por encima de él, fuera del círculo.

Los espectadores aplaudieron.

—¡Bien, buen Combate! —dijo Kiaik.

—El negro mantiene la iniciativa —dijo Kirka.

A Ígur le dolía terriblemente la espalda. Había imaginado que Mistifal condescendería, pero el negro lo había sorprendido empleándose a fondo; ¿o tal vez no? En ese caso, existían motivos para preocuparse; Ígur dedicó la ofensiva a esconder movimientos para estudiar los reflejos y la técnica del contrario, que resultaron inquietantemente vivos y depurada. Mistifal lo miraba a los ojos con una media sonrisa sensual que en tal ocasión resultaba especialmente agrídulce. Ígur

lanzó un ataque de pie que el otro esquivó y al que respondió con un formidable puñetazo en la cara que lo tumbó de espaldas en el suelo; nada más abrir los ojos vio a Mistifal saltando un metro por encima suyo, y en una décima de segundo botó de lado para evitar los pies del adversario sobre su estómago; de una torsión se puso en pie, viendo puntos de luces de colores en los extremos de su campo de visión, y se aprestó a un nuevo ataque. Mistifal se movía como si bailase, sin perder la sonrisa, Ígur se vio destrozado.

—El agua de la fuente danzará ante la fuerza del sol, tan intáctiles como poderosos los dos —dijo Oxuneumus, sentado en un lado de la mesa, y cogió un guitarrín.

Ígur le echó un vistazo a Kirka, quien, sentada en un ancho banco apartado de la mesa, acogía a Kiaik arrodillado ante sus piernas abiertas al máximo, y le acariciaba la cabeza que se movía de arriba abajo ocultando a los ojos de Ígur el sexo de ella, que echaba la cabeza hacia atrás sin perder de vista el Combate. Mistifal aprovechó la distracción del contrario para triturarle el torso de un formidable trompazo que lo derribó una vez más; Ígur se puso en pie de un salto, esquivando el remate, y consiguió hacer tropezar al rival; pero esta vez fue el negro quien lo arrastró por el suelo, y lo ahogó con los brazos. En el Combate cuerpo a cuerpo Ígur tenía las de perder, y con Mistifal encima empezó a verlo todo de color púrpura. La lengua de Kiaik hacía maravillas, y Kirka emitía 'un gemido con modulaciones roncadas y con los brazos en alto se colgaba de la cortina de detrás. Ígur tenía una mano libre, intentó emplearla contra el antagonista, pero Mistifal se revolvió una vez más y le aplastó el antebrazo contra el suelo con el pie. En tesitura de tenor, Oxuneumus cantó acompañado del guitarrín:

La ci darem la mano

La mi dirai di si

Ígur se encontraba al límite de sus fuerzas, por la saciedad y el mareo de la cena, y estudió con frialdad de Caballero las posibilidades que ofrecía el brutal reparto de pesos a que estaba sometido; además, el sudor de los cuerpos dificultaba el sujetar bien al contrincante para quitárselo de encima. Realizó un esfuerzo titánico, se vovió y echó a Mistifal hacia atrás; ambos rodaron fuera del círculo otra vez.

—¡Ofensiva libre! —bramó Kirka, con la cabeza completamente hacia atrás, tan crispadas las piernas que tan sólo rozaba el suelo de puntillas, las manos de Kiaik pellizcándole los pezones sin abandonar la lamida, las de ella una extendida y la otra arañando la espalda del socio, y todo el cuerpo desatado en una convulsión sin freno. Oxuneumus cantaba:

Moriré creder
De gioia e dolore;
Or, barbari Dei!
M'uccide Famor.

Ígur sintió por primera vez en la vida la posibilidad de estar ante un adversario que no se empleaba a fondo. Le resonaron en la cabeza las ofensivas palabras de Milana, y pensar si era víctima de la condescendencia, de estar en manos de los demás, le renovó las fuerzas; recordó el desenlace de los últimos combates, y se vio capaz de vencer a la sonriente y perfecta máquina de hacer daño. De la izquierda le llegaban respiraciones agitadas entre acordes de guitarrín, en algún momento incluso le parecía oír chasquidos de lengua y sorbetones.

—Se ha detenido el sol para admiraros, oh la Bella y la Bestia —dijo Oxuneumus, la mirada entre los luchadores y, en blanco, en las alturas.

Ígur adelantó los pies con todas sus fuerzas, y le acertó a Mistifal de lleno en el cuello, volteó en el aire y lo pinzó en torsión con los tobillos; el rival cayó hacia atrás con Ígur encima, intentando atraparlo con las manos. Ígur se volvió esquivando y le oprimió las vértebras con los pies. Kirka soltó un chillido escalofriante de rabia y de placer.

—El Combate se ha acabado —dijo Oxuneumus—, y no hay vencedor.

Ígur y Mistifal estaban fuera del círculo, y se soltaron y se pusieron en pie. Ígur nunca se habría permitido la inelegancia de reclamar una decisión de ese tipo, y menos aún cuando no había nada en juego (o por lo menos eso es lo que creía), pero su mirada lo decía todo.

—Cuando ambos rivales salen por tercera vez del círculo —dijo Kiaik alejándose de su ama—, el Combate se declara nulo. —Y se relamió los labios.

Kirka continuaba sentada, con un pie en el suelo y el otro encima del banco, con una sonrisa de soberbia carnicera difícilmente superable.

—Sin embargo —dijo, con la respiración aún entrecortada—, si es que tenéis que demostrar algo más en Combate, aquí me tenéis a mí.

Los dos estaban sudados de pies a cabeza, y la diferencia de motivos los hizo reír. Ígur miró el sexo abierto de la Señora con una mezcla de repulsión y deseo.

—Adelante —dijo Oxuneumus—, si os consideráis con derecho, aquí tenéis la copa del vencedor.

Ígur se acabó de desnudar y se acercó a la anfitriona; ella le clavó la uñas en el culo.

—Oléis a Mistifal, Caballero —murmuró—; me entusiasman los cócteles. —Y se le abrazó.

—¿Y pues, Señora —dijo él—, acaso no estáis servida, con tan buena compañía?

—Mis socios se gustan más entre ellos de lo que les gusto yo —dijo Kirka—, no valen para más de lo que habéis visto en Kirik.

Ígur se dio media vuelta, y los tres criados estaban de perfil a gatas sobre el círculo del Combate, en disciplina espintriana, Kiaik el primero, Oxuneumus en medio y detrás Mistifal. Ígur puso la mano en el sexo de ella.

—Por lo menos, Señora, os han dejado a punto.

—Sois vos quien me ha dejado a punto. Caballero —dijo ella, y se tumbó en el banco arrastrándolo a él encima de ella; Ígur se excitó y la penetró, sin perder de vista a los otros tres, no del todo tranquilo al ofrecer la retaguardia tan desprotegida a tres animales que de un ataque combinado a buen seguro sabrían cumplir un propósito resolutivo.

—No os preocupéis, Caballero, aquí todos somos muy bien educados, y antes de entrar llamamos a la puerta.

Ígur se encontró copulando con una frialdad mental privilegiada, y pensando en si sería por la Demeterina, se le ocurrió que Kirka, o Selima, tenía que tener un punto débil en los abandonos del alba, y tanteó el asunto sin dejar de moverse.

—Creo que he demostrado la bastante buena voluntad como para ser correspondido —dijo; ella abrió un ojo sí y el otro no.

—Claro, Caballero, y creo que sois correspondido. —Se detuvo—. ¿Creéis que es el momento adecuado para serlo de otra manera?

—Acabáis de decir que os entusiasman los cócteles.

—Sí, pero no entre sabores irreconciliables, no soporto el mal gusto. —Ígur se detuvo, y ella le clavó una mirada furiosa—. ¿Tienes prisa por entrar en el Laberinto, idiota? ¿No ves que ya hace tiempo que estás, dentro del Laberinto?

Ígur retomó el movimiento de caderas, un poco inquieto por quién tenía debajo, por qué podía saber que no demostraba, por quién podía ser en realidad, por las órdenes que obedecía. Ella volvió a cerrar los ojos, y parecía perdida en el delirio del placer cuando Ígur descubrió que por más que se esforzara no podía eyacular, y maldijo el alcohol, el insomnio, el cansancio y la Demeterina, por más que acelerase el ritmo, tan sólo conseguía aumentar el impaciente descontrol de Kirka. Se volvió a mirar a los tres socios, y los encontró con la posición cambiada: Mistifal estaba delante y Kiaik cerraba la fila, y los tres los miraban con atención. Ígur intentó abandonar, pero la erección tampoco retrocedía, y de repente se imaginó cayendo extenuado sin poder concluir lo que había comenzado ni por culminación ni por retirada y, viendo el sol ya bastante alto y a Kirka dispuesta a continuar cabalgando, se horrorizó hasta casi la náusea.

—¡Pentimento! ¡Pentimento! ¡Pentimento! —gritó de repente Mistifal, y él y los otros dos orgasmaron a la vez, él masturbado por Oxuneumus.

En aquel instante, Ígur sintió todo el cuerpo aflojándosele, y también Kirka

ralentizaba y profundizaba la respiración talmente como si de parar se tratara, de parar el mundo con fuerza y a la vez con desmayo. Al final abrió los ojos liberado.

—Ahora sabéis qué es hacer el amor con Selima, Caballero —dijo, y lo acompañó hasta la habitación que le había sido asignada.

Nueve días después, Ígur continuaba en casa de Kirka, contando cada mañana y cada tarde cómo se acortaba el plazo anual de Entrada al Laberinto, y cómo ya sólo le quedaban catorce; cada noche tenía que luchar con Kiaik, o con Oxuneumus, o con Mistifal, por turno después de la Demeterina, sin vencer nunca ni ser vencido, y presa después de una extraña y contradictoria pasión acababa haciendo el amor a Kirka en vecindad del amor de los otros tres; se sabía de memoria todas las entonaciones que, sobre pífano o mandolina, y siempre con campanillas y tamborín, las voces de bajo de Mistifal, de tenor de Oxuneumus y de contralto de Kiaik ofrecían a la desorientación de los sentidos; había aprendido todos los secretos del maquillaje, no tan sólo de los ojos o la boca, no tan sólo de la cara y del cuerpo, sino sobre todo del sexo: ninguna sombra resaltante, ningún enaltecimiento del glande en morado o en negro, en oro, en miel o en púrpura, en azul-verde o en brillantez, tenía secretos para él; poca cosa desconocía sobre pelajes de resonancia, fundas de vibración, sabores de superposición, tisanas de retraso, pesas de compensación, agujas de reflejo, colirios de aumento, collares de rugosidad, prótesis prepuciales ultrasensibles, espolones clitoriales y anillos subglandares de barba o de cilicio. Pero no apreciaba progresión en el negocio que le había llevado a ese pozo sin fondo, sino al contrario, cada día veía más lejos no acabar con las manos vacías.

—Ahora que nos has traído a todos la vida, no te dejaremos marchar —le dijo Mistifal aquel día, después de su cuarto Combate nulo.

Ígur se echó junto a Selima lleno de desidia, admirado de que ella estuviera cada día más viciada a su presencia; iba maquillado y lleno de joyas como un pavo real, y hacía tanto tiempo que no se vestía que la sola idea le parecía un atavismo remoto. No habiendo perdido su objetivo de vista, los días en Luri habían sido bastante instructivos, a pesar de la práctica diaria de la Demeterina, verdaderamente un arma terrible, y no de dos filos, sino de doscientos, pero que por lo menos le habían servido para conocerla. Y quizá, pensó, en la raíz del desastre latente residía la única esperanza; esa mujer estaba dispuesta a destruirlo, si antes no lo conseguían sus acólitos, y sin un motivo para salvarse no diría nada; ¿pero la defensa de qué podría motivarla? ¿La vida? Ígur había estudiado a fondo la Séptima Demeterina y su control del tiempo, y algo le parecía que podía volverse a su favor.

—Esta es la fuerza de la Milénica —le dijo a la anfitriona, y se puso a hacerle el amor—, y tú eres Selima.

Los tres socios yacían en el suelo en triángulo, el negro ofreciéndole el miembro al rubio en la boca y tomando con la suya el del castaño, que se lo mamaba a Kiaik.

—No te detengas —suplicó Kirka a Ígur, y él vio por fin la salida: recordó uno por uno los nueve coitos y, concentrado con toda su energía en el movimiento de entrada y salida acompasó la respiración al revés de como resulta natural, inspiración con salida y expiración con entrada. Confirmado que la expulsión de aire confería a la retirada del sexo una devastación especial, Kirka lo miró con ojos feroces terriblemente abiertos—. ¿Qué haces? ¿Qué quieres?

—¡Ah, Señora mía, por fin te he pillado!

—¡Detente! —gritó crispada, y quiso soltarse, inútilmente porque Ígur la tenía bien falcada—. ¿Qué pretendes? —Se volvió hacia el centro de la habitación—: ¡Detente, los Tres Reyes empiezan a morírseme!

Y efectivamente los ralentizados movimientos de los socios ya no servían sino al languidecimiento de la fuerza, y los sexos morían entre labios exangües.

—¡Ahora harás lo que yo te diga, bruja! —gritó Ígur sin detener el procedimiento.

—¡Haré lo que quieras, pero por piedad retoma la dirección correcta!

—Quiero saber ahora mismo cómo encontrar al Magisterpraedi Hydene.

—El contacto es el transportista de Reibes.

—¿Cómo se llama?

—Vendramín.

—Muchas gracias, Señora —dijo Ígur, y se levantó de un salto; ella le miró el sexo con horror: estaba completamente flaccido.

—¡No puedes irte así! —gritó, medio incorporada; los tres socios yacían inánimes boca arriba.

—¿Que no? —gritó Ígur con una carcajada, y se arrancó anillos, collares y pendientes y se los tiró sobre el regazo—. ¡Intenta detenerme! ¡Adiós, Señora, aquí te quedas para siempre a las puertas del palacio! Y se marchó, dejándola medio tirada por el suelo, arrastrándose hacia los cuerpos de los criados.

—¡Maldito seas, Ígur Neblí! —chilló cuando el Caballero, desmaquillado y vestido, salía por la puerta—, ¡el dominio de la Séptima Demeterina no ha dicho aún la última palabra!

—¡Que los pies te sirvan de cabeza! —fue lo último que dijo él, y así abandonó Luiiri finalmente.

No se puede decir que Reibes tuviera propiamente entidad como población, era más bien una desordenada acumulación parasitaria de locales en la franja costera unos doscientos kilómetros al Este de Polcarm; el paraje era descorazonadoramente plano, y lo único que rompía el horizonte era la Isla de Lauriayan, que a unos veinte kilómetros de distancia se apreciaba lo bastante bien como para no parecer un espejismo y lo bastante mal como para ocultar como un secreto su naturaleza. Ígur alcanzó la costa de madrugada, sin haber dormido y con toda la náusea de los días anteriores encima, pero feliz de haberlos dejado atrás; vagó por la inmensa playa,

ancha como no había visto otra y tan larga que se perdía a la vista, esperando a que abriesen algún establecimiento.

Hasta media mañana no encontró ningún sitio donde preguntar por el transportista Vendramín y, tras un par de horas de tentativas infructuosas, un repartidor le informó de que tenía una terminal en el bar de un tal Horapolus, y que allí sabrían darle razón. Ya con una temperatura insoportable, Ígur tuvo que tomar el transporte para ir al bar, un antro en primera línea de mar de madera y bambú, de planta baja y piso en forma de U con la base frente a la playa, desprovisto de cualquier comodidad y lleno de moscas, de arena fina y de calor; había seis mesas ocupadas, cuatro por individuos solitarios y dos con tres hombres cada una; Ígur se sintió agresivamente observado, y se fue a la barra.

—¿Horapolus? —preguntó al joven que se había acercado con inapetente solicitud.

—El dueño sólo viene los jueves, yo soy el encargado; si os puedo ayudar...

—Busco al transportista Vendramín.

El otro lo miró con detenimiento. Había un silencio absoluto; Ígur se volvió hacia los clientes, y notó que ninguno de ellos le quitaba ojo de encima. Se dio cuenta de que acababa de cometer una indiscreción de una torpeza y una ingenuidad imperdonables, porque podía muy bien resultar que uno de los allí presentes fuera Meneci disfrazado, ante quien se habría puesto en evidencia.

—Caballero, no sé decirlos dónde lo podéis encontrar. Tenemos un convenio de trabajo y pasa a repartir por aquí mismo.

—¿Cada cuánto pasa?

—Depende de la temporada, depende del trabajo. Cada tres días, cada dos semanas...

—¿Cuando pasó por última vez?

—Hace más de una semana. No creo que tarde mucho, a menos que... —sonrió.

—¿A menos que qué? —se impacientó Ígur.

—Vendramín tiene debilidad por las Demeterinas y el whisky, y de vez en cuando se permite una, digamos, desaparición especial, que puede ser una intoxicación que lo retira del mundo unos cuantos días, o puede ser una cura de reposo.

—¿Os importa que me instale aquí a esperarlo?

—En absoluto, Caballero. ¿Queréis una habitación? —Ígur asintió—. ¿Qué queréis tomar? —le preguntó una vez Ígur se hubo acomodado en una mesa.

—Un té cada tres cuartos de hora.

Ígur se dedicó a observar con detenimiento a los ocupantes de las demás mesas. Todos, como él, llevaban gafas oscuras, y la brutalidad de la mutua contemplación quedaba así ligeramente apagada, sin perder esa latencia de jugada de póquer que a Ígur le resultaba más desagradable que estimulante. El hombre que tenía más cerca,

de unos cincuenta años, parecía el típico borracho en la última copa de la jornada anterior más que en la primera de la presente, aunque lo más probable es que se tratase de las dos a la vez; tenía las manos muy curtidas y con signos de reuma, e Ígur pensó que si era Meneci habría que felicitarle por la labor de maquillaje.

La siguiente mesa la ocupaba un joven de bastante buena apariencia que bebía zumos de fruta, y que podía ser Meneci perfectamente, pero como no se apreciaba en él ningún indicio de disfraz o de especial ocultación de ninguna parte del cuerpo, Ígur optó por descartarlo en principio porque, aunque Meneci había sido uno de los pocos Caballeros ausentes en su Acceso a la Capilla, no se podía arriesgar a que Ígur hubiera visto filmaciones o fotografías suyas, lo que, en ese momento, maldijo no haber hecho. Y puestos a cuestionar, pensó Ígur, ¿quién dice que Meneci tuviera que disfrazarse? Volvió a mirar al joven rasurado con preocupación.

En la tercera mesa había tres individuos de mediana edad, que tanto podían ser trabajadores cualificados como funcionarios de escala media o baja; hablaban sin levantar la voz y parecían preocupados por algún asunto en concreto. Tenían la clásica complexión viciada por posturas y actividades sedentarias, con encorvamientos por falta de ejercicio. Claro, pensó Ígur, que también podía tratarse de una caracterización; ¿de los tres? No, si acaso de uno solo, y los otros dos estarían con él para desorientar. Ígur se vio incapaz de distinguir uno más sospechoso que los demás: uno era más alto, otro más fornido, otro más flaco.

La mesa siguiente la ocupaba un paralítico, e Ígur consideró francamente imposible fingir aquellos pies arrugados, las piernas cortas y las rodillas torcidas hacia adentro; además, una pierna podía engordarse artificialmente, pero nunca adelgazarse hasta aquel extremo.

En la quinta mesa se sentaba un personaje tan extraño, vestido de manera tan estrafalaria, que Ígur se resistía a imaginar que alguien pudiera elegir esa ropa de payaso tratándose de pasar desapercibido; y, sin embargo, ofrecer una razón evidente para ser descartado era una buena táctica. El hombre de la quinta vestía de todos los colorines del mundo, y sudaba copiosamente; quizá la tendencia a la obesidad era lo que a ojos de Ígur lo convertía en menos sospechoso como posible Caballero de Capilla camuflado.

En la última mesa, la del rincón, estaban los tres típicos jóvenes bárbaros, indolentes y sin decirse nada, no muy limpios y sentados con negligencia en el borde de las sillas; parecían los típicos hijos de casa bien a quienes no les empieza a circular la sangre hasta las ocho de la tarde; pero ojo, pensó Ígur, también podrían ser Fonóctonos.

Ígur no se movió del bar en todo el día, resignado al que prometía ser un extenso ejercicio de paciencia y autocontrol, materias de estudio y de culto para un Caballero, como tan bien le había enseñado el Magisterpraedi Omolpus, presente tan a menudo

en sus pensamientos. El tiempo transcurría más lento que nunca contra los horizontes calcinados y reverberantes del tedio y el calor, e Ígur lo tuvo para evocar su aprendizaje en Cruiaña, y los meses en Gorhgró, en especial a Debrel y Guipria, y también, de otra forma, a Fei y Sadó y el maldito Laberinto. Vio cómo los clientes del bar se levantaban y se iban, y después volvían y llegaban otros, pero sin estancias largas, y se imaginó cómo sería Arktofilax, si sería un hombre amargado, o un falso cínico como Debrel, si quizá no querría saber nada de la Falera, y después de todo tendría que regresar a Gorhgró con las manos vacías; pensó finalmente si, después de tanto tiempo sin encontrar a nadie con quien hubiera tenido trato directo, se podría fiar de aquel que dijera «éste es Arktofilax» o, aún más comprometido, «yo soy Arktofilax», y procuró apartar la idea de encontrarse con un impostor y que el verdadero Teke Hydene hubiera muerto o fuera un cuerpo irrecuperable en un asilo terminal.

Por la tarde pidió una cena frugal, y al acabar se retiró a su habitación, situada en el piso de arriba. La vista al mar era espléndida, incluso excesivamente dilatada. Las luces de los pescadores se confundían con los faros de la Isla de Lauriayan, talmente un monstruoso cetáceo vigilante en el centro del horizonte.

Al día siguiente Ígur se levantó al alba, porque no quería dejarse sorprender por una aparición temprana de Vendramín, y se instaló en el bar; allí pasaron las horas y vio entrar y salir a los clientes del día anterior, el borracho; de sol a sol, el joven rasurado sólo un rato, los tres de mediana edad al mediodía, los jóvenes bárbaros, tan sólo dos esa vez, por la tarde; el paralítico y el payaso no aparecieron, y a cambio se añadió al grupo un viejo jorobado que hizo las delicias del furor susceptible de Ígur, y acabó discutiendo con el borracho.

En esa parte de Reibes había muy poco movimiento, las calles estaban desiertas, y la afluencia de clientes al bar se producía como un gota a gota enfermizo; y a pesar de que todo llevaba a la indolencia, o quizá precisamente por eso, Ígur no dejaba de repetirse que uno de esos cuerpos arrastrados por la desidia y la inactividad era una bomba de relojería que estallaría en el momento oportuno, convertido en una perfecta máquina de matar.

Por la tarde, aburrido de una incertidumbre que no se sabía cuándo acabaría, y habiéndose repetido doscientas veces que no quedaban más que doce días para la puesta helíaca de Canopus, había intercambiado algunas palabras con el joven rasurado, que parecía tan cargado de precauciones como él mismo. Se fue a dormir profundamente harto y preguntándose si todo ese asunto valía la pena.

El día siguiente y el otro fueron calcados del anterior, con escasos movimientos de los once únicos clientes que aquel local parecía tener, y de los cuáles enervaba más a Ígur su pasividad que la fatal certidumbre, de la que comenzaba a dudar, de que uno de ellos se manifestaría como su enemigo mortal. Entre tanta hora vacía había tenido

tiempo de entablar una cierta amistad con el encargado del bar, y de escuchar sus historias de cuitas de un pasado reciente en el que la costa de la Oybiria era próspera y activa, y las aventuras de los héroes locales.

El quinto día en el bar de Horapolus, y ancorado desde primera hora de la mañana en su mesa habitual, la concurrencia falló a primera hora, pero a lo largo de la jornada aumentó poco a poco hasta quedar al completo a media tarde.

—Si continúa sin aparecer —le dijo a Ígur el camarero—, por lo menos esta tarde podréis hablar con el dueño —miró el reloj—; acostumbra a llegar hacia las ocho. Quizá él os pueda dar más razón de Vendramín.

Ígur repasó una vez más al payaso, al viejo y al borracho, que se habían hecho íntimos, a los tres individuos de mediana edad y a los tres salvajes, ese día escandalosos como nunca; a las nueve de la tarde aún no había aparecido el dueño, e Ígur ya no podía más.

Por fin, a las nueve y media, entró un hombre de unos treinta años y se fue directamente detrás de la barra; el camarero le hizo una seña a Ígur, que se acercó al instante.

—¿El señor Horapolus? —preguntó.

—Yo mismo —dijo, mirando con respeto receloso las insignias de Caballero de Capilla.

—Estoy aquí para ver al transportista Vendramín, y me han dicho que tiene este local como terminal.

—Así es. Caballero. Acabo de verle y viene hacia aquí —hizo un gesto de desdén—, pero dudo que os resulte de mucha utilidad hablar con él tal como va —justo al acabar de decirlo, se abrió la puerta y apareció un hombre alto y corpulento como un oso, andando a trompicones y exhibiendo un equilibrio más que precario; Horapolus se volvió de espaldas—. Ahí lo tenéis —dijo indiferente.

En aquel instante, los tres jóvenes bárbaros y los tres supuestos pequeños funcionarios se pusieron en pie de un salto, y los más cercanos avanzaron rápidamente hacia el recién llegado. Ígur sacó la pistola láser en una décima de segundo y le apuntó.

—¡Quietos! ¡Al que se mueva lo dejo seco! —Todos se quedaron clavados; Ígur dio un repaso a la concurrencia con la mirada y con el arma—. ¡Eso va por todos! —Horapolus se había quedado petrificado con una cara de pánico definitiva, y Vendramín se desplomó sobre el mobiliario—. ¡Tú, ayúdame! —ordenó Ígur al camarero, y entre los dos recogieron al transportista—. Lo llevaremos arriba —dijo Ígur en voz baja, y mientras iban hacia la escalera con la pesada carga se dirigió a los demás sin dejar de apuntarles—. ¡Vosotros, seguid así hasta que os pierda de vista! —Echaron a Vendramín en la cama de la primera habitación libre—; de acuerdo —le dijo al encargado—, ya te puedes ir.

—Si me permitís, señor, creo que este hombre no está en condiciones de nada, y lo mejor que podéis hacer es meterlo en la cama hasta mañana. —Ígur miró a aquel animal de boca abierta y ojos en blanco, todo él grasa y sudor apestando a alcohol—. Si queréis, ya me ocupo yo —se ofreció el camarero, e Ígur dio su visto bueno, y bajó al bar.

—Muy bien —dijo a la concurrencia—, podéis continuar con lo que hacíais. —Miró con dureza a los que se habían levantado; como ninguno de ellos hizo ningún gesto especial, Ígur creyó que tampoco existía un motivo concluyente para creer que uno u otro fuera Meneci o formara parte de una conjura; se dirigió a Horapolus, que no se había movido del sitio—: ¿Tenéis un despacho donde hablar con tranquilidad?

—Claro, Caballero —dijo el propietario con un hilo de voz, y lo condujo por detrás de la barra hasta una habitación posterior; allí se puso a su disposición—: vos diréis.

—Necesito saber todo lo que me podáis decir de los clientes que ahora mismo hay en el bar; vuestro hombre de confianza ya me ha contado algunas cosas, pero no puedo pasar por alto ningún detalle.

Horapolus esbozó un gesto de escepticismo.

—No creo que Nonus os haya podido decir gran cosa, es tan sólo un suplente temporal.

Ígur tuvo un sobresalto.

—¿Un suplente? ¿Desde hace cuánto?

—No sé, el socio encargado se puso enfermo de repente hace cosa de quince días, y nada más poner el anuncio vino éste...

—¡Meneci! —exclamó Ígur, y salió de la habitación como un poseso.

Saltó la barra del bar y subió las escaleras de cuatro en cuatro, abrió la puerta de la habitación de una patada y se encontró con que el falso encargado tenía a Vendramín contra la pared, con una mano retorciéndole el brazo y con la otra estrujándole la congestionada cara como la garra de un halcón; el transportista farfullaba tembloroso, y al aparecer Ígur, el otro lo dejó caer como un saco de patatas y sacó de no se sabe dónde una espada de Caballero.

—Ni un paso más —dijo en un tono que no guardaba la menor similitud con el servilismo del camarero, apuntando a Vendramín.

Ígur sacó su espada.

—Fidai Meneci, imagino —dijo.

—Fidai Neblí, os felicito por vuestra diligencia. No os esperaba tan pronto. Ahora excusadme, pero este trozo de carne o será mío o no será de nadie.

Puso la punta de la espada en la sien de Vendramín, que respiraba con dificultad.

—Caballero Meneci —dijo Ígur lentamente—, si desollar ahorcados, hacer camas y servir infusiones no os ha hecho olvidar las leyes de la Capilla, podríamos arreglar

este asunto como lo que se supone que somos.

—¿Y perder una ventaja? De ninguna manera, Caballero, ¿me tomáis por imbécil?

Ígur dio un paso adelante y puso la punta de la espada entre los ojos de Vendramín.

—¿A qué ventaja os referís, Caballero? —Se miraron con ferocidad—. ¿Queréis que juguemos a contar hasta diez?

Meneci se rió y apartó el arma.

—Vos ganáis, Caballero. —Lo miró con ironía—. Como supongo que no querréis ofrecer otro vodevil a la clientela, si os parece subiremos al terrado, allí hay bastante espacio para que os haga pedazos.

—¿Y dejar solo aquí a este hombre? De ninguna manera, Caballero, ¡yo qué sé los cómplices que tenéis abajo! —El otro no hizo ningún gesto—. A Vendramín nos lo llevaremos y lo dejaremos donde no se pueda despeñar —sonrió—; ya tenemos práctica en esa clase de colaboraciones.

Meneci envainó y se inclinó con condescendencia burlona, volvieron a agarrar a Vendramín medio inconsciente por el pescuezo y se lo llevaron escaleras arriba hasta el terrado; allí lo sentaron contra unos depósitos, en un ángulo para que no rodara.

—Cuando queráis. Caballero —dijo Meneci, y se saludaron.

La noche estaba recién cerrada, y la luna, acabada su plenitud, emergía de la Isla de Lauriayan camino del menguante, poniendo un color de aliento putrefacto en las miradas de los adversarios. Los cinco días pasados en el bar de Horapolus habían cargado a Ígur de un ansia irreprimible, pero Meneci había esperado tres veces más tiempo, así es que ninguno de los dos creía en la posibilidad de perder, y se lanzaron el uno contra el otro perfilados en primera tan sólo después de dos o tres fintas de estudio preliminar, especialmente rabiosos, además, uno porque el otro le había tomado el pelo, otro porque tenía que redimir que le pudieran reprochar el haber hecho de criado de otro Caballero. La primera estocada de punta de Ígur la redujo Meneci en tercera, y respondió con un revés potentísimo que Ígur atajó con un doble retroceso. De retorno a la postura inicial, en cuerpo bajado se miraron un instante a los ojos en quietud; Meneci ofrecía el arma recta, e Ígur ocupando la línea del diámetro, puso encima la suya, sujetándola con seis grados sobre tres en atajo real, y saliendo así de dentro y sin desunirse pasó al medio proporcional y, consintiéndoselo Meneci por no esperarlo sin otra transición y ofreciéndole punto suficiente para introducir el arma, lo sometió con el movimiento mixto de natural y accidental, corriendo el arma por la contraria hasta clavarse en la colateral derecha; la espada atravesó el cuerpo de parte a parte, y el mismo impulso que le permitió retirarla como un latigazo impulsó al malherido Meneci dos pasos hacia atrás, hasta tropezar con el borde del canalón de cubierta, y desplomarse de espaldas hacia abajo, a la fachada del

bar.

—Adiós, Caballero —dijo Ígur, asomado; Meneci yacía en la terraza de la playa boca arriba lleno de sangre, y la clientela del bar, atraída por la sacudida, había salido en tropel; algunos se inclinaban sobre el herido, dos o tres miraron hacia arriba asustados; Ígur se retiró y recogió a Vendramín—. Y ahora, tonel, nos ocuparemos de ti.

Intentó hacerlo caminar, pero era inútil, y acabó por echárselo a la espalda, lo que no era nada sencillo ya no por el peso, porque Ígur estaba lo bastante en forma como para cargar con eso y más, sino por la envergadura y las pocas facilidades que daba aquella masa de carne sudada y convulsa. Topando atropelladamente con puertas y barandillas bajaron la escalera y cruzaron el bar; allí, los brazos y las piernas del transportista se trababan con todos los muebles, hasta que Ígur se hartó y de un arrebato, sin más contemplaciones, le golpeó la cabeza contra un dintel, y así, del todo inconsciente, resultó más fácil de transportar. Horapolus entró con dos de los jóvenes bárbaros, el joven rasurado y el hombre vestido de mil colores, e Ígur sacó la pistola y les apuntó sin desprenderse de Vendramín. Horapolus levantó las manos.

—Caballero, sabed que nosotros...

—Está bien —dijo Ígur—, no tengo tiempo para explicaciones; no sé si hay aquí alguien más implicado en el asunto, ni me importa. Ahora, que todo el mundo se quede donde está, y no le pasará nada a nadie; pero al que se le ocurra seguirme, ya sabe lo que le espera.

Ígur retrocedió de espaldas a la puerta, cargó a Vendramín en el transporte y, sin más tropiezos, recorrió cinco o seis kilómetros hacia el sur hasta encontrar un núcleo en el que se apreciaba una cierta actividad.

Cuando lo apeó del transporte, Vendramín respiraba con dificultad, y a Ígur se le ocurrió si entre la intoxicación, la embestida de Meneci y para rematarlo su noqueada, se iba a quedar sin pista. Lo sujetó con mil miramientos por debajo de los brazos, y entraron en un establecimiento hotelero más importante y frecuentado que el antro de Horapolus.

—Quiero una habitación.

—No hay problema. Caballero —dijo el empleado, con una sonrisita siniestra—. A ver... ¿os parece bien la Suite Imperial Ganimedes? No dispongo de nada más —lo miró con turbiedad—, pero creo que os complacerá.

—Me parece bien; si sois tan amable de indicármela...

—Con mucho gusto. —Tomó la llave y se abrió camino por una rampa—. Parece que esta noche vuestro amigo se ha excedido un poco, ¿no? —Rió, indiferente a la gélida expresión de Ígur—. Si necesitáis cualquier cosa, no tenéis más que decírmelo: calmantes, estimulantes... Demeterinas. ¿No? Una botella, en fin, lo que queráis, como si necesitáis aumentar la plantilla... —Abrió la puerta de una habitación con

vistas al mar, que se pretendía suntuosa y a Ígur le pareció un monumento vomitivo al mal gusto, apoteosis de la pastelería de los espejos, los colorines y la iconografía pertinente.

—Podéis retiraros —dijo, sin soltar a Vendramín—. Que no nos molesten.

El empleado lo miró con una pizca de inquietud.

—Me perdonaréis si soy indiscreto, pero estoy obligado a recordaros que los únicos límites de la casa son los que establece el código de honor de la Apotropía General de Juegos del Imperio, y que una transgresión criminal nos obligaría a denunciarla.

Ígur dejó caer a Vendramín sobre la cama y, con cara de no estar para bromas, lentamente, avanzó hacia el empleado, que retrocedía manteniendo un metro de distancia, hasta el umbral de la puerta.

—Lo tendré presente —dijo, y cerró.

Vendramín roncaba como un cerdo en la cama, con las piernas colgando hasta el suelo. Ígur se descalzó lentamente, se aligeró de ropa y subió el aire acondicionado; la noche era abrasadora a más no poder, y se permitió un rato de relax. Después se dirigió al transportista; empezó por echarle una jarra de agua encima.

—Agua no, por piedad —murmuró.

Ígur lo metió bajo la ducha; después lo devolvió a la cama, y le apretó fuerte el pescuezo.

—Y ahora me dirás dónde está Arktofilax.

Vendramín sonrió como un imbécil.

—Todo el mundo quiere saberlo. —Y cantó:

¡Arktofilax,
Cuencos bebidos,
Romana Pax,
Llenos los nidos
En el relax,
De los mullidos
Tenía un fax
Entre soplidos
Tan profilax
De Apollinax!

Se dejó caer. Ígur se preguntaba si estaba tan trompa como parecía, hasta qué punto exageraba para quitárselo de encima; recordó cómo Meneci lo tenía acogotado, y pensó que si entonces no había dicho nada, poca cosa se podía hacer para soltarle la lengua. Y seguro que a Meneci no le había dicho nada, porque si lo hubiera hecho

habría corrido sin duda la suerte de Beremolkas. Ígur optó por esperar al día siguiente, y pasó la noche entre la butaca y la terraza, soportando las excrecencias de Vendramín, que vomitó en la cama y se orinó encima.

Al alba, incluso la rosada palidez que perfilaba la Isla de Lauriayan, desde allí más próxima aún que desde el local de Horapolus, parecía formar parte de una putrefacción insuperable, e Ígur, habiendo dormido poco y mal, despertó al fétido transportista poco dispuesto a dilaciones.

—¿Dónde está Arktofilax? —preguntó, zarandeándolo; el otro se incorporó a medias y lo miró con ojos embarrados de desastre.

—No lo sé. Dejadme en paz.

Ígur le puso la pistola bajo la nariz.

—Si no me decís ahora mismo dónde está, os juro por el Imperio en peso que vuestra cabeza quedará para los perros —le apretó el cuello con la otra mano—; y más os vale decirme la verdad, porque si no, os juro que os buscaré hasta el último rincón para cortaros la lengua.

Vendramín bajó la mirada y soltó un eructo hiposo; miró a Ígur como si esperase el mínimo indicio de que no sería capaz de hacer lo que decía. No lo encontró, y se cubrió la cara con las manos.

—Es huésped del Conde Gudemann, en la Isla de Lauriayan —dijo casi sin voz.

Ya el sol se había desprendido del horizonte, pero todavía no era completamente blanco y poderoso, cuando Ígur navegaba en la barca más rápida que había encontrado, que aun así le parecía lentísima, hacia la Isla de Lauriayan, que poco a poco perdía la azulada indefinición de la lejanía y se revelaba como una formación rocosa abrupta y sin indicios de civilización, por lo menos en toda la franja Oeste, la que se ofrecía a la vista del visitante que llegaba del continente. El sol ya estaba alto e Ígur aún no había superado la gran tristeza de la aurora, cuando la barca bordeó el Cabo Sur, a partir de donde la Isla se abría en una extensa bahía al Sudeste, en cuyo extremo se distinguía la población de casas blancas dispuestas en concha presidida por el Palacio de la Mayoría, un edificio sorprendentemente noble, y cinco o seis palacios más medio ocultos por los únicos árboles que se podían apreciar desde el mar. Una vez frente al puerto, el punto más alto de la Isla, en apariencia desprovisto de edificaciones, quedaba a la izquierda, en la parte Oeste del centro, y en el extremo Este, con las laderas unidas, había una segunda elevación más importante, que dominaba la población y culminaba con un edificio medio camuflado, posiblemente otro palacio, todo él de un rojo terroso.

Cuando la barca llegó a puerto, la calma de la localidad era absoluta. No se veía ni una nube, el cielo era tan azul que dañaba la vista, y no corría ni una brizna de aire; asfixiado de calor, Ígur preguntó por el Palacio Gudemann, y le indicaron el edificio rojizo en lo alto de la elevación. Tuvo que esperar media hora el transporte regular, y

finalmente se montó junto a media docena de individuos que supuso criados y proveedores; el trayecto se le hizo larguísimo, zarandeado por un camino escarpado y polvoriento en el que se combinaban la incomodidad, el calor y el vértigo de las curvas. Poco antes del mediodía se encontró en la puerta del palacio, mucho más rico de lo que parecía desde el mar, con el estucado rojo Durero ribeteado y esquinado con mármol blanco. Preguntó por el Conde Gudemann al criado que le abrió, y le hicieron esperar en una salita de paredes desnudas y luz cálida, pero deliciosamente fresca, sobre todo en contraste con las ardentías solares recién sufridas.

Unos minutos más tarde se presentó un hombre de más de sesenta años, vestido de color claro y con un físico tan agradable y una mirada tan franca y atractiva que parecía situado fuera del alcance de las miserias humanas y las carencias de la edad.

—Caballero Neblí, sed bienvenido. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Excelente, aunque un poco demasiado largo. —Sonrió; Gudemann lo miraba expectante—. El motivo de mi visita es ver al Magisterpraedi Hydene, me han dicho que se aloja aquí, en vuestra casa.

El Conde acentuó la sonrisa y movió afirmativamente la cabeza.

—Está aquí. Si queréis acompañarme...

—Nada me complacería más —dijo Ígur.

Cruzaron maravillosos patios interiores porticados, con fuentes y estanques centrales y árboles olorosos, y alas abiertas a galerías con vistas a mar abierto, o a la población, talmente una miniatura desde esa altura, hasta llegar a una terraza orientada al Norte desde donde se apreciaba hasta el continente; allí había tres hombres y cuatro mujeres, unos sentados, otros de pie o apoyados en la barandilla. Gudemann hizo las presentaciones.

—Mi Esposa Idania —Ígur saludó a una mujer de unos treinta años, alta y morena —, la Señora Fulvia —de facciones muy angulosas y peculiares, había sobrepasado los cuarenta—, el Magisterpraedi Ikan Triddies —un anciano imponente—, su Señora Melissenda —de su misma edad, y aspecto plácido—, el Señor Valerio Marterni, Secretario de Relaciones con los Príncipes de la Hegemonía —un hombre de unos treinta y cinco años de muy buena planta—, mi hija, vizcondesa Brosmana —una pelirroja de poco más de veinte años, y con el aire de todos los vicios a sus espaldas —, y —a propósito o no, había quedado para el finael Magisterpraedi Teke Hydene.

Ígur se vio frente a un hombre difícil de reconocer de las filmaciones y fotografías de veinte años atrás, cuando el vencedor del Laberinto de Bracaberbría tenía treinta recién cumplidos, ahora entrecano, con una barba corta y los ojos hundidos tras espesas cejas triangulares; la nariz era fuerte y angulosa, y el perfil, pronunciado como el de un ave de presa. Se miraron largamente, e Ígur se olvidó de los demás.

—Magisterpraedi —dijo Ígur—, soy el Caballero de Capilla Ígur Neblí, y he

venido...

—Sé muy bien a qué has venido, Ígur Neblí —lo interrumpió, con una voz de bajo tenebrosa y evocadora—, y si permites que te lo diga, hace tanto tiempo que Debrel me avisó que llegarías, y tanto más que me lo dijo Omolpus, que ya creía que te habías perdido.

—No lo entiendo —dijo Ígur—, si Debrel estaba en contacto con vos, ¿por qué me ha obligado a toda esta peregrinación?

—Debrel y yo rompimos deliberadamente el contacto directo a partir de un incidente que ahora no viene al caso y que, naturalmente, no tiene nada que ver con la armonía de nuestras relaciones, que se ha visto aún más reforzada a partir de una decisión que llegó, digamos, de un dictado de la prudencia. Lamentablemente —abrió los brazos—, yo no podía salir a tu encuentro, porque el Príncipe Simbri nos habría acusado de violar la Ley del Laberinto —maldita Ley del Laberinto, pensó Ígur, muerto de ganas de preguntar qué hubiera pasado si en el terrado del bar de Horapolus llega a vencer Meneci—, y has tardado más de lo previsto —miró el mar abierto—, pero estás aquí, y eso es lo que cuenta.

—¿Cómo sabéis que soy quien digo ser? —dijo Ígur, pensado que él tampoco tenía ninguna certeza de estar ante Arktofilax.

El Magisterpraedi lo interpretó al instante.

—¿Quieres que nos mostremos las téseras? ¿Quieres que las pasemos por el Cuantificador con los códigos personales? —Sacó su sello, una espléndida pieza circular con fondo en rojo puro, en el centro una calavera frontal de plata, igual que el marco, y se miraron a los ojos una vez más. Arktofilax era un poco más alto que Ígur, y vestía de gris oscuro de pies a cabeza, con ropa holgada y sandalias; sin saber cómo ni por qué, Ígur sintió una abrumante certeza acerca de la identidad del interlocutor; los demás, que no habían perdido detalle, se alejaron discretamente.

—No sabía que conocieseis al Magisterpraedi Omolpus —dijo Ígur.

—¿Te sorprende? No debería extrañarte saber que era uno de los grandes; al fin y al cabo, a ti te ha enseñado muy bien. —Lo miró suavizando la severidad de la expresión—. Omolpus y yo teníamos las mismas oportunidades y, por lo que decía todo el mundo, el mismo talento para competir por el Laberinto de Bracaberbría, pero en la Capilla nos teníamos que enfrentar, y eso significaba la destrucción de uno de los dos. Tal y como tú tendrías que haber hecho con Lamborga si no hubierais sido tan atolondrados, lo dilucidamos entre él y yo: uno atacaría los Pantanos, otro se retiraría a las montañas dedicado a la enseñanza hasta que encontrase a alguien con las condiciones necesarias para ser entrenado para el Último Laberinto —Ígur iba de sorpresa en sorpresa; en poco tiempo le parecía que hacía años que se conocían—. Ya lo ves, ahora tú eres a la vez el joven Omolpus y el joven Hydene —miró el horizonte, y casi sonrió—, así es que no nos falles.

—¿Sabéis dónde está el Magisterpraedi Omolpus?

Arktofilax no dijo nada, e Ígur le explicó lo que había pasado con Milana, y de una cosa pasó a la otra hasta que acabó por hablarle de la orden sobre Debrel y Guipria. El Magisterpraedi escuchaba con tristeza.

—Malos tiempos —dijo al final—. No sabía nada, pero podía imaginarlo. Le agradezco a Paulus que me lo haya ahorrado.

Almorzaron los nueve en la media luz de un patio interior bajo la parra y la madreSelva, y la delicia reposada estuvo a punto de ablandar el espíritu de Ígur y hacerle bajar la guardia. Arktofilax y él hablaron durante toda la comida y la sobremesa de la situación política, de la reforma del Hegémono, de los Príncipes, de la Sexta y la Séptima Demeterinas, y sobre todo del Laberinto y del punto donde la desaparición de Debrel había dejado las investigaciones. Arktofilax no puso objeciones a cómo se había resuelto la cuestión de la Puerta, y con detenimiento Ígur se extendió acerca de todo el proceso de reducción de estrellas. Nunca fue cuestionada la urgencia de viajar a Gorhgró para resolver la Entrada, para la que ya no quedaba margen más que de ocho días, y la proximidad del final de la estancia en el oasis llenó a Ígur de una melancolía morbosamente cercana al nudo en la garganta.

Por la tarde, la inminencia de las lágrimas estaba presente en todo. Entre Arktofilax y el resto del grupo parecía haber ataduras afectivas muy poderosas, en especial con el anfitrión.

—Este es el momento que has esperado tantos años —dijo el Conde al Magisterpraedi—. Siempre he detestado las despedidas, así es que me retiro con la luz, tal y como ordenan las tradiciones; aquí siempre tendrás tu casa, coge lo que necesites para Gorhgró. —Ambos se fundieron en un largo abrazo, y Arktofilax se despidió de los demás de uno en uno; Gudemann esquivó el temporal de las emociones y se llevó a Ígur aparte—. A ti, joven Caballero, te espera una gran prueba, y sé que la pasarás noblemente, haciendo uso de la generosidad, la misericordia y el sentido común que dignifica todas las pasiones. ¡Me recuerdas tanto otros tiempos! Si algún día... —vaciló— si algún día necesitas alejarte del Imperio, yo qué sé, o hay alguna carga que se te hace demasiado pesada... no dudes ni un instante en venir a esta casa. Serás acogido el tiempo que quieras. —Y, tal y como había anunciado, se retiró con su mujer a las habitaciones.

Ígur miró desaparecer a Arktofilax haciendo volar el amplio lino y, mientras se despedía del resto de los presentes, se preguntaba por la forma física del Magisterpraedi, si aún guardaría las armas, si conservaría la técnica, cómo resistiría los previsibles rigores del Laberinto. En el centro de la sala, una columna, y a su lado un reloj de arena de cristal dorado. El Secretario Marterni fue el más prolijo y explícito a la hora de la despedida.

—Caballero, como debéis haber deducido, trabajo y vivo en Gorhgró y soy un

seguidor entusiasta de vuestros progresos. Ahora que nos conocemos, espero grandes cosas de nuestra amistad.

—Será para mí una satisfacción y un honor —dijo Ígur.

Arktofilax reapareció con la barba afeitada, vestido de Caballero de pies a cabeza, con las insignias y la espada, Ígur se quedó sorprendido de hasta qué punto la primera apariencia había sido engañosa. Tenía delante al guerrero durísimo, el que nunca había sido vencido, curtido y férreo como nunca había visto a ninguno: el mito entero, tan terrible como antes.

—Y ahora, queridísimos, adiós —dijo el Magisterpraedi.

Un transporte de lujo, que tuvo la virtud de hacer desaparecer las piedras que tanto habían martirizado a Ígur a la ida, los condujo al heliopuerto de Lauriayan, situado en el centro de la bahía; las luces de la población brillaban más densas en unos puntos cerca de la interrupción del agua, más dispersas en las demás direcciones. A Ígur le estaba resultando difícil digerir la repentina brillantez del desenlace. Arktofilax no dijo palabra, Ígur respetó el silencio que imaginaba poblado de recapitulaciones y, tal vez, de nostalgias.

En la pista los esperaba un helicóptero privado que los condujo directamente a Gorhgró.

XI

Sobrevolando primero el Mar de Hierro, las nubes que rodeaban los altiplanos de la Oybiria Superior, y después las luces de las poblaciones del Lago de Beomia, entre las que la Isla era la joya destacada, y de Taidra y los núcleos de los afluentes del Sarca, el helicóptero aterrizó en el heliopuerto principal de Gorhgró. Allí tomaron un transporte.

—Marterni me ha ofrecido su residencia —dijo Arktofilax—, pero tendremos más independencia en tu casa.

—Naturalmente, será un honor. —Ígur mandó arreglar una habitación.

No había tiempo para la introspección anímica, pero Ígur no pudo evitar la presencia poderosa de los últimos acontecimientos vividos en Gorhgró: Debrel, Guipria, Sadó, Milana, Constanz, el Agon de los Meditadores...

Reposaron unas horas, y a media mañana el sello de Ígur lo puso en contacto con la Secretaría de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma. Pauli Francis lo reclamaba de inmediato, y cuando lo comentó, Arktofilax creyó conveniente acompañarle.

En esa ocasión, como la antesala se redujo a diez minutos, Ígur sintió un inconfesable anhelo de venganza al ver así confirmadas sus sospechas: a Arktofilax no se le hacía esperar. Y, sin embargo, la posibilidad de que la diligencia del dignatario fuera casual y no producto de la alta consideración que el Magisterpraedi le merecía en detrimento de la que le inspiraba él, un simple Caballero de Capilla, aún le encendía más.

El ujier los introdujo en el despacho, y Francis se dirigió a Arktofilax sin tan siquiera mirar a Ígur.

—Magisterpraedi, sed bienvenido a la Eponimia del Príncipe Bruijma —hicieron una leve inclinación—. Su Excelencia se ha interesado personalmente por la marcha de la Entrada —Arktofilax se inclinó aún más tenuemente—, y me ha ordenado que concierte una audiencia con los Entradores. ¿Habéis decidido quiénes serán?

Ígur iba a responder pero el Magisterprasdi se le adelantó.

—Seremos el Caballero Neblí y yo, con el permiso de su Excelencia el Príncipe.

Ígur quedó desconcertado.

—Muy bien —dijo el Secretario, y tecleó el Cuantificador—; ¿os va bien mañana por la mañana?

—Estamos a vuestra disposición —dijo Arktofilax, y Francis asintió.

—Según los informes, el límite de la Entrada es el veintiuno, es decir, dentro de una semana. ¿Habéis escogido día?

—No será antes del diecinueve —dijo Ígur, precipitadamente para impedir que Arktofilax apalabrara una fecha prematura—; he comprometido un padrinazgo de

Juicio de Acceso a la Capilla.

Hubo un silencio de duda, y las miradas fueron del uno al otro como una chispa.

—Llegaremos al límite —dijo Arktofilax con la misma entonación calmosa—; con la benevolente Eponimia de su Excelencia entraremos en el Atrio el veintiuno a primera hora de la mañana o, si puede ser, incluso unas horas antes, y tendremos todo el día para preparar la Entrada a la Última Puerta a la hora de la tarde señalada.

—Perfectamente —dijo Francis, y después de concretar los detalles referentes a la burocracia, la dotación y las subvenciones, les hizo acompañar por el ujier.

En la calle, Ígur tuvo que tragarse el resentimiento por no haber oído ni media palabra sobre su brillante eliminación del Caballero de la Entrada Simbri, y por lo tanto el decantamiento de la Entrada a favor de la Expedición Bruijma, pero no estaba dispuesto a dejar pasar por alto decisiones que se tomaban sin su concurso, y quiso saber por qué la Entrada se limitaría a ellos dos.

—No es que yo tuviera otra idea —se excusó—, pero si os mostráis tan firme me imagino que debe haber alguna razón.

—La hay —dijo Arktofilax—. La Entrada a Bracaberbría la formábamos unos cuantos, y fue un desastre; en realidad —sonrió—, se puede decir que fui el único superviviente, y ya entonces decidí que en la Falera solo seríamos dos.

Ígur se moría de ganas de saber qué había pasado en el interior del Laberinto de los Pantanos, para resolver tan decisivamente a Hydene a no querer ser más de dos en la siguiente ocasión, y, por tanto, qué esperaba, o temía, que pasase, pero no se atrevió a preguntar. El Magisterpraedi le hizo saber que tenía que resolver unas diligencias que lo mantendrían ocupado hasta media tarde, y le pidió que encargase todo lo necesario para la Entrada, desde ropa y víveres hasta instrumentos de todo tipo, la naturaleza de alguno de los cuales sorprendió a Ígur: armas, linternas, detectores de todo tipo de ondas, cuantificadores de bolsillo, cuerdas y piolets.

A la hora convenida, Ígur y Arktofilax se encontraron en sus habitaciones, y el Magisterpraedi propuso un repaso a fondo de los elementos descifrados de que disponían. Con la ayuda de dibujos y esquemas Ígur le repitió lo que ya le había contado por encima en Lauriayan. También le mostró el disco de aleación que Debrel le había dado, que se suponía que abriría la Puerta, o serviría para que ambos fueran borrados de la faz de la tierra por el rayo de los dioses; pero Arktofilax sorprendió a Ígur mostrando una ilimitada confianza en las hipótesis y las conclusiones de Debrel, y sin que ninguna parte del proceso deductivo fuera puesta en duda, se pusieron a discutir acerca del reducto intelectual que la utilización de estrellas en la clave comportaba visitar, y la mezcla de leyes que exigía la deducción de un mecanismo simbólico. Ígur recordó las palabras de Guipria sobre Vega y la Polar, y por vez primera Arktofilax parecía motivado por la conversación.

—Recuerdo una discusión que tuvimos sobre eso, ya antes de Bracaberbría

(porque allí Vega era una de las claves en juego, como también Phakt, Cor Caroli y Alpharad, la solitaria de Hydra); el conjunto más bonito de interpretaciones dinámicas no es el que considera a Vega y Altair como dos águilas, dentro del cual hay muchas versiones, desde la búsqueda del centro del mundo que tiene a Delfos tanto por origen como por resultado, hasta una que sitúa un aguilucho en el nido representado por la Corona Boreal, sino el que las considera amantes, separadas por la Vía Láctea igual que Suhel y las dos Sirras, como tú has señalado; en la antigua leyenda oriental son la Tejedora, hija menor del Soberano del Cielo, y El Boyero habitante de la tierra que la consigue como esposa con una estratagema, hasta que la madre de la Tejedora la hace volver al Cielo, y cuando El Boyero, que no tiene ninguna relación con el Bootes, la constelación de Arcturus, quiere perseguirla, la Gran Suegra interpone la Vía Láctea como último obstáculo, aunque después, conmovida por las súplicas y la tristeza de su hija, consiente que los enamorados se vean una vez al año, o dos, si consideramos los dos crepúsculos helíacos del conjunto. Más bella es aún la lectura uraniana de la historia de Hero y Leandro, que es básicamente la misma, pero a una escala más lúdica y, si se puede decir así, más sensorialista; es curioso que, si bien la interpretación clásica, por otra parte totalmente correcta, asocia el apagamiento del fuego de Hero a la desaparición invernal del triángulo del verano, hay quien interpreta la desaparición de los cielos sobre el aire sucio, no tan sólo por la suciedad de los humos, sino por la nefasta profusión lumínica de las noches de las ciudades; lo cierto es que ya tan sólo desde el Gran Arturo se puede ver un cielo medianamente presentable. Atención también al hecho de que la mayoría de lecturas asocian la separación de los amantes y la naturaleza de la Vía Láctea al agua.

—Y también que Vega, la más brillante de la pareja y la más alta sobre el horizonte, es siempre la mujer.

—Sí, pero eso está más ligado al dinamismo; no olvides que la feminidad es siempre más lenta en la Gran Obra, y aquí rige la distancia polar. Las estrellas más veloces, hablando siempre en términos de movimiento aparente, es decir, iconológicos, son las zodiacales, y las tradiciones astreas las ven como carros solares.

A Ígur le resultaba gracioso cómo Arktofilax había eludido admitir la atribución más brillante de la feminidad, y le pareció entrever en él una misoginia soterrada; aprovechando la última observación, recordó la observación de Guipria sobre la referencia polar del Uno, y sobre la identificación en la persona de Arktofilax.

—Debrel —desfiguró deliberadamente— remarcó la naturaleza dionisiaca de Arcturus, por encima incluso de la de Vindemiatrix, como vigilante crónico del ancla con centro en la cual gira el mundo.

—¿Debrel dijo eso? —dijo Arktofilax y sobresaltó a Ígur con una mirada inquisitiva difícilmente esquivable; el pensamiento del joven Caballero dio vueltas

velozmente. ¿Tanto se conocen Debrel y Hydene como para que el uno prevea de esa manera las opiniones del otro? ¿O es que algo en la entonación de la frase le había traicionado? No, más bien Debrel y Arktofilax han hablado con posterioridad a la conversación... Pero entonces, ¿es que la han comentado palabra por palabra? Y, aún peor, si estaban en contacto, ¿por qué le habían obligado a una búsqueda tan problemática de Arktofilax? De repente se le cuestionó completamente la imagen de Debrel—. ¿Quieres decir —miró los poemas proféticos— que el destino como guardián del centro, por tanto de la quietud, es el que lleva a ser vencido por Canopus, el piloto de la movilidad, que cabalga el leopardo? Porque el leopardo no lo pueden cabalgar los dos a la vez.

Ígur se decidió a hablar abiertamente.

—¿Crees que Arcturus eres tú?

El Magisterpraedi se quedó pensativo mirando los papeles tanto rato que Ígur pensó que la cabeza se le había ido a otra cosa.

—¿Crees que el jinete del leopardo eres tú?

La transposición de arquetipos en nombres propios nunca había sido la debilidad de Ígur y, en cualquier caso, y dado que Arktofilax no parecía proclive a hablar de Bracaberbría, sin entrar en el Laberinto cualquier cosa que se dijera serviría más para la satisfacción del intelecto que para la tranquilidad del expedicionario, y ambos socios, decididos a no alimentar las propias inquietudes a base de compartirlas, derivaron a problemas prácticos, centrados en la coordinación de gestiones con el gabinete del Príncipe; los permisos de Entrada estaban sujetos a un protocolo riguroso, y cualquier traspie podía herir susceptibilidades, no tan sólo entre ellos y el Epónimo, sino incluso entre ellos mismos. El compromiso de Entrada exigía la firma de todos aquellos que habían intervenido en gestiones directas, en especial en presencia física, ya que en el reparto posterior de los beneficios de los derechos del Laberinto, en caso de que la Entrada fuera coronada por el éxito, cada cual recibiera su parte. El problema era que Silamo, como enviado de la parte técnica, tenía derecho al reparto, pero sus credenciales habían quedado en poder de Ígur, que, en caso de que no apareciera, sería el beneficiario. Ígur consideró una complicación innecesaria tener que buscar a Silamo de un día para otro para hacerle firmar los contratos, y decidió que ya lo buscaría después del Laberinto para darle su parte. En un rincón de su pensamiento, no tan recóndito como hubiera querido, le rondaba la idea de que si después Silamo no aparecía, mejor para él, que percibiría más emolumentos. Arktofilax parecía más preocupado por otras cosas, y no insistió en dilucidar a quién más, desaparecido Debrel, se debía convocar para el acto protocolario del día siguiente.

Hacia la noche, Ígur estaba ansioso por ver a Sadó y temblaba por ver a Fei, y en pleno agridulce de pulsaciones decidió que ya no podía alargar más el momento de

hacerles una visita.

—Con vuestro permiso, ahora me debo a mis amistades —dijo una vez recogidos los papeles; Arktofilax lo miraba con curiosidad, y se sintió obligado a explicárselo—. Se trata de la cuñada de Debrel, a la que he conseguido alojamiento en el Palacio Conti.

—¿El Palacio Conti?

—Sí, es un Palacio privado de expansión. Si queréis venir... —añadió por puro compromiso, pero el Magisterpraedi le sorprendió.

—Me parece que sí, me gustaría —sonrió—, es decir, si no te importa.

—Al contrario —dijo Ígur con sinceridad, pensando que sería bastante curioso ver en casa de Isabel a un hombre de maneras tan ascéticas que ya en el Palacio Gudemann parecía fuera de lugar.

En pocos días, las nieves se habían fundido en Gorhgró, y los alrededores abruptos del Palacio Conti ya no se presentaban, como poco antes, entre nieblas y hielos, sino con una nueva exuberancia de aguas exaltadas; el paso del Puente de los Cocineros le pareció a Ígur más corto que nunca, a pesar de que Arktofilax lo impacientaba entreteniéndose a cada paso a contemplar las vistas. Abrió la puerta de servicio, y una camarera nueva, que no desmerecía de las demás, salió a recibirlos; Ígur no necesitó presentarse.

—¿Queréis pasar directamente al salón? ¿O preferís encontraros con Madame o con alguien en privado?

Antes de decidirse, encontraron a Fei en un saloncito de paso.

—Por fin ha vuelto nuestro campeón —sonrió sin sombra de reticencia; Ígur no sabía en qué forma la llegada de Sadó habría trastocado las cosas con Fei, y todas las posibilidades lo inquietaban—. Qué bien estás —continuó ella; Ígur se la presentó a Arktofilax, y contempló con detenimiento su estudiado vestido negro; sin duda, aquel día había una fiesta.

—¿Cómo se ha portado el mundo por estas latitudes? —le preguntó, con mucha más frialdad de la que sentía.

—Mein Schatz! Was frag ich nach der Welt! —dijo ella, con una carcajada que fue correspondida por Arktofilax mucho antes que por Ígur—. Si me permitís, os acompaño.

Fueron los tres hasta la gran sala, y justo en la puerta les salió al paso Sadó. A Ígur la situación le resultó especialmente incómoda, porque no quería exhibir debilidades ante el Vencedor del Laberinto, y en presencia de las dos no sabía por dónde tensar o aflojar para no perder nada. Presentó de nuevo, y sintió a flor de piel el vértigo del enfrentamiento. La dama de negro y la dama de rojo sonrieron con todas sus armas e Ígur recordó cómo al principio de conocerla Fei le había parecido demasiado violentamente sexuada, con una evidencia de reclamos tan rotunda que

bordeaba la ordinariez, y cómo en su trato había él refinado la imagen hasta volverla exquisita; y Sadó, en cierta manera al contrario, en principio la había encontrado falta de fuerza y de volumen, demasiado discreta y delicada, y ahora, también a causa del trato, y quizá por la separación, tomaba para él una brutalidad de atributos atractiva con una inmediatez mucho más penetrante y descarada. Fueron los cuatro hacia el centro del salón lleno de bote en bote, con fragmentaciones momentáneas cuando tenían que pasar de uno en uno o de dos en dos entre mesas demasiado juntas, y retomando después la intrascendencia de la conversación interrumpida. Al verlos, Isabel Conti dejó a sus interlocutores y fue a su encuentro. Fei y Sadó se quedaron en segundo término.

—Madame Conti, os presento al Magisterpraedi Hydene —dijo Ígur, con curiosidad; ninguno de los dos movió ni un dedo, y tuvieron que pasar los segundos para que Ígur se diera cuenta de que no se decían ni una palabra y, sin que nada pasara, o precisamente por eso, la escena se transformó de repente; Arktofilax parecía contener un ensueño ignoto, y ella, con una media sonrisa, tenía los ojos tan brillantes que cuando tomó aire para hablar se le empañaron.

—¡Cuántos años, Señor Magisterpraedi!

Ella se abandonó finalmente a la sonrisa.

—¡Evaporados en un tris en el Palacio Conti!

—Era el Palacio Králakai cuando tú y yo...

—Ya entonces eras la reina, aunque la piedra no llevara tu nombre.

—Era demasiado joven...

—Tú eras demasiado joven y yo tenía demasiada prisa.

Magníficamente indiferentes al hecho de ser el centro de las miradas, se cogieron las manos y se retiraron a una mesa reservada. Ígur interrogó a Fei con la mirada.

—¿No lo sabías? —Soltó una carcajada—. Arktofilax fue el gran amor de juventud de Isabel.

Sadó no se esforzaba en fingir distracción. Se espejearon recíprocamente las expectativas de los tres.

—Y bien, ¿que ha pasado en la piedra estos días que he estado fuera?

Sadó se echó a reír.

—¡Aquí han pasado muchas cosas! —Y miró a Fei.

De repente Ankmar, Polcarm, Luiiri, Reibes y Lauriayan desaparecían, horrores, peligros y excesos vividos se convertían para Ígur en miniaturas incluíbles en un solo desprecio ante tan sólo la posibilidad de un arañazo a las fibras sensibles de sus amores, y más aún de la una contra la otra. Miró a las dos, que reían igual y el efecto le resultaba tan diferente, y la diferencia a la vez tan excitante y dolorosa.

—Perdonadme —dijo Fei, y los dejó.

Mientras Ígur pensaba si se había ido porque la requería otra compañía o porque

ésa se le antojaba extraña, Sadó lo miró inquisitiva y risueña; Ígur presintió revelaciones agridulces, sin manera de evitarlas.

Nada tenía importancia salvo lo que pasaba en aquella sala.

—¿Has pensado en mí? —dijo ella.

Ígur se veía en la cima estrecha de una peña azotada por un tifón. ¿Qué va a pasar?, pensaba; va a pasar de todo, es la quietud luminosa que precede a las grandes resoluciones.

—Sentémonos aquí —propuso.

Camino del tresillo los abordó un hombre de unos treinta años.

—Caballero Neblí, hace tiempo que os busco porque creo que hay unas cuantas cosas que debéis saber. —Y puesto que Ígur no lo reconocía, cambió de tono—. ¿No os acordáis? Soy Cuimógino, nos encontramos por primera vez en circunstancias poco agradables.

—Claro que sí —dijo Ígur—; lamento mucho no haber podido hacer más por vuestro hermano.

—Por mi hermano ya no se puede hacer nada; dije que os compensaría como pudiera: tengo una información que os puede resultar muy útil.

—Muy bien, pero ahora no podemos hablar. ¿Os importa que nos veamos otro día? Si me queréis decir dónde puedo localizaros...

—Cuando queráis, pero no os conviene tardar mucho; me podéis encontrar en la Hegemonía, en el Departamento de Coordinación Interior de la Secretaría de Relaciones con los Príncipes.

Ígur quedó desconcertado.

—¿Trabajáis para Marterni?

—Es el Secretario. ¿Lo conocéis? —preguntó Cuimógino sin sorpresa; Sadó se acercó a Ígur y discretamente le pasó la mano por la cintura.

—Sí. Es decir —intentó ajustarse a la prudencia—, no mucho. —Tuvo un momento de inspiración—. ¿Trabaja en vuestro Departamento un tal Silamo Admui?

Cuimógino sonrió.

—En mi Departamento no, en la Secretaría de Relaciones con los Príncipes. Es uno de vuestros colaboradores en las investigaciones del Laberinto, ¿no?

Los dedos de Sadó tecleaban por el espinazo de Ígur, y de repente se le despertó el interés por charlar con aquel hombre.

—Ahora excusadme, tengo que dejaros. Me pondré en contacto con vos.

Ígur y Sadó se sentaron no demasiado lejos de donde imaginaban a Madame Conti y al Magisterpraedi en las alturas estáticas de la evocación. Ígur no se atrevía a hacer preguntas concretas, y de vez en cuando le asaltaban dudas de fondo. ¿Por qué Isabel no le había hablado nunca de Arktofilax? La verdad es que tampoco tenía por qué haberlo hecho. ¿Dónde habían ido Debrel y Guipria? ¿Qué hacía Marterni en el

Palacio Gudemann, en compañía de Hydene? ¿Era casual que Debrel hubiera empleado a Silamo con el Secretario de Relaciones con los Príncipes? Si pudiera saber cuántos días hacía que Marterni estaba con Gudemann, o cuándo convino la visita, las relaciones de causa y efecto cobrarían un poco de luz.

—¿Estás triste? —preguntó Sadó.

Los ojos le brillaban con la picardía alimento de las suposiciones que laceraban a Ígur, disparado cada vez con más fuerza a la sensación brutal de sentirse muy alto, pero en falso. Cuimógino se alejó, Fei entraba y salía con uno y con otro, y Madame Conti y Arktofilax continuaban fuera del tiempo.

—¿Has sabido algo de Kim y Guipria? —preguntó Ígur.

—No. ¿Y tú?

Como la claridad blanquecina que en la culminación del temporal toca de repente el centro del encapotamiento más tenebroso, llevada por el cruce de los más inciertos propósitos, Fei se acercó a la mesa de al lado. Los tres interlocutores, de edades comprendidas entre veinticinco y cuarenta años, la trataban con la distancia y la fachenda del que no quiere mostrar sentimientos en lugar público, y a la vez con la cortesía tendente a la brutalidad en la que se sobreentienden intimidades pasadas; ella navegaba triunfal las aguas que Ígur no podía evitar que tan secretamente lo atormentaran, sonreía aquí y allá con una mesuradísima mezcla de inteligencia serena y sensualidad desenvuelta, con tal dominio de sus gestos que no hubiera tenido que modificarlos ni para el esplendor de un trono ni para la presidencia de una orgía.

—¿Estás bien aquí? —preguntó Ígur a Sadó.

—Sí, muy bien.

Ígur creía que ella era aún demasiado niña para apreciar el mundo; quizá sí fuera inconsciencia encontrar divertido el instante, pero ¿cuál era la verdadera dimensión de las cosas? Sadó estaba a su lado, más bella que nunca, y a cada momento los ojos se le iban hacia los demás, y Fei, que estaba en medio de una conversación a tres bandas, no le quitaba ojo de encima. Sadó le cogió la mano, e Ígur se dio cuenta de que el Palacio Conti había dejado de ser su refugio delicioso, el único reducto de paz y silencio de las amenazas; cuando Isabel y Arktofilax se levantaron, Ígur aprovechó para despedirse de Sadó y tocarle el codo a Hydene.

—Magister, yo me voy.

—¿Cómo que te vas? —saltó Madame Conti, y se volvió hacia Arktofilax—. ¿Tú crees que es momento de que se vaya? De ninguna manera, joven campeón, no vale abandonar los fuegos que has encendido.

—Esta noche tengo que estar solo —insistió Ígur sin moverse, retenido más por el silencio del Magisterpraedi que por la intervención de ella.

—Al menos, si tienes que irte —miró en derredor—, ¿dónde está Sadó? —Sadó se había desplazado y charlaba muy animada con una pareja—; ¿de verdad tienes que

marcharte? ¿Sí? ¿Y si...? En fin, es una lástima. ¿Y Fei? —Fei había desaparecido—. Daremos una fiesta uno de estos días, para los héroes del Laberinto —miró a Arktofilax embelesada—, y allí no se admitirán deserciones.

—No desertaré —dijo Ígur, y el Magisterprasdi y él se lanzaron una mirada divertida.

En su casa, en el portal estaba el augusto de siempre, tosiendo como un perro y más abrigado que nunca. Sus miradas se encontraron, Ígur sintió una conmoción. ¿Dónde estaba su compañero? Al día siguiente le esperaba una difícil gestión y le convenía estar despejado.

Al día siguiente a primera hora Ígur y Arktofilax se encontraron en la Recepción del Palacio Bruijma, un magnífico edificio al poniente de la Falera, totalmente autónomo de las dependencias que ocupaban Francis y los demás responsables políticos, un poco recargado de dorados y colores claros primarios para el gusto de Ígur —quizá, pensó, me he acostumbrado tanto a las negruras astreas, que me cuesta digerir las pastelitos irgúlidas—, pero perfectamente austero y sereno en la decoración y uso de los materiales. Allí, entre un pequeño ejército de Guardias, el Camarlengo de Recepción los hizo pasar a una sala y les hizo dejar las armas, después los guió por cámaras especiales de registro, con seis tipos diferentes de radiación, y finalmente los invitó a sentarse en un locutorio.

—Empezaremos por el Magisterpraedi Hydene —dijo, completamente neutro en su actitud—. Por favor, vuestro sello.

Arktofilax lo introdujo en el Cuantificador, y la pantalla se llenó de datos.

—Preparado —dijo, y tecleó su código.

—Sentimientos suicidas —leyó el Camarlengo de Recepción—; contrastar —ordenó por micro—; concretar y ampliar —en silencio, las luces teñían las caras de intermitencias de colores—; indiferencia al paso del tiempo; principal objeto de escepticismo: la felicidad; intolerancia reducida por la pasividad; suicida por inhibición de pasiones no especulativas. Peligro principal: relativismo del instinto de conservación. Pretendida noticia y aceptación de su próximo final. Postración patológica sobre diversas cuestiones, algunas en fase avanzada. Voluntad exacerbada por la pretensión a ultranza de ser racional —Arktofilax escuchaba impasible, sin la menor señal de tensión o sorpresa, ni de aceptación o rechazo—; olvido de la infancia; odio al convencionalismo de los buenos sentimientos. Odio a los Príncipes. Desprecio a la muerte. Odio al amor.

La pantalla aceleró el paso de datos, y el Camarlengo de Recepción asintió.

—¿Hemos terminado?

—Con vos hemos terminado —dijo el funcionario—, ahora el Caballero Neblí. Si tenéis la bondad... —Repitieron la operación con el otro sello—. Empecemos. —Se hizo el silencio—. Fuerza, equilibrio y coordinación motriz insuperables; así como

elasticidad, velocidad, reflejos y capacidad de resistencia y recuperación. Pánicos diversos: a envejecer, sobre todo. Dudas en proceso de cicatrización; principalmente sobre la entidad individual. En general, y en primer lugar la propia. Tendencia al solipsismo, más en forma de asalto empalico compulsivo que como radiación de fondo. Un momento —se acercó a la pantalla—. Residuos de la Séptima Demeterina. —Se volvió—. Lo siento mucho, el Caballero Neblí no puede entrar.

—Tiene que entrar —dijo Arktofilax con correctísima firmeza.

—Lo siento, es el protocolo de Su Excelencia —dijo el otro en el mismo tono.

El Magisterpraedi le sorprendió levantando la voz con una ferocidad que incluso sobresaltó a Ígur.

—El protocolo de Su Excelencia no me interesa. Si no tenéis autoridad para resolver una contingencia de excepción, llamad ahora mismo a alguien que la tenga.

El Camarlengo de Recepción reapareció diez minutos más tarde con el Clavario de Circulación Interior del Palacio, y la discusión se reprodujo con parecidos argumentos.

—Lo único que puedo hacer —dijo el segundo funcionario, intimidado por la contundencia del Magisterpraedi— es transferir la decisión al convocante de la recepción, el Secretario de Relaciones Exteriores.

—Tecleó el Cuantificador.

Transcurrió un largo cuarto de hora en tensión y silencio, entre inmovilidades calculadas y procurando no cruzarse las miradas, hasta que compareció Francis vestido de gala.

—¿Cuál es el problema? —preguntó con mal humor autoritario.

—El Caballero presenta residuos de la Séptima Demeterina —dijo el Clavario tan mansamente como si la culpa fuera suya.

A Ígur se le encendió la sangre imaginando cómo reaccionaría si el Secretario lo increpaba a saber bajo qué concepto, pero Francis ni lo miró.

—Uno coma sesenta y uno ochenta del tres por cuatro —le dijo al micro del Cuantificador, apretando fijamente tres teclas; la pantalla se mantenía negra—, superación del comitente. Afrodita más novecientos cincuenta y dos, partido por cien —esperó la señal—, confirmación en decimotercera. —Ígur miró a Arktofilax, que mantenía una expresión altiva—. Confirmar. Entrar. Expedir y archivar.

El Cuantificador expulsó lentamente el sello de Ígur, que cuando lo vio aparecer le pareció de regreso del más allá.

—Ya está —dijo el Camarlengo, aliviado—; podemos continuar la lectura del espectro.

Francis se dirigió a Arktofilax como si no hubiera nadie más presente.

—Magisterpraedi, excusad esta pequeña complicación técnica. Cada día aparecen incompatibilidades imprevistas entre las condiciones.

—Dicen que la eficacia de un mecanismo se mide por el volumen de dificultades que genera —dijo Arktofilax, imperturbable; quedaba claro que de la lectura del espectro de Ígur ya no se iba a hablar más.

—¿Os han explicado el protocolo? —dijo Francis, y rápidamente precisó—: No lo digo por vos, ya sé que tenéis el hábito del trato, me refería al Caballero.

—¿El Príncipe está dispuesto a recibirnos? —dijo el Magisterpraedi, con las cejas levantadas y mirando hacia adelante.

El Secretario se volvió hacia Ígur.

—Nunca os dirigiréis al Príncipe sin que él os haya preguntado previamente. No os acercaréis a su persona a menos de tres metros, ni os alejaréis más de ocho; en realidad, es preferible que no os mováis ni un palmo del lugar que os será asignado. Nunca le daréis la espalda ni le perderéis la cara en un ángulo superior a los treinta grados de la perpendicular de vuestras miradas, sesenta de margen, por lo tanto, en total. Nunca le miraréis directamente a la cara, sino que, con vuestra cabeza en inclinación directa natural, dirigiréis los ojos al punto del suelo situado un metro delante de los pies del Príncipe. No responderéis con monosílabos, pero tampoco daréis respuestas exageradamente largas ni arbitrariamente convencionales o pomposas. Trataréis al Príncipe de «Vuestra Excelencia», y cuando os refiráis a vos mismo no diréis «Yo», sino «Éste vuestro humilde servidor». Haréis tres inclinaciones al entrar, tres al salir y una cada vez que habléis. No os dirigiréis a nadie más de los presentes bajo ningún concepto, ni en voz alta, ni mucho menos en voz baja, si no es que lo comporta la mecánica de la conversación directamente impelida por Su Excelencia.

Ígur se volvió a Arktofilax, y el Magisterpraedi, sin devolverle la mirada, esbozó una sonrisa irónica; Ígur sintió que Francis lo utilizaba de cabeza de turco porque no podía plantarle cara a Arktofilax, pero también se extrañó de que no hubiera indicaciones sobre el guión de la conversación; porque en una audiencia, la única manera posible de que un Príncipe pueda dialogar con ciudadanos no afectados de nobleza es que a unos y a otros les sean transferidos roles de personajes diferentes, para que a través de ellos hablen los individuos reales. Y aun tal observancia resulta insuficiente en algunos casos especialmente delicados, y hay que buscar posiciones metapersonales de excepción, que no traduzcan la situación ficticia y, al resolverla, la vuelvan inútil (el problema se produce entonces para los oficiales de protocolo de una y otra parte, que tienen que dedicar horas, y a menudo días, y hasta semanas, a descifrar la conversación, y es habitual que se necesiten nuevas reuniones subsidiarias para establecer el resultado, sobre el que se abate irresolublemente el peso de las interpretaciones). No era el caso, y seguidos por centenares de cámaras y sensores, Ígur y Arktofilax transitaron salones y galerías de tal altura que se podían construir edificios de pisos en ellos, y finalmente atravesaron una nueva habitación de

protección con pantallas de registro, custodiada por un grupo selecto de especialistas que los hicieron pasar de nuevo por todas las incomodidades.

—¿Era necesario todo eso? —dijo el Caballero al Magisterprasdi en un momento aparte—. Me refiero a tener que bailarle el agua al Príncipe.

—Por no querer bailarle el agua a nadie me he pasado veinte años sin ver a más de veinte personas, exactamente una por año, eres tú el que me fue a buscar —dijo Arktofilax con suavidad.

Los hicieron pasar al salón contiguo, una impresionante pieza porticada con una cúpula de tres lóbulos con sus correspondientes lucernarios, y el Jefe de Protocolo indicó la posición de cada uno: en fila ligeramente curvada Francis, Arktofilax y después Ígur. Cerraron todas las puertas y rogaron silencio. Solución de compromiso, pensó Ígur, leyes irgúlidas y pelaje astreo: el mármol oscuro, los terciopelos negros y lilas y las cenefas doradas conferían al ambiente una lóbrega suntuosidad, oscurecimiento y palidez a la vez. Se abrió otra puerta y entraron dos ujieres de gran estatura, que se quedaron uno a cada lado del linde; un tercero, de más edad y quizá aún más alto que los demás, entró con la cabeza exageradamente erguida y anunció:

—¡Su Excelencia Imperial el Príncipe Bruijma!

Entre las inclinaciones de rigor, más acentuadas en unos que en otros, entró el personaje, alto y corpulento, talmente una fiera, con pinta de oso, mezcla de toro y tigre, con colores de lobo, inyectado y brillante de labios y ojos, despechugado, piloso, exuberante en humores, sanguinario, enciudo, dientes y mandíbulas, barba corta y entrecana, caliente y carnicero, fornido y poderoso. A Ígur, a quien le costaba ver en todo aquello el inicio de un Juego con posible resultado de muerte, miró a Arktofilax de reojo, y, tal como imaginaba, el Magisterpraedi miraba a Bruijma a la cara. Ígur había supuesto que un Príncipe considerado joven sería un joven, pero se encontró con un hombre de más de cincuenta años.

El Príncipe se situó ante los visitantes, y el Jefe de Protocolo los presentó, incluido a Francis, lo que a Ígur le pareció una payasada, porque era de suponer que Francis despachaba regularmente con él. Bruijma se dirigió a Arktofilax, con una voz de trueno cascada de acuerdo con la prestancia de bestialidad del conjunto.

—Volveros a ver nos agrada, Magisterpraedi, nos satisface que forméis parte de nuestra Entrada.

—Siempre a vuestro servicio. Excelencia —dijo Arktofilax sin ninguna afectación.

A Ígur se le ocurrió que quizá se consideraba que Bruijma, Hydene y Neblí eran los personajes de ficción a través de los cuales hablaban el Príncipe, el Magisterpraedi y el Caballero. Quizá el objeto de la transposición era absorber cualquier apreciación, por más velada que fuera, que pudiera aparecer sobre las prerrogativas que la población supone en un Príncipe: aprovecharse de todo sin pagar,

etcétera.

—¿Lo conseguiréis? —preguntó Bruijma.

—Así lo espero. Excelencia.

—Tenemos el mayor interés en que lo logréis, y confiamos plenamente en vos. — Ígur pensó en Debrel, no tan sólo porque le parecía justo hacer mención, sino sobre todo por la posibilidad de interceder por él; pero quién sabe los turbios designios que lo habían condenado, y además ¿qué podía hacer un oscuro Caballero al que un noble no tenía que recatarse en atribuir, si le venía en gana, el negro cometido de la exaltación de los instintos primarios de la ciudadanía, como tantas veces así había sido! Bruijma se dirigió a él—: ¿Y vos, joven Caballero, tenéis buen espíritu? ¿Creéis que lo conseguiréis?

Ígur no pudo contenerse de mirarle los ojos, que tenía grises y envenenados de un aire hipnotizador, e intentó tranquilizarse: la situación tenía cualquier significado, o no tenía ninguno.

—No tengo la menor duda. Excelencia —dijo.

Apreció cómo, sin duda, Ígur Neblí era el rol de Ígur, personaje ficticio de un joven de Cruiaña; ciertamente, el director de escena lo tenía todo previsto, no era necesario inventar ninguna realidad, porque la conversación era la invención que ocultaba al verdadero sujeto, quién sabe en qué medida distante la letra de las palabras, quién sabe si un mundo que él nunca habría ni sospechado, o bien tan sólo una sutileza, una coma; de repente se dio cuenta de que los demás lo miraban con preocupación perentoria. ¿En dónde había fallado? ¿Qué iba mal? Se fijó en lo que había dicho Bruijma. ¿Cuántas palabras había pronunciado? ¿Cuál era la sexta letra de la sexta palabra? Algo se le escapaba, y no sabía ni dónde buscar.

—Eso nos complace —dijo el Príncipe, sin ninguna inflexión de voz significativa—. Esperaremos con impaciencia vuestra salida del Laberinto. —Ígur pensó que quizá el Príncipe era un idiota, y lo que decía no contenía ninguna información de utilidad, o era un actor, y entonces las palabras que había que analizar eran las del Secretario, antes en la audiencia, que él había escuchado mirando a las musarañas—. En vosotros confío, no falléis.

Dio media vuelta y se fue.

—Su Excelencia —anunció el Jefe de Protocolo una vez que Bruijma hubo salido con los tres ujieres— os invita a una copa para conmemorar la visita.

—Aceptamos con mucho gusto —dijo Arktofilax adelantándose a la previsible tentación de Ígur de cuestionar la rectitud de un convite que el anfitrión no comparte.

—Antes, si no tenéis inconveniente —dijo Pauli Francis—, firmaremos los Protocolos de Entrada.

Los hizo pasar a un amplio despacho donde esperaban de pie tres funcionarios que fueron presentados como el Secretario Administrativo de la Agonía del Laberinto

y sus ayudantes. Se sentaron todos a la mesa central, Francis con un asistente, Ígur y Arktofilax a un lado, y los representantes del Laberinto en el otro, y se intercambiaron diversos documentos que, a medida que leían, se devolvían firmados; hubo diversas interpelaciones y aclaraciones por los dos bandos, pero las discrepancias fueron insignificantes y rápidamente solventadas, hasta que se llegó a las cédulas de participación.

—En nuestros informes consta el geómetra Debrel —dijo el Secretario de la Agonía— como Asesor Técnico, y su ayudante Silamo Aumdi, aunque éste se introdujo en el Atrio con un subterfugio ilegal. —Francis se alzó para iniciar una protesta, pero el otro lo detuvo con un gesto cortés—. No importa, lo habríamos autorizado igualmente —sonrió—, y puesto que ya sé que no es ésa la cuestión, no es necesario que hablemos más; en cualquier caso, necesitamos las firmas de ambos en los documentos de los derechos.

—La del geómetra Debrel no es posible —dijo Ígur con vacilación—, se ha visto obligado a ausentarse, y desde hace tres semanas se encuentra ilocalizable.

Hubo una tensión incómoda; nadie parecía dispuesto a exacerbar los ánimos, pero el Secretario de la Agonía, aunque tuviera que excusarse hasta donde hiciera falta, parecía resignado a ser inflexible.

—El caso de Debrel lo teníamos previsto —dijo Francis (¿ah sí?, pensó Ígur, eso sí que es interesante)—, y hemos preparado un documento de cesión provisional de depósitos, naturalmente con sanción acumulativa de intereses; si os parece correcto... —Alargó un pliego al Secretario de la Agonía.

—Muy bien —dijo el otro después de una ojeada—, por este lado no hay problema. Pero en el caso de Silamo Aumdi —consultó otra hoja—, nos consta que trabaja en un Subdepartamento de la Secretaría de Relaciones con los Príncipes de la Hegemonía, por lo tanto es perfectamente asequible. ¿Puedo saber por qué no está aquí?

Francis dirigió una mirada furiosa a Ígur, quien se vio perdido.

—Tal vez el Caballero ignoraba los requisitos legales de la Entrada... —apuntó uno de los ayudantes del Secretario de la Agonía.

—Tal negligencia es inconcebible —protestó el Secretario—. No quiero ni pensar que exista una deliberada distracción de beneficiarios —Francis se revolvía en la silla—, porque en ese caso...

—Supongo que sois consciente de la gravedad de la insinuación —interrumpió Arktofilax—. Acabáis de endilgar la más mezquina de las acciones a un Caballero de la Capilla del Emperador, y si no tenéis pruebas —hizo una pausa para dar tiempo al otro a abrir los brazos con incertidumbre—, exijo una inmediata rectificación —el Secretario asintió—, y que encontréis remedio al callejón sin salida a que vuestra miopía ante el sentido de los contratos nos ha llevado.

—Quizá el ilustre Secretario del Príncipe Epónimo podría extender un documento parecido al que afecta al geómetra Debrel —dijo el ayudante del Secretario de la Agonía—, porque si la Entrada es el día veintiuno, el calendario del Laberinto no permite volvernos a reunir para firmar con el señor Aumdi.

—No veo inconveniente —dijo Francis, aliviado pero aún contrariado, y se volvió a su asistente—: Haced el favor de redactarlo con las condiciones que os indicará el señor Secretario.

Ígur se maldecía por una torpeza tan estúpida, y miró a Arktofilax con respeto, sin saber si admirar la energía y la contundencia o conmoverse por la nobleza y la confianza, que atribuía a la ingenuidad acumulada en forma de olvido tras tantos años alejado de la gente y, sobre todo, de la Administración, donde, de todas formas, aunque fuera, como los cretinos y los poderosos, a hachazo limpio, salía espléndidamente bien librado. Mientras tanto, el funcionario preparó el documento, y el Secretario de la Agonía exigió el aval de Francis y Arktofilax y que venciera a los quince días como cédula provisional, al término de los cuales Francis y Silamo Aumdi transferirían los poderes a la definitiva.

Un cuarto de hora después, disipadas susceptibilidades por lo menos aparentemente, se reencontraron los signatarios con el Jefe de Protocolo y el Jefe de Recepción en el vernissage anunciado. Ígur podía respirar la rareza del esfuerzo por ser amables de personas enfrentadas a la más absoluta desmotivación afectiva, por lo que intentó acelerar la partida, pero Arktofilax se lo tomaba con la mayor calma, y Francis parecía que se complaciera en prolongar la exhibición de su Caballero transgresor y excusado, sin que Ígur supiera si pretendía acabar de humillarlo o hacer ostentación de poder delante de los funcionarios del Laberinto.

Finalmente, ya al mediodía, y con una informalidad nada alejada de los rigores protocolarios, se despidieron, y Arktofilax e Ígur se fueron a comer.

Hacia los postres, Ígur estaba conmovido por el desprendimiento que Arktofilax mostraba respecto a ciertas cosas de la vida, que a él le parecía más propio de un adolescente que de un hombre más que maduro, y empezó a preocuparle si su compañero de Entrada al Laberinto se encontraría en posesión de toda su experiencia y en condiciones de afrontar imprevistos; y, sin embargo, cuando convenía sabía manifestar un carácter extraordinariamente eficaz y expeditivo. Resolvió salir de dudas, en parte también, aunque le hubiera costado reconocerlo, empujado por un sentimiento de afecto que, de tan rápido como había nacido, cada vez que lo descubría le sorprendía.

—Debo confesaros una cosa —dijo, armándose de valor—: yo sabía que necesitábamos la firma de Silamo en las cédulas de los derechos, y lo pasé deliberadamente por alto pensando que, como la entrada al Atrio no fue oficial, no aparecería consignada.

Al principio de la explicación, Arktofilax ya lo miraba con ironía.

—Puedes estar tranquilo, no me chupo el dedo; antes de que aquella banda de buitres abriese la boca, ya sabía por dónde iban a salir. Pero tampoco te engañes tú, comprende que era la única manera de mantener una postura de fuerza para no caer en sus manos. —Soltó un suspiro humorístico—. ¡Es duro tener que tratar con pigmeos habiendo conocido los tiempos de los gigantes!

Ígur se sintió en ridículo.

—¿No ha sido contraproducente reprocharles un exceso de fijación ante la letra de los contratos?

—Al contrario, les ha permitido autoafirmarse y creer que nos perdonan la vida. Esta noche dormirán tan felices como nosotros; no hay nada peor que un asno que cree que tiene ideas propias.

Ígur evocó la respuesta del Secretario del Laberinto ante la actitud de Arktofilax, y la de Francis, y le recordaron una de las sentencias de Omolpus: se puede medir el resplandor propio de alguien por el miedo que da a los imbéciles.

—Me llama la atención —dijo, después de una digresión— la relevancia de la Apotropía General de Juegos en la letra que hemos firmado.

—Es un residuo burocrático, y a la vez una cuestión de método. Al margen del hecho de que, por razones que ya debes conocer, la Apotropía de Juegos es propietaria de más de medio Imperio, en origen la Agonía de los Laberintos dependía del Apótropro de Juegos, hasta que hubo un conflicto de competencias durante los trámites previos de la Entrada a Eraji. Después de arduas negociaciones, se llegó a una solución de compromiso: el Agon de Laberintos (ahora es el Agon del Laberinto, y francamente me gustaría saber qué será si lo conseguimos) se independizaba administrativamente, pero sin adquirir rango de Apótropro, condición impuesta por los de Juegos para no verse disminuidos en el Consejo General de la Hegemonía. Pero la dependencia continúa de hecho en el aspecto técnico, porque el espíritu y los mecanismos, tanto iconográficos como tecnológicos, de los Laberintos son los mismos que los de los Juegos Imperiales.

—De ahí la insistencia de Debrel en que me familiarizara con ello. Pero no acabo de ver qué reglas de Juego podemos encontrar dentro del Laberinto.

Arktofilax esperaba la pregunta.

—Ahora es imposible saberlo. Pero de lo que sí te puedo hablar es de la base formal que los inspira a todos; la disciplina concreta es la que hoy conocemos como topografía de la cooperación, cuyos parámetros cualitativos son, como muy bien sabes, la conjetura, el ataque, la bondad y la penalización, todos ellos bajo la medida de la transregla, que es el mapa epistemológico que rige todas las situaciones posibles provenientes de alteraciones de las reglas, con las correspondientes interacciones. De ahí deriva la matriz de estrategias y el metajuego, regido por el metadelito y el

control secundario, a partir del que se edifica la pirámide de controles, o enesemitud de metacontroles. Cuantitativamente, todo ello se rige por la escala de seguimiento de reglas, que durante un tiempo, hasta que cayó en desgracia, como debes saber, se llamaba Escala de Debreel en honor a su inventor, ¿no te lo contó? No me extraña, no debe gustarle demasiado evocar aquella época. Debreel era el más grande de los topólogos de cooperación de la Apotropía de Juegos, a la vez que se ganaba la vida como Consultor del Anamnesor, y fue él quien estableció, entre muchas otras cosas, las leyes de acuerdo con las reglas, que van en escala del cero al doce, desde la cooperación total o vinculación de sustancia, correspondiente al doce, al triunfo con destrucción del enemigo, al que dio el factor cero coma uno después de demostrar que la figura cero no es posible. A partir, sin embargo, de cero coma uno, se asciende a la incompatibilidad, el enfrentamiento terciario, correspondiente al uno coma cinco, o triunfo sujeto a reglas con un cierto grado de transgresividad que lo llevan hasta el factor tres, a partir del cual se entra en el enfrentamiento con reglas para la conservación del adversario, a los factores del cuatro al cinco correspondientes a los diversos grados de recuperación de las partes derrotadas, mediatizados por las correspondientes posibles transgresiones de las reglas, hasta el factor seis, fluctuando entre la indiferencia y la evitación, a partir del cual los factores rigen la asociación más que el enfrentamiento, siempre con una consideración aparte por el interesantísimo fenómeno de la traición, metamediatizado a la vez por una segunda escala de factores correspondiente a la conciencia (otros prefieren llamarlo azar, otros voluntad; con una ligera corrección de escala, el resultado es el mismo). Hasta el factor ocho se llega a través de diversos grados de tolerancia, y a partir del ocho y medio encontramos la cooperación, de la que forman parte la participación en las ganancias y los reaseguros, tanto positivos como negativos (me han dicho que últimamente los negativos están en alza). Para acabar la escala, entramos en el diez, donde se trata de convertir al adversario en cliente, por ejemplo, y del once al doce navegamos por complicados problemas de identidad, de identificación y, finalmente, de desdoblamiento de personalidad; como ves, no todo se acaba en la vinculación total, y por eso Debreel, un humanista cínico que no quiso dar a los burócratas el gusto del factor cero, sí estableció en cambio el doce para burlarse de los que creen que pueden jugar ellos solos, por no decir contra ellos mismos. Eso generó una discusión conceptual sin fondo: ¿qué factor hay que atribuir a quien practica en solitario un Juego con posibilidades de autodestrucción? Hubo quien inventó una segunda escala negativa, otros una metaescala de N dimensiones, pero al final la más práctica, la que ha terminado por imponerse, ha sido la de Debreel.

—¿Todo eso qué relación tiene con el Laberinto?

—La factorialidad es la base del Laberinto, el espíritu de su Ley. Por cierto, ¿la has leído?

—Claro que sí —dijo Ígur, deseando que no quisiera comprobarlo—. Me parece entender que la factorialidad exige un sistema cerrado. En el Laberinto parece posible, hasta cierto punto; pero ¿y en la realidad?

—La factorialidad es, justamente, una herramienta para entender el mundo. Los casos extremos, no de la Escala de Debreil, sino de su aplicación, pertenecen a la metafísica, o, si lo prefieres, a la conceptualización del lenguaje. Si el hecho de que nuestra visión de la realidad esté tamizada por el lenguaje y por lo tanto sea, en cierta manera, una forma de trascendencia, quiere decir que el lenguaje es, por contra, immanente a la realidad, puede conciliar las escuelas, o por lo menos darles tema de discusión, pero no nos hace más asequibles los casos límite. ¿Cuáles son los extremos del Juego? Por abajo, aquel en el que la ley global, o la regla básica, sea una autorreferencia negativa: ése es el Juego imposible.

Por arriba, el Juego en el que no exista manera de hacer trampas, así como no hay quien pueda hacerle a la naturaleza nada que no sea natural. Los geómetras han construido diversos conjuntos de reglas que hacen posible esa condición, pero resultan Juegos excesivamente complejos, y tan desprovistos de alicientes emocionales vulgares que los vuelve inasequibles para la mayoría, y tan sólo interesantes para los teóricos y los fanáticos. Lo único que, formalmente, se puede factorializar en la escala de Debreil es lo que se llama el Juego Total, que, como puedes imaginar, es la ausencia de Juego, que incluye cualquier Juego parcial y coincide, por lo tanto, con el mundo perceptible.

Ígur creyó más conveniente no insistir con el Laberinto.

—La factorialidad es también la base de la justicia, si no me equivoco —dijo.

—Ésa es una vieja historia —dijo Arktofilax—. Hubo un momento en que no tan sólo la materia punible tipificada no se correspondía de forma biunívoca a la moralmente considerada indeseable con criterios, si se quiere, dudosamente objetivos, en cualquier caso lo más objetivos posibles, sino que la amplitud de los dos bloques de elementos y la sinuosidad y naturaleza maleable de la franja que queda en medio obligó a una reestructuración del sistema, y es ahí donde entran los Juegos, en concreto el concepto de factorialidad de colaboración. Por ejemplo, pongamos por caso que eres el encargado de resolver un determinado problema delictivo y has descubierto algunos culpables. Podrías detenerlos, pero tienes indicios de que no se trata de los principales responsables, y los dejas seguir sin perderlos de vista hasta que te conducen a los peces gordos. Hasta ahí, el procedimiento clásico. Imagina que llegas hasta arriba del todo, suponiendo que eso sea posible, que no lo es, por lo menos en un grado de exigencia moralmente aceptable. ¿Qué haces, los detienes? Imagina que tienes poder para hacerlo, que puedes darles un escarmiento público y convertirte en un héroe; ¿lo harás?

—Si eso se traduce en un bien público apreciable.

—Y, sin embargo, es muy posible que eso te llevara a uno de los errores más comunes. No sé si has pensado en la diferencia de modelos de cooperación que existe entre el de un sistema en el que, cuando preguntas, presupones que te dirán la verdad, y, por lo tanto, si te mienten lo aprecias como una peculiaridad, y el de otro en que estás obligado a suponer que no te la dirán, y, por lo tanto, que lo hagan o no lo aprecias en el marco de la mera factorialización de la certeza. Una vez más, la norma de comportamiento te la proporciona el Juego, que es una de las pocas disciplinas que te permite tratar un fenómeno como un conjunto verdaderamente cuantificable sin categorías de valor. Lo importante es la estrategia, no pensar en la obtención del factor puntualmente favorable, eso es lo que hace el burro que corre detrás de la zanahoria, sino en lo que tiene que conducirte al éxito final, prescindiendo de las bondades aparentes inmediatas, y con los sacrificios parciales que sean precisos. En algunos casos es fácil de distinguir, hasta es elemental, por ejemplo, apostar a la carta más alta, o en el póquer mismo, donde todo el mundo sabe que no gana quien tiene mejores cartas, sino quien mejor las juega, pero en otros, sobre todo cuando tú mismo eres una pieza del Juego, puede ser más complicado.

—Cuando tú mismo eres una pieza del Juego, pocas metaestrategias te harán ir contra ti —dijo Ígur.

—No lo creas. Es cierto que, por más que la naturaleza humana sea proclive a la multiplicidad del Juego, el movimiento que va en contra del sujeto no lo hace nadie, salvo el suicida, pero muchas veces lo que a pequeña escala parece un perjuicio no es más que un peldaño para obtener un mayor beneficio futuro. Por ejemplo, ante una confrontación cerrada, la única manera segura de ganar es apostar contra ti, porque nunca sabrás con seguridad si en la confrontación vencerás, pero tienes en cambio la certeza de que, si quieres, puedes ser derrotado y, por tanto, ganar la apuesta. Todos vivimos apoyándonos en lo que nos es favorable.

—¿Y en el caso a que nos referíamos antes?

—Ahí es donde aparece por primera vez la factorialidad, a cuantificar los siguientes elementos: primero, el coste de la operación, estratificado temporalmente paso a paso, y la evaluación de costes en el futuro, incluidos los judiciales, por lo tanto los lúdicos; segundo, las posibilidades de estrategias a favor o en contra tuya de terceras fuerzas, dicho de otra forma, la posibilidad de aparición de factores externos que desequilibren el primer cálculo.

—¿Cómo se puede evaluar? Es imposible prever todos los factores que intervienen en una operación tan compleja.

—No es una cuestión tan metafísica como llegar arriba de todo de una jerarquía, siempre puedes jugar con aproximaciones hasta un porcentaje de imprevisión aceptable; te lo proporciona la propia mecánica factorial. Prosigamos: el tercer grupo de elementos por cuantificar, suponiendo que consigas desarticular a los individuos

objeto del problema, son las condiciones en que tal problema se reproducirá gestionado por otros individuos que tú no conoces, porque la estadística demuestra que todo fenómeno ilegal de generación espontánea es producto de una malformación social o histórica profunda y, por tanto, muy difícilmente cuantificable y, en cualquier caso, absolutamente fuera de tu alcance, y, aunque elimines a los individuos, el problema se reproducirá enquistado en otro lugar en condiciones equivalentes. Por lo tanto, volverás a estar en el punto de partida, con el inconveniente de que habrás creado un precedente en tu persona y te habrás convertido en la bestia a batir, al margen de que el nuevo grupo tendrá la experiencia de lo que haya pasado con el anterior. ¿Cuál es la solución? La factorialidad te la da: actuar, si las condiciones de reproducción son lo bastante lentas y difíciles como para tener un tiempo aceptable de tranquilidad, o dejarlo correr, en caso contrario; éstos son los casos extremos, y realmente los más interesantes; normalmente, la cuantificación factorial conduce de nuevo a soluciones clásicas: una vez en lo alto de la organización, pactar con la plana mayor, operación que por lo menos te asegura dos cosas: que no habrá expansiones que tú no conozcas, y que, con esas reglas encima de la mesa, no se hará ningún movimiento contra ti, lo que introduce, por cierto, el concepto de Juego Continuo. Fíjate que todo lo que te digo es válido tanto para influir en una organización desde la Administración (observa que digo Administración, no Imperio), como al revés: las altas instancias del Imperio no tan sólo son abordables también a través de las normas del Juego, sino que son las más especialmente sensibles, y no hay regla de protección que un especialista invente que otro no sepa contrarrestar. Si no puedes evitar el mal, contrólalo, y si te repugna participar, dedica al bien de la humanidad el beneficio material que obtengas, no serás el primero: el noventa por ciento de la caridad del Imperio proviene de las cloacas, eso lo sabe todo el mundo. Si eres un payaso moral tan duro de pelar que a pesar de todo lo que has tenido que presenciar para llegar tan lejos no te place la solución, aún te quedan dos alternativas: primera, el metacontrol; pero para ejercerlo con eficacia hay que tener mucho poder, de hecho, al margen de los Príncipes en su terreno, sólo metacontrolan el Hegémono, el Apótropro de la Capilla y los Equémitores; el problema del metacontrol es la facilidad con que se pierde de vista el campo. La solución a que ha llevado la práctica es que el metacontrol forme parte del campo, y entonces se genera automáticamente un meta-metacontrol, una dimensión más de Juego Continuo. —Respiró hondo—. Al final, si no eres un maestro consumado resulta difícil no confundir los términos.

—Llega un momento —dijo Ígur— en que la confusión es total.

—Es decir, el control es total —rieron.

—¿Y la segunda alternativa?

—Introducir ineficacia y desorden dentro de la organización —dijo Arktofilax— y, si estás dispuesto a jugarle el tipo, con muchas posibilidades de dejártelo en el

intento, fomentar la insidia y el enfrentamiento entre los sectores inmediatamente inferiores al jefe supremo, principalmente entre los aspirantes a sucederlo. Te dejarás el cuello seguro, y quizá sea lo mejor para ti, pero si lo haces bien arrastrarás contigo a unos cuantos de los gordos.

—Enfrentar sectores puede conducir a una guerra abierta, y no sé si eso es más controlable que las situaciones latentes.

—Controlable quizá no, pero sí metacontrolable. En cualquier caso, es perfecto para eliminar al sector que te convenga, siempre que tengas acceso a sus recursos, y la medida también te la da la factorialidad. Desarmar grupos beligerantes es, por principio, equívoco y susceptible de maquinación y, por bien que un único mando controle la operación para asegurar la sincronía, siempre puede haber un agente intermedio sobornado o amenazado, o jugador, o infiltrado de otra causa, o simplemente, y eso es lo más probable, incompetente, que retrase la última acta de bloqueo de la concesión, con lo que uno de los bandos dedicará el último envío a liquidar a un enemigo desarmado.

Ígur tuvo una idea repentina.

—A pesar de lo que habéis dicho, veo que, por una cuestión de recursos, la sistematización se plantea a favor del sistema.

Arktofilax esbozó un gesto despectivo.

—¿Cuándo, en toda la historia, has oído hablar de una sistematización de estructuras administrativas en contra de un Imperio?

—Me refiero —insistió Ígur, un poco incómodo—, a que en realidad nosotros jugamos abiertamente a favor del sistema.

—Si lo crees así... —la expresión de Arktofilax se suavizó—. Hace doscientos años, por sus ideas perseguían a filósofos y científicos, hace cien ya sólo perseguían a los políticos disidentes, y hoy únicamente a los beligerantes activos que representan un factor de desorden público muy pernicioso y concreto. ¿Los ideólogos? Tanto da, que digan lo que quieran, quedarán ahogados dentro de un océano de falsa información, de material de historia y pensamiento que nadie sabrá si es falso o no, y a nadie le importará, quedarán confundidos entre los histriones del gesto tópico como un tópico más, como una caricatura de la discrepancia, ineficaces, hasta que no se sepa qué va a favor y qué contra el sistema, porque se habrán desdibujado del todo los límites entre dentro y fuera del sistema, si desde tu punto de vista te ves capaz de distinguirlo claramente del Imperio.

—Me extraña —dijo Ígur— que con vuestra visión de la vida no hayáis intentado hacer algo para ayudar a los demás.

Arktofilax lo miró con detenimiento, e Ígur se dio cuenta de la futilidad de la observación. ¿Qué había hecho el Magisterpraedi en todos esos años en que la opinión pública lo tomaba por desaparecido?

—No me aparté de odiar a los poderosos para dejar de despreciar a los mediocres.

Ígur consideró más seriamente que nunca la posibilidad, que se le había ocurrido desde el primer momento, de que Arktofilax le estuviera poniendo a prueba, y quizá tomándole el pelo. Siempre había creído que el radicalismo era producto del estrato central de la sociedad, del más conservador, bienpensante y en apariencia contemporizador, como los padres que, sin abandonar las formas, de hecho promueven el atolondramiento que ya de pequeños han inspirado en los hijos, aunque de puertas para fuera lo censuren, y oír a ese hombre, que lo había tenido todo en la vida, hablar como un adolescente que tiene que gritar para que se le oiga, abría inciertas posibilidades de motivaciones y actitudes. ¡Qué lejos Arktofilax del clásico raquíptico mental, idealista ayer, prostituido hoy, que tiene que inventar a cada paso mecanismos de defensa para no odiarse en la abdicación, para concordar su vida de hoy con los propósitos de antes y presentar el cambio como la lógica evolución de la inteligencia!

Tres horas después habían repasado gran parte de los estamentos y las mecánicas del Imperio bajo el prisma de los Juegos y, por tanto, del Laberinto, e Ígur tenía más curiosidad que nunca por saber qué problemas concretos les esperaban en su interior.

Después de tres días de intensa preparación de la Entrada al Laberinto, el jueves diecinueve de Abril a primera hora de la mañana Ígur fue a la Apotropía de la Capilla, donde iba a celebrarse el Combate de Acceso entre Lamborga y Milana. Nada más llegar le esperaba una sorpresa, porque cuando le pidió al Jefe de Protocolo que le había recibido que le acompañase a la Cámara donde se preparaba Lamborga, el funcionario le dijo que el procedimiento del Acceso había sido detenido, y que el Caballero Decano de la Capilla lo esperaba en el despacho. Ígur se encogió de hombros y se dejó acompañar. Allí Maraís Vega lo recibió acompañado por Per Allenair y por otro Caballero de unos treinta años y la cara llena de cicatrices, y una figura tan imponente como la de los otros, que le fue presentado con el nombre de Gudolf Berkin.

—Querido Caballero Neblí —dijo Vega con una fría suavidad nada untuosa—, siento mucho tener que interrumpir el procedimiento, pero ha aparecido una cuestión sobre la que necesitamos imprescindiblemente tu aclaración, que no dudo será del todo satisfactoria.

—Estoy a vuestra disposición —dijo Ígur, completamente desorientado; Allenair lo miraba con una altivez tan distante y severa como si estuviera ante el enemigo más execrable.

—Se trata —prosiguió Vega— de la forma en que fue eliminado el Caballero Meneci en la Playa de Reibes —Ígur mudó la expresión, y Vega abrió una mano—. Parece ser que no hay testigos directos.

—Si no lo entendí mal —dijo Ígur intentando sofocar la indignación—, el Código

de la Capilla incluye el beneficio del honor en un Combate entre Caballeros, precisamente por encima de cualquier testigo presencial; ¿o es que tengo que demostrar la inocencia antes de ver una prueba de que soy culpable?

—No se trata solamente de eso —intervino Berkin, a quien Ígur supuso de alguna forma vinculado a Meneci—; abandonar a un adversario herido no son precisamente laureles para el honor de un Fidai.

Ígur miró a Allenair, que no le quitaba de encima unos ojos impasibles.

—¿El Caballero Meneci ha sobrevivido? —dijo—. Entonces, ya que su honor no debe estar en entredicho, le podéis preguntar a él por la rectitud del Combate.

—Eso no viene al caso —insistió Berkin—. Comprenderéis que, dados vuestros antecedentes... insultos en público a un alto dignatario del Imperio, uso fraudulento de la Séptima Demeterina, intento de estafa en la distribución de beneficios de la Entrada al Laberinto...

Hizo un silencio que reclamaba respuesta; Ígur se maravilló de cómo había trascendido enseguida el incidente sobre la participación de Silamo, y se preguntó quién lo habría filtrado.

—¿Así pues qué queréis? —preguntó, mirando a Allenair, cuyo mutismo le inquietaba más que todas las sacudidas verbales de los demás.

—Vuestra palabra de que de ahora en adelante actuaréis con la integridad modélica de un Fidai —dijo Vega con una mansedumbre que contrastaba con la dureza de fondo de sus palabras.

—La tenéis ahora mismo y hasta sus últimas consecuencias —dijo Ígur.

—Sé que es así —dijo Vega sonriente—, y sé, además, que aunque quisierais no podría ser de otra forma, ahora que tenéis la compañía y el magisterio del Magisterpraedi Arktofilax. Por cierto, los componentes de la Capilla del Emperador me han encargado que os pida le transmitáis la invitación formal para visitar esta casa que nunca ha dejado de ser la suya.

—Lo haré con mucho gusto —dijo, aliviado—. ¿Por qué no lo invitáis formalmente por la vía del sello?

—Sabéis muy bien —se adelantó Vega al exabrupto de Berkin— que el sello de un Magisterpraedi tiene el acceso barrado, y con él sólo se pueden comunicar directamente el Apótrofo y el Emperador. —Fue hacia la puerta, y los demás lo siguieron—. Celebro que todo se haya arreglado —la cara de Berkin y Allenair era de no haber tenido suficiente, pero no se atrevieron a contradecir al Decano—; ahora podéis asistir al Caballero Lamborga hasta el momento de la ceremonia.

Y sin más explicaciones, el Jefe de Protocolo lo llevó a la salita de siempre, donde Lamborga se preparaba para el Combate.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuál es el problema? —le dijo nada más llegar.

—No te preocupes, todo está en orden —dijo Ígur.

Lamborga lo miró levantando la vista desde la silla, con una sonrisa confiada; ¿o tal vez fuera desconfiada?

—Pero ¿qué pasaba?

Ígur revisó las armas como si fuera él quien iba a combatir; dejó la espada en equilibrio con el centro de gravedad en su mano abierta.

—¿Estás en buenas condiciones? —Lamborga esbozó un gesto de evidencia—. Ya veo que te has recuperado, pero ¿estás en plena forma? Quiero decir si te has entrenado. ¿Seguro que has trabajado los reflejos y la fuerza?

Lamborga se echó a reír.

—Claro que sí. Me gusta que te preocupes tanto por mí. Ya sé que tienes un doble interés por que gane.

Ígur se vio obligado a justificarse.

—No tengo ningún doble interés, sino uno bien sencillo: quiero que mi amigo, que eres tú, entre en la Capilla; que Milana desaparezca es cuestión de tiempo; en todo caso, es pura urgencia. Suponiendo que tú —habló más lentamente y recalcando—, que es mucho suponer, y yo estoy convencido de que no será así, pero en fin, suponiendo que tú no te lo cargues ahora, puedes poner la mano en el fuego que antes de dos días me lo cargo yo.

Rieron.

—Esperemos que te ahorres la molestia.

El Ayudante de Protocolo lo fue a buscar, y con el ritual que Ígur ya se sabía de memoria fueron a la Sala de Juicios; parecía que el Combate de Mongrius hubiera tenido lugar hacía dos días, pero que del suyo propio hiciese tres años. Ocupó su puesto, y esa vez la Capilla estaba a rebosar, por lo que Ígur dedujo, con una sombra de celos, que el objeto del interés del público continuaba siendo Lamborga.

—¿De verdad te encuentras bien del todo? —insistió.

—Sí, ya te lo he dicho. Y si no, ya es tarde para echarse atrás.

Ígur siguió a Milana con la mirada. Sus propias dudas participaban de una angustia indefinida. El Juez esperó a que los contrincantes se situaran, y empezó el discurso.

—La vida presenta al mismo sol hojas diferentes de idéntica apariencia, cada cual es en su sitio y ese instante la antonomasia y el paradigma de la hoja. Pero la hoja cae y aparece otra, que también debe caer, y que la única dimensión trágica que le quepa sea no saberlo no es un pleonasma sino una bendición. ¡Ay, Caballeros, buenos Caballeros, de la hoja arrancada verde del árbol! —Levantó los brazos—. Desde mi Poniente me dirijo al Este, y a mi escudo el Caballero azul Sari Milana, a mi lanza el Caballero lila Kuvinur Lamborga. Excepcionalmente, la vida dispondrá hoy de un solo determinio, y el vencedor, de todas las prerrogativas. —Ígur sufrió un sobresalto; la alteración de las normas habituales acostumbra responder a una razón concreta, y

la de ésa se le escapaba—. Corresponde la ofensiva al Caballero azul. —Y cuando ambos estuvieron en sus puestos, levantó la voz—. ¡Que ya empiece a ser lo que tiene que ser!

Los contrincantes se saludaron y se situaron en la segunda planta; Ígur quería encontrar más elegante y bien plantada la figura de Lamborga, y siguió los movimientos de Milana como si su mirada pudiera entorpecerlos. Después de tres toques de espada por el exterior, Lamborga ofrecía punto por la postura del arma, y cuando Milana lo acometió en estocada simple, se defendió desviando y, en el tiempo de equilibrar el cuerpo hacia atrás, cargando sobre la pierna izquierda, la mano uñas arriba, el cuerpo y los pies triangulados; retomaron la posición de defensa e Ígur respiró tranquilo, porque le pareció que Lamborga respondía bien, y además ahora la ofensiva era libre. Pero pocos segundos después de situada la postura, Milana la mejoró pasando a su medio proporcional sin desunir el arma, y por la parte de fuera y con toda la fuerza operante tiró una estocada de cuarta parte del círculo, con un movimiento accidental, corriendo el atajo hasta ejecutar la herida en la diametral del pecho; la sacudida estremeció a Lamborga y lo lanzó hacia atrás a la vez que Milana retiraba el arma. Ígur dio un salto y se precipitó a la plataforma; Milana se apartó, pero su Padrino se dirigió al Juez.

—El determinio de la vida no se ha acabado —protestó.

Ígur se inclinó sobre el cuerpo encogido de Lamborga, que respiraba con dificultad.

—¿Cómo estás, amigo mío? —Le puso la mano en la herida; la sangre le brotó entre los dedos, y levantó la vista hacia el Juez—. Señor, el Caballero necesita ayuda urgente.

—El vencedor dispone de todas las prerrogativas —insistió el Padrino de Milana.

El Juez subió al estrado y puso la mano en la cabeza de Lamborga, que cargó inánime; Ígur lo sostuvo, y el Juez se levantó.

—El vencedor —anunció— ha ejecutado su prerrogativa, y la vida ha acabado el determinio.

Dos enfermeros fueron hasta donde Ígur intentaba desesperadamente hacer reaccionar a Lamborga, y lo apartaron con cortesía. Tumbaron al herido en una camilla y se lo llevaron, e Ígur, pasando de la tradición de bienvenida al vencedor, los siguió hasta la enfermería de la Capilla.

—Me temo que se pueda hacer poco por el Caballero —dijo uno de ellos.

—¿Qué queréis decir? —se resistió Ígur.

En la enfermería colocaron sensores en la cabeza y el pecho del herido.

—El Caballero está muerto.

Ígur sintió unas tenazas heladas por todo el cuerpo.

—¡Tenéis que hacer algo! —dijo, ofuscado de dolor.

—Lo siento. El arma le ha atravesado el corazón.

Ígur se sentó en una silla junto a la puerta, un poco apartado, y completamente aturdido contempló cómo los empleados preparaban el cuerpo de su amigo para el traslado. Se dio cuenta de que, por más que hubiera considerado la posibilidad, el desenlace del Juicio de Acceso le pillaba desprevenido, y se lanzó a un vertiginoso precipicio de autorreproches: por qué no se había ocupado personalmente de la preparación de Lamborga para el Combate, por qué, por lo menos, no se había asegurado de que se encontraba bien antes de permitir que se presentara, por qué había descuidado tan brutalmente sus deberes de Padrino de Acceso, qué Laberinto valía la muerte de una de las pocas personas que le había fiado verdad y nobleza.

Lo sacó de tan desesperadas cavilaciones la llegada de Maraís Vega, del Secretario de la Capilla, del Juez, de Milana y su Padrino. Vega, que llevaba la voz cantante, interrogó a los empleados, que le proporcionaron en voz baja una breve explicación. Ígur lanzó a Milana una mirada de odio; ¿para que acabara en sus manos le había perdonado la vida a Lamborga?

—Caballero, lo siento mucho —dijo Vega a Ígur con gravedad, y él miró a los ojos al resto de la comitiva; todos tenían un aire circunspecto, salvo Milana, en quien sorprendió el esbozo de una sonrisa de desprecio y complacencia.

Ígur se le enfrentó.

—¿Estás satisfecho? Supongo que ya lo sabías. ¿Qué tanto por cien te daba el Cuantificador?

—¿Crees que lo he matado yo solo? —espetó Milana, violento como un descargador.

—Por favor. Caballeros, no volvamos a empezar —dijo el Secretario de la Capilla.

—En primer lugar —continuó Milana—, lo he matado legalmente; y, si tanto te gusta buscar causas remotas, puedes pensar que lo he matado con tu colaboración; fuiste tú el primero que lo hirió. ¿Es eso lo que querías que te dijera?

—Caballero Milana, os exijo que respetéis la presencia de un muerto —dijo el Secretario.

Ígur era consciente de que estaban todos pendientes de él, y procuró evitar la transposición de la tristeza por Lamborga hacia el odio a Milana, pero se le entremezcló el recuerdo de sus palabras del otro día.

—Quiero que sepas que seré yo quien no te perderá de vista, y a la primera ocasión te enseñaré lo que es un Combate entre Caballeros.

—Caballero Neblí, doy eso por no oído —protestó el Secretario.

—¡Si al menos supiéramos qué te enfurece tanto! ¡Como si tú hubieras llegado hasta aquí con las manos limpias! ¿Dónde está Galatrai? ¿Dónde está Meneci? ¿Dónde está Debrel? —Ígur notó que todos estaban más pendientes de él que nunca.

¿Qué podía decir de Debrel? ¿Confesar una desobediencia? Calló, maldiciendo la indecisión y la cobardía que acababan de poner un arma más en manos de Milana, quien prosiguió, envalentonado—. ¿Quieres creer que tú perdonaste a Lamborga y hoy lo he matado yo? Engaña te si quieres, nunca aprenderás. Tú no perdonaste a Lamborga, el Imperio te lo exigió, y hoy me ha exigido a mí que lo matara.

Ígur estalló.

—Te juro que el día que nos encontremos a solas cara a cara, con Imperio o sin Imperio, te mandaré al otro barrio con un placer de dioses.

—¡Con Imperio o sin Imperio! —lo escarneció—. ¡Caballero, sois un sacrilego! ¿Qué dirán los próceres de la Capilla?

—¡Basta, Caballeros! —dijo Vega, pero Ígur tenía que acabar de soltar lo que le reconcomía por dentro.

—Y entérate de que será en honor de Omolpus, y en honor de Lamborga. Sólo me duele no poder matarte dos veces.

—Caballeros —dijo Vega en un tono cortante que Ígur no le había oído nunca—, acabáis de pasar por encima de las normas más elementales de la dignidad, la cortesía y el buen gusto. El dolor y la excitación del momento no son excusa para vosotros, porque precisamente un Caballero de Capilla se distingue por saber dominar las pasiones. Me reservo la prerrogativa de abriros expediente, y sabed que, en el caso improbable de que decida no hacerlo, no será porque no lo considere justo o conveniente, sino por intentar olvidar la vergüenza que me han producido estos minutos en vuestra compañía.

Durante unos instantes contempló en silencio la faz de Lamborga, que empezaba a verse tocada por la severidad de la muerte, y salió sin mirar a nadie.

Ígur quiso acompañar el cuerpo del amigo, y esperó a que se lo llevaran. Ya en la salida, Milana aun estaba allí, y desde el transporte se dirigió a Ígur.

—¡Esta noche, siguiendo las tradiciones —dijo, gritando para hacerse oír a distancia—, tenemos celebración en el Palacio Lodeia! ¡Te espero!

—Y soltó una carcajada salvaje.

Ígur olvidó la presencia del ataúd, y por encima del mismo lanzó con todas sus fuerzas el gesto más obscuro de la tradición.

Después de participar en la preparación del funeral de Lamborga, Ígur se puso en contacto con Arktofilax para transmitirle la petición del Decano de la Capilla. El Magisterpraedi quiso saber cómo había ido el Combate y qué había pasado después, e Ígur se lo explicó sin omitir detalle, ni tan siquiera los que no le dejaban en muy buen lugar. Arktofilax parecía estar por encima del bien y del mal, porque no hizo ningún aspaviento.

—Visitar la Capilla no me apetece demasiado —dijo al final—. Creo que la proximidad de la Entrada al Laberinto es una buena excusa para darles largas.

—¿Vendréis al funeral por Lamborga? —preguntó Ígur.

—Como Magisterpraedi estoy dispensado —miró a lo lejos—; el Áurea Milénica me sabrá perdonar. ¡He visto tantos entierros!

—Lo comprendo —dijo Ígur por cortesía, pensando hasta qué punto le habría gustado librarse él también.

—Por cierto, mañana por la noche nos han preparado una fiesta de despedida en el Palacio Conti.

—Creo que el luto por un padrinazgo me dispensa de ir —dijo Ígur, y Arktofilax sonrió.

—Tienes un excelente sentido del humor. En combinación con unos buenos nervios te convertirá en un adversario temible. —Cambió de tono—. La fiesta empieza a las nueve. Creo que hay un apartado especialmente dedicado a ti.

—Muy bien.

Pasaron revista a las últimas cuestiones prácticas; las más difíciles, los presupuestos, estaban listos.

—¿Crees que podrás resistir hasta pasado mañana sin tiraros de los pelos tú y Milana? —le preguntó finalmente. Ígur comprendió que vista desde fuera su ira resultaba más bien ridícula.

—Lo procuraré —dijo, fingiendo susceptibilidad herida.

El funeral por los Caballeros muertos en el Acceso a la Capilla seguía una ceremonia prácticamente idéntica a la de los Caballeros de Capilla con todos los derechos, con las únicas diferencias en alguna fórmula ritual de las actas y en el archivo del sello. El Cementerio de la Capilla estaba a poniente de la Falera, en el interior de un edificio no especialmente significativo. A través de un pasillo iluminado por una línea de antorchas próxima al techo, de tres metros de ancho, nueve de alto y veintisiete de largo, un marco sin puerta daba paso a un espacio cuadrado de tres por tres, flanqueado por dos escaleras idénticas enfrentadas a cada lado de la entrada, que de forma perfectamente simétrica ocupaban todo el ancho de los tres metros del recinto y llevaban, a veinticuatro metros de altura, a sendos rellanos de medio metro de ancho, por cuyos lados se accedía a un triforio que transitaba el entrepaño de muro correspondiente a la entrada, en toda la extensión del cual se alojaban los nichos y las cavidades con las urnas de los Caballeros. El otro entrepaño de muro, el de delante, era completamente liso hasta la altura correspondiente al triforio, donde había una hilera horizontal de pequeños ventanales, única, y escasísima, iluminación horizontal del recinto. En el punto central de ese muro, a dieciocho metros de altura de la entrada, en una repisa volada semihexagonal, se encontraba la urna destinada a las cenizas en tránsito, y más arriba de los ventanales, el sistema de brazos mecánicos y los antiguos aparatos de poleas para transportarlas. La distancia máxima transversal era de sesenta metros,

correspondientes a tres de la plataforma baja, veintiocho de las escaleras, y medio de cada rellano. El techo eran dos planos inclinados simétricos, a partir de un voladizo a seis metros de altura sobre los dos rellanos laterales, correspondientes a la parte superior de la línea del triforio y los ventanales, justo hasta la vertical de la plataforma de la entrada. La altura máxima era de cincuenta y cuatro metros, de manera que la composición era también simétrica en sección, a partir del punto medio del triforio y los ventanales; de la altura máxima, correspondiente por tanto a una plataforma de tres por tres, colgaba un incensario en forma de prisma hexagonal, de dos metros diez de alto por cero setenta de diámetro de la base, y de altura y posición regulables. El conjunto, todo en mármol oscuro de tonos ocres grisáceos, resultaba de una severidad opresora y áspera, siniestra y vertiginosa hasta extremos inusuales.

Allí se reunieron unos cincuenta individuos de sexo masculino exclusivamente, la mayoría Caballeros de Capilla, de Preludio y de Cámara, jerárquicamente distribuidos por las escalinatas. Presidía el Decano Vega, y el lugar de honor, en la abertura central del triforio, lo ocupaban el Secretario, el Agon de los Meditadores, el Parapótrofo de la Hegemonía y los representantes de los Príncipes, entre los que ocupaba un lugar destacado el Barón Uranisor como delegado de Bruijma.

Vega ofreció a Ígur el sitio del comitente, que él aceptó con orgullo. El oficiante se situó a la cabeza del ataúd, en el centro de la plataforma de abajo, Ígur a su derecha. Desde allí pudo comprobar que Milana no se encontraba entre los asistentes, y eso lo tranquilizó; después se olvidó del público.

El oficiante cubrió el féretro con una red y encima colocó unas tijeras abiertas, un puñado de arena y la semimáscara que había utilizado Lamborga; entonces le llevaron una balanza, y en un plato el oficiante puso un vaso de jade verde, y en el otro plato una pluma, y en medio la efigie vigilante de Amit, medio cocodrilo medio león, hasta que la balanza se inclinó hacia el plato de la pluma; después, con una antorcha de metro y medio de larga, encendió la pira de ramas negras y resina olorosa especial y con las poleas abrió los ventanales para que la corriente de aire del pasillo de entrada avivase el fuego; mientras, Ígur se cortó el pelo y lo echó a la hoguera, y se juró a sí mismo la muerte de Milana, proyectando la crueldad de su diálogo interior hacia un interlocutor que, por encima del escepticismo, la melancolía quería identificar con Lamborga. Tres largos minutos habían golpeado las llamas el reflejo encendido de su agitación feroz en las caras severas cuando, bastante avanzada la combustión y habiendo ordenado cerrar el oficiante la puerta anterior al pasillo para que la ceniza no se aventase, la plenitud reposada del fuego dejó la serenidad definitiva de luz constante primero, después constantemente menguante hasta las brasas, y entonces el oficiante las apagó con vino rojo, y todo se tornó gris y negro con agónicas explosiones de ceniza; finalmente, recogió los restos en un cofre de oro, al que después de estamparle el sello de Lamborga cubrió con un velo púrpura, y dos

asistentes, con la ayuda de los mecanismos, situaron en el lugar correspondiente. La ceremonia no contemplaba discursos ni invocaciones, muy en la línea astrea de la Capilla, pensó Ígur, y acabada la incineración todos salieron en silencio.

En la puerta, aunque hizo lo imposible para evitarlo, Ígur se topó con Per Allenair, y lo saludó deprisa esperando que no hubiera más dilación, pero el otro lo detuvo.

—Caballero Neblí, me han explicado la penosa escena que protagonizasteis en la enfermería —Ígur vio detrás de él a Berkin y al Padrino de Milana, por lo que era inútil intentar eludir responsabilidades—. No sé las iniciativas que se reserva el Fidai Decano, pero quiero que sepáis que en la primera conferencia de la Capilla tengo intención de solicitar formalmente vuestra expulsión irrevocable.

Y se fue sin darle ocasión de réplica. Ígur saludó a Mongrius y evitó al Agon de los Meditadores y al Decano Vega, y cuando ya se iba, lo sorprendió Cuimógino, a quien no ubicaba de día y en sitio abierto.

—Caballero, hace dos días que os busco y no consigo contactar con vos. Suponía que estaríais aquí, y por suerte os he encontrado, porque es imprescindible que hable con vos antes de que intentéis entrar en el Laberinto.

—¿Os parece bien que vayamos a mi casa? —dijo Ígur, y tomaron un transporte.

En la salita, Ígur ofreció una copa al visitante.

—En primer lugar —dijo Cuimógino—, permitid que me excuse por la manera tan poco ortodoxa y hasta ordinaria en que me he presentado delante vuestro —Ígur insinuó una inclinación—; como os he dicho, tengo una deuda de agradecimiento con vos, y aunque nunca os la podré pagar en su totalidad, qué poco imaginaba que tan pronto tendría ocasión de hacerlo en una parte pequeña pero, creo yo, bastante sustanciosa.

—Vos diréis.

—El caso es que estoy encargado de realizar una investigación de la que, lamentablemente, no me está permitido comentaros en extensión ni concretar los detalles principales, pero sí os puedo participar lo que os afecta personalmente, que no es poco ni fútil. Se trata, en primer lugar, de vuestras amigas.

—¿De mis amigas? —Ígur frunció las cejas, y el otro le indicó con un gesto que tuviera paciencia.

—Feiania Morani es una astrea negra militante, y todo el que tiene con ella una relación personal continuada es objeto de investigación.

—Lo sé perfectamente, señor —dijo Ígur, pensando que si todo era como eso, estaba perdiendo el tiempo; Cuimógino sonrió.

—No lo dudo, pero no sé si conocéis las dimensiones del problema. Si vuestra Reina de los Dos Corazones llegara a ser detenida, lo que parece más que probable, y no a largo plazo, tendréis problemas graves.

—Os agradezco la advertencia. ¿Qué más?

—El caso de Sadomin Golring es más complicado, y creo que vale la pena que os lo explique desde el principio. Sadó es hija del Secretario personal del Duque Virbelgurd, y la orden que a través de la Equemitía de Recursos Primordiales os fue encomendada de matar al geómetra Debrel y a su mujer procede del padre de Sadó, con la intención, que él mismo se ocupa de propagar, de proteger a su hija de la influencia de Debrel, de quien, como ya sabéis, se dice que está complicado con La Muta.

—Sólo por proteger a su hija de una influencia política no creo que se intrigue para mandar asesinar a alguien.

Cuimógino esbozó una sonrisa amarga.

—Yo pensé lo mismo, y las respuestas que obtuve no son agradables.

—Adelante, lo resistiré —dijo Ígur, cobijado en la ironía.

—Como sabéis, Sadó y la mujer de Debrel son hermanas por parte de madre; el padre de Guipria, por cierto, uno de los maestros y más tarde mentor y colaborador de Debrel, se enredó con La Muta y hace más de veinte años que está en la cárcel. Un buen día, Guipria descubrió que el padre de Sadó, cuando ésta tenía unos diez años, mantenía relaciones sexuales con ella, y se la llevó a vivir a su casa con su marido — Cuimógino torció el gesto—. El Secretario del Duque no pudo hacer nada para recuperarla, hasta que por una indiscreción, de no he podido averiguar quién, hace poco tiempo descubrió que Debrel y Guipria habían tenido discusiones graves a causa de Sadó, y eso lo decidió a actuar.

Ígur tardó unos segundos en entender lo que se le estaba diciendo.

—¡Sadó con Debrel! No puede ser.

Cuimógino lo miró con tristeza.

—Esa chica contiene todos los venenos, no hay duda —dejó que se hiciera un silencio—. Ahora el peligro se cierne sobre vos, porque nadie que disfrute de una fuerte influencia sobre Sadó tendrá la vida segura bajo la bota del Secretario del Duque.

—¿Y por qué no la protege directamente? ¿O aún mejor, por qué no la reclama legalmente?

—Porque Sadó es hija ilegítima, y la fortuna del Secretario proviene del cargo obtenido gracias al matrimonio con la sobrina del Duque.

—¿Debo entender que Madame Conti también está en peligro?

—Que Sadó esté allí me imagino que su padre debe de considerarlo un mal menor, y, en el fondo, una forma de distracción. Sin embargo estará en peligro extremo quien adquiera influencia sobre ella.

Ígur no se atrevía a preguntar por Debrel y Guipria. ¿Cuimógino sabía que él había desobedecido la orden? Si se lo hacía saber, ¿qué consecuencias le reportaría?

¿Cuáles podría tener para Debrel y Guipria? De repente se dio cuenta de que no sabía nada. ¿Quién le podría decir qué había pasado con el geómetra y su mujer? Se imaginó a Sadó copulando con su padre, todavía una niña pero ya con el mismo aspecto de ahora, y con el más hiriente de los resquemores se la imaginó con Debrel, radiante y solícita, insultada por la hermanastra, que ¿cómo lamentaría no haberla dejado con su padre y que hiciera de ella lo que quisiese!

—¿Qué pruebas tenéis de todo esto? —dijo Ígur, procurando que no le temblara la voz.

Cuimógino lo miró con ternura.

—¡Caballero!...

Ígur recordaba la despedida de las dos hermanas.

—Así —dijo—, los motivos de la orden sobre Debrel y Guipria no son políticos...

—Caballero —lo riñó Cuimógino—, ¡todo lo que ocurre a vuestro alrededor, hasta lo que os parezca más físico, es político!

Ígur intentó desesperadamente reproducir los sentimientos que le habían conducido a salvarle la vida a Debrel y a ayudarlo a huir; ¿cómo se debía de reír! Como ante un mapa mudo, se encontró deseando con delirio volver a verlo, sintiendo por él más cariño que nunca, y a la vez una turbación aguda por querer saber, por tenerlo delante para preguntar, para estrecharlo entre sus brazos, para zarandearlo... ¡para admirarlo más que nunca! ¿Para protegerlo? ¿Para asesinarlo? Sintió horror de sí mismo preguntándose por qué lo había dejado vivir, qué habría hecho o con qué sentimiento si llega a saber lo que ahora sabía.

—¿Queréis tomar algo más? —dijo maquinalmente.

—La cuestión —prosiguió Cuimógino— es importante que la consideréis, porque es un flanco al descubierto. —Ígur continuaba pensando en toda su relación con el geómetra y su familia, y la revisaba del derecho y del revés reinterpretaendo escenas, inventando magnificencias y esplendores en los puntos donde la memoria encontraba cavidades—. Pero sobre todo os quería hablar del Laberinto.

Ígur comprendía tantas cosas de Debrel y, sobre todo, de Guipria, que pensó si no empezaba a ver fantasmas. La gran pregunta continuaba: ¿estaban vivos, Debrel y Guipria? Muertos serían una amenaza para su sueño, pero vivos eran una amenaza para su vida.

—¿Qué pasa con el Laberinto? —preguntó, completamente distraído.

—¿No os dais cuenta con qué facilidad se os allanan los obstáculos? ¿No encontráis sospechosa esa especie de conjura administrativa para impulsaros al Laberinto? —A Ígur no se le había ocurrido tal cosa, y si en algún caso se había felicitado por su suerte, lo había atribuido a la influencia de Omolpus o de Ifact; pensó en la peregrinación hasta Lauriayan y negó con un gesto—. Pues yo he visto

por dentro los mecanismos que os han permitido llegar hasta aquí, y os puedo asegurar que en ocasiones se han producido tales temporales secretos que a mí, que he visto de todo, me han dado escalofríos. Creedme, desde que entrasteis en la Capilla habéis pasado por media docena de situaciones que con una hubiera bastado para resultar tan destruido como el Caballero que hemos incinerado hoy.

—Es posible —dijo Ígur, sin atreverse a reconocer que a pesar de todo pensaba que si lo había conseguido era por méritos propios—. ¿Qué creéis que debo hacer?

Cuimógino lo miró con gravedad.

—No entréis en el Laberinto. —Ígur receló de repente; ¿y si tenía delante a un enviado de Simbri?—. Estoy convencido de que os espera una sorpresa horrible. —Se movió nerviosamente—. ¿Habéis reflexionado? ¿Qué pasó en el interior del de Bracaberbría? ¿Qué monstruosidades se cometieron, que nunca se han sabido y que convirtieron al único superviviente en un misántropo? Y eso puede ser todavía peor esta vez, porque éste es el Ultimo Laberinto; hasta ahora los anteriores se referían a los restantes y explicaban el camino a seguir, pero éste no tiene ninguno detrás, ¡su protocolo no se proyecta en ninguna parte! La clave, en caso de que lo abráis, contiene una profecía monstruosa que quién sabe hasta dónde destruirá, pero a buen seguro a vos. Cada Laberinto ha resultado más sangriento que el anterior, ¡y éste es el definitivo!

—Los Laberintos están contruidos desde hace muchos años.

—Pero sus cuantificaciones, como sabéis mejor que yo, se reordenan de acuerdo con el paso del tiempo y las Entradas fallidas. —Cuimógino miró a Ígur con afabilidad—. Caballero, no me conocéis y supongo que ahora mismo soy objeto de todas las sospechas, lo que, por otra parte, no podría ser de ninguna otra forma, ya que, a pesar de lo que os he dicho, si habéis llegado hasta aquí es porque sois prudente y reflexivo, aunque —sonrió— hay pequeñas anécdotas que no dicen a vuestro favor. En fin, no os pido respuestas, no os pido nada; he expuesto lo que sé y creía conveniente, y a vos os corresponde reflexionar sobre ello, aunque no disponéis de mucho tiempo. —Abrió los brazos—. Supongo que no dejaréis de entrar en el Laberinto, y probablemente yo haría lo mismo en vuestro lugar; espero que mis palabras, por lo menos, os sirvan para después.

A Ígur le pareció oportuno aprovechar la buena voluntad del interlocutor.

—Si os puedo pedir algo —el otro le hizo un gesto de total disposición—, quisiera que me hablaseis de Arktofílax y Madame Conti.

—Se separaron poco después del Laberinto de Bracaberbría, pero se dice que han quedado ligados por pactos secretos muy fuertes.

—¿Hasta dónde secretos?

Cuimógino lo miró con curiosidad.

—Ya veo que no lo sabéis —sonrió—; Hydene y la Conti son marido y mujer.

Quedaba poco por decir. Cuimógino había puesto el énfasis en los peligros que amenazaban a Ígur, pero lo que había impresionado al Caballero eran los detalles laterales; los antecedentes de Sadó trabajaban ineludibles en su pensamiento como una enfermedad placentera y consumidora.

—Señor, os estoy muy sinceramente reconocido por tan gentiles observaciones, y os prometo tenerlas en la más alta consideración.

Cuimógino rió afablemente.

—Dejaos de cortesías, Caballero; los designios oscuros raramente salen de una mente o de dos, sino de los residuos de lo peor de muchas mentes. He visto cómo actuáis entre tanta insidia y, guiado por un elemental sentido de la gratitud, me ha parecido que era lo mínimo que podía hacer por vos.

Fue hacia la puerta.

—Permitidme, pues, que os lo agradezca sin más.

—Caballero, estoy a vuestra disposición para todo lo que queráis. Os deseo todo el buen tino y la fortuna del mundo.

Y se despidieron.

Ígur sentía terreno pantanoso por todos lados. En las veladas alusiones de unos y de otros a Debrel y Guipria imaginaba de todo: temor y discreción cuando se quería tranquilizar, o aun ignorancia; en otros momentos, reproches, amenazas, burlas. ¿Cuántos creían que los había matado? ¿Cuántos sabían la verdad, hasta donde ni él mismo la sabía? ¿Había obrado bien dejándolos con vida, o, por lo menos, había hecho lo que ahora desearía haber hecho? Llegó la hora de ir al Palacio Conti, e Ígur se enfangaba más y más en fantasías sobre Sadó y su padre, Sadó y su cuñado, Sadó y Silamo, Sadó en toda partes desnuda y abierta, Sadó y su indiferente y delicado furor universal, y a todo eso se mezclaban los recuerdos de Lamborga, la suposición de Milana y Omolpus, el ejemplo inalcanzable de Arktofilax.

Cuando salió, el payaso de cada día revolvía en los cubos de basura, y la mirada de Ígur se cruzó con la suya, sorprendidos ambos en una inesperada inmovilidad común; Ígur se dio cuenta de que era un hombre más viejo de lo que parecía. Mientras lo miraba sorber la grasa de un papel sucio, se le antojó víctima y espía a la vez, ¡y a la vez espejo de tantas cosas! El payaso temblaba de inanición y cansancio, baba y costra aquí y allá, y de tanta lástima como le hacía a Ígur, de tanto como le despertaba el instinto de protección, de tan fuerte como era el pesar de no poder dejar pasar por alto nada, de no poderle dar todo lo que tenía y llevárselo a vivir a su casa, quería y no acababa de querer: ¿y por qué éste y no otro?; y sin embargo, pensaba, si todos lo hiciéramos, ¡vaya principio de remedio para los males del mundo!, ¡cuánto dolor ahorrado, aunque el origen y el porvenir del mal quedasen intactos! Y pensando en eso, y pensando que no lo haría, le entraban unas ganas terribles de abofetearlo hasta la sangre, de estrangularlo y descuartizarlo con la más amorosa furia con su

espada de Caballero.

El payaso se atragantó y desvió la mirada, y la emoción de Ígur cambió violentamente de rumbo. He aquí la renovación de un malentendido, carne mortificada hacia la completación de la sangre. ¡Que los ojos que no quieran apagarse en el desastre rehusado no se aparten del espejo que sobrevive a todos los apedreamientos! El payaso retrocedió tambaleándose, ¡tienen que verlo los niños! El payaso volvió al rincón, finalmente objeto informe en posición de reposo, e Ígur se fue al Palacio Conti.

Cruzado sin la complacencia habitual el Puente de los Cocineros, Ígur abrió la puerta de servicio y fue recibido por la camarera de los grandes días.

—¡Caballero Neblí, qué bien os sienta este peinado!

Ígur la miró torvamente, pero ella ni lo debió notar; por el camino de siempre fueron a la sala privada donde ya estaban Madame Conti, Fei y el Barón Boris Uranisor. Todos se fijaron en el pelo severamente cortado de Ígur.

—Querido Caballero —dijo Isabel—, ¿qué te ha pasado? ¿Tienes piojos?

Boris tomó cartas en el asunto.

—Los motivos del Caballero exceden las posibilidades de esta conversación.

—No hay nada que exceda las posibilidades de una conversación en mi casa, Barón —dijo Madame—, y no creo que nuestro amigo sea ningún alma indefensa que reclame tu protección.

En ese momento entró Sadó, e Ígur sintió la sacudida de la sangre. Estaba más bella que nunca, de negro y rojo y con el esplendor de todos los astros en la cara. Una vez hubo saludado a todos, hizo un aparte con Ígur.

—Hace tiempo que no vienes a verme —le dijo con una sonrisa inquietante y que tranquilizaba a la vez.

Ígur quería preguntar, pero temía revelaciones destructivas, y miró de reojo a Fei, que parecía estar muy animada charlando con Boris.

—Me han hablado de tu padre, de cuando eras pequeña y te fuiste a vivir con Debrel y Guipria.

—¿Ah sí? —dijo ella sonriente, e Ígur perdió el control de su propia expresión. Cuando Sadó soltó una carcajada, Ígur se dio cuenta de que le había puesto en las manos un arma para aniquilarlo cuando quisiera. Ella continuaba riendo—. ¡Fue una época divertida! Los que más me querían eran el Duque y su hijo.

Puso una cara evocadora. Ígur apuntó.

—¿El Duque y su hijo?

—Pero yo con ellos no estaba demasiado por la labor —le tocó la mejilla riendo—; la verdad es que nada de esa época tiene demasiada importancia —se reía mirándole a los ojos—, porque no llegué a querer a nadie de verdad. —Ígur se complació imaginando a su padre, al Duque, al hijo del Duque... ¿uno por uno, en

épocas sucesivas?, ¿con alternancias caprichosas?, ¿todos a la vez, en orgías? Ella suavizó la sonrisa y detuvo el mariposeo de sus ojos de oro—. Con Kim fue diferente —levantó la vista y volvió a reír—. ¡Te sienta muy bien el pelo corto!

Entró Arktofilax, y Madame Conti anunció que se había dispuesto una cena con un pequeño espectáculo en la sala central, y todos fueron hacia allá; las mesas estaban espléndidamente preparadas, con la palestra en el centro y unas cuarenta personas, que recibieron a Ígur y al Magisterpraedi con aplausos. Entre los invitados, Ismena y Rilunda, y Mongrius al frente. Se sentaron, Ígur entre Sadó y Madame Conti, que tenía a Arktofilax al otro lado, y Fei y Boris junto a él; Ismena y Mongrius cerraban el círculo, el Caballero al lado de Sadó. Ígur no se quitaba de la cabeza la conversación, y la razón le decía que todo estaba muy claro, pero un furor morboso le exigía una confirmación que no sabía cómo pedir sin que Sadó se molestase o, aún peor, que se riese. Y lo peor llegaría luego: si ella se ratificaba y lo ampliaba con detalles, el desastre del ánimo sería imparable, y si lo negaba, para que la pasión no muriera en la desilusión, se desviaría hacia la desconfianza.

—Ein Mädchen oder Weibchen wünscht Ígur Neblí sich —dijo Fei riendo.

Ígur miró sin recelo la magnificencia de la mujer vestida de negro brillante. Las palabras de Cuimógino eran una cuenta pendiente. ¿Qué podía hacer, advertirla? Buscó en su interior las razones que lo guiaban a no hacerlo. ¿Cobardía? ¿Indiferencia? ¿Miedo a las responsabilidades sentimentales? Llenaron la mesa de espléndidas bandejas de viandas. Ígur miró de nuevo a Sadó; ¿era ella, en verdad, el motivo de su retraimiento?

—Los placeres más intensos del mundo —decía enfático el Barón— son los relacionados con la naturaleza y los viajes, y tienen en cada cual la encarnación que la infancia ha sembrado: caza, montaña, navegación, astronomía, fotografía, etcétera; a continuación están los placeres intelectuales, que los animales más evolucionados sustituyen con la contemplación de los deportes o espectáculos diversos; y, en el último escalafón, los Juegos del Cuantificador. Y, finalmente, se encuentran las rosas más espinosas, que cualquier hombre inteligente debe gobernar, si el animal no le permite eliminarlas: los vicios, entre los que las mujeres ocupan un lugar destacado por la riqueza, variación y malignidad de las molestias y pérdidas de tiempo que proporcionan, tanto en el terreno higiénico como en el social.

Las palabras del Barón hicieron mucha gracia a todos, pero a Ígur le hirieron sin que se parase a pensar por qué.

—Barón —dijo—, por la forma en que habláis parece que de mujeres no sabéis demasiado.

Hubo una carcajada general, con la única excepción de un abstraído Arktofilax.

—Amigo mío —dijo Boris—, las mujeres son animaluchos de mente corta pero complicada, y se trata de facilitarles las cosas para evitar confusiones que tan sólo te

harán perder tiempo. —Ígur miró a Fei y a Sadó, y vio que ninguna de las dos parecía dispuesta a contradecir—. Son capaces de estar a tu lado por la razón más insólita, pero necesitan conocerla, o creer que la conocen, y tenerla bien situada dentro de sus intenciones y pensamientos monocordes. Las vías principales de acceso a las mujeres son la sensual y la racional, y sólo en casos excepcionales pueden combinarse, pero, sobre todo al principio, no es aconsejable hacerlo. —Madame Conti parecía la más divertida de la mesa—. No debe haber duda acerca del terreno de la pasión en el que se produce el asalto. En principio, el sensual es el más recomendable si se quiere una relación corta, es rápido y efectivo, y si se quiere larga y estable, conviene decantarse por el racional, opción poco recomendable si no se tiene una personalidad muy fuerte o, en su defecto, un espíritu de sacrificio y abnegación a prueba de bomba, porque las mujeres tienen la fijación de creerse el centro del mundo, y que el problema más apasionante y el único que vale la pena esforzarse por resolver es su propia confusión mental, lo que las lleva a la más absoluta ignorancia y desprecio de los demás, si no es para hacer una rápida reducción denigradora, con la única excepción de lo que tenga relación directa con su propia persona.

—¿Creéis que con el egoísmo se puede llegar a tal indigencia mental? —dijo Fei con suavidad.

—Sería egoísmo si fuera inteligente, pero es simple cortedad, simple incapacidad de imaginar otra cosa que lo que pasa dentro de la miserable causalidad de su mente enana.

—Parece ser que hay quien no deja de dedicar mucho tiempo y esfuerzos a desentrañar la miserable causalidad de mentes tan enanas —prosiguió Fei.

—Y ésa es su imbecilidad —dijo Boris—. El mal de las mujeres es que confunden su mezquindad insidiosa, estéril, y feroz con inteligencia, capacidad de penetración psicológica y conocimiento de la vida, y el desinterés y el hastío de los hombres por tan ridícula actitud con ingenuidad y embobamiento.

Arktofilax soltó una carcajada.

—Barón, debéis ser un entusiasta de Afrodita, si es tan cierto como dicen que la misoginia es distintivo de los heterosexuales más furiosos.

—Magisterpraedi, creo que es la única consecuencia inteligente.

—Habláis mucho de inteligencia, Barón —dijo Fei sin perder la sonrisa—. ¿Tan seguro estáis de poder aguantar el tipo ante cualquier mujer?

Boris rió.

—Me da completamente igual. Enamorarse de mujeres inteligentes es signo de virilidad depauperada.

—Curiosa cuestión —dijo Madame Conti—. ¿Y qué me decís de las mujeres que se enamoran de un hombre porque lo encuentran bello?

—Es lo mismo, pero al revés —dijo Boris con inseguridad.

—¿En qué sentido lo mismo? —insistió Madame—. ¿En qué sentido al revés?
Ismena y Mongrius se levantaron.

—Con vuestro permiso, nos retiramos un momento —dijo él.

Madame Conti asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo Boris dirigiéndose a Fei—, hablaba genéricamente. Vos estáis por encima de tales consideraciones.

—Por supuesto, Barón —dijo ella sin mirarlo, sonriendo con una tristeza displicente.

—Las palabras genéricas casi nunca tienen aplicación en la realidad presente —dijo Ígur a Sadó—. ¿No crees?

—Y cuando la tienen se esfuma su fuerza genérica —dijo ella.

—Ahí tienes el dominio de la juventud —dijo Arktofilax a Madame Conti.

—Un arte que se pierde, el de la seducción —evocó ella riendo—, saber convertir en atractivo el propio deseo.

—Barón —dijo Fei—, tengo curiosidad por veros cruzando del mundo genérico a la realidad presente.

—Para mí no hay fuerza genérica que valga la pena conservar en ningún embate de la vida —le dijo Ígur a Sadó.

—Con vos me inquieta lo que tiene de fácil y me atenazaría lo que tiene de imposible —le dijo Boris a Fei.

—Es un lujo que puedes permitirte —dijo Sadó.

—No hace falta que nada os inquiete ni os atenace, Barón —dijo Fei—; estáis en el lado bueno de la bola de nieve. —Y rieron.

Sadó tomó a Ígur de la mano, y él se preguntó si no sería tan inconsciente como las generalizaciones del Barón pretendían. Fei los miró con una sonrisa indefinible.

—No nos engañemos, querido —dijo Madame Conti a Arktofilax—. El retorno es la verdadera despedida.

—¡Tan exagerada como siempre! —dijo él.

—Míralos —señaló ella al resto de la mesa, en voz baja—. ¿No te recuerdan a nosotros?

—Sí, pero no les envidio.

Un aire de detenimiento se extendió en la reunión. Boris, quizá más borracho de lo que les parecía a los demás, le hablaba a Fei al oído; ella se reía con frialdad.

—La bola de nieve no rueda para todos, pero sí para vos, Barón.

—Parece que no te desagrada volverte mental —le dijo Isabel al Magisterpraedi.

—Yo me puedo permitir todos los lujos, por lo menos hoy. Ya veremos mañana —le dijo Ígur a Sadó, y ella se echó a reír.

—Hoy estás en el Atrio, mañana serás el rey. ¿A qué temes?

—Me desagradaría si me desagradase el paso del tiempo —respondió Arktofilax.

—Así pues, señora —dijo Boris—, confío en que vuestro astro también salga para mí de la bola de nieve, y me permitáis ser el pagador en su totalidad.

Las sonrisas de plumaje cortés y distante evocaron en Ígur pasados y expectativas inmediatas, y, sabiendo lo que estaba por llegar, las llenó de resonancias sexuales; imaginó su impaciencia compartida por tanta discreción, y eso lo excitó aún más.

—Qué queréis, Barón —dijo Fei—. No necesitáis crédito en esta barra, ni puedo daros más de lo que hay en mí: de lo que me pedís no dispongo.

—Te lo doy todo —le dijo Sadó a Ígur—. ¿Te acuerdas? ¿Qué más quieres?

—¿Qué nos queda por querer, entonces? —le dijo Isabel al Magisterpraedi.

—¿Qué se puede querer, cuando ves que a las mujeres inigualables morirás sin haberlas hecho tuyas? —dijo Boris.

—¿Qué se puede querer, cuando ves que a las mujeres inigualables ya las has hecho tuyas? —le dijo Ígur a Sadó.

—Nos hemos tenido —dijo Arktofilax—, y nunca nadie nos podrá quitar ni aquello que puede verse de nosotros. ¿Qué más quieres querer?

Silencios y anhelos de respuesta se cruzaban como las copas y las miradas.

—Te queda el tiempo, amor mío, la extensión de tu triunfo; has vencido a todo aquel que se ha topado contigo, y aunque no fuera así siempre me tendrás a mí —dijo Sadó sonriendo a Ígur.

—Y sin embargo, señora, más vale eso que nada —dijo Boris—, si es que en caso contrario tenemos que topar con el mundo genérico.

—Justamente eso, queridísimo. Quiero querer —dijo Madame—. Lo añoro con toda el alma.

—¿Me haces tan feliz! —dijo Ígur—. Y sin embargo, después de todo... ¡Qué más me da toparme con una cosa que con otra!

—En absoluto, Barón. Toparíamos con la realidad presente —dijo Fei.

—El deseo es la única fuente de topetazos, querida —dijo el Magisterpraedi—, aunque sólo fuera por eso ya no deberías añorarlo; aquel al que han hecho inmune a su veneno, debe saber reírse de eso.

—¿Me querrás siempre? —dijo Sadó, y se reía como si fuera una broma.

—Añoras la nostalgia anticipada de la juventud, querida —le dijo Arktofilax a Isabel—. ¿Creías que tendrías más?

—No pongáis esa cara, querido Barón —dijo Fei riendo—; he sido vuestra cuando lo habéis querido, y no haré excepciones la próxima vez.

—No sé si más o menos —respondió la Maestra—, pero sí que sería diferente. —Miró uno por uno a los de la mesa—. Fíjate, el tiempo se les acaba y lo saben, pero no saben hasta qué punto. —Levantó la voz, porque Mongrius se acercaba—. Así pues, amigos, si os apetece, hay un pequeño espectáculo especial para vosotros.

—Esta noche mismo, señora —dijo Boris a Fei lentamente, y le tomó una mano;

Ígur lo miró de reojo un poco sobresaltado, y se volvió hacia Sadó.

—Te querré para siempre, amor mío —le dijo.

Mongrius se acercó a la mesa.

—El espectáculo está preparado.

—Vamos, pues —dijo Madame, y todos se sentaron cerca del estrado, tras el cual había instalada una pequeña orquesta, versión reducida de la del día del trapecio volante, y un coro de ocho voces. Una vez todos aposentados, arrancó la música.

Se nel seno vi bulica il core

Il rimedio vedetelo qua.

Entraron en procesión dos parejas con túnicas blancas y capas rojas, precedidas por un adolescente vestido con colores metálicos y con un peinado caprichoso enlazado por una corona de laurel dorado, todo él tocado de una deliciosa ambigüedad sexual (en realidad, Ígur creyó en principio que era una chica, y no de las menos delicadas), y subieron todos al estrado. Ígur reconoció a Ismena y a Destoria, la dama que había conocido en Bracaberbría, y al actor que había hecho de Kiretres el día del trapecio, amante de Fei el día del piano; el cuarto le resultaba desconocido.

—¡Amables Reinas y Nobles, Caballeros y Damas —cantó con una tesitura muy tierna de soprano el adolescente erigido en Trujamán, con fondo de pífano y tamboril —, ésta es la verdadera historia en el tiempo que veréis de los ínclitos Arktós y Cuneitela —y se adelantaron saludando Ismena y el desconocido, cubiertos de un maquillaje opaco y blanquecino que quería indicar vejez—, representados por la noble Ismena y el incomparable Firmin, ¡y los ascendentes Harpsifont y Setolmene que encarnan la gran Destoria y Poldino sin rival! —se inclinaron los otros dos, maquillados con más brillantez; Ígur se fijó en los espectadores de la primera fila, entre los que destacaba un hombre enorme, redondo y porcino hasta la náusea—; vean ahora el tránsito de los tiempos, revoluciones y oposiciones de los cuerpos en sucesión —y, con un cambio de la melodía a la modalidad jónica, los cuatro actores iniciaron un baile más bien rígido en el que las parejas se intercambiaban tanto en cruz como en círculo; a Ígur le hipnotizaba la monstruosidad del hombre obeso de carne blanca, labios delgados y manos minúsculas y delicadas que insistían en la idea de un helada y turbadora singularidad genital; el joven Trujamán levantó la voz en canto agudo—: ¡Angeles de la Aufklärung! —Y el baile ganó movimiento y plasticidad—. ¡Vean cómo el recuerdo de unos alimenta el porvenir de otros! —Y Firmin besó a Destoria mientras Poldino evolucionaba alrededor de Ismena—. ¡Tanto en las afinidades como en los géneros, los flujos de la vida iluminan los latidos de los tiempos! —Y tal y como Firmin y Poldino se apartaban, Ismena y Destoria se acercaron hasta tocarse; Ígur se fijó en Fei y Sadó, y confirmó cómo en su

pensamiento se habían intercambiado el atractivo basado en elegancia discreta y el reclamo de la evidencia sexual, y entonces la música cambió de ritmo, pasó al modo lidio, e Ígur, que había perdido un momento de vista la escena, se encontró con que Ismena y Destoria se desnudaban la una a la otra, y el Trujamán adquiría tintes sincopados—: Para sucederse, hay que quererse, y así la loba Cuneitela y la lóbrega Setolmene —una vez desnudas pero con las joyas tintineantes, Destoria se puso a gatas e Ismena, tumbada por debajo de ella orientada al revés, le chupó los pechos, y lentamente fue avanzando hasta besarle el sexo y ofrecerle el propio en la boca; entonces se le colgó de las caderas abrazándose, y arqueándose levantó la pelvis hasta que los labios de la otra llegaron a ella—. ¡Ah, cruel Setolmene, chupadora de las bondades de Cuneitela! Ved el detenimiento de la sucesión, que no fundación, porque como dice el antiguo dicho,

al trueno de atrás,
¡mal rayo me enjuague!,
no le mandarás
un rayo que juegue

y, nobles seguidores, aquí nadie debe excederse en ningún ritmo —entre tanto, Firmin y Poldino rondaban a las mujeres como si les azuzara una duda, o como si otro los ralentizara, y a un nuevo cambio de la música al modo frigio se acercaron Firmin a Ismena y Poldino a Destoria y sin soltarlas de su enlace las levantaron del suelo y las penetraron, Poldino sosteniendo por los muslos a Destoria, y ella colgada con las manos en el correaje de los hombros de Firmin, que a la vez había tomado por el flanco a Ismena, quien daba peso a Destoria, habiendo perdido ambas contacto con el suelo, y así copularon, posteriormente Ismena y Firmin, frontalmente Destoria y Poldino—. ¡Ved cómo el mundo cree que Arktós y Harpsifont conectan por el interés, y ellos creen que conectan por el espíritu, cuando de hecho, y como podéis ver, conectan por las mujeres que los devoran!

Porque, efectivamente, las penetraciones de los hombres eran caprichosas y a menudo se retiraban para alternar ano y vagina, o para permitir, por ejemplo, Firmin que Destoria pasara la lengua de su miembro al sexo abierto de Ismena, o Poldino que los labios de Ismena recogiesen o aumentasen toda la humedad que el vaivén proporcionaba; a menudo la cópula ayudada de unos labios se convertía en un segundo en felación sobre vulva, o en cunnilingus contrapuntado por falo.

—¡Ouroboros! —gritó alguien entre el público.

—¡Anfisbena! —replicó otro, y se formaron divisiones de seguidores de ambos.

—¡Las dos a la vez! —chilló un tercero cuando ya se hubo hecho el silencio.

Ígur se dejó llevar por los brillos impersonales de las mucosas enrojecidas,

pensando en Fei y Sadó, por cómo la sensualidad reunía en una sola cara expresiones exuberantes y extrañas de dolor solemne, de tristeza, de luctuoso esfuerzo y de alegría, de rabia y de sorpresa, pautadas en violentas estridencias respiratorias, se dejó llevar por una boca en chose-de-poule, por unos labios que ceñidos al glande componían las formas de la imagen pompier de un corazón, pero abriéndose, en el vértice las comisuras, y asociándolo a la obesidad morbosa que tenía delante se dejó llevar por la velocidad rebotadora de una lengua, por las facciones zarandeadas por la fricción del falo, por los anillos y pendientes que adornaban la vulva de Ismena.

—Y ahora, nobles espectadores —anunció el Trujamán en registro do seis—, la yegua ganadora, la fuerza del Imperio: ¡la Reina de los Dos Corazones!

Ígur tuvo un sobresalto, porque hacía un minuto que había mirado a Fei y nada le había permitido imaginar que se desprendería de la chaqueta y con todo el correaje negro saltaría a escena. El joven Trujamán se retiró, y Fei, siguiendo la música, se encaramó de un salto con las piernas desnudas y altísimas sandalias de tacón negro encima del hombro desprotegido de Ismena, sobre la cual asentó bien los pies y espléndida, sin contemplaciones, bailaba encima de ella; las puntas de los tacones se clavaban en los lomos de Cuneitela, quien desbocada entró en el paroxismo final; Ígur ponía una cara de inquietud tal que Isabel Conti se le acercó.

—No te preocupes, aquí no interviene la Apotropía de Juegos —le dijo deprisa, acariciándole la mejilla con los labios—, hoy la sangre no llegará al río —se separó para mirarlo—; ¿o no es eso lo que te preocupa? —Miró a Sadó—: ¿Qué quieres, no tienes suficiente? —rió—, ¿cuántas fidelidades eres capaz de concitar? —Fei se agachó y sin interrumpirlas metió una mano en cada penetración, e Ígur no pudo evitar que allí se le fueran los ojos, mientras que el público se levantaba chillando y aplaudiendo; Madame Conti se lo quedó mirando—. ¡Qué niño eres, por más invencible que seas! ¿No ves que ella lo hace por ti?

Fei se puso de pie poco a poco, levantando los brazos, y cantó:

Phoebus eilt mit schnellen Pferden
durch die neugeborne Welt

Ígur se esforzó por degustar el espectáculo como un niño, siguiendo el orden plástico, pero cuando la fe es esclava del deseo, no hay nada que hacer; los doce focos móviles de colores que iluminaban la escena regulados por el Cuantificador se detenían en ángulos iguales de incidencia sobre Fei, o bien en perpendiculares ordenadas de dos en dos siguiendo paridades, o cada uno con el de tres más allá, y sucesivamente, y también cambiando de colores, enfrentando gamas o complementarios, básicos y neutros, del amarillo penetrante al azul absorbente, de la agudeza de los sucios a la nitidez de los fríos. Con la llegada de los rojos y los

fuegos, la música incorporó trompas selváticas y timbales, y el espectáculo acabó con la explosión controlada de las dos parejas. El semen trazó signos azarosos en las caras de las actrices, enseguida dispersados por el propio movimiento, pero también, y antes de que Firmin y Poldino cayeran de rodillas desfallecidos por el peso del placer, abandonadas por el suelo ellas dos, la mayor parte de las salpicaduras, dirigidas por manos expertas, hicieron blanco en los pies de Fei, y cuando ella saltó al suelo, le resbalaban por las tiras de las sandalias y la piel, hacia la suela y la varilla del tacón. Del público salió un enano cabezón con un traje de pelumbre, que se precipitó a los pies de Fei y se los lamió minuciosamente entre el delirio y los gritos de ánimo del público; mientras arrebujaado bajo el arco de todas la magnificencias se ocupaba del pie derecho, Fei le aplastaba la cabeza con la punta del otro hasta meterle el morro en el empeine, o con una súbita flexión de piernas le apretaba el codo con la rodilla, y así la extensión de la lamida progresaba y ascendía, y Fei se reía como si jugueteara con un cachorro.

—¿No será que te importa más lo que dicen los demás que lo que sientes tú? —dijo Madame Conti a Ígur—. Es un comportamiento muy femenino, amigo mío. Muy propio de un Caballero.

El pelo de Fei se agitaba a cada inflexión de la sensualidad.

—Es el aire de los tiempos —dijo Sadó riendo, y se volvió a Ígur—. Aún te gusta Fei.

—Me gustas más tú —dijo él enseguida, estrellándose.

—Eso está mejor —dijo Madame Conti con una carcajada—, ¡irreverente con el peligro!

—Lo que no puede acabar contigo, no vale la pena respetarlo —intervino Boris.

El enano tenía justo la altura de las piernas de Fei, no en vano famosas, las piernas más largas del Imperio, de los pies a las caderas, cuando los actores, ya recuperados de la satisfacción, ejecutaban una pantomina, siguiendo la música el modo mixolidio: Ismena le regalaba todas sus posesiones a Destoria y la alababa, y Poldino asesinaba a Firmin.

—¡Poldino proléptico cruza la última puerta! —cantó el Trujamán, triunfal en modo frigio—, ¡el tesoro está en sus manos!

Los dos espectáculos se acababan, y el Barón subió de un salto al escenario entre las carcajadas de los asistentes y arrancó al enano, en plena escalada del cuerpo de Fei, lo levantó por los aires con los brazos y las piernas en remolino y lo tiró al suelo; después le dio la mano a Fei y así bajaron de la escena entre aplausos. Los de las primeras filas se levantaron.

—¿Conocéis al Secretario de la Paratropía de Obras Públicas? —preguntó Madame Conti, y les presentó al obeso de mediana edad que tanto había fascinado a Ígur durante el espectáculo—: el señor Neder Rist.

—Permitid que os felicite por vuestra actuación, señora —dijo el hombre gordo con una voz finísima e inquietante, y después señaló al enano—; veo que vuestras dotes de improvisación son tan notables como las de mi ayudante.

—El señor Deiri Cotom es un visitante habitual de esta casa —puntualizó Madame Conti.

—Es un hombre malvado —dijo Sadó a Ígur; Rist la oyó y se dio la vuelta.

—¡Si conocieseis a su mujer! —soltó una carcajada—. No hay hombres malvados, sino hombres estúpidos en manos de mujeres malvadas y estúpidas.

—Sólo estoy de acuerdo en la mitad de eso —dijo Boris.

La conversación se expandió, con Ígur atrapado entre el Barón, Rist y el enano.

—Hay muchas maneras de dividir la frase por la mitad, Barón —dijo Cotom, resentido de que lo hubiesen interrumpido cuando progresaba cuerpo arriba de Fei.

—No es necesario que Boris nos diga qué parte rechaza —dijo Rist—. Lo que, por cierto, me obliga a felicitaros por vuestra elección. Habéis conseguido a la mujer más bella de la reunión.

—Os lo agradezco mucho, pero os equivocáis en casi todo. Primero —dijo Boris con una media sonrisa—, no la he elegido, sino que ha venido a mí por despecho. —Ígur palideció—. Segundo, yo habría escogido a Sadó, que es en realidad la más bella.

—¡Pero si es tonta! —exclamó Rist.

—¿Además de ser la más bella es tonta? —dijo Boris—. ¡No es posible tanta fortuna, estamos ante la mujer ideal!

Soltaron una carcajada que a Ígur le pareció estimulante y amarga; parecía evidente que, sobre todo por parte de Boris, había un cierto deseo de provocarlo, y oír llamar tonta a Sadó le había sabido tan mal como oír decir que Fei no era la más bella, a pesar de no serlo en favor de la otra, pero se sintió fuerte y generoso.

—Ya lo decía mi abuela —chilló el enano—, el éxito de la histérica, la sensata lo desea.

Arktofilax y la Conti dieron las buenas noches a todos y se retiraron, y puesto que Ígur no quería quedarse a contemplar cómo Fei se iba con citarón, le propuso a Sadó desaparecer, y se fueron a la habitación interior, tanto más pequeña y modesta que la de Fei.

—Tenía tantas ganas de estar contigo —dijo ella.

Se precipitaron a los juegos del amor con una furia desesperada que parecía aumentar la precariedad de la habitación, el aire de estar en un camarote de tercera en el transatlántico más lujoso. Desde la minúscula ventana no se veía cielo, sino la proximidad de una pared, y se oían abundantes ruidos de fondo. Sadó subía y caía alternativamente en el aprecio y en los propósitos de Ígur, y eso lo aplastaba contra el agotamiento sentimental. Quizá sí sea tonta, pensaba después de oír una

consideración, pero poco después recordaba: quizá es más lista que yo.

—¿Te gusta estar en casa de Isabel? —le preguntó.

La felicidad tiene un poso de tristeza porque anuncia su final; por la misma razón, la tristeza debería tener un punto feliz, pero no es así, porque la tristeza puede no terminar nunca.

—¡Muchísimo! —dijo ella riendo—. ¡Si supieras las cosas que llegan a pasar aquí!

Por un momento Ígur se dejó llevar por la opresión del resquemor; se imaginó al Duque Virbelgurd, al que no conocía, al hijo del Duque, al Secretario del Duque, padre de Sadó, a Kim Debrel y a tantos otros que nunca sabría y que prefería no saber, medio Imperio pasando por aquella habitación sin reposo; pero los deseos se alimentaban recíprocamente de los celos, y cuando unos se apagaron cumplidos, se hizo el silencio de los otros. Algo quedaba vivo, sin embargo, vivo y vigilante en la calma de Ígur, algo que lo refería a las mujeres, como aquella, con un pasado fabuloso, no extenso y condimentado, sino deslumbrantemente breve y sobrecogedor, insuperablemente intenso y sin treguas, cuando no podía dejar de mirarla dormir a su lado, desnuda y acurrucada, con caprichosas posturas de las manos y una expresión enternecedora, casi de placidez infantil, entre la sonrisa y algo indefinible, que absurdamente lo tranquilizaba y le resultaba fácil de acentuar con una caricia o un beso que la llevaban a moverse un poco, siempre para dar facilidades, y respirar más deprisa, o soltar una pequeña queja de sensualidad a saber con qué recuperación de conciencia.

Sí, aquél era su refugio preferido, y dedicó el ensueño a rememorar los mejores momentos; ella le había dicho que le amaba, que siempre le amaría, que pensaría tan sólo en él cada día que faltara, y cuando volviera estaría para siempre a su lado. No le importaba si eso iba a ser así o no, esas declaraciones son para el presente, y ninguna metafísica de circunstancias las desmerece. Nostalgia del presente, vanos anhelos de intemporalidad. Finalmente se hizo también el silencio dentro de la furia dubitativa de Ígur, y se durmió abrazado a su enamorada.

XII

El Atrio del Laberinto de Gorhgró era un enorme espacio desangelado, negruzco y humedecido, lleno de resonancias acentuadas por la absoluta desnudez, especialmente aplastante a primeras horas del alba, cuando la Entrada Bruijma había convocado a sus efectivos. La niebla y el hielo entraban en el Atrio como si se tratase de un espacio exterior, y quizá es que nunca lo abandonaban. Cuando Ígur se internó en él en compañía de un Arktofilax taciturno y vestido de negro de la cabeza a los pies, la Primera Puerta estaba tomada militarmente, y hasta el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma tuvo que acreditarse al margen de su sello personal. La fría brutalidad del procedimiento le pareció a Ígur a propósito para deprimir a los espíritus débiles, y procuró inútilmente pensar en cualquier otra cosa; había llegado la hora que tanto deseaba, y de repente le pareció que el camino se le había hecho corto y sintió nostalgia de lo que había descuidado: el estudio de la Ley del Laberinto, la preparación geométrica, el análisis de los Laberintos anteriores, y tantas otras cosas. Mientras avanzaba por la inmensa cavidad rectangular se sintió como si fuera hacia el patíbulo, y maldijo la hora en que se le había ocurrido emprender aquella aventura.

Llegaron ante la Última Puerta, y todo era exactamente como lo había descrito Silamo, pero Ígur notó diferencia de tantas veces como lo había imaginado. Las piedras tenían una extraña textura metálica, y por todos lados había goteras; el aire era helado, y a la vez tenía un no sé qué de ebullición asfixiante. Sobre la Última Puerta, y ocupando casi toda la fachada interior correspondiente, había un órgano descomunal, oscuro y brillante, con grandes estatuas polícromas entre las diferentes secciones de tubos, y la trompetería horizontal sobresaliendo hasta casi tocar las guías del Rotor; el conjunto resultaba tétrico, impresionante por la dejadez, incluso la ruina, de algunas partes, en contraste con la potencia de la construcción y las inalcanzables texturas que incitaban a asociarlo a un ser vivo. Las estatuas representaban escenas complicadas con muchos personajes con cuerpo y cabeza de diferentes animales, y en la parte inferior, siete u ocho metros por encima de la Puerta, colgaba una cabeza de más de un metro de diámetro y expresión feroz, con barba y turbante. Los más de ochenta y ocho mil metros cuadrados de superficie del espacio, aplastados bajo los doscientos treinta y cinco metros de altura interior, convertían a las dos docenas de personas que había dentro en insignificantes presencias de hormiga. La comitiva se detuvo ante el Rotor, que Ígur contempló con aprensión. Vio la Puerta, con la estrella de cinco puntas, y la plataforma intermedia donde tendrían que esperar la evolución del mecanismo.

El Secretario Francis se situó entre Ígur y Arktofilax, y con parte de la Guardia detrás, esperaron ante el Rotor. Ígur no sabía qué esperaban, y así pasaron media hora

sin moverse ni decir nada, hasta que se abrió de nuevo la primera puerta, que a cuatrocientos veintiún metros era una presencia remota, y entró una comitiva formada por una docena de personas, las primeras pertenecientes asimismo a la Guardia del Laberinto, y avanzaron marcialmente hasta el Rotor. Mientras los pasos resonaban repicando brutales, acercándose, Ígur sintió la molestia de una lucidez terrible atenazándolo como un arrepentimiento.

La comitiva se detuvo a unos cinco metros delante de él, y el Comandante de la Guardia, que la encabezaba, dio un taconazo y se apartó a un lado, y después de que sus hombres abriesen la fila, avanzó el personaje custodiado.

—¡Su Excelencia el Primer Secretario de la Agonía del Laberinto! —anunció el Comandante.

El dignatario avanzó hasta quedar a tres metros de donde esperaban Francis, Ígur y Arktofilax, y se dirigió a ellos con gravedad.

—Magisterpraedi, Secretario, Caballero, sed bienvenidos al Atrio. ¿Lo tenéis todo dispuesto para la Entrada?

—Así es, Excelencia —respondió Arktofilax.

—¿A qué hora tenéis prevista la Apertura de la Puerta?

—A las nueve y un minuto.

El Secretario de la Agonía se volvió hacia un ayudante que se mantenía dos pasos detrás de él, y que a un gesto suyo avanzó, y tuvieron una breve conversación en voz baja.

—Disponéis hasta el mediodía —dijo al acabar— para las observaciones y los preparativos que consideréis convenientes. A partir de entonces los Entradores os constituiréis en Guardianes de vuestra Entrada, y a las siete de la tarde desalojaremos el Atrio.

Y se retiraron. Los Guardias que habían acompañado a Ígur y a Arktofilax se situaron en dos grupos en los extremos, uno en cada puerta. El Secretario Francis tuvo unas palabras de cortesía y confianza para los expedicionarios, y también salió. Una vez solos, Ígur y Arktofilax estudiaron el Rotor para determinar la ranura por la que se tenía que insertar el disco y estudiaron la operación hasta en sus mínimos detalles para evitar improvisaciones de última hora. Una vez establecida la ranura y la orientación, Ígur comprobó que ni siquiera una mota de polvo obturase los orificios del disco por donde la luz de las estrellas tenía que abrir la Última Puerta.

Al acabar les quedaba aún mucho tiempo muerto, e Ígur y Arktofilax se sentaron en las sillas plegables que llevaban en el equipaje y tomaron algunas provisiones. Ígur se tranquilizó, y, sin ninguna distracción exterior, vagó por el recuerdo desordenadamente al principio, después de forma selectiva y con complacencia, rememorando una vez y otra la escena preferida, al final modificándola de acuerdo a sus deseos, distorsionando las posibilidades reales, olvidos que más hubiera valido no

inquietar, haciendo jugar a los demás el papel que le convenía. El transcurso de las horas le resultó insoportablemente largo a veces, otras felizmente corto, inquietantemente corto. Faltaba un cuarto de hora para las siete de la tarde cuando se abrió la Primera Puerta, y sin cruzar el umbral, un ujier tocó una campana transportada por un carrito. La Guardia se colocó en formación, y con un Oficial al frente se retiró marcando el paso. A las siete en punto, Ígur y Arktofilax se quedaron absolutamente solos en el Atrio, y tras doce toques de campana la Primera Puerta se cerró pesadamente tras el Mundo.

—Caballero, si ahora te arrepientes ya no estás a tiempo —dijo Arktofilax.

—He tenido mejores ocasiones para arrepentirme. ¿Dudáis de los cálculos? Siempre me habéis parecido confiado.

—¡Confiado! —rió Arktofilax—. ¿Quieres saber por qué me siento confiado?

—Sí; ¿por qué?

—Porque me da exactamente igual que los cálculos de Debrel estén bien o no. Lo mismo me da que el láser del Atrio me achicharre dentro de dos horas como que me achicharre otra cosa dentro de dos años.

El Magisterpraedi había hablado sin acritud, con una dulzura que desarmaba, hasta con una sonrisa que había inquietado a Ígur como no lo habría hecho con aire tremendista. De repente se imaginó en firme la posibilidad de morir fulminado en el plazo de dos horas. ¿Qué sentido habría tenido entonces tanta movilización de esfuerzos? Ígur intentó distraerse charlando, y cuando descubrió que Arktofilax ya había estado en el Atrio anteriormente y que había diferencias, se interesó por ellas; así descubrió, por ejemplo, que la cabeza que colgaba del órgano había sido modificada, y antes no llevaba ni barba ni turbante, y que ese tocado le había sido añadido para ocultar que en lugar de pelo tenía serpientes. El tiempo transcurría más lentamente que nunca cuando Ígur miraba hacia adelante, y a la vez más deprisa que nunca cuando miraba hacia atrás, y cuando faltaba un cuarto de hora para las nueve, cogió el disco que Debrel había preparado.

—¿Estáis listo? —preguntó, presentándolo a la rendija; el Rotor tenía pinta de estar fuera de servicio hacía años, e Ígur se sentía escéptico respecto a que fuera capaz de moverse.

—No lo introduzcas aún, no sabemos la porquería que puede haber dentro del Rotor.

Arktofilax se situó en el centro de la plataforma entre el Rotor y la Última Puerta, y cuando faltaban nueve minutos para las nueve, Ígur metió el disco, que se acopló con un clac metálico grave y resonante, y se situó al lado del Magisterpraedi. Lentamente, el Rotor se elevó, y acelerándose pesadamente, ascendió por las guías hacia la chimenea, y cuando atravesó el orificio del techo, lo hizo desapareciendo de la vista a una velocidad considerable. La sensación de ausencia y la espera se volvía

extraña y perturbadora, e Ígur no le quitaba ojo a la señal húmeda que el Rotor había dejado en el suelo, ni a los residuos de su alrededor, un perfecto molde de un barrizal negruzco. Arktofilax se volvió hacia la Puerta, y una sacudida impresionante les llegó a través de la chimenea; eran las nueve en punto, y el Rotor debía de haber llegado arriba. De repente, el pleno del órgano emitió seis acordes menores atronadores en su registro más grave, que sobrecogieron a Ígur; sentía el retumbar en el pecho, como si le faltase aire, y cuando pararon, aún resonaban una y otra vez por las paredes del Atrio; contuvo la respiración con delicadeza, porque un Caballero de Capilla no permite que ninguna contingencia le altere el pulso. Pasaban los segundos sin que ninguno de los dos mirase el reloj, e Ígur sintió celos de la expresión impasible del Magisterpraedi. Por fin, con la más silenciosa lentitud, se abrió la Última Puerta.

Tal y como habían previsto, el pasillo inicial del Laberinto era una larga escalinata descendente sumida en la oscuridad total, y aproximadamente del ancho de la Puerta, es decir, de tres metros veinte. Ígur y Arktofilax se adentraron en ella, cargados con todo el equipaje y con las linternas encendidas. La escalera no tenía rellanos, y como la trayectoria presentaba pequeñas sinuosidades, no había forma de ver el final; de vez en cuando se apreciaba una interrupción en la continuidad de las paredes: otro camino de escaleras, idéntico al que transitaban, que se añadía a ése. Ígur no se fijó al principio, y después los contaba intentando memorizar el orden, si procedían de la derecha o de la izquierda, hasta que se descontó y se dio cuenta de que si la intención de los constructores era complicar, por no decir impedir, un posible retroceso, lo habían conseguido plenamente, porque pasada una bifurcación, un vistazo atrás mostraba ambos caminos confluyentes exactamente iguales. Poco a poco el recorrido se iba volviendo más sinuoso, el techo era más bajo y el ámbito más estrecho. Las goteras y el calor se volvían asfixiantes, y en algún que otro lugar caían los líquidos a chorro. El hedor era monstruoso.

—Debería haberlo imaginado —se quejó Arktofilax—. El Laberinto de los Pantanos era un jardín de prodigios, y éste es una cloaca. ¿Qué se puede esperar de la Reforma?

El trazado se había vuelto tan angosto que tenían que caminar no tan sólo uno detrás del otro, sino a menudo de perfil o agachados. Finalmente tuvieron que caminar a gatas, lo que por la pendiente del terreno hizo del camino un suplicio inacabable. Ígur iba delante, y llegó un momento en que no pudo pasar.

—Quizá nos hayamos equivocado —dijo con timidez.

—No —dijo Arktofilax—, debe de haber habido un desplome. El esquema de esta parte está muy claro: estamos en un árbol invertido, y me extrañaría mucho que para continuar el trayecto lo tuviéramos que remontar.

—Entiendo que un árbol invertido inicial tiene por objeto, precisamente, impedir el retroceso.

Arktofilax no parecía interesado en la teoría, y pidió a Ígur que le dejara ver el camino.

—Muy bien, habrá que usar el piolet láser.

Según las indicaciones del Magisterpraedi, Ígur redujo con precauciones dos protuberancias rocosas, y continuaron el penoso descenso hasta llegar a una pared.

—Se ha acabado —dijo Ígur—, estamos en un callejón sin salida.

El final era un poco más ancho que el camino, y aunque sin poderse levantar, cabían ambos con cierta comodidad.

—No te precipites —dijo Arktofilax; inspeccionó las paredes y el techo, después limpió el suelo de barro y grava—. Mira, aquí está.

Apartó los residuos alrededor de una ranura circular; era una trampa metálica de unos cincuenta centímetros de diámetro, y tan oxidada que para abrirla tuvieron que utilizar todos los recursos técnicos del equipo.

—Parece que hace años que no pasa nadie por aquí —dijo Ígur cuando la tapa se levantó, y un aire helado les golpeó la cara; asomaron la cabeza, allí reinaba la más perfecta oscuridad.

—Cuidado, que no se nos caiga nada dentro —dijo Arktofilax.

Descolgaron una linterna, y nada, ni una pared ni un suelo reflejó su luz; Ígur descolgó un emisor resonante para medir el volumen aproximado de la estancia, y el resultado le horripiló: más de cinco billones de metros cúbicos. Se mostró escéptico.

—Este aparato no funciona.

Artofilax se rió.

—Sí funciona. Si queremos ver dónde estamos, no nos queda más remedio que descolgarnos.

Ígur interpretó que, por ser el más joven, le correspondía a él, y dispuso el mecanismo de cables anclados a las paredes y se los amarró con mosquetones al cinto; con la linterna más potente se deslizó un par de metros por el orificio, y lo que vio lo dejó aún más atónito que la cifra del emisor resonante; la linterna era inútil, porque todo estaba dotado de una suave fosforescencia verdosa, más intensa en la lejanía, y, además, tampoco le habría servido de nada, porque todo lo que se vislumbraba estaba a distancias tan monstruosas que un punto de luz no habría clarificado nada. Ígur se encontró colgado de un cono invertido que incidía en el interior de una sala descomunal, de cuyo suelo emergían construcciones tan extrañas que a primera vista costaba discernir si eran naturales o producto de la mano del hombre, o una combinación de ambas cosas, y lo mismo se podía decir de las que, como aquella de la que descendía Ígur, talmente estalactitas grandiosas de una material ambiguamente identificable como rocosidades metálicas, bajaban del techo; así como techo y suelo eran profundamente accidentados, y tanto en uno como en otro se apreciaban grietas y profundidades insondables, las paredes circundantes

parecían perfectamente es cuadradas. Pasado el primer momento de horror espacial, Ígur se esforzó por hacerse a la idea de la estructura del lugar, y apreció una planta cuadrada con un ámbito de kilómetros, y alturas interiores que fácilmente podían superar los cinco mil metros. También percibió que no se encontraban en el centro de la construcción, ni respecto a la altura ni respecto a la planta, sino bastante abajo y cerca de un ángulo, y que el centro lo ocupaba un gran hiperboloide que conectaba en sólido el suelo y el techo; repasó con prismáticos todo el espacio y descubrió que ésa era la única conexión; a partir de entonces, se dedicó a observar los puntos más próximos; en caída vertical había una sima cuyo fondo se adivinaba a kilómetros de profundidad, y en diversas direcciones y diferentes alturas y distancias había protuberancias, cavidades y plataformas en las que parecía posible aterrizar; finalmente efectuó una exploración visual del cono que lo sostenía; propiamente no era tal, sino un tronco de hiperboloide, casi recto en la parte final y entregado con una curva suave a la horizontalidad del techo, a más de doscientos metros; la base que acogía el orificio, de unos seis metros de diámetro, era tan perfectamente redonda que parecía difícil que fuera natural. Cuando Ígur volvió donde le esperaba Arktofilax, vio diferente aquella reducida estancia; hizo una relación completa de lo que había visto.

—Muy bien —dijo Arktofilax al final—. Ésta debe ser la gran sala inicial, que pertenece al Protocolo de Teseo; el Protocolo de Jasón lo hemos cumplido en la Primera Puerta, y ahora tenemos que resolver un Laberinto clásico con Centro; en realidad, se puede decir que ésta es una parte centrípeta, o mejor, falsamente centrípeta, porque el resto de las entradas son falsas; —se detuvo y esbozó un gesto de escepticismo—; por lo menos, eso es lo que parece. El Centro de esta parte del Laberinto es el hiperboloide que conecta suelo y techo, es decir, la vía de las dimensiones, y se llama Cadroiani.

—En resonancia, imagino, con Defrobani, Taprobani y Airobani.

—Dejemos la toponimia. Estamos en la parte irracionalista del Laberinto —dijo Arktofilax—, y con lo que tenemos es improbable que exista una razón previa programática que permita recorrerlo. Debemos decidir si retrocedemos, por si alguna bifurcación nos lleva a otras salidas más próximas al Cadroiani, o al propio Cadroiani, o bien descendemos y procuramos llegar por el exterior, lo que sería poco recomendable si el terreno es tan accidentado, y además poco útil, porque la salida está en el interior del hiperboloide y no en la superficie, o bien buscar una cavidad y llegar por dentro, donde, a buen seguro, está la verdadera estructura del Laberinto.

—En caso de que decidamos bajar, ¿cómo lo haremos? —dijo Ígur.

—No deberías preocuparte por eso —dijo Arktofilax con ironía benévola—. ¿No tenías una amiga trapequista?

Se extendieron en diversas consideraciones, tanto de orden conceptual como

práctico, e Ígur supo que siempre se había hablado de la existencia de una gran sala que abarcaba no tan sólo el subsuelo de la Falera, sino parte de las rocosidades adyacentes y del núcleo urbano de Gorhgró, y que se decía que el lado del cuadrado que la englobaba medía casi veintinueve kilómetros, y la altura, unos seis (lo que de confirmarse coincidiría admirablemente con la cifra que había proporcionado el emisor resonante), y finalmente el Magisterpraedi propuso descolgarse por la abertura. Puesto que el razonamiento era una reducción al absurdo, Ígur no tuvo nada que contraponer, y cuando todo estuvo a punto, tomaron una comida frugal y se concedieron un breve reposo.

Finalmente, con el equipaje al hombro, se descolgaron en balanza por el agujero hasta veinte metros por debajo de la trampa, y allí se detuvieron para escoger el lugar de aterrizaje; tras una amplia inspección con binóculos, consideraron tres posibilidades: una plataforma en la que parecían apreciarse tres concavidades confluyentes, un sotechado en forma de espiral lleno de grietas practicables, y una pequeña cavidad en forma de media luna.

—La espiral —dijo Ígur— es lo más accesible porque está más elevada que lo demás, pero la plataforma está en la dirección del Cadroiani.

—Ninguna de esas razones es más que una apreciación relativa, dependiendo del lugar de donde venimos. Es el momento de guiarse por la respiración del Fidai —Ígur lo miró con recelo; ni Omolpus ni Debrel habían mostrado nunca tener en demasiado buen concepto la tal pretendida virtud aplicada al conocimiento; Arktofilax disimuló un gesto divertido—; probaremos la media luna.

A Ígur lo mismo le daba una cosa como otra; en realidad, el panorama se le antojaba muy descorazonador, y se temía una larga dilación por el interior de las estructuras hasta llegar al Centro. El procedimiento para acceder a la media luna, situada a más de mil cien metros en vertical respecto del cono de donde procedían, y a una distancia en proyección en planta de unos setecientos, y, por lo tanto, a una distancia real del orificio de más de mil trescientos metros, era digno de la mejor celebración en el Palacio Conti, e Ígur se imaginó cómo habría disfrutado Fei. Hecha la apreciación de la distancia precisa con el resonador, Ígur y Arktofilax se situaron, atados el uno al otro, en la medida correspondiente del cable que los sostenía, y ayudados por el cable auxiliar y por el propio impulso, iniciaron un vertiginoso balanceo que, a medida que descendían, los fue aproximando al orificio en forma de media luna; el interior de la sala tenía turbulencias de aire, e Ígur se imaginó a ambos estrellándose contra los abruptos salientes de las paredes contiguas; la amplitud de la oscilación aumentaba cada vez con más esfuerzo y más riesgo de imprecisiones, y cuando calcularon que saliendo en tangente de un punto determinado del arco del péndulo la trayectoria parabólica los conduciría al centro de la media luna, Ígur y Arktofilax se soltaron a la vez y aterrizaron.

La entrada de la media luna, que entre extremos medía casi veinte metros, por poco menos de tres y medio de abertura en el punto central, tenía el suelo fuertemente inclinado hacia el interior, al punto que resultaba difícil mantenerse de pie; allí, los expedicionarios recogieron sus herramientas.

—Entiendo —dijo Ígur— que hemos cruzado el Protocolo de Jasón, que es el de la Entrada, y estamos en pleno Protocolo de Teseo.

—Si no vamos errados, pasado el Cadroiani entraremos en el Protocolo siguiente. El Protocolo de Teseo —dijo como si hiciera un esfuerzo por recordar— representa el nudo del Laberinto propiamente dicho, y si tiene un Centro puede tener una resolución de llegada y una resolución de salida, lo que los antiguos llamaban Taurocarenos (o Taurometopos) y Taurosfagos. Por lo tanto, también puede ser que tengamos que resolver un enigma para entrar en el Cadroiani, y es posible que encontremos otro para abandonarlo.

—El Toro y el Dragón —dijo Ígur.

—El Dragón y el Toro, para ser precisos. En realidad, hasta ahora no hemos entrado en el Laberinto, porque los árboles son pseudolaberintos, ya que si se respeta un orden es posible encontrar la salida aunque se tenga que recorrer entero.

—Debrel decía que en esos casos el tiempo es el factor añadido que hace que no sea conveniente confiar en tal tipo de recorrido.

—Debrel era una gran sabio —dijo Arktofílax.

Se adentraron por el pasillo que se iniciaba en el extremo de la media luna, y enseguida encontraron bifurcaciones simples, después complejas, más adelante cruces, y finalmente nodos. El Magisterpraedi dijo que toda esa parte era natural, y por tanto el único problema que podían tener era el de ir a parar a un callejón sin salida (lo que ocurrió dos o tres veces), y se trataba de confiar en la suerte y que no fueran demasiado profundos; resolvía los dilemas con la brújula, escogiendo el camino que más directamente apuntaba al Cadroiani y poniendo una señal por si tenían que retroceder, tal como marca la preceptiva.

—Me cuesta creer —dijo Ígur— que el Centro no esté protegido por un enigma o por una ley.

—Debe estarlo —dijo Arktofilax con paciencia—, pero vistas las dimensiones del conjunto y las dificultades naturales, les debía parecer inútil extenderlo a toda la superficie de la gran sala, dado además que es muy improbable que la mayor parte sea nunca transitada —se detuvo—; quizá más que inútil les debía resultar imposible.

Llegó un momento en que las opciones del recorrido eran tridimensionales: salas más o menos esféricas con orificios transitables en todas direcciones, más adelante, nudos ambiguos de pasillos y plataformas intermedias, diluidos en superficies dobles, superficies continuas y escalinatas con formas caprichosas y toboganes con bifurcaciones de las que no se veían ni principio ni final. Arktofilax se guiaba por la

brújula entre parajes cada vez más abruptos, entre desplomes y cascadas de aguas dudosas.

—Esto ya no es natural —dijo Ígur, que empezaba a sentirse perdido.

—Cierto, pero aquí no existe ley, y por lo tanto no nos queda más remedio que poner marcas y confiar en la suerte.

Un poco más adelante, había un lugar en el que la iluminación fallaba, y tenían que echar mano de linternas; se oían ruidos extraños, del techo colgaban excreciones inidentificables, y por el suelo bullían aguas fétidas; llegó un momento en que la brújula daba vueltas sin control. Arktofilax se la mostró a Ígur.

—¡Un campo magnético! Ahora sí estamos perdidos.

—Al contrario, eso quiere decir que nos acercamos a la Ley —dijo el Magisterpraedi riendo—. Ahora no hay duda, el Cadroiani tiene una estructura centrípeta de acceso, y casi seguro que debe tener una centrífuga de salida. El Protocolo de Teseo llevado a sus últimas consecuencias.

Caminaron un cuarto de hora más, y pasada una botella de Klein escalonada y llena de espejos que Ígur encontró tan fascinante que Arktofilax lo tuvo que sacar de allí, encontraron una puerta escuadrada que, una vez abierta, les ofreció un pasadizo bifurcado, iluminado por un tenue resplandor cenital de cristal líquido dorado. En el ángulo de la confluencia, una inscripción:

S

Del Principio de todas las Estrellas

A la Serie de la Ley

Y de ahí a la Final

Inicial

—He aquí un enigma —dijo Ígur—; ahora hay que saber si el Laberinto está construido por etimólogos o por geómetras.

—¿Lo dices por la S? —dijo Arktofilax, que parecía entusiasmado leyendo una vez y otra la inscripción—. Pronto lo descubriremos; seguramente los constructores eran tanto una cosa como la otra, y la Entrada al Cadroiani esté regida con una predominancia y la Salida por otra. Veamos, aquí lo primero que tenemos son todas las Estrellas; ¿tienes la lista de las veintiocho que Debrel obtuvo? Ígur revolvió en la bolsa y se las dio; Arktofilax las examinó detenidamente—. Veamos —dijo—, ¿qué puede ser el Principio de todas las Estrellas de dónde se pueda extraer una serie dicotómica?

—¿Las iniciales?

—Muy bien. ¿Y la dicotomía puede consistir...?

—¿En vocales y consonantes?

—Perfecto.

En papel aparte, Ígur anotó cuál era vocal y cuál consonante, y obtuvo una serie.

C C V C C V C C V C V C C C C V C C C C V C V C V C C C

—No hay dos vocales seguidas —dijo—, de donde se infiere que actúan como separación de grupos; las repeticiones de consonantes son: dos, dos, dos, una, cuatro, cuatro, una, una, tres. Las metarrepeticiones producen la serie tres, uno, dos, dos, uno; la línea siguiente es uno, uno, dos, uno; después va dos, uno, uno; después uno, dos; después, uno, uno; y la última línea es dos.

—No hace falta llegar tan lejos —lo interrumpió Arktofilax—; el triángulo invertido de leyes y metaleyas es difícil de traducir en términos dicotómicos; volvamos a la serie. Contando los primeros grupos va tenemos suficiente: hay nueve, y es la Serie de la Ley; pero —apartó el papel y miró la inscripción—, ésa debe conducirnos a la Serie Final, que es la Inicial.

Ígur encontró poco clara la última relación.

—¿Inicial de qué? ¿Del Laberinto?

—No, del proceso deductivo de las Estrellas. La Serie Inicial se debe asociar con el seis, o quizás con el siete, pero antes tenemos que encontrar la relación. —Continuaba mirando la inscripción—. Ya lo tengo, gracias a ti. Me has preguntado si el enigma es obra de geómetras o de filólogos.

—De etimólogos —lo corrigió.

—¡Lo mismo da! La sigma indica serie sumatoria, y todo buen numerólogo sabe que el 9 está ligado a todos los juegos sumatorios, porque de la virtud de dejar invariable una suma final se derivan todas las propiedades de las series. —Ígur se mantuvo expectante, y Arktofilax prosiguió—: Se trata de las sumas finales obtenidas a través de las sumas sucesivas (o los productos por números naturales, si se prefiere) de las nueve cifras. Por ejemplo, el 2 produce la serie 2, 2+2=4, 2+2+2=6, etcétera; cuando se sobrepasa el 10, se vuelven a sumar las dos cifras obtenidas. Las series, naturalmente, son nueve. —Las escribió:

1: 1,2,3,4,5,6,7,8, 9...	8: 8,7,6,5,4,3,2,1, 9...
2: 2,4,6,8, 1,3,5,7, 9...	7: 7,5,3,1, 8,6,4,2, 9...
3: 3,6, 9...	6: 6,3, 9...
4: 4,8, 3,7, 2,6, 1,5, 9...	5: 5,1, 6,2, 7,3, 8,4, 9...
	9: 9...

Ígur observó la formación de bloques en pares y nones, y cómo las series completaban el ciclo cuando aparecía un nueve en la suma, y a partir de ahí se repetían, y también cómo las cifras que sumaban 9 producían series recíprocamente inversas hasta antes de llegar al 9.

—Es curioso el caso del 3 y el 6, que son las únicas series dentro de las cuales la suma de las cifras del ciclo completo no es 45, como en las demás, sino dieciocho.

—Muy bien, Caballero —dijo Arktofilax—, he ahí el verdadero enigma que ahora tenemos planteado: ¿cuál es la Serie Final/Inicial: la del 6 o la del 7?

—Si no hemos descartado la doble aparición de Capela en la serie completa, tampoco tendríamos que descartarla ahora en la reducida, por tanto debería ser el 7, pero el 6 es la cifra que nos abrió la Primera Puerta, y por tanto la inicial.

—¿Te inclinas por el 6? Piensa que con el 7 obtenemos 9 bloques de opciones iguales, mientras que con el 6 sólo obtenemos 3 —miró de nuevo la inscripción—; volviendo a los geómetras y a los etimólogos, ¿tienes idea de qué lugar ocupa la S en el alfabeto griego?

Ígur contó mentalmente.

—¡El dieciocho! —exclamó—. Por lo tanto, la solución es el 6...

—Sí, pero observa que la única secuencia 1,8 de todas las series se produce en la del 7, y precisamente en el lugar central.

Ígur miró a Arktofilax con desesperanza.

—¿Qué dice la respiración del Fidai?

—Dice que pudiendo proporcionar cuarenta y cinco elecciones, ¿qué constructor se quedaría sólo con dieciocho? Te propongo que, con tantas pruebas a favor de una cosa o de otra, escojamos el 7.

Una mezcla de náusea y cansancio sobrecogió a Ígur. ¿Cuántas horas llevaban ahí metidos? Y lo curioso es que no tenía ningunas ganas de dormir. ¿Por qué el dilema entre el 6 y el 7? ¿Por qué no entre el 4 y el 5, o el 2 o el 8? Recordó las advertencias de Cuimógino, y le parecieron del todo infundadas. Hasta ese momento no había nada terrible en el Laberinto, en todo caso absurdo y tedioso. Se ocuparon de la serie.

—Existe una cuestión inicial. ¿Empezamos por la derecha o por la izquierda?

—Siendo la primera cifra impar —dijo Arktofilax—, y no habiendo indicación alguna de que se trate de una clave exiliada, empezaremos por la izquierda.

—Entonces la serie es: siete a la izquierda, cinco a la derecha, tres a la izquierda, uno a la derecha, ocho a la izquierda, seis a la derecha, cuatro a la izquierda, dos a la derecha y nueve a la izquierda.

Recogieron los útiles y comenzaron por la primera bifurcación. Siempre en terreno plano, los pasillos trazaban una ligera curva variable que impedía en todo momento ver el principio y el final. La perfecta regularidad y sorprendente estado de limpieza del trazado, que cambiaba sutilmente de radio y de dirección, hacía que los caminantes acabaran con la impresión de no moverse de sitio. Las bifurcaciones aparecían a intervalos diferentes, y Arktofilax optó por marcarlas por si tenían que retroceder. A partir de la cuarta serie, cuando los grupos eran pares, las confluencias estaban cada vez más separadas, y cuando llegaron a la última serie de los nueve a la izquierda parecía que el Laberinto era un continuo. Pasada la última bifurcación, al final de una amplia curva el trazado del pasillo se enderezó con suavidad, casi asintóticamente, y poco a poco fue ofreciendo a cada paso una perspectiva más lejana por delante, hasta que se convirtió en una recta, en cuyo final, a kilómetros de

distancia, las cuatro aristas coincidían en un punto.

—Este trazado me recuerda la teoría según la cual el Laberinto reproduce las visceras maternas, y recorrerlo hace revivir un recuerdo primigenio —dijo Arktofilax, y rió—. En este caso el paralelismo es bastante explícito, pero no en el aspecto tocológico, sino en el digestivo, muy de acuerdo con el nombre que daban a la teoría los exégetas Asiáticos anteriores a Eraji, Copromaquia, o tráfico de los intestinos: aterrizaje por el aire en el interior de la boca, trituración, por tanto aumento de entropía, por tanto desorden estructural, y finalmente paso ordenado por los intestinos enrollados, el último de los cuales —señaló adelante— es recto. Los Astreos lo han resuelto de la forma más simple: Si la Entrada coincide con la Salida, se trata de un laberinto sexual; si no, de un Laberinto digestivo.

—Como emblema —dijo Ígur— no me parece apropiado. En el circuito digestivo no hay posibilidad de elección.

—El emblema tiene una dimensión más amplia. Es el conjunto de los circuitos ventrales lo que cuenta: la orina, las tripas, el sexo. En realidad, se puede ampliar a todo el cuerpo, porque también intervienen, en forma de impulsos nerviosos asociados a las funciones, la boca, la respiración, el oído, el olfato...

—De donde se deduce que el Laberinto es todo el cuerpo, en el cual el pensamiento, introducido por el impulso exterior, ha de encontrar el camino de salida por el órgano apropiado, en forma de acción.

—Eso está bien dicho —dijo Arktofilax—; más propiamente, si tenemos en cuenta el escenario donde se ordenan los impulsos, en ambos sentidos de la palabra, tanto de poner orden como de emitir las órdenes, el Laberinto es el cerebro, y en ese caso sí, más que en el de las vísceras, hay una buena equivalencia estructural, en primera instancia respecto a la forma, y también respecto a la complejidad electiva del funcionamiento.

Ígur continuaba obsesionado por los relojes. Se habían detenido a comer, pero no a dormir. ¿Qué día era? ¿Qué les pasaba a sus relojes biológicos? Miró a Arktofilax con recelo, pero procuró no exteriorizarlo. A medida que se acercaban al final del pasillo, se distinguía un pequeño ensanchamiento redondeado y, frente a ellos, un acceso igual que el de la Entrada. En poco más de una hora llegaron hasta allí.

—Esta puerta no contiene ningún enigma —dijo Ígur cuando estuvieron delante, y cuando iba a abrirla, Arktofilax lo detuvo.

La estancia, perfectamente semiesférica, tenía una falsa linterna que recibía una luz tenue que imitaba la natural, y la iluminación se complementaba con tiras de cuarzo líquido de un rosa dorado extrañamente evocador.

—Un momento, antes tenemos que atarnos y ponernos mascarillas —dijo el Magisterpraedi—. Veo la puerta muy bien acolchada.

—¿Qué teméis, una descompresión?

Arktofilax esbozó un gesto de incertidumbre, y una vez preparados, abrió la puerta; tal y como pudieron comprobar enseguida con los aparatos, ningún fenómeno atmosférico extraño les esperaba al otro lado, pero sí una visión impresionante, porque estaban, efectivamente, en el interior del inmenso hiperboloide del Cadroiani, de casi cuatro kilómetros y medio de diámetro en la base, no menos de dos en el punto de máxima estrechez, presumiblemente la misma medida en la coronación que en el suelo, y una altura posible de siete mil metros, apenas divisables en su totalidad desde el perímetro de la base. Pasada la primera conmoción visual, los expedicionarios comprobaron que no había ninguna otra puerta aparte de la que acababan de cruzar, y que les había conducido al nivel del suelo, y que en la superficie interior, de piedra verdosa iluminada por tiras de cuarzo líquido, se elevaba, perfectamente excavada en espiral de idénticos intervalos, una escalera ascensorial sin barandilla ni descansillos, y con el paso y la altura justos para una persona de pie. Arktofilax miró a Ígur con una media sonrisa.

—Confío en que los de Cruiaña seáis buenos montañeros.

Empezaron a subir la escalera, y en principio Ígur lo encontró excitante, pronto tedioso, y cuando calculaba que habían recorrido un uno por ciento de la distancia, procuraba distraerse con juegos geométricos y cálculos sobre el tiempo que les costaría llegar hasta arriba. El techo del Cadroiani, si se le podía llamar así, parecía totalmente plano, y tenía una difuminada luz lechosa de un gris entre marronoso y azulado que impedía apreciar, y menos a tanta distancia, en qué medida estaba separado del borde superior del hiperboloide, ni si era plano o abovedado. Ígur se fijó en el trazado de la escalera, tanto en el recorrido que les quedaba como en el que dejaban atrás, y poco a poco, al principio para distraerse, pero más adelante con una obsesión que tenía algo de vicio y algo de pesadilla, cayó en ofuscaciones geométricas, por ejemplo, cómo era que, siendo constante la inclinación ascensorial de la escalera y, por tanto, que si no fuera curvada se vería de principio a fin incidiendo la mirada en el mismo ángulo sobre los peldaños y sobre el techo, no era también así aunque el trazado girase, y el absurdo de pensar que entonces se vería igual un tramo superior que otro ya dejado atrás, lo que no resistía la menor reflexión de una mente entrenada en las leyes más elementales de la perspectiva, ni diluía la certeza de que, cuando una banda gira, uno de sus lados está más cercano del punto de vista que el otro y, en el tramo que queda por encima, eso sitúa el borde más alto que el interior en la línea de visión, de forma que los peldaños son invisibles y el techo visible, y aún más arriba, llega un momento que incluso la pared interior del trazado es invisible, y tan sólo se ve un fragmento del techo, que en lo más alto se convierte en una simple línea que se adivina más por analogía que por contundencia visual. Los ejercicios geométricos de Debrel asaltaron la memoria de Ígur, y empezó a fijarse obsesivamente en el techo de la escalera, que reproducía el mismo

escalonado del suelo de forma que superpuestos habrían casado a la perfección, hasta que se le ocurrió que no estaban subiendo hacia la punta del hiperboloide, sino que descendían al fondo caminando por el techo, y los verdaderos peldaños los tenía sobre su cabeza; un pensamiento que había empezado como una especulación curiosa se convirtió en un monstruoso vértigo geométrico, y de repente se dio cuenta de que no había manera de salir de allí si no era lanzándose al vacío (lo que, por cierto, desde aquella altura era más que suficiente para abrir un boquete en el suelo), y se sintió aniquilado por el pánico más irrefragable que había sufrido nunca. La curvatura interior del Cadroiani se convirtió en un bombo que daba vueltas y vueltas, y las añoranzas más placenteras que Ígur mantenía desaparecieron reducidas a la indigencia; las piernas se le negaron, y se tuvo que parar sin poder contener la debilidad y el temblor. Arktofilax, que iba delante, se percató y se dio la vuelta rápidamente.

—¡Deten la caída! —lo increpó perentoriamente, sereno y exigente—. ¡Detente inmediatamente! —Ígur se acurrucó contra el lado interior, completamente aniquilado, y sintió que sólo le quedaban fuerzas para precipitarse al vacío, y tenía que aprovecharlas antes de que le cayera encima un horror aún peor. Arktofilax lo notó, y lo estrechó con fuerza desde el peldaño superior—. ¡Respira con fuerza! ¡Vuelve ahora mismo! ¡Respira hondo!

Ígur se sentía capaz de desembarazarse de Arktofilax de un simple tirón, e invocó la respiración del Caballero; en el último momento, cuando ya se veía perdido, consiguió un dolorosísimo vuelco en su interior que lo dejó extenuado, pero con el equilibrio recuperado y ya camino de la tranquilidad.

—Ya está —dijo al Magisterpraedi, y lo miró interrogante.

—Es uno de los síntomas de lo que se llama el desarme laberíntico, un fenómeno perfectamente conocido, y evitable con un poco de práctica; lo pueden ocasionar las causas más diversas, y se trata de atajarlo al principio, con un pensamiento equilibrador, por ejemplo, si te asalta un desconcierto gravitacional, como te acaba de pasar, dedícate a pensar en la cohesión del mar, o carga con todo lo que llesves encima con una sola mano, o aún mejor, cuélgatelo de un dedo; en el fondo es un problema de respiración, como has podido comprobar y que, por cierto, has resuelto por instinto de manera brillante, pero se trata de no tener que llegar a tales extremos, porque puedes debilitarte innecesariamente.

—Me ha parecido un trastorno de la personalidad.

—¿De la personalidad? —Arktofilax esbozó un gesto vago—. Llámalo como quieras —lo miró afectuosamente—; quizá has llegado a conclusiones propias.

La observación era un interrogante mal encubierto, e Ígur lo aprovechó.

—El problema más grave que tengo es con el tiempo.

Ambos estaban de cara a la pared, procurando no mirar el monstruoso espacio

interior del Cadroiani y, sobre todo, su horrible escalera rebajada en espiral.

—El tiempo se ha enrarecido —dijo Arktofilax en voz baja—. Hemos perdido los ciclos referenciales, no tan sólo los días y las noches, sino más que nada las mareas sociales: remesas laborales, de alimentación y de reposo. Estamos a merced de nuestros relojes interiores, de una inercia de las pautas hacia una masa sin pautas.

—Eso es evidente —dijo Ígur con impaciencia—. Pero hay algo más. ¿Cuántas horas hace que no dormimos? ¿Cuándo comimos por última vez? ¿Cuántas horas hace que subimos escaleras?

—¿Horas? —dijo el Magisterpraedi con una sonrisa—. ¿Horas de cuáles?

—Horas de las del reloj.

—¿De qué reloj? ¿De éste? —Le mostró la esfera de cuarzo líquido—. Esto no sirve de nada aquí adentro. Estamos dentro de otros parámetros.

—No lo entiendo —dijo Ígur.

—No es comprensible dentro de los parámetros comunes.

Se enzarzaron en una discusión sin salida sobre la naturaleza de las cosas que no se pueden expresar con el lenguaje de que el hombre dispone, y si tales cosas existían o no, es decir, si el lenguaje es una herramienta incompleta que hay que abandonar cuando se llega a ciertos terrenos, o bien si es posible ampliarlo para explicar cosas que de otra forma parecen inexplicables, o bien si todo eso es una falacia y el lenguaje es dominio del cerebro, y de todo lo que se le escapa no hay que preocuparse porque realmente tanto da que exista o no, porque la mente (y el cuerpo incluso, en otro concepto de hombre) nunca lo apreciará.

—Pero es innegable que yo acabo de encontrarme mal —dijo Ígur.

—Tú has sufrido una resquebrajadura, has visto una sombra, porque posiciones ambivalentes hay muchas, pero la explicación completa ya no te pertenece.

Ígur no se daba por vencido.

—El lenguaje se modifica continuamente, tanto en un sentido como en otro; hay artes antiguas que se olvidan, y la ciencia y la técnica obligan a ocupar parcelas nuevas.

Artofilax negó con la cabeza.

—Todo eso no son más que minucias. Apariencias. Es tan absurdo como aquella imagen del mundo comprensible finito, como una especie de bolsa de ser con los límites como burbujas entrando y saliendo de la nada.

—Entonces el problema no tiene solución.

—Tal y como tú la quieres no —concluyó Arktofilax, y puso la mano en el hombro de Ígur—. ¿Estás bien para continuar?

Prosiguieron, y el camino parecía inacabable; cuando no habían recorrido ni una quinta parte, se detuvieron, e Ígur quiso especular sobre qué podían encontrar en la parte superior del Cadroiani.

—Si ahora estamos dentro de un objeto del interior del cuadrado que hemos dejado atrás, iremos a parar fuera de aquel espacio, ¿no?

Arktofilax sonrió.

—No sabes si estamos dentro o fuera, y no te lo recrimino. Si abrimos un boquete aquí —tocó la pared—, saldremos al interior del cuadrado, y no creas que es más correcto decir saldremos que entraremos.

Ígur se refugió en las frugales lecturas de la Ley del Laberinto.

—Entiendo que hay dos maneras básicas de recorrer un Laberinto, siempre que no tenga techo y el perímetro sea accesible: por dentro, Laberinto negativo en el que, como en un recipiente, se utiliza el vacío y es lo que lo resuelve, mientras que lo sólido hace los obstáculos, y el Laberinto positivo, el mismo pero transitado por encima: se recorre lo lleno y por lo lleno se resuelve, y el vacío lo interrumpe; recorrer el Laberinto sólido, cuando se hace por encima, tiene la ventaja visual de que hasta un cierto punto es posible prever el recorrido.

—Sí, pero también puede ser, si el constructor ha sido inteligente, que haya aprovechado esa aparente facilidad para introducir otros engaños. ¿Así crees que arriba encontraremos un Laberinto positivo?

—No lo sé —dijo Ígur—, pero no sería incoherente con la geometría del conjunto, y reforzaría la idea de acceso interior al Cadroiani y salida hacia el exterior, con la expectativa cualificando el camino: entrada-interior-negativo hasta el Cadroiani, salida-exterior-positivo después del Cadroiani.

—¿Y ahora mismo?

—Ahora sería el punto de inflexión —tocó la pared y señaló el vacío—: Laberinto lateral con énfasis en las dos inclinaciones del hiperboloide: estrechándose hasta el punto central, ensanchándose hacia el desenlace.

—No está mal pensado, una buena montaña psicocósmica —dijo Arktofilax—. Veremos si los constructores te habrán hecho caso.

Continuaron el ascenso, y hasta que, unas horas más tarde, no hubieron sobrepasado ampliamente el punto medio, no pudieron apreciar que el espacio entre el límite del hiperboloide y el techo no era continuo, como podía parecer desde abajo, sino que estaba sostenido en primer término por una delicada columnata circular y, más atrás, por un muro igualmente circular, concéntrico, igual que la columnata, con la planta del hiperboloide. A medida que subían y disminuía la distancia, apreciaron que lo que parecían columnas finas eran en realidad poderosos cilindros de no menos de cinco metros de diámetro, y el efecto etéreo era producto de su gran esbeltez, porque el techo estaba a más de cien metros del extremo del hiperboloide. Finalmente llegaron arriba, y a Ígur le faltó poco para conmoverse cuando al emerger de una barandilla baja y ancha su vista se expandió por una vasta superficie plana al alcance de sus pies. A pesar de que el ámbito, de una meliflua luz dorada, era menos

luminoso de lo que parecía desde abajo, el contraste convertía el gran agujero oscuro del Cadroiani en un recuerdo maligno.

—Allí hay una puerta —dijo Ígur, después de un recorrido visual por la pared cilíndrica.

—Antes tenemos que asegurarnos de que no haya ninguna otra oculta tras una columna, incluso que no haya ninguna en una columna.

La verificación les llevó un rato, y volvieron a la puerta del principio. No había ninguna indicación, y la abrieron después de las precauciones habituales contra un posible incidente atmosférico. Una vez más, el aire era respirable, y se dirigieron a un larguísimo pasillo, casi tan largo como el último anterior al Cadroiani, en cuyo final había aún otra puerta.

—De momento —dijo Ígur— parece que los constructores optan por la simetría simple.

—Simetría de elementos, pero sin afectar al orden interno —dijo Arktofilax, señalando la parte superior de la puerta, donde se apreciaba una pantalla de cristal líquido con una inscripción; Ígur la leyó en voz alta.

La Reina Blanca desea al Príncipe
La Reina oculta la ventana y vigila a su Rey
Sin descuidarse, la Reina complace a su Rey
La Reina Blanca olvida al que sale y espera al que vendrá
La Reina Vigilante se abre al Príncipe

—Entiendo —dijo Ígur— que se trata de un poema móvil, porque si no estaría esculpido o pintado, no en una pantalla de cristal.

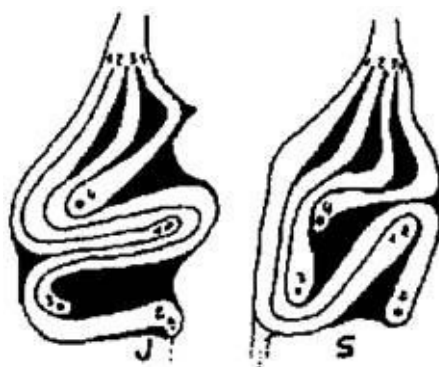
—Has hablado a la ligera, Caballero —lo recriminó Arktofilax—. En primer lugar, no es menos efímero lo esculpido en piedra o en mármol que la impresión en cristal líquido, y es menos visible en determinadas condiciones; y después, no sé de dónde sacas que eso sea un poema; no sé distinguir ninguna ley métrica, rítmica ni tan sólo sintáctica. Veo cinco descripciones pertenecientes al corpus que llaman los Episodios de la Reina Cuádruple —Ígur abrió mucho los ojos y Arktofilax lo miró con benevolencia—; no te recrimino que no lo conozcas, no está incluido en la Ley del Laberinto y, la verdad, me sorprende encontrarlo aquí, porque es más propio de la Apotropía de Juegos de la época del Hegémono Barx. Por suerte, he traído las reglas.

Sacó de la bolsa un volumen antiguo, de cerca de quinientas páginas de letra pequeña y dibujos.

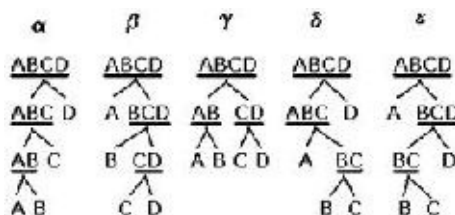
—Más que un Juego parece un breviario —dijo Ígur, leyendo al azar las hojas que el Magisterpraedi pasaba hacia adelante y hacia atrás.

—Empezaremos por repasar las figuras —se detuvo en un cuadro que

representaba en pequeñas siluetas de trazo primitivo diversas posturas de una mujer sola o en compañía de un hombre—. Cada figura corresponde a una de las sentencias de la inscripción, y lo primero que tenemos que hacer es identificarlas. Antes veremos qué significa cada figura. —Retrocedió unas páginas, y le mostró dos dibujos que representaban circuitos—. Es una representación de dos variantes de la solución al problema de los suministros sin cruces —explicó Arktofilax—. Fíjate, la postura **J** corresponde a la Reina agachada, mirando a la derecha; ésa es la posición exaltada, a la izquierda sería exiliada, y a la **S** le corresponde la Reina sentada, igualmente mirando a la derecha, y con el codo sobre la rodilla; esa disposición de exilio y exaltación no es arbitraria, sino



que mantiene, como puedes ver, la misma correspondencia entre el orden de las vías de entrada y los puntos de llegada, que se verían alterados hacia el simétrico si las dos Reinas mirasen al mismo lado. En lo referente a las figuras exiliadas, se representan, respectivamente en cada simétrica exaltada, por **j** y **s** minúsculas. Aparte del recorrido interior, que es un tratado emblemático de curvas demasiado complejo para empezar ahora a especular, la verdadera distinción entre las dos figuras es que en **S** se sale por la vía 1, que es la 4 en la figura **s**, ya que de otra forma las dos vías extremas podrían ser eliminadas ya de entrada; eso complica esta figura con una bifurcación adicional. Observa que entonces todo sería relativamente fácil si siempre encontrásemos bifurcaciones cuádruples (bastaría con ir tirando por la segunda a la derecha), o con bifurcaciones simples de acuerdo a un solo modelo; pues bien —pasó unas cuantas páginas—, los modelos posibles de series de bifurcaciones son cinco, o, para ser más exactos, tres, si descontamos los correspondientes simétricos —le mostró el cuadro:



Prosiguió—: Observa que el autor del libro, en un justo anhelo de complicar las cosas, o quizá para que ningún lector distraído o exagerado confunda los grados de

abstracción, llama 1, 2, 3 y 4 a los caminos de la Reina y A, B, C y D a las bifurcaciones de los esquemas que, con buena lógica, les corresponden. Hecha la aplicación, obtenemos un cuadro de posibilidades sobre las bifurcaciones que hay que escoger para ir a cada uno de los cuatro puntos; observa que el cuadro contiene tan sólo la mitad de las posibilidades, porque corresponde a las figuras exaltadas; el autor del libro, con buen criterio, supone que no tendremos dificultades para obtener las figuras simétricas donde, obviamente, la salida se obtiene por la vía 3 en lugar de la 2 en la *j*, y por la 4 en lugar de la 1 en la *s*, figura en la que, además, hay que añadir un giro a la derecha en la exaltada, y un giro a la izquierda en la exiliada.

—Arktofilax volvió la página y mostró a Ígur un nuevo cuadro de posibilidades:

Para fig. a	Desde α	Desde β	Desde γ	Desde δ	Desde ϵ
A	Derecha Derecha Derecha	Derecha Derecha Derecha	Derecha Derecha Derecha	Derecha Derecha Derecha	Derecha Derecha Derecha
B	Derecha Derecha Izquierda	Izquierda Derecha Izquierda	Derecha Izquierda Derecha	Derecha Izquierda Derecha	Izquierda Derecha Derecha
C	Derecha Izquierda Izquierda	Izquierda Derecha Derecha	Izquierda Derecha Izquierda	Derecha Izquierda Izquierda	Izquierda Derecha Izquierda
D	Izquierda Izquierda Izquierda	Izquierda Izquierda Izquierda	Izquierda Izquierda Izquierda	Izquierda Izquierda Izquierda	Izquierda Izquierda Izquierda

Prosiguió—: De ahí, en el último paso del proceso, resultará el recorrido. Ahora se trata de identificar las posturas de la Reina con las descripciones de la inscripción; veamos: 'La Reina Blanca desea al Príncipe' —volvió a las páginas con pequeñas siluetas en diferentes actitudes, y señaló dos—; puede ser la mujer sentada o la mujer agachada, pero en cualquier caso, la mujer está sola; segunda línea: 'La Reina oculta la ventana y vigila a su Rey'; aquí hay una clara inversión de postura, así es que si la Reina miraba a la izquierda, ahora mira hacia la derecha, y viceversa. —Escogió otra figura—. Observa también que desear tiene un sentido dinámico más acentuado que ocultar y vigilar, por lo tanto a la primera línea le corresponde una figura agachada, y a la segunda una sentada.

—El razonamiento me parece débil —dijo Ígur.

—Quizá lo sea, pero si no hay elementos que nos convenzan de que lo contrario tiene más fuerza, nos tendremos que atener a esto. —Ígur no dijo nada más, y el Magisterpraedi continuó—. Recapitulemos: tenemos la historia de un triángulo de fuerzas eróticas: la Reina, el Rey y el Príncipe, por tanto, la gran hembra fluctuante entre el Rey, que es su poseedor legal, y el seductor extranjero; es la vieja fábula que tantas materializaciones ha tenido (tal vez la más célebre sea la de Arctús, Ginebra y Lancelot).; ¿Cómo se disponen los elementos? La Reina está fija porque es la tierra, y los machos son cuerpos celestes que aparecen y desaparecen a medida que la tierra gira; el título de Reina Cuádruple no proviene de los cuatro caminos del interior como opciones, sino de las cuatro posibles posturas: sentada a la derecha o la izquierda, agachada a la derecha o a la izquierda. Observa que el Rey y el Príncipe aparecen y son vigilados a través de una ventana a ras de suelo que representa el horizonte, y que la Reina oculta con su cuerpo cuando le conviene vigilar la aparición

de uno o de otro, u ocultar al amante a los ojos del esposo. Una vez más, tenemos una fábula astral en la que claramente el Rey representa al Sol —señaló la figura en posición erecta con aureola radiada—, el Príncipe una determinada estrella brillante, quizá un planeta, Júpiter, Marte, más raramente Mercurio, porque está asociado al Sol, y la desaparición del Príncipe en presencia del Rey, la alternancia entre el astro diurno y el nocturno, como el Sol oculta las estrellas, que retornan cuando muere. Vayamos a la tercera línea: "Sin descuidarse, la Reina complace a su Rey." —Escogió la silueta que representaba a un hombre de pie y a una mujer contra la ventana agachada ante él en actitud inequívoca—. La cuarta línea dice: 'La Reina Blanca olvida al que sale y espera al que vendrá.' En ésta el dinamismo es dudoso, pero sabiendo que los episodios de la Reina Cuádruple evitan las repeticiones, y sabiendo entre qué figuras se sitúa la cuarta, yo optaría por ésta. —Señaló la representación de una mujer sentada de cara a la ventana—. La última línea, 'La Reina Vigilante se abre al Príncipe', está clara: la mujer no pierde de vista la ventana y se abandona al placer en recepción de retaguardia. —Escogió la figura que lo representaba—. Así pues, tenemos esta secuencia —hizo un rápido esbozo—; hagamos un repaso argumental:



Uno, la Reina desea al Príncipe; observa que se trata más de una despedida que de una bienvenida; posiblemente acaba de separarse del amante. Dos, el Rey ha llegado y ella oculta la ventana con el cuerpo para proteger la huida del enamorado. Tres, el Rey es complacido y ella procura tapar la ventana con el propio cuerpo. Cuatro, muy parecida a la primera, pero más estática, como indican olvidar y esperar en lugar de desear. Cinco, la Reina no pierde de vista una posible aparición del Rey mientras se entrega al Príncipe. Ahora el problema es la orientación. Las reglas del Juego exigen que la ventana esté siempre en el mismo sitio, y eso nos podría hacer caer en contradicciones astronómicas; básicamente, la cuestión es si el punto de vista es Austrífugo o Austrípeto (o Artípeto o Artífugo, si lo prefieres), es decir, si nos orientamos al Norte o al Sur. Tal y como ahora lo tenemos, si el Sol y las estrellas salen por la izquierda, miramos al Sur en invierno, y si salen por la derecha y se ponen por la izquierda, significa que miramos al Norte en verano; la cuestión es que en la primera figura se supone que la Reina mira cómo el Príncipe se va, por tanto tenemos el Poniente a la izquierda, y miramos al Norte en verano tal y como ahora tenemos la figura. Eso no se contradice con el hecho de que los dos astros, en las figuras tercera y quinta, aparezcan por la derecha y miren a la izquierda, pero sí introduce ambigüedad en la cuarta figura, en la que si recalcamos la segunda parte de la frase tendríamos que concluir que tenemos el alba a la izquierda. La cuestión es, por tanto, si la serie escogida es correcta y tenemos una historia Austrífuga (o

Artípeta) de verano, o bien si tenemos que dar la vuelta todas las figuras para ponerlas Artífugas y situarnos en invierno.

—Es invierno —dijo Ígur—, lo indica el único adjetivo que aparece en toda la inscripción, 'Blanca', que además se repite dos veces. 'Vigilante' no se puede considerar un adjetivo, porque en realidad sustituye a 'que vigila'.

—Quizá acabes de resolver el paso siguiente. Más adelante ya hablaremos. Continúa.

—'Blanca' es emblema de invierno.

—Aunque el razonamiento es erróneo, indirectamente has proporcionado la clave. Efectivamente, 'Blanca' es el único adjetivo, y está situado ahí para despistar y hacer creer que indica el invierno; pero la repetición proporciona la ley que la convierte en una trampa y, por contra, nos confirma que la historia es Austrífuga y estamos en verano, por tanto que hemos escogido la serie correcta. Una interpretación oficialista, en la línea habitual de consagrar y fijar los engaños, identificaría el epíteto 'Blanca' con el color de los cabellos y, por tanto, con la vejez, y significaría 'llena de cordura'; pero 'Blanca' es el indicativo sexual para decir 'llena de semen', y aparece después de que la Reina haya recibido al Príncipe, en la primera figura (así sabemos también que la historia es cíclica, como no podría ser de otra manera tratándose de una fábula astral, y después de la quinta línea hay que volver a empezar en el caso de que encontremos más bifurcaciones), y en la cuarta después de recibir al Rey en la tercera.

—Sólo falta identificar cada línea con uno de los cinco modelos de bifurcaciones —dijo Ígur, y buscó la página del cuadro correspondiente—; tenemos una figura por cada modelo, así que es de suponer que no haya ninguno repetido. Siempre queda el recurso de asociar el árbol **a** a la primera figura, **b** a la segunda, y así sucesivamente.

—No, demasiado inmediato. Hubiera sido más sencillo poner 'que vigila' que 'Vigilante'; y 'Blanca', aparte de despistar acerca de la orientación, tiene como objetivo ganar dos sílabas.

—Os referís a que el constructor necesitaba ganar dos sílabas en la primera línea y en la cuarta, y pudiendo haber escogido cualquier otra cosa, por ejemplo, dentro de la misma posibilidad de adjetivación, en lugar de 'blanca', 'roja', o 'negra', aprovechó para introducir las con un elemento desorientador.

—Sí —dijo Arktofilax.

—Pero ¿por qué necesitaba dos sílabas más en esas líneas?

—Para hacer concordar las sílabas métricas de cada línea con las cifras del orden del cuadro de bifurcaciones posibles; al principio has dicho que teníamos ante nosotros un poema, y yo te he dicho que no había ninguna ley rítmica ni acentual, y eso no es totalmente cierto, con independencia de que la inscripción se quiera considerar un poema o no. Las sílabas métricas son 9 en la primera, 14 en la segunda,

13 en la tercera, 16 en la cuarta y 10 en la quinta.

—No veo la relación con el orden de los árboles de bifurcaciones.

—Hay que reducirlas a los máximos divisores. Veamos, el de 9 es 3; el de 14 es 7, pero como sólo hay cinco columnas, dejemos el 7 aparte y conservemos el 2. 13 es primo así que, puesto que por la razón anterior lo rechazamos, tenemos el 1. Haremos lo mismo con el 16, en el que no nos sirve el 8 pero sí el 4 ya que podemos repetir el 2, puesto que nos ha resultado de un caso anterior en que no hay alternativa, y, finalmente, en el 10 obtenemos el 5. Por tanto, obtenemos la serie 3, 2, 1, 4, 5, y de ahí **g** en la primera figura, **b** en la segunda, **a** en la tercera, **d** en la cuarta y **e** en la quinta. A partir de ahí ya todo es mecánico.

Ígur se ocupó de anotar los resultados que obtenía de los cuadros.

—Primera figura —repasó al acabar—, **gC**: Izquierda, derecha. Segunda figura **SbA**: Derecha y adicional derecha. Tercera figura, **JaB**: Derecha, derecha, izquierda. Cuarta figura, **sdD**: Izquierda y adicional izquierda. Quinta figura: **jeC**: Izquierda, derecha, izquierda. Por tanto, la serie completa es: I, D, D, D, D, D, I, I, I, I, D, I. En conjunto, doce bifurcaciones, seis a la izquierda y seis a la derecha.

—Muy bien —dijo Arktofilax—. Vamos, pues.

Abrieron la puerta, y con gran sorpresa de Ígur encontraron una pequeña habitación con una segunda abertura, en forma de caja fuerte y un dispositivo de ranura parecido al del Rotor del Atrio. Encima de la ranura había un pequeño cuadro de instrucciones, que Ígur leyó en voz alta.

Perforar la solución obtenida en la placa. Ganarla de aquí mismo.

Sentido frontal de mano derecha uñas abajo. Código 5.

—Parece un código de esgrima —dijo—. ¿A qué solución se refiere?

—La indicación Código 5 es ambigua, tanto puede tratarse de las cinco alternancias entre izquierda y derecha que hemos obtenido (1 a la izquierda, 5 a la derecha, 4 a la izquierda, 1 a la derecha, 1 a la izquierda), como de las figuras. En relación a la solución, lo único que se me ocurre es la serie de la obtención final 3, 2, 1, 4, 5. Quizá lo consigamos más fácilmente si ganamos la placa.

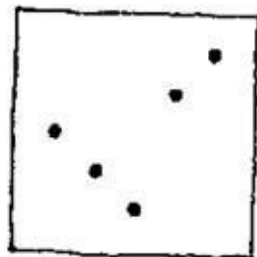
Siguieron las instrucciones, y la ranura emitió una placa cuadrada finísima de aleación metálica parecida al cobre, con un punzón al lado; en ella se apreciaba una retícula de 6x6.

—Está dividida en 36 cuadrados iguales. La relación con un hipotético Código 5 —dijo Ígur— es más bien incierta.

—En absoluto —dijo Arktofilax después de unos instantes de reflexión—, es clarísima. Los cuadrados exteriores son un reborde, y lo que cuenta no es el interior de cada uno de los 36 cuadrados pequeños, sino las intersecciones de las líneas

divisorias, que son 25, es decir 5x5. Se trata de tomarlas como coordenadas y perforar, en la línea 1 en horizontal la intersección 3 vertical, en la 2 la 2, en la 3 la 1, etcétera.

Lo hicieron así, y obtuvieron una figura parecida a una T acostada.



—¿Hay que verlo como un emblema? —dijo Ígur—. El cisne que vuela, los caminos que se encuentran...

—La interpretación es más fuerte, si estás dispuesto a hacerla. Son los Tres y los Dos.

—¿Eliminamos el Uno?

—Al contrario, los Tres y los Dos nos abrirán el dominio del Único.

Tomó el disco perforado con la mano derecha plana, la palma mirando hacia abajo y las puntas de los dedos hacia la izquierda, y sujetándolo efectuó el doble giro de la palma hacia arriba y las puntas de los dedos hacia adelante, tal y como indicaban las instrucciones, y lo introdujo en la ranura. Se oyeron unos carillones digitales, después unos chasquidos mecánicos, y la puerta se abrió sin ningún ruido. Tenían delante el recorrido de la salida del Cadroiani.

—No entiendo el porqué del enigma a resolver —dijo Ígur—; si el Laberinto sólo tiene bifurcaciones, y no cruces o nodos, era suficiente recorrerlo con un orden.

—En absoluto, es imprescindible no equivocarse ni una vez, y con el disco hemos comprobado que vamos por el buen camino, por lo menos en lo referente al tipo de bifurcaciones, porque podemos habernos equivocado en la orientación y en las figuras. Los corredores errados conducen a trampas mortales. Para ser más exactos, conducen a árboles donde no hay manera de distinguir lógicamente si se va por el buen camino o no, porque todas las bifurcaciones son iguales, y acaban directamente en la aniquilación, o en un Juego con un uno por mil de posibilidades de resolución, y aun en caso de resolverlo sin más opción que retroceder.

—Deduzco que el buen camino también se acaba en un Juego, porque si no sería suficiente con encontrar uno para saber que se va por mal camino, y retroceder.

—Así es. Si no nos hemos equivocado, ahora acabaremos el Protocolo de Teseo y entraremos en el de Heracles, y el Juego final nos conducirá directamente a la salida.

Cuando llegaron a la primera bifurcación y fueron hacia la izquierda, Ígur sintió un pesar inexplicable, mezcla de impaciencia y nostalgia sin objeto concreto

aparente... y sin embargo, ¡había tanto en qué pensar! Se le ocurrió que, a pesar de las complicaciones de la última parte y, sobre todo, los retrocesos camino del Cadroiani, todo había resultado tan fácil en el interior del Laberinto como antes de entrar, que no había habido errores importantes ni dudas excesivas, por más que muchas opciones pareciesen discutibles. Miró a Arktofilax con recelo, y se preguntó hasta qué punto los planos de los constructores de los Laberintos podían llegar a ser asequibles a determinados personajes. Los pasillos de la salida del Cadroiani resultaron más abruptos que los de la llegada; los paneles de luz digital no tenían la regularidad y la fuerza de los otros, y a medida que avanzaban había más apagados e incluso rotos.

—Esta parte parece más degradada —dijo Ígur.

A partir de la tercera bifurcación a la derecha, el trazado se volvió ligeramente ascendente, con una inclinación casi imperceptible al principio, y poco a poco más pronunciada, hasta llegar a tramos escalonados. En concreto, la penúltima bifurcación a la izquierda de la serie de cuatro estaba en el centro de una poderosa escalinata curvada, con una altura de casi diez metros y el ángulo de partición de los dos caminos lleno de esgrafiados representando persecuciones, combates, metamorfosis y devoraciones; algunas escenas estaban desconchadas y, perdida parte de la representación, la incompletud añadía un enigma adicional.

—No lo mires tanto —dijo Arktofílax—, aún te encontrarás a ti mismo.

Ígur lo tomó como una broma, pero no dejó de pensar en el efecto que tal cosa le produciría. Se sentía propenso a una cierta clase de emoción contemplativa y convaleciente, y la falta de reposo había dado una dimensión nueva a los propósitos. De repente el corredor se convirtió en un pasillo con barandillas abierto a un paraje interior parecido al precedente a la inscripción que encabezaba la S; tras cien metros de curvas en torno a masas pétreas emergentes, colgantes o que comunicaban sin interrupción el suelo y el techo, el pasillo se había convertido prácticamente en un puente con tramos porticados unos, otros apenas protegidos con una barandilla y otros donde casi había que escalar. La última bifurcación a la izquierda de la serie de cuatro desembocaba en una amplia sala interior, y la cruzaba a una altura media de unos diez metros; a ambos lados del camino los lagos subterráneos de tan transparentes como eran habrían pasado desapercibidos para un contemplador profano, que sólo con mucha atención habría apreciado la leve línea de verdín que la superficie del agua marcaba en las paredes, de no ser porque estaban llenos de cuerpos humanos en diversos grados de consunción.

—Mirad —dijo Ígur sin poderse contener, porque los había tan recientes que excitaban algo más que la curiosidad morbosa.

—Esto sí que no lo esperábamos, ¿eh? —dijo Arktofilax con gravedad.

Recorrieron aquellos quinientos metros más lentamente que ningunos otros. La

aguas estaban repletas de ahogados, muchos más de los correspondientes a las expediciones reconocidas, y asaltaba con fuerza la evidencia de las incógnitas. ¿Había habido Entradas clandestinas al Laberinto? ¿En qué grado de furtividad? ¿Había tolerancia por parte del Imperio? ¿De qué sectores procedía? ¿A qué precio?

—Aquí —dijo Ígur—, la estructura del conjunto aún debe corresponder al Protocolo de Teseo.

—Esto es una metaestructura —dijo Arktofilax—, incluida dentro, o por encima si lo prefieres, de la estructura exegética de los Protocolos.

Aquí es donde hubiéramos ido a parar si llegamos a cometer algún error que parece ser clásico a juzgar por la gente que lo ha cometido —sonrió con ironía—, posiblemente ligado a la posición de la segunda figura, que podría haber estado agachada en lugar de sentada. El Apótrofo de esta parte debe de ser el piloto naval Canopus, y el premio al rodeo es una trampa hidráulica, espejismos del Lago de Moeris, donde, para contemplarlos, Poseidón conserva los frutos obtenidos.

La ambigüedad dialéctica de Arktofilax alarmó a Ígur.

—Ya tengo ganas de pasar de la Apotropía de Poseidón a la de Helios —dijo, ajeno a la mirada tranquila del Magisterpraedi.

El camino trazó una nueva inflexión, y tras la bifurcación a la derecha se volvió plano otra vez. Ígur caminaba detrás, y le pasaban por la cabeza pensamientos desbocados, repentinos asaltos de certezas temerarias, como que su compañero no era más que un espejismo, o que cuando se diera la vuelta su silueta no sería más que una armadura vacía. Poco después de la bifurcación a la derecha, Arktofilax se detuvo y señaló otra vaguada.

—¿Querías una Apotropía de Helios? Aquí tienes la de Dioniso.

Ígur se acercó con una aprensión agrídulce, y lo que vio, tal vez por acumulación, le heló la sangre aún más que el Laberinto hidráulico. Ante él se extendía un vasto conjunto de bloques de piedra o, más posiblemente, de hormigón plástico plomado, colocados en posturas caprichosas entre grandes masas de arena; sin duda, pensó Ígur, formaban parte de un Juego tridimensional cuya solución conducía a un movimiento de las piezas que abría caminos o los borraba para siempre; el resultado era la visión de un número difícil de precisar, pero que a Ígur le pareció no inferior a doscientos, de cuerpos triturados que ofrecían un espectáculo de individuos y huesos semimomificados que sobresalían a medias entre bloques de piedra o los escalaban perpetuados en posturas de desesperación. Arktofilax se detuvo junto a Ígur.

—Esto sí que es peligroso —dijo—. Esta parte del Laberinto está toda ella fuertemente conectada, y, si los Entradores ineptos han hecho saltar ciertas trampas, puede ser que esté obturado hasta el camino correcto. Cuando uno falla en una cuestión primordial no tan sólo se pierde a sí mismo, sino que convierte el Laberinto en una pieza definitivamente inexpugnable.

—¿No habría afectado al conjunto del mecanismo? —preguntó Ígur pensando que, si fuera así, ya no se habría abierto la puerta de la S.

—¿Qué habrían ganado? ¿Te encuentras con ánimos de retroceder? —Sonrió—. No conocemos los mecanismos internos de seguridad, ni si hay diversas fases de construcción en conflicto entre ellas. Quién sabe quién es toda esta gente atrapada. ¿Entradores clandestinos? ¿Condenados a quienes, tal vez para comprobar la eficacia del mecanismo, quizá simplemente para hacerlos desaparecer sin publicidad, se ha obligado a recorrerlo sin guía ni preparación? ¿O es que el Laberinto tiene otra Entrada?, quién sabe, una trampa urbana, ¡el castigo de una cabina de Juegos en la que los perdedores son engullidos por un mecanismo que los propios empleados desconocen hasta dónde conduce! Incluso podría ser que fueran los cadáveres de los obreros que trabajaron en la construcción, a quienes los arquitectos no permitieron, sin duda con la bendición del Emperador, que salieran para divulgar el secreto.

Continuaron hasta un ensanche del camino, que acababa en una especie de glorieta de tonalidades rojizas que a Ígur le hizo pensar en el interior de un gran paladar nervado de sangre. En un rincón había dos sillas, y el efecto resultaba tan absurdo que Ígur se resistió a sentarse, como si se tratase de objetos malignos; pero el Magisterpraedi lo hizo sin ningún reparo, e Ígur se quedó mirándolo con un desasosiego paralizador. ¿Por qué dos sillas y no tres, o una, o cuatro? Ígur miró atrás con aprensión, después adelante. ¿Quién más estaba dentro del Laberinto? Por todas partes sentía ya presencias inminentes, y sin embargo miraba a Arktofilax y sentía un vacío absorbente. Desde donde no había nadie, se temía espiado, y al lado del Magisterpraedi se encontraba abrumadoramente solo.

—¿No deberíamos dormir? —preguntó.

—Dentro del Laberinto no se duerme —dijo Arktofilax sin mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque todo el Laberinto ya es en sí mismo un sueño —dijo el Magisterpraedi, y le dirigió una mirada que lo dejó helado, porque había en el interior de sus pupilas un tenebroso reflejo rojo.

Ígur no se contuvo.

—Vuestros ojos...

Arktofilax apartó la mirada.

—Es el reflejo de estas paredes, juntamente con las emanaciones ferruginosas. A los tuyos les pasa lo mismo.

—¿Emanaciones ferruginosas? Nunca había oído nada tan absurdo. Voy a mirarme en un espejo. —Buscó en la bolsa.

—No lo hagas —dijo lentamente Arktofilax, sin moverse y con tanta gravedad que Ígur se quedó inmóvil. Aunque la entonación había sido completamente pausada, la advertencia pesaba absoluta.

—¿Por qué?

Arktofilax se levantó y se alejó unos pasos.

—Ya veo que no has llegado al final de la Ley del Laberinto —dijo vuelto de espaldas—. Sabrías que uno de los cinco preceptos del último tramo es que, por más extraño que te sientas, por nada del mundo te mires al espejo.

Ígur no se atrevió a preguntar por qué, ni cuáles eran los otros cuatro preceptos. Pillado en falta una vez más, y sin derecho ni tan sólo a recelar de la existencia de tales preceptos, no le quedaba más que intentar deducir de los acontecimientos de qué insólito fenómeno estaban siendo objeto, y confiar en la experiencia y la bondad de su compañero; pero precisamente ése era el punto de conflicto, porque Arktofilax se volvía un poco más a cada instante una horrible fuerza desconocida, irracionalmente inhumana, e Ígur sentía crecer en su interior un instinto de protección que le aconsejaba eliminar al Magisterpraedi antes de que fuera demasiado tarde; pero enseguida rechazaba tales pensamientos amparado en la lógica y el sentido común de un Caballero de Capilla: a pesar de eso, la comezón persistía, incluso aumentaba. Así prosiguieron hasta llegar a la última bifurcación; a partir de ahí el camino se volvió mucho más estrecho, pero sin perder el carácter de pasillo con pavimento, techo y paredes. Arktofilax continuaba delante, e Ígur no perdía de vista el movimiento de su cuerpo, hasta que de repente se encontró buscando, casi esperando, algún gesto contrario al funcionamiento establecido de las articulaciones, el giro maligno que revelase de una vez por todas su naturaleza alterada, no humana.

—Magister —dijo—, este camino es diferente. ¿No será que en la última bifurcación nos hemos equivocado?

Arktofilax se volvió a medias, sólo hasta quedar de perfil.

—El Final del Laberinto siempre reserva una incógnita. Seguramente será la de la Penúltima Puerta.

Poco después, efectivamente, llegaron a un recinto redondo donde se acababa el camino. No se apreciaba abertura alguna, pero todo el perímetro estaba cubierto de incisiones geométricas en materiales vidriados, y en el centro, en el suelo, había una inscripción dentro de una mándorla que apuntaba al pasillo de llegada. Ígur, una vez más, leyó en voz alta:

1 Del Seis que sale el Cinco

4 Encabeza el Nombre de cinco letras.

6 Del segundo l a primera

1 Para fecundar el Final.

Arktofilax exploró la estancia, mostrando mucho más interés por los dibujos que por la inscripción. Ígur intentó desentrañarla por su cuenta.

—El Seis que sale el Cinco —dijo en voz alta— deben ser las seis estrellas que

proviene del pentágono estrellado, y la inversión de los términos informa que salimos del recinto. El nombre de cinco letras es Teseo, y del segundo la primera quiere decir la primera estrella del segundo grupo, es decir Thuban, el corazón del Dragón.

—Son los Epagómenos —dijo el Magisterpraedi, absorto como si no lo hubiera oído.

—Perdón, ¿qué decís?

Arktofilax se volvió con expresión preocupada. Su cara y sus ojos mostraban una normalidad que desarmó a Ígur de las sospechas pasadas.

—Estamos ante la terrible trampa geométrica final, y fíjate bien porque aquí sí tenemos posibilidades de dejarnos el pellejo. La clave son las cifras que encabezan los versos. 1461 son los años necesarios para repetir el mismo calendario egipcio coincidente con un determinado estado del cielo; el cómputo proporciona un año de 365 días, dividido en doce meses de treinta días más los cinco Epagómenos, que son los días dedicados a Osiris, Isis, Horus, Neftis y Set; he aquí el Código 5 de la inscripción anterior. Pero de este calendario sobra un año, que se obtiene de la diferencia entre el año natural, de 365'25 días aproximadamente, y el de 365 días justos. Efectivamente,

$$1461 \times 365 = 1460 \times 365'25$$

si queremos encontrar la solución, tenemos que buscar las sumas de cifras. Con 1461 obtenemos tres, y con 1460 obtenemos 2.

—Que son los Tres y los Dos de las estrellas —dijo Ígur—, y también de la placa que nos sirvió para abrir la puerta anterior.

—Muy bien.

—La suma da Cinco, y el producto Seis.

—Perfecto. Y además el producto 1461 por 365 da 533265, de donde obtenemos 6 sumando todas las cifras. Creo que con eso el primer verso de la inscripción, que en este caso sí es un poema, no necesita más explicación; ahora sirve para llevarnos al Nombre de Cinco letras.

—Ígur optó por callar. —La diferencia entre 1460 y 1461 o, si prefieres, entre 365 y 365'25 la marca el residuo temporal que, al acumularse a lo largo del tiempo y retornar al Origen, se conocía en la antigüedad con el nombre del Fénix. Ése es, creo yo, el Nombre de Cinco letras.

—¿Y eso en qué se traduce en relación a salir de aquí? —dijo Ígur, acercándose a la pared.

—Aún no lo sé —dijo Arktofilax, y viendo que Ígur iba a apoyarse lo increpó vivamente—. ¡No toques nada! La Penúltima Puerta tiene una clave táctil, y una

presión inadecuada nos fulminaría igual que en el Atrio.

—Quizá debiéramos ir a los dos últimos versos.

—Es lo primero que he descifrado. 'Del segundo la primera' quiere decir 'del segundo verso la primera palabra', y es 'Encabeza', pero en este caso, fuera de contexto, recuperada en la opción gramatical más fuerte, es decir en el sustantivo. Sólo falta deducir a qué cabeza se refiere.

—¿A Algol? ¿A la Cabeza Profética?

Arktofilax sonrió melancólicamente, Ígur sintió cómo renacían sus desconfianzas.

—Tenemos que encontrar —dijo el Magisterpraedi señalando los grafismos de las paredes— la figura que case con el Cinco, y en la que el concepto 'Cabeza' permita una distinción electiva.

Se detuvo ante un rectángulo subcompartimentado.



—Ciertamente, aquí hay cinco divisiones —dijo Ígur, y Arktofilax lo interrumpió.

—Es el rectángulo $\sqrt{5}$; recordarás la propiedad de los rectángulos de proporción expresada contra la unidad en la raíz cuadrada de un número natural: divididos transversalmente en tantas partes como indica ese número, se obtienen rectángulos de la misma proporción; aquí, la operación se ha hecho dos veces, y el resultado son los cinco rectángulos negros pequeños. Entiendo —dijo tan lentamente que a Ígur le pareció que si no es que se quería convencer a sí mismo, se lo estaba inventando— que aquí tenemos la escenificación de los Epagómenos, y la Cabeza es el primero, o el último, porque tanto encabeza el uno como el otro. El primero es Osiris, es decir, Dioniso, y el último es Set, por tanto Tifón. Pienso que la Cabeza es también la Cabeza del diablo, como has dicho, y puesto que ya hemos visto las trampas de agua y de tierra, estamos en la trampa de fuego, en la que el Apótropro es Perseo, el que obtiene la Cabeza de la Gorgona. Y ahí radica la cuestión: ¿cuál es el rectángulo que corresponde a Set, el de arriba a la derecha o el de abajo a la izquierda?

—Depende de qué prioridad consideremos, si arriba-abajo o izquierda-derecha.

—¿Qué dice sobre eso la Ley del Laberinto? —preguntó Arktofilax en un tono que Ígur encontró demasiado neutro para no ser irónico.

—Lo ignoro.

—Tendremos que confiar en mis recuerdos —dijo el Magisterpraedi—. Creo que

es el de arriba a la derecha. Pero atención: Set es el dios de la sequía tiránica que mata el Nilo, es el destructor por el fuego, y por eso lo escogemos. Pero eso quiere decir, precisamente, que nos pagará un error con fuego, así como a los Entradores que nos han precedido Canopus y Vindemiatrix les han pagado con agua y tierra. —Se detuvo, y se volvió hacia otro lado—. Si nos hemos equivocado, espero que no sea a fuego lento. —Señaló el grafismo sin volverse—: Pon la mano en el rectángulo negro de arriba.

Ígur era todo él de nuevo un recelo inexplicable.

—¿Yo?

—¿Por qué no? —sonrió Arktofilax; Ígur escrutó las posiciones de ambos; ¿y si la trampa fuera tan sólo para el que presiona la figura? ¿Y si Arktofilax le hiciera correr el riesgo sólo a él? Quizá hablándolo, por ser de los dos el joven lo habría aceptado, quizá hasta se habría ofrecido, pero de esa forma no podía dejar que el viejo creyera que hacía de él lo que quería; Arktofilax lo conminó—: La menor grieta en el triunfo ya significa fracaso —rió—; aquí sí se cumplen las máximas absolutas, ¿no? Aprieta de una vez.

Con más curiosidad que pánico, Ígur puso la mano en el sitio indicado, y la mitad de la pared, en el extremo contrario del recinto, se desmoronó con gran estruendo y polvareda, ofreciendo un nuevo pasillo por donde Arktofilax se esfumó con una rapidez que Ígur, sin tiempo para recuperarse de la sorpresa, encontró del todo imposible.

—¡Esperadme! —gritó, inútilmente porque el otro había desaparecido, y olvidándose del equipaje, salió corriendo por la vía recién abierta donde vio a Arktofilax que se alejaba a gran velocidad; de hecho ya estaba tan increíblemente lejos que resultaba inimaginable que hubiera llegado allí por medios propios, y de repente decidió que lo entendía todo, y se precipitó tras él corriendo con todas sus fuerzas—: ¡Detente! —gritó—, ¡traidor, sinvergüenza!

Sin detenerse buscó la pistola, pero el arma había desaparecido, y la única que llevaba encima era la espada de Caballero. Arktofilax se perdió tras una curva, e Ígur continuó corriendo a la desesperada por el pasillo lleno de sinuosidades pero sin ninguna disyuntiva de trazado; después de un buen rato, a la salida de una curva se encontró de repente en una amplia sala porticada perfectamente acabada y cuidada, turbadoramente amueblada con piezas de mármol verde; se detuvo jadeando. En el centro, con la respiración perfectamente reposada, le esperaba Arktofilax.

—Me parece que te conviene descansar un poco —le dijo con tranquilidad el Magisterpraedi.

Ígur desenvainó y se le encaró en guardia.

—He sospechado de ti desde el primer momento, y ahora no te escaparás. Pero antes quiero saber quién eres en realidad. Habla, porque te queda poco tiempo.

Arktofilax sonrió con tristeza. Había en todos sus movimientos una calma que despertaba en el Caballero una mezcla de admiración y rabia.

—Tienes razón, no me queda mucho tiempo, y te responderé sin subterfugios. Pero antes, permite que te ayude a resolver el enigma de la Penúltima Puerta —fue al otro extremo del salón—, porque ésta es de verdad la Penúltima Puerta, la anterior no era más que una metatrapa de seguridad.

Ígur no soltó la espada, y sin perder al otro de vista se acercó a la inscripción que le indicaba. Era una leyenda alrededor de un gran medallón sin retrato (Ígur no se detuvo a pensar si se trataba de un retrato borrado o es que, sencillamente, nunca había habido ninguno). Esa vez fue Arktofilax quien leyó en voz alta, empezando por los tres asteriscos.



—Muy bien —dijo Ígur, y sintió de nuevo en su interior la náusea asfixiante de aquellos ojos de profundidades magmáticas—. ¿Y qué? —gritó.

—Fíjate en el dibujo. —Y señaló el centro de un frontón sobre la puerta.

—Ya lo veo —dijo Ígur intentando no temblar; cada vez sentía de forma más necesaria y urgente matar al hombre que tenía delante—; lo reconozco sin la menor duda. ¿Acabas de dibujarlo tú?

El Magisterpraedi rió con extrañeza.

—¿Yo? ¿Cómo podría haberlo hecho? —Lo miró con detenimiento—. ¿Qué crees que es? —sonrió de nuevo—, es decir, si te parece que liquidarme puede esperar un cuarto de hora.

Ígur sentía cómo se le aflojaban las piernas, y bajó la espada pero resistiéndose a guardarla.

—Es la misma figura que utilizamos en la segunda Puerta de salida del Cadroiani, pero en lugar de los cinco puntos, están marcadas las dos líneas que enlazan los Tres y los Dos.

—¿Y qué te sugiere? Quiero decir, qué características ves en él que te parezcan aprovechables.

—¿Desde un punto de vista geométrico? Veamos —contó mental— mente

unidades, recordando que se trataba de un cuadrado de 6 X 6—, tenemos dos superficies iguales y una tercera diferente. La diferencia de superficie entre una de las grandes y la pequeña es de 6 unidades. Por otra parte, las dos líneas rectas divisorias tienen igual longitud, que es aproximadamente de 5,65 unidades. Las tres superficies tienen igual perímetro exterior, de 8 unidades lineales, cifra que en el caso de la porción pequeña corresponde a la misma que expresa la superficie.

—Muy bien —dijo Arktofilax, Ígur sintió que le tomaba el pelo, y volvió a blandir la espada.

—Se ha acabado el Juego —dijo con la voz un poco temblorosa—. En guardia.

—Un momento, te dejas lo mejor. Te olvidas de decir —señaló la figura— que el punto más interesante es el encuentro de las dos líneas, que coincide con la estrella central de las tres, que es Canopus. Fíjate en la inscripción: "Que allí do arribéis/ Camino de uno/ Y para uno/ Al blanco cuerpo desnudo.' El último verso, como ya descifró Debrel, pertenece también a Canopus. ¿Recuerdas el primer poema de la Cabeza Profética? —Ígur empezó a sentir el malestar inquietante de la división interna de intenciones—. Cuando dice 'Que allí do arribéis, divisa para TU presente/ AL OSO vencerás, Al BlanCO cuerpo deSNUdo'. Pues bien, ha llegado el momento. Me has preguntado quién soy, y te respondo: ya no soy Hydene, sino Arcturus, el Oso que tienes que vencer, porque tú ya no eres Neblí, ahora eres Suhel.

—Pero ¿por qué tengo que vencerte? —dijo Ígur, súbitamente desarmado.

—¿Ahora preguntas por qué? Hace un momento lo veías muy claro. —Arktofilax lo miró intensamente—. Vuelve a leer la inscripción: 'Camino de uno/ Y para uno.' ¿Sabes cuál es la clave de la Penúltima Puerta? La muerte de uno de nosotros dos, y el mundo se mueve a favor de la mía, así es que no tenemos más remedio que solventarlo.

Desenvainó y, con un movimiento reflejo, Ígur dejó caer su espada.

—¡No puede ser! —dijo.

—¿Querías saber qué pasó en Bracaberbría? —prosiguió el Magisterpraedi—. Tú, como todos los demás, no te has atrevido nunca a preguntar. —Dejó la espada en una mesa alta.

—¿Qué pasó dentro del Laberinto de Bracaberbría? —preguntó Ígur temblando.

—La prueba del Laberinto correspondiente al Único no es ningún recorrido ni ningún enigma ni ninguna secuencia, sino que soy yo mismo. Estamos en el último Protocolo, y esta habitación es la Heracleópolis, de donde por definición sólo uno sale con vida. Por eso quise que la Entrada solo fuéramos dos.

—Entonces, ¿lo sabías? —se admiró Ígur.

—Desde el primer momento.

—¡Y aceptaste! —dijo, incrédulo—. ¿Por qué?

—Porque éste es el Juego.

—¿Y ya conocías el desenlace?

—Sí.

—¿Puedo saber cuál es? —continuó, pensando que por nada del mundo sería capaz de hacerle daño a aquel hombre.

—Sólo hay un desenlace posible para mí, y es morir en el Laberinto de Gorhgró. Yo soy el Cabeza que ha de fecundar el Final con mi desaparición. —Viendo la cara que ponía Ígur, prosiguió—: ¿Recuerdas la primera secuencia de la Ley del Laberinto? Ya sé que no, por eso te la diré: 'Una Fonotontina para participar sin haberte inscrito, una Fonotontina para inscribirte y que pasen los años sin saber si llegarás a participar nunca. Para ganarla si la pierdes, para perderla si la has ganado.'

—No lo entiendo.

—No importa, todo está pactado desde hace mucho tiempo; hay dos posibilidades: que luchemos y tú me venzas, que es la secuencia natural, con lo cual saldrás tú solo del Laberinto y ya sabes qué pasará después, o bien la secuencia exiliada, que te venza yo, y entonces tú morirás y yo también, porque el poder de Arcturus no está hecho para salir del Último Laberinto. En cualquier caso, el camino queda expedito para los Astreos. Y ahora, prepárate.

Tomó de nuevo la espada y la dirigió al Caballero. Ígur no hizo ningún movimiento de defensa.

—No puedo —dijo.

—Tienes todas las de ganar.

—Precisamente.

—El Único contra el poder de los Tres, centrado en Canopus.

¿Quieres saber qué pasó en Bracaberbría? Alderamín, que antes había sido Beiorn, murió en los Pantanos picado por la serpiente; allí me asistió el poder de Ofiuco, y después de vencer a mi opositor natural salí convertido en ambos como Arktofilax, el Guardián del último centro, es decir Gorhgró. Aquél era mi Laberinto, y he entrado en éste tan sólo para abrirlo. Yo soy el último baluarte, es así como está establecido. Mi hado se ha cumplido, y ahora Suhel cumplirá también su destino, y saldrá de aquí como Canopus, o como Harpsifont, si lo prefieres, y sabiendo que el éxito y el fracaso son impostores por igual, y si te permites anhelar el uno o que te asuste el otro te perderás de vista a ti mismo, esperará conmigo en las montañas del Sur, lejos de las demás estrellas, esperando encogido más allá de los horizontes desérticos el momento oportuno para saltar sobre el mundo.

Tocó con la espada la de Ígur, que estaba en el suelo.

—No puedo —repitió el Caballero, bajando la vista; todo lo que tocaba lo convertía en duda.

—Querido Canopus, ahora el Laberinto empieza de verdad para ti.

Ígur deseó ardientemente que se refiriera a la Última Puerta y no a lo que le

esperaba después de la salida, pero no era el momento de engañarse, tenía más bien pocas esperanzas de que fuera así.

Con las manos vacías, sin equipaje, Ígur Neblí caminaba desencajado por el recto pasillo ascensorial de piedra que había de conducirle a la Última Puerta. La ascensión tenía amplios descansillos, que rompían la continuidad visual e impedían ver el final del trazado. Si, como se había dicho, el tiempo es la distancia hacia uno mismo, el retorno era una espera trágica; ni ratas con cabeza de león ni cocodrilos con plumas habrían inquietado a Ígur un ápice más de lo que estaba. Le asistía finalmente el reconocimiento monstruoso que hay detrás de todos los reconocimientos, el inconmensurable horror de la comprensión absoluta, la certeza irrefutable, el arrancarse los párpados. Todas las preguntas habían sido respondidas, pero ¿de qué serviría?: ¿El Laberinto es un lugar aparte? ¿El camino de Entrada es el mismo que el de Salida? ¿Habían sido reales los peligros? ¿Habían sido reales las alternativas? Ígur se ahogaba cada vez más en la convicción de que todas las puertas se habrían abierto igual, al margen de los códigos que se hubieran introducido. ¿El tiempo es la impostura de la mente? El hachazo en la Cabeza del Dragón estaba a punto de dar su fruto, y las lágrimas eran más poderosas que el sudor y la sangre.

—No puedo, no puedo —resonaba una y otra vez en su cabeza, metrónomo fatídico de una relación invertida de ganancial y pérdidas.

De repente el camino se cortó. Ante el caminante se abría una sima brutal de la que no se distinguía el fondo, roja de reflejos, de resonancias; hacía un calor sanguinario, e Ígur sintió toda la fuerza de los espejos gravitatorios del Último Anillo de los Laberintos a sus pies.

—¡No puedo! —rugió, y la reverberación era un cataclismo.

Pero a pesar de que todo era espacio, no había aire para ser respirado, y había que tomar una decisión. Ígur pensó de todo: retroceder, suicidarse (pero ¿cómo? En aquella atmósfera de compresiones viciadas pero ricas, contener la respiración lo desmayaría antes de matarlo), dinamitar el mundo con la sola fuerza de la locura de su voluntad. ¡Ése era el camino de todas las transmutaciones! Ése era el verdadero final, el engaño de la Última Puerta.

—¡Se ha acabado la Falera! —dijo, y se lanzó de cabeza al espacio.

Salvado del tiempo por la gravitación, Ígur se encontró ascendiendo sin prisas la geometría tan cargada de lenguaje del pasillo que tenía que resolver aquel lugar que nunca soportaría más maldición que el recuerdo, ni más leyenda que la incertidumbre y el olvido que las alimenta todas. Los pasos se volvían lenguaje, el trazado de un pie detrás del otro, sus posturas, las orientaciones, eran letras y cadencias de tiempo reencontrado y de sentido. Porque ahora él era la Cabeza, el Hijo del Laberinto, el Fénix de la Psicoteogénesis, él sabía quién era él y como un horror lo sobrellevaba, como una amenaza se lo exigía. Suhail, Harpsifont, Kanupus, eso estaba por decidir.

Si todo lo que tocara a partir de ahí se convertiría en Laberinto, salvo el Laberinto que se había acabado, ¿cómo podría soportar la resurrección de las referencias? El camino se volvió estrecho y abrupto otra vez, y notó que iba mal vestido, desharrapado, con el calzado destruido por las piedras colocadas con toda la crueldad de la indiferencia. De repente, pequeñas ráfagas de aire le hicieron notar que se acercaba al Final; era un aire diferente de los vendavales monstruosos que había sentido en las profundidades del Laberinto, éste tenía una fragilidad tan viva, tan indecisa, que no podía equivocarse: tenía que provenir de troneras directamente conectadas con el exterior, no del retumbar profundo de los muebles monstruosos que a saber quién arrastra por las cúpulas más lejanas. Apretó el paso, de repente impaciente, porque sentía el retorno de la medida.

La inclinación ascendente del camino, en forma de pequeños escalones, era de más de cuarenta y cinco grados, y aun así cada vez iba más aprisa. Aquél era el obstáculo final, sin duda, y él no lo vería nunca porque el paso por la Penúltima Puerta había hecho saltar las presas de seguridad, y la Última, la que lo separaba de la salida propiamente dicha, en el lado opuesto de la Falera, se había liberado automáticamente. Poco a poco empezó a oír el sonido de multitudes expectantes, atraídas por la eclosión final de los mecanismos; el camino se ensanchó y le mostró el exterior, un rincón al principio, después más generosamente, y se detuvo para no olvidar nunca aquel instante de desenlace, para no precipitarse en su fijación. Habría sido capaz de retroceder para repetir el placer. Todo cálculo le era esquivo, porque era de noche, y nunca había sido tan bello el sonido del espacio abierto. El momento tenía un no sé qué de las delicias de la muerte, y cuando acabó de subir la escalera, se le llenaron los ojos de lágrimas y sonrió por regresar al como siempre viendo las Osas con Cefeo a un lado y el Dragón en medio, y en el centro la Inmóvil, el esplendor final de la noche estrellada del cielo circumpolar de Gorhgró.

XIII

La muerte del Príncipe Togryoldus, por más que por ser demasiado viejo en lugar alguno estuviera establecido que hubiera estado a su cargo la primacía vacante por la desaparición de Nemglour, había puesto en evidencia hasta qué punto la sola presencia de los hombres fuertes de la generación que había visto a los grandes Emperadores Eneanolkas y y Makalinam I, como si más que herederos morales o depositarios de memoria fueran portadores materiales de su poder y su autoridad, era suficiente para contener las manifestaciones más ordinarias y descaradas de la lucha por la sucesión, podridas la opinión pública de pistas inservibles y de movimientos de rencor las castas involucradas, y, puesto que ya el único gran personaje de aquel tiempo era el Hegémono Ixtehatzi, y pertenecía a un ámbito y a un círculo burocrático que no interfería, por lo menos formalmente, en el equilibrio entre los Príncipes, Bruijma y Simbri se habían lanzado abiertamente a la lucha por la supremacía, y el feroz reordenamiento de los espacios políticos había comportado como primera y más espectacular consecuencia la devoración de los correspondientes a los Astreos, incluso de las facciones que en los últimos tiempos, con notable esfuerzo de moderación, se habían ganado la confianza de todos, de manera que no tan sólo La Valaira y sus dos hijos, un varón y una hembra adolescentes, se ocultaban en lugar desconocido, sino que cinco Príncipes Astreos más eran objeto de persecución y hundimiento de bienes y domicilio, y, hecho sin precedentes, incluso el Decano de la Capilla del Emperador, Maraís Vega, príncipe sin título pero por valor propio entre todos los Caballeros Astreos, se había visto obligado a esconderse para no caer en manos de la Guardia Combinada de Bruijma y la Paratropía, o de los Fonóctonos que todo el mundo sabe quién paga pero nadie lo reconoce, y gracias a la propia ley de movimientos intercomunicados, los Meditadores y La Muta se habían visto, por contraste o por omisión, favorecidos por la circunstancia, y, en especial el Apótrofo de Órdenes Militares y el Agon de los Meditadores, estudiaban las posibilidades de ganar un poder incalculable como últimos inclinadores de balanzas y, en ese sentido, decididos a inclinarla en favor de Bruijma, que les parecía el Príncipe con una disciplina doméstica más conflictiva y, por lo tanto, el más susceptible de ser comprometido o burlado.

Un orden nuevo invadía las calles de Gorhgró. La Guardia pretoriana propietaria de las expectativas se había hecho con los colores y los emblemas astreos, y, paradójicamente, formaciones de militares vestidos de negro cruzaban las desiertas avenidas de un Gorhgró fatalmente retornado a los hielos originales de su remota historia. La reforma de Ixtehatzi había culminado en un setenta por ciento, y ni la demanda social ni los mecanismos políticos, dedicados, tanto entre los estratos sociales como entre los individuos, a alimentar miserias de forma que nunca dejaran

de desconocerse entre ellos, parecían proclives a propiciar el treinta restante. Corría, además, el rumor de que el Hegémono estaba cansado y no se guardaba de decir a sus acólitos que esperaba la primera ocasión para entregarse definitivamente a la vida retirada y a las indisciplinas del recuerdo, pero tal y como iban las cosas, con la pugna por la primacía de los Príncipes desatada y el Emperador demasiado joven aún para gravitar sobre el Imperio como correspondía, tal ocasión se acercaba cada día más lentamente, y la desidia de Ixtehatzi crecía en proporción directa a las posibilidades de no abandonar el poder sin dejar como herencia un segundo frente de luchas sucesorias que, sin duda, sumiría al Imperio en una de esas oscuridades de las que difícilmente se sale antes de tantos años que las ocasiones de males mayores son un riesgo excesivo incluso para el núcleo gobernante más temerario, más enloquecido o más indiferente.

Más que nunca exacerbada en sus extremos, la triple moral había sumido a la sociedad en un delirio de interpretaciones de los conflictos, y las Equemitías habían aumentado poder tácito a la vez que independencia y facultad de actuación, como si estuvieran en un mundo diferente del de la Hegemonía, y los Príncipes, Bruijma en especial, fueran un espectáculo de especulación social y distracción política. Hasta qué punto la reciente conquista del Ultimo Laberinto incidía en la situación como un factor determinante más, o bien, para los aficionados a los refinamientos causales, era una consecuencia de los propios hechos que habían desencadenado el conjunto, no parecía interesar ni a los directamente afectados. Tal y como determina una tradición no oficial pero al fin y al cabo más asentada que las leyes, Bruijma lo había aprovechado, y poco a poco le ganaba terreno a Simbri, con la ilusión de que la propiedad de la Falera que la Eponimia le había proporcionado era el signo providencial para tener contentos a los supersticiosos, pero con méritos personales como verdadero motor. Tal era el Imperio que Ígur Neblí encontró al salir del Laberinto. Un recibimiento triunfal pero sin nombres propios al principio, una barabúnda que se le antojó extraña, como si hubiera ido a parar a un lugar en parte vaciado, en parte desconocido, y poco a poco, con el barullo y la futilidad de los primeros días, notó en qué medida todo era diferente de como lo esperaba, y cómo tal diferencia lo descorazonaba y lo entristecía, cómo las consecuencias del Final del Laberinto se habían puesto ya en marcha con independencia de él mismo y habían generado conflictos ajenos y prevenciones imprevistas. Ígur esperaba reconocimiento y homenaje, y se dejó llevar, inmóvil a esa esperanza; ningún mérito le fue negado, pero por ninguna parte se veía la calidez que rodea a los héroes. Después de tres días de ambigüedades y reticencias servidas en cenas y celebraciones con dignatarios de segunda fila que él no había visto nunca antes, fue citado a la Agonía del Laberinto.

Hacía tan sólo tres días que Ígur había salido cuando fue a la Agonía, un ala interior adosada a la Salida, en la parte Norte de la Falera; allí no pudo evitar la

extraña punzada de la melancolía al ver un trajín de operarios en torno a la formidable boca: ¿y ahora qué será del Laberinto? ¿Será destruido como los demás? ¿Hasta qué punto la degradación y la frivolidad se apoderarán de sus misterios? Sonrió con amargura. ¡Pero si el misterio está intacto, dónde cree que va toda esa gente!

En el pórtico posterior de la Agonía del Laberinto le esperaba el Primer Oficial de la Guardia, y después de las formalidades de rigor, en ese caso aligeradas, lo guió por diversas dependencias. Por el camino, Ígur se sintió observado con discreción. Había adelgazado un poco, pero, sobre todo, el Laberinto había pasado por sus facciones y su mirada como una sombra mórbida de gravedad y tristeza que por fuerza debía de excitar todo tipo de curiosidades. Al fondo de un extenso pasillo de techo desangeladamente alto, en un despacho grandioso y desamueblado, lo recibió el Secretario administrativo de la Agonía del Laberinto, acompañado de otro personaje a quien presentaron como un Delegado del departamento de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma; Ígur lo miró con una sonrisa de decepción.

—¿Dónde está el Secretario Pauli Francis? —preguntó—. No me mueve menosprecio alguno hacia vos, pero después de tres días esperando, creo que el nombre del Príncipe ha sido lo bastante honrado como para que él mismo se hubiera dignado manifestarse.

El funcionario extendió los brazos.

—Caballero, hay trámites previos a las formalidades del Protocolo. No dudéis que cuando todo esté resuelto. Su Excelencia se ocupará personalmente de gratificaros como corresponde al vencedor del Laberinto.

Ígur se volvió hacia el Secretario de la Agonía, que se adelantó al que suponía un reproche similar.

—El Agon del Laberinto —dijo con suavidad neutra y resuelta— se excusa por no recibirnos en persona, pero si leísteis los Protocolos de Entrada firmados en el Palacio de Su Excelencia el Príncipe, que no dudo debéis haber leído, recordaréis que previamente a la materialización de beneficios y, por descontado, a las celebraciones y los honores públicos que comporta, deben cumplirse ciertos requisitos por vuestra parte.

—Ahora no lo tengo presente —se impacientó Ígur—. ¿Qué requisitos tengo que cumplimentar?

—Poca cosa —dijo el funcionario de la Agonía—. Tenéis que elaborar un informe detallado de la estructura que habéis apreciado en el interior, y una relación pormenorizada, en forma de diario preferentemente, de la expedición.

Se hizo un silencio; Ígur esperaba alguna referencia a la desaparición de Arktofilax, pero todo parecía más sibilino.

—Es una disposición del Agon, que forma parte del contrato —dijo el

representante del Príncipe—. Es un trámite normal.

El ambiente se enrarecía, sin que Ígur acabase de saber por qué.

—Entiendo que también hay un informe de la Entrada a Bracaberbría —dijo, más reflexión que pregunta.

—Naturalmente —dijo el Secretario de la Agonía.

—¿Redactado por el Magisterpraedi Arktofilax? —Los dos funcionarios se encogieron de hombros con un gesto de obviedad, e Ígur prosiguió—. Lo dudo mucho. ¿Podría verlo?

Los otros dos se miraron inquietos.

—Aunque quisiera enseñároslo no podría —dijo el Secretario de la Agonía—. Solo tienen acceso a él el Hegémono, el Epónimo y el Agon del Laberinto, además, por descontado, del Emperador o el Regente.

Ígur los miró con desconfianza.

—Imagino que la Agonía del Laberinto de Gorhgró está destinada a desaparecer. ¿Puedo saber adonde irá a parar entonces el informe?

El Secretario administrativo lo miró con displicencia.

—La Agonía del Laberinto no desaparece, sino que sus funciones evolucionan para gestionar la adecuación y explotación pública de imagen del Laberinto, hacia el turismo o hacia la reutilización más conveniente, en espera de que la Mayoría de Gorhgró, el Epónimo y el Hegémono lleguen a un acuerdo sobre su uso final. Entonces se decidirá la ubicación definitiva de vuestro informe; en cualquier caso, y de forma personal y sin ánimo de prejuzgar ni de atribuirme prerrogativas que no me corresponden, os puedo avanzar que es probable que, al igual que para los informes de los Laberintos anteriores, el destino final del vuestro sea el Archivo Reservado de la Hegemonía del Imperio.

Se miraron los tres; un indefinible aire de sobreentendidos equívocos planeaba sobre la reunión.

—Muy bien —dijo Ígur—. Haré el informe y os lo pasaré tan pronto como esté.

—Un momento —dijo el Secretario de la Agonía—. El contrato estipula que disponéis de diez días a partir de la Salida, es decir, de una semana a partir de hoy; el informe es confidencial, y eso significa que no se os permite hablar con nadie de ninguna característica ni circunstancia del interior del Laberinto; tan sólo el Príncipe Bruijma dispondrá de una copia, después del estudio contrastado y el establecimiento definitivo de los beneficios.

—Me imagino que no se os escapa —dijo Ígur decidido a ver hasta qué punto su posición era fuerte— que no es fácil distinguir el límite entre lo que supone hablar del interior de Laberinto y no hablar. Quiero decir, si alguien me pregunta cómo ha ido dentro del Laberinto y yo le respondo que muy bien, eso ya es un comentario cualitativo, y no sé si será considerado violación del Protocolo de confidencia. ¿O

quizá se me obliga a recluirme hasta nueva disposición?

El representante del Príncipe sonrió.

—En absoluto, Caballero. Sois libre de ir adonde queráis y de hablar con quien os plazca. Lo único que os está prohibido revelar son las características concretas del Laberinto, las descripciones a través de las cuales cualquiera pueda reproducir sus trazas. Creo que el sentido común y la prudencia son el mejor camino para distinguir los límites entre una cosa y otra, y nada más que sofística de la peor ralea os puede llevar a error.

—Tenéis total libertad para desplazaros —añadió el Secretario administrativo de la Agonía—, de iniciar y de cerrar negocios, y hasta de cambiar de estado social o jurídico, siempre que dentro de siete días tengamos el informe completo.

Y así concluyó la entrevista.

Esa tarde, nuevas comisiones urbanas, con delegados intercomerciales de diversos principados, contactaron con Ígur para invitarlo, como otras habían hecho los dos días precedentes, a actos sociales y cenas multitudinarias, pero rehusó con cortesía y avisó al Palacio Conti de su visita a las nueve de la noche.

Por la tarde, desde la terminal del Cuantificador, Ígur intentó ponerse en contacto con sus amigos. Con pocas esperanzas de conseguirlo, tecleó los códigos de Debrel y Guipria, lo que no había intentado desde su huida. La pantalla emitió la respuesta temida: 'Desconocido.' Si para el Cuantificador no existían, su vida no era nada. Ígur se sintió terriblemente vacío; sus piernas tenían la indecisa debilidad de las convalecencias otoñales, y, procurando evitar la proclividad a la lágrima que se anunciaba, decidió ponerse en contacto con Cuimógino.

Buscó su número personal y lo tecleó. La pantalla se iluminó: 'Resevado.' Optó por el Departamento de Coordinación Interior de la Secretaría de Relaciones con los Príncipes de la Hegemonía. La respuesta, 'Ocupado'. Recordó el ofrecimiento de Marterni, que era el Secretario, y la respuesta fue aún más descorazonadora: 'Restringido a Código Superior. Consultar Información General.' Consultó, y la pantalla se iluminó de nuevo: 'Ocupado.' Parecía evidente que el Imperio no quería hacer ningún movimiento a favor del vencedor del Laberinto antes de recibir el informe.

Al atardecer el sol, como los pájaros, se retiraba hacia el Sur, y el buen tiempo se había perdido aquel año para Ígur dentro del Laberinto, así que sin haber catado su esplendor le oprimía ya la oscuridad de las horas rojizas y su tufo a retroceso; severidad de condensación que pregona que el enfriamiento no ha hecho más que comenzar enmagentaba de tiniebla los reflejos que aparecían en el Puente de los Cocineros, esa cosa seca, desértica, agreste, que sucede a las lágrimas aunque no las haya habido. Pero en cierta manera, y a pesar de la iluminación del Palacio Conti, reducida a la mínima expresión, evocaba por contraste las horas más brillantes, era lo

más parecido a volver a casa, y cuando Ígur abrió con el sello la puerta de servicio, al temor a lo imprevisto lo había desplazado como emoción primordial una impaciencia que él había estimulado recreándose, viendo con cierta sorpresa cómo lo refería a la alegría pretérita.

—El Caballero Neblí ya ha llegado —anunció la camarera de siempre, e Ígur fue conducido a la Sala Central; allí, la iluminación al cincuenta por ciento daba a la reunión un aire deprimido más que íntimo, que encogió a Ígur.

Madame Conti avanzó como era su costumbre.

—Querido Caballero —sonrió con los brazos abiertos—, la bondad se hace esperar. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha tratado la Falera?

Lo abrazó. Ígur miró a su alrededor, y no conocía a nadie. Desde un ángulo se acercó Sadó, y a Ígur le dio un vuelco el corazón. Sadó, prodigiosamente diferente y a la vez igual a sí misma, decepcionante por el momento tan esperado y también más bella que ninguna otra vez.

—La Falera lo ha tratado muy bien —dijo ella con una sonrisa radiante, y le acarició la cabeza recreándose—; está más guapo que nunca.

Ígur se sintió intimidado.

—Después hablaréis —intervino Madame Conti con una voz tan fuerte que el propósito evidente de convocar a la concurrencia resultó efectivo—. Amigos —dijo, con empuje de discurso—, hoy rendimos homenaje al vencedor del Ultimo Laberinto, al que ha visto lo que entra por los ojos y, quemada la voluntad, es intraducible en palabras, ¿no es así? —Lo miró riendo—. Claro que es así, ¡ya ves que sé de qué hablo! Ver hasta qué punto el Laberinto es algo que uno encuentra porque otro lo ha puesto ahí, o que uno se inventa sin saber por qué forma parte de la propia existencia, ¿no es así? —rió de nuevo—, ¡claro que sí! O ver si es el Laberinto quien interpone en el camino de uno, y quién, cuándo y por qué ha dispuesto esa secuencia de Laberintos y no otra, y qué oportunidad tiene un hombre solo, por más invencible Caballero que sea, de alterar el orden de los Laberintos, yo diría que ninguna —risas de una parte de la concurrencia—, ¿no os parece?, que nadie recuerda cómo se estableció pero que todos han acatado igual que se desayuna por la mañana.

Hubo aplausos y risas, y mientras las camareras repartían copas, Isabel se abrazó a Ígur y se lo llevó aparte.

—Isabel —le dijo él.

—Dime, rey mío —le susurró al oído.

—Quiero que sepas que el Magisterpraedi...

—¡Shhh! —lo interrumpió ella guiñándole un ojo—. Es el momento del antiguo dicho: 'El ya lo sabía'...

Ígur disimuló la sorpresa; eso no era como la alusión a los Fidai, hasta aquí llegaba la dispensa transgresora de Madame.

—Necesito tu ayuda.

—Dime, cariñito mío. ¿Qué quieres que haga por ti? —Lo miró con los ojos entreabiertos, remedando sensualidad.

—Ayúdame a encontrar a Cuimógino. Tengo que hablar con él, y no hay manera de localizarlo.

Madame Conti rió.

—Él sabía que al final te interesaría. Lo malo es —esbozó un gesto de desprecio— que el señor Jamini es un gato de tejado en la Administración. ¿Me entiendes? El puede encontrarte, pero tú a él no. ¿No me entiendes? —Hizo un gesto con el que daba la cuestión por zanjada—. Lo único que puedo decirte es que cuando venga por aquí, si viene, porque ahora hace días que no viene, le diré que quieres verlo.

—¿Y Fei, dónde está?

Madame Conti lanzó una rápida ojeada a su alrededor para ver si alguien lo había oído, e impuso silencio a Ígur con una presión firme en el brazo.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre en público. ¿Es que no sabes lo que está pasando en Gorhgró? Fei es la mujer más buscada de la ciudad, y será una suerte si a estas alturas no ha caído en manos de Bruijma.

—Pero ¿por qué?

Madame Conti se impacientó.

—Fei es hija de un noble astreo ajusticiado, y su hermano es el Jefe de los Fonóctonos de La Valaira, y le atribuyen todos los atentados de los últimos meses. Ella misma está acusada de contactos en las más altas instancias.

—¿Dónde está? —insistió Ígur.

—Escondida. Bien escondida, espero.

—¿Sabes dónde?

—Te aseguro que saberlo no es recomendable para la salud. —Ígur la miró con insistencia—. Aunque lo supiera, es lo último que te diría. —Cambió de tono—. Joven Caballero, ¿por qué no te diviertes con todo lo que el mundo te ofrece hoy? No sé a quién me recuerdas, buscando siempre la vía más angosta, siempre por el escollo más difícil. Créeme, olvídate de Fei.

Ígur volvió hasta donde Sadó conversaba con unos individuos, y se acercó a ella.

—Tendrás mucho que contarme, supongo —le dijo, tomándola por la cintura.

—¡Ya lo creo! —dijo ella con una carcajada a la que Ígur correspondió, pero que le inquietó un poco.

—Entonces, esta noche...

—Esta noche, imposible —dijo ella con el mismo tono desenvuelto y alegre—, tengo un compromiso.

—¿Un compromiso? —a Ígur se le heló la sangre, porque no se lo esperaba—. ¿Y mañana?

—Mañana tampoco puedo —dijo ella, y se volvió para corresponder a la observación de un amigo que Ígur no había oído—. Quizá pasado mañana por la noche... espera, no sé... ¿Y mañana por la tarde, cómo te va?

—De acuerdo, mañana por la tarde —dijo Ígur, desconcertado.

—Pero aquí no —bajó la voz—, mejor en el Palacio Triddies, porque aquí... la verdad es que no me va demasiado bien, ¿podríamos dejarlo para más adelante?

—¿Para más adelante? —Ígur no acababa de creérselo—. ¿Para cuándo?

—No sé, ven pasado mañana y quedaremos para más adelante.

Y, sin darle tiempo de replicar, se fue con uno de los individuos con quienes estaba hablando antes. Madame Conti, que no se había alejado demasiado y lo había oído casi todo, tomó a Ígur del brazo.

—¿Qué quieres? —le dijo, paseando la mirada tanto por la concurrencia como por el mobiliario y por su propio cuerpo—. Todos los movimientos de la naturaleza llevan al abandono de las culminaciones afortunadas —e Ígur se dio cuenta del estado de desolación en que la actitud de la cuñada de Debrel lo había dejado— que las energías que las han hecho posibles designan como felices, por más que esas energías pretendan mantenerse; el destino de las diosas es ser abandonadas por el dios, y es inútil resistirse. La perpetuación de la felicidad entre dos, querido, es una recreación morbosa del anhelo por el paraíso perdido, y a partir del punto en que deje de ser una idealización sentimental, ¿me entiendes?, para convertirse en un deseo con esperanzas de realizarse, se volverá fuente de delirios. —Ígur no tenía ganas de escucharla, pero Madame Conti se lo llevó aparte con una insistencia en la proximidad física que le molestaba—. Pasado el punto álgido, el sol vuelve al Sur, como ahora. ¿Me entiendes, querido? No seas loco, y deja que Sadó siga su curso.

Ígur siguió a Sadó con la mirada. Su sola presencia, al no tenerla segura (y, en realidad, pensó, era bastante dudoso que jamás la hubiera tenido), le producía un desasosiego agridulce, y a la vez pensaba en Fei. Pero en este caso le guiaba un anhelo ennoblecedor y tendente a la emoción, no por menos angustiante menos apasionado. Resolvió que tenía que encontrarla de la manera que fuese.

—Me voy —anunció, sin pensar si interrumpía alguna explicación; por otra parte, aunque la fiesta se celebraba en su honor, vista la atención personal que despertaba, su presencia no le parecía imprescindible. Madame Conti lo miró con lástima divertida.

—¿Quieres que te vaya a buscar a Ismena? ¿No? ¿Quizá a Destoria, no la recuerdas?

—A quien quiero ver es a la Reina de los Dos Corazones.

La expresión de Madame Conti mudó de inmediato.

—Ya te he dicho que eso no es posible.

—Pues adiós.

Poco después, respiraba el aire atronador de la noche roja de la metrópoli.

Desde el momento en que se sumergió en la redacción del Informe, Ígur se encontró con una retahíla de esas horas muertas que el espíritu ocupa en las divagaciones más obsesivas y estériles. Por imperativos del trabajo se vio obligado a rehusar los convites que de las instancias más inesperadas le llegaban. Tan sólo recibía las felicitaciones, y ocasionalmente alguna visita de Mongrius, que le causaba un desasosiego extraño, difícil de situar. Posiblemente le parecía que Mongrius no había evolucionado, y una conversación con las mismas expectativas vitales de antes, ahora que todo había cambiado tanto, le impacientaba y le aburría.

En cambio, seguía con voracidad los medios de comunicación. Aunque la primacía de las noticias era para los conflictos entre los Príncipes, la persecución de los Astreos y la postura del Hegémono, la conquista del Laberinto ocupaba diariamente la atención de los más destacados comentaristas, y cada noticia que aparecía, cada apreciación de fondo, por casual o apresurada que fuera, enfrentaba a Ígur con el recuerdo de lo que había leído acerca del triunfo de Bracaberbría y la fortuna de Arktofilax. Nunca había dejado de tener presente que a partir del Laberinto su misión se había acabado, pero le llegaba la hora de pensar en serio qué es lo que esperaba después, qué había deseado para el día siguiente de salir y, lo que era más difícil y quizá más grave, por qué había querido hacerlo. ¿Por vanidad? ¿Para ganar poder? ¿Para sobrevivir a los sentimientos? Por diversos mecanismos se convocaban en torno a él fuerzas contrapuestas, vacíos imprevistos y terribles, aumentando éstos a un ritmo imparable, porque no sólo no se resolvían las ausencias de Omolpus, Debrel y Guipria, y la definitiva de Lamborga, sino que ahora se le añadían las de Cuimógino y Fei. En momentos de debilidad pensó en contactar con Silamo, pero si eso no había sido posible con Cuimógino y con Marterni, las posibilidades con el discípulo de Debrel no parecían mejores. También pensó en ponerse en contacto con la Equemitía de Recursos Primordiales, donde en comparación con la frialdad con que lo trataban los hombres de Bruijma, Ifact se le habría antojado casi de la familia, pero tal y como estaban las cosas, quien sabía cómo se habría interpretado, y no era cuestión de herir la susceptibilidad del Príncipe.

Poco a poco, con cualidades diferentes y con intensidades fluctuantes, el deseo de Sadó y la nostalgia por Fei pasaron a primer plano. Al día siguiente de haber visto a Sadó por la tarde, la cita en el Palacio Triddies era una obsesión omnipresente, y la dejó morir en el reloj. Al día siguiente hizo lo mismo, pero al tercer día, por la noche, ya no podía más, y puesto que el Informe, además, ya estaba prácticamente acabado, volvió al Palacio Conti.

Nada más entrar a los dominios de Isabel, Ígur notó que un exceso de presencia (y en las actuales circunstancias, dos veces en tres días debía de serlo) jugaba contra su consideración social. Madame Conti lo saludó con una efusión mucho más distraída

que el día anterior, y sin desprenderse de los parásitos que como de costumbre la acompañaban. Ígur incluso tuvo que librar una pequeña batalla de atenciones para lograr un aparte con ella; con prisas le preguntó por Cuimógino.

—¡Ah, sí! ¿Querías verlo, verdad? —Se volvió, dispersa, sonrió a uno que pasaba—. Sí, ayer estuvo aquí y se lo dije. Espera, ahora no me acuerdo. —Una nueva carcajada a la observación de otro—. Sí, dijo que hoy vendría.

—Muy bien —dijo Ígur, no demasiado convencido—. ¿Y Sadó, dónde está? Madame Conti echó una ojeada alrededor.

—No sé, hace un momento estaba aquí. —Y se dio media vuelta para irse—. No la veo, pregúntaselo a esa chica.

Ígur abordó a la camarera que le había indicado la anfitriona.

—Sí, Caballero —dijo ella—. ¿Dónde estaréis, aquí? Ahora mismo voy a decírselo.

Ígur se sentó en una silla cerca del centro de la sala. Allí se quedó solo y aburrido en conjeturas circulares, y ya hacía rato que maldecía y pensaba en largarse cuando apareció Sadó, con una camiseta y unos pantalones negros ajustados que le daban la deliciosa agilidad de la improvisación.

—Ah, ¿eres tú? Es que no me lo han dicho —dijo, con decepción distraída, mirando a su alrededor—. No te esperaba, no puedo estar contigo.

Ígur la agarró del brazo con firmeza.

—Oye, móntatelo como quieras —intentó suavizar la presión con una sonrisa—, pero no me iré sin que hayamos hablado.

—Tienes razón. —Soltó una carcajada—. Soy una desconsiderada, el vencedor del Laberinto se merece más atención. —Volvió a mirar a su alrededor, como si meditase la solución a un problema complicado—. Vamos a ver, lo malo es que ahora... Mira, ahora no puedo, pero —se le iluminó la mirada— podemos hacer una cosa. Ve a mi habitación y espérame allí —afirmó con la cabeza, entusiasmada, como si así esperase incitarlo al mismo estado de ánimo—; hay lectura y películas. Entretanto, y en menos de una hora estaré contigo.

—De acuerdo —accedió Ígur, arrepintiéndose tan pronto ella hubo desaparecido como una exhalación, arrepintiéndose también de no haber preguntado qué tenía que hacer durante esa hora.

Se instaló en el cuarto indicado, y pasaron más de cuatro hasta que ella compareció, con señales de haberse pasado alcohol y quién sabe qué otras cosas por el cuerpo y por el maquillaje.

—Ya no me acordaba de ti —dijo con fastidio nada más verlo, y anunció que estaba muy cansada.

—Muy bien, pero por lo menos me escucharás.

Más que hacerse escuchar, y sin proponérselo, Ígur despertó en ella un interés

imprevisto por hablar de los últimos tiempos; después de hacer el amor medio por autoobligación, era él quien hubiera dado cualquier cosa por apagar la luz y que se hiciera el silencio, y ella quien, sin que ninguno de los dos supiera cómo ni por qué había comenzado, explicaba enamoramientos y aventuras sexuales recientes.

—Un día que no me apetecía ver a nadie, resulta que vinieron...

Tras dos o tres sobresaltos, completamente desvelado, Ígur se había instalado entre la curiosidad y la congoja de pasar la noche en esa tesitura. Ella dejaba a veces en la ambigüedad la conclusión de una vivencia, y el Caballero no siempre se atrevía a pedir la explicación fatídica:

—¿Y con ése también fuiste?

Si lo hacía y la respuesta era que no, Ígur se tranquilizaba de repente, como si se desmantelase una amenaza, y caía, distendido, en una leve desilusión siempre espoleada por una pizca de desconfianza, que la lógica de actitud de ella no conseguía erradicar (porque, ciertamente, ¿qué interés podía tener en ocultar un capítulo entre tantos otros como exhibía?). Pero normalmente la respuesta era que sí, lo que sumía a Ígur en una morbosidad dolorosamente excitante, en el más furioso vértigo de anhelo de emulación, que intentaba camuflar, no siempre con éxito, aunque el resultado del intento no parecía importarle a la interlocutora, que, acabó pensando Ígur, quién sabe si ni tan siquiera era consciente de ello. Después de más de cuatro horas de confidencias, Sadó cayó dormida como una cría, pero Ígur, insomne a su lado, no dejaba de mirarla imaginando por aquel cuerpo, entonces aplacado con la expresión más inocente, el paso de tanta energía sensual, cómo tanta locura podía haber dejado un residuo detectable a la vista, y procuró distraer la indigencia de ánimo intentando recuperar los pensamientos de poco antes, conciliarlos con las recientes revelaciones, acordar el pensamiento de un determinado día pretérito, en que él no sabía lo que simultáneamente hacía Sadó, con lo que ahora había descubierto. No es que le hubiera hablado de mucha gente; mientras Ígur estaba en el Laberinto, Mongrius, Boris Uranisor y Neder Rist habían pasado por sus dominios; pero tal y como ella se había expresado, era de imaginar que la nómina fuera bastante más larga. Empezaba a clarear, e Ígur se debatía entre el deseo y el pesar junto a la placidez durmiente de Sadó.

Al día siguiente, Ígur se despertó solo, y con sensación de haber dormido tres minutos, y ya intentaba salir del Palacio Conti lo más desapercibido posible, cuando la camarera más antigua lo interceptó el pasillo de servicio.

—Caballero Neblí, tengo órdenes severas de no dejaros salir sin que desayunéis como es debido. —Ígur esbozó un gesto de resignación cortés—. Además, se han recibido dos recados para vos.

Poco después, ante un desayuno que le pareció excesivo (ya que además tenía más bien poco apetito), Ígur abrió las transcripciones de dos mensajes del

Cuantificador. La primera decía así:

«Os ruego excuséis la falta de disponibilidad que he mostrado hasta ahora, del todo ajena a mi voluntad, y, por supuesto, contraria a la consideración y a la estima que me inspiráis. ¿Queríais hacerme el honor de aceptar una invitación para almorzar? Firmado, Jamini Cuimógino».

Y, a continuación, unas señas. El segundo mensaje lo encabezaba, puntualmente trasladado por el fax, el sello de la Equemitía de Recursos Primordiales.

"La Benigna Institución Imperial que regentamos se enorgullece de éxito de nuestro antiguo colaborador y amigo el Caballero de Capilla Ígur Neblí, y tenemos el honor y la satisfacción de invitarlo al acto que a tal efecto se celebrará dentro de siete días en el Salón Central del Palacio de la Equemitía. Firmado, el Equemitor Noldera."

Ígur lanzó un silbido. ¡El Equemitor en persona! Repasó el texto; ¿qué significaba 'a tal efecto'? ¿A qué efecto?

—Excusadme, Caballero, ¿qué clase de té preferís? —le preguntó la camarera.

—Con el que tú me des, enseguida me volverá a entrar sueño —respondió Ígur, evocador—. En cambio, el té que yo puedo darte te lo quitaría para siempre jamás.

—Está bien, Caballero —dijo ella riendo—. Este mismo de jazmín azul.

El vértigo de la noche pasada asaltó a Ígur de nuevo.

—No, demasiado perfumado. Té negro, gracias.

Ella se inclinó facilitando la retaguardia.

—¿Qué más. Caballero?

—Nada que no tenga que volver otro día a buscarlo.

—No hace falta que volváis otro día. ¿De cuánto tiempo disponéis?

—Hasta media mañana.

Ella rió, y a Ígur se le ocurrió que junto a aquella mujer podía olvidarse de todo.

—Lástima, Caballero, estoy sujeta al contrato. Tendrá que ser en otra ocasión.

Ígur se revolvió en la silla. Sonrió por primera vez, y se levantó dejando casi todo el desayuno.

Era mediodía cuando fue a la cita concertada.

Cuimógino recibió a Ígur Neblí en el restaurante que ocupaba una de las terrazas del margen derecho del tramo del Sarca que al Sudeste del Gorhgró se ensancha en dirección Sur-Norte orientada a una célebre perspectiva del núcleo central de la ciudad, con la conquistada Falera en medio y a sus pies los horizontes tenebrosos, alimento de la leyenda de que en los días claros, uno de los cuales no era ciertamente el que reunía al funcionario y al Caballero, se veían desde allí las nieves perpetuas del Gran Arturo.

Después de los saludos de rigor, y de pedir el almuerzo al final de las obligadas disquisiciones gastronómicas, Cuimógino, con su habitual estilo preocupado, se adelantó a las preguntas de Ígur.

—Vale todo lo que os dije antes de que entraseis en el Laberinto, y desgraciadamente aún ha empeorado. Cuando un equilibrio se pierde, es mejor apartarse de los centros de redistribución hasta que se establezca otro.

—Por lo que veo, los centros de redistribución están en casi todas partes —dijo Ígur, de no demasiado buen humor—. ¿Dónde os parece que debo refugiarme?

—¿Cuál es vuestra perspectiva actual? —Ígur le explicó brevemente la entrevista con los funcionarios del Príncipe y del Laberinto—. Gozáis de una buena posición, Caballero. Haced el Informe sin demora y sin comprometeros con apreciaciones conflictivas, y mientras tanto disfrutad del éxito, dejaos obsequiar, no entréis en confrontaciones y, sobre todo, no insistáis en las imbricaciones políticas que iniciasteis antes de entrar en la Falera.

Ígur sonrió. Lo que Cuimógino llamaba las imbricaciones políticas era el motivo del encuentro.

—El caso es —dijo, sin demasiada decisión— que querría localizar a algunos amigos que, precisamente, están inmersos en el conflicto actual. —Cuimógino esperaba en silencio—. Estoy muy preocupado por Debrel y Guipria, y también por el Magisterpraedi Omolpus y por Fei.

El funcionario se pasó la mano por la cabeza.

—Madame Conti ya me ha contado el caso que hacéis de mis consejos. Caballero, ya os lo dije la última vez. Por el camino que vais no llegaréis a viejo, creedme. Omolpus debe de estar muerto, y Debrel y su mujer, si no lo están, más les valdría. Respecto a Fei, ahora más que nunca os conviene olvidarla; no tan sólo no se puede hacer nada por ella, sino que cualquier interés que mostréis os resultará gravemente pernicioso.

—Ya me lo dijo Madame Conti —dijo Ígur, resentido—. ¿Seguía instrucciones vuestras?

Cuimógino rió.

—Seguía su sentido común, amenizado por los tres registros que la Guardia del Príncipe Bruijma ha hecho en su Palacio.

—¿Y Sadó? ¿Qué peligro me amenaza a su lado?

El funcionario lo miró con una curiosidad divertida.

—Sadó es mucho menos peligrosa, porque el Secretario del Duque Virbelgurd, y hasta el propio Duque, carecen del poder de Bruijma y de los Meditadores. Pero el peligro de Sadó —lo miró con acritud— es más, digamos, personal.

—¿Ah sí? —de repente Ígur tuvo una sospecha—. Tal vez la conocéis íntimamente.

Cuimógino palideció.

—Caballero, me tengo por hombre de honor, por tanto me permitiréis que no entre en consideraciones privadas acerca de una dama.

—¡Vaya, o sea que es que sí! —dijo Ígur para sí, abandonándose al sobresalto a la vez que arrepentido de haberse puesto en evidencia.

Se hizo un silencio incómodo.

—Ya os dije lo que tenía que decir os acerca de Sadó; en cualquier caso, no es cuestión de vida o muerte, como en el caso de Debrel, Guipria y Fei.

Ígur se dio cuenta de que la conversación no aportaba nada nuevo a su composición de lugar. Sirvieron el almuerzo, y la única novedad era saber que tenía ante sí a otro amante de Sadó. Divagaron sobre la contingencia del Imperio, Cuimógeno esforzándose por aportar visiones no subsidiarias de los tópicos, Ígur imaginándosele mojándose encima de su amada.

—¿Y las investigaciones, cómo van? —le dijo, provocadoramente—. ¿Cómo van las cosas por la Hegemonía?

Cuimógeno no esperaba esa pregunta, pero la ocasión de desviar la conversación no le desagradó.

—Caballero, estamos en un momento decisivo para los próximos treinta años del Imperio, y sólo os puedo avanzar que la clave de la situación son las relaciones entre los Astreos y el Príncipe Bruijma, que se han embarcado en una partida de póquer particular; mientras dure, cualquier cabeza que estorbe caerá sin contemplaciones, y los que queden serán los dueños. Por lo tanto se trata de pasar desapercibido un tiempo, de sobrevivir, con la seguridad de que vendrán aires más tranquilos y paisajes más seguros.

—¿Y Ixtehatzi? —preguntó Ígur.

—Ixtehatzi está acabado.

—Oigo decir eso desde que llegué a Gorhgró. Debía ser mucho Ixtehatzi, para que cueste tanto acabarse.

—Ixtehatzi pertenece a una familia de Príncipes yrénidas (por lo tanto, es un noble ario), y cuando se inició en la política, su clan lo abandonó, así es que todo lo logró solo, con la ventaja posterior de que todo lo había obtenido por méritos propios, así es que una vez accedió a la Apotropía de la Capilla y, aún más, a la Hegemonía, su retorno a la consideración dinástica fue triunfal, y al poder entre los dignatarios se unió su influencia sobre la nobleza, que aún hoy perdura. Eso quiere decir que por más que ahora esté arterioesclerótico, diabético, sordo, medio ciego, amnésico y tembloroso, en torno a él hay una red de intereses tan potente que hasta que no se aguanten en pie lo mantendrán a la cabeza de la Hegemonía.

—Tengo entendido que no tiene más de setenta años.

—Tiene más de setenta años. No muchos más, pero tiene más. Pero el problema es la manera cómo los ha vivido. Caballero, la lacra de la inteligencia y la vitalidad es una inquietud voraz y una insatisfacción galopante, y el alimento de todo eso son las cuarenta y nueve caras del vicio. El Hegémono las ha conocido todas, y ahora las

paga con una vejez decrepita.

Ígur evocó la firmeza de Arktofilax, la delicadeza de Debrel, la magnificencia de Gudemann; ¿ellos no habían conocido las caras del vicio? ¿Qué vejez se le daba a escoger al Caballero campeón del Laberinto?

—Os agradezco mucho vuestra ayuda —dijo Ígur al final del almuerzo.

—Caballero —dijo Cuimógino—, ninguno de nosotros es un espíritu puro, y me hago cargo de los abismos que se pueden abrir entre vos y yo, pero quiero que sepáis que las deudas de estimación no se saldan en una vez ni en cien, y que me tenéis a vuestra disposición para todo aquello en lo que os pueda ayudar.

Y así se separaron.

En su habitación, Ígur encontró una citación para el cónclave de la Capilla al cabo de tres días, para la elección de un nuevo Decano; a pesar de que conocía a pocos Caballeros, y de las intrigas internas de la Capilla tampoco sabía gran cosa, decidió ir. Sería una buena contingencia para tomarle el pulso a la situación, porque seguro que los actuales poderosos intentarían situar a sus acólitos al frente de una institución tan conspicua.

Más tarde, la soledad lo fue aplacando. Cada vez se sentía menos héroe temerario y más vagabundo perdido. Recordó a los payasos que, antes del Laberinto, acostumbraban a rondar por el portal de su casa. Los dos habían desaparecido. Intentó dormir, pero no podía, no se libraba del ahogo turbador del recuerdo de Debrel, Guipria, Omolpus y Fei; se sintió deudor de fuerzas de amor, deudor del tiempo pasado y de un sentido de la justicia que, aunque era fácil cuantificar en términos objetivos, se escapaba a toda dimensión racional, y bañado en lágrimas decidió con toda la solemnidad interior que, por encima de las rentas del Laberinto y de tener que llevar la exigencia hasta el final, iría a buscar y a encontrar a sus amigos, y en caso de que les hubiera pasado algo irreparable, perseguiría a los responsables aunque se hubieran refugiado en los brazos del mismísimo Emperador.

XIV

Cuando al día siguiente por la mañana Ígur se presentó a la entrevista concertada en la Agonía del Laberinto para hacer entrega del Informe, se encontró ante una recepción formada, no como el día anterior, por funcionarios de segunda fila, sino por el Primer Secretario de la Agonía del Laberinto y por el Secretario de Relaciones Exteriores del Príncipe Bruijma, los dos ya conocidos, en especial el segundo, el poderoso y sibilino Pauli Francis; estaban asistidos por funcionarios que Ígur no había visto nunca, pero era evidente que habían decidido llevar ellos mismos el peso del encuentro.

—¿Podemos ver el Informe? —preguntó Francis después de algunos saludos reducidos a mero formulismo.

—Aquí lo tenéis —dijo Ígur.

Francis lo cogió y rompió los sellos. Ígur se quedó de piedra al ver que lo abría y lo hojeaba.

—Está incompleto —dijo el Secretario de Bruijma.

—Creía que los únicos que tenían acceso a él eran el Emperador, el Hegémono...

—Una vez el Informe esté completo —le interrumpió Francis—. Pero ahora mi obligación es asegurarme de que no habéis omitido ningún aspecto, y hacia el final no veo más que eufemismos y lagunas.

La ira inmovilizaba a Ígur; entre tanto, el dignatario de la Agonía también hojeaba el Informe.

—No veo cómo podéis juzgar la precisión y el final del relato de una situación que no conocéis.

—Hay muchas maneras de no conocer una situación —dijo Francis con una sonrisa severa—, y en cualquier caso siempre se pueden hacer preguntas. Por ejemplo: ¿Cuáles son los plazos temporales de los episodios? ¿Por qué no se han recogido muestras de materiales? ¿Qué le sucedió al Magisterprasdi Hydene? —Ígur no reaccionaba, y el dignatario prosiguió—: No confundáis la opinión pública con vuestro compromiso hacia el Imperio. Quisiera que os percatarais de la bondad de las observaciones y las preguntas que os he formulado, y otras que os podría formular. ¿O es que preferís tener esta misma conversación con Su Ilustrísima el Agon del Laberinto o con Su Excelencia el Príncipe Bruijma? No os lo recomiendo.

—Lo que hay aquí consignado —dijo Ígur— es lo único que objetivamente puedo dar por bueno.

—No me hagáis reír, Caballero —intervino el Primer Secretario de la Agonía; Ígur lo había visto en el Atrio del Laberinto, y le había parecido un individuo brutal—. El señor Secretario de Su Excelencia os ha hecho una pregunta, y si no la podéis responder eso os convierte en sospechoso de cualquier cosa. ¿Por qué la objetividad

de que disponéis sobre el Magisterpraedi se acaba aquí? —señaló los papeles—. ¿Acaso lo habéis asesinado?

—¿Por quién me habéis tomado, señor mío? —dijo Ígur levantando ligeramente la voz.

—No os excitéis. Caballero —dijo Francis—, y recordad lo que os he dicho. Ser el vencedor del Laberinto os confiere ciertas prerrogativas civiles, pero no os exime de rendir cuentas de vuestra parte del contrato de Entrada.

—En cualquier caso —dijo el Primer Secretario de la Agonía—, resulta curioso que el Caballero se considere de una especie inmaculada. Nadie que conociera vuestro historial se extrañaría de la suposición, muy lógica por otra parte, de que el Magisterpraedi Hydene se quedó dentro del Laberinto gracias a vuestra intervención.

—¿Qué queréis decir? —dijo Ígur, a punto de ponerse a temblar de rabia; Francis intervino en un tono vagamente inclinado a conciliar.

—Señores, sugiero que dejemos esa clase de consideraciones para otro momento; y vos. Caballero —cerró el Informe y se lo puso en las manos—, os ruego completéis este documento de tal forma que ni los aquí presentes, ni nadie —recalcó con gravedad—, os pueda reclamar dato objetivo alguno. ¿De acuerdo? —Ígur hizo un gesto que no comprometiera a nada—. Muy bien, tenéis una semana más de plazo, pero no os volváis a equivocar, porque eso supondría incumplimiento de la cláusula de plazos. —Hizo una pausa—. Podéis retiraros.

Ígur dio un paso hacia la puerta, pero las palabras del Secretario de la Agonía lo habían envenenado e, incapaz de pasarlas por alto, se dio media vuelta y se les enfrentó de nuevo.

—Ignoro —dijo sin preámbulos— a qué historial mío os referís, ni qué podéis haber encontrado en él; todos los combates que he librado desde que accedí a la Capilla han sido en defensa legítima y en lucha leal, y las demás terminaciones que se me pueden imputar responden a órdenes concretas de mis superiores en la más estricta jerarquía imperial; yo no soy de la pasta del Caballero Milana, que tiene alma de Fonóctono, yo siempre me he regido por una línea de conducta clara y sin vericuetos.

—Caballero, os ordeno que os retiréis —dijo Francis con una dureza potenciada por haber hablado en voz más baja de lo normal.

—Al contrario —intervino el Primer Secretario de la Agonía—. Vuestra actitud es muy interesante, y creo que la ocasión merece detenimiento. Caballero, he estudiado vuestra vida en Gorhgró (la anterior no me interesa), y supongo que ahora os habéis referido a ciertos Fonóctonos que os atacaron en una ocasión, al Infante Galatrai y al Caballero Meneci; no sé —sonrió— si me dejo algo. —Ígur se mantenía a la expectativa—. Me imagino que hasta que encontrasteis al Magisterpraedi, algún otro infortunado o infortunada debió salir mal librado después de topar con vos, pero

la imputación es más dudosa; de los dos casos que os acabo de contar me consta que a estas alturas la justicia se ocupa de ellos... no os preocupéis, es tan lenta que os haréis viejo antes de que os alcance, y si por lo que fuera, yo qué sé, que os convirtieseis en un personaje tan famoso que los trámites se acelerasen, no dudo que por esa misma razón encontraríais defensa para salir bien librado. —Hizo una pausa para comprobar el efecto que producía su discurso—. Supongo que eso que llamáis, ¿cómo ha dicho? —se volvió hacia un Francis exageradamente impertérrito—, una línea de conducta clara y sin vericuetos, incluye además de vuestra habilidad con la espada proclive a enviar al otro barrio al primero que os moleste, el insulto más obscuro y el intento de estafa a un compañero vuestro en la Empresa del Laberinto. —Ígur se sofocó de rabia, porque no tenía réplica; el dignatario prosiguió con una benevolencia irónica—. Claro que de eso habéis sido exonerado quién sabe cómo, por retractación o por reparación, y además seguro que pensáis, ¿que importa, en medio de tantas cosas, una pequeña distracción más, una grieta más en el edificio de la rectitud? Pero imaginemos que no lo pensáis, y que vuestra autorredención moral pasa por la, por cierto, no demasiado prudente, investigación acerca de vuestros amigos Omolpus, Debrel, Comisca y Morani. —Ígur sufrió un gran sobresalto, porque era la primera vez que desde las altas instancias del Imperio se desenterraba la cuestión, y en décimas de segundo no consiguió imaginar si iba a ser recriminado por haber desobedecido la orden de matar a Debrel y Guipria o por buscarlos ahora—. ¿Os sorprende que se sepa? Recordad el antiguo dicho: lo que no quieras que se sepa, no lo hagas... Pero volvamos a la cuestión: os consideraréis en deuda con vuestros amigos, y os habéis propuesto descubrir dónde han ido a parar. Eso os otorga el resplandor del Caballero, ¿no es así? Muy bien, hablemos: con un espíritu más bien dudoso, tildáis a un cofrade vuestro, al Caballero Milana, de tener espíritu de Fonóctono, ignoro por qué, con qué base y, si la hay, con qué pruebas, no demasiadas imagino, porque si las tuvierais habríais recurrido a las vías oficiales en lugar de al insulto irresponsable; y bien, vos que os erigís en justiciero, ¿qué habéis hecho de verdad para encontrar a los amigos que ahora tanto añoráis? ¿Renunciasteis al Laberinto para salvar a Debrel y a su mujer? Está bien, dejemos el pasado: y ahora, ¿qué estáis dispuesto a sacrificar para volver a ver vivos a los seres queridos? ¿Vuestra elevación social? ¿Los beneficios del Laberinto?

—Ahora mismo —exclamó Ígur con aplomo—. Tomad vos mismo mi parte del Laberinto si sois capaz de traer a las personas que habéis nombrado, en buen estado de salud, y de garantizar que nunca más serán perseguidos. ¿Sois capaz de hacerlo?

El Primer Secretario de la Agonía soltó una carcajada.

—Muy bien. Caballero, ya veo que todo tiene un precio. ¿Vuestra parte del Laberinto por todo eso? ¿Y sólo por una parte, por ejemplo, por dos personas de esas cuatro, cuánto? ¿Y si os digo que quiero más, qué estáis dispuesto a añadir? ¿Vuestra

pertenencia a la Capilla del Emperador? ¿Vuestro crédito? —Sonrió hablando más lentamente—. ¿Vuestro sello de Caballero?

A Ígur cada vez le hacía menos gracia la conversación.

—Dudo que estéis en condiciones de llevar a cabo tal intercambio —dijo.

—Me temo que moriréis con esa duda —dijo Francis fríamente, pero Ígur estaba tan ofuscado con el Secretario de la Agonía que ni lo oyó.

—Vos no sois mejor que yo.

—Os equivocáis. Caballero. Yo no tomo apariencias ni atributos que no me corresponden, no pongo mis afectos personales en ninguna balanza de intereses y, sobre todo, no tengo en mi haber la muerte ni tan siquiera de una mosca.

—¿Pretendéis que me crea que no hay Fonóctonos en vuestra nómina? —dijo Ígur, consciente de la temeridad.

El Secretario de la Agonía rió abiertamente.

—Podría haceros procesar por lo que acabáis de decir, y ni tan sólo necesitaría la testificación del Señor Secretario del Príncipe, pero no lo haré, porque tengo un arma mejor en las manos, que es la verdad. No, Caballero, no hay Fonóctonos en mi nómina, ni en ninguna nómina afín a la mía.

Francis se consumía por dar por finalizada la conversación, y vio la ocasión en una pausa displicente del Secretario de la Agonía.

—Vais por mal camino, Caballero. Arrastráis vuestra ambigüedad como una cadena insostenible, porque la dimensión del héroe, si no puede extirparlas, la da la capacidad de olvidarse de sí mismo a la hora de soportarlas, y a vos os devora una furia retentiva más propia de un usurero que del espejo de consideración que pretendéis ser.

Ya más calmado, pero no menos inquieto, Ígur intentaba deducir de dónde podían haber sacado que se había propuesto encontrar a Debrel y a los demás; tan sólo recordaba haberlo hablado con Isabel Conti y con Cuimógeno, y si uno de los dos, o los dos, le había traicionado, eso significaba que ya no podía fiarse de nadie. O tal vez es que vivía bajo una vigilancia tan sofisticada que no disponía ni de la intimidad de una conversación. Y, sin embargo, la posibilidad de tener a su alcance una información concreta, o quizá la solución a los problemas de sus amigos, lo consumía, y se dirigió de nuevo al Primer Secretario de la Agonía.

—Ya que la situación se me ha planteado como un conflicto de intereses —dijo —, la respuesta es que sí, que estoy dispuesto a todo por encontrar a mis amigos, y en el sentido más amplio del concepto, quiero decir, no tan sólo encontrarlos, sino también interceder por ellos, hasta donde alcancen mis posibilidades personales y materiales.

Hubo un silencio. Ígur estuvo a punto de sacar a colación la orden de matar a Debrel y a Guipria, pero temió destapar una caja de Pandora. Los dignatarios se

miraron de una manera que Ígur no supo traducir.

—Muy bien, Caballero. Lo consideraremos —dijo el Primer Secretario, y puesto que Ígur continuaba a la expectativa, se impacientó—. No sé si os he interpretado bien, pero quiero entender que vuestras posibilidades personales y materiales no pisan vuestra fidelidad al Emperador. —Ígur se inclinó cortés—. No os puedo decir nada de vuestros amigos, no sé nada. Además —sonrió con ironía—, primero hay que estudiar la proposición, y después hay que pensar en un precio...

La entrevista se había acabado, e Ígur se dirigió hacia la puerta.

—Dentro de una semana, el Informe, Caballero —le recordó Francis antes de que la cruzara.

Al día siguiente al anochecer, Ígur había vuelto del derecho y del revés la letra y el espíritu de su crónica del Laberinto, sin encontrar rendija alguna por donde pudiera colarse la justificación que se le exigía. Y, sin embargo, era tan sólo ante sí mismo ante quien tenía que rendir cuentas. He aquí el Final del Laberinto, he aquí el triunfo. Evocó una vez más el antes del Laberinto, y cómo el después ahoga el antes en casi todo, y cuando no es así significa que hay algo equivocado. Sintió que la soledad y la emoción inmóvil del tiempo lo debilitaban, y se fue al Palacio Conti.

Lloviznaba cuando cruzó el Puente de los Cocineros, y todo le pareció un poco más descuidado y más feo que de costumbre, un problema de iluminación deficiente, pensó. Una vez dentro, pidió a la camarera que lo llevara a ver a la dueña.

—Debéis estar contento. Caballero —le dijo por el camino—. Sois el héroe de moda en Gorhgró.

—Muy contento.

La Conti lo recibió en su habitación, sentada ante el tocador, con un negligé y en plena operación cosmética, en compañía de dos esteticistas.

—Queridísimo, llegas a punto —dijo sin apartar los ojos del espejo—. ¿Crees que va bien el cadmio de base con este vestido turquesa? —Ígur esbozó un gesto vago mirando el vestido—. En fin, ya veo que te da igual que la Reina de la Noche sea la más bella —rió—; está bien, querido, no hace falta que gimotees de arrepentimiento, estoy dispuesta a perdonar tu infidelidad. —Histriónicamente dejó la sonrisa viendo que Ígur no se sumaba a ella—. Ay, ay, ya veo que volvemos a tener una visita tenebrosa del Campeón del Laberinto —suspiró—; ¡últimamente te temo! Dispara de una vez, ¿qué quieres?

—Querría que habláramos un momento a solas.

—¡A solas! —chilló la Conti, imitando una convulsión erótica—, ¡nunca es tarde cuando llega! Pero ¿por qué no te sientas? ¿Os importa, queridas? —miró a las dos chicas y le dio una palmada en las nalgas a la que tenía más a mano—. ¡El Caballero y yo tenemos que hablar a solas!

—Cuando la puerta se cerró tras ellas, Madame se inclinó ofreciendo a Ígur la

enorme visión de su escote. —Tú dirás, querido.

Ígur prefirió quedarse de pie.

—Querría saber qué pasó cuando Arktofilax salió de Bracaberbría, y por qué se retiró.

La Conti no modificó en lo más mínimo su expresión, e Ígur lo interpretó como un esfuerzo de camuflaje.

—¿No te lo explicó él?

—No se lo pregunté.

—¡Sí que eres de curiosidades retardadas! —rió—. No será que no tuvisteis horas por delante. ¿De qué hablabais, de mujeres?

Ígur respiró hondo, asqueado.

—Sí, no hablamos de otra cosa. Así pues ¿te ves con ánimos de decirme algo?

—Quizá sí —sonrió con vaguedad—. Quizá es que no resistía asistir a tantos requerimientos como se me hacían. —Lo miró desde abajo, levantando lo ojos pero no la cabeza—; ¿sabes?, yo estaba muy solicitada en aquellos tiempos.

—No querrás decir que ésa es la razón.

La Conti se abandonó a la carcajada.

—Los políticos y los historiadores te contarán cincuenta razones distintas, pero si quieres la verdad, la verdad de veras, es lo que te he dicho.

Levantó la cabeza, con la boca medio abierta, la lengua juguetona entre los dientes.

—No dudo que esa razón pesara —dijo Ígur mientras pensaba en cómo exponer las cosas sin herir la vanidad de su interlocutora—. Tengo entendido que tuvo una serie de choques y de incomodidades de orden burocrático...

—Claro, amigo mío, ¡los líos del Imperio! Quieres saber por qué no aceptó el ducado que le ofrecían, por qué prefirió irse a regar geranios a cepillarse a las amantes de los Príncipes... —se detuvo con una sonrisa malévola—; o quizá lo que quieres saber es por qué no te ofrecen a ti ahora mismo los honores que tuvo él en la palma de la mano, no entiendes qué diferencia hay, y te sientes menospreciado. Crees que ya tendrían que haberte hecho Duque y haberte dado un palacio con cuarenta criados. —Soltó una carcajada que Ígur encontró insoportablemente chabacana—. No puedo hacer más por ti, amor mío —cruzó las manos sobre el pecho, que con el movimiento, y al tomar aire, aumentó y ascendió prodigiosamente, imitando en burlesco un arredramiento trágico—: Secretos de confesión, ¿comprendes? —abrió los ojos con deleite—, pero sé quién te puede ayudar: tengo entendido que en Lauriayan conociste al señor Marterni; está muy bien situado, y conoce como nadie los contrapesos de la Administración.

—Intenté contactar con él no hace mucho —dijo Ígur—, y encontré los códigos barrados.

—¿Ah sí? Qué raro... ¡Mala suerte! —dijo Madame Conti con indiferencia, y se hizo un silencio.

Ígur vio que no sacaría nada más de ella.

—Necesito saber dónde está Fei —dijo sin rodeos.

La Conti se pasó la mano el cuello hacia abajo.

—Ya te dije el otro día que no sé dónde está, y aunque lo supiera no te lo diría.

Su mano sin los anillos habituales jugueteaba escote arriba y abajo, e Ígur tuvo un arrebato y la sujetó con violencia; ella le plantó cara ofensivamente divertida y nada asustada, sin el más leve movimiento de defensa.

—Es inútil —dijo—, puedes estrangularme si quieres, que no te diré nada. —Ígur aflojó la tensión y se sorprendió sin disgusto al contacto de un cuerpo aún excitante; ella se dio cuenta al instante—. ¿Qué es esto, Caballero impasible? ¿Cuántas tetas estás dispuesto a tocar para llegar a las que quieres tocar?

Ígur la soltó.

—¿Dónde está?

—No te lo diré —dijo Madame Conti—, y me entristece —rió— que tan sólo pienses en ponerme las manos encima para amenazarme —Ígur hizo un gesto de sentimiento inevitable—, pero para que veas que no te guardo rencor, te invito a la fiesta que damos esta noche —se miraron—, y créeme, no intentes encontrar a Fei, porque si la encuentras no sólo será peligroso para ti, sino también, y sobre todo, para ella, ¿me entiendes? Ya que parece que tu pellejo te importa un bledo, piensa en el suyo, ¿me has entendido?

—Tú sabes dónde está, ¿verdad? —dijo Ígur con resentimiento, y Madame Conti echó la cabeza hacia atrás.

—Pues sí, sé dónde está, y aunque lo sepas mi resolución de no decírtelo no ha variado ni un milímetro. Y te diré más: si por alguna razón llegaras a descubrir dónde está Fei, porque te lo dice algún irresponsable o alguien que la quiere mal, piensa en ella y déjala en paz, ¿me entiendes? —esbozó un gesto de impaciencia y se dio media vuelta—. ¿No te das cuenta de que todos estamos vigilados, y el primero que vaya a buscarla indicará el camino a los Fonóctonos de la Hegemonía?

—A mí no me sigue nadie sin que yo me dé cuenta —dijo Ígur con aplomo.

—Estás más loco de lo que creía —suspiró Madame con desesperanza, y después, como si hablase para sí misma—: Esperemos que nadie se vaya de la lengua.

Ígur pensó en quién podía estar al corriente, y quién podía estar más desprevenido o ser más indiferente a los peligros que tanto preocupaban a la Conti.

—¿Dónde es la fiesta? —dijo, camino de la puerta; ella lo miró con desconfianza.

—En el Salón, pero aún falta un poco —sonrió—. ¿Por qué no me das un masaje?

Ígur se rió, y se situó tras ella; se miraban a través del espejo mientras él le pasaba los dedos por los omóplatos.

—¿Va bien así?

—Muy bien —dijo ella con los ojos cerrados; las tiras del tul resbalaron, e Ígur se agitó ante la posibilidad de reconducir el masaje hacia otras sensaciones.

—¿De veras estás dispuesta a dejarte estrangular antes que decirme dónde está Fei?

Ella rió y protestó sin abrir los ojos.

—¡Calla, bruto! ¿Crees que no sé que eres incapaz de hacerlo?

—No estés tan segura —dijo él para salvar el prestigio.

El masaje se amplió, y cuando, guiadas por el movimiento, las tiras concluyeron el camino y el negligé cayó hasta la cintura, ella no movió ni un dedo y los pensamientos de Ígur vagaron por lo que imaginaba que ella esperaba de su actuación, a la vez que la visión y el tacto lo entorpecían con todo tipo de consideraciones, muchas de ellas contradictorias, de orden estético, comparativo y autocomplaciente, y hasta en cierto modo reverencial. Casi sin darse cuenta se sintió excitado y, a la vez, con un cierto rechazo agrídulce. Además, el deseo chocaba con una especie de incierto sentido de la obligación, que lo hacía avanzar poco a poco. Cuando la bestia estaba a punto de ganar el enfrentamiento, las dos esteticistas entraron sin llamar, sin que pareciera que la escena variase en nada su comportamiento; Ígur acentuó los movimientos y las miró entre el desafío y una imprecisa y, seguramente, pensándolo en frío, ingenua esperanza de propiciar la ambigüedad promiscua. Como no lo consiguió, dijo cuatro vaguedades, hizo saber que iba a tomarse la primera copa al Salón, y salió.

La fiesta del Palacio Conti tenía por motivo el decimocuarto aniversario del establecimiento de Isabel, y la presencia del vencedor del Último Laberinto fue subrayada de manera especial. Sadó llevaba un vestido azul brillante muy vistoso, y sus rasgos destacaban con un esplendor excepcional a juzgar por cómo compartía con la dueña y el Caballero Neblí el centro de atención. La sala central estaba iluminada y a rebosar como en las mejores ocasiones, y bebidas y comida corrían a placer servidas por camareras desnudas y violentamente enjoyadas. Había casi trescientas personas, y los grupos se tejían y deshilachaban con movimientos sinusoidales. Ígur fue a parar al principio entre unos desconocidos que parecían saber muy bien quién era él; más tarde llegó Boris Uranisor, y se les sumó; justo se apagaban las enhorabuenas por el Laberinto cuando Sadó se aproximó, después se alejó, cortesías repartidas por igual, para estrellar a Ígur en el infierno de las suposiciones, en la interpretación de señales, en el aprecio y comparación de efusiones. Ígur era consciente de que si daba alas a los sentimientos podía acabar no pensando en nada más, y de repente lo vio como inevitable. Se fijó en las mujeres presentes en la sala, que eran muchas y muy bellas, y eso aumentó su comezón, porque todo ayudaba a la magnificencia de Sadó; todo, en las demás, le llevaba a pensar en ella, y tanto en lo

que tenían en común, donde claramente el resto perdía la partida, como por contraste, donde cada diferencia se le antojaba un defecto de la otra, de la comparación siempre salía mal librada la mujer recién conocida, y la imagen de Sadó neuróticamente magnificada. Al cabo de un rato, ella se integró al círculo de Ígur, y toda la atención del Caballero se centró en sopesar si él era objeto de su predilección o de indiferencia premeditada, y no distinguió ni una cosa ni otra, a pesar de que la perfecta amabilidad de Sadó, igual para con todos, lo inclinaba a la segunda opción; cada consideración suya le parecía dolorosamente brillante, una saeta bellísima que lo hería un vez y otra, del derecho y del revés analizaba cada frase, y perduraba en su memoria como grabada con un fuego inextinguible, e imaginaba una selva de intenciones y motivos, conmovido por las favorables y angustiado por las negativas, donde la racionalidad proclamaba que no debía de haber más que palabras casuales dichas sin pensar. En su delirio posesivo, Ígur la veía capaz de pactar un suicidio de amor y traicionarlo por el anhelo de una emoción más fuerte, entre formas de felicidad brutales, casi dolorosas, y desde donde enamoramiento y vanidad se entremezclan en una locura difícil de precisar, la veía pasar de una aparente timidez a la carcajada más abrumadora. Poco a poco la gente se apartó, y se las ingenió para poderse quedar a solas con ella; entonces le propuso buscar un reservado, y ella aceptó.

—Sólo un rato —dijo, sin perder de vista el exterior.

—No tengas tanta prisa —dijo él un poco molesto, y condujo la conversación para hablar de Cuimógino; con medias palabras dio a entender lo que sabía, imaginando que se trataba de un capítulo reciente. Ella salió por donde no esperaba.

—¡Ah, Cuimógino! —dijo con desinterés—. Ya me acuerdo, lo conocí cuando yo tenía quince años, en el palacio de unos amigos de mi padre, en el Lago de Beomia. Era un moralista de baja estofa que vino a darme lecciones, y me dije espera y verás dónde van a parar tantos principios y tantas pretensiones. No te lo puedes imaginar, después se enamoró de mí, y le tuve que parar los pies.

A partir de ahí enlazó con el amigo de su padre, uno de los hombres de su vida según dijo, y continuó, a través de asociaciones temporales o temáticas, con historias y más historias del pasado, con una ligereza alegre que ponía a Ígur frenético; pero por más increíble que fuera una explicación, desde los más desenfrenados excesos hasta el más sospechoso intento de moderación o abstinencia, él estaba siempre dispuesto a creérselo todo con la meticulosa y retentiva fe de los desesperados, esa fe única, insistente y temeraria que se practica implacablemente, con el más devoto desprecio a la sensatez más elemental; incluso cuando, impulsada por el morboso anhelo de precisión de Ígur, ella rectificaba un punto, entre distraída y divertida y sin darle importancia, y también un poco como si quisiera exhibir que no ocultaba nada, él la creía con la misma capacidad evocadora y aún con más resquemor del que, un instante antes, había dedicado a creer lo contrario, y cuando ella descendía a una

cuestión lateral, Ígur se recreaba repetidamente en un detalle, viendo mil y un agravios comparativos en su contra, lanzado a establecer a partir de ahí una absurda competición entre actitudes pretéritas de ella, de la que él siempre salía perdiendo, a magnificar las ambigüedades imaginando mucho más de lo que después resultaba haber habido.

Al cabo de un rato, ella quiso reincorporarse a la sala, y allí la siguió Ígur, desahogado por la novedad que le ofrecía la presencia de determinados personajes. Porque estaba descubriendo que los progresos de Sadó no habían sido tan sólo cosa de cuando él estaba en el interior del Laberinto, por ejemplo la relación con Firmín o Poldino, sino de mucho antes, y, lo más doloroso, de los tiempos en que ellos habían iniciado su intimidad, por ejemplo un asunto con Silamo que ella situó sin reparos en el terreno de las frivolidades olvidables. La cena era informal, e Ígur y Sadó proseguían la conversación con intermitencias.

—Porque cuando Boris y tú... —decía él, por ejemplo.

—Ah, el asunto con Boris duró poco —respondía ella—, en cambio, con Constanz...

Y llegaba entonces un nuevo sobresalto: ¡de manera que con el Duque también! Y cuando ella se extendía en un punto que anteriormente había quedado tan sólo esbozado, o que se había saltado, él se estrellaba en la comparación de cómo se lo había imaginado, intentando inútilmente conciliario, o bien, si alguna otra cuestión (que podía ser únicamente la ubicación temporal de un affaire) quedaba oscura, Ígur se debatía enfermizo entre el anhelo de pedir que lo aclarase, para zanzarlo de una vez y no tener que pensar más en ello, y el miedo a la posible dimensión de las revelaciones que se sucederían; si se dejaba llevar por la primera opción, por descontento procurando no ponerse en evidencia y a tal fin disfrazando la pregunta con cualquier interés lateral, o con una entonación desenfadada, se armaba de valor y se lanzaba como quien afronta un peligro terrible, y si optaba por callar, aquel punto pasaba de la tranquilidad provisional del instante a convertirse en un argumento más para la fantasía obsesiva en torno al que, después, en la conversación, transitaba con precaución, como por las inmediaciones de una bomba de relojería que tarde o temprano iba a explotar.

—Parece que el Caballero Neblí tiene preocupaciones más graves que la política y el destino de la Falera —dijo Boris al cabo de un rato, porque la conversación giraba en torno a Bruijma, diversas Agonías y la posible caída del Hegémono, pero Ígur se hundía cada vez con más fruición en su conversación privada.

—Barón —respondió—, el destino del Imperio está trazado a partir del día en que las ciudades decidieron sujetarse al Hegémono en lugar de hacerlo al Emperador; por tanto, lleváis razón, hay cosas que me interesan mucho más.

El silencio afectó a unas siete u ocho personas.

—¿Podemos saber de qué se trata? —dijo un chico más joven que Ígur, que a él le pareció el sùmmum de la impertinencia.

—No creo que el Caballero tenga intención de contarlo —dijo Boris mirando a Sadó—; y tampoco considero, viendo la dimensión de su desinterés, que sea preciso que lo haga.

Ella rió, y se volvió hacia Ígur.

—¿Cuál es la dimensión de tu desinterés?

El buen humor se generalizó, pero como Ígur no veía la necesidad de abonarlo, lo encaminó todo a irse a dormir con Sadó, y se sorprendió cuando ella lo aceptó sin poner obstáculos ni hacer alusiones a otros compromisos. Cuando la fiesta empezó a vaciarse, dijeron adiós a Madame Conti y se retiraron.

—Que los sueños os sean breves —dijo Boris desde la puerta.

Ígur vio que lo llevaban por un camino inusual.

—¿No te lo he dicho? —se justificó ella—. ¡Me han cambiado de habitación! La de ahora está mucho mejor.

—¿Ah sí?

Se sobresaltó por un momento, y deseó que Madame Conti no hubiera cometido la torpeza o hubiera tenido la mala fe de darle la que había pertenecido a Fei; no fue así, aunque la habitación, con una amplia ventana exterior a Suroeste, se le pareciera mucho. Una vez allí ella se desvistió con una rapidez y una familiaridad que Ígur interpretó como desinterés por cargar de erotismo la situación. Además, el trayecto hasta la habitación le había traído a Fei al recuerdo y se pusieron a hacer el amor tan mecánicamente que el conjunto, con el agridulce añadido de la agotadora conversación de la fiesta, arrolló a Ígur hacia una náusea tierna que no por conocida le resultó menos dolorosa. Ígur pudo contemplar como si fuera un espectador (o con más frialdad que un espectador) la muriente majestad de la adormecida belleza delirante de aquellas facciones trastornadas por el placer, asistió a los latidos del cuerpo espléndido como si fuera otro y no él quien participaba de todo ello, se deleitó en la distancia con una especie de odio que, curiosamente, contribuía a su propio goce. En tal tesitura, Ígur presenció la culminación como un homenaje a su desesperanza.

—Me parece —dijo ella poco después— que tendríamos que aclarar algunas cosas. —Ígur no movió un dedo, y prestaba toda su atención—. Me halaga el interés que demuestras por mí cuando hay mucha gente delante, y me consta que no es una ficción; por eso no entiendo cómo es que no se corresponde con lo que muestras cuando estamos tú y yo solos, me refiero tú y yo solos de verdad. ¿Crees que no he notado que tenías la cabeza en otro sitio? Mira —se animó al ver que Ígur no respondía—, yo no exijo nada a nadie, no pido compromisos a mis amigos, pero quiero que cuando estén conmigo lo estén de verdad, no pensando en sus problemas o

en otra mujer.

Ígur se sentía enigmáticamente fuerte, y calló hasta que el silencio le dio a entender que se esperaba una respuesta.

—Tienes razón —dijo con neutralidad—. Procuraré que no vuelva a pasar.

—Pensabas en otra mujer, ¿no? —se recreó ella—. ¿En quién, en Fei?

Ígur se sintió provocado.

—Sí, en Fei —mintió en parte.

Se creó una situación a caballo entre la inseguridad, el rencor y la apatía. Sadó adoptó de repente una expresión preocupada.

—¿Sabes algo de Kim y Guipria? —preguntó con una gravedad sincera.

—No. ¿Y tú?

—Nada en absoluto. ¿Qué les debe haber pasado? —Ígur se encogió de hombros sin mirarla; cualquier vestigio de celos y angustia sexual se había esfumado—. ¿Me lo dirás si descubres... no sé, lo que sea?

—Claro que sí —Ígur calló de nuevo; la tensión no cedía, todo lo contrario, y al final se decidió—. ¿Y Fei, sabes dónde está?

—Sí —dijo ella sin cambiar de tono, e Ígur se quedó de una pieza, porque no lo esperaba.

—¿Puedes decírmelo? —pidió, casi temblando.

—Sí, está en casa de unos amigos; espera, te escribiré la dirección.

—La anotó en un papel, y a continuación se lo alargó; él fue hacia su ropa, lo metió en un bolsillo sin mirarlo y volvió a la cama. Pasaban los minutos y, como extraños en violencia, ninguno de los dos se movía ni decía nada.

XV

La Capilla del Emperador se había revestido de una solemnidad especial la mañana de la convocatoria del cónclave para la elección de un nuevo Decano. Ígur coincidió con Mongrius en la entrada, y subieron juntos. Como de costumbre, ni aditamento ni ornamentación añadían la más pequeña medida al helado hexaedro que era propiamente la Capilla. Ígur vio enseguida al Caballero Allenair, que, de negro como un Astreo, presidía un círculo de media docena del que también formaba parte Gudolf Berkin; destacaba un anciano imponente que cuando se abrió paso entre los presentes fue objeto de acusada deferencia; Ígur supo que se trataba del Apótropro de la Capilla, y procuró no perder detalle del personaje de quien se decía que era uno de los más poderosos de todo el Imperio, uno de los pocos que tenía acceso directo al Emperador. Tal como era tradición, el setial del centro de la pared Este de la Capilla permaneció vacío, y el Apótropro se instaló en un pulpito a su lado, presidiendo la reunión de los Caballeros, que se sentaron en círculo y en un orden determinado. Ígur buscó a Meneci con la mirada, pero no estaba, y cuando oyó decir que tan sólo faltaban, por motivos no especificados, dos Caballeros a la convocatoria, no se atrevió a preguntar si Meneci era uno de ellos.

—Caballeros —dijo el Apótropro—, por vuestro incondicional amor y fidelidad al Emperador estáis hoy aquí en mi convocatoria para elegir un nuevo Decano, dolorosa necesidad que proviene de las trágicas circunstancias de todos conocidas y por todos soportadas. Pero por encima de cualquier vicisitud, los organismos deben continuar su discurso, y la Capilla no puede exceptuarse. El procedimiento que seguiremos será el habitual: si lo consideráis necesario, dispondréis de tres horas en los despachos privados para la elaboración de candidaturas, que acto seguido se presentarán aquí mismo en la sala, donde habrá un turno de cuestiones y, si no hay ninguna objeción formal, se procederá a votar. Pero, antes de empezar, si algún Caballero quiere decir algo, le será cedida la palabra.

Se hizo un silencio, y Per Allenair se dirigió al Apótropro.

—Excelencia, con vuestro permiso y con todo el respeto que os debo a vos y la humildad que por el más elemental sentido de la justicia me impongo, quisiera cuestionar en esencia la naturaleza del propósito que tan magnánimamente os ha llevado a convocar a esta Capilla del Emperador. Es cierto que no tenemos Decano, pero tal certeza es tan sólo una parte de la realidad; sería más completo decir que existe la imposibilidad física de la presencia del Decano, por una contingencia que tan sabiamente habéis calificado de trágica, pero que no anula en derecho la existencia de tal Decano, ni su justa propiedad de un cargo no rescindida por el otorgador, esta honorable Capilla del Emperador. Tenemos, por tanto, un Decano, aunque por razones que no atañen a la Capilla no pueda estar entre nosotros, y elegir

otro es improcedente, y hasta, si permitís que os lo diga sin ánimo de contrastar vuestra demostrada y por mí antes que por nadie acatada rectitud, ilegal. Por tanto, pido, y llegado el caso imploro, que se someta a votación que no prospere la proposición de conformar un nuevo Decanato de la Capilla del Emperador.

El Apótropro se encaró a Allenair.

—Caballero Allenair, agradezco profundamente vuestra intervención, sin duda expresiva del sentimiento más profundo de muchos de los presentes, que ha encontrado en vuestra magnanimidad la voz más noble y más justa. El honor de la Capilla se ha construido a lo largo de los años con Caballeros como vos, y vuestra presencia aquí es, entre las más imprescindibles garantías de continuidad, la mejor y la que este servidor de todos vosotros que es el Apótropro más aprecia. Ciertamente, deplorar la ausencia del anterior Decano Vega y considerar los probables balances de provisionalidad y, por la salud del Emperador estoy dispuesto a jurarlo, los más sinceros deseos de solución, no nos impide apreciar la necesidad de no dejar por más tiempo a la Capilla huérfana de un patriarca que la institución contempla nacida de entre la flor y el orgullo más alto de los propios Caballeros. ¿Qué solución proponéis? Por más que la nobleza de vuestro corazón os lleve a intentar resolver la situación personal del Decano Vega, y que lo consideréis una deuda de honor hacia él que todos y cada uno de los aquí presentes compartimos, ¿creéis que es beneficioso para la Capilla no tener Decano?

Un Caballero de la edad de Allenair, situado en un punto opuesto del círculo de sillas, pidió la palabra.

—Excelencia —dijo—, el inmenso respeto que me infunde el Fidai Allenair me cohibe a la hora de manifestarme, y en este preciso instante, tomada la decisión, aún dudo entre lo que vos tan acertadamente habéis llamado una deuda de honor hacia la flor y el orgullo más alto de entre todos los Caballeros, y la necesidad práctica, por otra parte contemplada en los estatutos de la Capilla, de cubrir todas las atribuciones. Quisiera proponer una reflexión sobre si es tan largo el recorrido de esa duda como el que enlaza, o separa, depende de cómo lo quiera cada cual, los sentimientos y el devenir de la naturaleza. ¿No se alza un nuevo Príncipe entre los Príncipes cuando declina el anterior? ¿No se nombra un nuevo Hegémono cuando el otro ha acabado su carrera? ¿Es que el Imperio no corona un nuevo Sol cuando se ha puesto el que nos bendecía hasta entonces?

Calló, e Ígur lo miró con atención, porque estaba sentado al lado de Sari Milana, y entre ambos parecía haber una estrecha comunicación.

—¿Quién es ése? —preguntó a Mongrius en voz baja.

—Se llama Eucalvi, es un antiguo adversario de Allenair. Lo que me sorprende es que Milana esté de su lado; yo creía que era del grupo de Berkin.

—Caballeros —dijo el Apótropro—, hemos oído dos opiniones contrapuestas;

como Apótropro estoy obligado a considerar estatutariamente la necesidad de elegir un nuevo Decano; sin embargo, los estatutos también contemplan la soberanía de la Capilla. Por tanto me permito proponer una votación. —Hizo una pausa, y la concurrencia se agitó levemente—. ¿Alguno de vosotros quiere añadir algo más?

Sari Milana tomó la palabra.

—Con vuestro permiso, Excelencia, y gracias a la benevolencia de los Caballeros magnánimos que me han precedido en la Entrada a la Capilla, me permito decir que la muy loable actitud del Fidai Allenair responde más a un sentimiento personal aun más noble que el de la justicia, pero que por esa misma razón se aparta de los intereses objetivos de una comunidad, que, por más altos que sean sus objetivos y más severo su alcance moral, es lo que al fin y al cabo es la Capilla del Emperador. ¿Dónde iríamos a parar si cada obligación estatutaria se desviase en consideraciones emocionales? —Ígur se revolvía en la silla—. ¿Cuánto tiempo duraría la Capilla si las grandes prerrogativas se resolvieran con excepciones? —Ígur se volvió indignado hacia Mongrius—. Creo que la Capilla necesita un nuevo Fidai Decano, cuya presencia administrativa pueda transcurrir con normalidad, y es nuestra obligación no dejar de proporcionárselo. A tal fin, me permito iniciar la ronda de candidaturas proponiendo al Fidai que he visto más humildemente resuelto a ponerse a disposición del caso, al Caballero Beli Eucalvi que se os ha dirigido hace un momento.

Ígur habló con Mongrius en voz baja.

—Prácticamente ha acusado a Allenair de connivencia con los Astreos.

Su gesto había sido tan ostensible que el Apótropro se fijó en él, y tras una breve consulta aparte con el Caballero que tenía a su lado, se dirigió de nuevo a la comunidad.

—Antes de seguir con el procedimiento, sería interesante oír alguna opinión más. Parece que el Fidai Neblí, el Invicto, el honor de esta Capilla tras su triunfo en la Falera, tiene una bien formada.

—Gracias, Excelencia —dijo Ígur, y se levantó—. Efectivamente, la duda que vos mismo tan precisamente habéis expresado es lo que preside mi opinión. Y, habiendo oído a los nobilísimos Fidai que me han precedido en el uso de la palabra, veo que no podemos alargar en el tiempo un vacío de atribuciones que no haría sino introducir en la Capilla un círculo de incertidumbres en el que confusión y debilidad serían tan sólo los males menores originarios. ¿Qué sería de la Capilla si cada obligación estatutaria se resolviera con consideraciones emocionales?, ha preguntado el Fidai que me ha precedido. Y yo pregunto, ¿y qué sería de ella si cedemos a una presión espuria, a una circunstancia que no tiene nada que ver con la Capilla? ¿Dónde quedaría el compromiso de la Capilla, que no responde de sus decisiones sino ante el mismísimo Emperador? ¿Tendré que recordar las dolorosas razones que al privarnos del más honorable Decano que podíamos tener nos han reunido hoy? —La creciente

agitación de los Caballeros cedió a un silencio sepulcral—. ¡Qué abdicación, obedecer a un designio que no pertenece sino al más mundano de los vaivenes de los sótanos del Imperio! —Ígur hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras—. Pero volvamos al otro extremo del problema. ¿Cómo salir de un callejón sin salida sin deteriorar a la más noble entidad de la Capilla, sin que ningún vacío se produzca y, a la vez, sin que ninguna concesión roa nuestras últimas convicciones? Yo proclamo ahora y aquí que por más invectivas y por más persecuciones que caigan sobre él nadie más que el Fidai Vega será para mí el Decano —un murmullo de aprobación recorría los asistentes, e Ígur miró a Milana con complacencia desafiante, y prosiguió lentamente—, por lo tanto propongo que hasta que no tengamos constancia de su muerte, nada ni nadie ceda a cuestionar su cargo, y propongo también, a fin de no privar a la Capilla del imprescindible peldaño entre el Excelentísimo Apótropro y los Caballeros, que se nombre un cuerpo administrativo que de forma transitoria y a título personal, sin más oficialidad que nuestra palabra, soberana como ya se ha recordado aquí, se haga cargo de las atribuciones del Decanato; y, puesto que no es bueno que una persona sola cargue sobre sí una ocupación tal, porque eso podría confundir a la opinión pública, propongo que sean dos quienes la soporten, con la necesidad inherente de tomar cualquier decisión por unanimidad, y la garantía de justicia que tratándose de dos Fidai ello comporta. A tal fin propongo que sean votados los dos Caballeros que yo sé entre los más nobles y valiosos de los presentes, y que por su interés en la cuestión presente se han manifestado con más bondad: el Fidai Allenair y el Fidai Berkin. Los propongo y con toda humildad pido, si los dos interesados me quieren honrar con su aceptación, que el Excelentísimo Apótropro lo quiera incluir en el procedimiento.

Los murmullos se proyectaron hacia una insólita exuberancia que parecía desentumecer el ámbito imponente de la Capilla. El Apótropro miró a Allenair y a Berkin, y ambos respondieron con una inclinación.

—Caballeros —anunció el dignatario—, si ninguno de vosotros tiene nada más que añadir ni ninguna propuesta que hacer, ni considera necesario un receso para meditar o para negociar —dejó un silencio expectante que nadie interrumpió—, someto a votación la propuesta primera, del Caballero Milana, sobre el nombramiento del Caballero Eucalvi como Decano de la Capilla, y la propuesta segunda, del Caballero Neblí, sobre el nombramiento de los Caballeros Allenair y Berkin como Guardianes personales de las atribuciones del Decanato.

—Excelencia —dijo Allenair, y toda la atención se desplazó hacia él—, quisiera modificar la segunda propuesta. —Ígur contuvo la respiración, divididos sus afectos entre temores y corajes—. El Fidai Berkin y un servidor mismo creemos que la necesidad de ser unánimes no excluye la posibilidad de ser más de dos... las mesas y los asientos se aguantan mejor con tres patas que con dos. Por tanto, por la delicada

sabiduría y la elegancia de su justísimo razonamiento, quisiera añadir al Fidai Neblí, orgullo de la Capilla como habéis dicho expresando un sentimiento que todos compartimos, a la candidatura que él mismo ha propuesto.

El Apótropro miró a Ígur, e interpretó su silencio como una aceptación.

—Que así sea —dijo, y se procedió a votar.

Puesto que nadie que no fuera Caballero, salvo el Apótropro y el Emperador, podía acceder a la Capilla, ni, por tanto, ningún ujier, el último que había entrado, en ese caso Sari Milana, pasó en una bandeja de oro la terminal portátil del Cuantificador y, de uno en uno, los Caballeros introdujeron su sello con el voto. Milana se entretuvo en especial con algunos, en concreto con Ígur y con Mongrius, quienes en justa correspondencia operaron sin ninguna prisa; el odio entre Ígur y Milana se podía enriquecer con los intereses políticos, y más fuerte rugía la ferocidad cuanto más tenía. Una vez hubo pasado el Caballero camarero, las miradas de Ígur y Allenair se encontraron, y otra tensión, otro detenimiento más profundo se engarzó en ellas. La dureza de los ojos se alimentaba de suposiciones, y ni la más leve inflexión la rompió.

—¿Valía la pena arriesgarse de esa manera? —preguntó Mongrius sin volver la cabeza.

—Ahora lo sabremos —respondió Ígur.

—Caballeros —dijo el Apótropro—, el Cuantificador acaba de emitir el cómputo, que es el siguiente: para la primera propuesta, cinco votos. Para la segunda propuesta, diecinueve votos. Por tanto, en uso de los atributos que la Soberanía de la Capilla del Emperador me ha conferido, tengo el honor de proclamar a los Caballeros Per Allenair, Gudolf Berkin e Ígur Neblí Guardianes Personales de las atribuciones del Decanato.

Los Caballeros se pusieron en pie y salieron por orden. En la puerta, Ígur y Allenair se encontraron e hicieron un aparte.

—Caballero —dijo Allenair—, no creáis que cambio tan fácilmente de opinión, ni que soy débil ante actitudes favorables y halagos, pero también tengo que admitir la posibilidad de haberme equivocado al juzgaros; continúo pensando lo mismo acerca de ciertas actuaciones vuestras en el pasado, pero ahora sé que sois hombre de corazón, y pudiera ser a favor del corazón que os hubierais equivocado. Por eso el Fidai Berkin y yo os hemos querido tener a nuestro lado, para salir de dudas sobre si es oro lo que reluce tras tan bellos discursos y actuaciones tan contradictorias.

—Caballero —dijo Ígur—, la buena memoria que guardo de lo que han sido nuestras relaciones hasta hoy es el mejor signo de la esperanza que abrigo por las que vendrán; sé que estoy a prueba, no tan sólo ante vos y el Fidai Berkin, y espero tener ocasión de demostrar la bondad de mis propósitos.

Se miraron a los ojos, y la adusta expresión de Allenair se suavizó.

—Hoy habéis sido muy hábil, hay que reconocerlo, y muy efectivo, no sé si con propósitos bondadosos —atajó la protesta de Ígur—, pero como lo que cuentan son los resultados, el beneficio de la duda no juega en vuestra contra.

Salieron juntos. Ígur se sentía irremediabilmente distante de Mongrius, y estuvo a punto de pedirle a Allenair, en honor a la confianza recién alboreada, noticias sobre los amigos perdidos, y consejo para ayudarlos. Pero ninguno de los dos estaba aún preparado para tanto.

Cuatro días más tarde, unas horas antes de la señalada para la celebración en la Equemitía, Ígur escogió los plácidos parajes urbanos del Este de Gorhgró para intentar poner un poco de paz en su alma atormentada. En cuatro días no había sabido resolver ninguna de las empresas que, como espadas flamígeras, cada una de manera diferente, lo alejaban del paraíso. Horas de circunloquio intelectual había invertido inútilmente en el Informe, sin encontrar la manera de complacer las exigencias de Francis y el Primer Secretario de la Agonía del Laberinto. ¿Cómo podía justificar la desaparición de Arktofilax sin acusar directamente a las más altas instituciones del Imperio? Más le valdría cortarse las venas. Y a la inversa, ¿cómo podía traicionar el último reducto de su honor y mentir por cobardía? Indigno falsario, iconoclasta peligroso o asesino convicto, ésas parecían ser las únicas alternativas, y cualquier otra que se situase en la habilidad de un compromiso acabaría incluida en la primera. No, lo mejor que podía hacer era esquivar la ampliación del Informe amparándose en cualquier desidia. Salía el sol contra la grisácea masa de la Falera, una mole inclinada hacia el rosa y sin contrastes, cuando Ígur tomó tal determinación.

Igualmente irresoluble aparecía la terrible dependencia a que Sadó lo tenía sometido. Cada vez que se presentaba la oportunidad de verla en un lugar determinado, él se echaba a temblar, a la espera de la terrible sacudida que supondría encontrarla, pero también de la que supondría el no encontrarla. Las cuatro últimas noches había intentado estar con ella, y tan sólo en dos ocasiones le había sido posible, y aun así después de molestas insistencias y complicadas dilaciones. Dónde y con quién había ocupado los otros ratos, Ígur había decidido no investigarlo. Aun así, paralelamente a hacerle el amor, o más precisamente, realimentándose mutuamente con la imprescindible carga de hacerle el amor, el conocimiento del catálogo de hombres que habían pasado por la vida de Sadó era una de las más inagotables fuentes de sensualidad y deseo. Cada día en mayor medida se partía no ya de historias nuevas, sino de ramificaciones de otras ya conocidas, o por lo menos situadas en el conjunto como un sobre cerrado del que se conoce la existencia pero sólo se imagina el contenido; Ígur comenzaba por hipótesis de días anteriores, y cuando se confirmaba una, aunque fuera en menor medida de lo que él creía, se desplomaba sobre él como una losa abrumadora y pasaba a otra categoría de pesares, a la de las heridas en proceso de cicatrización; incluso las declaraciones de Sadó que, por

contraste con sus suposiciones, encontraba formalmente más suaves, la convicción y, alguna vez, el detalle justificador que confería el hecho de ser expresadas en primera persona, las volvía aún más turbadoras. Así, a medida que aparecían nuevas expectativas de revelaciones fustigadoras, aquellas que poco a poco, inexorablemente, se iban realizando hacían envejecer a las anteriores, que entraban lentamente en la dimensión más controlable del desastre aceptado, y al final en el recuerdo, y así se configuraba el mosaico de los hechos que nunca, por otra parte, llegaba a completarse, porque siempre aparecía un eslabón intermedio perdido, una reticencia sobre tal personaje en un determinado momento, la insinuación que ocupaba un periodo vacío, e Ígur se ahogaba en la certeza de que el esfuerzo de reordenar los recuerdos, de recomponer entre heridas de resquemor la visión del pasado con las implicaciones que el conocimiento de más acciones comporta, era inútil, porque nunca acabaría de completar el mosaico, profundo y cambiante sin fondo, e incluso en los capítulos que parecían definitivamente cerrados aparecía la referencia a otra aventura ignorada, más exótica e hiriente que ninguna, o incluso una misma escena se enriquecía con la circunstancia imprevista, con la novedad excitante o el detalle magnificador, tal vez referente a las actividades o a las posesiones del amante, que Ígur sentía como un inapelable agravio, como un doloroso desafío, como un hito a intentar inútilmente batir, que ella añadía riendo, y que la volvía tanto más perturbadora, más susceptible de poner al descubierto la debilidad de Ígur y sus nulas posibilidades de quedar por encima de la inconmensurable Sadó.

¡De qué iba a servirle en eso la respiración de la Capilla! Lo más mortificador del proceso era la absoluta conciencia que Ígur tenía, cómo se sentía insultado por sí mismo, cómo constataba a cada hora de su vida que el resultado no variaba por el hecho de conocerlo. Un furor de anhelo de emulación era el fondo último de esa enfermedad del alma, el estrellarse continuo contra todo lo que siempre había creído contrario a los principios de áurea generosidad y placidez de virtud que presiden la respiración del Caballero. Pero así era: le dolía más que Sadó tuviera que no tener él, y cuando se había propuesto hacer algo que creía que ella había hecho (y tenerlo que hacer por homenaje, por crimen o por reducir una distancia, eso prefería no saberlo), si más adelante descubría que ella no lo había hecho, perdía para él todo interés.

Casi sin darse cuenta, el anhelo de un pensamiento más fuerte en el que refugiarse condujo a Ígur al barrio de Debrel, y se recreó con dolorosa deliberación en la sacudida de la visión de la torre cerrada. Se aproximó a ella; la puerta estaba abierta. Entró con precauciones, y lo que encontró lo descorazonó; un tifón parecía haber asolado las dependencias del edificio: muebles reventados, cortinas arrancadas, porcelanas rotas, cajones por el suelo y revoltijo de papeles. Primero pensó que se trataba de una incursión de ladrones, después vio que había sido un registro de la Guardia Imperial. Subió la escalera desolado. Hasta las cañerías habían reventado, y

el agua manaba dulcemente por las paredes, provocando goteras por doquier y charcos oscuros en los rincones que antes habían sido cobijo de comodidad y regalo visual. Con el corazón ennegrecido intentó descubrir qué habían buscado, qué se habían llevado; registro policial o pillaje, daba lo mismo. Subió al último piso, a la sala donde tantas horas agradables habían transcurrido, y allí fue presa del aislamiento más demoledor, porque la saña de los visitantes había sido especial en el lugar insignia de la casa. La vieja biblioteca del geómetra estaba tirada por el suelo, y en el centro del recinto, los restos de una hoguera que había chamuscado el techo dejaban constancia de las preferencias de los intrusos. El Cuantificador estaba arrancado, y las conexiones cortadas miraban en todas direcciones como los nervios y las venas de una animal troceado; las vidrieras de la terraza, por el suelo hechas añicos. Ningún motivo de precaución inmediata parecía amenazar a Ígur, quien se movió por la estancia más entristecido por la sensación irreversible de la muerte que acechado por un peligro concreto, y resolvió encontrar a Debrel de la manera que fuese y al precio que fuese, y, como siempre, pasó de Debrel a Guipria y de Guipria a la Sadó recién conocida, tan irreconciliablemente diferente de la que más tarde había descubierto, y pensó con lágrimas en los ojos lo imposible que resulta recordar un afecto pasado, evocar un placer y, sobre todo, evocar un deseo que de una forma u otra ha sido superado, y con ese pensamiento y con toda su carga de absurdo y de inutilidad recordó, viendo el escenario que a pleno día y destruido tanto costaba reconocer, la primera visita que había hecho al geómetra, las primeras conversaciones sobre el Laberinto, evocó la primera noche que había pasado allí con Sadó, y esa otra mañana en que una orden incomprensible había dado inicio al descenso a la oscuridad de los intereses, evocó finalmente la última vez que había puesto los pies en esa casa, la hora de decir adiós a Debrel y a Guipria sabiendo que nada a partir de ahí sería igual, pero sin poder imaginar cómo sería el futuro ni sospechar de qué manera a partir de entonces vería la mitificada felicidad de aquel momento. Incertidumbre acerca de Debrel y Guipria, incertidumbre acerca de Omolpus y, por asociación contraria de delirios, terrible posibilidad de certeza acerca de Fei. Porque desde que Sadó le había dado la dirección, se debatía entre las palabras de la Conti, que lo hacían responsable de todo lo malo que le pudiera suceder a Fei, y un imparable anhelo de redimirse salvándola de un destino que, por otra parte, no sabía hasta qué punto ella había buscado deliberadamente y estaba en condiciones de aceptar.

Consciente de haber pasado demasiado tiempo allí para su precaria salud emocional, Ígur dejó la casa sin mirar atrás y huyó de prisa del barrio, porque era casi la hora de la recepción de la Equemitía, y siempre una curiosidad ponía en evidencia el dominio de una tristeza.

En el Palacio de la Equemitía de Recursos Primordiales, Ígur fue recibido por el Secretario Ifact, que hizo las veces de introductor, pasando por encima de los

funcionarios de rigor, y en compañía de Mongrius, que continuaba siendo el Caballero de confianza de la institución, ocuparon un salón en la torre más alta, desde donde el dominio de Gorhgró aún resultaba más completo que desde el despacho de Ifact. Allí, en compás de espera, comenzó la estancia de una veintena de individuos, algunos de los cuales fueron presentados a Ígur como dignatarios de escala media. Al cabo de un cuarto de hora cumplido compareció el Equemitor Noldera, un anciano voluminoso y claro, de expresión divertida y afable, que rodeado por la absoluta reverencia de todos, se encaró directamente a Ígur sin que nadie se lo señalase, mostrando así que conocía su fisonomía o bien, pensó Ígur, con un notable sentido de la deducción social.

—Caballero Neblí —se dirigió a él en medio de la expectación general—, cada día hay un nuevo motivo para felicitarte; esta celebración es por tu entrada al Laberinto —sonrió—, pero también tendremos que homenajear al nuevo Guardián del Decanato de la Capilla.

—Excelencia —dijo Ígur—, quiero que sepáis que guardo un recuerdo imborrable de los tiempos que estuve a vuestro servicio, y que le tengo un aprecio profundo a vuestra generosa magnanimidad.

El Equemitor se lo llevó aparte cogido del brazo.

—El Conde Gudemann me ha hablado con mucho afecto de ti —y como Ígur pusiera cara de sorpresa, prosiguió—: El Conde y yo hace más de cincuenta años que somos grandes amigos, es uno de los nobles más significados del Imperio.

—El Señor Conde fue muy bondadoso conmigo cuando estuve en su casa —dijo Ígur.

La conversación transcurrió tan distendida, y hasta alegre, que Ígur tuvo que repetirse más de una vez que no se podía permitir el lujo de bajar la guardia, que estaba ante uno de los personajes más poderosos de todo el Imperio, de un verdadero número uno que no le rendía cuentas más que al Emperador, y si el Emperador era un niño de doce años, ¿ante quién rendía cuentas el Equemitor Noldera? Observando aquellos ojos juguetones y la risa de píllete antisocial, no dejaba de preguntarse si en la agudeza de sus opiniones pesaba más la perspicacia natural y la experiencia que la información que proporciona el cargo; en cualquier caso, el alto dignatario dominaba la situación por completo.

—¿Qué te preocupa? —le dijo a Ígur en un momento dado—. Porque no hay duda de que te preocupa algo.

—Excelencia —dijo Ígur—, desde que he dejado el Laberinto, he encontrado el Imperio revuelto, y tenéis razón, la situación de ciertos amigos me inquieta —vaciló—, me gustaría poder ayudarlos.

El Equemitor parecía sinceramente interesado.

—¿A quién queréis ayudar?

A Ígur se le hizo un nudo en la garganta; era una temeridad impensable pedir clemencia para Debrel al jefe de la institución que le había ordenado que lo matase. De repente se sintió mortalmente atrapado, porque después de la magnanimidad y la confianza demostrada por todo un Equemitor no era cuestión de andarse con evasivas; en el conjunto del panorama, Fei le pareció un mal menor.

—Una amiga mía, una buena amiga —dijo con un esfuerzo de aplomo—, pertenece a una familia Astrea muy distinguida...

—¿Cómo se llama? —lo interrumpió Noldera, e Ígur notó una tensión sutil; pero ya no había retroceso posible.

—Féiania Morani —el Equemitor hizo gesto de no conocerla, e Ígur prosiguió—; me consta su bondad y su incuestionable voluntad de servir al Imperio...

—¡Ay, querido amigo —dijo con una risa de nuevo encantadora, como la de un abuelo—, qué joven eres! ¡Si no se trata de eso! Todos tenemos una incuestionable voluntad de servir al Imperio, y a la vez todos somos enemigos terribles nunca sabremos exactamente de quién. Lo mejor que puedes hacer por esa amiga tuya es esperar a que pase la mala temporada para la causa de los Astreos, que habían crecido en la dirección equivocada y han atraído demasiada ira sobre sus cabezas —esbozó un gesto de paciencia—; dejar pasar el tiempo, dejar caer en el olvido, sobrevivir al temporal, saber escoger el refugio apropiado y el buen momento para salir.

—No sé si queda tiempo —dijo Ígur.

—¡Claro que queda tiempo! —El Equemitor rió—. ¡Mírame a mí! ¿Por qué crees que he llegado hasta aquí? Yo te lo diré: porque he sabido cuándo había que adelantarse a los hechos, que es muy pocas veces, y cuándo es conveniente dejarlos pasar delante, que contrariamente a lo que todo el mundo cree, es mucho más difícil. —Bajó la voz—. ¡No ayudes a tus enemigos! Las obsesiones transforman el mundo en una habitación cerrada. ¿Eres un atormentado de la conciencia? ¿Eres un ambicioso? ¿Vas disparado de una cosa a otra? —rió—. Ya veo que sí, ¡eres un pobre poeta sentimental!

—Quisiera poder hablar hasta las últimas consecuencias con alguien, con alguien a quien pudiese abrir mi corazón de verdad.

El Equemitor lo miró como si acabase de decir lo más divertido del mundo.

—¡Qué bruto soy!, ¿cómo no me he dado cuenta? Claro, conmigo no puedes porque yo soy... en fin, eso no tiene remedio. Ifact tampoco puede ayudarte, y el pobre Mongrius sabe menos que tú... Vamos a ver —reflexionaba, y hablaba como si fuera el último pobre hombre, el más alejado de cualquier poder—, necesitas a alguien que no te despierte susceptibilidades ni sospechas, alguien que ni trabaje para el Imperio ni para los Príncipes...

Ígur se arrepintió de haber puesto en marcha un mecanismo que no sabía cómo detener; la tesitura del Equemitor le asustaba, y temía que se cansara, pero tampoco

encontraba la forma de cambiar de conversación sin molestarlo y ser objeto de un rechazo irreversible.

—No quisiera preocuparos con mis quebraderos de cabeza —le dijo, y se arrepintió de inmediato: ¿cómo podía pretender que un Equemitor se preocupase por algo así? Pero Noldera se rió.

—Caballero, no me preocupas, sino al contrario, y no quisiera que lo tomaras a mal. Te encuentro... ¿cómo te diría? ¡Tan nostálgicamente joven! Crees que eres infeliz y lo único que te estorba es esa fijación de verte reflejado en los hechos, y hablo no tan sólo de los que te afectan más directamente, sino incluso de los más generales, del aire de los tiempos. Es una dirección forzada, y si me permites que moralice un poco, quizá una pizca vanidosa. No me interpretes con demasiada dureza, los principios no me interesan en este caso, sino la resolución práctica. —Lo miró fijamente—. Has ido a ver a la Cabeza Profética, supongo.

—Claro, Excelencia —dijo Ígur, sorprendido—. En realidad, jugó un papel importante en la decodificación de los datos anteriores a la Primera Puerta...

—Eso ya lo sé —dijo Noldera, sin que la impaciencia le hiciera perder el buen humor—. Me refería a si la has visitado al salir del Laberinto.

—No lo he hecho. Excelencia.

—No lo hagas sin el complemento conceptual —rió viendo la cara de Ígur—. ¿Tus amigos no te lo han dicho? El complemento de la Cabeza Profética es la Biblioteca, ¿no lo sabías? ¡No hay veneno sin antídoto! En realidad, las bondades de la naturaleza no son más que terribles venenos que van, por oficio de esencia, acompañados de su antídoto particular, del que conviene no separarlos con manipulaciones irresponsables, y así pues, ¿qué es la ignorancia, sino el soporte de la sabiduría?, ¿qué es la intuición, sino el latido de la geometría?, ¿qué es la vida, sino la columna de la muerte? ¡El bien no es más que un precario equilibrio de los males más espantosos! —Rió—. La Cabeza Profética es la oscuridad de la inteligencia, es el conocimiento sagrado y la poesía inalcanzable, y la Biblioteca es la luz del silencio, el recuerdo expresado y la filosofía aprehensible —lo miro como una criatura que comete una trastada—, ¿o es al revés? ¿Me entiendes? El hacha es doble, ¡deberías entenderlo! Ya sabes lo que decían los antiguos: ¡ponle una vela al caballo y otra a la vaca!

A partir de ahí la conversación se reintegró, e Ígur se pudo aislar mentalmente en medio del vaivén de brindis y felicitaciones: si el Equemitor le había hablado de la Cabeza Profética y de la Biblioteca, no debía ser casualidad. Demasiadas cosas para tan poco tiempo. En el bolsillo llevaba la dirección de Fei, en su casa le esperaba la macabra ampliación del Informe. Noldera le dio un breve abrazo y desapareció flanqueado por sus secretarios, e Ígur sintió descargarse una tensión y empezar otra; formalidades zanjadas, se fue al Palacio Conti.

La Biblioteca Imperial era un severo edificio de fachada perfectamente uniforme con una distribución de columnas y aberturas tan armoniosa y regular que la sensación de serenidad era tan fría y estática que el espectador desprevenido no sabía si recrearse como frente al mar o huir como ante una manifestación de la nada. Cuando Ígur Neblí, maquinalmente, dirigió la vista a los emblemas del escudo de la puerta central de acceso, el principal le llamó la atención, y le volvieron a la mente las palabras finales de Noldera; se trataba de un gran círculo azul oscuro que incluía en su interior, colocados uno encima del otro y en contacto tangencial tanto entre ellos como con el círculo grande, un círculo dorado con un caballo rojo dentro, y un semicírculo del mismo radio con la diagonal como base, con una vaca blanca sobre fondo negro plateado. Era por la mañana, e Ígur entró sin más dilaciones.

Pasadas las formalidades de rigor, el primer recepcionista le informó de que como el Agon no estaba, le atendería el Primer Bibliotecario; Ígur esperó unos minutos en una salita donde, al igual que en todas las estancias y pasillos que había visto, nada indicaba la naturaleza específica del edificio, sino que podía haberse tratado de cualquiera de las instancias que conocía.

—Caballero Neblí, vuestra visita es un honor inesperado para esta Biblioteca —dijo el funcionario, un hombre más joven de lo que Ígur esperaba, pero demacrado y ojeroso como si hiciera años que no viera la luz del día—. Disponéis de mi ayuda para todo aquello en lo que pueda servirlos.

Se mantuvo a la espera.

—En realidad, no sé demasiado bien lo que busco —dijo Ígur, que se sentía cada vez más vacío—. ¿Tenéis una sección de documentación Histórica? Busco antecedentes sobre los Laberintos, en relación con los clanes Astreos.

El Primer Bibliotecario lo invitó a seguirle.

—Caballero, os explicaré las dificultades de una gestión del orden que me pedís. Nuestra institución sufre en este momento un arduo proceso de conciliación entre las tres Bibliotecas verticales que coexisten actualmente en el edificio: la Biblioteca de papel, que en realidad es un residuo del pasado que hemos mantenido por amor a las tradiciones, aunque se habla de imposiciones concretas de algún alto personaje, la Biblioteca cuantificada, que es, de hecho, una rama del Cuantificador del Imperio, protegida por los códigos correspondientes, y la Biblioteca de la Memoria, de la que no estoy autorizado a hablar, me dispensaréis por ello, y que de hecho es el origen del problema, porque las partes interesadas no se ponen de acuerdo para establecer su alcance, su disponibilidad y su naturaleza —soltó una risita nerviosa y miró a Ígur de reojo—, y aún menos desde que vos habéis eliminado, tan brillantemente por cierto, el obstáculo del Ultimo Laberinto.

—¿Ah sí? —dijo Ígur, desconcertado—. ¿Cómo es eso?

El Bibliotecario lo miró y rió como si se tratara de una broma.

—El problema añadido —prosiguió— es que no hay manera de acabar las obras de la sección etiópica —entraron en una sala inmensa descuidadamente iluminada con reflejos ocres, donde coexistían el trajín de los albañiles, entre andamios y hormigoneras, y el de los empleados de la casa que transportaban bultos de un sitio a otro—, y ahora, además, se han añadido las del ala ptolemaica, que conseguí aplazar durante más de tres años con la esperanza de no juntarlas con las otras —hizo un gesto de impotencia—, y ya lo veis. El problema es que el Subcuantificador particular de la Biblioteca está pendiente del proceso de sistematización; aquí también hay el mismo conflicto, pero con otros elementos, que con las tres Bibliotecas, que es unificar criterios de lenguaje, o códigos de calificación, como queráis llamarlo, y ahora mismo es complicadísimo identificar un tema o una época, y ya no digamos una obra concreta, porque hay más de mil directorios y veinticinco mil subdirectorios, a saber con cuántos códigos diferentes, introducidos a lo largo de más de cincuenta años por miles de empleados, prisioneros morales de la Apotropía de Juegos, que más de una vez, a causa de una jugada, ha colapsado en el Cuantificador una conexión interactiva que nos afecta, y, por las propias exigencias del Juego, son incapaces ya no de ayudar a recuperarla, sino incluso de reconocer el trastorno originado —entraron en otra sala, aún mayor que la anterior, sin ventilación exterior y con una altura de más de doce metros, y diversas conexiones con pasillos acabados en salas cerradas unas veces, otras en escaleras ascendentes que llevaban a buhardillas de las que no se veía el final, o bien en escalinatas descendentes hacia húmedos sótanos, y todo, igual que antes, con ese tráfico febril que confiere al espíritu ansioso el desasosiego de la provisionalidad, de conflictos producto de la ineficacia, finalmente de la inutilidad más absoluta—. ¿Me entendéis Caballero? Las dificultades se sobreponen: ¿Qué os puedo ofrecer de lo que me pedís? ¿Dónde buscarlo? ¿Cómo encontrar la referencia oportuna, si las hay a miles? Imaginad que la hemos encontrado, y nos remite a una pieza concreta: ¿esa pieza, existe? Está claro que si existe la debemos tener, pero ¿dónde? Y, aunque la podamos localizar, quedan los problemas prácticos: ¿pertenece a una zona en proceso de remodelación? Si es así, ¿cuál es su localización provisional? —bajó la voz—. ¿Sabéis qué creo, Caballero?

—Decídmelo —dijo Ígur.

—Que la sección etiópica, como ya ha pasado con la cefalena y con la lapersia, no se recuperará jamás de la remodelación; es como el cuento de la expedición que se aleja y envía mensajes lanzadera, llegará un momento en que no llegarán a cumplir su cometido: si ya es matemáticamente imposible ordenar el material nuevo, que se produce en progresión geométrica en tanto que aquí sólo damos abasto a cuantificarlo a ritmo aritmético, imaginaos lo que pasa con el material de las secciones en obras, donde se genera un desorden añadido.

—¿Por qué —dijo Ígur— no lo asimiláis a una Ruleta Edilicia? Quizá fuerais favorecido con una resolución positiva.

—¡Caballero, no seáis ingenuo! El azar nunca ha resuelto los problemas, y además aquí los parámetros son otros —esbozó un gesto de desesperanza que disuadió a Ígur de decir que a esas alturas tenía pocas dudas de que las operaciones de la Apotropía de Juegos no dependieran del azar—; la Biblioteca es la Catedral de la Entropía, Caballero, ¡habría que cambiarle el nombre! ¡Entropeion, Egregoreion! ¿Y todo, para qué?

—Miró a Ígur con unos ojos encendidos que hubieran dado miedo de no haber dado lástima. —Porque en realidad. Caballero, ¿sabéis qué es lo mejor de todo? Que a poca gente le importa si una obra existe o no, si el catálogo es falso o auténtico, si una sección ha sido trasladada o no, si han robado o estropeado aquí o allá, porque decidme. Caballero, ¿quién lee? —Se rió como si fuera a morder un insecto invisible—. ¿Leéis mucho, vos? ¿Cuánto? ¿Una vez al día, una vez al año? ¡No leáis, creedme, no metáis más entropía en vuestra cabeza!

Subieron una escalera, y después cruzaron un puente de barandillas endeblés, desde donde se dominaba un amplio paraje de espacios variadamente conexos, con plataformas diferentes y a diversas alturas, formando dobles y triples espacios con montacargas y auténticos pozos hacia profundidades indetectables de lo que, según informaba un indicador escrito a mano, había sido en otros tiempos la sección efesia.

—¿Puedo haceros una pregunta? —dijo Ígur, pero el Primer Bibliotecario siguió como si no lo hubiera oído.

—Debéis cuestionaros cuál puede ser mi misión; debéis pensar que no es demasiado agradecido intentar contener el desorden en una disciplina que se aprecia mínimamente, y seguramente tendréis razón. No tengo alma de mártir, ni de salvador, y sé que el provecho que puedo sacar es poco rentable tal y por donde va el Imperio. Aquí aprenderíais a distribuir razonablemente vuestras desconfianzas, Caballero —dejó escapar una risa amarga—, ya lo veis, no todas las órdenes de las instituciones a los empleados son compromisos de Juego. Me debéis tomar por un desgraciado. Caballero.

—¿Qué significa el círculo con el caballo y la vaca? —preguntó Ígur.

—¿Queréis ver una cosa que os resultará graciosa? Venid a mi despacho.

Cruzaron una puertecita y, por una escalera de caracol, llegaron a un ascensor enorme, alto, oscuro y desconchado, con capacidad para cincuenta personas, que los llevó entre zarándeos y chirridos a un piso superior; allí entraron en una habitación sin ventilación igual que todas las dependencias que habían visto hasta entonces, llena hasta los topes de cintas y papeles entre los cuales emergían polvorientas las terminales del Cuantificador.

—¿Éste es vuestro despacho? —preguntó Ígur, y reparó en los papeles de encima

de una mesa; el primero que cogió era una poema, y leyó en voz alta los primeros versos.

Se enroblece en el aura umbría del ocaso
afán colmado de la índida blataria

—Dejad eso —dijo el Primer Bibliotecario—. Mirad este otro, en cambio; posiblemente es un apócrifo, es más, es casi seguro que lo sea, tiene ciertos defectos formales que lo delatan, pero no deja de ser curioso; procede de una recatalogación del año pasado, y se podría tratar...

Ígur lo dejó explayarse, y leyó el poema por encima.

Los hombres muertos que habitan en mi interior
para obligarme a que los añore
me muestran al enemigo en mí:

El alma insaciable no puede dejar escapar
ninguna ocasión de ser otra una vez más,
como si volver a cada instante deseado,
reconstruir no tanto la realización
como el propio deseo pudiera abrir el grano
de cada infamia para de él poder así extraer
el fraseo del goce, pero ay:

¿Qué es esta fisonomía
de bárbaro que me ofrezco por renovación?
¡Si ahí el amor es el mismo!

Pero los ojos ya no se molestan
en desnudar tan sutilmente,
de mí mismo se amparan en la brutalidad
de quererme posible, de la impaciencia
que me lleva a repetir de un cuerpo a otro
la misma estrategia del alma,
la misma mentira sin escrúpulos,
derrotado por el desgaste que realimenta esa
necesidad de gritar más para yo mismo oírme,
para volver a ser creíble para mí mismo.

¡Ay que a la bestia no hay quien la pare!
¿Qué tendré el valor de hacer para recobrar
las mañanas de flaqueza, metido
en bares helados de soledad y sueño,

cuando quieres creer que has vencido
a la muerte, pero es el amor quien te ha matado un poco?
¿Qué para retroceder aún más,
a los largos paseos de solitario
privado por mí mismo de decir sentires,
por el miedo a desatar la vida,
a poner deseos en juego? ¿Quién me creerá,
si ahora, tan cansado que me odio,
no soy capaz de creerme ni yo mismo?
¡Si aún me queda la esperanza de no
llegar a convencer a todos de que no es verdad
que ya no soy aquel adolescente,
porque después de constatar
que la soberbia y la exhibición
dan mejor resultado que el mostrarte
honestamente como eres, empecé a fingirlas,
y ahora no sé si aún finjo o he permitido
que de verdad me posean!
¡Y a qué precio!
Creo que he ganado valor, sinceridad,
y en el rechazo de los demás identifico
lo que antes más odiaba en actitudes
iguales a esta mía de ahora.
Ya pertenezco sólo a las lágrimas.
¿Qué culpa tengo yo si mi lenguaje
es como el del carnívoro? ¿Y quién me dice
que al que todos, como yo,
llamamos carnívoro no sufre como yo?
Yo, que he acabado
en el tiempo del esplendor final del clavicémbalo,
debo ser ese carnívoro en verdad,
tal vez aún capaz de dar vida
a sus lomos, si no fuera porque amor y odio
son los caballos de fuego que tiran enloquecidos
de la carreta de hielo del tiempo,
de arrancarme una máscara
tras otra hasta la piel, que sería
la última si... ¡qué más da! Y por espejo, tan sólo
este pobre poema que aquí he cobijado,

en extraño sitio, en dudoso camuflaje
para que sepa verlo aquel que la fortuna desee.
Al tedio germinal retornan bienes y males;
en el mundo que temo
vive el mundo que deseo,
y el que lo aplasta es el mundo que desprecio.

—Tiene un estilo —dijo Ígur— más bien pasado de moda.

—Sí, es lo que los historiadores denominan la manera universitaria. No es demasiado corriente en un poema tan largo. Es decir —rió—, si es que realmente se trata de un poema.

—¿A qué os referís? ¿Tiene un sentido oculto?

—La cuestión sería si mi respuesta a esa pregunta tiene o no tiene un sentido oculto —dijo el funcionario.

—¿Lo tiene?

—Ahora puedo responder 'sí', con lo que no sacamos nada en claro, o puedo decir 'a cuestión es si mi respuesta a esa pregunta tiene o no tiene un sentido oculto'.

—Y yo puedo volver a preguntar: ¿lo tiene? —dijo Ígur, los ojos clavados en el texto.

—Y yo puedo volver a decir lo mismo que la vez anterior, y así sucesivamente, o bien preguntar directamente qué sentido tiene esta conversación.

—Tiene un sentido oculto, no hay duda. ¿O quizá sólo lo tienen vuestras respuestas? ¿Sois jugador?

—Caballero —exclamó el Primer Bibliotecario con tono de reproche—. Todos los empleados de la Administración participamos de oficio en opciones preferentes de la Apotropía.

Se pasaron unos minutos revolviendo papeles.

—¿Qué me podéis decir de lo que os he pedido?

El funcionario lo miró sin que Ígur acabase de saber si estaba ante un cínico o tan sólo ante un hombre asqueado.

—Caballero, éste es el último lugar del Imperio donde se puede consultar bibliografía. Y, si queréis que os sea franco, no creo que los temas que habéis propuesto, ni por aproximación, sean los que de verdad os interesan. Ignoro quién os ha recomendado que vengáis a la Biblioteca —rió—, y no quiero saberlo, pero es evidente que lo ha hecho para incitar designios más sutiles que, huelga decir, a vos corresponde descubrir y, si os conviene, seguir.

Caminaron por un nuevo pasillo y fueron a dar con la entrada; Ígur tuvo que reconocer que se había perdido.

—No me ha servido de mucho el entrenamiento geométrico del Laberinto —

quiso ironizar.

—La geometría cada día es menos necesaria para la arquitectura —dijo el Primer Bibliotecario—, pero continúa siendo imprescindible para otras cosas.

Ígur se encontró ante la puerta.

—Si por casualidad encontraseis algo que...

—Descuidad, Caballero. Si hay suerte, os tendré presente.

Al cabo de la semana que como límite le habían marcado, Ígur llevó el Informe a la Agonía del Laberinto. Había hecho algunos cambios para cubrir el expediente, y cuando se hizo anunciar iba preparado para una dolorosa batalla dialéctica de imprevisible final por mantener la postura adoptada aunque le costara los beneficios y el honor del Laberinto. Pero el Primer Secretario de la Agonía no se dignó recibirlo, y el Secretario Administrativo que Ígur ya conocía de la firma de los protocolos y de su primera visita tras salir del Laberinto lo recibió en medio del vestíbulo, sin invitarlo ni a tomar asiento.

—Muy bien, Caballero —dijo—, haré llegar el Informe a mis superiores —y ya se iba cuando vio que Ígur no se movía—, ¿deseáis algo más?

—No —dijo él—; es decir, esperaba que se me facilitase una expectativa un poco más explícita.

El funcionario puso cara de extrañeza.

—Tan pronto vuestro documento haya sido informado, tendréis noticias de la Agonía y de vuestro Príncipe.

—Muy bien —dijo Ígur, y se fue sin querer dar ocasión a ningún otro vacío entre él y el funcionario.

Se encontró en la calle sin ganas de emprender nada nuevo, cansado de arrastrarse por las administraciones y también de la permitida esclavitud sentimental a que le sometía la idea de Sadó. Hacía días que se le arrugaba en el bolsillo la dirección que le había dado, donde se suponía que se encontraba Fei. Ígur se sentía cada día más desligado de los requerimientos del Imperio, y de un arranque subió a un transporte y se fue hacia allá.

La dirección estaba en el Sur, fuera del núcleo urbano, cerca del tramo del Sarca que, procedente de la Falera, toma la dirección meridional entre las dos grandes curvas; a medida que se acercaba, aumentaba el debatirse entre la impaciencia y el pesar. Entró en un portal agreste, y un minuto después de llamar a los timbres, el portero automático lo instruyó para que se identificara con el sello y los códigos pertinentes; una vez lo hubo hecho, la puerta se abrió, y cuando estuvo dentro se cerró tras él y aparecieron cuatro hombres armados que le apuntaron con fusiles láser. Un quinto individuo entró y se le aproximó.

—Caballero Neblí, previamente a cualquier consideración futura, os ruego que me digáis cómo habéis encontrado esta casa.

—Señor —dijo Ígur—, si conocéis los usos, sabréis que un Caballero no revela nunca sus fuentes si con ello puede comprometer a terceras personas y, en cualquier caso, nunca lo hará bajo amenaza de armas.

—Caballero —dijo el otro—, no tengo que daros explicaciones. Vos sois quien pretende entrar en nuestra casa, y tengo que saber punto por punto vuestras intenciones. —Un sexto individuo entró y murmuró brevemente al oído del que hablaba—. Parece ser que habéis venido solo, pero tengo que saber qué queréis y quién os manda.

—No me manda nadie, y quiero ver a Fei.

—¿Quién os ha dicho que esté aquí?

—No es asunto vuestro —dijo Ígur, un poco preocupado, porque el otro empezaba a impacientarse.

—¿Ah no? —lo miró inquisitivo—. Como queráis, pero os garantizo que si mantenéis esa actitud, seguro que pronto será asunto vuestro.

Ígur se dio cuenta de que había ido a parar a un refugio astreo preparado para hacer frente a un asalto imperial, y si no conseguía hablar con Fei la situación sería cada vez más delicada, conque hizo una rápida evaluación y tomó una decisión.

—De acuerdo, vos ganáis —dijo, exagerando la entonación de la transigencia—; ha sido una ramera del Palacio Conti la que me ha dicho que Fei está aquí —dijo, especialmente divertido por la parte de verdad que tenía la afirmación.

—¿Cómo se llama? —dijo el astreo.

—No lo sé.

—Mentís, Caballero, y los usos dicen que un Caballero no miente nunca.

—De acuerdo, miento. ¿Qué queréis, que condene a muerte a una dama diciéndoos su nombre?

—Caballero, o sois un criminal o sois un loco. Me cuesta creer que el Entrador del Laberinto, el único invicto de la Capilla después de Hydene y Vega, no se dé cuenta de que su presencia nos condena a todos a muerte, y de la única solución que nos deja su actitud; lo siento, Caballero. —Se volvió a los hombres armados—: Matadlo. —Y se encaminó al interior.

En la puerta lo detuvo alguien que entraba, y a Ígur le dio un vuelco el corazón: era Fei.

—¿Qué pasa? —dijo.

—No salgáis. Duquesa —indicó el astreo con deferencia.

—¡Fei! —gritó Ígur.

—Meine Tage in dem Leide! —dijo ella, y sonrió con ternur—. ¡Si es nuestro Caballero!

—Duquesa, permitidme —insistió el interlocutor de Ígur.

—Está bien, amigo mío —dijo ella—, el Caballero es bien recibido aquí. —El

otro le dirigió unas palabras al oído, deprisa y perentorio—. No os preocupéis, no tengo ninguna duda. —Se dirigió a los hombres armados—. Podéis retiraros.

Se quedaron a solas.

—¿Duquesa? —dijo Ígur riendo; se abrazaron.

—Era el título de mi abuela. Mi padre no lo usó nunca, y ahora yo, ya lo ves...

Se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Estás mejor que nunca —dijo él con sinceridad, y se separó para mirarla: sin maquillaje, vestida con sencillez, el cuerpo manteniendo la formidable elegancia de siempre, las facciones que una tenue melancolía magnificaba—, y tienes que contarme muchas cosas.

—Poco, créeme —rió—, qué le vamos a hacer. ¿Y tú? —Lo miró con ojos brillantes—. El vencedor del Laberinto no es demasiado prudente yendo a visitar a los rebeldes. —Ígur sintió una punzada de pesar; se volvieron a enlaza—. ¡Pienso tanto en los buenos momentos!

Entraron abrazados a una nueva dependencia de generosas dimensiones. Ígur pensaba en Sadó, y que seguramente Fei le preguntaría por ella; decidió no mencionarla por propia iniciativa.

—He venido porque te quería ver, y también para que me digas cómo te puedo ayudar.

Nada más decir eso, se oyó una explosión procedente de la entrada, y la onda expansiva los tiró al suelo. Entre la polvareda se miraron desconcertados y, antes de poder reaccionar, aparecieron los Guardianes armados, y el Astreo que había recibido a Ígur le apuntó con el fusil láser a la cabeza.

—¡Lo sabía! —dijo con ferocidad—, ¡lo sabía! ¡No sé por qué no te he matado nada más verte! —Cargó el fusil, cuando ya desde la entrada se oía el zumbido de las armas.

—Fei —dijo Ígur—, te juro que no tengo ni idea de lo que está pasando.

Ella cogió un arma; llegó un personaje que parecía ejercer la máxima autoridad, y se dirigió al que tenía a Ígur apuntado.

—No lo mates, nos puede servir de rehén.

—No te preocupes —dijo el otro, y esposó a Ígur a la barandilla de una escalera sin que él se resistiera, porque tan sólo le preocupaba que Fei pensara que la había traicionado—; cuando esto se haya resuelto nos ocuparemos de ti como te mereces.

—Fei, por piedad —suplicó Ígur—, dime que me crees.

Atareada preparando las armas, ella no lo miró.

—Está bien —dijo sin fijarse—, te creo —y se desembarazó del vestido; debajo, unos pantalones ceñidos y una camiseta negra sin mangas.

En ese momento la Guardia Imperial irrumpió en la habitación, todos con máscaras antigás, y el fuego láser la recorrió en todas direcciones. Ígur se sintió

imbécil amarrado a la barandilla sin poder hacer nada, convencido de que o los unos o los otros lo matarían en cualquier momento; los Astreos disparaban mejor, en especial Fei resultó ser una guerrera formidable, pero por cada Imperial que caía entraban cinco, y pronto la situación se decantó a favor de los asaltantes. Cuando ya había más de diez por cada uno, Ígur vio con horror cómo disparaban sobre Fei, que se había cobijado en la escalera.

—Atención a la dama, el Jefe la quiere viva —dijo uno de los Imperiales—. Dardos paralizantes.

Poco después, Fei caía bajo el fuego de la abrumadora superioridad de los contrarios, y de un vistazo Ígur comprobaba desolado que, salvo los Imperiales, nada más que una multitud de cadáveres llenaba la sala; los Guardias, aún sin bajar las armas, abandonaron la posición de combate y se irguieron. Alguien llegó a la sala por el pasillo de entrada; era Sari Milana.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —dijo, burlón—; muy bien, hemos limpiado una célula Astrea. ¡Vaya, vaya, el Fidai Neblí en connivencia con los rebeldes! —Se le acercó a una distancia prudencial, porque Ígur lo miraba con una expresión inequívoca y conservaba los pies libres—. ¿Te parece bonito? —adoptó un tono jocoso—. ¿Qué dirán Bruijma y Noldera cuando sepan dónde vas a cometer fechorías? —Dos Guardias cogieron el cuerpo de Fei y se lo presentaron—. ¡Mírala, esto es caza mayor! —Miró a Ígur con complacencia—. Creo que la Duquesa tenía veleidades escénicas... —rió—. Me parece que le daremos una oportunidad —se sacó del bolsillo una máscara de pantera-murciélago, y se la mostró a Ígur—; la tenía reservada para ti, pero me parece que será más divertido que la lleve ella. —Le dio la máscara a un Guardián—. Ten, dásela al Caballero Neblí; suéltalo, seguramente querrá ponérsela él mismo.

Dos Guardias se acercaron a Ígur, y antes de que llegasen a tocarlo, se agarró fuerte a los barrotes y de un salto les pegó una contundente patada a cada uno, haciendo tijera con las piernas, y cayeron ambos al suelo. Otros dos Guardias apuntaron a Ígur a distancia esperando órdenes.

—Muy bien —se burló Milana—, si no quieres que te soltemos, puedes contemplar el espectáculo tal y como estás. —Recogió la máscara del suelo y él mismo se la puso a la inmovilizada Fei—. Y ahora —ordenó—, el desparalizador. —Un Guardián acercó un pequeño spray a la boca de Fei y le suministró una dosis, y cuando poco a poco ella recuperó el movimiento, Milana se le encaró—. Señora mía, lamento por todo lo que oído decir de vos que tengamos que conocernos en tan dolorosas circunstancias; en honor a vuestro rango y a vuestros méritos, porque sé que sois una artista y una atleta, os daré un bastón y lucharéis contra siete Guardias armados igual que vos, y si los vencéis a todos, tenéis mi palabra de que os dejaré salir de aquí libremente.

—¡No, Fei! —suplicó Ígur—. ¡El paralizador mantiene su efecto en la motricidad un buen rato!

Ella se volvió a mirarlo.

—Querido, no te preocupes, ¡batallas más duras he ganado!

Siete Guardias con bastones se situaron ante la puerta de salida; Ígur sacudió la barandilla hasta hacerse sangre en las muñecas.

—¡Sari, te Juro que eres hombre muerto!

—No estás en condiciones de amenazar —dijo Milana—, pero no te preocupes, cuando nos hayamos llevado a la Reina de los Dos Corazones te dejaremos libre —sonrió—, o tal vez te dejemos aquí, que te encuentre cualquier otro. Y ahora —se volvió a Fei—, si la señora está a punto...

Ella le dirigió la última mirada a Ígur.

—Fei, te juro que...

—No tengo ninguna duda —dijo ella, y los ojos le brillaban sobrecogedores tras los estiletes de la máscara—; prométeme que, pase lo que pase, nunca te lo reprocharás.

Se lanzó contra los adversarios, pero Milana estaba pendiente tan sólo del Caballero esposado a la barandilla, de su afán por liberarse. El Combate comenzó, y Fei demostró que sus virtudes físicas no se limitaban al trapecio; en un minuto ensartó a dos, y algo más tarde a un tercero, pero los otros cuatro la acorralaron. Milana hizo una indicación a dos Guardias más que Ígur no vio, absorto como estaba en la lucha, y se le acercaron como si fueran a escondidas; Ígur hizo un gesto de defensa, pero ellos le ordenaron callar, fingiendo una complicidad secreta, y le abrieron las esposas. Nada más verse libre, Ígur dio un salto hacia adelante, justo para que otros dos Guardias, siguiendo un plan previsto, lo hicieran tropezar con contundencia, y los dos de detrás lo trabasen con el bastón contra la espalda; eso fue suficiente para que Fei se distrajera una décima de segundo.

—¡No, Fei a la derecha! —gritó Ígur, pero ya era demasiado tarde, porque los bastones en delta la habían inmovilizado contra la pared.

—¡Ígur! —dijo ella, sin mirar al Guardián que se le acercaba con impulso.

Ígur se revolvió en el suelo, y expelió a los adversarios que lo sujetaban; entonces, un instante antes de que se precipitara hacia adelante y cayera inconsciente de un certero bastonazo en la nuca, vio cómo, de resultas del golpe en la cruceta de la máscara, las grandes pupilas de Fei estallaban en sangre tras los estiletes.

XVI

Tres días después de los desafortunados sucesos del refugio Astreo, de los que los medios de comunicación difundieron una noticia tergiversada y parcial, y que no incluía la presencia del Invicto Vencedor de la Falera, Ígur recibió una notificación de la Agonía del Laberinto haciéndole saber que se había iniciado un contencioso contra su persona, con recomendación de abrirse un proceso legal si el departamento correspondiente lo consideraba oportuno, en base al incumplimiento del Protocolo del Laberinto, y sin perjuicio de las acciones que por el mismo motivo pudiera promover el Principado Bruijma. Las heridas físicas de Ígur mejoraban, y ya se había quitado las vendas de la cabeza. La responsabilidad de lo que le había pasado a Fei le pesaba tan monstruosamente que lo que pudieran hacerle los de la Agonía del Laberinto o los sicarios del Príncipe le parecían estupideces. Lo malo era que la historia de Fei estaba condenada a ser una carga secreta, además de una amenaza difícil de prever. ¿A quién se atrevería a explicar que la Guardia Imperial lo había pillado en un refugio de rebeldes Astreos? ¿A quién, por ejemplo la Conti, se atrevería a explicar que Fei había caído malherida a manos de sus perseguidores porque él había sido lo suficientemente imprudente como para ir a buscarla contra toda advertencia razonable? ¿Y cómo, dónde y hasta cuándo debía esperar a que Milana utilizara en su contra el haberlo encontrado con los Astreos? ¿Y de la revelación de Sadó, cómo podía hacerla responsable, si él había sido igual de temerario? Y por otra parte ¿hasta qué punto Sadó había actuado con ligereza diciéndole dónde podía encontrar a Fei, y hasta qué punto había actuado con la mala intención que Madame Conti debía de temer al prevenirlo? Los días anteriores, cuando Ígur aún guardaba cama por la conmoción, Sadó lo había ido a visitar de improviso. Como pasa a veces, Ígur la había encontrado menos bella, y la consecuente fluctuación del deseo le había hecho encontrarla más alcanzable, le había parecido que podía dominar todo el pesar que le generaba, e incluso (como si el hecho de que ella no estuviera en forma la incapacitase objetivamente —es sabido cómo un amante superpone subjetivo y objetivo— para hacer algo que pudiera herirlo), completamente tranquilo en ese aspecto, porque el recuerdo de Fei lo abrumaba, había llegado a preguntarse cómo había sido capaz de llegar a ese extremo de obsesión en cuestiones más propias de un adolescente confuso. ¡Pero cómo cantar victoria, si ya había recaído otras veces, y en cada nueva ocasión ya no tan sólo, como antes, el impensado retroceso de la serenidad le había hecho ver amantes rivales en cualquier situación explícitamente propicia, sino que ya espoleado quizá únicamente por una frase, por un gesto, o incluso por observaciones sin relación con la vida sentimental, por ejemplo sobre la manera de vestir de la temporada pasada, o sobre una determinada escuela gastronómica, y que Ígur convertía de inmediato en materia de celos, el vértigo de la

provocación renacía otro día hablando, quién sabe, de una época que ya daba por salvada, más fuerte que nunca, como una fiera que quisiera recuperar el terreno olvidado! ¡Ay, cuánto le quedaba aún por sufrir en los encuentros que él retrasaba porque tenía demasiadas ganas, complacido en aplazar para recrearse en la espera, en las conversaciones repetidas que tenía presentes con precisión sangrante y que ella, cuando otro día olvidaba o rectificaba, le hacía saber así una vez más hasta qué punto no les concedía ninguna importancia! Obcecación contra inteligencia, ése era el desastre, la parálisis mental que permitía al cuerpo convertirse en un torrente de sensaciones incontroladas que, al final, revertían en él hasta formar un estado agotador incluso cuando, como entonces, predominaban otras preocupaciones tanto más graves. Porque, por desgracia, la parálisis no era completa, y la chispa de la razón aumentaba su magnitud ya no funesta, sino más bien ridícula. Ígur era consciente de que la situación le confería a Sadó un poder desmedido sobre su equilibrio, que ella, que había demostrado una visión tan inteligente de las cosas de la vida en otras ocasiones, por fuerza debía de notar, por más que su actuación frívola y desinteresada lo cuestionase, que lo destrozaba día a día. Hasta le dolía que no fuera así en mayor medida, porque todo lo habría dado por bien empleado de haber servido para que ella permaneciera a su lado. ¡Qué más hubiera deseado que ser objeto de una furia deliberada para herirlo! Habría aceptado como las más encendidas manifestaciones de amor los despechos más salvajes si hubieran procedido de una rabia con urgencia propia en lugar de una ignorancia risueña, de una pasión particular hacia su persona que habría significado que a ella su relación no le era tan indiferente como por omisión exhibía. Pero ¿y si era precisamente esa alegría insultante que lo hería, como hiera el exceso irresponsable del adolescente, lo que alimentaba su pasión? ¿Y si tener a Sadó vencida y dispuesta a la renuncia y a la fidelidad hubiera matado el fervor que lo mantenía vivo?

Ígur salió de casa y tomó el transporte hacia la Agonía de la Cabeza Profética, consciente de la cantidad ingente de tiempo y esfuerzos que dedicaba al resquemor por Sadó, que nunca se parecería tan inútilmente al odio, y ahora a la autorrecriminación por Fei, que tan sólo el olvido o el desprecio a sí mismo podría jamás mitigar, pensaba en la entrada del Palacio de la Agonía. Allí el lujo indicaba la pujanza de la institución en contraste con la Biblioteca. En la recepción, Ígur hizo valer los méritos del Vencedor del Laberinto, y obtuvo la comparecencia del Maestro de Ceremonias; pero cuando el dignatario llegó, Ígur se llevó una sorpresa, porque no era aquel con el que siempre había tratado.

—Caballero Neblí, vuestra visita es un honor —dijo con altivez—. ¿En qué puedo servirlos?

—Quisiera hacerle una consulta a la Cabeza Profética.

—Me temo que eso no sea posible.

De hecho, a Ígur ya le había llamado la atención no ver la habitual aglomeración de público en la entrada, y había interpretado el cartel que decía que la entrada de consultas a la Cabeza estaba cerrada como una disposición transitoria sin importancia.

—¿Puedo saber por qué?

El Maestro lo miró como si evaluase desfavorablemente la importancia de la ocasión.

—Tened la bondad de acompañarme.

Lo llevó por los pasillos en dirección a la Cabeza Profética, y por el camino Ígur se sorprendió recapitulando acerca de las expectativas reales de su presencia en aquel lugar. Si él nunca había creído en el fenómeno oracular, ¿a qué se debía esa decepción? ¿En qué manipulación oculta estaba dispuesto a creer en lugar de creer en el destino? Y, aún peor, ¿estaba dispuesto a considerarla? Entraron en el recinto central, completamente solitario y con una iluminación más tenue. La Cabeza de Turudia estaba en silencio, no presa de la ronca melopea inconclusa habitual.

—¿Qué pasa? ¿Es que no está en condiciones? —preguntó Ígur.

—No, como podéis ver —dijo el dignatario con una cierta complacencia—; es la evolución natural de las Cabezas Proféticas. Los nervios se secan, los conductos se vacían y se obturan con residuos, en fin, los circuitos se rompen. Pero no os preocupéis, las virtudes augúrales pueden reconstruirse. Yo mismo os puedo servir —y rió por primera vez, mostrando una dentadura tenebrosa.

—¿Vos mismo?

Ígur se acercó a la Cabeza hasta donde la disposición de la vitrina lo permitía. La testa, que hacía pensar en un viejo desnutrido, tenía los ojos en blanco, un blanco que más bien era de una opacidad marronácea y resquebrajada. Las orejas, la nariz y los párpados habían perdido la ternura nacarada de antes, y eran la pura translucidez del pergamino más inerte. La boca era un agujero sin gesto.

—¿Qué pasa? ¿Qué os preocupa? —recriminó el Maestro con una suavidad envenenada.

—Yo, realmente, me había hecho a la idea...

—Ya lo veo. Qué le vamos a hacer.

Ígur rodeó la Cabeza. Desconfiaba, a esas alturas, de una nueva estratagema. Allí donde en otros tiempos no se hubiera atrevido a fijar la vista sin un sobrecogimiento, no sintió horror sacro alguno al hacerlo desde cualquier ángulo; lo había reemplazado el vacío que sigue a la náusea.

—Espero que tengáis conciencia de lo inusual del procedimiento —advirtió el Maestro cuando él miraba a la Cabeza por la parte posterior—, del favor que os es otorgado con esta confianza...

Ígur recordó la discusión con el antecesor del dignatario y, a partir de la

conveniencia de no indisponerlo, se le ocurrió que el hombre que tenía delante fuera un subalterno que el otro, aún en el cargo, le enviaba para quitárselo de encima.

—Entonces sus virtudes...

—La garantía es la misma. ¿Qué queréis saber?

Ígur contempló la Cabeza. Nunca había visto algo más muerto, una ausencia más estatuaría. Incluso dudaba de su procedencia. ¿Era la cabeza de Frima Kumaiaski, o la del primer paria sin nombre que habían encontrado en el depósito de cadáveres? Pero en realidad, ¿qué importancia tenía? Allí no había razón en conflicto ni pánico del futuro, no había resonancias que interpretar; no había nada de nada.

—Da igual, gracias de todas formas.

—Como queráis —dijo cortante el Maestro.

De camino hacia la salida, en silencio, a Ígur se le ocurrió la posible relación entre el estado actual de la Cabeza Profética y la resolución del Último Laberinto, y se preguntó a qué inalcanzables y recónditos intereses había servido su afán de éxito y reconocimiento.

—Agradezco vuestra atención —dijo al Maestro en el vestíbulo—. ¿Puedo haceros una última pregunta? —El dignatario esbozó un gesto de disponibilidad—. Si ahora la Cabeza se ha, ¿cómo dijisteis?, secado, ¿qué pasará con la institución?

El Maestro sonrió.

—No seáis ingenuo. Caballero. Las instituciones no dependen de objetos, y menos aún de un trozo de carne reciclada. Seca la Cabeza Profética se pensará en otra cosa... quizá se busque otra. —Le miró con atención la frente y el occipital y sonrió—. Vos mismo tendríais buena estampa.

—¿Creéis que tanto se van a torcer las cosas que no conservaré mucho tiempo la cabeza sobre los hombros?

—Al contrario, Caballero —respondió el Maestro melifluamente—, estoy seguro de que vuestra cabeza permanecerá muchos años en el lugar donde está ahora, quizá incluso más de los que vos mismo quisierais —se rió de la expresión de Ígur—. ¡Ya os he dicho que las virtudes oraculares no se acaban con la desecación de la Cabeza! En cualquier caso, ¡qué os importa a vos lo que yo pueda decir! Perdonadme la libertad que me he tomado hace un instante, y perdonad si os he confundido, no era mi intención. Siempre me cuesta recordar que aquí tenemos una medida de las expectativas y del tiempo sustancialmente más extensa.

Ígur estuvo en un tris de aprovechar una en apariencia tan buena disposición para preguntar por sus amigos desaparecidos, pero tras la máscara oracular se podían ocultar muchos venenos, y además el resultado de su interés por Fei no invitaba a extender investigaciones a otros, así es que abrevió su despedida al Maestro de Ceremonias, y una vez en la calle quiso sentir que algo positivo volvía a sus propósitos.

De una inquietud a otra, incapaz de continuar preguntando por Debrel, sin querer saber si Fei estaba viva o muerta, incapaz de esperar pasivo las consecuencias de haber sido cogido de visita en un refugio rebelde, Ígur había ido a parar a la nostalgia, y de allí al origen que, por desgracia, tampoco lo desconectaba del incierto presente; porque de todos los desaparecidos, el Magisterpraedi Omolpus parecía ser el menos conflictivo y quizá el único que, si estaba vivo y conseguía encontrarlo, le podía proporcionar información y, tal vez, sosiego. En el helicóptero que lo conducía a Cruiaña, Ígur intentaba vanamente reconstruir el camino de las ilusiones, de lo que había esperado y deseado hacía un año escaso, cuando combatió para ir a Gorhgró; pero los caminos inversos son engañosos, y nada más engañoso que la ilusión de que todo lo que había pasado durante aquel tiempo se tornaba insignificante y pequeño, tanto como ignoto y desmesurado había sido en el deseo desde su tierra natal.

La llegada del Invicto Caballero de Capilla Vencedor del Ultimo Laberinto originó una pequeña conmoción en un lugar como Cruiaña, donde de tan acostumbrados como estaban a hacerse creer a sí mismos que nunca pasaba nada, cuando algo los apartaba de la rutina se obligaban a magnificarlo hasta proporciones ridículas. Ígur se vio rodeado de una pompa que le pareció más destinada a complacer a los reverenciadores que al reverenciado y, en todo caso, el desinterés que le producía le llevó a recordar, con más amargura que benevolencia, hasta qué punto en tiempos pasados lo había llegado a anhelar, y en qué medida a prever. La adulación empezó en el mismo heliopuerto, y aumentó de camino a la Mayoría, donde Ígur se sintió observado como una rareza de circo hasta el extremo de desear no haberse puesto las insignias de la Capilla, la cadena con el sello, la pistola láser y la espada, atributos que, más tarde, ya dentro del edificio de la Mayoría, se revelaron de una cierta utilidad. El Mayor era el típico dignatario de provincia alejada que se abandona a la tendencia de creerse el dueño absoluto de un ombligo particular del mundo, y cualquier uniforme brillante llegado de fuera le despertaba a la realidad con una sumisión en pugna permanente y manifiesta con la imprescindible necesidad de aguantar el tipo ante los suyos.

—La ciudad de Cruiaña, a través de esta Mayoría que me honro en presidir —dijo, escuchándose ampulosamente—, os da la bienvenida y os expresa la gran satisfacción y el honor que vuestra presencia despierta en el corazón de sus ciudadanos.

Ígur hizo una inclinación; el acto era público, y se esforzó para que la impaciencia por una conversación privada con el Mayor no se adivinase en su actitud. La recepción, con discursos y ramos de flores, duró una hora y media, a cuyo término fue fotografiado y filmado besando a dos niñas de tres o cuatro años que le hicieron ofrenda de los emblemas de la villa y de un enésimo ramillete de rosas blancas. Por fin, el Mayor lo recibió en privado en su despacho.

—Vuestras atenciones me han llenado de satisfacción —mintió Ígur—. Si me fuera permitido abusar de vuestra benevolencia, quisiera que me permitierais hacer una visita al Magisterpraedi Omolpus.

El Mayor sonrió como si esperase la petición.

—El Magisterpraedi ya no vive aquí. Se retiró antes del verano al palacio de su familia en Suf. Puedo poner un transporte a vuestra disposición cuando queráis.

—¿Puedo saber las circunstancias en que decidió retirarse?

El Mayor estaba incómodo, pero no dejaba de sonreír.

—En realidad más que una decisión, en fin, se puede decir que fue...

—¿Qué? —insistió Ígur, y el gobernante esbozó un gesto de desesperanza.

—De cualquier forma pronto lo sabréis. La salud del Magisterpraedi no es demasiado buena.

Ígur era un saco de sospechas.

—¿Había recibido alguna visita significativa?

—No, no, en absoluto —dijo el Mayor con una vehemencia que lo traicionó.

—El Fidai Milana ha estado aquí, ¿no es verdad?

—No, Caballero, os equivocáis, la última vez que el Caballero Milana estuvo aquí fue... no lo recuerdo, pero hizo como vos, una vez fue Caballero de Preludio no se le ha visto más.

—¿Seguro que no?

Ígur miró por la ventana. El último término de montañas nevadas y neblinosas profundizaba el margen de tejados alterosos y frondosidades oscuras.

—Caballero, si queréis ir al Palacio Omolpus, mañana mismo a primera hora, con el transporte más rápido mis hombres os conducirán sin falta; pero os he de rogar algo, digamos, personal, ¿me entendéis? No es conveniente que hagáis indagaciones acerca del Caballero Milana en Cruiaña. Me gustaría podéroslo explicar, pero es un asunto que compromete el buen nombre de cierta institución privada en relación a nuestra ciudad...

—Los negocios del Fidai Milana no me interesan. Quiero partir hacia Suf ahora mismo.

—¿Ahora mismo. Caballero? Imposible, hay dos horas de camino y el puente viejo se ha hundido... Imposible, Caballero, y lo lamento profundamente. Si estáis de acuerdo, podréis partir a las cinco de la mañana.

Los ojos de Ígur se perdieron por los grandes bosques de alta montaña que llenaban todo el terreno entre las cordilleras y la villa. Sentía una vaciadora sensación de empobrecimiento, de estar perdiendo algo irrecuperable; miró aquel despacho lujoso y con detalles de abandono; no es que allí se hubiera detenido el tiempo, sino al contrario, el tiempo actuaba contra toda noble belleza que pudiera contener un hombre o una comunidad, el tiempo sólo alimentaba lo que no sabía cómo expresar y

que se manifestaba en el olvido y en la tristeza.

—De acuerdo —dijo.

Después de una vuelta por Cruiaña, pretendiendo inútilmente que fuera de incógnito, que le sirvió una vez más para comprobar que todos los cambios de las ciudades son para peor, de haber aplastado un insomnio recalcitrante por las horas de una cama incómoda en una habitación pretenciosa, Ígur partió hacia Suf con el transporte que el Mayor había puesto a su disposición, con un conductor, un Teniente de la Guardia de la Mayoría y dos soldados de escolta.

Suf era, más que un pueblo, un conjunto de casas y granjas de animales al pie de un peñón ocupado por el Castillo Omolpus, desde donde se dominaba un fastuoso abanico de montañas, con la visión culminante, según decían sus habitantes, del Gran Arturo los días excepcionalmente claros. A las ocho de la mañana llegaron, y el Teniente se ocupó de las gestiones protocolarias con los criados del castillo, a continuación de las cuales los recibió un Camarlengo.

—Bienvenido seáis, Caballero Neblí —dijo—. ¿A qué se debe el honor de vuestra visita?

—He venido para ver a mi maestro, el Magisterpraedi Omolpus.

El Camarlengo lo miró con atención y, fugazmente, al Teniente.

—¿Acaso no lo sabéis? El Magisterpraedi ha muerto.

Ígur sintió una sacudida.

—¿Puedo saber cuándo, y de qué?

El Camarlengo dirigía al Teniente miradas rápidas.

—Fue antes del verano, al poco de trasladarse; el Magisterpraedi sufría una grave enfermedad circulatoria, y ya había tenido dos accidentes vasculares.

—¿Por qué no se me notificó?

—Caballero, sabéis mejor que yo lo que es el jubileo de un Magisterpraedi, a qué régimen social se somete voluntariamente —miró de nuevo al Teniente, que se mantenía impasible, e Ígur empezaba a imaginar conspiraciones de silencio—. Caballero, el alto concepto en que el Magisterpraedi os tenía no impide considerar que, en cualquier caso...

—Está bien —le interrumpió Ígur—. ¿Cuándo fue la última vez que lo visitó el Fidai Milana?

—¿El Caballero Milana? —El Camarlengo parecía hacer un esfuerzo de memoria—. Creo que poco antes de... —se detuvo; Ígur se volvió a mirar al Teniente, y no sorprendió en él gesto alguno, a pesar de que estaba seguro de que había hecho uno especialmente significativo—; no lo recuerdo exactamente, creo que el Caballero Milana no ha vuelto más que una vez desde que se fue a vivir a Gorhgró.

Ígur miró al Teniente a los ojos directamente y sin contemplaciones, y el oficial se mantuvo imperturbable. Ígur se apartó con violencia y se fue hacia la ventana

intentando poner sus ideas en orden; fijó los ojos en el horizonte, y la furia corría en él tan aprisa que no veía nada.

—Caballero —dijo el Teniente, a su lado—, no sé qué esperáis saber, o qué queréis. Creo que el Señor Mayor ya os lo ha dicho, la actuación del Caballero Milana no ha dejado muy buen recuerdo entre nosotros.

Ígur se volvió con energía.

—¿Tampoco en relación al Magisterpraedi?

El Teniente le sostuvo la mirada con una expresión de entristecida sorpresa.

—¿A qué os referís?

Ígur se desesperó. En un minuto imaginó mil y una escenas, se vio a sí mismo desenvainando y cortando a pedazos al Teniente y al Camarlengo, después a los dos soldados, después, en Cruiaña, al Mayor. ¡Qué vergüenza para el Invencible! La adrenalina llegó al máximo y bajó, y la calma de después de la pequeña tempestad lo devolvió a la desesperanza. Allí no había nada que hacer.

—En honor a la alta consideración y estima que nos consta que el Magisterpraedi os profesaba —dijo el Camarlengo—, quisiera en nombre del Palacio invitaros a compartir el refrigerio matinal.

No quedaba más que desarmarse y aceptar. Había topado con uno de esos inesperados, y quizá inconscientemente buscados, momentos de parada y recapitulación en que al espíritu cansado le parece emerger de una larga etapa de irreflexión, vértigo de la existencia y olvido de sí mismo, y se sintió de repente celoso de su tiempo y con un deseo directo de quitarse de encima la compañía. Un miembro de la familia Omolpus, con una amabilidad delicadamente mesurada, le mostró las dependencias del Castillo y las alas dedicadas a la crianza de caballos de raza y a la cetrería, y visitaron los talleres de los artesanos de todo tipo, entre ellos un maestro armero famoso en todo el Imperio, para obtener las obras del cual se precisaban tan altas credenciales que se las disputaban hasta los Príncipes, y aun así había una lista de espera de meses; sabiendo de quién se trataba y de la especial relación que le unía a Omolpus, el maestro armero obsequió a Ígur con una daga destinada al omnipresente Magisterpraedi en persona. Así transcurrieron las horas, y con ellas la distancia que va de la tragedia de las cosas a la consideración que merecen situadas en un conjunto coral; no había tal conspiración, eran las dimensiones del desastre, era el paso del tiempo. ¿Qué cambiaría en la vida de Ígur de saber con certeza que la muerte de Omolpus había sido por causas naturales, o que lo había asesinado Milana? ¿Qué importaba que el Teniente y el Camarlengo lo supieran o no, y los oscuros designios que les impulsaban a ocultarlo? Ya era hora de resignarse a morir sin haber oído de labios de Omolpus que no era cierto que en Cruiaña Milana se hubiera dejado ganar por él siguiendo indicaciones superiores, de resignarse a convivir para siempre con la duda y con la insidia. En medio de la calma frondosa y evocadora de la

profunda nobleza rural, Ígur se sintió contagiado por la intensa placidez del afecto extrañamente rico y comunicativo que desprenden aquellos que aman su pasado y lo que les rodea, procedentes de una extensa tradición, sin falsas vergüenzas y más allá del furor retentivo más habitual del propietario analfabeto, encontró por fin el gran momento para detenerse y respirar, y sintió con nitidez que nada se le quedaba pequeño, ni las mezquindades campesinas que había creído superar desde el monstruoso Gorhgró eran tales, que es difícil que alguien esté por encima de algo, y él mismo no lo estaba de su tierra natal.

Por la tarde, la serenidad tocada de un ensueño ligeramente amargo, el Teniente le sugirió volver, e Ígur se despidió de los Omolpus, que con tanta gentileza lo habían recibido, y del Camarlengo, y tomaron el camino de Cruiaña. Viendo los sentimientos que le evocaban, Ígur recordó que de niño había mirado mucho a las nubes; entre las brasas del atardecer, el silencio lo volvió a despertar al mundo, y lo cabalgó en la localización de los colores neutros, como el amarillo verde-gris de la piel y la carne del melocotón mollar en fase intermedia de maduración, la piel de algunos peces, el amarillo blanquiazul de la porción de cielo que separa del ocaso (alargado así por la mirada) la ya oscura limpidez del zenit, en la resurrección de los ruidos y los olores olvidados. Calmado y enardecido de introspección, y habiéndosele hecho el trayecto mucho más corto que a la ida, cuando entraron en la villa era ya de noche, y con el sentimiento de que por más que la desidia sea el motor del mundo, ningún tesoro se pierde mientras haya una sola memoria que lo avive, Ígur había viajado a su infancia, a las tardes de juegos, a las desocupaciones formidables, a las imágenes de pasillos en penumbra que ya eran memoria pura del sentimiento y aun así nunca como entonces había sido todo tan posible, y bajó del transporte sin una idea concreta de sus intenciones. Se sentía capaz de gestionar una retirada de la Capilla, de solicitar el título de Magisterpraedi y quedarse a vivir en Cruiaña para siempre, y tal posibilidad, ciertamente a su alcance, lo inflamaba de una extraña pasión de generosidad emocional en la que los agridulces de la renuncia jugaban un papel fundamental; la abrevaba con la mirada perdida por el empedrado viejo y brillante de las calles y la iluminación indolente de las esquinas cuando el Teniente, que había entrado en la Mayoría a notificar la llegada y a recoger disposiciones, bajó nervioso la escalinata de la entrada principal del edificio.

—Caballero, el Señor Mayor os espera en su despacho; se ha recibido un mensaje urgente de Gorhgró.

Ígur regresó al mundo como si un latigazo lo hubiera despertado de un sueño feliz. En el despacho, el Mayor lo recibió con cara de preocupación.

—Tiene que ser importante, porque está en clave de vuestro sello, y ha saltado por encima de todas las líneas —dijo desolado—. Os ruego que lo aceptéis deprisa, porque nos ha bloqueado el Cuantificador.

—Lo siento mucho —dijo Ígur, y obró las manipulaciones pertinentes, preparado para cualquier desastre pero sin tener idea de por dónde podrían ir los tiros.

Tuvo que salvar hasta tres códigos de protección, lo que daba idea de las precauciones que se había tomado el emisor para no tener interferencias ni escuchas; en parte, eso lo tranquilizó: por lo menos, no era una orden de arresto. Finalmente apareció el mensaje en la pantalla, sólo para los ojos del Caballero Neblí:

'Del Palacio Conti: Es imprescindible y urgente tu presencia. Está en juego la vida de Fei, y nuestra supervivencia institucional y probablemente personal. Firmado: Isabel Aulicamagistra.'

Ígur se sintió el blanco de todas las miradas.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó el Mayor.

—Tengo que partir inmediatamente hacia Gorhgró —dijo Ígur.

—Ahora mismo ordenaré que dispongan vuestro helicóptero.

Pasada la medianoche, en el heliopuerto de la capital del Imperio, Ígur tomaba un transporte hacia el Palacio Conti.

Llovía a cántaros cuando Ígur se acercó caminando a los puentes del Sarca, a las inmediaciones del palacio de Isabel; las vías principales, las únicas transitables con el transporte, estaban tomadas militarmente por la Guardia Imperial, y el conductor se había negado a continuar, de manera que Ígur, bajo el chaparrón y el vendaval, se había tenido que abrir paso entre los controles con el sello de Caballero por delante; eran las dos de la madrugada cuando cruzó el Puente de los Cocineros, que aquella noche se le antojó especialmente agreste, y la Guardia le impidió utilizar la entrada de servicio. En la principal, lo recibió Madame en persona; su aspecto inusualmente descuidado y el vestido más sencillo que le había visto nunca daban idea de la gravedad de la situación.

—Vamos a mi habitación —dijo sin más prolegómenos, y se lo llevó por pasillos tomados por parejas de Guardias en cada bifurcación; tras dos o tres vacilaciones, se encerraron en una salita.

—¿Estás segura de que no te han colocado micros? —dijo él.

—Ígur —la Conti lo miró con un sentimiento del cual no la habría creído nunca capaz—, ¿qué has hecho? —Él soportó toda la desolación del mundo—. ¡Y mis recomendaciones! —Más que un reproche, era un lamento, y eso aún resultaba más difícil; le tocó la mejilla—. ¿Cómo has podido, qué te ha pasado? ¡Cómo sois los hombres, por más Caballero de Capilla Invencible que te llamen! —Lo miraba con una tristeza tan penetrante que Ígur apartó la vista—. Te ha vencido el orgullo, no puedo creer que te haya ofuscado una pasión pasajera, ni la irresponsabilidad... ¿Cómo podías imaginar que no tendrían manera de seguirte? ¿Quién te ha dicho dónde estaba Fei?, ha sido Sadó, ¿verdad? —Ígur no se movió—. Tú eres un ingenuo, pero ella ha tenido mala fe; sabía que no podrías contenerte de ir a buscarla —hizo un

gesto de asco—; desde que llegó, viendo que no podía... en fin, que la ha querido desbancar, y mira por dónde...

Se hizo un silencio pesado; Ígur pensó en la única vez que había visto a Sadó después del desastre del refugio Astreo, y cómo ninguno de los dos había hecho referencia a los hechos.

—¿Dónde está Fei? —preguntó.

—No sabría decírtelo con seguridad, pero creo que está aquí.

—¿Qué significa eso? ¿Está aquí o no está aquí?

Madame Conti lo llevó hasta una ventanita interior, y la abrió.

—Mira —murmuró.

A través de un cristal antirreflector se veía la Sala principal, y en el centro, un enorme catafalco negro de forma cúbica, rodeado de Guardias armados.

—¿Qué es? —preguntó Ígur.

—No me lo han querido decir, pero mucho me temo que se trata de una máquina inteligente de tortura.

El horror y la ira luchaban en el espíritu de Ígur.

—¿Significa eso que te lo han impuesto como espectáculo...? —ella asintió con la cabeza—. ¿Es cosa de la Apotropía de Juegos?

—No, el Apótropro es un viejo amigo. Esto procede directamente de Bruijma y la Hegemonía.

Ígur miró el montaje, incapaz de prever intenciones.

—¿Y yo qué pinto en medio de todo esto?

—La Guardia Imperial me ha dicho que la única posibilidad de salvación para Fei es que tú participes en el Juego de esta noche.

—¿Qué Juego?

—No lo sé, y no estoy en condiciones de preguntarlo —vaciló—. Me tengo que acoger a todas sus exigencias porque hay un expediente abierto contra el Palacio Conti y contra mí misma, por haber cobijado a una Astrea —Ígur estaba cada vez más desconcertado—, así es que si no quiero perderlo todo y acabar yo misma procesada, tengo que colaborar en el montaje, que supongo tendrá una intención ejemplar.

—¿Y qué será de Fei?

—No lo sé, pero créeme, si tiene alguna posibilidad, está en nuestras manos.

—¿Y tus amigos, no podrían hacer nada? El Secretario de la Parapotropía, el Duque Constanz, Boris...

—Ígur, no te haces cargo de la situación. Vivimos una guerra civil, y cualquiera de los que has nombrado se puede dejar el pellejo a la menor equivocación; ¿cómo quieres que se la jueguen por una causa perdida?

Ígur miró por la ventanita.

—Ahora mismo voy a hablar con el Jefe de la Guardia.

—No vayas —dijo Isabel—. No servirá de nada, hay órdenes superiores, y además —flaqueó, pero la mirada de Ígur no admitía escapatoria—, además, tú tampoco puedes escoger, porque existen cargos importantes contra ti.

—¿Ah sí? Quiero saber cuáles. —Y se fue hacia la puerta.

—¡Pobre amigo mío, por el camino que vas, qué pronto te vas a hacer matar! No te empeñes en confundir cobardía con prudencia, créeme. Guarda fuerzas para la noche, las necesitarás. —Ígur puso la mano en el pomo de la puerta, y Madame Conti lo detuvo—. De la Guardia no sacarás nada en claro, tan sólo cumplen órdenes, y hasta que por la tarde lleguen sus superiores tirarán a matar a todo el que se acerque al catafalco.

Ígur sonrió.

—Muy bien, no nos adelantaremos a los problemas. Iré a ver a Sadó.

—Yo de ti no iría.

—¿Por qué? ¿También me dispararán a matar?

Madame rió.

—Claro que no, no se trata de eso.

—Pues si se trata de cualquier otra cosa, voy para allá.

—Como quieras —dijo ella, socarrona.

Ígur salió y cruzó el Palacio entre los Guardias armados que, efectivamente, estaban por todos lados para impedir el paso a la zona central. La habitación de Sadó estaba cerrada, e Ígur golpeó la puerta, con suavidad al principio, después con energía.

—¿Quién es? —dijo la voz de ella.

—Soy yo; ¿podemos hablar un momento?

—Estoy acompañada.

Ígur ya se lo imaginaba, pero aun así sufrió un sobresalto.

—Abre, o echo la puerta abajo.

Ella abrió con el mando a distancia, e Ígur entró. Sadó estaba en la cama, y un individuo de poco menos de veinte años se precipitaba desnudo a un montón de ropa descuidadamente tirada por el suelo, que Ígur reconoció como el uniforme de Oficial de la Guardia Imperial; contra la pared había un arma, y cuando vio al recién llegado ante sí, el Oficial se detuvo y miró a Sadó. Ígur fingió no darse cuenta, y ella no perdió el control.

—Déjalo correr —le dijo a su acompañante.

Ígur puso un pie en la cama y miró a Sadó a los ojos fijamente. El otro individuo no se movía, y sin desviar la mirada, Ígur volvió la cabeza un instante en su dirección.

—Fuera —dijo, deseando con toda su alma que se decidiera a coger el arma y a

atacarlo; los amantes se miraron y Sadó asintió con la cabeza; el Oficial cogió la ropa con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco y salió.

—¿Qué te has creído? —dijo Sadó una vez cerrada la puerta.

—Quizá sea la última vez que podamos hablar tranquilos antes de que...

—¿Quién te has creído que eres? —continuó ella, lanzada; hablaba bajito, con una suavidad contenida eficazmente amenazadora—. ¿Qué derecho te crees que tienes a venir de esta manera a medianoche a echar a mis amigos de la cama?

Ígur no podía dejar de admirar la firmeza de la mujer indefensa ante un invasor que podía volverse peligroso; encontró que el miedo y la indignación le otorgaban una extraña dignidad, la volvían más bella que nunca.

—Necesito saber unas cuantas cosas.

—No tengo nada que decirte —continuó, y poco a poco Ígur iba sufriendo un intenso odio hacia sí mismo, sintiéndose capaz de caer a sus pies implorando perdón y de ponerse a hacer el amor con ella de inmediato—, y puedes estar seguro de que por cada minuto que pasa mi consideración por ti cae más bajo.

—Dime solamente una cosa: qué tienes contra Fei, y cuál es tu relación con lo que está pasando.

—¿Qué relación quieres que tenga? Te debes haber vuelto loco. ¿Por qué no te vas a dormir? —dijo Sadó en el mismo tono; las sábanas jugaban con su desnudez, y ella las estiraba hacia arriba con escasa convicción.

Ígur estaba atrapado en un círculo vicioso: el resentimiento le empujaba a insultarla, a herirla de todas la maneras posibles, pero sabía que cuanto más la hiriera, más la alejaría y, ciertamente, eso era lo último que quería, porque el animal que llevaba dentro la deseaba a su lado a todas horas; ¡y ay!, para eso se requería una labor de mansedumbre, de amor y condescendencia que él no podía dedicarle.

—¿Por qué estás contra Fei? —dijo.

—¿De dónde has sacado que estoy contra Fei?

Ígur veía que la conversación le llevaba a un odio sin retorno, y se precipitó con un resquemor desesperado.

—Su desaparición te favorece.

—¡No me hagas reír! —dijo Sadó, palideciendo—. ¿Cómo me puede favorecer la desaparición de alguien a quien he superado en todo?

Ígur notó que había puesto el dedo en la llaga, y todo estaba perdido para siempre.

—Es posible, menos en una cosa: ella es la Reina de los Dos Corazones, y tú nunca llegarás a serlo.

Sadó se rió con la magnífica ferocidad del despecho sin control.

—¡Me crees incapaz de obtener el corazón de un amante!

Ígur se hundía en el delirio criminal de que querer vencer a Sadó, o aún más, querer ser ella, era quererla.

—Al contrario, te creo capaz de comértelos todos de un bocado; es el tuyo el que no veo por ninguna parte.

Se aguantaron la mirada, e Ígur se sintió finalmente tranquilo en el centro de la desesperanza, en el fondo definitivo de la derrota, y a la vez extrañamente invencible; estuvieron así unos instantes que se les hicieron inacabables a los dos, como si quisieran asegurarse de que nada más iba a modificar el asentamiento decisivo del odio, y, sin prisas, Ígur salió.

Al atardecer, tras un día de cavilaciones en compañía de Isabel, Ígur se mantuvo a la expectativa del inicio de movimientos en el Salón central del Palacio. Hasta las ocho de la tarde la Guardia no permitió la entrada, y entonces Madame ocupó su lugar prominente habitual, especialmente interesada en que, fueran cuales fueran los acontecimientos que los asaltantes hubiesen previsto, el honor y las costumbres del Palacio se le escaparan de control en la menor proporción posible. Cuando Ígur se sumó a ella, entre el público que ya llenaba la sala en casi dos terceras partes se empezaba a distinguir caras conocidas, y el catafalco continuaba intacto y custodiado por Guardias armados.

En la mesa de la presidencia estaba el Barón Uranisor, el Comisario de Juegos Rufinus, Neder Rist y Deiri Cotom, y allí se encaminó Ígur decidido a descubrir qué se preparaba; pero su llegada coincidió con Sadó, engalanada con un vestido rojo y plateado especialmente audaz y espectacular, y fue ella quien centró la conversación.

—Siempre me ha fascinado con qué fulgor meteórico florecen las mujeres —decía Rist mirando a Sadó con un calibramiento visual de sus encantos tan descarado que Ígur no pudo evitar pensar que Fei nunca se habría quedado sin respuesta, o tal vez es que con Fei ya no se les habría ocurrido; y Sadó sonreía encantada.

—Las mujeres ya nacen aventajadas —dijo Boris— y, después, progresan de un hombre al otro; es en un momento indetectable del intervalo cuando se produce el cambio, gestado en las carencias y las exigencias burladas de la última etapa del enamoramiento anterior; todo lo que no había podido ser, todo lo que les había sido reprochado, tal vez incluso por ellas mismas, estalla, medio exorcismo medio iconoclastia, medio escarnio y medio adoración, en la mudada personalidad que acoge la nueva pasión. Es eso lo que hace —miró a Ígur como de paso— que cuando vuelves a verlas te parezcan cargadas de una energía renovadora y feroz, y te encuentres con que sin conflicto, y quizá hasta por iniciativa propia, conceden a otro lo que a ti tan reiteradamente te habían negado.

Ígur miró a Sadó, y ella no dejó de sonreír, como si la escena de la noche anterior nunca se hubiera producido.

—¿Y los hombres, cómo progresan? —preguntó Neder Rist.

—Los hombres no progresan, sobreviven —dijo Boris, y Mongrius se sumó al grupo; cuando vio a Ígur tuvo un gesto de sorpresa, y con una señal lo llamó aparte.

—¿Qué haces aquí? —dijo, procurando que nadie los oyera; en pocas palabras Ígur le explicó la situación, y Mongrius no lo dejó acabar—: Has caído en una trampa —miró atrás—; la Conti seguro que actúa de buena fe, pero la han utilizado para atraerte, y tampoco debía poder escoger; lo que me extraña es que no te hayas dado cuenta.

Ígur se encogió de hombros.

—Pero Fei...

—Olvídate de Fei, contigo o sin ti está perdida. —Echó una ojeada general a la Sala, que ya estaba llena a rebosar—. Tendrías que salir de aquí, pero no veo cómo.

—Si es como dices, tendría que matar a muchos para salir —dijo Ígur—. ¿Y todo eso se sabe en la Equemitía?

—¿Cómo te crees que lo sé? —se sorprendió Mongrius—. Desde que no le has completado el Informe, Bruijma ha notificado a todas las partes interesadas que se desentiende de ti —bajó aún más la voz—, y parece ser que ahora investigan cierta conexión entre La Muta y un sector de los Astreos; hasta ahora tus errores habían pasado por alto, pero todo se hará confluír para convertirte en chivo expiatorio, ejemplo para temerarios, individualistas y aventureros... ¡El vencedor del Laberinto, corrompido sin paliativos!

—Comprendo que después del asunto del refugio me relacionen con los Astreos, pero con La Muta...

—Parece ser que Debrel te envió al cuartel general de La Muta en Bracaberbría...

—Si no hubo ninguna acción política...

—Por tu parte quizá no, pero ¿y Silamo?

Ígur se quedó desconcertado.

—¿A Silamo lo han cogido?

Mongrius lo miró con lástima.

—Silamo está mejor situado que nunca, y te ha colgado a ti el contacto con La Muta.

Ígur se sintió en parte aliviado; será la venganza por haberle querido estafar su parte de los Protocolos de Entrada del Laberinto, pensó.

Por la puerta principal y, abriéndose paso entre el abarrotamiento, entró, precedido de un nuevo pelotón de la Guardia Imperial, un cortejo cuya posición principal ocupaba el Duque Constanz flanqueado por Sari Milana, que buscaba con la mirada entre los asistentes hasta que descubrió a Ígur y se complació con una sonrisa de provocación y deleite. La comitiva fue hasta la mesa principal, y se sentaron en el centro, en asientos dominantes; no había megafonía ni orquesta, y la naturaleza del espectáculo, por lo menos el estilo, era una incógnita. Ígur se mantenía en segundo término, a unos diez metros de la presidencia, y cuando Madame Conti se acercó a ellos, Boris la detuvo y mantuvieron una larga discusión en voz baja, de la que la

expresión forzadamente distendida no podía ocultar la violencia del contenido. Entre tanto, el Duque Constanz se puso en pie y se dirigió al público, que se replegó en un silencio aceptable para escucharlo.

—Damas y Caballeros —dijo—, nobles, dignatarios, funcionarios y rentistas: es de todos conocida, y por todos querida, la naturaleza primordialmente lúdica de lo que nos complacemos en llamar los Palacios Privados de Expansión, entre los cuales por méritos propios figura en lugar destacado éste que tan brillantemente regenta nuestra insustituible amiga Isabel Conti —él y la Anfitriona intercambiaron una breve inclinación de cabeza—, y es por eso que hoy debemos felicitarnos por la inclusión en su calendario de un acto que por importancia y por significado trasciende ampliamente las dimensiones habituales de sus actividades; se trata de una conjunción en que pasión y azar tienen que jugar a partes iguales contra, o a favor, de voluntad y justicia, se trata, en definitiva, de la última esencia del Juego —en ese momento Ígur vio cómo Sadó se acercaba a Milana, e iniciaban un intercambio de gestos y palabras al oído que él encontró insoportablemente turbio—, de la esencia última de la dimensión trasponedora del espectáculo, no estrictamente de la catarsis, porque esperamos que la dimensión moral supere los límites formales de la convención escénica, y las intenciones de la mente receptiva incluyan la acción —se abrieron las puertas y entró una segunda comitiva formada por cuatro músicos, dos siringas, un octavín y un tamborilero y, sobre una litera de brazos dorados con esmaltes incrustados, con cuatro portores enmascarados, unas siamesas pelirrojas no mayores de doce años, y encaramada entre las dos, una tercera actriz, de la misma edad, de raza negra, y albina—, y con la acción, como querían los antiguos, ¡el último avatar de la justicia! —cuando la comitiva llegó al catafalco, los portores dejaron en el suelo la litera y metódicamente retiraron el raso negro que lo cubría—, ¡la última dimensión moral que con la abolición de contrarios y la separación de conjurados abrirá a la verdad los corazones que, pudiendo saber cuánto vale, no precisan preguntarse el porqué!

—¡Y menos aún si pueden pagarlo! —contestó alguien del público.

—¡Ciertamente! —Y bajo la tela se descubría lentamente el mecanismo de un gran potro quirúrgico en cuyo interior se apreciaba un cuerpo echado—, y ésta es su expresión final —Constanz lo señaló con energía—, ¡la última batalla de la Reina de los Dos Corazones!

Ígur dio un salto hacia adelante, la multitud soltó un chillido; el potro quirúrgico era un aparato de sección envolvente aproximadamente cuadrada, de unos dos metros de arista, y poco menos de cuatro y medio de largo, y en el centro, entre un bosque de mangueras y tubos de materiales y medidas diversas, luces verdes intermitentes, focos, ruedas, cadenas de transmisión y brazos mecánicos acabados en pinzas y jeringuillas, Fei yacía en el centro boca arriba con los brazos y las piernas estiradas,

atada y pinzada, entubada y clavada; los portores, convertidos en operarios, manipulaban el aparato, y las siamesas, subidas a una pequeña plataforma encima del potro, justo sobre Fei, bailaban al sonido áspero y sincopado de la flautería; en una segunda plataforma más elevada, la negra albina iniciaba un número de contorsión. Ígur dio un paso.

—No te muevas —dijo Mongrius apretándole el brazo, pero el otro ni lo oyó.

Milana tenía una mano en el escote de Sadó, y miraba a Ígur riendo; Constanz estaba pendiente del público, la Conti y Boris habían desaparecido, Rist y Cotom estaban en primera fila, y Rufinus tomó la batuta del espectáculo.

—Vean señores, el canto del diálogo —señaló a las siamesas, que recién despojadas de capas negras, llevaban tan sólo máscaras en forma de alas egipcíacas, igual que el cabezal de la litera, una dorada y la otra verde esmeralda, y unidas por la pelvis, alternaban rítmicamente la postura erguida de una con la voltereta de la otra; más arriba, la contorsionista albina se desabrochaba los botones con los dientes y se desataba los nudos con la lengua, hasta que, desnuda por completo, exhibía una profusión de cánulas y múltiples conexiones entre sus orificios—, el fuego de Eligia y la oscuridad frondosa de Dulita, señores, Jóna y Dairi en la vida real —pero los ojos de Ígur permanecían clavados en el cuerpo inmóvil de Fei, y Mongrius apenas lo podía retener—, y más allá de Eligia y Dulita, el plano de la igualdad y la espada de la distinción, y la confusión que posibilita el placer de todo despiece, señores, ¡el triunfo de la razón! —Y dos operarios treparon a la segunda plataforma para conectar cánulas y agujas a los brazaletes quirúrgicos de las muñecas y los tobillos de la contorsionista, quien aguantándose con las manos y con la cabeza entre las piernas, aspiraba un puro por la vagina y expelía el humo por el ano, mientras las siamesas se contorsionaban mutuamente hasta formar una estudiada bola de carne de brazos y piernas, mucosas en primer término.

—Suéltame —dijo Ígur a Mongrius.

—No te muevas ni un milímetro —dijo el otro—. ¿No ves que todos están pendientes de ti?

—¡La mangosta y la serpiente parecerían más iguales que Jóna y Dairi si pudieran traspasar las apariencias! —proclamaba el Comisario de Juegos, y los ojos de Ígur estaban clavados en el cuerpo yacente en X de Fei, llena de drogas y de insomnio, en aquella carne iridiscente de palidez y de tensas transparencias mórbidas, casi sin sangre, cuajo nacarado de succiones subcutáneas, gelatina lila helada y brillante—. Vean señores cómo el odio no es más que presencia, y la separación no será nada más que el paso del tiempo —indiferente a las miradas del Duque, de Milana y de Rist y Cotom, Ígur continuaba pendiente de Fei, de aquellos pezones, ya del morado oscuro de la exanguación final, atravesados por una sola aguja transversal que la mantenía tirante y colgada, de los enormes enemas por la vagina y por el ano

que rítmicamente extraían humores sanguinolentos y hasta algún sedimento de viscera que, aspirados, ascendían por los tubos de goma transparente hasta la contorsionista, del anillo craneal con conexiones hipodérmicas ortopédicas de oído, de carótida, de nariz y boca, los ojos sustituidos por grandiosos mecanismos por los que transitaban monstruosas translucideces amarillentas, la cabeza hacia atrás, objeto de sobrecogedoras modificaciones, el cabello desaparecido tras el hierro y el desollamiento, la boca con todo el horror de la tensión del primer plano, dientes y encías adorados por la luz, confundidos piel y metal, prótesis y gangrena confundidas, confundida la respiración con los efectos de dispositivos de trastorno—. ¡Vean la furia individuadora del mecanismo perceptivo, vean cómo tan sólo el camino de la sangre lleva a la propiedad, y sin propiedad no hay individuo, véanlo, señores! —y Sadó se abrazaba a Milana, y con la risa de la pasión y la indiferencia, ajena al espectáculo le besaba el cuello mientras Ígur, varado en caprichos del pensamiento ('la cortesana se ha convertido en heroína cuando la dama ha resultado ser una cortesana'), se debatía por deducir el mecanismo de los sensores del potro quirúrgico en las pantallas hexagonales de cuarzo líquido en ojos de mosca, del estilete al extremo de una masa de tres toneladas que colgaba del techo justo sobre el sexo de Fei, que en ese momento se mostraba hipodérmicamente abierto en estrella, de la cuchilla semicircular que le apuntaba al cuello, los zumbidos y las intermitencias de los pilotos de luz roja, y cuando la contorsionista se introducía en boca, nariz, ano y vagina telescopios brillantes de tamaño increíble, y los humos y los sueros aspirados por uno, a chorro los proyectaba por los otros ('¡está llena de canales!', chilló alguien del público), el Comisario elevó el tono de voz—: Vean, señores, la ascensión de los humores, el prodigioso control de diafragmas y esfínteres, la sublime llegada de la sangre a las estrellas —y la contorsionista, con una potente aspiración abdominal, extrajo de los drenajes del potro de Fei humores mezclados hasra colmar los propios circuitos, y un mecanismo de válvulas la cerró herméticamente cuando toda ella, venas, estómago y pulmones, estaba llena al máximo—, vean el desenlace de Eligía y Dulita, la manifestación del acuerdo de la fuerza —y Jóna se sacó una daga minúscula de la máscara y le asestó tres puñaladas al corazón de Dairi, que se estremeció como una hoja; la sangre brotaba por la plataforma hasta el cuerpo de Fei, y el iluminador se centró en ella.

—Por piedad, no te muevas —dijo Mongrius, viendo que Ígur, de pie entre el público, iba a intervenir—; ¿no ves que esta vez no te lo perdonarán?

Uno de los Guardias subió al escenario con una espada larga y fina y, encaramado al potro quirúrgico, de un solo tajo separó a las siamesas, que cayeron una a cada lado de la plataforma.

—¡Pasión de despedida! —dijo el Comisario con los brazos en evocación y la mirada hacia lo alto—, ¡benevolencia del adiós, piedad ejemplar del silencio! —

Cerró ojos y puños y crispó la voz—: ¡Misericordiosa cúspide de la sangre'!

La contorsionista efectuó una extrema presión expelidora a la vez que el potro continuaba bombeando humores a su interior, ya pura congestión, ya pura roja brillantez de henchimiento, hasta que el cuerpo estalló y roció todo con los líquidos y los colores y olores que llevaba dentro, propios y ajenos, intestinos y visceras esparcidas entre un público sorbedor, y tan sólo una parte del esqueleto de huesos y conductos, en postura irreconocible, quedó de ella en la plataforma; el Guardia mantenía la espada en presentación sobre el pecho de Fei.

—¡Deteneos! —gritó Ígur, y la Sala quedó pendiente de él—. No sé que esta dama haya dispuesto de la oportunidad que hasta en las horas difíciles el Imperio reconoce a los acusados.

El Duque Constanz tomó la palabra.

—Suponiendo que no haya sido así, entiendo que estáis dispuesto darle tal oportunidad.

Se oyó alguna risa remota; Madame Conti ocupó de nuevo una posición preeminente.

—¡Está dispuesto! —dijo riendo alguien amparado en la oscuridad del público.

El aire se había impregnado de olores carniceros y perfumes feromonados.

—No lo hagas —suplicó Mongrius, pero Ígur ya no distinguía arrogancia y desesperación entre sus impulsos, ya el recuerdo del asalto al refugio Astreo le había enturbiado el último reducto de prudencia, y se mantuvo inmóvil, estacadas en el último extremo del odio las efusiones de frivolidad sublime y delirio de Sadó y Milana.

—De acuerdo —dijo Constanz, sin mirar cómo los portadores operarios se llevaban los cuerpos aún sutilmente convulsos de Jónia y Dairi con indolencia echaban serrín sobre la sangre, y sobre el serrín, confeti y lentejuelas—, haremos un Juego de juicio.

—¡La Ruleta de Atalanta! —rugía la turba aplaudiendo al unísono—, ¡a ras a sangre!

El Duque ordenó silencio con los brazos abiertos, y miró a Ígur.

—Diría que hay un deseo general de ver en acción al héroe enloquecido que enamora a adolescentes furiosas —Ígur sabía que entre el público había agitadores con consignas, y que a buen seguro la escena ya estaba preparada—, de manera que ya que no tenéis inconveniente, cederemos la palabra al señor Comisario de Juegos, quien explicará las condiciones del asalto.

Madame Conti no se perdía detalle, Boris y Rist brindaban rodeados de cortesanas selectivamente desnudas, los músicos retomaban la melodía sincopada, la Guardia doblaba la vigilancia, Rufmus se adelantó.

—Que la pasión que tan noblemente ha exhibido —dijo— sea el instrumento del

paladín de la dama; os situaréis capicuadao ante su cabeza —hubo un chillido general de excitación, y a un gesto del Comisario reinó un silencio absoluto, segado tan sólo por la refrigeración y los circunloquios mecánicos del potro quirúrgico—; se os concederán tres minutos para conseguir la erección, y tal y como prescriben las normas, el sensor en la garganta de la condenada determinará el momento exacto —señaló una pantalla—; aquí mediréis vuestras fuerzas, porque es donde aparecerá la Ruleta de Atalanta, en forma de círculo dividido en ocho porciones, con una señal luminosa que las recorrerá a velocidad constante; la duración del paso por cada sector será de dos segundos exactos, y le salvaréis la vida a la condenada si la irrumación se produce cuando la señal cruce el sector número 1, marcado en verde —las últimas salpicaduras de bilis goteaban todavía por las plataformas y los aparatos hasta la palestra—; si se produce en cualquiera de los otros siete, ¡la cuchilla la decapitará inmediatamente!

—¡Afina, Ígur, que ahora eres tú el Guardián! —gritaron desde el público.

—¡Eso, guarda bien la puerta! —gritó otro.

—Cuidado —prosiguió Rufínus—, a fin, no de aumentar vuestro interés por la ceremonia, porque imaginar tal cosa del Invencible sería una ofensa que cualquiera sabe hasta qué punto está alejada de nuestras intenciones, sino de darle, ¿como diríamos?, una dimensión más personal, el corte se efectuará a ras del mentón y con una inclinación tal que también segaré vuestro miembro —el chillido colectivo renació, y el Comisario, desbordado, tuvo que esperar a que amainase—, y no os hagáis la ilusión de retroceder en el último instante, porque el potro ortopédico, ligado a vuestro cuerpo y conectado con un sensor de impulsos nerviosos, lo impedirá impulsándoos hacia adelante la pelvis en el momento adecuado.

El horror putrefacto era una fetidez negra tan real que Ígur no quería identificarla.

—¡No le ha gustado! —gritó alguien.

—¡Que se ponga el Anillo de Meleagro! —reclamó algún otro, perdido entre los asistentes.

—¡Que salga la cola del pavo real! —gritó un tercero.

—¿El Caballero se considera en un callejón sin salida morfológico? —dijo Rufínus.

—No hay problema —dijo Constanz, y recitó—: «Tiene en la mano el instrumento que no utilizará...»

—Que en este caso equivale —dijo Rufínus— a «¡no tiene en la mano el instrumento que utilizará!».

El público se rió. Ígur no se movía, y el potro quirúrgico se desplegaba obedeciendo a un mecanismo remoto.

—Quizá es que es insuficiente para el Invicto —dijo Constanz—, quizá deberíamos proponer un reto a su altura.

—Estoy a vuestro servicio —dijo el Comisario—; en lugar de tres minutos de preparación, que lo haga en dos minutos.

—El mundo al revés —dijo Boris—, ¡mira por dónde desearás la precocidad!
Hubo un aullido ondeante entre el público.

—Al parecer, el Caballero Neblí se desdice —dijo el Comisario de Juegos.
Ígur no se desplazó, pero todo en su cuerpo delataba la tensión de la alarma.

—No sé si puede —dijo el Duque con una sonrisa estudiada—. Un Caballero que ha despertado expectativas de salvación en una dama... no quedaría nada bien.

—¿Al vencedor del Laberinto le da miedo un simple Juego de autocontrol y buenos reflejos? —dijo Rist—. Hasta un niño se atrevería.

—Si no sabes responder a su pregunta —dijo Cotom—, siempre puedes intentar engañar al Querubín.

El público aplaudió, y estalló la flautería frigia.

—¡La pregunta, la pregunta!! —gritaron unos cuantos.

—¡La Ruleta de Atalanta! —reclamaba otro sector.

—¡El Fénix, Caballero —dijo Gemitetros—, no es una curiosidad histórica, es la clave que abre la personalización del tiempo, la gran dirección prohibida del mundo!

—¡Mentira! —gritó Rist—. ¡Tan sólo la muerte es la respuesta personalizada a una pregunta! —Y señaló a su ayudante—: ¡La pregunta!

Ígur exploró posibilidades con la mirada. Complicado huir, peor quedarse.

—¿En qué te has excedido? —obedeció Cotom—. ¿Qué persigues? ¿Qué te queda por hacer?

—¡No os confundáis, Caballero! —dijo el Duque—. ¡La Esfinge no es el señor Cotom, ni es el Fénix! —el gentío rugía de placer—. ¡Tampoco es el Querubín, tampoco es Mercurio! —se detuvo con prosopopeya—: ¡Es el potro quirúrgico!

El Jefe de la Guardia se adelantó, y a una indicación suya, tres hombres lo siguieron y desplegaron un movimiento envolvente; cuando Ígur se movió, las armas le apuntaban.

—Un paso adelante. Caballero —dijo el Imperial—; vuestras armas.

Ígur obedeció, y lo hicieron subir al estrado del potro quirúrgico.

Explotó en la asistencia un griterío desgarrado.

—El Caballero Neblí —dijo el Comisario de Juegos por el micro autónomo— merece para la Ruleta de Atalanta la ayuda de todo el estímulo que el agradecimiento de un público tan distinguido se digne facilitarle.

Hubo un reavivamiento de la algarabía; una mujerona monumental se lanzó sobre Ígur con extrema furia sobadera, y a un gesto del Jefe de la Guardia, dos Imperiales la empujaron fuera de la palestra; aún otras cuatro, arañándose entre ellas, se precipitaron a escena intentando inútilmente tocar al Caballero; finalmente, la Guardia Imperial acordonó el estrado.

—Nada de ayuda directa —dijo el Duque.

Una multitud de mujeres en pleno rubor lúbrico se estrellaba contra los cuerpos de los Guardias y, en medio de la humareda del tabaco, los inciensos y los ambientadores, se despechugaban mirando a Ígur, sacaban la lengua y la hacían temblar, se tocaban abiertas de piernas, con los ojos extraviados se agitaban en oscilaciones obscenas.

—¡A ras! —rugía el público—. ¡Que empiece el crono!

La Conti se adelantó.

—Un momento —dijo con voz autoritaria—. Esta es mi casa, y no consentiré que se juegue frivolamente con la sangre del vencedor del Laberinto.

Ígur se situó en el potro en la posición indicada, preparado para colocarse las correas, se quitó la chaqueta y se desabrochó los pantalones sin quitarse el cinturón. La visión de su sexo y la evolución de su estímulo enardecieron al público.

—Señora —dijo Constanz con gran amabilidad—, me temo que la situación escape a vuestra prerrogativa. El Caballero ha adquirido un compromiso ineludible.

—¿Ineludible? —replicó la Conti—. No se considera compromiso a lo que proviene de un condicionante imperativo; la Ley de Juegos dice que no hay compromiso si las partes no han participado en la elección de los términos. Por más que el Caballero haya cometido un error, si es que lo ha cometido, cosa que yo veo por otra parte discutible, eso no lo pone en vuestras manos, y aún menos en estos términos.

Ígur miró a Sadó, y ella ni miraba el espectáculo. Ella no paraba de reírse.

—El Caballero —intervino el Comisario— disfruta de un privilegio; ¿quizá preferiríais dejar el desenlace a un Juego de azar completo? Es lo que la Ley prescribe para los traidores.

—¿Porque los hechos le han conducido más allá de las propias intenciones se le considera un traidor? —dijo Madame Conti; Ígur se mantenía inmóvil en el potro quirúrgico, el sexo ya completamente erecto—. ¿Qué tiene eso de inhumano? ¿Quién no se reconoce en ello, aunque sea en una mínima proporción? El mundo lo han hecho los traidores y no los Príncipes, según vos.

—¡Viva el Emperador y muera la Conti! —gritó alguien del público.

—Señora —dijo Constanz—, no conocía vuestras inclinaciones filosóficas, y me gustaría profundizar en ellas en otra ocasión, pero lo que ahora nos ocupa es un designio público. Ciertamente, estamos en vuestra casa y tenéis ciertas prerrogativas; ¿queréis que se lean los cargos contra el Caballero Neblí?

Ígur buscó con la mirada a Sadó y Milana, pero no estaban donde los tenía localizados, y no los vio en ningún otro sitio.

—Duque —dijo ella—, saber de la existencia de cargos concretos nunca ha significado...

—Silencio, Señora —la interrumpió el Duque—. Por el aprecio que me inspiráis, no quiero oír la continuación de un razonamiento que obligaría a nuestro amigo —señaló al Comisario— a modificar los movimientos de la jugada.

—No es necesario —dijo Ígur—; satisfaré todas vuestras expectativas.

—¿Qué pasa. Duque —dijo la Conti—, habéis olvidado vuestro orgullo, el menosprecio por el hombre justo? —Soltó una carcajada—. Los Astreos os acogerían con mucho gusto si supieran que sois tan buen defensor de principios. ¿Qué pasa con el Caballero Neblí? ¿A qué Príncipe molesta, además de no servir para nada más a Bruijma?

En ese momento la maquinaria colgada sobre el cuerpo de Fei emitió un pitido continuo, y un pequeño foco rojo intermitente inició una serie de oscilaciones circulares aparentemente caprichosas. Todo el mundo calló, pendiente de los indicadores. Perforada hasta la simbiosis mortal, Fei acababa de morir, y lentamente la cuchilla descendió de su posición, y con la inexorable, insólita suavidad de un paquebote que desamarra, le cortó la cabeza.

—Esto zanja la cuestión —dijo el Comisario de Juegos, e hizo ademán de retirarse.

—Tal vez no —lo detuvo el Duque—; el Juego ha comenzado, y el honor del Caballero no depende de la muerte de la condenada.

—¡Qué homenaje para la Reina Negra! —chilló Rist, viendo cómo, comenzando por los pies, el potro descuartizaba los miembros de Fei y, ya absorbidas las vísceras, separaba pulcramente músculos, nervios, piel y hueso, y entonó—: Mein Herze schwimmt im Blut...

Ígur se sintió de repente como si despertase de una hipnosis; el seccionamiento no había producido el menor cambio en la fisonomía de Fei. Nada de sangre, ni el más leve salto del último nervio, ninguna evolución cromática. En un instante desempalmado, en un instante abrochado, Ígur sentía todos los hielos en su interior; desprecia a los demás como a ti mismo, pensó sin alternativa.

—Me gustaría —se dirigió a Constanz— continuar la conversación sin la presencia de vuestra Guardia.

—¡Será posible! ¿Qué significa eso? —dijo el Duque—. Ya lo habéis oído: ¡amenaza a la autoridad, burla de las reglas, escarnio en público, alteración del Juego! Caballero Neblí, lo tenéis claro. El Juego está vivo, pero en lugar de un intervalo de dos segundos entre ocho, dispondréis de uno entre trece —comprobó de una ojeada el grado de desollamiento facial de Fei, y se dirigió a los operarios—: ¡detened el troceado! —y, de nuevo a Ígur—: Yo de vos me daría prisa antes de que la condenada se enfríe.

—¡Tanto le da, el Caballero es necrófilo! —dijo Boris.

—¡Basta! —gritó la Conti—. Permitidme recordaros. Duque, que no estáis aquí

como Comisionado Imperial, y vuestra jurisdicción no llega a las modalidades duras del cálculo sentencial.

El Duque saltó hacia adelante y habló en voz baja con el Jefe de la Guardia.

—Señora —dijo Ígur—, no os busquéis problemas por causas perdidas. Permitid que resuelva la cuestión a mi manera —se dirigió al Duque—, y puesto que ya no está en juego la vida de nadie salvo la del simple Caballero que os habla, sugiero a la autoridad pertinente que me libere de la pérdida de tiempo de proporcionar una distracción inútil a un público tan distinguido que merece espectáculos más auténticos —hubo silbidos y pataleos entre la concurrencia—, y me haga la bondad de acabar esta situación de forma tan expeditiva como crea conveniente, si ha de ser con brevedad.

—¡Perfecto! —dijo el Duque—. El Caballero no le teme a nada.

—¡Sáltales al cuello, Ígur! —gritó alguien del público—. ¡No tienes nada que perder!

Ígur había perdido las armas. Oscilaba entre la indiferencia hacia sí mismo y el vértigo de la venganza.

—Quien nunca ha tenido la cabeza sobre los hombros no debe preocuparse por dejar de tenerla físicamente —dijo Deiri Cotom.

Se hizo un silencio helado. Ígur miró al enano, le recordó aquel día que trepaba por el cuerpo esplendoroso de Fei; de Fei viva. Miró, entre los metales, los tubos y las correas, las piezas de carne y la disposición de los huesos desnudos en triángulos, cuadrados y pentágonos, y tan sólo en los dedos, ensamblados intactos a los vértices de estas últimas figuras, reconocibles los rasgos de la inolvidable Reina que había sido.

Miró a la gente, pero no vio a nadie. Sólo al Duque, en primer término, y después un sinfín de furias: El Comisario, Milana, Sadó; Omolpus, Debrel, Guipria; Bruijma, Noldera, Lamborga, Allenair, la burla final de Arktofilax.

—¡Traidor! —se oyó desde la oscuridad colectiva.

Ígur lo tuvo claro; no hay de qué huir, todo es identidad, todo es triunfo. Nunca se había sentido tan fuerte, tan seguro de la magnificencia de su superioridad. Como un relámpago se volvió hacia el Guardia que tenía al lado, que jamás podría volver a comprobar tan de cerca los efectos de la respiración del Fidai, y de un solo movimiento lo derribó y le quitó el fusil láser.

—¡Fuego! —chilló el Jefe de la Guardia.

Ígur dio un salto atrás a la vez que siete u ocho le disparaban; una docena de espectadores cayeron al suelo, unos abatidos por Ígur, otros por los fusiles de la Guardia.

—¡Deteneos! —gritó la Conti—. ¡La sala está llena de civiles!

Una oleada de pánico abrió un claro en torno a Ígur y a los Guardias que tenía

delante; los reflujos del público formaban bolsas de chillidos en los amontonamientos imprevistos; Ígur se abrió paso con el fusil hasta la puerta en pocos segundos, y la misma extraña altivez que parecía protegerlo de los tiros, era como si guiase contra los adversarios mejor situados y peligrosos el prodigioso acierto de su fusil.

—¡Que no salga de aquí! —ordenó desesperado el Jefe de la Guardia.

Perseguido por veinticuatro, Ígur cruzó los pasillos del Palacio Conti como no había imaginado nunca que tuviera que hacerlo. En cada vestíbulo, el encuentro con los Guardias apostados se resolvía con un enfrentamiento fulgurante, y cuatro Imperiales más agonizando en las alfombras; en un instante cara a cara con uno de ellos creyó reconocer al amante nocturno de Sadó; cayó de un tiro entre los ojos.

Finalmente, en la Puerta de los Cocineros, la camarera que en tan buenas horas lo había acogido lo recibió con una admirable presencia de ánimo.

—Por aquí, Caballero —lo guió—. El Puente está libre, pero la Guardia ha tomado las calles de las islas contiguas, id con cuidado a partir de la segunda bifurcación.

—Volveré antes de lo que crees —dijo él después de besarla.

—Adiós, Caballero —murmuró ella con tristeza.

No tuvo que esperar a llegar a ninguna bifurcación, porque en el mismo centro del Puente de los Cocineros la Guardia ya acosaba a Ígur procedente de diversos accesos del Palacio Conti. Al que tiene que matar para huir, se le han acabado los cálculos estratégicos; aun así, la luna de Gorhgró teñía para Ígur los horizontes urbanos de una belleza extrañamente estática. Ora perseguido, ora acorralado, ora entre dos fuegos, el Invicto Entrador del Laberinto huyó por esas calles, hacia el Sudeste, por los brazos del Sarca y después remontándolo, y otra vez hacia el Este con un transporte que le proporcionó un reposo momentáneo; pero sabía que en ese momento era el tercer hombre más buscado del Imperio, tras Jarfrak y el Príncipe de La Valaira, y dedicó el respiro a decidir un lugar adonde ir. Cambió tres veces de transporte, y eran las cinco de la mañana y se le había hecho cortísimo cuando se dirigió a la residencia de Mongrius.

—Ya me imaginaba que vendrías —dijo Mongrius, despierto y vestido—; pasa, aquí todo está tranquilo. ¿Los has despistado? —Ígur se encogió de hombros—. No importa, tenemos que darnos prisa, porque tarde o temprano vendrán a buscarte aquí.

—No quisiera comprometerte.

—No pienses en eso. ¿Qué necesitas?

—Quiero saber qué cargos han codificado contra mí. —Mongrius lo miró desconcertado—. Ya sé que una vez los hayas pedido tendremos a la Guardia encima en un momento, pero si no me encuentran aquí a ti no te pueden acusar de nada.

Mongrius operó con el Cuantificador, y la pantalla se iluminó.

«Cargos mayores contra el Caballero de Capilla Ígur Neblí de Cruiaña: /—.

Contacto con la organización clandestina La Muta en Bracaberbría, Código 214 Artículo 815. //2— Connivencia con la rebelde Astrea Feiania Morani, Código 214 Artículo 880. //3— Contacto de las dos actuaciones anteriores. Código 214 Artículos 793 y 800. //4— Asesinato en primer grado de Artim Beremolkas y Virti Meneci, Caballero de Capilla, Código 12 Artículos 1 y 253. //5— Omisión perversa de la Orden X-320 de la Equemitía de Recursos Primordiales, Código 464 Artículo 86.»

—¿Quieres también los cargos menores? —preguntó Mongrius.

—No hace falta —dijo Ígur, divertido al ver la importancia que la Hegemonía concedía al Informe del Laberint—. Ahora entiendo la orden de la Equemitía; sabían que no lo haría, todo era una trampa.

Pobre Debrel, lo habrán hecho desaparecer igualmente.

—¿Qué dices?

—No tiene importancia.

Se hizo un silencio siniestro.

—¿Qué harás?

—Intentaré llegar a Lauriayan —dijo Ígur, pensando en si se podía fiar de Mongrius.

—Olvida los heliopuertos.

—Quizá por mar, en un mercante.

Se oyó un ruido. Ígur se puso en pie de un salto, con el arma a punto. Clareaba, y todo lo apagaba un azul terrible. Llamaron a los timbres de abajo.

—Sal por detrás —dijo Mongrius—. No te preocupes por mí, me acogeré a la hermandad de la Capilla.

Dos puertas más allá avanzaban ruidos de puertas reventadas. Ígur salió por el pasillo de servicio, y aún pudo oír la discusión entre Mongrius y la Guardia; en la calle se topó con media docena de cara, y sin testigos los abatió en diez segundos, pero atraídos por la algarabía aparecieron más, y se encontró de nuevo colgado del exterior de los transportes, perseguido por los acantilados urbanos, sin suelo bajo sus pies, perdiéndose como el aullido de un animal en la veloz, inacabablemente horizontal y dilatada aurora de la vasta turbulencia de Gorhgró.

XVII

Por el soborno Ígur llegó hasta Turudia, por la extrema amenaza física culminada en secuestro hasta medio camino de Breia, por el robo de transporte hasta las afueras de la ciudad. En el puerto de Breía se hizo con nuevo armamento (del viejo tan sólo conservaba la daga del maestro armero de Sur), lo depositó en la consigna electrónica, y vestido de operario se informó sobre los mercantes; al final del día se imponía una decisión sobre la oferta: tantos barcos como quisiera para Bunia, Aleña y Eraji, no tantos para las Jéiales, y hasta la semana siguiente para Ankmar. Se arrepentía de no haberse arriesgado a llegar directamente a Eraji por el Lago de Beomia, pero ya no se podía hacer nada; optó por el primer barco hacia el Sur, que partía aquella misma noche hacia Rocup, la más próxima de las Jétales, y segunda en extensión. Una vez a bordo, el respeto temeroso manifestado en recelo hostil que despertaban en la tripulación las armas de Caballero (el sello y las insignias las llevaba ocultas) lo recluyeron en un silencio apartado y arisco.

¿Por qué, realmente? ¿Cuál había sido el exceso, la desmesura de su ambición? Exceso, imposible; ¿entonces, por qué carencia? ¿Era, por otra parte, ésa la situación deseada cuando llegó a Gorhgró hacía poco menos de un año? ¿Era la constatación práctica de que la realización personal tiene poca relación con el servicio a la comunidad lo que lo había convertido en un personaje tan incómodo para el Imperio? Bienestar a cambio de fe, o por lo menos de silencio, ése era el trato, comedia aceptada sin trampas demasiado ostensibles. Y su actitud les había resultado ambiciosa hasta el punto de considerarlo un traidor. (¿Pero si mi ambición era tan sólo moral!, pensó más adelante. ¿O tal vez era precisamente ése el problema? ¿La ingenuidad moral llevada a la práctica es la gran enfermedad social?). No era, por tanto, la eliminación de un residuo, sino de una incomodidad germinal que, caso de permitir que se manifestase, podría conducir quién sabe a qué heroificaciones nefastas. ¿Acaso se trataba de propiciar la aparición de un mito, y, como una criatura malcriada que no sabe qué quiere, Ígur se resistía a ello? ¿Tal vez, históricamente, sus enemigos eran sus valedores, como, quién sabe, lo habían sido de Arktofilax?

—¿El Caballero Ígur Neblí? —se le encaró el Contraмаestre.

—Soy yo —respondió, con la mano en la pistola preparado para abrir fuego a la primera intimidación.

—No os preocupéis, Caballero —dijo el Contraмаestre, y le mostró las enseñas negras de los nobles Astreos—. Hemos recibido una comunicación advirtiéndonos de vuestra posible presencia en el puerto de Breia. No os preocupéis, en Rocup buscaremos el muelle menos vigilado —Ígur lo miraba con desconfianza—, y si lo vemos problemático pensaremos una manera discreta de haceros desembarcar.

Al cabo de pocas horas, ya la costa de la isla a la vista con las primeras luces del

alba, un Suboficial se dirigió a Ígur.

—El Nostramo os ruega que vayáis a su despacho.

El Contramaestre lo recibió manipulando el Cuantificador.

—Caballero, imagino que tenéis intención de continuar hacia el Sur.

Ígur se sentía incómodo.

—Aún no lo sé.

El otro notó la falsedad del terreno que pisaba.

—Estoy en condiciones de ofreceros un barco hasta Nirca.

Era la isla principal del archipiélago, y también la más meridional; Ígur no disponía de mejor alternativa, y tan inseguro estaría en manos de aquel hombre como en las de cualquier otro.

—De acuerdo —dijo.

Los muelles estaban más llenos de Guardias Imperiales que en una parada militar, y el paso de un barco al otro se hizo fuera de puerto, pero justo cuando Ígur acababa de pisar la cubierta del nuevo transporte, apareció a toda velocidad el guardacostas. Pocas cosas podían pasar peores que ser pillado con un rebelde a bordo, así es que el Capitán optó por dar media vuelta y adentrarse mar abierto a toda máquina, acosado por el guardacostas; enseguida se vio que los perseguidores reducían terreno, y una vez ganada cierta distancia empezaron a disparar; cuando se resguardaba tras los contenedores de cubierta, Ígur se vio apuntado por un Oficial.

—Saltad por la borda ahora mismo.

—¿Qué decís? —la costa estaba ya a una distancia considerable.

—Ya me habéis oído. ¡Abajo!

Ígur no se movía, y el Oficial disparó; Ígur saltó a un lado, y antes del segundo tiro se lanzó al mar sin siquiera rozar la baranda, y una vez en el agua se sumergió tan profundamente como pudo, tan preocupado por si el guardacostas lo habría visto como por si, en cualquier caso, le iba a pasar por encima; cuando se le acabó el aire salió a la superficie en medio de la espuma de los dos barcos que se alejaban a toda velocidad; de lejos vio cómo el primero se paraba y permitía al guardacostas que lo abordase y, absurdamente, porque poco podía hacer, estuvo un rato pendiente de si uno u otro retrocedían para buscarlo. No fue así, y después de contemplar cómo ambas embarcaciones desaparecían cada una por su lado, se encontró en medio de un mar negro y encrespado y a una distancia de la costa capaz de desmoralizar a un campeón de natación de fondo. Se desprendió de todas las armas menos de la pistola láser, que podría resultarle útil si se acercaban tiburones, siempre que no fueran muchos, y se puso a nadar hacia la parte de la costa que le parecía recordar como la más deshabitada.

Hacia el mediodía, nublado y con unas olas cada vez más altas y amenazadoras, Ígur entendía a la perfección por qué a ese paraje lo llamaban el Mar de Hierro, y la

raza irreductible y recia que tales escenas habían hecho de los Jéiales, y cuando ya empezaba a desesperar de llegar a una tierra que no parecía ni un ápice más cerca que horas antes, apareció un pesquero. Ígur sabía lo difícil que es localizar una cabeza en medio del mar, incluso en el caso de una búsqueda perseverante, y gritó y gesticuló preparado para verlo pasar de largo. Pero hubo suerte, en la cubierta la tripulación en peso estaba en plena recogida de redes, y alguien lo vio y lo subieron a bordo.

Ígur temía que aquella gente se lo imaginase inmerso en una Fonotontina y lo asesinara para cobrar (en un momento dado se le ocurrió que igual lo estaba de verdad, y todas sus peripecias se explicaban a partir de la participación en una Cubierta), pero no pasó nada sospechoso. Con pocas preguntas, con un desinterés que lo tranquilizó, lo desembarcaron en la isla de Estisa, la más próxima a Rocup de las Jéiales menores; la población eran todo pescadores y alcohólicos, y parecía un rincón del mundo olvidado de las vicisitudes del Imperio. Pero la silueta lejana de Tsetofnol, perfectamente visible en el horizonte Norte, recordaba que los destacamentos de Rocup estaban demasiado cerca como para dar la fuga por terminada. Hasta llegar a la periferia del Imperio no podría empezar a estar tranquilo, y al día siguiente Ígur alquiló un pequeño velero sin tripulación y pasó a la contigua isla de Iap, y de allí a Nirca, escala especialmente delicada porque su gran bahía, con dos puertos naturales, era uno de los principales asentamientos de la Armada Imperial. Ígur buscó una playa desierta de la costa Noroeste, y allí abandonó el velero, porque las corrientes y la distancia hasta Lauriayan hacían suicida una travesía de aquella magnitud en una embarcación tan pequeña y con la poca experiencia marinera de Ígur.

Con barba incipiente y la ropa en no demasiado buenas condiciones, en Nirca Ígur se informó de las posibilidades de llegar a Lauriayan: ningún problema para ir a Sulinis o a Curión, salvo que el barco no partía hasta al cabo de cuatro días. A Ankmar, hasta una semana más tarde. Helicóptero directo a Reibes al día siguiente, pero no podía utilizar el sello para no delatarse, y necesitaba dinero en efectivo, conque decidió atracar la Delegación del Tesoro Imperial. La operación fue tan sencilla que le pareció que cualquier Caballero sin escrúpulos podía sacar tajada; llevarse por delante la media docena de Guardias fue un juego de niños, y como las cajas no se podían abrir más que con todos los sistemas de seguridad liberados, se tuvo que conformar con lo que había en los mostradores, poco menos de ocho mil créditos, más que suficientes para pagar un pasaje de helicóptero. Dedicó una parte a recomponer un aspecto presentable de su persona, y se fue a buscar el billete.

Pero ya a primera vista la situación del heliopuerto lo puso en guardia, lleno de Imperiales en pequeños pelotones con un Oficial de grado medio al frente; en la taquilla no llegó ni a pedir el billete.

—¡Es él, cogedlo!

Ígur se lanzó hacia atrás en mortal, en medio del fuego cruzado; la Guardia no

tenía escrúpulos en disparar en un lugar público, aun a riesgo de herirse entre ellos, y en medio de un estallido de gritos y desconcierto, Ígur saltó al exterior y, en transporte de la Guardia, a punta de pistola se hizo conducir al puerto; allí, como lo habían perseguido con el resto de los vehículos, tuvo que llevarse de rehén a un Oficial, y así subió al barco que se le antojó más rápido, con el Oficial encañonado, y se dirigió al Comandante.

—Salimos hacia Lauriayan ahora mismo —dijo sin contemplaciones.

—Imposible, Caballero —dijo el Comandante—, no tenemos bastante combustible.

Ígur echó una ojeada al muelle, donde se congregaban rápidamente grandes contingentes, a cuyo frente unos cuantos Oficiales tomaban medidas para el asalto del barco.

—¡Levad amarras! —ordenó Ígur, apuntando al Guardia en primer término.

Así se hizo, y el barco se dirigió hacia la boca del puerto.

—Caballero —dijo el Comandante—, no tenéis ninguna posibilidad; vayamos a donde vayamos, nos perseguirán con helicópteros o con lanchas rápidas y, si tanto interés tienen por vos, serán capaces de hacer explotar el barco entero.

Ígur miró las insignias de Comandante de la Armada Jéial.

—¿Qué os parece si lo probamos? —dijo—. Quizá les intereséis más vos que yo —y le apuntó después de empujar al Oficial de la Guardia—. ¡A la radio! —Y ya de camino—: ¿Hasta dónde os alcanza el combustible?

—Hasta Guguirá, que es lo más cercano —dijo el Comandante—, y muy justo.

—Muy bien —dijo Ígur—, vamos a repostar.

—Imposible, Caballero. El combustible lo controla la Hegemonía, y en el puerto nos recibirán a cañonazos.

—De acuerdo, lo intentaremos.

Se dirigieron hacia allá y, efectivamente, la profusión de fuerzas que se movían en el puerto hizo a Ígur obligar al Comandante a dar media vuelta y, tal y como había sido su primera intención, hacer saber por radio que cualquier aproximación al barco sería inmediatamente respondida con la ejecución de un Oficial; a continuación, Ígur ordenó dirigir la proa hacia Guguirá.

—Y una vez allí, ¿qué pensáis hacer? —le preguntó el Comandante, ya en mar abierto. A nadie se le escapaba que la situación en el puerto de Guguirá dejaría corta la abundancia militar del de Nirca.

—Ya pensaré algo.

Las ideas cayeron de una en una hasta la llegada en plena noche, y con los muelles sometidos a un círculo férreo; finalmente, Ígur decidió echarse al agua antes de entrar en las aguas cercadas y luminosas.

—Diremos que os habéis lanzado a alta mar con un bote salvavidas —dijo el

Comandante con ironía.

De inmersión en inmersión, Ígur ganó un yate atracado en un embarcadero separado; desde la cubierta espió el interior, donde tres hombres y una mujer recogían los restos de una cena. Ígur empuñó la pistola láser pero con la mano oculta, y entró; los hombres quedaron inmóviles, y la mujer se le encaró con una sorpresa nada asustada.

—¡Nunca lo hubiera dicho! ¡Si es el Caballero Neblí en persona! —Ígur se quedó tan desconcertado que ella se echó a reír—. No os preocupéis, os habéis hecho más famoso con vuestra fuga que con la Entrada al Laberinto, pero podéis guardar el arma, porque habéis ido a parar a uno de los pocos lugares donde no os delatarán.

—¿Ah no? ¿Por qué? —preguntó Ígur; uno de los hombres hizo un gesto, pero la mujer lo detuvo.

—Lo mismo da —dijo—, no representa peligro —se dirigió a Ígur—: Estáis en el único barco del puerto que no registrarán, porque —dudó un instante— el Comandante Mayor participa en nuestro negocio.

Ígur cayó en la cuenta.

—Traficantes de Demeterinas —dijo, en parte más tranquilo—. ¿Puedo saber quiénes sois y de qué me conocéis?

La mujer sonrió. Llevaba el pelo rapado, y sus manos delataban vida al aire libre y trabajo duro, para lo cual su complexión, larga y ancha, parecía hacerla propicia; pero sus labios eran delicados y sensuales.

—Me llamo Paua Darimi, y en Ankmar tuvisteis contacto con mi hermana —Ígur lo evocó fugazmente—, pero no es preciso conoceros directamente para identificaros, porque vuestra cara y vuestros códigos salen cada media hora en los informativos del Cuantificador.

Ígur desconfiaba.

—Debo salir hacia Lauriayan ahora mismo —dijo, pensando si las hermanas se parecían.

Paúa le ofreció comida, pero él prefirió una copa, y se sentaron en el banco central.

—Lauriayan no es una ruta segura —hizo un gesto—, ya me entendéis, el camino que dominamos no es éste. Podemos llevaros a Airobani.

—Ígur insinuó una negativa rotunda, y ella lo detuvo. —Aquí es imposible desembarcar, os esperan. En Airobani podemos ofreceros un helicóptero privado directo a Lauriayan.

—Creía que vuestra hermana trabajaba para...

Ella lo interrumpió.

—Los caminos para llegar al patrón son insondables —dijo—. ¿Entonces, aceptáis?

Ígur aceptó, y el individuo que parecía llevar la responsabilidad técnica (ya que, en términos generales, quien mandaba era la mujer) decidió hacerse a la mar de inmediato, porque, dijo, en el momento en que la Guardia no encontrase a Ígur en el barco procedente de Nirca, un registro los llevaría hasta allí.

Le dieron a Ígur un pequeño camarote, y el Caballero se abandonó de lleno a las sospechas. De repente le pareció que todo estaba preparado para desviarlo de Lauriayan, más tarde pensaba que todo estaba preparado para no detenerlo, después que la fuga le estaba resultando sospechosamente fácil, como le había resultado el camino hasta el Laberinto; en Nirca podían haber dedicado más contingente a perseguirlo, incluso podían haber destruido el barco; pero el baño ante las costas de Rocup, o la escena en el heliopuerto se le antojaban situaciones demasiado aleatorias como para estar programadas. El veneno irracional de la sospecha, el desarmamiento que en cada reflexión destila, no lo dejaba dormir, y se levantó; saludó al tripulante de guardia y, localizados por las mirillas de los camarotes los dos que dormían, llamó a la puerta del otro.

—Con tu permiso —dijo.

—Adelante, te esperaba —dijo la mujer, y dejó lo que estaba haciendo.

No llevaba más que una camiseta de tirantes y las bragas, y dominaba un olor salobre y a cerrado.

—Tú no eres hermana de la mujer de Ankmar.

Ella no se dejó intimidar.

—Tanto da; pero te puedo contar la escena, si quieres. ¿No? Ya supongo que no hace falta. —Las Demeterinas estaban a la vista encima de la mesilla, y las miradas se pasearon por ellas con alada dejadez—. ¿Qué quieres?

—Creo que sabes más cosas de mí de lo que has dicho.

—Seguramente. ¿Qué quieres saber?

—Pon en marcha el Cuantificador. Quiero ver adonde debe dirigirse quien me quiera denunciar.

—Ya lo busqué yo —dijo ella riéndose—. Ten —le dio un papel—, ésta es la respuesta.

Ígur leyó el encabezamiento para asegurarse de que no le engañaba.

—Vamos al Cuantificador —dijo—. Quiero saber quién es.

—¿No lo sabes? —dijo ella con ironía—. No es necesario que vayamos a ningún sitio, aquí tenemos una terminal —abrió un cajón—; supongo que no querrás meter tu sello —se miraron con diferentes intensidades—; lo haremos con mi tésera.

La minúscula pantalla de la terminal emitió la respuesta:

'Nombre vedado a ojos no cualificados. Dirigirse al Código Número 3.'

—No puede ser —dijo Ígur—. ¡Es el de la Capilla del Emperador! —se detuvo—; eso significa que el encargado de perseguirme es un Fidai —miró a la mujer, que

no le quitaba ojo de encima—. ¡No puede ser! ¡Sólo puede ser Milana!

—Pues claro que es Milana —dijo ella, riendo—; ha pasado por Nirca y ahora debe estar poniendo Guguiras patas arriba; cuando vea que no estás, volverá a las Islas, o bien irá a Airobani.

Ígur tuvo un momento de debilidad emocional.

—No entiendo cómo un Fidai puede caer tan bajo...

La mujer se le aproximó; tenía unos treinta años y a Ígur le inspiraba el rechazo de la desconfianza a la vez que una creciente atracción física que él se esforzaba en no dejar de ver como una interferencia molesta.

—Pobre Caballero, eres tan vanidoso que con tal de no sufrir una decepción eres capaz de ir contra ti mismo. ¿Por qué crees que Milana está tan obsesionado en perseguirte? ¿Por qué crees que ha hecho correr la voz de que te dejó ganar en el Combate de Cruiaña de tal forma que lo saben hasta las ratas?

—No lo sé —murmuró Ígur, cada vez más inquieto por todo lo que sabía aquella mujer.

—El Combate de Cruiaña —dijo ella inclinada hacia adelante, mostrando los pechos a Ígur por el borde de la camiseta— era para dilucidar el Entrador al Laberinto, y Milana no te perdona que el vencedor fueras tú.

Ígur se echó hacia atrás. ¡Cuántas veces lo había pensado, cuántas veces había pensado que oírsele decir a cualquier otro lo liberaría para siempre, y en ese momento la duda era más tensa que nunca! De un solo movimiento asió a la mujer por los hombros, y la apretó con fuerza.

—Ahora me dirás quién eres, y dónde te ha ordenado Milana que me lleves, o te juro en nombre del Emperador que estarás muerta antes de que te lo puedas imaginar.

Ella no se inquietó; sus ojos eran provocación indiferente y desprecio apasionado, sabían que Ígur cedería antes a otros impulsos que al del asesinato, y él lo supo también enseguida, y lo descorazonó el notar que ella lo sabía.

—No sabes qué creer, pobre Caballero, tú eres tan perseguidor de Milana como él de ti —sonrió; Ígur la encontraba insoportablemente vulgar y atractiva—; ¿sabes que hay algo de enamoramiento en vuestra relación? Pero él tiene una ventaja sobre ti: sabe la verdad —Ígur la soltó lentamente—, y créeme, la verdad es lo que te he dicho —suavizó la expresión—; pobre Sari, para dignificarse necesita que os matéis.

—¿Pobre Sari? —rugió Ígur sanguinariamente; la mujer rió, y él la encontraba cada vez más sucia y fuerte, como un animal asilvestrado.

—No grites tanto, o vendrán los demás. —Se tumbó de medio lado en la cama, y la posición le acentuaba las formas, los dedos de los pies jugando con el borde del camastro—. Si quieres salir de dudas, puedes quedarte en Airobani, tarde o temprano Sari irá a buscarte.

Ígur se sintió traicionado por todos los frentes, y ninguna posibilidad le parecía

incompatible con la de estar inmerso en una Fonotontina Cubierta. Seguramente aquella mujer, con una embarcación que tan fácilmente había burlado a media Armada Imperial, lo llevaba directamente a la boca del lobo, y bien, era hora de pensar, ¿por qué huía? ¿De qué huía? ¿Adonde podía ir, y hasta cuándo? En Airobani podía esperarlo un pelotón de ejecución, le daba igual.

—Tu camarote me gusta más que el mío —dijo, quitándose un zapato con la punta del otro; ella tuvo un gesto de aceptación apática que Ígur encontró encarnizada con la sensualidad de todas las bajezas, y, sintiéndose vacío hasta al extremo, la abrazó furiosamente.

Ella no estuvo ausente en el banquete de los animales, y era bien entrado el día cuando llegaron a puerto.

Airobani era un llano desértico con un palmeral central donde se compactaba la pequeña población de casas bajas. La playa era inmensa, y dos escolleras delimitaban un puertecillo de dimensiones familiares. Ígur salió a cubierta, y lo primero que vio fue un exiguo destacamento militar. Buscó la pistola, pero no la llevaba, y se volvió hacia la mujer; ella le apuntaba. Ígur se echó a reír, tan tranquilo que se sorprendió a sí mismo.

—Conque al final era cierto, tú eres la mejor manera que han encontrado para cogerme. ¿Cómo te llamas?

—Albaria Darimi.

Ígur miró a lo lejos. Todo le daba igual, no quería huir más, se sentía liberado. No había ni una nube, y caía un sol calcinante.

—Una última pregunta: ¿Qué hay de cierto en todo lo que me has contado de Milana?

Ella se rió, y señaló a los hombres que les esperaban en la escollera.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

Un vértigo comprometedor asaltó a Ígur con más fuerza que nunca. Milana mandaba el destacamento, su figura destacaba al fondo del grupo. El barco se acercó lentamente, y atracaron. Hicieron bajar a Ígur apuntado por la mujer y por media docena de Guardias. Desarmado, lo llevaron ante Milana. El aire tenía una transparencia dolorosa para la vista, y el calor era tan fuerte que estar bajo el sol exigía un esfuerzo.

—Se ha acabado el Juego, Ígur. Te has dejado vencer por una mujer.

—No todo es un Juego. Me he dejado ganar por mí mismo.

—Siempre has sido un mentiroso y un payaso —dijo Milana—. Pero ahora no tienes excusa; por una mujer o por ti mismo, tanto da, estás aquí por tu debilidad y tu desidia.

—Tú, en cambio, lo estás gracias a que te rodea una corte de hombres armados.

—¿Crees que cambiaría algo, si no? —Milana estaba más indignado que Ígur, que

de repente lo vio todo claro y sonrió con crueldad.

—¿Te resulta fácil ir por todo el Imperio diciendo que en Cruiaña te dejaste ganar, verdad?

—Vamos —dijo Milana, crispado, y salieron del puerto a pie hacia una explanada entre muros donde los esperaban dos transportes.

—Había llegado a dudar, pero ahora lo sé —dijo Ígur con una apariencia completamente tranquila; de repente se le ocurrió cómo plantearían la situación los de la Apotropía de Juegos, y enseguida pensó qué solución tendría si fueran los de la Apotropía quienes la hubiesen planteado—. Eres la vergüenza de la Capilla, Sari.

Milana estalló.

—¡Se acabó! —sacó la espada, le pidió otra al primer Oficial de la Guardia y se la ofreció a Ígur—. Ahora te lo demostraré. ¡En guardia!

—¿Por qué? ¿Qué gano yo? —dijo Ígur, inmóvil.

—¡Bestia mezquina! —dijo Milana, y se dirigió al primer Oficial—: Teniente, dadme vuestra palabra de que si el resultado del Combate me es desfavorable, le concederéis al Caballero Neblí media hora para que se aleje libremente. —Ígur espía cualquier señal de inteligencia entre ambos, pero no pudo distinguir ninguna.

—A vuestras órdenes —dijo el Teniente.

—¡En guardia! —repitió Milana.

Hicieron los saludos de ritual. El viento agitaba cabellos y vestimentas. El sol estaba en el cenit, nadie sufría contraluz. Había llegado la hora tan deseada, nunca los conocimientos de Ígur y su destreza habían encontrado una confluencia tan fuerte, tan veloz y precisa, tan bien acabada; Omolpus, Lamborga y Fei desaparecieron de su pensamiento tan nítidamente como en él hasta entonces habían señoreado, y en dos minutos, Milana yacía desarmado contra un talud con la espada de su adversario contra el cuello.

—Muy bien —dijo Ígur, momentáneamente debilitado por una posibilidad—. El compromiso es el compromiso, pero no me fío. Que se retiren, o eres hombre muerto.

—Haced lo que dice, Teniente —dijo Milana, pero el Oficial hizo una señal y cuatro Guardias apuntaron a Ígur.

—Lo siento, Caballero, vuestras responsabilidades privadas no son asunto mío, yo tengo otras órdenes —dijo el Teniente—. Tirad el arma, Neblí.

Ígur y Milana se miraron con una extraña complicidad final: los dos habían perdido, los dos lo sabían todo. Milana palideció, Ígur sonrió.

—Disparad, rápido —urgió el vencido, con un hilo de voz.

—Claro que lo harán, pero tú sabes lo que es la respiración del Fidai. ¿Verdad que lo sabes? —se complació Ígur.

Sabía que los fusiles láser lo abatirían sin dejarle ni un respiro, y lo gastó todo, toda la energía de su vida, toda la furia de aquel sol vertical, todos los odios y amores

atesorados, en una inmensa carcajada, en un formidable tajo que hizo volar la cabeza de Milana por los aires, por el azul del cielo.

XVIII

QUIEN MANTIENE LA IRA, MANTIENE LA ESPERANZA

Tal era la inscripción que presidía la puerta principal de la Prisión Mayor del Imperio, frente a la cual, tal y como corresponde a las instituciones mayores, figuraba un Agon autónomo, y que tan sólo los autores de delitos de prestigio, con un valor social de cambio reconocido, o bien los que por su rango disfrutaban de ciertos honores protocolarios, tienen el privilegio de cruzar por su propio pie; así Ígur Neblí, enturbiado aún por los paralizantes y sedativos administrados primero con los fusiles de la Guardia en Airobani, que piadosamente había querido cargados de munición ordinaria de combate y, al despertarse, se había hundido en el desconsuelo y la rabia del suicida frustrado, después en el helicóptero que, broma suprema del destino, lo había conducido hasta Gorhgró esposado a pocos metros del féretro de su peor enemigo que, muerto a sus manos, podía ahora rememorar en el espléndido compañero de juegos adolescentes, como el estímulo de sus inicios como Acólitos, después como Aspirantes y finalmente como Crisálidas, hasta que aquel Combate sin fortuna los había separado para siempre, cada cual contra sus ambiciones y sus iras, resentimiento de uno, recelo en el otro, que ahora, cruzada la puerta con la inscripción, enfrentaban a Ígur a una resolución que, por autodefensa (su interior luchaba por creer que no era por miedo), se resistía a creer definitiva.

—Caballero Neblí —dijo el Canónico Mayor de la Prisión—, Su Excelencia el Agon me encarga que os dé la más benévola bienvenida a esta estancia que libremente habéis escogido —Ígur rió con desgana—, con el deseo de que os sea leve, y que vuestra colaboración permita hacerla fácil y corta.

Vigilado, no protegido, por más Guardias armados que si fuera el Emperador en persona, Ígur cumplió con las formalidades de identificación por las huellas digitales, por el fondo de ojo y por la voz y, obligado a depositar el sello de Caballero, tuvo que asistir al proceso de recodificación.

—Cámara de descompresión previa —indicó el técnico, Ígur pasó por las ecografías y los tacs—. Todo en orden, señor.

—Muy bien —dijo el Canónico—. Ahora, Caballero, si tenéis la bondad de venir conmigo, os enseñaré las dependencias de la casa. —Y como Ígur mostrara en su cara extrañeza, se rió—. Es privilegio de los que han pasado por la Puerta Grande... además, vos sois experto en cruzar puertas, quién sabe, quizá ésta no sea la última... ya lo sabéis, no se teme más que lo que se desconoce, por tanto si sabéis qué os espera, siempre podréis sopesar pros y contras y posibilidades con más armas morales. —Entraron por un pasillo, uno junto al otro, y detrás, armados como para una misión de guerra, un par de Guardias de compleción gigantesca—. Aquí tenemos, en primer lugar —pasaron a una sala con biblioteca ocupada por lo que

parecían sillas de barbería o de dentista, con diversos aparatos de sujeción y demás usos más o menos fáciles de identificar—, la sala de los recursos clásicos; hace años que están en desuso, en realidad se conservan por pura curiosidad cultural. No tiene, en realidad, valor ni tan siquiera persuasivo, porque las técnicas de resistencia a la presión convencional han evolucionado hasta extremos que, en fin —se detuvo ante Ígur—, veamos, Caballero, ¿qué pensáis de la máxima pena, exceptuando la muerte, que no es en realidad la máxima pena como ya tendréis ocasión de comprobar, que se puede aplicar al máximo delito? ¿Os parece que es física, o moral?

—Tal y como lo decís, supongo que tengo que responder moral —dijo Ígur sin demasiado interés—; pero eso lleva a imaginar que también el máximo delito ha de ser moral y no de hecho.

—Muy bien, Caballero —dijo el Canónico—, en realidad, aplicando los conceptos con rigor, no tendría por qué ser así, pero vuestra observación demuestra una gran perspicacia. Y puesto que estáis dentro, ¿por qué no intentáis imaginar cuál puede ser? —rió—, como si se tratara de un Juego, claro.

—Vamos a ver —dijo Ígur—: ¡Me cago en el Emperador! —El Canónico arrugó la nariz riendo—. No, claro, eso es infantil... Volvamos a probar: ¡el Emperador no existe!

—¡Ah, mejor! Pero eso es contingente —dijo el Canónico con gesto de animarlo a continuar.

—¡Da lo mismo que la población sospeche que el Emperador no existe!

—¡Otra vez! —dijo el Canónico.

—Da igual que el Emperador exista o no exista —se hizo un silencio, Ígur prosiguió—: Da lo mismo que la mayoría de la población se dé cuenta de que da igual que el Emperador exista o que no exista.

El Canónico retomó el camino, mirando al suelo con una sonrisa sibilina.

—En estas salas —dijo con aire doctoral— se documenta la evolución del Arte Inquisitorial, dentro del cual la Ejemplificología y la Interrogatística son las facetas más conocidas. Como ya sabéis, el Arte Inquisitorial evoluciona a partir del Renacimiento Tecnológico en dos ramas importantes: la primera, ligada a la Apotropía General de Juegos, es el aspecto público, digamos catártico, de la administración y propaganda de la justicia, y la otra, menos prestigiosa tanto desde el punto de vista público como interno, ha acabado reducida a un puro método informativo...

—Que me imagino que es de lo que en realidad no queréis perder el control —dijo Ígur.

El Canónico se detuvo a mirarlo.

—¿Por qué no os conformabais, Caballero? —le puso la mano en el hombro con un gesto de reprimenda afable, como a un hijo querido—, ¿por qué quisisteis más?

Ahora no estaríais entre nosotros si no lo hubierais querido todo, ¿cómo diría yo?, de la forma en que lo habéis querido —Ígur se encogió de hombros—, sí, ya sé lo que es la Primavera, Caballero, no soy tan viejo como creéis... —prosiguieron hacia otra sala—. Aquí es donde se documenta la evolución de cada paciente, y se traza la línea de tratamiento adecuada: bio-psicología, aislamiento dirigido, escenificación, terapia de grupo, terapia discursiva, reflejos condicionados —mostraba con fruición oscilante los diversos departamentos—, quimiopresión, radiotensión, gimnotracción, centrifugado intestinal. Esta sala —entraron en un quirófano aséptico, con una extensa colección de jeringas conectadas a consolas con controles y pantallas— es la de sintetización de ilusiones sensitivas, como veréis, la última palabra en depuración de la persuasión —se dirigió a uno de los Guardias—, creo que una demostración práctica sería lo más adecuado. —El Guardia se metió por una puerta, y entre dos enfermeros hicieron entrar a un individuo con una camisa de fuerza, lo sentaron en una silla ortopédica y, atado, le colocaron unos pequeños auriculares.

—Yo, que llevo todavía aún en la sangre la ira de los tifones de Júpiter... —cantó el condenado.

—¡Silencio! —dijo uno de los enfermeros.

Pusieron en marcha los registros, y diversos esquemas con números aparecieron en las pantallas; el Canónico se dirigió a Ígur.

—Aquí es posible recorrer y tocar todos los lugares del cuerpo que pueden doler, y llegar más lejos: inventar un cuerpo perceptual mucho más extenso que el verdadero, ¡imaginad el dolor no de veinte uñas arrancadas, sino de cien uñas arrancadas, de mil uñas! ¡No de un esfínter empalado, sino de doscientos esfínteres empalados! Descubrir las regiones del hasta ahora malversado cerebro que pueden ser inauguralmente estimuladas, exhumar las más recónditas respuestas, explorar todas las terminales nerviosas y, por combinación, inventar otras nuevas —el condenado se estremeció con toda la furia que las ataduras le permitían—, hasta el último rincón, hasta la gloria de reencuentro más hiriente. —Ígur consideraba que tenía que afectarse, pero ¿qué era todo eso en comparación con lo que había pasado? Entre tanto, el condenado temblaba como una hoja—. Porque no tan sólo podemos multiplicar elementos ya existentes, uñas, esfínteres y otras variedades, sino extender el espectro perceptual a cualquier objeto. Imaginad un condenado que no tan sólo sienta dolor en su cuerpo, imaginad que pueda empezar a dolerle todo: ¡la ropa, los zapatos, la silla donde se sienta, las paredes de la habitación, todo el edificio! Toda la ciudad de Gorhgró le duele, le duele de forma insoportable todo el planeta y el sistema solar, todo eso hasta que distingue dentro del descontrol de su desesperación, como una joya en el ojo del tifón, que el tiempo tiene direcciones y volúmenes igual que el espacio y, como el espacio, tiene una alteridad y un absurdo que la especulación podrá manipular sobre el papel, pero que el cuerpo nunca podrá habitar;

¿o quizá sí? —El Canónico sorprendió una ligera sonrisa en los labios de Ígur, y se detuvo—. Debéis pensar que en el momento en que el condenado soporta el sufrimiento de todo el universo, si fuera posible ir tan lejos, que hay quien dice que sí es posible, la calidad de la sensación no importa, y lo que cuenta es haber llegado a la fusión con el todo, sea por la vía de la piedad o por la del horror —rió—. A lo mejor aún me diréis que os gustaría probarlo.

—Muchas gracias —dijo Ígur.

—Naturalmente, el trastorno nervioso que genera el proceso está controlado, porque al principio del método la mayor parte morían fulminados en el primer minuto.

—Entonces —dijo Ígur, sintiéndose obligado por la amabilidad del anfitrión—, se trata de un invento relativamente reciente.

—En cierta manera —dijo el Canónico con aire doctoral—. Siempre se ha trabajado en la aparición de nuevas sensaciones, y no tan sólo con finalidades inquisitoriales, sino, sobre todo, para obtener nuevos placeres —sonrió—; de hecho, todo esto también sirve para obtener las delicias más inimaginables. —Ígur miró de nuevo los sobrecogimientos sordos del preso—. Igual que en la vida, los mecanismos son los mismos; pero, volviendo a la historia, hay documentaciones antiquísimas acerca de la producción de nuevas sustancias, de nuevas mixturas y superposiciones de sensaciones ya existentes, a partir de la necesidad de un nuevo orden social. Pensad que ése y ninguno más ha sido el objetivo de centenares de castas. Pues bien, aquí hemos refinado definitivamente la pureza de la sensación por una parte, y por otra la suma de la variedad, pero, por desgracia, lo utilizamos al servicio de la coacción y del castigo —hizo un gesto a los enfermeros—, no os preocupéis por él, es un paciente sin valor social. —Un enfermero manipuló los controles, y el condenado modificó con violencia el ritmo y la intensidad de las convulsiones, y sangró profusamente por la nariz y los oídos—, ya lo veis: pánicos insólitos, malestares inidentificables, horrores recónditos, náuseas sorprendentes, vértigos imparables, desasosiegos sin localización, temblores indescifrables, terribles alteraciones de conceptos, espasmos insospechados, desorientaciones inacabables, inexplicables oscilaciones de carácter, súbitos desconocimientos de todo y de uno mismo, y al final, todo a la vez, ya lo veis.

El condenado se retorció como un gusano, y después de una convulsión terrible, se quedó rígido, reventadas la camisa de fuerza y las cadenas; un humo exiguo le salía de la nariz. Se lo llevaron en parihuelas.

—Impresionante, de verdad —dijo Ígur.

—Era un caso terminal —dijo el Canónico—, las opciones disuasivas o persuasivas permiten más juego —continuaron el recorrido hacia otras salas—. Aquí —mostró una serie de condenados atados a sillas, con auriculares y electrodos—

podemos reproducir cualquier sensación, por ejemplo, picor en una mano —señaló a un hombre que furiosamente luchaba por soltarse—; para este paciente hay dos posibilidades, depende de la evolución que presente: o mantenerlo atado, o permitirle que se rasque. En el primer caso el sistema nervioso se degrada al cabo de unas horas, y en cuestión de días, depende del caso, afecta a los sistemas digestivo y circulatorio, y en poco más de una semana el paciente entra en alguna forma irreversible de patología nerviosa; si la finalidad del tratamiento es disuasiva, se aplican diversas modalidades: interrupciones cíclicas, interrupciones aleatorias imprevisibles con variación de intensidad, etcétera. —Ígur no sabía evitar la contemplación de aquellas miradas producto de bárbaras excitaciones de asimetrías faciales hasta las más formidables coagulaciones expresivas—. La modalidad se escoge de acuerdo con el carácter del paciente y con el tipo y duración de la perturbación que convenga generar. Si se opta por permitirle que se rasque, al no obtener satisfacción, el paciente aumentará la intensidad de la rascada hasta hacerse sangre y, en cuestión de horas, hasta llegar al hueso. Se han dado casos de presos que se han arrancado un miembro a zarpazos. ¿Queréis ver las filmaciones?

—No es necesario, gracias.

Pasaron a un pequeño teatro con el escenario lleno de aparatos diversos, la mayor parte colgados del techo, y en el centro, al fondo, una consola de mando a distancia.

—Aquí —dijo el Canónico con orgullo— es donde ensayamos las posibilidades escénicas de las causas públicas, ocasionalmente en colaboración con la Apotropía de Juegos; incluso, cuando en algún caso extremo no conviene actuar en Palacios de Expansión, hemos acogido la función aquí mismo. Por ejemplo —señaló unas correas colgantes con una serie de anzuelos minúsculos en el extremo—, aquí tenemos un Juego que se llama las Pestañas Metálicas. Se atan las manos del reo y se le atraviesan los cuatro párpados, dos superiores y dos inferiores, con los cuatro brazos de anzuelos, que contienen seis terminaciones cada brazo, de tal forma que con delicadeza y sin tirones bruscos se suspende al reo, aproximadamente con los pies a metro y medio del suelo, sin que la piel ni la mucosa se desgarran, con la inclinación precisa del brazo, regulada por el Cuantificador parcial, para que no haya diferencias de tensión entre unos anzuelos y otros, que ocasione que un mal reparto del peso provoque una ruptura, y lo mismo por lo que respecta a los hilos del nylon que sustentan cada uno de los brazos; una vez suspendido el reo, un actor, generalmente una niña caracterizada de amorcito, desde la viga de sujeción tira arena o sal y exprime limones sobre los ojos indefensos, y acaba por orinar en ellos —observó la cara de Ígur—. ¿Captáis la intención simbólica?

—No estoy seguro.

El Canónico rió como si hubiera dicho algo muy gracioso, y prosiguió.

—Al final se cortan de golpe dos de los cuatro hilos, y los otros dos desgarran los

párpados y el paciente se desploma. En casos excepcionales, los párpados resisten, y entonces la niña se lanza sobre él para hacerlo caer.

—¿Y después?

—¡Muy bien. Caballero, veo que habéis entendido a la perfección el sentido lúdico de la Prisión! Después hay otras cosas, pero por hoy ya habéis tenido suficiente; otro día os enseñaremos las salas que faltan: reflexocondicionamiento, inoculaciones, doble tratamiento, presión por bondad, etcétera. —Lo llevaron a una habitación que de no ser por la falta de ventilación directa habría podido ser la de un hotel de medio lujo, y allí el anfitrión se detuvo—: ¿Necesitáis algo? —Ígur negó—. Pues que paséis una buena noche.

La puerta se cerró tras de sí. Ígur se sentía capaz de enfrentarse a lo que fuera; el cansancio y el desprecio le resultaban sentimientos tan ofensivos que, por una extraña compensación de los sentimientos, no le temía a nada, y se durmió nada más apagar la luz.

Al día siguiente al alba, la Guardia armada, al frente el Primer Subcanónico médico, un hombre de unos treinta años. Nada de explicaciones, empujón y fuera. Paso rápido, ahora va en serio, pensó Ígur. Directo a una cámara de preparación. Sin preguntas. Encerrado hermético completamente solo. Desnudarse, destrucción de la ropa. Ducha desinfectante a alta presión. Paso por una cinta transportadora, segunda ducha a presión, esta vez de agua helada. Cinta transportadora hasta un quirófano. Empleados con monos integrales de protección hermética lo atan a la cama bajo focos de luz azulada. Le afeitan la cabeza. El pelo de todo el cuerpo afeitado. Muestras de piel y mucosas. Prueba de alergias. Exploración integral. Recorrido de ombligo, con inversión, higiene y vaciado. Recolección de humores. Sonda uretral. Sonda anal. Obtención de semen por descarga eléctrica. Sonda estomacal. Sonda pulmonar. Escáner, test de respuestas nerviosas, electroencefalograma, electrocardiograma. Sonda óptica. Fondo de ojo. Inversión de párpados. Análisis de sangre. Punción lumbar. Extracción de dos dientes y dos muelas. Exploración y raspado de paladar y fosas nasales. Lavado de estómago. Introducción del cordón de nudos en los intestinos, y vaciado higienizante posterior. Biopsia de hígado, de páncreas, de pulmones, de riñón. Sellado cauterizante de uñas. Cinta transportadora, amarrado a la litera, hasta una sala donde el Subcanónico médico se le dirige con los datos en la mano. A su lado, dos Asistentes, uno sostiene planos y gráficos, el otro está al control electroencefalográfico del paciente.

—Paciente Quinientos quince barra Once...

—Soy el Caballero Neblí —dijo él, procurando no flaquear.

—¡Silencio! —le cortó el Subcanónico sin contemplaciones—. Habla sólo cuando se te pregunte, y si pretendes tener algún momento para comer o para dormir, vale más que aprendas que eres el paciente Quinientos quince barra Once.

—Notaciones en posición —anunció el Asistente al control.

—Muy bien —dijo el Subcanónico—, abandonemos el círculo circadiano: ciclo de 29 horas.

—Ahora sabremos qué pasó en el Laberinto —dijo el Asistente, con un tono más de afirmación que de pregunta.

—Pero no se me acusa de... —dijo Ígur.

—¡Silencio!

—Atención —dijo el Subcanónico—, esto es muy interesante. Supongamos la histéresis: ¡mariposa!

—No, cola de milano —dijo el Asistente—. Actividad beta, treinta y siete Hercios, predominancia Apolo.

—Perfecto, nos acercamos a un máximo de orden dos. ¿Parámetro?

—Decir la verdad —dijo el Asistente.

Por primera vez, el Subcanónico se dirigió directamente a Ígur.

—Paciente Quinientos quince barra Once, tu parámetro es en este instante decir la verdad, y te acercas a un máximo. Pero la inhibición de la actividad beta indica ingestión de depresivos de manifestaciones corticales. No hay duda, existe el propósito de disminuir el umbral de excitación neuronal y reforzar las defensas con el objeto de ocultar, y eso, en tu situación, indica sin el menor equívoco conducta criminal.

—Parámetros vecinos —anunció el Asistente—: por defecto despertarse, por exceso tomar una decisión.

—¿Debo entender que se me hace una pregunta? —preguntó Ígur. El Subcanónico apartó la vista.

—Aquí se pone en transparencia el estado del paciente, y no tan sólo el presente, sino el futuro y el pasado, es decir, las intenciones y la verdad, porque como es de lógica elemental, el presente y el futuro no tienen verdad. ¿Quieres saber cuál es el verdadero motivo por el que estás aquí? ¿Sabes cuál es, en realidad, la acusación? Es cada cual quien debe buscar su culpa, y establecer el castigo en consecuencia. ¿O quizá —sonrió entregado a una verdadera pasión intelectual— es al revés, primero encontrar el ajuste al castigo, y a partir de ahí deducir la culpa?

—Si me permitís —dijo el Asistente—, la presencia de los depresivos permite una reducción importante del espectro de acción.

—Inhibir manifestaciones corticales, aislar el éxtasis pánico, reforzar la egoación —murmuró el Subcanónico—. ¿Hay jurisprudencia?

—Incluso de etapas inquisitoriales.

—Centrémonos en vicisitudes más recientes.

—El 320, el caso Ismalónidas registra una depresión de fragilidad mnemotécnica en el orden lógico-asociacional con refuerzo de coherencia analógica, que, una vez

practicada la profilaxis con perfloraminas y Tercera Demeterina, en el terreno de las ondas theta (5 hercios), reveló por analogías espectrales el conocimiento de una extensa conjura en torno al Estado Mayor del Hegémono. El caso Pultus, el 381, registra una alteración de las funciones de los neurotransmisores de las áreas cerebrales implicadas, principalmente la parahipocámpica y los receptores medulares, con inversión de funciones emocionales cognitivas, y un bloqueo de registros muy curioso, podríamos llamarlo el oscurecimiento de toda una región de propósitos morales...

—Ya lo recuerdo —dijo el Subcanónico—. ¿Y el tratamiento?

—Aislamiento sensorial, con dosis mínimas de Demeterina B-59 para anular los beta-bloqueantes.

—Muy bien. Podría ser que, en este caso...

Los dos hombres se miraron.

—Es posible.

—¿Qué evolución prevé el Cuantificador?

—Ruptura en mariposa entre tres y cinco días con el tratamiento actual. Hasta entonces, depresión de Locus Coeruleus y del tránsito de endorfinas, con probable histéresis reactiva de orden tres. Posibilidades de ruptura: decir la verdad, traicionar; la distancia entre las dos opciones revela la ferocidad teopática del paciente.

—Interesante.

El Asistente miró las datos con fruición.

—¡Reprogramar a un Fidai! Es todo un desafío, luchar contra la célebre respiración.

El otro le impuso silencio, pero Ígur ya se había dado cuenta de sus posibilidades.

—Paciente Quinientos quince barra Once —dijo el Subcanónico con indolencia—, no hagas caso del lema que leíste a la entrada. Aquí sólo tienes dos opciones: morir o traicionar. Si pretendes ir más allá de esa disyuntiva, el tiempo jugará en contra de tu identidad personal, y tu principal problema, aparte de la supervivencia física, será conservarla o, por lo menos, no perderla del todo.

Dieron la sesión por acabada, y lo encerraron en una celda, cuatro paredes sin un solo mueble, atado desnudo a una cama quirúrgica, con las sondas y los electrodos conectados.

Nueve días después, deshuesada el alma por la purificación diaria del vómito, el laxante y el cordón rectal, diluido el sentido del tiempo, perdido el aliento por las sondas arteriales, desengañado de la propia inteligencia y de la cohesión del espíritu, Ígur colgaba boca abajo atado de pies y piernas y con camisa de fuerza en una cámara cuadrada de techo altísimo, la cabeza a dos metros del suelo y un sistema de vientos que conferían al cuerpo una ligera curva a favor de la concavidad de la espalda y, apartando la cabeza de la pura plomada, le permitían una visión del sol

aproximadamente vertical. Allí, los aparatos cuantificadores de las constantes y, después de unas horas de la más absoluta soledad, el Subcanónico y los dos Asistentes.

—Paciente Quinientos quince barra Once —anunció el Asistente de control—, una semana de tratamiento. Dioniso en apogeo. Expediente central, teopatía en primer grado.

—Paciente Quinientos quince barra Once —dijo el Subcanónico levantando la mirada hacia Ígur—, te debes estar preguntando qué sentido tiene la crueldad, y te debe rondar la memoria la transposición de esencias que hace que el torturador se torture a sí mismo; efectivamente, nadie que no sea un bárbaro o un egotístico terminal sabe que todos los cuerpos son de hecho el mismo, y no tiene ningún sentido que una mano se entretenga en hacer sufrir a un pie. Te debes preguntar, entonces, ¿por qué a mí, y de esta forma? ¡Si hay tantos más comprometidos y mucho más peligrosos! ¡Si yo no he llegado a odiar verdaderamente a nadie! ¡Y, sin embargo, qué diferente se ve todo desde donde ahora estás tú! ¿Verdad que ahora no da igual una cosa que otra? ¿Verdad que ahora ves que hay horrores peores que la conciencia de la nada que se desprende de la estadística? Ahora no crees que haya delirio intelectual que se te pueda proponer que te haga añorar un sufrimiento que te recuerde tu existencia como individuo. —Hizo una pausa y se rió—. Teópata de mierda, ahora verás. —Se dirigió a los Asistentes—: Vamos a buscar la cola de milano.

—Treinta y nueve hercios —dijo el Asistente de control.

Ígur no podía hablar, los temblores y una obnubilación tenebrosa lo ahogaban.

—Tal vez la incisión occipital fuera más rápida —dijo el otro Asistente.

—De ninguna manera —decretó el Subcanónico—, la liberación cenital de la bóveda le relanzaría la respiración ipsomórfica, perderíamos horas de trabajo.

Los dos Asistentes se entregaron a un análisis conceptual sobre el desollamiento del cráneo y la apertura cenital en media luna o en triángulo descendente, en el isomorfismo de la risa occipital que se dirige al cielo como una luna menguante al alba, y sobre las aspiraciones cerebrales (sorbencias, las llamó el Subcanónico, y los otros dos rieron con cortesía) si se trataba de un noble, o reducciones con ácido o con esencias hirviendo si el paciente era de la plebe, y la posible aplicación al caso presente.

—Cuarenta y un hercios —dijo el Subcanónico—, atención. Intenta traicionarse a sí mismo, pero no sabe cómo.

Los ojos de Ígur eran sangre pura.

—Imágenes en pantalla —anunció el Asistente de control—, cuarenta y dos hercios, hemisferio derecho en reacción.

—Dioniso se rebela —dijo riendo el Subcanónico.

Con los ojos en blanco, Ígur se encontró de repente con el Augusto del portal de

su residencia de Gorhgró delante.

—Tardas más de lo que me imaginaba, Fidai —dijo.

Ahora todo está claro. Ígur es el penúltimo participante de una Fonotontina Cubierta, la inscripción fue el ingreso en la Capilla, y la resolución es la Prisión.

—Mutación —dijo el Asistente—, cuarenta y tres hercios. El condenado localiza la culpa deducida de lo que no tiene que ocultar.

Los tres reyes de Kirka, abrazados, bailaban el can-cán con sus mejores risas.

—Cuarenta y cuatro —dijo en voz baja el Subcanónico—, ¿lo ves, amigo mío? — Se dirigió a Ígur con afecto—. La verdad es una alteridad que debe buscarse, y una vez las hayas encontrado, será la referencia dominante obligada.

Con el más terrible sobresalto, Ígur asistió desde el extremo del trapecio al cuádruple mortal de Fei.

—¡Espléndido! —dijo el Asistente.

De repente, una serie de operaciones con signos en el techo. ¿O estaban en el suelo?:

De las decisiones del Hegémono no se sabe nada. La Reforma nadie sabe en qué consiste.

Da igual = No hay nada que hacer {1}

El pueblo lo sabe todo = El pueblo no sabe nada {2}

Los pobres cada vez serán más pobres = Los ricos cada vez serán más ricos {3}

[2] = [3] {4}

[4] = [1] {5}

[5] = [1]... etc,

—Tu propia vida —prosiguió el Subcanónico— se convertirá en alteridad, ya no te reconocerás en el tiempo: te disolverás. —Se volvió al Asistente—: ¿Parámetro?

—Salir del Laberinto —respondió.

—Finalmente sabremos qué pasó.

—¡A mi lanza —gritó con la entonación ascendente ritual el Juez de Cruiaña—, la crisálida azul Sari Milana! ¡A mi escudo, la crisálida amarilla Goiri Ennehi!

—No importa —dijo el Asistente—, hemos pasado de largo y se pierde una dirección, pero el proceso es correcto y no hay residuos atrópicos.

Ultrapasadas las agudezas del pánico, los ojos de Ígur se volvieron hacia atrás hasta mostrar ya no el blanco, sino las impostaciones nerviosas y circulatorias.

—Fantástico —dijo el Subcanónico—, el vaciado es completo. Terapia de conservación —hizo una señal a los Asistentes—, bajadlo.

Trajeron una litera de ruedas y lo depositaron suavemente boca arriba. Lo desataron y le examinaron el fondo de ojo.

—Cero coma cero tres hercios —dijo el Asistente.

—Tratamiento de recuperación —ordenó el Subcanónico con inquietud—. Después de lo que nos ha costado, no quiero perderlo.

—Histéresis. Dos hercios.

—Muy bien, aguantadlo así.

Desde las profundidades de la disolución, el paciente abrió los ojos. Una mirada neblinosa, flor dilatada, acuática más que muerta, la pupila completamente sanpaku. A una señal del Subcanónico, se lo llevaron.

Sesenta y seis días más tarde, el Paciente yacía en una silla larga ante el Canónico Mayor, el Primer Subcanónico médico y los dos Asistentes. Las intubaciones y los sensores lo mantenían conectado al Cuantificador.

—Paciente Quinientos quince barra Once —dijo el Subcanónico—. Sabes cuáles son las tres incoherencias del interno: No me acuerdo, no comprendo, no me reconozco. ¿Las tienes presentes?

—No —dijo el Paciente.

—Eso nos conduce a un conflicto inesperado —ironizó el Asistente de control—. De ahí se deduce que se acuerda, que comprende, que se reconoce.

El Canónico rió.

—Caballero Neblí, escuchad con atención —dijo, y el Paciente no hizo ningún gesto.

—¿Lo veis? —dijo el Subcanónico—. Creo que podemos proseguir. Paciente, has sido objeto de una esmerada operación de dardanismo intelectual; entraste con una fuerte pasión egótica, y se ha transformado en pasión claudicadora, más tarde sencillamente aceptadora. Te has dado cuenta de que el camino del amor a tus médicos, del amor a nosotros como vía de pasión autoinculpadora era, como dice el Excelentísimo Anamnesor del Imperio, la única salida posible. ¡Qué lejana ahora de ti la cruz del exilio a la que aspiraba a hacer diana un pretendido éxtasis desegoador! ¡Qué lejana aquella máxima!: 'Lo que se resuelve, no queda resuelto; lo que no se resuelve, queda resuelto.' Empujado por una necesidad más fuerte que cualquier necesidad cuantificable en términos de conocimiento, por el reconocimiento de la naturaleza del Emperador, buscaste con empeño a alguien a quien traicionar, hasta que, agotadas todas las posibilidades, acabaste por volverte en contra tuya: ¿cómo es posible traicionarse a sí mismo? Y ahí topaste con el último vacío, porque cuando algo cambia en tu esencia profunda, y ello no ocurre más que por efecto del tiempo o bien por un hecho excepcionalmente pesado, se diluye en imposturas el sentido de las anteriores traiciones, algunas dejan de serlo, y aparecen otras nuevas, insospechadas. La libertad de elección de un color sobre el mapa de las realidades cuantificables del Imperio es privilegio de los que no pretenden a cada paso cuestionarlas y sacarlas de contexto, de aquellos que de la pretensión de ir más allá de las definiciones se

conforman con hacer un ejercicio de la inteligencia, sin aspirar a convertirlo en un modelo moral de vida, en una palabra, de los que, como ahora nosotros, actúan en este terreno tal y como se espera de ellos, y no es necesario exigir sentimientos ni cambios absolutos, lo que, y no me corresponde emitir un juicio de valor, hemos tenido que hacer contigo. ¡Lástima que tengas el recuerdo diluido! —Sonrió con entusiasmo—. ¡No tendrías que dejar nunca de tener presente cómo has traicionado, con qué recta entrega se han invertido odio y amor en tu interior hasta volverse innecesarios, hasta desaparecer, cómo beneficio ha sido destrucción y destrucción beneficio, cómo anhelo de venganza se ha convertido en piedad paternal, cómo piedades de todo tipo han mutado en vómitos de desprecio!

—Tan sólo nos queda una cosa por saber —dijo el Canónico—. ¿Qué pasó al Final del Laberinto? ¿Por qué matasteis al Magisterpraedi Hydene?

—¿Quién es el Magisterpraedi Hydene? —preguntó el Paciente con voz temblorosa.

—Podemos reforzar la mecánica de regeneración y después volver a empezar —sugirió el Subcanónico.

El Canónico levantó las cejas.

—No creo que resultase. Caballero —se dirigió al Paciente con una sonrisa—, nadie sale de aquí tal y como ha entrado, y vos no seréis una excepción. Probablemente no recordaréis el juicio, pero una comisión interapotecaica os ha prescrito tratamiento en esta misma habitación, por un periodo que os será comunicado más adelante, y una vez cumplido seréis devuelto a la vida del Imperio, en espera de la reintegración definitiva.

—Paciente Quinientos quince barra Once, ¿estáis de acuerdo? —preguntó el Subcanónico.

—Sí —respondió el preso.

—Muy bien. De momento hemos cumplido los objetivos.

Sesenta y seis meses más tarde, el Paciente recibe la visita del Canónico Mayor.

—Paciente Quinientos quince barra Once —le anuncia—, estoy aquí para resolver una cuestión de identidad fiscal.

—No puedo.

—Claro que no podéis —sonrió bondadoso—, y no os preocupéis, no he venido a daros quebraderos de cabeza. Se trata tan sólo de que firméis estos poderes.

Le presentó un montón de papeles, algunos con solapas de plastificación. El Paciente los miró, y el Asistente del Canónico le señaló el espacio para que firmara y le facilitó un lápiz magnético.

—¿Qué nombre debo poner? —preguntó el Paciente; el Canónico y el Asistente se miraron.

—Ore Enui —dijo el dignatario; el Paciente firmó con trazos vacilantes.

—Vigilante nocturno de los Almacenes de Excedentes de la Fábrica de Complementos Electromecánicos Bruijmathron & Co. —leyó con lentitud.

—¿Es éste mi oficio?

—Claro que sí, ¿no os acordáis?

—Sí, ahora me acuerdo.

—¿Y qué más? —preguntó el Canónico, con entonación de dirigirse a un crío.

—Lo entiendo, me reconozco.

—Muy bien; sois muy afortunado, señor Enui —cubrieron los papeles firmados con las solapas plastificadoras que impedían alterarlos y, ya de pie para irse, se dirigió al Paciente—: ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo—, quisiera saber cómo progresa el equilibrio de Dioniso, mi hemisferio izquierdo, sobre Apolo.

—Dioniso rige el hemisferio derecho, ¿no lo recordáis? —dijo el Asistente, y el Paciente se quedó confuso; los demás esperaban, solícitos.

—Pero a mí siempre me han dicho...

—Posiblemente —le dijo en voz baja el Asistente al Canónico— ahora haya un desequilibrio en perjuicio de Apolo. Ya sabéis el viejo dicho: Después del terror, o la muerte o la carcajada.

—La reconstrucción es incompleta —dijo el Canónico—, pero es posible que haya una recaída si acentuamos la restauración de Apolo. Y ahora una regresión sería fatal. ¿Qué opina el Subcanónico?

—No es partidario de intentarlo.

El dignatario hizo un gesto, como si la respuesta lo estimulase en dirección contraria. El Asistente sonrió sutilmente, quizá ante una mejora de sus propias expectativas; hacía tiempo que aspiraba al ascenso, y ésa podía ser la ocasión.

—Quizá valdría la pena. El Paciente está postrado en una inhibición que no nos sirve.

—Entonces, ¿cambiamos el tratamiento?

—Sí —se decidió el Canónico—, acentuaremos las Colas de Milano entre la verdad y la muerte, y nos olvidaremos de momento de Dioniso y la Salida del Laberinto; creo, incluso, que como consecuencia del relleno cognoscitivo el elemento correspondiente resultará reforzado, y entonces podremos intentarlo con métodos persuasivos. ¡A lo mejor —rió— aún lo aprovechan en la Apotropía de Juegos!

El Asistente también se echó a reír, y miró el cuerpo lacerado, descolocado de los centros gravitacionales.

—Lo dudo mucho. La hieromórfosis ha desaparecido, pero como no había manera de dissociarla de la parte teopática de la egotitis, y ésta era una parte esencial, los centros de individuación están destruidos irreversiblemente.

—Siempre le podemos reconstruir la memoria —dijo el Canónico.

—Sí, pero no la pneuma. En ese punto, la postulación Adrastea es impecable: Némesis y Orfeo en el último sentido del Juego, Fonotontina o no, es una anécdota de cariz técnico sin importancia. La resurrección, y no hablo tan sólo desde el punto de vista de la emblemática, es la principal dirección prohibida de la naturaleza.

—Ya lo veis —dijo el Canónico dirigiéndose al Paciente—, aún nos queda camino por recorrer juntos. Se trata de ver quién gana la partida final, si vos como estrella de todos los crímenes, o nosotros como sarcófago de vuestras esperanzas.

—El Juez se duerme durante la exposición de las conclusiones —dijo el Paciente.

—Son excreciones residuales —se excusó el Asistente—, es normal en su estado.

—Sin embargo, es significativo lo que ha dicho —murmuró el Canónico, y se fue hacia la puerta—. Tendremos que hilar más delgado.

XIX

Que el Hegémono Dilart fuera tan claramente una figura de transición a la espera de que el cada día más poderoso Parapótrofo Marterni consolidase posiciones no parecía ser obstáculo para ninguno de los poderes para que, en compensación, o quizá para que no todas las indefiniciones criasen incertidumbre desde un mismo nido, el Príncipe Bruijma reinase en toda la extensión que le propiciaba el tener los triunfos en la mano, en especial el que desde todos los sectores se consideraba el pacto más importante desde la alianza entre Gúlkuros, Jéiales y Beomios para estabilizar el Imperio: el cometido con "el ala dura, a la que ahora todos tenían que llamar la genuina, de las dinastías Astreas, con el rehabilitado Príncipe de La Valaira al frente, inclinando el dominio de la nobleza hacia una no declarada bicefalia protocolaria, que no real, es decir económica, porque muchos engranajes oxidados aún, aún muchos resortes perdidos se tenían que reconstruir, aunque fuera al precio de ensangrentar más patíbulos que durante la superada persecución de los tiempos de Ixtehatzi, en la burocracia Astrea, tan maltratada por los años de ostracismo y depresión. Y como el péndulo y la balanza tienen sus leyes y de acuerdo con ellas pagan su tributo a la gravitación y al equilibrio, así la restauración de los Astreos en toda su magnificencia arrastró a La Muta a los fangosos marasmos de la persecución y la caída: el profeta Jarfrak, el ex Anamnesor en persona, conoció los horrores de la Agonía de la Prisión, y con las piernas cortadas a la altura de la rodilla acabó sus días ante la multitud del Palacio Lodeia asatado por su hombre de confianza y designado sucesor en la guía de la causa, y toda la dirección, hasta el último subalterno, fueron eliminados por exterminio físico, por desdibujamiento personal o por integración, hasta que, borrada La Muta hasta del recuerdo, en la medida en que una voz de crítica y cuestionamiento provoca ser despreciada y perdida, las luces y las sombras de la vida cortesana se instalaron de nuevo en la cansada nobleza y la casta dignatarial del tantas veces consecutivamente encendido y helado Gorhgró, y de allí se extendió a los Palacios de Lago de Beomia, hasta Eraji, a partir de donde llegó al lugar de donde con toda probabilidad había salido: el Palacio Imperial de Silnarad, la torre oscura que desde las más conspicuas solvencias fue por fin de forma explícita reconocida como Residencia del Emperador. Pocos fueron los llamados a la corte, pero los suficientes para hacer revivir la agitación y la polifaceta moral y sentimental sobre la existencia de un Lutaris XII en plenitud de sus atributos intelectuales y decisorios y de salud, o por lo menos excesivos para que entre ellos un engaño no encontrase la escapatoria que siempre en la más insidiosa acogida encontrará difusión y resonancia. Aunque el pueblo no le hubiese visto la cara, aunque continuase en cierta manera tratándose de una presencia oculta, la seguridad sobre el Emperador, unida, por lo menos oficialmente, al fin de los enemigos institucionales del Imperio, revitalizó como hacía

tiempo que no se veía la aparentemente desmilitarizada vida pública de las ciudades. En cultivo tal se sumergió, liberado de su larga condena y olvidado de amigos y parientes, el vigilante nocturno Ore Enui, desorientado por un cambio de relaciones con las cosas que no sabía, y ya ni le angustiaba la certeza de que no acabaría nunca de saberlas, en qué proporción era consecuencia más de un cambio de las cosas o de un cambio de sí mismo y, respecto al último caso, en qué consistía ese cambio y qué había eliminado en su interior. Los primeros días, hasta que se acostumbró a vivir en los barracones del Almacén de Excedentes de la Bruijmathron & Co., y con un horario laboral muy absorbente, no veía la hora ni la disposición para salir del círculo trabajo-reposo, y estaba demasiado cansado hasta para notar el recelo que despertaba en sus compañeros de trabajo y entre los del barracón, del aislamiento en que vivía, quizá porque tantas caras diferentes le parecían una maravilla de frondosidad social después de tanto tiempo solo entre cuatro paredes, higiene y alimentación por procedimientos mecánicos sin más presencia que el guardián que pasaba revista.

Un día, por fin, pasadas unas semanas, se sintió recuperado y con una mínima disposición de ánimo para intentar romper la férrea rutina, y quiso entablar conversación con los compañeros de trabajo; todos se lo quitaban de encima con evasivas, y lo atribuyó a su pasado de presidiario. Desistió, y escondiéndose sin saber por qué instinto de protección, empezó a hacer ejercicio físico y a entrenar la elasticidad y el fondo al principio, más adelante la potencia muscular y los reflejos. Una tarde, poco antes de entrar al turno, lo abordó un compañero, un hombretón de los más huraños y reservados, pero también uno de los que más confianza le inspiraban.

—Eres valiente —dijo el individuo con una sonrisa—. ¿Sabes qué podría pasar si el encargado te ve?

—No —dijo Ore—. ¿Qué podría pasar?

El otro se rió.

—Me caes bien. ¿Qué haces el día libre menologial?

—El pasado me quedé tumbado en el parque. Podríamos dar una vuelta por el centro.

—Muy bien —dijo, y le dio la mano—. Me llamo Tibu.

—Ore Enui —dijo el vigilante, y se la estrechó; Tibu soltó una carcaja

—No me hagas caso, Ore. Entonces, hasta el día libre.

El día libre menologial, Ore y Tibu tomaron un transporte hasta el centro de ocio comercial de Gorhgró, y allí se gastaron los créditos que se habían permitido llevarse, reservando algunos para la vuelta. Después de que el alcohol los hubiera aburrido, Ore propuso tomar otro transporte para ir a la izquierda del Sarca, una zona que, sin saber por qué, le atraía especialmente. Por el camino, la conversación que las dilaciones mentales había diluido se reestableció.

—¿Y tú antes qué hacías? —preguntó Tibu.

Ore se extrañó.

—¿Antes de qué?

Tibu miró al horizonte con melancolía.

—Antes de que te enviaran aquí.

Ore miró el mono gris que llevaba puesto. Se miró las manos y los zapatos, y en la terminal de transportes se aparearon.

—No lo sé, no me acuerdo. ¿Y tú?

—Yo recuerdo solamente la Prisión y la Apotropía de Juegos —dijo Tibu con orgullo—. Yo sobreviví a tres jornadas de Juegos en el Palacio Golring.

El nombre encendió una minúscula chispa en el desviado intelecto de Ore.

—Eso me recuerda algo. Me gustaría ir a echar un vistazo.

Tibu miró la hora.

—Hoy no tenemos tiempo. El próximo día libre, si quieres.

Contrariado, Ore desafió las miradas de reprobación de los Guardias armados que patrullaban de cuatro en cuatro. No se había dado cuenta de que sus atuendos no se adecuaban a una zona residencial distinguida. —Está bien —dijo, y de repente sintió extrañezas recónditas, impulsos desconocidos, atracciones inexplicables hacia lugares precisos.

—Deberíamos volver —dijo Tibu pasado un rato—. Entramos dentro de tres horas.

—Un momento.

Fueron hacia un imponente edificio dormitorio. En la portería se escondían dos o tres mendigos, y cuando los vieron acercarse, adoptaron una actitud hostil; uno de ellos se asomó agresivo. Ore se le encaró; el otro llevaba restos de maquillaje en la cara, y la ropa se le caía a jirones. Se quedaron mirando, con más curiosidad que indisposición. En el aire del indigente había algo de payaso, y de repente se puso a reír y señaló a Ore.

—¡Caballero! —dijo; retrocedió, y los demás pelagatos estallaron en carcajadas roncadas.

—Vamonos de aquí —dijo Tibu, tirando de su compañero.

En el transporte de vuelta los dos estaban pensativos.

—¿Qué ha querido decir con Caballero? —preguntó Ore.

—¡Y yo qué sé! —se lo quitó de encima Tibu.

Se hacía de noche, y les esperaba una larga jornada de trabajo.

Al cabo de un mes justo, tal y como habían quedado, y después de unos días de inseguridades y vaivenes, Ore y Tibu se acercaron al Palacio Golring después de comer, como en la anterior ocasión, en los puestos de la calle de las inmediaciones del Gran Mercado, y a medida que cruzaban los puentes del Sarca en dirección a

Levante, la sensación de inquietud antigua tomaba cuerpo en el interior de Ore Enui, y se confirmó plenamente al ver la fachada con las torres en las esquinas y la cúpula central. Bajo el balcón principal, un gran escudo con dos personajes, el de la izquierda sentado en un cubo, con alas en el casco y el caduceo en la mano, el de la derecha, una mujer desnuda con los ojos vendados encima de una esfera, y la peana del escudo, formada por tres caras de un prisma hexagonal, con las inscripciones 'El Juego ya estaba echado cuando tú aún no sabías ni que existía' la de la izquierda, 'El Juego está echado' la central, y la de la derecha 'Cuando creas haber perdido, el Juego aún no estará echado'. Fueron hasta la puerta, a pesar de las advertencias de Tibu, y allí la Guardia los obligó a retroceder a treinta metros de la entrada.

—No se puede entrar si no eres noble o un invitado de la casa —dijo Tibu con la condescendencia de quien ve confirmadas sus objeciones; Ore insistió, y el Guardián cargó el arma—. Será mejor que nos vayamos —tiró de él Tibu.

—¿Siempre se ha llamado Palacio Golring? —preguntó Ore.

—No —dijo Tibu—. El regidor de espectáculos de la sala central me explicó que antes era el Palacio Králakai, y que con el traspaso de dueña cambió de nombre. La actual es Sadmin Golring. —Puso los ojos en blanco—. Yo la vi un par de veces, y por más que te contara no podrías ni imaginarlo. No me extraña que sea la reina de Gorhgró.

—¿Qué edad tiene?

—Oh, no es como la mayoría de Dueñas de los Palacios de Expansión —explicó Tibu devotamente—. Madame Golring es joven, es la mujer más bella de la ciudad, ¡y eso que hay muchas!, tanto de cara como de tipo. Mira —miró a su alrededor por si alguien podía verlos—, a mí me dio una foto holográfica como recuerdo, cuando me indultaron.

¿Quieres verla?

—Sí, enséñamela —dijo Ore.

Tibu se sacó de la cartera la holografía cuadrada, y la contemplaron un rato, cada cual abandonado a sus evocaciones.

—Dicen que tiene un pasado inconfesable, y lo cierto es que lo que se dice de ella en la actualidad sería escandaloso si no se tratase de la Dueña de un Palacio de Expansión.

—¿Ah sí? —dijo Ore, sin apartar los ojos de la foto—. ¿Qué se dice?

—Era el terror de las esposas de los personajes influyentes, y capaz de grandes proezas en las orgías más refinadas, pero ahora ha entrado en la categoría más alta, quién sabe hasta dónde puede llegar. Dicen que es amante de los grandes Príncipes.

—¿Los grandes Príncipes? —preguntó Ore.

—Bruijma no, claro —se justificó Tibu—, pero sí los jóvenes que lo sucederán: el Príncipe Timieus, y ese otro, ¿cómo se llama el Jéial?

—¿Simbri? —dijo Ore.

—No, hombre, ese hace tiempo que murió —hizo un esfuerzo de memoria—...
¡Reinjart!

Ore rebuscó resonancias en la foto. Por más que la beldad tuviera una expresión grave, un sutil aroma de dureza y a la vez benévola y cruel ironía destilaban de ojos y labios en una mirada inequívocamente teñida de todas las cosas que había visto, en un gesto en los labios formado por todas las que había dicho y hecho.

—En otros tiempos fui amante de esta mujer —dijo Ore, hablando como un autómata, pasada la primera mirada de inquietud, Tibu se rió.

—¡Claro que sí!

Ore le devolvió la foto.

—Vamonos —dijo.

Enfilaron hacia una galería porticada en el centro de una elevación, desde donde se dominaba parte de la ciudad; al Norte, al fondo, el imponente macizo de la Falera.

—Tendríamos que empezar a pensar en volver —dijo Tibu—, llegaremos tarde al trabajo.

—Quiero pasar por allí —dijo Ore—, vete tú si quieres.

Tibu miró el reloj.

—No, te acompaño, pero no nos entretengamos. —Fueron hacia el transporte—.
¿Se puede saber por qué quieres ir?

—No lo sé —reconoció Ore.

Ya en el transporte, Tibu se rió.

—Tienes tendencia a visitar lugares problemáticos; tampoco creo que nos dejen acercarnos a las Cavas del Imperio.

—¿Las Cavas del Imperio? —preguntó Ore—. Yo creía que era otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé exactamente —dijo Ore, con impaciencia—, por eso quiero ir.

Llegaron a la puerta Sur de la Falera cuando ya era noche cerrada, y Ore se dirigió a la Guardia con precauciones a preguntar cuál era la función de la construcción interior; lo miraron con inacabable suficiencia.

—Eres forastero —dijo uno de ellos, como insulto—. El parque mineral está en la otra entrada, pero a esta hora también está cerrado. Esto son las Cavas Centrales del Imperio.

—¿Las Cavas de qué? —insistió Ore, y dos Guardias más avanzaron; Tibu se interpuso, y el Oficial tomó la voz cantante.

—A ver, ¿qué pasa aquí? ¿Qué quieres? Ésta es una sección reservada al acceso público. —Ore hizo un gesto de no estar de acuerdo, y el Oficial se encaró a Tibu—: Haced el favor de circular.

Ore y Tibu se apartaron.

—Si no volvemos pronto, tendremos problemas en el trabajo —dijo Tibu, preocupado por la dispersión mental de su compañero; pero de momento, su actitud parecía más una forma de inercia que un convencimiento, y volvieron al Almacén.

Una transformación perceptible se operó en los días siguientes en las maneras y la actitud del Vigilante nocturno Ore Enui, incluso en su aspecto físico. Ya ni se ocultaba al hacer los ejercicios gimnásticos, que cada vez se parecían más a los de la meditación y las artes marciales. El recelo y la distancia de los compañeros aumentaba en consonancia, a excepción de Tibu, quien se había autootorgado el papel de voz de la prudencia, pero dispuesto a estar de parte de Ore cuando fuera preciso. Había empezado por procurar que nadie reparase en las largas permanencias de Ore ante el espejo, pero pronto la evidencia de que la mirada del compañero sentía ciegamente el peso de todo lo que le habían obligado a olvidar, del héroe por desidia suicidado en su interior, lo asustó hasta el punto de él mismo no querer saber nada. Día a día, Ore perseguía en la oscuridad de su interior los restos del desastre por vaciamiento, sin descorazonarse por la vulgaridad de esperar, sin temer que el miedo que sacude incertidumbres sirviera, como a tantos otros (como casi a todos), para hundirlo aún más en el lodo que las acoge. Y, sin embargo, a pesar de que avivar el pensamiento sobre quién podía haber sido él antes de suicidarse no le parecía especialmente útil, y además lo sumía en periodos de desinterés y abandono, porque ésta era una actitud frecuente entre quienes, en Gorhgró, tenían la desgracia de no pertenecer a la nobleza ni al alto funcionariado, y la pena aún mayor de no ser completamente imbéciles y negados para la reflexión y el inconformismo más exiguos, por encima es de los esfuerzos de Tibu algo, poco a poco, destilaba hacia el resto de la comunidad laboral. Un aire peligroso de transgresión no declarada, no definida, se apoderaba día a día de la vigilancia nocturna del Almacén de Excedentes de Bruijmathron & Co, y cuanto más tardaba en llegar una reacción de los dirigentes, más nociva le parecía a Tibu que sería cuando se produjera.

Pero no se produjo, y una madrugada, al final del turno del trabajo, cuando faltaba poco para los días libres hebdomadarios, Tibu se encaró con Ore.

—Me preocupas —le dijo después de infructuosos intentos indirectos—, y no me interpretes mal: si haces alguna locura, resultaremos todos perjudicados, porque nadie cree que los antisociales actúen solos. El año pasado, un tornero...

—Ya lo sé —lo interrumpió Ore—, y precisamente por eso creo que es mejor que no sepas nada de nada. Si me pasa algo, será más seguro para ti y para los demás no tener informaciones oscuras.

Se tomaron una copa, y Tibu acabó herido en su amor propio. Los términos de la cuestión se invirtieron.

—Todos, quien más y quien menos, procuramos no acercarnos a los abismos prohibidos de la memoria. Pero a ti parece que no te dan miedo, incluso te complaces

en ellos. ¿Qué crees haber descubierto?

—Creo que la Falera no siempre ha sido una cava, que no hace mucho era una construcción inteligente.

—¿Qué quieres decir? ¿Una fuga? ¿un teorema?

—En cierta manera un Juego, sí. Un Laberinto —dijo Ore con convicción—, como los de Bracaberbría y Eraji.

—Si lo ha sido, debió de ser antes del Renacimiento Tecnológico —dijo Tibu, que era un gran lector de historia—, y no hay ninguna prueba.

—No, hablo de ahora, de hace pocos años —precisó Ore—, y tengo un plan para descubrirlo —bajó la voz—. Si me pudiera poner en contacto con La Muta, me dirían la verdad.

—¡No digas barbaridades! —dijo Tibu—. Sabes muy bien que La Muta ha sido aniquilada.

—No lo creo, pero aunque fuera así —se detuvo dubitativo—, que podría ser, intentaría ponerme en contacto con los sectores Astreos de las alas extremas de la antigua clandestinidad; el Laberinto de Gorhgró tenía que ser cosa de ellos, sin ningún género de duda.

—¿Te das cuenta de que eso equivale a conspirar contra el Hegémono? —sonrió—. Claro que te das cuenta; pero no hace falta que te preocupes por la Administración, los propios Astreos te matarán en cuanto levantes la cabeza. ¿No sabes que lo que más detestan los conversos es que les recuerden el pasado? —Se hizo un silencio—. ¿Cómo piensas hacerlo?

Ore sentía cómo los chichones de la tristeza se le resquebrajaban, y no sabía qué iba a supurar de ellos.

—Mañana hay un transporte de material a las Cavas; el control está en manos de los expertos, y si las cosas son tal y como creo, alguno habrá del sector negro de los Astreos. La operación se hará de noche, y la partida es de nuestro sector. Como es considerado un trabajo gravoso y de riesgo, hay una prima para los voluntarios. Me he apuntado, y —sonrió— te he apuntado a ti. Es decir, si no te da miedo.

Tibu se quedó de una pieza, y no le sostuvo la mirada.

—Debo estar loco, pero te acompañaré.

Niebla, focos y retumbos metálicos en la oscuridad, sombras impersonales y prisa vacía eran los aires de la operación de transporte, con una estimación de duración de cuatro horas, en la que Ore y Tibu, tan presionados por el trasiego que les parecía que no hallarían ni un minuto para despistar, no sabían ver señal o prueba en ningún rincón, ningún signo de confirmación o fracaso de una hipótesis que, a fuerza de darle vueltas, habían acabado guarneciendo con todos los atractivos de la aventura y de lo imposible. Pero para encontrar un indicio no bastaba con querer matar la rutina, hasta que, finalmente, una aglomeración de vehículos en la entrada de una boca les

permitió apearse del transporte y fumarse un cigarrillo.

—¿Qué opinas? —preguntó Tibu.

Ore miró a su alrededor; los focos eran demasiado potentes y concentrados para una buena visión de conjunto (seguramente tales características no obedecían a otro propósito), y tan sólo iluminaban puntos concretos; el resto quedaba a oscuras, y la sensación se acentuaba por el deslumbramiento de la luz directa o reflejada en piedras y metales.

—¡Vosotros! —gritó un Guardia—, ¡volved al transporte inmediatamente! ¿No sabéis que no se permite bajar hasta el sector de descarga?

Obedecieron sin prisas, bajo una mirada furiosa. Cuando les tocó el turno, entraron en el último sector, y realizaron su trabajo, que resultó pesadísimo y verdaderamente peligroso, porque ante las medidas de seguridad prevalecía la imperiosa necesidad de haber acabado a la hora fijada; respecto a la actividad detectada, después de un incierto intercambio de opiniones. Ore y Tibu concluyeron que debía de tratarse de una explotación minera. La obstrucción se repitió a la salida, y cuando ya hacía media hora que estaban parados en la cola, Ore se decidió.

—Debe haber un control —dijo—. Bajemos.

Tibu se encogió de hombros.

—Espero que no nos volvamos a encontrar con el mismo de antes.

Se apartaron de la caravana. El Atrio de la Falera estaba compartimentado, pero más allá de los tabiques se adivinaba un techo remoto.

De pronto, la cola retomó el movimiento.

—Vamos —dijo Ore—, vamos a la salida; en el último momento nos colgaremos del transporte.

Así lo hicieron, y cuando faltaban tan sólo diez metros para llegar a la puerta, se volvieron a detener. Entre los Guardias del control, en segundo término pero en clara actitud de supremacía supervisora, había un Caballero de Capilla. Como si lo hubieran hipnotizado. Ore se lo quedó mirando.

—Vamos —tiró de él Tibu con discreción apresurada—. Ya encontraremos otra ocasión.

En aquel momento los Guardias los vieron.

—¡Atención! ¡Vosotros dos! —gritó uno de ellos, y un Oficial se acercó—. ¿Qué hacéis? ¿Por qué habéis bajado del transporte?

Los agarraron. Ore no le quitaba ojo al Caballero.

—¿De qué unidad sois? —dijo el Oficial—. ¡Documentación!

De repente, Ore saltó hacia atrás, y clavó su mirada en la espada del Caballero. Lo abrumaban súbitas sacudidas de lucidez, como en la noche relámpagos de revelación.

—¡Ahora me acuerdo! —gritó, y se encontró apuntado por media docena de

fusiles—. ¡Ahora sabré quién soy y qué quiero!

—¡Atención! —gritó otro Oficial—. ¡Cuidado con las radiaciones! ¡No disparéis los láseres aquí dentro!

—¡El orden social es falso! —gritó Ore—. ¡Tenemos que contactar con el Fidai Mongrius, él me dirá quién soy!

Con una sensación de lentitud potentísima, que contrastaba con el vertiginoso acontecer de los hechos. Ore fue presa gozosa de los mecanismos de evaporación, inercia planetaria, mecánica cólica, temperatura y estación que hacen posibles los grandes tifones de la Costa Sur del Imperio.

—¿Qué dices, loco? —gritó Tibu, y un Guardia lo tumbó de un culatazo; Ore se libró de los que lo acorralaban y huyó hacia la puerta.

—¡Cogedlo! —dijo el Caballero—. ¡Que no escape!

En la puerta, los ojos de Ore se clavaron en los emblemas del frontón, que antes no había sabido ver. Dentro de un enorme pentágono estrellado, con fondo amarillo, lucía en vertical la doble hacha negra.

—¡Lo sabía! —gritó Ore con una alegría desesperada—. ¡Ahora sé por que se retiró Arktofilax! ¡Yo soy el Fidai Ígur Neblí, el Invicto Entrador de este Laberinto!

—¡Coged a ese loco! —oyó a sus espaldas, y salió corriendo; lo alcanzaron entre doce en un rellano lateral de la Falera; no llevaba armas, pero se enfrentó a ellos con las manos abiertas.

—¡No me habéis vencido, mi respiración está intacta! ¡Yo soy Harpsifont, y volveré para enseñaros el camino de las estrellas!

Una punzada de hielo en el costado; la segunda cuchillada, la tercera. Cuatro, cinco, seis. Siete. La caída pausada en la oscuridad. Poco después, la Guardia se iba, y en la noche inmensa de Gorhgró, el charco de sangre alrededor del hombre vestido con mono gris, abandonado en el último rincón negro, era insignificante, verdaderamente insignificante.

XX

En la litera mural 5995-66-18 de la Sección 22, 28.a planta del Hospital General de Gorhgró, el Paciente no identificado se recuperaba lentamente de las graves heridas de arma blanca que unos desconocidos le habían infligido antes de abandonarlo. Había renunciado a reivindicar su identidad para no complicar la situación. Dos de los vigilantes nocturnos de los almacenes de la Bruijmathron & Co. habían presentado un comportamiento anómalo durante un transporte de excedentes a las Cavas Centrales de Gorhgró, uno de ellos había sido muerto por la Guardia, al otro lo habían dado por desaparecido. Así pues, estaban cerrados los expedientes de los ciudadanos Ore Enui y Tibu Cónola, y el ocupante de la litera 5995-66-18 de la sección correspondiente se había registrado con un número, tal como corresponde a los indigentes indocumentados.

A medida que se recuperaba, su objetivo primordial era la discreción. Exhibir una conducta llamativa, ya fuera por arrogancia y agresividad, o simplemente ansiosa, corría el peligro de atraer a los vigilantes civiles que lo convertirían en carne de experimentos biológicos o en víctima propiciatoria en los papeles de alto riesgo, cuando no de destrucción segura, de los espectáculos de la Apotropía General de Juegos del Imperio.

El desamparado que en otro tiempo fuera el orgulloso, el Invicto Caballero de Capilla, intentó prolongar la convalecencia en el Hospital General, alejar lo máximo posible el momento de enfrentarse al mundo otra vez. Finalmente vencido, con más pena que odio de sí mismo, se le veía esperar la noche midiendo una y otra vez desde todos los puntos de vista, con paseos de enfermo o desde inmovilidades sin contemplación, la gris regularidad de las largas galerías vidriadas de las casas de sufrimiento. No era la impresión absoluta de sentirse inútil lo que más le entristecía, sino la más relativa y, por tanto, y teniendo una dimensión sentimental, mucho más insultante, de ser tan ostensiblemente considerado innecesario, de ser, quizá aún peor, estibado como una molestia inofensiva. Desde el centro mismo del temblor y la lágrima renunciaba cada día a deducir por qué el Imperio había prescindido de él de una forma tan radical. No acertaba a imaginar la gravedad de su indisciplina, y quizá con la última brizna de soberbia se sentía el último concededor de las permisividades entre el Hegémono y la casa Gúlkur del Emperador por una parte, y los Astreos por la otra. Que en ese momento su existencia no fuera necesaria porque los Astreos habían recuperado la posición, no le parecía razón para que su estrella hubiera caído en oscuridades. ¿Cómo podía ser que nada, ningún recuerdo, ninguna huella emocional quedase en todo el Imperio del Caballero de Capilla Ígur Neblí, el Entrador del Último Laberinto? Ninguna beligerancia, ni la más pequeña sombra de orgullo, sin embargo, presidía su abatimiento. El estatismo más profundo acogía el regusto

terminal de su soledad. He aquí finalmente un lugar, pensaba, donde las Leyes de los Juegos no tienen influencia.

Un día, en una revisión rutinaria, el enfermero lo dejó solo un instante, y con un movimiento instintivo, nada perentorio, nada apasionado, le echó una ojeada a su expediente. En el apartado 'Observaciones', dos líneas: 'Fase final: suma cero /Destino transaccional: curación.' Sin llegar a excitarlo, eso le despertó una cierta intriga. Los términos eran los de la Apotropía de Juegos, pero se sentía demasiado débil y falto de expectativas para especular y tratar de sacar provecho.

Un tiempo más tarde le dieron de alta y lo echaron a la calle, y sin más se encontró en la más completa indigencia, sin blanca, sin crédito ni sello, sin trabajo y sin un miserable agujero donde dormir, precipitado en un Gorchgró cambiado, de edificios cerrados que propiciaban avenidas desiertas, de anuncios de Juegos que a sus ojos respiraban estafa, muerte y robo, anuncios de Cabezas Respondientes que respiraban impostura resonantes con sus sentimientos, como un espejo, y él en medio, sin timón, tan terminalmente enfrentado a su identidad que se preguntó hasta qué punto él era él, es decir, si Ígur Neblí no era tan sólo una ilusión producto de las últimas vicisitudes. Pero, en cualquier caso, si tales vicisitudes habían existido, ¿a qué tiempos se habían superpuesto para ocultar qué? Se dio cuenta de que, cierto o no, auténtico o mistificado, lo que quedaba en su interior de un Caballero de Capilla le impedía cualquier indignidad; no tan sólo suplicar, sino incluso defenderse. Pero no había de qué, y tan sólo podía tomar una actitud que no comprometiera su conciencia, que no lo volviera sospechoso de a saber qué ante sus propios ojos: la necesidad de conocimiento. Sabía que el último motor de su vida era un metadeseo, porque cuando a uno le interesa más saber por qué algo no fue que la solución al próximo embate, su prioridad es morir. Tuvo que sobreponerse a la debilidad de cuerpo y espíritu y, convertido en un vagabundo más que comía lo que podía y dormía en portales y estaciones, planificó una estrategia: para empezar, un calendario de los sitios de donde podía sacar información y ayuda.

Decidió no acercarse a la Falera, por lo menos sin haber resuelto nada ni disponer de indicios; lo mismo respecto a la Capilla del Emperador, donde seguro que no lo dejarían ni acercarse. Fue a donde vivía Mongrius, y se instaló en la plaza porticada frente a la residencia; después de dos días de no verlo ni entrar ni salir, intentó confirmar si aún vivía allí; consultar las guías era imposible sin créditos o sin el sello, y aún menos entrar en el edificio y, por otra parte, el portero tenía orden de impedir con contundencia cualquier aproximación de vagabundos. Intentó abordar a los vecinos, pero todos se lo quitaron de encima con malas formas, alguno de ellos incluso llegó a amenazarlo con un arma. Al final, en un descuido de los encargados de limpieza, pudo entrar y, antes de que el portero lo echase a la calle a bastonazos tuvo tiempo de comprobar que en los casetones de los pisos no figuraba ningún

Caballero Mongrius. Tendría que buscar en otra parte.

Pasados unos días, recordó que la casa donde Debrel había vivido estaba medio destrozada la última vez que había estado allí, y aunque hacía años de eso, quizá aún podría sacar algo en claro. Se encaminó (a pie, ya que no tenía medios ni para un transporte) y, una vez en el barrio, todo le costaba de reconocer, hasta el trazado de las calles. Después de horas de dar vueltas no había conseguido identificar el sitio que buscaba, hasta que, ya hacia media tarde, gracias a referencias visuales que no tenían pérdida, se tuvo que rendir a la evidencia de que más de treinta grandes manzanas habían sido derribadas, y la cota y el trazado de las calles, completamente modificados; en el lugar en que en otros tiempos estaba la torre del geómetra, ahora pasaba una pista rápida, y el edificio más próximo era una depuradora de aguas a unos sesenta metros, y a cien metros más un hotel de literas.

Al día siguiente, tras una noche de monstruos entre los temblores de febrilidades inciertas, había decidido a afrontar la cuestión a la brava: en su actual situación civil, en la calle no tenía nada que hacer; la única posibilidad de encontrar una solución era dentro de los edificios de la Administración Imperial, pero el problema era cómo entrar; una vez más recapituló: en la Capilla, imposible; ¿quién querría escucharlo cuando dijera quién era? En el Laberinto, ya estaba visto. En la Equemitía y el Palacio Bruijma, más valía no intentarlo. En el Palacio Conti (por más que se llamara el Palacio Golring, para él sería siempre el Palacio Conti), también tenía claro que no le dejarían ni acercarse. Ennegrecido de frío, suciedad y desnutrición, corroído de piojos y sabañones, indefenso para la cada día más alojadora supervivencia a la indignidad, Ígur sintió vueltos del revés en su interior los parámetros salvadores de la Prisión: Me acuerdo, lo comprendo, me reconozco... en las reglas del Juego. No parámetros para definir una conducta, sino para transitar sin accidentes, una posición de las piezas en el tablero. En la Apotropía de Juegos siempre necesitan actores de alto riesgo para los espectáculos más violentos, y si no tienen profesionales o condenados, los recluían entre los procedentes de la necesidad, conque decidió firmar un contrato de figurante, y en lugar de estipendio, la cláusula de que su única actuación tendría lugar en el Palacio Golring. Dicho y hecho, en la Apotropía de Juegos, saltándose cualquier reconocimiento de capacidad contractual, se lo quedaron y lo tuvieron encerrado en una celda infecta y estrecha y, por lo menos, aunque bajo mínimos, alimentado, como si fuera un animal, a la espera de la representación.

Siete u ocho días más tarde, lo visitó un instructor para explicarle de mala manera las reglas del Juego, que él no se molestó en escuchar; si nadie lo reconocía ni movía un dedo para sacarlo de allí, le daba igual no salir con vida, lo más probable en cualquier caso y, por supuesto, ofrecer un buen espectáculo era lo más remoto a sus preocupaciones. Sintió una cierta excitación al pensar que llegaba el momento de salir de allí, pero el instructor se fue y no pasó nada hasta tres días más tarde, cuando

apareció otro a dar indicaciones para otro Juego, y después aún pasó una semana y media hasta que, por fin, lo sacaron y, en un transporte casi herméticamente cerrado, en compañía de tres individuos más, se lo llevaron de la Apotropía.

A medida que se acercaban al Sarca, el camino le resultaba más conocido, y no pudo evitar el asalto de emociones contradictorias cuando, por entre las diminutas rendijas de ventilación del transporte, vio que pasaban por el Puente de los Cocineros y, poco después, se detenían ante la puerta posterior de servicio que tantas veces y con urgencias tan diversas y a menudo tan placenteras él había cruzado; en esa ocasión, sabiendo que si las cosas iban por mal camino, la salida la haría dentro de una caja, azuzado por la nostalgia hizo un esfuerzo por fijar en la memoria el aspecto del edificio y el paisaje urbano, hasta donde lo permitía la prisa sin contemplaciones de la Guardia que los empujó a él y a los otros tres a las dependencias interiores del Palacio.

Miró a las camareras esperando reconocer a alguna, pero enseguida desistió; ese trabajo quería carne fresca, y a saber adonde habían ido a parar las de su tiempo; las de entonces no se dignaban ni a mirarlo. ¿Por qué tendrían que fijarse en los del último grado de la escala humana? Fueron directamente a la gran Sala central; allí, en una palestra de seis por seis, estaban en pleno ensayo escenógrafos, iluminadores y comediantes vestidos de gimnastas. A pesar de las modificaciones que se apreciaban (ninguna para mejor, a su juicio), y las que sustancialmente introduce el paso del tiempo, el lugar resultó un doloroso edén de evocaciones. Un regidor asignó un número a cada uno de los recién llegados; a él le correspondió el cuatro.

—Vamos a ver —dijo al cabo de un rato—, ¡el número uno, a la palestra!

A los demás les mandaron sentar en un rincón. El número dos era un joven alto y delgado, y el tres un hombre de mediana edad y notable corpulencia.

—¿Sabéis —preguntó el número cuatro a los otros— si Madame Golring asiste a los ensayos?

El número tres se encogió de hombros, y el joven alto y delgado puso cara de lástima.

—Está tan ocupada viajando con los Príncipes que no creo ni que asista a la representación.

—¿Con los Príncipes? —dijo el número tres—. A mí me han dicho que es la organizadora de las fiestas privadas del Hegémono.

—¡Vosotros, silencio! —les advirtió el regidor—. ¡Atención, empezamos!

Se trataba de comprobar el buen funcionamiento de una máquina en cuyo interior se situaba, colgado boca abajo y sujeto con cuerdas, el cuerpo del número uno; el jugador, situado a once metros en un pórtico rectangular, de cuatro de ancho por dos de alto, y con una red al fondo, como una portería de juegos de pelota, tenía que asaetear una diana situada a un metro bajo la cabeza del colgado.

—Si no acierta —explicó el número tres a los otros en voz muy baja—, el jugador ha perdido la partida y tiene que retirarse, pero si acierta veréis qué pasa.

El operario, haciendo las veces de jugador, efectuó dos disparos, y el dardo no hizo diana; a la tercera acertó de lleno, y se accionó un sofisticado mecanismo con un brazo en forma de concha que le cortó la cabeza al número uno en redondo y la proyectó a una velocidad formidable a la portería que ocupaba el jugador, quien se tiró para pararla; la cabeza se incrustó en la red.

—Muy bien —dijo el regidor—. ¡Venga, el número dos! —se dirigió a los operarios—: Bajad un poco la velocidad.

El joven alto y delgado se levantó abatido y se dirigió a la palestra; mientras esperaba que descolgaran el cuerpo sangrante del número uno, el número tres terminó la explicación.

—Un Cuantificador local gradúa la fuerza y la dirección de la cabeza de acuerdo a la posición del jugador, que sólo gana si es capaz de pararla; si no la para, como de todas formas ha hecho diana, tiene otra oportunidad. —Esbozó un gesto de resignación—. Es un entretenimiento de entreactos, y los jugadores son del público, así es que hay más posibilidades de salir vivo del Juego de verdad que de los ensayos.

—Pero —dijo el número cuatro con desolación—, si ahora se trata de ajustar la máquina, no tenemos ni una posibilidad de salir vivos de aquí.

El número tres se encogió de hombros riendo.

—Seguramente no. ¡Qué quieres que te diga! ¡Me he hecho tantas veces a la idea de morir que ya no me asusta! —lo miró condescendiente—; tú eres nuevo, ¿verdad?

—¡Vosotros! —gritó el regidor—, ¡que no os tenga que volver a advertir!

La cabeza del número dos se estrelló contra el palo y de rebote tiró unas cuantas sillas del público.

—¡Mala suerte! —dijo el número tres, y se levantó para ir al estrado sin esperar a que lo llamaran—. Adiós, amigo, mucho gusto de conocerte.

—¿Cuántas veces tengo que decir —voceó el regidor— que cuando se modifica la potencia debe volverse a reglar el sensor direccional?

—No sabía que fuera el modelo antiguo —se excusó el operario—, estoy acostumbrado a los reglajes automáticos.

El número cuatro contempló desasosegado cómo bajaban el cuerpo del número dos y colgaban al número tres; debe haber sobrevivido tantas veces como dice, pensó, pero ésta no creo que la cuente. El operario disparó a la diana, y a la primera acertó; la cabeza se clavó límpidamente en la red. No había esperanzas, pensó. Si intentaba huir, lo único que conseguiría sería que lo colgasen ahí arriba después de una paliza o con un tiro de la Guardia en el cuerpo, así que no valía la pena.

Todo había sido inútil. Si no había nada que hacer, por lo menos se había ahorrado desilusiones y sufrimientos.

—Ahora va bien —dijo el regidor—. Hagamos la última prueba. ¡Número cuatro!

En un tris se encontró amarrado en la misma situación que los infortunados precedentes. Estaba de espaldas al operario, y no podía esperar el lanzamiento del dardo, pero oyó a la perfección cómo el primero se clavaba en la diana, aunque alejado del blanco, lo pudo ver por el rabillo del ojo. La puerta se abrió y entraron cuatro hombres a la sala. El operario disparó el dardo de nuevo, esa vez muy cerca del blanco.

—Caballero —dijo el regidor—, ¿a qué debemos el honor de vuestra visita?

—Rutina de seguridad, favor para el invitado especial —respondió una voz profunda y vibrante que inquietó vivamente al número cuatro.

Sin poderlo evitar, se retorció y se le escapó un gemido.

—¡Silencio! —dijo el regidor.

—Bajad a ese hombre de ahí —dijo la voz profunda, con entonación de asco.

Cuando lo descolgaron, el número cuatro miró abrumado la imponente figura del Caballero.

—¡El Fidai Allenair! —murmuró.

—¡Silencio, he dicho! —dijo el regidor.

El Caballero se volvió hacia el número cuatro, y su cara adusta no se modificó lo más mínimo. La mirada fría volvió al regidor.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién. Caballero? —dijo el otro; Allenair señaló al número cuatro sin mirarlo, y el regidor se encogió de hombros.

—Mandadlo esta noche a mi casa —dijo secamente el Caballero.

—Pero la Apotropía... —dudó el regidor.

—¿Es un criminal peligroso?

—No lo sé, pero comprenderéis mi responsabilidad...

—Os firmaré una exención sellada —dijo el Caballero en un tono que no admitía réplica—, pero lo quiero a las ocho de la tarde en mi casa; enviadlo con cuatro Guardias. Y ahora, dejadme comprobar los aparatos de seguridad.

—Ahora mismo. Caballero —dijo el regidor, y señaló al número cuatro y se dirigió a su ayudante—: Ya lo has oído, muévete.

El ayudante dio las órdenes pertinentes, y el número cuatro, aún sin acabar de creerse lo que le acababa de pasar, salió de allí con una custodia tan ambigua como su agradecimiento, como su pesar.

XXI

A la hora señalada, un Teniente de los Imperiales al frente de cuatro Guardias llevó al hombre perdido en sí mismo a la puerta de la residencia del Caballero de Capilla Per Allenair, un palacete antiguo que permitía suponer la ascendencia noble del propietario. Un criado de aspecto nada servil les abrió.

—De acuerdo con las órdenes —dijo el Teniente—, os hago entrega del Número Seiscientos dieciséis millones doscientos treinta y seis mil sesenta y ocho.

—Adelante —dijo el criado, y firmó el papel que le presentaba el Oficial; después se dirigió respetuosamente al individuo aludido por el Guardia—: Caballero, tened la bondad de pasar.

—¿Queréis que deje dos soldados, para más seguridad? —preguntó el Teniente; el criado lo miró con desprecio.

—Os lo agradezco, no es necesario —dijo, y les abrió la puerta; cuando estuvieron fuera, se dirigió de nuevo al invitado—: Si gustáis, Caballero Neblí, el Caballero Allenair os espera.

Lo condujo a una sala donde, de pie, el Caballero lo recibió.

—Fidai Neblí —dijo con una sonrisa contenida que revelaba una fuerte emoción —, no sabéis cuánto me alegra haberos encontrado.

Ígur se resistió desesperadamente al pánico que le producía la idea de un desfallecimiento inmediato.

—¿A qué os referís? —balbució—. ¿Dónde me habéis encontrado? ¿Por dónde me buscabais, de dónde me he perdido? —La expresión del anfitrión pasaba lentamente de la sorpresa dolorosa a la tristeza calmada, como si se hiciera cargo de una situación penosa—. ¿Por qué os alegráis de encontrarme, si vos y yo nunca hemos sido amigos?

—Os ruego que os tranquilicéis. ¿Cómo es posible que alguien diga, y precisamente vos, que nunca hemos sido amigos?

Ígur se hizo añicos en la inmensidad magnánima de aquella mirada clara; habría querido verse en ella como el que ha acabado la juventud con serenidad y sin debilitarse, como aquel que, más fuerte que los demás, sobrevive al naufragio y entra confiado y generoso en la noble competición de los obsequios, pero se abandonó sin resistencia, extenuado, disuelta la voluntad y el orgullo como una criatura que cae en los brazos de los suyos después de un mal paso, y con el placer del desarbolamiento, se lanzó a las lágrimas con toda la fuerza acumulada en tantas incertidumbres y temores.

—Os ruego que me excuséis —dijo sollozando, firmemente decidido a expiar el desastre que llevaba dentro.

Allenair respetó su desahogo, y cuando le pareció que se recuperaba, le habló con

voz confortadora.

—Caballero, entiendo que habéis pasado tragos terribles. Tal vez queráis noticias de la situación actual del Imperio.

Ígur levantó la cabeza.

—¡Ya la sé! Lo que no entiendo es mi posición. ¿Por qué ha desaparecido todo lo que yo había tocado antes de la Prisión? ¿Por qué ha desaparecido el Laberinto sin que nadie se atreva a hablar de ello?

—¿El Laberinto? —dijo Allenair, perplejo.

Ígur se echó las manos a la cabeza.

—Un momento —dijo intentando no caer de nuevo en el descontrol del gemido—, antes de contarme lo que son las cosas, creo que debierais saber lo que yo recuerdo.

—No me atrevía a pedíroslo —dijo Allenair con suavidad—, visto cómo os encontráis, pero creo que nos ahorraría sorpresas y dilaciones.

Ígur hizo una relación detallada del aprendizaje en Cruiaña al lado de Omolpus, sin olvidar a los condiscípulos, Milana en lugar destacado, la ida a Gorhgró, el Acceso a la Capilla y la peripecia del Laberinto con Debrel y el mundo del Palacio Conti, desistiendo de hacer una clasificación paulatina de los hechos de acuerdo con el grado de discreta sorpresa del interlocutor ante un nombre determinado o una situación, y sí, en cambio, arrepentido a cada cosa que rememoraba de tanta imprudencia suya, de tanta codicia, de tanta soberbia, sin que lo detuviera una última brizna autocrítica que le hacía apreciar cómo el Imperio había conseguido que encontrase un consuelo verdadero en la más completa y sincera autoacusación, a la vez que en la sensación de desastre irreversible encontraba la mejor ligereza de liberación.

—Y eso es todo, Caballero —dijo al final, satisfecho del peso que se había quitado de encima.

Allenair lo miró abrumado.

—Caballero, no os puedo ayudar. Mejor dicho, no sé cómo podría ayudaros sin causaros un perjuicio más grave del que ya os han infligido. Sabed tan sólo —vaciló— que habéis sido... que para mí no dejaréis nunca de ser uno de los más nobles Fidai que ha tenido la Capilla del Emperador.

Ígur hizo un esfuerzo para no volver a desbaratarse en lágrimas. El delirio por hacerse perdonar había cedido en él por completo al delirio autoinmolador.

—¿Y vos y yo no estamos en bandos contrarios? —dijo, ahogado de angustia, y el otro negó con un gesto—. ¿Nunca lo hemos estado?

—Allenair continuó negando, y para ello ahora ya le bastaba, por extensión, con la tensa inmovilidad de la mirada. —Y vos... sois un Astreo negro, ¿no? —El Caballero lo miraba tan fijamente que Ígur sintió cómo el desmoronamiento volvía

con más fuerza que nunca, y sintió que el Laberinto es un nudo, y nunca sabría qué es antes y qué después, y qué ha sido dentro y qué fuera—. . . ¿Insinuáis que el Laberinto es un recuerdo que me han fabricado en la Prisión? Pero ¿por qué?

Allenair abrió los brazos.

—Poco más os puedo decir —murmuró con una preocupación que Ígur intentaba desesperadamente interpretar paso a paso sin que nada se le escapase, pero también sin que el pánico le hiciera confundirse o excederse—; en este estado sois demasiado vulnerable. Lo que ha pasado en el Palacio Golring o en la Bruijmathron se puede repetir, y si no tenéis la suerte de que yo o algún otro que os conozca os vea. . .

La angustia de Ígur se tomó un receso. Se le ocurrió que los últimos hechos, incluida la aparición a última hora de Allenair en la sala de Juegos del Palacio, eran un montaje para socavar su personalidad.

—Quisiera saber qué es verdad y qué no lo es de todo lo que os he contado.

Allenair sonrió.

—Eso es metafísica, amigo mío. Todo es verdad, todo es mentira. . . Cuando vos interpretáis vuestro recuerdo, ¿quién soy yo para desmentirlo?

—Yo no lo veo así. . . Os lo diré de otra forma: ¿dónde están las personas de las que os he hablado?

—A Milana lo matasteis vos tal y como habéis explicado, a pesar de que las circunstancias, en fin. . . De Debrel y de su mujer hace tiempo que no se sabe nada, Marterni es el Parapótopo, Bruijma es el primero entre los Príncipes, Ixtehatzi murió retirado hace siete años, Berkin es el Decano de la Capilla, Ifact es el Equemitor de Recursos Primordiales. . . —Miró la expresión tensa de Ígur—. Os comprendo, Caballero. No os podéis fiar de nadie, y yo no seré la excepción. Lo único que puedo hacer por vos es facilitaros un viaje a Lauriayan, al Palacio Gudemann, que es quizá el lugar donde las cosas han cambiado menos en relación a como las recordáis. Quizá entre el Conde y Madame Brosmana encontraréis la paz, si no podéis encontrar las respuestas.

Allenair mandó servir la cena.

—¿Puedo saber cómo y por qué fui a parar a la Prisión?

—Claro, si no lo recordáis no tengo inconveniente en decíroslo —dijo Allenair—, pero me pregunto hasta qué punto es mejor que lo mantengáis en el olvido.

—¿Por qué? ¿Qué teméis que haga?

El Caballero lo miró con afabilidad.

—¿Estáis en condiciones de manejar la espada y el fusil? ¿Estáis ágil como antes? —Sonrió sin esperar respuesta—. Lo que temo que hagáis es lo que os podría volver a. . .

Ígur soltó los cubiertos con más desesperanza que rabia, con un cansancio incommensurable.

—Ya lo entiendo. Soy un insolvente en todos los terrenos. ¡Más valdría que me devolviérais al Palacio Golring!

Allenair sonrió con resignación.

—No preciso deciros que en lo que decidáis, os ayudaré sin reservas —dijo con suavidad.

—No debo tener muchas alternativas —dijo Ígur, intentando sonreír—, estoy en vuestras manos. —Dejó una pausa dilatada—. ¿Qué ha pasado con mi sello?

—Lo mandaré reclamar a la Agonía de la Prisión, no os preocupéis, y os lo haré llegar a Lauriayan. Entre tanto, tomad el mío. Dejó en la mesa un piedra cuadrada de un azul intenso, con un águila negra en bajorrelieve.

—Pero ¿y vos? —dijo Ígur, mirando el sello sin atreverse ni a tocarlo.

Allenair hizo un gesto de indiferencia.

—Yo vivo medio retirado, prácticamente no lo utilizo. Seguramente el año que viene solicitaré la Magisterpraedicatura —dijo—. Ya me lo devolveréis cuando recibáis el vuestro.

—Como digáis —dijo Ígur, pensando que en el salón central del Palacio, Allenair no se le había antojado precisamente un Caballero medio retirado, pero como en su situación no le veía objeto a desconfiar de la única persona que lo trataba bien en muchos años, no insistió—. ¿Cómo iré a Lauriayan?

—Pasado mañana va hacia allí nuestro amigo Deiri Cotom, ¿lo recordáis, verdad? Podéis ir con él. Mientras tanto, sería un gran honor que aceptaseis ser mi huésped.

—El honor será mío —esbozó una sonrisa forzada—. Nunca olvidaré vuestra comprensión y vuestra ayuda.

Acabaron de cenar, y después Allenair quiso indicarle en persona su dormitorio.

—¿Necesitáis algo más? —le dijo en el umbral de la puerta.

—No; es decir, sí, quisiera haceros una pregunta. —Allenair esperó atento—. El Emperador... ¿dónde está? Quiero decir, ¿lo habéis visto? ¿Ha hecho alguna aparición pública? Me refiero...

Allenair sonrió y desvió la mirada.

—Queréis decir si existe, ¿verdad? —Ígur no hizo ningún gesto—. Caballero, necesitáis un buen reposo más de lo que yo creía. El Emperador es un atleta, un cazador de primera categoría, un practicante de la pesca submarina insuperable y un esgrimidor tan notable que necesita practicar con los Fiadi Invictos si quiere un rival a su altura.

Decidido a superar la opresión emotiva que no lo abandonaba, Ígur creyó por un instante que ésa era la prueba definitiva que confirmaba sus sospechas.

—Una última cuestión: Sadó... quiero decir Madame Golring —sonrió, incomodado—, vos la tenéis que conocer, esta tarde no erais un extraño en su Palacio. —Allenair se mantenía a la expectativa, y cuando Ígur notó que el anfitrión

no le concedería el respiro de dar la pregunta por formulada, se armó de valor—: ¿dónde está? ¿Es la amante de los Príncipes, tal como dicen?

—Muy bien. Caballero —dijo Allenair—, vuestra capacidad asociativa mejora, vais recordando. —Dejó una pausa como si buscara la frase precisa—. A Madame Golring no le basta con los Príncipes, es la amante del Emperador.

En la brumosa lejanía del horizonte Sur del Mar de Hierro, contra el exceso sobrecogedor de la luz hiriente, lentamente se definía la silueta azulada de la Isla de Lauriayan, abrupta formación rocosa que desde las ferocidades urbanas de donde procedían maravillaba por la aparente ausencia de la mano del hombre, la falta de indicios de la barbarie que se concede en llamar civilización. A pesar de la poca altura, el helicóptero abrazaba la extensión completa y, aún poco antes de aterrizar en el heliopuerto de la llanura que prolongaba tierra adentro la placidez orográfica de la bahía, era posible ver mar alrededor de toda la Isla hasta que la disminución de la altura interpuso la colina Sudoeste y la Sudeste, que en su cima sostenía, como un nido de águilas, el incomparable Palacio del Conde Gudemann.

Por el camino desde las pistas de aterrizaje, Ígur rompió el silencio que desde Gorhgró le había inspirado la presencia de Deiri Cotom, el enano del que venían tan funestas resonancias, y, a través de la sorpresa corporal que procediendo de Gorhgró infligía el clima tórrido, la breve conversación acentuó la prevención que los dudosos recuerdos habían instalado. Llegaron a la puerta del Palacio, y allí el criado los introdujo en la salita a la que pocos minutos después entró la Condesa Brosmana, una mujer en el inicio de la madurez, con las facciones severamente surcadas por el castigo de los excesos, y en los ojos una rara ebullición, entre extrañada y agresiva.

—Pasad —dijo—, el Caballero Allenair nos ha avisado de vuestra llegada.

Ígur tenía un recuerdo impreciso de la estancia, y todo le parecía cambiado. Le asignaron una habitación en la parte de poniente, abierta al interior de la Isla, desde donde se veía el continente, y allí se aposentó y se quedó, enfrentado a todos los vacíos finalmente recuperados, hasta que le anunciaron la cena.

—Caballero Neblí —dijo Madame Idania, en la cabecera de la mesa—, es para mí un gran honor daros la bienvenida, y expresaros mi sentimiento de satisfacción y el de todos los presentes de que hayáis aceptado nuestra invitación. Sabed que ésta es vuestra casa, y podéis quedaros en ella tanto tiempo como gustéis.

A continuación hizo las presentaciones: a Madame Fulvia y la condesa Brosmana ya las conocía, y además de Cotom había una pareja de mediana edad, Sicander y Bitiana, y dos jovencitos, Niñolius, de ademanes afeminados, y Prepes, de baja estatura y barrigón. Ígur se sentaba a la derecha de Madame Idania, y a su otro lado estaba Deiri Cotom, y en un momento que le pareció que por la animación de la charla no los oía nadie, se le dirigió en voz baja:

—¿Y el Conde Gudemann?

Cotom lo miró, sorprendido.

—¿No os lo ha dicho el Caballero Allenair? El Conde murió hace dos meses.

A Ígur se le cayó el alma a los pies.

—¿Cuándo?

—Es posible que el Caballero Allenair no lo supiera —dijo el enano, con poca convicción—. Por razones que ahora serían demasiado largas de explicar, la muerte del Conde se ha mantenido en secreto, y el Caballero Allenair ha estado tan ocupado que muy bien pudiera ser que no se haya enterado.

A lo largo de la conversación, Ígur supo también de la muerte de la señora Melisenda, y que el Magisterpraedi Triddies, de edad muy avanzada, vivía en sus posesiones, radicalmente retirado de cualquier contacto social. Después de cenar, la anfitriona ofreció infusiones y licores en una dependencia acondicionada para una estancia más reposada.

—Así pues, Caballero —se le dirigió con amable discreción—, ¿qué proyectos tenéis en perspectiva?

—Madame —dijo—, creo que el silencio y la meditación, que tan generosamente hacéis posible aquí, serán mis consejeros por un tiempo, y después decidiré, si me queréis continuar honrando con vuestra ayuda.

—¡Por supuesto! —dijo ella—. La mía y, no lo dudéis, la de todos los presentes.

Ígur miró a su alrededor. El aburrimiento apagaba las facciones de Fulvia y Brosmana, sonrisas apenas esbozadas desdibujaban las de Cotom, Sicander, Bitiana y Niñolius, y Prepes estaba absorto en la contemplación de los reflejos metálicos de la copa que sostenía a contraluz con dos dedos.

—Hemos pensado —dijo Sicander— que, sabiendo por otras fuentes de la extraordinaria vida del Caballero Neblí, nos gustaría mucho oír de su propia voz alguno de los capítulos que él considere más interesantes.

Sicander miró a Niñolius y Brosmana, y los tres contuvieron una sonrisa.

—Seguro que el Caballero está cansado y no tiene ganas de hablar —intervino Madame Idania.

—Al contrario, Señora —dijo Ígur con aplomo—, estaré encantado de complacer a vuestra distinguida concurrencia.

Y ante tan incierto auditorio se adentró en la noche en el relato de la oscura vicisitud del Gran Laberinto de Gorhgró.

XXII

—Hace días que no nos dirigimos la palabra —murmuró Fulvia—, es más, creo que ayer no lo vi en todo el día.

—Yo hablé con él ayer —dijo Bitiana.

El sol matinal aún no era lo bastante fuerte como para resultar insoportable en el porche interior del Palacio Gudemann.

—¿Y qué?

Fornidos y silenciosos masajistas manipulaban las adiposas espaldas desnudas.

—La obsesión le va en aumento. Está convencido de que el aparato de seguridad imperial en pleno está comprometido en ocultar a la opinión pública todo lo referente al Ultimo Anillo de Laberintos.

—¡Pobre Ígur!

—Lo malo es que Brosmana parece que se divierte, y de vez en cuando se dedica a hurgar en su desazón.

La presión de las manos en la parte alta del tórax dificultaba la articulación oral de Fulvia.

—No importa lo que le digas —dijo—. Cuando he querido distraerle del asunto, ha sido peor. ¿Sabes qué ha llegado a decirme? —La otra dejó en silencio la respuesta—. Que el Quinto Laberinto existe, y que algún día vendrán a buscarlo para guiar al Entrador.

Rieron sin entusiasmo. Bitiana se volvió boca arriba, y el masajista prosiguió, empezando por los pies.

—¿Sabes de dónde saca todo eso? De la fijación legalista. Considera que la Administración se ha portado muy mal con él, y ha solicitado el título de Magisterpraedi.

—¿Para qué? Mientras Idania lo mantenga, y Brosmana ya ha dicho que si el Palacio cae en sus manos la situación de Ígur no cambiará, no tiene problemas de subsistencia.

—No se trata de la pensión del Magisterpraedi, sino del reconocimiento; del honor, podríamos decir. Claro que no entiendo qué valor puede tener para él el honor otorgado por el Imperio, después de cómo lo han tratado...

—¿No le basta con el sello de Caballero?

Bitiana se incorporó ligeramente para responder.

—¿Tú lo has visto, el sello?

Fulvia hizo un gesto de obviedad.

—Es de suponer que se lo enviaron de Gorhgró, si no ya lo habría reclamado. O, en todo caso, sin el sello de la Capilla no se le ocurriría reclamar la Magisterpraedicatura. —La otra continuaba interrogando con la mirada, y Fulvia se

impacientó y se volvió siguiendo la presión del masajista, que había pasado a moverse entre sus nalgas—. No, no lo he visto.

Bitiana sonrió con satisfacción.

—Alguien que mezcla los hechos como él, es capaz de cualquier invención. ¿Sabes que Idania un día tuvo que llamarle la atención?

—No. ¿Por qué?

—Imagínate: se ve que para demostrar sus teorías estaba empeñado en contactar con grupos residuales de La Muta en Gorhgró y en Bracaberbría —rieron—, incluso utilizó el Cuantificador del Palacio. Lo malo es que la conversación parecía una conspiración de verdad. —Fulvia soltó una carcajada—, y, claro, Idania tuvo que hacerle comprender que nos comprometía a todos sin motivo.

—¿Sin motivo? —preguntó Fulvia maliciosamente.

Bitiana le dio algunas indicaciones al masajista, y al acabar se volvió de nuevo.

—¿Sabes por quién acabó por preguntarme? —Dejó un silencio retórico—. Imagínatelo. Por la Golring.

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad. Pobre hombre, ¡aún decía que si era la amante del Emperador! Le conté la boda con el Príncipe Gimdrail, que tienen dos hijos, y demás.

Se hizo un silencio.

—Por cierto, ¿qué se sabe de la Golring? Acostumbrada a la vida de Gorhgró... —dijo Fulvia; Bitiana hizo un gesto de desgana.

—El Príncipe es un hombre de mediana edad apartado de la política, gran mecenas y propietario rural poderoso; el Palacio en el que viven, en un bosque cerca de Taidra, es uno de los más imponentes de todo el Imperio, y la Golring es como la reina de un imperio apartado.

—¿En qué sentido? —preguntó Fulvia, y la otra rió.

—No en el que te imaginas. La Golring ha llegado a un punto perfectamente respetable —sonrieron con inclinaciones diferentes—, está tranquila, es feliz... su vida es menos brillante que en Gorhgró o en Silnarad, y se habla mucho menos de ella, en fin, que teóricamente ha perdido poder, si es eso lo que querías que dijera, pero lo que ha ganado en estabilidad no va en detrimento de su calidad social —levantó las cejas—. Por cierto, cuando se lo conté a Ígur, parecía decepcionado.

—Supongo que le ha decepcionado que el Emperador se casara con la Princesa de La Valaira.

Rieron.

—Imagínate, para él, qué delicuescencia, ¡la Golring Emperatriz!

Después de un silencio, Fulvia dejó caer los brazos fuera de la litera y le dio una nueva indicación al masajista.

—¿Crees que lo harán Magisterpraedi?

Bitiana esbozó un gesto de lástima displicente.

—Antes me harán a mí peluquera de la Capilla del Emperador.

Soltaron grandes carcajadas, y cada cual en su postura preferida ordenaron a los masajistas que acabaran su trabajo de acuerdo con la tradición.

Un mediodía, en el comedor de otoño del Palacio Gudemann de Lauriayan.

—¿Dónde está hoy el Caballero? —preguntó la Condesa Brosmana, que presidía la mesa.

—Demasiado ocupado con los cálculos de calendario —dijo el joven Torli—. Ya lo sabéis: ahora hace justo el doble desde que llegó de la capital, que el tiempo transcurrido desde que lo metieron en la Prisión hasta que le pegaron siete cuchilladas al pie del Laberinto...

Hubo risas de cortesía.

—No creo que quiera celebrarlo con nosotros —dijo Madame Enoldia.

—Por lo menos —dijo Brosmana—, algo hemos ganado. Ahora ya no quiere recomponer ninguna secta —rieron—, ¡ya podemos dejar de temer que nos acusen de conspirar contra el Imperio!

—¡Ojo, no es que la política no le interese! —precisó Torli—. ¡La lucha entre Reinjart y Timieus por la primacía de los Príncipes le ocupa horas!

—Sí —dijo el amigo de Torli, un tal Minteus—, pero tiene una visión de las cosas muy particular. Pretende ignorar que Cruiaña es la cuna de los Astreos negros.

—De hecho —dijo Brosmana—, no deja de tener lógica: ya que los Astreos negros están en el poder, ¿por qué tiene que vivir exiliado si él es uno de ellos? Lo curioso del caso es que no reniega de nada, tiene muy presente el viejo dicho: te vayan las cosas como te vayan, no caigas en la ridícula vanidad de considerar que has dilapidado tu existencia, y aún menos de ofrecerla como una muestra de serenidad y sabiduría... Ya lo veis, ¡vive lleno de esperanzas!

Los seis tomaron impulso a la vez para hablar, y se hizo un silencio y una sonrisa cortés.

—Del hecho de que nadie lo haya venido a buscar para entrar en el Quinto Laberinto —dijo Minteus— ha deducido que cabe la posibilidad de que tal Laberinto no exista, pero en ese caso el círculo de Perighart, Eraji, Bracaberbría y Gorhgró queda incompleto, y ya que él no es el escogido para guiar al Entrador del Último Laberinto y, naturalmente, morir dentro tal y como manda la tradición, ha sido llamado a rendir cuentas de su responsabilidad histórica como constructor.

—Ya veis lo que pasa por abusar de las Demeterinas —dijo Enoldia.

—¡No —dijo Brosmana—, lo que lo ha vuelto loco ha sido la geometría!

—A mí me ha dicho que cualquier día lo vendrán a buscar, pero no me ha hablado para nada de construir el Quinto Laberinto, sino de entrar en él —dijo Torli.

—Sí —dijo Brosmana—, depende de cómo le dé; un día me dijo que él es el

último peldaño de una Fonotontina Cubierta Traspuesta que los Príncipes juegan sin participar como pacientes: tan sólo mueven las piezas y cobran las ganancias, y las piezas son los Laberintos, las grandes damas y los Caballeros. —Hubo risas—. Invocó la Escala de Debrel, y me dijo que hiciera saber a la instancia pertinente que está dispuesto a colaborar. —La interrumpieron sonoras carcajadas—. ¡Lo ha reiterado a menudo! —Se dirigió al comensal de la derecha—. Señor Cotom, hacía tiempo que no nos visitabais. ¿Cómo encontráis al Caballero? —El viejo enano se encogió de hombros—. ¿Creéis que se puede cambiar el pasado?

—¡Claro! —dijo el enano riendo—. El pasado, al revés de lo que la gente cree, es lo más fácil de cambiar. Si no lo consigues, si no convences, siempre queda el recurso de confundir, y cuando a algo tan esencialmente confuso como el pasado le añades confusión, el éxito está garantizado. —Se hizo un silencio expectante—. La última vez que vi al Caballero, cuando aún se podía hablar con él, se lo dije. Ofiuco no era zodiacal cuando la Polar era la Alfa del Dragón, sino que lo era el Escorpión, en los tiempos en que la Cruz del Sur era visible desde buena parte del Hemisferio Norte. La precesión no tan sólo modifica los Polos y, por supuesto, la posición relativa del sol respecto de las estaciones, sino también la eclíptica, eso es de geometría elemental. Este, y no la victoria de aristotélicos sobre platónicos, es el sentido que tiene la caída del Águila, que como constelación nunca será, ciertamente, zodiacal, y en cualquier caso nunca lo sería en detrimento del Escorpión, sino del Sagitario. Le dije que quien había intentado convencerle de eso, por fuerza tenía que intentar justificarlo en un terreno diferente al de la astronomía, donde era insostenible. Sí, pero, me dijo, ¿en cuál? Le dije, atención Caballero, que los contrarios no resuelven el mundo, la lógica del contraelemento complementario no excluye en la realidad al resto del mundo tan bien como lo hace sobre el papel; ni hoy en día se identifica comúnmente hermético con egipciaco, ni lo contrario de Egopatía es Ludopatía, y porque os mantengáis en tan malsano abrevaje de las incertidumbres de la personalidad en la complacencia en el azar que se extrae de los Juegos, no podréis justificaros ante nadie como hebefrénico, y aún menos ante vos mismo. Acusó de corruptos y traidores no queráis saber a quién, y le dije que Sadó no se había enamorado de nadie más que de Fei, y despechada por su rechazo se empleó a fondo para desbancarla del corazón de la Conti para empezar, que se volcaba en Fei más que en nadie, y cuando vio que no lo conseguía, atacó corazones más débiles, o por lo menos más arrepentidos y asequibles. Le dije, el odio es en vos más fuerte que el amor, porque si no, habríais salvado a Fei.

El silencio unificaba expectativas.

—¿Y qué os dijo?

—Creo que conseguí que sintiera más allá de sí mismo, pero cuando se dio cuenta de que por ese lado podía reaccionar al Laberinto, lo encaminó todo en esa dirección,

y ya no lo pude sacar de ahí.

—¿Qué hicisteis? —insistió Brosmana.

—¿Qué podía hacer? Para él el Laberinto es la estrella de los reconocimientos, como lo era para los Yrénidas, pero de forma más palpable, es decir, más peligrosa. Las ciudades se hunden, Bracaberbría casi no existe ya, el Hegémono Marterni se ha aprovechado de las desavenencias entre los Príncipes para hacerse con un poder formidable, ¡pero qué es todo eso para alguien que tan sólo respira geometría moral!

—No acabo de entender —dijo Torli— cómo pretende reaccionar al Laberinto. O se ha vuelto loco, o habla metafóricamente.

—Sobre eso —dijo Cotom—, mis conocimientos no me permiten dictaminar. No he estado dentro de su Laberinto. —Los demás rieron, pero el enano mantenía una gravedad inusual—. ¿Si habla metafóricamente...? ¡Yo qué sé! Él cree que el verdadero Laberinto aún está intacto, incluso me enseñó unos esquemas sobre la predilección verdadera de la Reina, creo que lo llamó, y creed que me costó saber de qué me hablaba, pero por nada del mundo se me hubiera ocurrido tomármelo a la ligera. Eso lo llevó en una dirección equivocada, aunque sólo a él, porque Hydene sabía muy bien lo que quería, que no tenía nada que ver con la conquista de un Laberinto que le daba igual, y ahí queda para cada cual el grado de metáfora necesario para decidir si el Caballero está dentro del Laberinto o fuera, y el carácter lógico de tal Laberinto, si tiene explicación en términos aceptables del lenguaje corriente y de los números, o bien, más allá de todo eso, si la propia Ley del Laberinto corresponde a una realidad o es un absurdo inventado para distraer a los incautos. Él cree que el error principal fue ignorar que la solución era dinámica, es decir, irracional en el sentido matemático de la palabra, y que el tiempo tiene un crecimiento gnomónico. Y, claro, eso lo hace indiferente a los apoyos que se le puedan proporcionar.

—¿Sabe que el Conde intercedió para que saliese del Hospital? —preguntó Torli.

—Sabe que cuando salió del Hospital era un indigente absoluto, y que cuando llegó aquí Gudemann acababa de morir —dijo Cotom—. Entonces empieza la desesperación. Pasa el tiempo y no pasa nada más que el tiempo. Cada día es más difícil que nada se mueva si no es para desaparecer, y las perspectivas de salir de ahí son poco consistentes. Se han terminado los tiempos de la nostalgia, nunca han existido las noches de impaciencia, deseo y placer. Como si en cualquier momento pudiera descubrir que es otro, como si el recuerdo no se alimentase de felicidad. Ya no duerme como antes, cada sueño es una batalla, y el alba le hace saber que una vez más la ha perdido. —Cotom se detuvo; le escuchaban en un silencio impresionante—. No le queda ni la certeza de saber a qué servicio ha estado, y cuál es la ganancia y cuál la pérdida.

—¡Qué tiempos nos ha tocado vivir! —dijo Madame Enoldia—. ¡Una verdad

contradice a otra verdad, y mirad en cambio cómo conviven las mentiras!

—Supongo que nadie le habrá contado los últimos nombramientos imperiales —dijo Brosmana.

—¿Os referís a la Administración periférica? —preguntó Minteus, atento a signos de aprobación o de menosprecio—. Aumdi como Margrave de la Oybiria Superior, Cuimógino como Polar de Breia...

—La esencia de la cuestión —dijo Cotom— es si uno quiere saber o no quiere saber. Hasta qué punto, o a qué precio, se está dispuesto a conocer, a descubrirlo todo caiga quien caiga, y en eso, ahora que, además, al final la historia se afina hacia un monólogo entre uno mismo y el mundo y, por tanto, el Juego Diferencial se acerca asintóticamente a la suma cero, la repetición juega un papel fundamental. La repetición es el espíritu de todo reconocimiento, pero el precio sentimental puede ser tan alto que seque para siempre la capacidad de convivencia. —Miró a los silenciosos reunidos—. ¿Estáis dispuestos a pagarlo?

—Escopofilia vivencial —dijo Torli, y todos rieron.

—Más bien coprofilia —gritó Brosmana por encima de las risas.

Tan sólo Cotom no reía.

—¿Tenéis idea de lo que es —prosiguió— vivir siempre con falsas esperanzas? Va más allá de cualquier Fonotontina, es el Juego final de la inmovilidad. Todo Laberinto implica, en la resolución, movimiento; pero éste lo gana el último que se mueve, y recibe como premio la tristeza, el título, ciertamente efímero, de superviviente. ¿Podéis imaginar lo que es pasar por el mismo sitio de siempre, y encontrarlo cada vez más solitario y más en ruinas? ¿Y, al final, cuando ya no tienes forma de saber si has ganado o has perdido, y no quieres saber hasta qué punto te da igual, no atreverte a moverte, desesperarte por no poder hacer nada más que estarte quieto, a la espera de un reconocimiento que sabes que no llegará? ¿Qué ha sido de ese anhelo de racionalidad de quien aún cree que la vida le debe tantas cosas?

—Las falsas esperanzas acaban construyendo una forma de locura —dijo Brosmana con ligereza.

—Una apariencia de locura —precisó Cotom—. Siempre te quedará la duda, ¿no es eso? Si no tuvieras esa duda hace ya tiempo que te habrías quitado al Caballero de encima, ¿no es verdad, Condesa? —Dejó un silencio que no rompió ningún desmentido—. Bien, ya lo veis, los enigmas geométricos del tiempo son más intrincados que nunca, y la esperanza no debe ser tan falsa si su sombra nos cubre a todos, aunque sea en medida tan ínfima como no sois capaces de reconocer.

—Os desconozco, amigo mío —dijo Brosmana—. Tal y como habláis, parece que consideréis la presencia de una carga más pesada de lo que cualquiera de nosotros parece admitir, y que vos incitáis a compartir. ¿Predicaréis con el ejemplo?

Cotom rió.

—No he bebido en exceso. Condesa, si es eso lo que pensáis. Ese tipo de cargas no se pueden compartir, lo sabéis mejor que yo, ¿lo recordáis?

—Evocó con una sonrisa a la que las facciones grotescas no hacían justicia, y que incomodó a los demás. —La inteligencia que no deja respirar, porque el infortunio está a pocos milímetros de la felicidad... Respirar con el espíritu o bien respirar con el lenguaje... ¡Oneiros, el Entrador que no duerme, el que no se representa a sí mismo!

—Quizá —dijo Minteus con una timidez fingida— es que antes del reconocimiento debe llegar la disolución. ¿Qué sentido tendría si no?

Pero Brosmana había quedado fijada en las últimas palabras de Cotom, que ahora, envejecido, le parecía especialmente dignificado por un pasado de orgías y vulgaridad.

—Puede no representarse a sí mismo, pero ¿puede pertenecer a sí mismo? —dijo, y se hizo el silencio.

—Es lo mismo que decir: ¿puede ser él mismo? —dijo Cotom.

—¿Es una pregunta? —prosiguió Brosmana—, ¿o una afirmación?

—Ahí lo tenéis —dijo Cotom, levantándose de la mesa—. Estamos en vuestra casa, a favor de todos, más lejos de la suma cero que el huésped ausente, y lo mismo da una pregunta que una afirmación.

XXIII

—¿Cómo dijo Torli que se llamaba? —preguntó el Teniente Alamari al Sargento Dubin.

—Nige, me parece. Caballero Nige, Señor.

El Teniente esbozó un gesto de lástima.

—Ni él mismo recuerda cómo se llama.

Sonrieron. El otoño se extendía ocre y punzante de retrocesos cárdenos por las terrazas del Palacio Gudemann, convertido en almacén de Intendencia de los Oficiales de la Guardia Imperial. El Sargento se levantó para retirarse.

—¿Algo más, Señor?

—Leedme el Informe, tal y como ha quedado.

—Muy bien, Teniente. —Abrió los papeles—: 'El día veintinueve de Septiembre, y durante el paso por la ciudad de Polcarm de la Comitiva Imperial en viaje de reconocimiento, se apreció la presencia activa de un individuo de edad desconocida, comprendida entre cincuenta y cinco y sesenta y cinco años, que según propia declaración pretendía una entrevista con Su Majestad Imperial en persona y con el Excelentísimo Hegémono Marterni; detenido el individuo antes de que la aproximación llegará más allá de los Suboficiales de la Guardia, y hechas las oportunas investigaciones y diligencias, ha resultado tratarse de un pretendido Caballero de Capilla, extremo que ha sido imposible, hasta la hora presente, contrastar de forma determinante, y que responde al nombre de Nige o Negé, ocupante por concesión subsidiaria de una de las habitaciones inferiores del antiguo Palacio Gudemann de la Isla de Lauriayan, posiblemente, aunque también ese punto está pendiente de comprobación, en concepto de vigilante, lo que en principio cuestiona seriamente, por no aventurar que invalida sin paliativo, la posibilidad de que el detenido ostente en verdad el título aludido. Las únicas instrucciones que se han procesado hasta ahora, en previsión de que pudiera tratarse de un agente del terror, de un provocador a sueldo de antiguas órdenes militares, o simplemente de un francotirador fanático, han resultado negativas, y no parecen revestir relevancia significativa las declaraciones del detenido, consignadas en el primer apéndice las referentes a la aludida acción en proximidad a la Comitiva Imperial, que ofrecen más bien la apariencia del delirio de un demente senil prematuro. En consecuencia, a la espera de completar el presente expediente y, en cualquier caso, a título preventivo, el presunto Caballero Nige o Negé ha sido reenviado bajo vigilancia a su residencia habitual ya citada, donde se han confirmado en parte, pero de forma no totalmente excluyente, los términos hasta ahora descritos, a través del Brigada Gestor y de la Mayordoma, los cuales han facilitado la dirección del industrial Torli, que a través del Cuantificador ha podido ampliar la información recibida hasta este momento en el

sentido de que su hermano, desaparecido en adscripción voluntaria a la Apotropía General de Juegos del Imperio, le había, efectivamente, transmitido información, desgraciadamente inconcreta e imprecisa, acerca del hecho de que un presunto Caballero Nige o Negé, neuróticamente atemorizado por la vida cotidiana, hace casi diez años que vive recluido en la citada localidad, sin salir apenas para nada de su habitación y sin más interés por el mundo que sus especulaciones, según el informante del todo alejadas de una realidad que deformaba por sistema, sobre la injusticia que, después de impagables servicios prestados, ciertos Príncipes de primer rango han cometido con él.'

Hubo un silencio.

—Hace tiempo que nos conocemos —dijo el Teniente—. ¿Os preocupa algo?

—No, Señor; es decir, sí. El tono general de estas declaraciones... —Buscó en el Apéndice—. Aquí mismo... ¿Me permitís? —El Oficial asintió, y el Sargento leyó—: 'Ahora se hubiera sabido todo, finalmente. Igual que decir que la luz de la estrella llega cuando ya la estrella no existe es no haber comprendido la naturaleza conceptual del tiempo, por contra, ignorar que los burócratas de Lauriayan hace años que obedecen órdenes pretéritas de un Hegémono que ya no manda, que matan en nombre de nada, es no haber comprendido que el tiempo es la materia prima de la política, pero la última de la felicidad...'

—Parece un poeta —dijo el Teniente.

—¿Un poeta. Señor?

El Suboficial cerró el expediente en silencio.

—Está bien. Sargento. ¿Creéis que falta algún dato significativo por consignar?

El otro esbozó una sonrisa cortés.

—Desde el punto de vista del interés objetivo de la investigación, no, Señor.

El Teniente lo miró con atención, e inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Me parece que habéis hablado extensamente con el detenido, ¿no es cierto, Sargento?

—La verdad es que sí, Señor.

—Y, desde un punto de vista estrictamente personal, ¿qué opináis? —El Sargento hizo un gesto de precaución, y el otro sonrió—. Cerrad el informe y sed sincero, Sargento.

—Señor, he de reconocer que el Caballero... quiero decir que el presunto Caballero mantiene expectativas muy extrañas, y habla de ciertos mecanismos del Imperio de manera sorprendente.

—Explicaos, Sargento. Torli me dijo que, si se trata de la misma persona, el presunto Caballero está convencido de que vendrán a buscarlo para que sea el Guía de Entrada en el Quinto Laberinto.

—No es exactamente eso, Señor. —El Sargento dudó—. Parece que de eso ya

hace tiempo que se ha desengañado. A mí me ha dicho que pronto vendrían a matarlo para que se cumpla la eclosión de sus conocimientos como Cabeza Profética.

El Teniente sonrió extrañado, pero la gravedad del subordinado le impresionó.

—Qué curioso —dijo—. ¿Y vos...?

—Yo no me he pronunciado, Señor. Naturalmente, no creo que eso haya que hacerlo constar en el Informe.

El Teniente miró por la ventana. No había placidez en el reposo; desde aquí, todas las visiones son contraluces.

—Claro. Y espero que no se os ocurra ninguna idea extraña. Una última cosa, Sargento. Esta mañana me ha parecido oír que os preguntaba por la Princesa Gimdrail. ¿Qué le habéis dicho exactamente?

—He creído que era una cuestión inofensiva —respondió el Sargento, palideciendo—. Le he dicho la verdad.

—Está bien —replicó el Teniente con dureza—, ¿y cuál es esa verdad?

—Que el Príncipe tuvo un ataque y quedó impedido y parálítico, y después de que sus hijos, ya mayores, abandonasen el Palacio paterno, empezaron a circular noticias estrafalarias sobre la conducta de ella, de escenas con los palafreneros, de etapas de hipocondría y aislamiento enfermizo alternadas con otras de alcohol y promiscuidad desenfrenada, quién sabe, tal vez en recuerdo de otros tiempos... Ella, que había sido la más joven entre los viejos, hace ya tiempo que no le queda nada por aprender, y es la dueña y maestra de los jovencitos.

—¿Y él qué ha dicho?

—Teniente, él sostiene un pasado doloroso con la Princesa Gimdrail —y ante el gesto de escepticismo del interlocutor, abrió los brazos—; da igual si se lo inventa, el efecto que le produce es el mismo. Parece que le tranquiliza saber que ella no ha obtenido finalmente el poder que muchos le auguraban, y la parte de él que la odia se alegra. Pero también parece que le duela la decadencia de la Princesa, que habría preferido desesperarse al verla convertida en una Emperatriz prepotente, porque por lo menos algo se salvaría de su recuerdo, y no que hasta lo que le había sido adverso se precipite poco a poco hacia la nada.

El Teniente sonrió.

—Que algo sobreviva del pasado, aunque sea el enemigo.

—Eso parece ser, Señor.

Se miraron, distanciados por la dirección de los pensamientos.

—Podéis retiraros —dijo el Teniente.

Trius Pavi, funcionario de la IIIa sección provincial del Catastro, de vuelta del viaje anual de constatación de datos, se alojaba en el Palacio de la Isla de Lauriayan, invitado por el Conservador, compañero de trabajo en otros tiempos. El invierno era ventoso, y el comedor interior no podía resultar más acogedor. En los postres, Trius

no fue capaz de contener más su curiosidad.

—Por cierto, hace rato que te lo quiero preguntar. ¿Aún vive aquí aquel individuo...? —se detuvo viendo la sonrisa condescendiente del otro.

—O eres un hombre muy curioso, o tienes muy buena retentiva, porque ya no queda nadie que se acuerde.

—Ni una cosa ni otra; lo leí en las memorias de Deiri Cotom.

—Ah —dijo el Conservador, decepcionado—, es por eso. Parece mentira, la fortuna literaria de un oscuro Secretario de Parapotropía...

—Yo diría que era bastante más que eso, pero en fin... No has respondido a la pregunta.

El Conservador del Palacio se encogió de hombros.

—Aún vive aquí, por desgracia.

—Me gustaría hablar con él —dijo Trius.

—No te lo aconsejo. Es decir, incluso hemos procurado que no te viera. Creería que eres uno de los que han de venir a por él, ya sabes...

—¿Aún le dura?

—¡Desde luego! Y, además, ahora ya ni se digna razonar. Tampoco se lo reprocho, pobre hombre. Hay que entender que los que conocían a sus amigos ya hace tiempo que han desaparecido, y hasta han desaparecido los que le pueden hablar de éstos, así es que ahora vive entre desconocidos.

—Una vida muy triste —resolvió Trius, y quedó sobreentendido que renunciaba a la petición; el Conservador aprovechó para desviar la conversación.

—Bueno, ¿y cómo tenemos la política?

A Trius se le alegraron los ojos.

—Más hiperpiramidal que nunca, en manos del Cuantificador y, claro está, la casta en ascenso son los analistas, que son los que lo manejan. Es una tendencia de inercia larga, porque ya se sabe, las sociedades con tantos intermediarios establecidos nunca han tenido entusiasmo por rejerarquizarse. Los Apótropos no calculan su poder en la ascendencia sobre el Hegémono, ni en los presupuestos, sino en la báscula —rieron—; y el Emperador, encerrado en Silnarad otra vez, cada día más prisionero de los Astreos.

—¿Y el Hegémono?

—Marterni no tiene el poder de hace tan sólo dos años, sobre todo desde que el Príncipe Uldasto sube con ese empuje...

—Es el Primero entre los Príncipes, realmente —dijo el Conservador—, por más que lo acusen de favorecer a la mesocracia.

—Realmente. Lo único que le faltaría... —se interrumpió riendo—; más vale callar, ¡no vaya a ser que tu huésped esté escuchándonos por detrás de la puerta!

Rieron. Acabados los licores, el Conservador le enseñó el Palacio al invitado.

—Esta es la antigua sala principal. Normalmente la tenemos cerrada.

—¡Pues es espléndida! ¿Y esta inscripción? —leyó:

Der Cherub steht nicht mehr dafür

—Es una invocación al Querubín mercurial —explicó el Conservador—. Más que una evocación es una despedida, como en las edades heroicas: 'que las caídas no vayan más allá de una generación...' —recitó—. Quizá sea una bienvenida a las horas felices en que la vigilancia militar ya no es precisa.

Trius esbozó un gesto de escepticismo.

—¿Horas felices, crees? Yo diría que es una clave Astrea. La autosatisfacción por la victoria eliminará los ejércitos, pero la nostalgia por la culpa puede reinstaurar la policía. Yo me inclino por un sentido más profundo, o más general, si lo prefieres. ¿No lo has buscado en el Índice?

Fueron a otra estancia.

—Quizá sí —dijo el Conservador—, toda clave de horas felices, en dominio de colectividad, no es más que una deformación producto de la perspectiva.

—No lo sé, porque lo mismo podría decirse de las horas desafortunadas, y lo cierto es que...

Se acercaron a una maqueta sucia y en lamentable estado de conservación.

—Esto era...

—Sí, ya lo identifico —dijo Trius—. ¿Y esta parte?

—La pirámide de cráneos. No fue descubierta hasta más tarde, en las obras de reutilización.

—¡No me extraña que los afectados vivan en el rencor! Del infierno, al vencedor del recorrido tuvieron que sacarlo.

—Es lo que dice la tradición —dijo el Conservador en tono de excusa—. Y las tradiciones, ya se sabe.

—Donde impera la sinceridad, no hay que matarse a remover conciencias.

—Pero tampoco hay que olvidar el precepto: 'La memoria es como la acidez, la temperatura o la presión atmosférica: tan sólo habitable por el hombre dentro de unos límites concretos, traspasados los cuales, tanto el máximo como el mínimo, se vuelve inhóspita, aniquiladora...'

—Ni este otro: 'Curación y agravamiento no son direcciones opuestas, sino momentos consecutivos.'

Rieron.

—¡El altar del Gran Miedo!

—Más bien el teatro del sufrimiento del mundo —dijo Trius, y pasó hojas de una carpeta llena de cartulinas y páginas atadas de grandes dimensiones, amarillentas y

raídas; entre medio había alas y residuos de polillas de peral espinoso—. ¿Proviene de Bracaberbría estos papeles?

—No lo sé. Quizá es que la invasión está aquí.

Trius separó la última hoja.

—¿Y esto?

—Un testamento —dijo el Conservador—; quizá un poema.

—¿Otra invocación? —dijo Trius—. ¿De quién, esta vez? —el Conservador rió.

—Parece más bien una declaración de acatamiento.

—¿De qué? ¿De las direcciones prohibidas de la naturaleza?

—Lo dices por... ¡no, es anterior! En todo caso puede servir para reinterpretar la otra invocación: la vigilancia ya no es necesaria, pero no porque el acceso esté permitido, sino porque ya nadie lo intenta.

Trius leyó en voz alta:

El día se ha levantado sin inventarse

la sombra que de la noche lo distingue.

Por la mañana ya se ha visto el fin de la sangre seca
de la oscuridad perdida;

como brasas en la ceniza, se ha helado en el gris

de granito resquebrajado; si el cielo era de piedra,

nubes de plomo han desangrado las casas.

¿Qué hora será? El vacío sin latidos

es el mismo a media mañana,

cuando otros días culminaba

besándose ofrenda y promesa;

es el mismo en la cúspide del día,

que, no brillante y puntiagudo, sino

desmayado, indeciso en el pasaje,

talmente inclinación de vieja,

transita sin cuerpo;

es el mismo a media tarde,

que no ha sentido transformación

en la defensa del celaje.

¡Horas sin vaivén

de fina lluvia contenida

inmóvil para cualquier fin!

El relámpago distante revela desenlace.

Truena, todo se enfrenta dentro de sí,

todo en azote, en una sacudida de rabia

y desnudaje:
figura de huracanes donde reconocer,
derrota para elevar aceptación
—recuerdo donde la soberbia se inclina,
brotes del resentimiento,
quejidos del anhelo, de la fealdad
de no saber querer como se quiso!—,
el estallido del espejo donde purificarse,
saetas de agua,
tormenta desclavada, negritud voluminosa
del más largo de los largos días!
Y llueve, ya sin relámpagos, sin más ruido,
y salvo los olores, que se desenroscan,
todo se retira, corre el agua,
cristal después del barro, y cae la tarde
y poco a poco para de llover,
el aire respira.
Recobrar desarmados esos colores,
sin palabras cerrar una mirada,
brizna de recogimiento, demudanza de compasión...
Cuando ya la escasa luz declina,
se abren las entrañas del nublaje.
¿Aún da tiempo?
Aparece un viento exangüe, tiemblan
las aguas de los charcos, de las hojas
y del aire. ¿Es demasiado tarde tal vez?
Brotan con silencio de pétalos
los alambres del cielo, las claridades se enderezan,
la cimera lejana con desvelo
de bronces se perfila, como unos ojos que se abren.
Se vuelve ala de cuervo el gris profundo,
oro viejo el gris aéreo en la sangre lateral renacida,
y en su último instante, justo antes de sumirse,
me seca las lágrimas
el sol.

XXIV

Prisiones sin cerrojos, esperas sin objeto.

El Palacio de la Isla de Lauriayan, o lo que queda de él, tan sólo una ala en pie, protegida del viento por las ruinas de las otras. Calinas y expectativa de deslumbramientos lejanos. La soledad como referencia lateral. El aire de mar como fábrica de memorias ilusorias. Vientos inacabables contra el recuerdo, por tierra hurones y zarzales. La fuente de las estrellas, el Polo como aspersor de soles, de todos los héroes. ¡Qué limitado, preguntar porqués! ¡Qué absurdo, distinguir categorías de la realidad y construir imperativos!

¿Quién es, pues, ese viejo que se acerca a la baranda del acantilado? Al descubierto, manposterías espigadas. Para no olvidar, los gritos de los pájaros negros. Querer recordar, en el sentido en que todo aprendizaje, en la medida en que necesita referencias, tiene un tanto por ciento primordial de recuerdo. Por tanto, decir, ¿quién es él en realidad?, no tiene sentido cuando también el sistema referencial de la realidad ha cambiado, como era el caso en aquella tarde plácida de principios de primavera. ¿En qué realidad este personaje es quién?

El hombre viejo, no totalmente indigno todavía, balanza de desesperanzas, vuelve la mirada hacia el Norte. El Ego es tan sólo la referencia a una realidad, de donde querer cambiar las cosas es cambiarse uno mismo. Tal es la última incertidumbre, deudora de esas geometrías interiores, que al final uno descubre que es también la primera: ¡Imposible cambiar nada, imposible no cambiar nada, ay, el hacha era doble! El único Juego ha sido el tiempo, y lo que del mundo ha vaciado, en forma de recuerdo lo ha cargado en su interior (¡una serpiente de dos cabezas!), y, de nuevo, todo es mito, materia a la que referirse, con la ventaja de que ahora ya es recuerdo el conocimiento en el que se expresa el recuerdo.

El héroe interior sabe que estar solo es un final. Y, sin embargo, se vuelve de repente, le ha parecido oír un ruido. ¿Quién puede ser? Es imposible, después de tanto tiempo. Pero, al fin y al cabo, ¿no podría ser que aún fueran a buscarlo?

Desegoarse para enteogenerarse, éste, camino de Ahrimán entre los atributos de Ormuz, es el mecanismo correcto. El Ego no es cuestión de un sí o un no, de ser ése o ser el otro, sino de porcentaje; no es otra cosa el principio de cuantificación. No es reconocer, en el sentido trágico de la palabra; reconocer es tan sólo un caso particular (el caso extremo), ciertamente espectacular, pero en absoluto determinante para conocer el fenómeno; apreciar una proporción, comprender un ejemplo y mantenerlo en su lugar, percibir un movimiento, ésa es la forma de moverse en las aguas de la egoación. Y sin embargo, el de ahora es un caso particular: ahora que ya no hay mito, porque todo ha sido dicho, si la egoación se mueve en un metaespacio se pueden probar todas las salidas del Laberinto hasta encontrar la adecuada. Porque ése era el

abanico donde escoger: la Prisión era uno de los capítulos del Laberinto, y es tan sólo una cuestión de estadística sobre el Ego determinar cuál, y en qué momento se produce la interacción. Así, todo recuerdo es falso y todo recuerdo es verdadero, tan sólo se trata de escoger el punto de la estratigrafía. Memoria y percepción, elección de un mundo; y el mundo, que cambia continuamente en pasado, presente y futuro, no es más que estadísticas de certeza.

Por tanto, el hombre viejo, el esperador de ruidos temidos, sabe que es verdad, que no sólo aún pueden ir a buscarlo, que mientras le quede intención, ellos aún no lo han olvidado, sino que Arktofilax tenía razón hasta las últimas consecuencias: aún está dentro del Laberinto, y se trata de escoger la salida (¿la mejor? No, tan sólo la que él quiera): número de hercios, cola de milano, traicionar, en definitiva, reconocerla. El sentimiento es un recuerdo, y en el vuelco de la balanza el conocimiento expresado hace saber que ya no hay retorno. El hombre viejo mira el paisaje al que pertenece, tropieza levemente con una piedra caída en medio del que en otros tiempos había sido el salón principal. No quedan rostros, no quedan documentos. Aparta la vista de la columna rota, pero junto a ella, un reloj de arena partido por la mitad, por el cuello, parte del contenido dentro y parte fuera. Pero, atención... ahora sí, no hay duda: se oyen voces, el Enviado ha encontrado finalmente la localización del Palacio y se acerca a la hora señalada para unir los últimos destinos. Es hora, ahora que cae el sol, de bajar a las dependencias escogidas para el acontecimiento, a revestir lo que corresponde de la dignidad tradicional. Cae el sol hacia una mayor espera, y el tiempo se convulsiona en la tan anhelada inminencia.

Los celos y la codicia pautan la desconfianza y la cobardía, así como piedad, gratitud y justicia son las escalas con que se mide la imbecilidad humana, no en un sentido absoluto, porque, como la cantidad de agua que hay en el mar, tal inmensidad es inmensurable al margen de la actividad abstracta de la analogía, sino en un sentido relativo, siguiendo la misma comparación, igual como se determina el nivel de las aguas en las mareas y los temporales, y como, también (y es casi tautológico), el sufrimiento no puede proceder más que de la sinceridad.

¡Avanzan, dirección de reconocimientos, ruidos de aproximación! Indicadores de la vida, como la crueldad misura el anhelo de perdurar, la violencia y el riesgo, la ilusión de la suma cero, la ilusión del contraste del yo. Hasta ahora, ha sido un ensayo, y se ha visto a qué puede llegar el Imperio; los víveres se han acabado, los utensilios están tan gastados que no vale la pena hacer equipaje. El hombre ya no necesita despedidas, se puede marchar sin darse la vuelta. Presta atención un instante: los intrusos son cuatro como mínimo, revuelven los restos de las dependencias, donde nada han de encontrar ya. Ahora es posible salir de verdad del Laberinto: por Algol, como Cabeza Profética de Lauriayan; como Vindemiator, Cabeza enterrada en la

piedra fundamental de la Falera; como Canopus, la estrella más cruel del trapecio, disolución de geometrías sólidas, bendición de la nada. ¡Da lo mismo recobrar la incertidumbre del Combate en Cruiaña con Milana, el mórbido resquemor por Sadó, si también esperan los ojos inmensos de Fei! Noldera, Francis y Gudemann eran la defensa, Omolpus, Debrel y Arktofilax eran todos el mismo, y unos y otros eran también los recuerdos salvados del sentimiento sagrado de Fidai Ígur Neblí, el Invicto, el que acaba de vencer el Ultimo Laberinto del Tercer Anillo, y precisamente todo eso es el yo, y éste es su último avatar, el rocío filosófico, Arktofilax y Harpsifont en triángulo con la Ultima Puerta.

El hombre metatronial, el hijo de las estrellas, Arktofilax le guía y Harpsifont es el llevado al final. Ningún cálculo es esquivo, porque, finalmente, ellos ya están aquí. El león verde aún no ha vomitado el sol, y ¡cómo alienta el aire de la luz nocturna del Fénix Psicoteoforo! Nunca habrá sido tan bello el sonido del espacio abierto como ahora que acaba de subir la escalera, con las Osas y Cefeo a un lado, el Dragón en medio, y en el centro la Inmóvil, el esplendor final de la noche estrellada del cielo circumpolar de Gorhgró.



MIQUEL DE PALOL i MUNTANYOLA, nació en la ciudad de Barcelona el día 2 de abril del año 1953, en una casa de la calle Aragón, aunque vivió en Valladolid hasta los 17 años, donde su padre, Pere de Palol i Salellas, fue catedrático de arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. Miquel de Palol volvió a su ciudad natal para estudiar arquitectura. A los 19 años inició su carrera literaria como poeta. En este campo destaca *El porxo de les mirades*, obra con la que obtuvo el premio Carles Riba 1982 y el Premi Crítica Serra d'Or.

En el año 1989 Miquel de Palol se estrenó como narrador y publicó su primera novela: *El Jardí dels set crepuscles*.

Ha obtenido los siguientes galardones: Premio Joan Crexells (1989), el Premi Crítica Serra d'Or (2008), el Premio de la Crítica de narrativa catalana (1989), el Premio Nacional de Literatura de la Generalidad de Cataluña (2010) o el Premio Ojo Crítico II Milenio de Radio Nacional de España. Según el autor, *Indiferència* y *El porxo de les mirades* son antecedentes naturales de *El jardí dels set crepuscles*, novela que se ha traducido al castellano, italiano, alemán y holandés.

Otras obras:

El jardí dels set crepuscles

Grafomaquia

El Àngel de hora en hora

El legislador